

MAITE R. OCHOTORENA

El sueño de  
**Valentine**

# El sueño de Valentine

Maite R. Ochotorena

Título: «El sueño de Valentine»  
copyright © 2019 by Maite R. Ochotorena  
Primera Edición: Agosto 2019  
ASIN: B07VX93KFQ

Cubierta: Nerea Pérez Expósito  
[www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)

Kindle by Amazon

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 9

Capítulo 8

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 40

Epílogo

«Ignorar la conciencia no es como ignorar la Fe. La primera se nutre del corazón y de nuestros actos, es la voz que nos mantiene unidos a ese otro universo del que provenimos, ése que no somos capaces de percibir salvo en sueños, o como a través de un deseo imaginario.

La segunda proviene del alma, asciende a través del fogón que conduce nuestro destino y nos sostiene para no dejarnos caer al abismo, ése que aguarda siempre voraz a que la perdamos.

Porque al perder la Fe perdemos también la conciencia del alma y olvidamos lo que somos, y entregamos nuestro preciado don de la vida al vacío.



El vacío absoluto es el mal, y el mal, como la verdadera Fe, es también eterno.»

# Prólogo



*«Créeme cuando te digo que la noche guarda tantas cosas buenas como el día, créeme cuando te digo que en la noche no hay sólo sombras, que bajo la luna se esconden otros secretos menos tenebrosos, cuya existencia equilibra este mundo en una balanza que no tiene fin, como la lucha entre el bien y el mal... Yo no soy tu enemigo, pero tú crees que sí. El miedo gobierna tu alma.»*

Todas sus esperanzas se perdieron mientras avanzaba por el pasillo, iba dejando un reguero tras de sí, mientras el miedo la guiaba, tirando de su alma, tan implacable y cruel. Era ella, y no lo era, sus piernas se movían, respiraba, su corazón latía desbocado, y sabía... sabía lo que iba a hacer, y no quería hacerlo, pero debía hacerlo. Y se odió a sí misma, porque aquella oleada irracional la dominaba, y en su corazón ya no había luz, sólo oscuridad.

Se había derrumbado. El dolor la estaba consumiendo, no quería convertirse en algo aterrador. Lo que iba a hacer acabaría para siempre con esa posibilidad.

Porque había perdido la batalla.

Y ni siquiera recordaba en qué momento.

No había luna, el pasillo estaba envuelto en una paz que no parecía destinada a ella, una paz que debería reconfortarla cuando con ocho años se levantaba por la noche aterrada. A ella esa quietud nocturna sólo le inspiraba temor. Ocho años... nueve el mes siguiente... el siete de julio. Valentine se dio cuenta entonces de que no iba a llegar a cumplirlos.

Sus pies la condujeron hasta el dormitorio de sus padres. Se detuvo ante su puerta, pese a que se había prometido no pensar en ellos, para no desfallecer. Había un espejo en la pared, su madre solía utilizarlo mientras se vestía. Valentine reparó en el cuchillo en su mano. Colgaba aparentemente inerte. Parecía demasiado grande para una niña, macabro y grotesco. Horrorizada miró su reflejo de reojo. Su figura infantil, envuelta en un largo camisón blanco, inmaculado, con el rostro pálido deformado en una mueca, destacaba en la penumbra. Era ella, Valentine, y no lo era... Desde luego tenía el largo pelo rubio de su madre, aunque enmarañado, y los ojos castaños, tan grandes, estaban vacíos, oscurecidos por la pena. Sentía lástima de sí misma. Vio en el filo de aquel cuchillo la llave hacia la libertad, y una expresión fiera asomó en su rostro... Lo que llevaba por dentro debía ser aniquilado, ese algo que pugnaba por emerger cada noche, aquello que quería tomar el mando y apoderarse de su alma. No podía permitirlo. Creyó que iba a desmayarse... pero no, siguió en pie. Algunas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, las sintió ardientes, quemando su piel.

No debía pensar demasiado... o perdería la oportunidad.

A Valentine se le escapó un sollozo y sacudió la cabeza para

desprenderse de su debilidad: sólo era una niña, el terror a la muerte era muy grande. Su mano izquierda se movió y se apoyó en la puerta de la habitación de sus padres. Dormirían profundamente, libres por una noche de sus gritos, aunque Valentine sabía que algo en su interior permanecía alerta, por si se despertaba aullando. Habían hecho cuanto estaba en su mano para ayudarla, y nada había funcionado. Cuando su padre, desesperado, decidió llamar al padre Paolo, un atisbo de esperanza inundó sus corazones de esperanza. También ella había creído que él la salvaría. No había sido así. El sacerdote no había podido apaciguar lo que fuera que estaba atormentando su espíritu, y si él no podía... ¿quién? Estaba sola, sólo quedaba una cosa por hacer.

La puerta no estaba cerrada, sino entreabierta. Su mano tembló, fría como el helor que endurecía sus entrañas. Valentine empujó con suavidad hasta abrirla de par en par. Encontró a sus padres acostados, abrazados el uno al otro, apenas cubiertos por una sábana. La Luz de la calle se derramaba sobre sus cuerpos, bañándolos con un tenue manto de plata. Su padre apoyaba la cabeza en la espalda de su madre, su brazo la rodeaba como siempre de forma protectora, y ella... ella sostenía su mano grande entre las suyas, encogida en la seguridad de su regazo.

Valentine quería despertarlos, pedirles perdón, despedirse... Pero sabía que sería un acto cruel, y que ellos no comprenderían su decisión. Se odió a sí misma aún más, por hacerles daño, por traicionarles así.

Pero si no hacía algo... mañana sería tarde.

Los miró con infinito amor.

Se acercó. Sus pasos desnudos sobre la moqueta apenas hicieron ruido. Un escalofrío recorrió su espalda y se dio cuenta de que la ventana estaba abierta. La brisa de la noche entraba y llegaba hasta ella. Fuera era verano, dentro de ella se había instalado el invierno, y sólo llevaba un ligero camisón. Se estremeció.

Volvió a mirar a sus padres. Respiraban despacio, suavemente. Su padre roncaba un poco. Valentine se colocó junto a él y lo observó. Dormía, dormía... Su padre, sus abrazos por las mañanas, sus juegos, chocolate en un día lluvioso, sus brazos fuertes cogiéndola en volandas, los días en que la acompañaba al colegio, los veranos al sol, la había enseñado a nadar, a andar en bicicleta, a silbar... Eso había sido antes de las pesadillas. Después habían llegado los abrazos y el consuelo. Sus brazos siempre la habían cobijado cuando había sentido miedo... Pero no era suficiente.

Valentine alargó los dedos y acarició sus abundantes rizos castaños. Siempre le había gustado su pelo, era suave y denso, y le hacía cosquillas cuando se acercaba a ella por las noches para darle un beso antes de que se durmiese. Quería recordarle así, libre de la congoja de no poder salvar a su hija. Vio su ceño fruncido, la tensión en su mandíbula. Ni él ni su madre entendían lo que le estaba pasando, lo que llevaba dentro, tan profundamente aferrado a su alma.

Su padre se revolvió un poco. No se despertó. Su madre tampoco se había movido. Descansaba la cabeza sobre la almohada, el rostro medio escondido bajo las sábanas. Su cuerpo se veía tan menudo junto al de su padre... De ella también guardaba recuerdos anteriores a las pesadillas: sus reprimendas cuando no quería obedecer, su amor incondicional, los baños de espuma por las noches, la merienda sobre la encimera de la cocina, puntual como un reloj, las tardes en el parque, las bufandas para que no se resfriara, los días de médico y las confidencias, los cuchicheos, la complicidad... Pronto todo eso perdería significado, cuando Valentine estuviera tan fría como el invierno que se había llevado su alma.

La niña apretó el cuchillo. Sus ojos brillaron en la oscuridad. Aún era libre y su voluntad era suya. Debía terminar ahora que aún estaba a tiempo.

Se inclinó y besó a su padre. Le oyó pronunciar su nombre en sueños.

«Va... lentine...»

Fue un murmullo bajito y quedo, apenas un susurro.

—Adiós papá... —musitó.

Era el turno de su madre. No se había despertado, tenía un sueño muy profundo. Siempre tardaba más en acudir a su lado cuando despertaba bañada en sudor. Era su padre el que llegaba primero.

Valentine rodeó la cama y llegó hasta ella. La besó en la frente, un beso de despedida, retiró con delicadeza un mechón de pelo rubio de su rostro y se quedó mirándola, embelesada.

—Mamá...

Pero no podía refugiarse en ella. Ansiaba acostarse a su lado y guarecerse de sí misma en su regazo, como ella hacía en el de su padre. Dos voces pugnaban por hacerse sitio en su interior, la de su corazón, ansioso por vivir, y la de su conciencia, empeñada en salvar su alma. Valentine estaba dispuesta a seguir los dictados de su conciencia. Estaba decidida. En alguna parte en su interior, su yo cobarde se acuclilló y se tapó los ojos para no mirar.

Con esfuerzo se obligó a salir del dormitorio y dejar atrás lo que más amaba, a sus padres, su infancia, su inocencia... Todo lo que había sido y no sería. Bajó a la planta baja, se sentó en las escaleras y colocó su muñeca izquierda hacia arriba. La miró con temor, le temblaban los labios, las lágrimas corrían por su menudo rostro infantil. Se encogió mientras alzaba la mano armada con aquel cuchillo enorme de filo cortante y lo dirigía hacia su delicada muñeca. Tomó aire y cortó la piel, profundamente, a lo largo de la cara interna del antebrazo, tal y como había visto en internet que debía hacer. Un escozor quemó su carne como un latigazo. La sangre manó enseguida, rojo escarlata, y se deslizó caliente por su piel, manchando su camisón y los peldaños en los que estaba sentada. Cambió el cuchillo a la mano izquierda y

practicó un corte idéntico en el antebrazo derecho. Quién lo hubiera dicho, no se desmayó. Tan sólo sintió aquel escozor quemando su piel. Empezó a sangrar mucho, un charco manchaba ya el suelo y su camisón estaba empapándose. Los pies descalzos de Valentine se tiñeron de rojo. La niña soltó el cuchillo. Oyó el tintineo metálico sobre el entarimado, luego nada.

Valentine contempló con curiosidad cómo la vida escapaba de sus venas. ¿Cuánto tardaría en desangrarse? Se recostó en los peldaños de la escalera a esperar la muerte. Una mueca desolada amaneció en su rostro infantil. Nada podía salvarla.

Entonces se levantó y buscó el garaje, sin saber muy bien por qué. Sus pies manchados de sangre dejaron huellas en el suelo. Había una lata de gasolina que su padre utilizaba para el cortacésped. Valentine se quedó mirándola, suspendida en una nebulosa irracional. No pensaba con claridad, pero un impulso la empujó a ponerse de puntillas para pulsar el interruptor y encender las luces. Los fluorescentes del techo parpadearon y enseguida lo iluminaron todo. El todoterreno familiar apareció ante ella, nuevo. Brillaba flamante, negro e impecable.

Valentine pasó a su lado y cogió la lata. Derramó su contenido sobre el vehículo y en su interior tapizado de cuero y continuó rociando el garaje. El olor de la gasolina era fuerte y penetrante. Cuando la lata quedó del todo vacía la arrojó a un rincón. Había una caja de cerillas en una caja vieja. Le prendió fuego al todoterreno. Se quedó mirando cómo la tapicería negra comenzaba a arder. Se mareó, sentía sueño, debilidad... la sangre goteaba de sus manos al suelo, espesa y tibia, se le escapaba la vida, y no podía pensar con claridad. Sólo deseaba arrasarlo todo, asegurarse de morir. Las llamas cobraron fuerza rápidamente y ascendieron a través de la ventanilla hacia el techo. El humo fue extendiéndose, negro y tóxico.

Valentine cerró la puerta y se sentó en el suelo a esperar, y una sonrisa amaneció en su rostro infantil. Ahora sí que todo acabaría. Al fin podría descansar. Anhelaba tanto sentir paz... El detector de humos haría saltar la

alarma y sus padres despertarían a tiempo, pero no como para que llegaran a salvarla a ella.

Sus padres... Samantha y Jake Borderer... no podrían hacer nada. Ella era Valentine Borderer, o lo había sido... Ya no. No sabía qué era ahora.

Todo ardió. El fuego, al alcanzar las zonas donde había vertido la gasolina, creció, como lo había hecho el miedo en su interior. El calor se llevó el invierno y arrasó su corazón.

El detector de humos no se activó. Valentine, en la nebulosa que empezaba a llevarse su conciencia, se dio cuenta de que no funcionaba, y entonces comprendió que sus padres también morirían. Estaban durmiendo, el humo los asfixiaría, y el fuego acabaría con sus vidas... Un horror sin medida se alzó en su interior. No podía dejarlos morir así. Miró alrededor, desesperada... ¿Cómo había sido tan estúpida? Papá, mamá, indefensos... Morirían con ella.

Un grito sofocado ascendió por su garganta, sus ojos se abrieron ante la magnitud de lo que estaba sintiendo... El incendio avanzaba, la sangre chorreaba por sus brazos y había empapado su camión... La escena era dantesca.

Entonces retrocedió, abrió la puerta y trastabilló por el pasillo. El fuego avanzó trascendiendo los límites del garaje. Valentine subió las escaleras. Quería ir rápido, pero sus piernas se movían lentamente, se había debilitado mucho, había perdido demasiada sangre... Quiso creer que llegaría a tiempo, antes de que la muerte la alcanzara... Cuando tropezó y cayó rodando, creyó que se rompería el cuello y moriría, pero fue su rodilla la que se partió, como su corazón.



# Capítulo 1



— *Catorce años después* —

El avión dio una sacudida y Valentine despertó con brusquedad. Guiñó los ojos con pesadez —un molesto lagrimeo se había instalado en ellos—, y miró por la ventanilla. Un denso mar de nubes blancas se extendía en todas direcciones. Parpadeó tratando de aclarar la vista, aún no se acostumbraba al hecho de haber perdido visión en algo más de un ochenta por ciento. Era como mirar el mundo a través de un velo espeso, sólo distinguía formas difusas, sin detalles. Contempló un instante más aquel borrón de nubes. Al menos aún recordaba cómo eran, algodones gigantes y esponjosos. A aquella altitud el cielo era de un azul intenso. Eso sí era capaz de verlo.

Estaba sentada justo a la altura del ala derecha, de tal manera que uno de los cuatro motores del avión quedaba encuadrado en su ventanilla. Parpadeó molesta. La luz del sol arrancaba fuertes destellos al fuselaje, y eso era algo que sus maltrechos ojos toleraban muy mal. Bajó la cortinilla para protegerlos. Le dolía un poco la cabeza.

Buscó al padre Jiggs, su futuro supervisor. Estaba sentado a su

izquierda. Continuaba durmiendo, un hombre corpulento cuyo intenso pelo rojo destacaba sobre la almohada que la tripulación entregaba al pasaje nada más embarcar. Para ella era sólo una mancha oscura. Su pecho subía y bajaba al respirar bajo la austera sotana, como una montaña de duros contornos. Roncaba un poco, nada molesto. En realidad la mitad del pasaje dormía, el resto leía o conversaba en voz baja; algunos pasaban el tiempo sumidos en sus pensamientos.

El supervisor, un sacerdote de confianza, sostenía en su mano izquierda la Biblia. Nunca se desprendía de ella. Valentine la miró —no distinguía las letras doradas que sabía que adornaban la cubierta de piel— y trató de sentir algo... Nada. Suspiró con tristeza.

Dos sonrientes azafatas aparecieron al fondo del pasillo, empujando un carro de bebidas y aperitivos que iban ofreciendo al pasaje. Estaba hambrienta. Al padre Jiggs no le importaría que tomara algo, ¿verdad? No, Amanda lo había designado como apoyo, no como perro guardián. Esperó a que sus confusas figuras uniformadas llegaran a su altura y cuando las tuvo cerca y una de ellas le preguntó, pidió un sandwich vegetal y un refresco. En cuanto lo tuvo todo en sus manos bajó la bandeja del respaldo del asiento que tenía delante y depositó encima su pequeño botín, con cuidado de no despertar a su acompañante. Retiró el envoltorio de plástico del sandwich con dedos sigilosos, y le dio un bocado. Estaba bueno, tomate, lechuga, atún y mayonesa. Mientras masticaba, tomándose su tiempo, una amarga sensación de desasosiego se instaló en la boca de su estómago. La reconoció enseguida. Ansiedad: no dejaba de sentirla desde hacía dos meses. Desde que Amanda le propuso ser libre, desde que supo que iba a poder volver a la vida... Sí, porque estar en el centro era lo mismo que estar muerta. Tenía muchas dudas al respecto, seguía teniéndolas, pese a todo lo que Amanda le había dicho. No creía que pudiera hacerlo. Pero, ¿hubiera preferido seguir donde estaba hasta el fin de sus días?

Tragó con dificultad y bebió un trago del refresco, procurando ignorar sus recelos. Estaba bueno. Sorprendida, dejó que las burbujas cosquillearan en su boca durante un segundo. Nunca había probado nada igual. Miró el

sencillo reloj de pulsera que lucía en su muñeca izquierda. Lo llevaba porque era terca, no porque pudiera distinguir qué hora era. Veía vagamente la correa de cuero marrón y la esfera plateada. Era un reloj analógico y se lo había regalado Amanda. Le gustaba mucho más que los digitales. Las agujas no eran para ella sino dos líneas emborronadas que oscilaban sin cesar. Por parcial que fuera, su ceguera resultaba muy incómoda y frustrante. Los médicos del centro nunca le habían dado esperanzas al respecto, se habían limitado a asegurar que se trataba de algo definitivo y que nunca recuperaría la vista.

Valentine dedujo, tras un rato esforzándose, que todavía eran las cuatro de la tarde, lo que significaba que aún faltaban dos horas para aterrizar en Nueva York. Dos largas horas para enfrentarse al futuro, por primera vez sin vigilancia. ¿Qué iba a hacer a partir de entonces? Sofocó con esfuerzo la incómoda realidad que pugnaba por emerger, una realidad que reclamaba su espacio con urgencia. Ladeó la cabeza. No era momento para pensar en lo que le esperaba. Cuando alcanzara la seguridad del apartamento que Amanda había escogido...

Deseó poder hablar con ella. Amanda sabría apaciguar sus dudas. Pero no debía llamarla, ella había sido muy clara al respecto: nada de llamadas hasta que aterrizara, para eso estaba el padre Jiggs, su apoyo a partir de ahora. Pero él dormía profundamente y tampoco era la persona con la que más le apetecía hablar. ¿Qué podía aportar él?

Cuando terminó de comer, Valentine se recostó en su asiento y cerró los ojos. Se llevó la mano al pequeño crucifijo de oro que colgaba de una fina cadena en su cuello y lo apretó con fuerza. Dos horas. Por más largo que se le hiciera, el viaje desde Seattle hasta Nueva York duraba cuatro, no en vano estaba cruzando el país de un extremo al otro. Tal vez debiera tratar de conciliar el sueño un rato más... Pero no. Antes necesitaba ir al servicio.

Recogió los restos de su aperitivo y plegó la bandeja para poder salir. Luego, con mucho cuidado de no despertar a Jiggs, se deslizó a través del hueco que dejaban sus gruesas piernas y salió al pasillo. El sacerdote ni se

inmutó. Valentine sabía que el baño quedaba al fondo, a unos veinte metros, porque Jiggs se había ocupado de que las azafatas se lo señalaran nada más subir al avión. Podría llegar sin dificultad si se apoyaba en los asientos para guiarse y no tropezar.

—¿Necesita ayuda?

Una de las azafatas, la que le había servido el aperitivo, apareció a su lado. Era más alta que ella. Valentine distinguió una sonrisa difusa en la nebulosa que era su rostro.

—Creo que podré sola, muchas gracias.

—Si me necesita no dude en llamarme.

—Claro, gracias.

Sólo era un pasillo, veinte metros en línea recta.

Arrastró su pierna derecha, toda su atención puesta en caminar sin tropezar. Le había costado mucho acostumbrarse a depender de sus otros sentidos para desenvolverse, aún le dolía la rodilla, aún se sobresaltaba cuando oía un ruido brusco a su lado... como si no hubiesen pasado catorce años. La pequeña Valentine, la Valentine de ocho años, aún seguía dentro de ella, asustada y débil.

Apretó los dientes y renqueó con decisión. De vez en cuando lanzaba furtivas miradas a los lados. Tenía la impresión de que los demás la mirarían con curiosidad, como al bicho raro que era. Su ropa... no estaba acostumbrada a vestir con ropa de calle, ya no. Aunque llevaba una horrible falda tres cuartos de corte serio y una sencilla camisa blanca, nada llamativo, se sentía vulnerable. Sin su ropa del psiquiátrico, una especie de pijama color azul, se parecía a un árbol de Navidad.

En cuanto alcanzó su destino tiró de la estrecha puerta y se metió en el aseo. Se entretuvo apenas diez minutos en el interior, felicitándose por haberse obligado a aliviar la vejiga entonces, en vez de aguantar las ganas de orinar hasta llegar a Nueva York, como hubiera hecho sólo dos años antes, con tal de evitar cruzar aquellos metros en su lamentable estado. Estaba avanzando, poco a poco, pero estaba avanzando.

El móvil zumbó en el bolsillo de su estrecha falda negra. Alguien le estaba enviando un mensaje. Lo sacó, se colocó las oscuras gafas sobre la cabeza, y ordenó con voz clara abrir sus mensajes de voz... Por fortuna los cada vez más innovadores avances de la tecnología permitían a los invidentes manejar los mensajes y las llamadas con la voz. En realidad todo lo hacía con la voz, podía escribir un documento o una carta en el ordenador dictando en voz alta sus palabras, agendar una cita, buscar casi cualquier cosa en internet... Valentine bajó el volumen, esforzándose por escucharlo sin que se oyera en todo el avión.

«Querida Valentine, espero que estés teniendo buen viaje. Recuerda llamarme en cuanto llegues, quiero saber que estás bien»

Era la doctora Flemming, Amanda. ¿Quién si no? No tenía otros contactos en la agenda, sólo su número y el del padre Jiggs. A partir de entonces, y durante una larga temporada, ellos serían todo su mundo. Además, Amanda había insistido mucho, no debía confiar en nadie más, porque, no debía olvidarlo, Amanda la había sacado del centro bajo su propio criterio y responsabilidad, saltándose la orden de internamiento permanente que constaba en su expediente. Había incumplido todos los trámites, a espaldas del consejo. Valentine se sabía de memoria el número de Amanda, pero procuró no pensar en ella. Aun así dudó, fue a grabar una respuesta, por un instante... Luego torció el gesto, dejó el móvil sobre el lavabo de acero inoxidable y demoró hacerlo hasta llegar a Nueva York, mientras se colocaba la ropa. Cuando terminó lo rescató y lo guardó, de vuelta al bolsillo. Su ansiedad tendría que esperar.

Se miró en el pequeño espejo. Su larga melena revuelta formaba una aureola rubia en torno a su rostro, un rostro sin facciones. Esa imagen difusa concordaba muy bien con sus sentimientos. Hacía tiempo que no sabía quién era. Tampoco estaba acostumbrada a ir por ahí sin vigilancia... Se estremeció. Luego se reprendió por su debilidad. Confiaba en Amanda, ¿verdad? No era momento de flaquear.

Salió del aseo conteniendo la angustia que trepaba desde sus entrañas hasta la garganta, tan nerviosa que no vio que había una persona en el pasillo, interponiéndose en su camino. Tropezó aparatosamente y soltó una palabrota. A punto estuvo de caerse, pero una mano fuerte la sujetó a tiempo. Valentine se sobresaltó. En cuanto aquella mano la tocó, una intensa corriente de fuego se extendió por su cuerpo como un reguero. Levantó el rostro. Sólo distinguió una figura masculina, grande y corpulenta, que ocupaba todo el pasillo. Quiso hablar, hacer preguntas, y en cambio sólo supo disculparse por su torpeza, consciente de que temblaba de los pies a la cabeza bajo el influjo de aquella mano de fuego. Notaba sus dedos en el brazo, a través de la camisa, como tenazas candentes.

—¿Te encuentras bien?

Aquella voz profunda inundó sus oídos. Era amable y denotaba sincero interés. Su mano no la soltaba, irradiaba en su torrente sanguíneo intensas oleadas de calor que llegaban hasta su corazón, obligándolo a latir muy rápido. Valentine entrecerró los ojos, tratando de enfocar la vista y distinguir las facciones del hombre que provocaba en ella semejante reacción, pero sólo acertó a distinguir un rostro cuyos rasgos se emborronaban, tan difuso como todo lo demás.

—Ve con cuidado, Valentine.

Entonces el desconocido la soltó, y al instante la fuerte irradiación que enviaba a su organismo se cortó. Se quedó sin aliento, sofocada por el triste

vacío que sustituyó al fuego que había estado sintiendo. Se quedó sin aire, quiso decir algo... Pero antes de que se diera cuenta el hombre había desaparecido, y en el lugar que había ocupado durante un breve instante, quedó un frío espacio vacío. Valentine se llevó una mano al corazón. Aún latía desbocado en su pecho.

«Jesús...»

Una tristeza inenarrable invadió su ánimo. Miró detrás de ella, luego hacia delante, buscando con incomprensible anhelo al misterioso desconocido. El pasillo estaba libre, y el aseo, cuya puerta había quedado entreabierta, vacío... Le temblaban las manos, tenía la respiración agitada... El subidón de adrenalina había sido brutal.

«Vale... Jesús...»

Se santiguó, como en un acto reflejo. ¿Por qué se avergonzaba al hacerlo? Había vivido aquellos catorce años en un psiquiátrico gobernado por la iglesia, ya debería estar acostumbrada... Se sonrojó e inició el regreso. Un sinfín de preguntas pululaban por su mente. ¿Cómo era posible? Tal vez el hecho de que Amanda hubiera bajado la dosis de su medicación...

No estaba preparada. Lo supo en ese instante, todo iba a ser un desastre. La encontrarían y la devolverían al psiquiátrico. Tal vez la encerrarán aislada en una de aquellas habitaciones acolchadas. Se estremeció. Amanda no permitiría que le hicieran eso. Ella decía que era una persona libre, y que nadie tenía derecho a recluirla toda su vida. Por eso estaba haciendo todo aquello, aun a riesgo de perder su puesto en el centro.

Encontró a Jiggs despierto.

—¿Te encuentras bien, Valentine?

La joven trató de ocultar sus nervios, pero el sacerdote era muy observador. Estuvo segura de que percibía el estado en que la había dejado su extraño encuentro junto al aseo.

—Estoy bien. —Se le daba bien mentir, pero su voz sonó ronca e insegura. Carraspeó para dominarse un poco—. Sólo necesitaba ir un momento al baño.

Valentine pasó de nuevo por el hueco que dejaban las piernas de Jiggs y se dejó caer en su asiento. De inmediato sintió que un peso insoportable se abatía sobre ella. Estaba desolada y triste.

—Pareces nerviosa —insistió Jiggs.

—Amand... la doctora Flemming acaba de enviarme un mensaje.

—¿Ha dicho algo que te haya preocupado?

Valentine cabeceó.

—No, sólo quiere que la avise cuando aterricemos...

Jiggs asintió comprensivo. Sus ojos acuosos escrutaron con interés su rostro. Debía de rondar los cincuenta años, pero aún conservaba su pelo rojo. Ni una sola cana asomaba en su cabeza.

—Sé que sólo soy tu supervisor, aún no me conoces, Valentine, pero tengo experiencia y percibo tus dudas. Sea lo que sea lo que te atormenta, ahora o en el futuro, deberás confiar en mí. Tómate tu tiempo, no necesitas apresurarte. Te costará adaptarte a tu nueva vida, pero lo harás, y yo estaré a tu lado.

¿Sabía Jiggs de qué hablaba? Sin duda conocía su expediente. Valentine



le escuchó, profundamente insegura.

—No te preocupes, Jiggs —repuso con suavidad.

—Recuerda que puedes acudir a mí cuando lo necesites. Nueva York es una ciudad grande y se traga la esperanza cuando tenemos el corazón triste. — Jiggs la miró con mayor fijeza y puso una mano sobre la suya. Valentine sintió su contacto frío sobre su piel. No le gustó el tacto de sus dedos—. Aún tienes miedo, lo percibo.

Jiggs la soltó al cabo de unos segundos, y se abstuvo de añadir nada más. Valentine se lo agradeció. Tardó un poco en retirar la mano que él había tocado de donde la tenía, como si al hacerlo fuera a ofenderle de algún modo. Luego ocultó los ojos tras las gafas y procuró calmarse.

Buscó alrededor con disimulo. Necesitaba comprobar si el hombre del aseo estaba entre el pasaje que la rodeaba, segura de que sabría distinguirlo si se sentaba cerca, por muy deficiente que fuera su vista. No lo encontró. Una incomprensible punzada de pena sacudió su corazón, cuyos latidos iban volviendo poco a poco a la normalidad. ¿Qué había significado aquel encuentro? Se miró la mano. Cerró y abrió los dedos, por los que aún corría un hormigueo electrizante. Sonrió sin poder evitarlo. ¿Había pronunciado ese hombre su nombre o lo había imaginado?

«Ve con cuidado, Valentine»...

Se le encogió el estómago. ¿Qué significaba aquel encuentro? ¿Cómo sabía su nombre?

## Capítulo 2



Cuando se escuchó el aviso de llegada a Nueva York, acababa de volver a dormirse. Los indicadores para abrocharse los cinturones parpadearon de forma intermitente, y Jiggs tuvo que despertarla. Miró a Valentine con lástima. Luego, con un gesto compasivo en su rostro, sacudió su hombro.

—Estamos llegando —susurró—. Vamos a aterrizar enseguida.

Valentine no se molestó en mirar por la ventanilla, consciente de que no podría distinguir cuán cerca estaban o no del aeropuerto o a qué altitud volaban. La voz de la azafata les recordó que no encendieran ningún dispositivo electrónico durante el aterrizaje, y que tanto el capitán como el resto de la tripulación esperaban que hubieran disfrutado del vuelo.

—Son las seis menos siete minutos de la tarde y la temperatura exterior es de trece grados. Hace un día lluvioso. Les deseamos una feliz estancia en Nueva York, y esperamos que vuelvan a volar con nosotros.

El pasaje aplaudió y hubo algunos vítores para celebrar la llegada del

avión sin incidentes. Valentine sólo pudo escuchar sus gritos mientras lo hacían. No había nada esperándola en Nueva York, ni bueno ni malo. Bueno, «sólo» su libertad... Empezó a sentirse mareada y muy acobardada.

—¿Has podido descansar algo? —se interesó Jiggs.

Valentine sonrió automáticamente. Apenas había dormido quince minutos. Se abrochó el cinturón de seguridad y puso las manos sobre las rodillas, cada vez más insegura respecto a la decisión de la doctora Flemming. ¿Qué harían en el centro cuando estuviesen al tanto de que había sido dada de alta? Según Amanda, nunca la habrían dejado salir del psiquiátrico. A ella le costaba creerlo.

Nueva York... Estados Unidos era inmenso, y Nueva York se le antojó de pronto una ciudad demasiado inhumana y grande para ella. Nadie la esperaba, no tenía hermanos, y sus padres... Valentine sacudió la cabeza y apartó el pensamiento que pugnaba por aparecer en su mente. Estaría sola a partir de entonces, excepto por el padre Jiggs, y por Amanda.

Hubo una leve sacudida y la presión en el estómago le indicó que el avión maniobraba para descender. Quiso rezar algo, pero ninguna oración acudió a su mente. No había vuelto a rezar desde que vio a Amanda firmar su alta. Ese momento había sido trascendental, y la doctora le había dedicado una gran sonrisa de esperanza. Después la había abrazado.

Mientras a su lado Jiggs se guardaba la biblia bajo la sotana, a Valentine se le escapó una solitaria lágrima furtiva; la notó muy caliente, serpenteando mejilla abajo. No hizo nada para enjuagarla, en vez de eso se alegró de llevar las gafas puestas, y de que fueran negras y opacas, porque así nadie vería el pánico en su expresión.

El aeropuerto JFK era inmenso, mucho más grande que el de Seattle. Jiggs la tomó del brazo y la guió hacia la zona de control de llegadas. Se veía obligado a aminorar el ritmo, pues Valentine renqueaba ostensiblemente, apoyada en su bastón.

—Cogeremos un taxi —le dijo con amabilidad—. Cuanto antes llegues a casa, antes podrás descansar. Ya tienes mi número, llámame si necesitas cualquier cosa, aunque desde luego procuraré estar pendiente de ti, Valentine.

—No es necesario... —le aseguró ella. Sonrió para reforzar sus palabras—. Estaré bien.

Pasaron los controles de seguridad, hicieron todos los trámites obligatorios y en cuanto terminaron se dirigieron a la zona de recogida de equipajes. Jiggs se ocupó de cargar con todas las maletas, pese a las protestas de Valentine.

Caminaron hacia la salida. Tras las puertas encontraron un gran bullicio. La gente se apelotonaba entre ellos y la salida formando un muro; escudriñaban los rostros de los que acababan de aterrizar, buscando a familiares y amigos, compañeros de trabajo... Algunas personas levantaban por encima de sus cabezas carteles escritos a mano con un nombre, otras se llevaban las manos a la cara y elevaban la voz para hacerse oír por encima del bullicio. Nadie les esperaba a ellos.

—Por aquí.

El sacerdote, cargado como una mula, guió a Valentine con paciencia entre la muchedumbre, hacia la cola de taxis amarillos aparcados en el exterior. Tal y como habían anunciado al final del vuelo, llovía en Nueva York. Eran las siete de la tarde y ya hacía rato que había anochecido. Valentine se

detuvo y sacó su sencilla gabardina negra de su bolsa de mano, mientras que Jiggs se caló un sombrero espantoso sobre su pelo rojo. Atravesaron las puertas del aeropuerto y pisaron suelo neoyorquino.

Valentine se estremeció al dejar atrás la seguridad del aeropuerto y entrar en contacto con el aire nocturno del mes de marzo. Jiggs levantó una mano y pidió a uno de los taxistas que le ayudara con el equipaje.

—Jiggs... —Valentine le tomó por el brazo—. Jiggs, no necesito que me acompañes. Quiero hacer esto sola.

El sacerdote la miró sin comprender. El taxista, al escucharla decir aquello, dejó de amontonar los bártulos en el maletero, atento a lo que fuera a decidir. Sus ojos suspicaces fueron del rostro de Jiggs al de la extraña joven.

—No puedo dejar que vayas sola, Valentine... No el primer día, la doctora Flemming...

—Sí que puedes —Valentine sonrió—. La doctora me recomendó ser independiente y valerme sola siempre que me sintiera con fuerzas. Te agradezco de corazón que te hayas ofrecido a acompañarme, pero a partir de aquí podré arreglármelas sola.

—Pero Valentine, no podrás con el equipaje sin ayuda, es evidente que te cuesta andar, llevas un bastón y no ves bien...

—Podré con todo. —Ahora empleó un tono firme. No podía permitir que Jiggs notara el miedo que sentía—. Por favor, deja que coja el taxi sola. Ya has hecho bastante por mí.

—¿Qué quieren que haga? —el taxista arqueó las cejas, mirándolos alternativamente.

Jiggs dudó. Le costaba dejarla así, y no comprendía sus motivos, pero Valentine sabía que la doctora Flemming había sido explícita con él: «Déjala hacer, no la atosigues. Tu papel, Jiggs, es únicamente el de ser su soporte cuando ella lo requiera».

—Preferiría llevarte hasta tu casa. ¿Qué le diré a la doctora?

—La verdad, que no he querido que me acompañes.

—Pero Valentine...

—Por favor... —la joven se volvió al taxista con mayor resolución de la que sentía—. Cargue sólo las dos maletas grises, y avise a otro compañero para que lleve al padre Jiggs a donde necesite.

El taxista no se hizo de rogar. Su decisión era bienvenida. Sacó del maletero el equipaje de Jiggs y silbó al conductor del coche que estaba inmediatamente detrás antes de que otros viajeros lo reclamaran. Valentine se acercó a Jiggs, tomó su mano y la estrechó con suavidad. Le ofreció su mejor sonrisa de disculpa.

—Sé que no lo comprendes, pero necesito hacer esto sola. Ve con Dios, él cuidará de mí.

Le tembló la voz al decir aquello, pues reconocía la falsedad en sus palabras, no creía que Dios pudiera protegerla allí fuera. Jiggs suspiró, no del todo conforme, pero aceptó tomar el siguiente coche. En cuanto la dejó, Valentine se metió en la parte de atrás del taxi y cerró la puerta de un tirón. Fuera quedaron el ruido del aeropuerto y la lluvia.

—¿A dónde, señorita?

El taxista, una figura oscura de ojos grandes e inquisitivos, se sentó

delante y la miró a través del espejo retrovisor. El vehículo olía a cuero y a ambientador de pino. Cerró la puerta y esperó.

—Lléveme a esta dirección.

Valentine le mostró un trozo de papel doblado donde la doctora la había escrito y el hombre asintió. Enseguida puso el coche en marcha. El ronroneo del motor era tranquilizador. Valentine se puso el cinturón con un suspiro y se recostó en el asiento de cuero gastado.

—Bienvenida a Nueva York —dijo el taxista.

«Que Dios me ayude», rogó ella.

La calle encharcada donde se encontraba el piso que Amanda había buscado, en Greenwich Village, se extendía larga y ancha, flanqueada de altos árboles aún desnudos. El mes de marzo estaba siendo frío y oscuro en todo el norte de estados Unidos —también en Seattle, donde no paraba de llover desde hacía dos meses—, y Nueva York no era una excepción. El taxi se había detenido en doble fila delante de un edificio de ladrillo rojo de cinco plantas, con una gran escalera de entrada. Valentine esperó dentro a que Gerome, pues con ese nombre se había identificado el taxista durante el trayecto, bajara y acudiera a ayudarla a salir. Cuando abrió la puerta y le tendió la mano, una ráfaga de viento fresco cargada de humedad invadió el cálido interior. La diferencia de temperatura hizo que Valentine se estremeciera.

—Con cuidado...

La lluvia la recibió en cuanto puso los pies en la calle. No lo pudo evitar, Valentine extendió los dedos. Era agradable sentir las gotas de agua fría. Sonrió. Luego se volvió hacia Gerome. Le había pedido que se adelantara

con las maletas y las dejara junto al ascensor, y que después regresara para acompañarla hasta el portal. Ahora, ante las escaleras de acceso al edificio, se alegraba de haberlo hecho. Por supuesto le pagó, y añadió una generosa propina que él se guardó con una sonrisa.

—Dios la guarde, señorita.

—¿Crees en Dios?

—Yo no, pero usted sí.

Valentine parpadeó sorprendida al escuchar su respuesta. Precisamente ella no creía en Dios, o al menos... dudaba de su existencia. Intentó apreciar alguno de los rasgos de Gerome. Inútil, el taxista aparecía ante ella como una figura indefinida, eso sí, de piel muy oscura. Que era muy alto y fuerte, y que tal vez llevaba rastas, era todo lo que podía decir de su aspecto. Valentine decidió recordarle, había sido la primera persona amable que conocía en Nueva York. Gerome abrió un paraguas que siempre llevaba en el taxi y se lo cedió para que estuviera protegida de la lluvia mientras trasladaba sus cosas hasta el portal, escaleras arriba.

Un poco más lejos, calle abajo, una figura esperaba tras la marquesina de una parada de autobús. Miraba a Valentine con interés. Consultó su reloj, escrutó la calle, arriba y abajo, luego alzó el rostro y estudió el edificio junto al que esperaba la joven. Parecía impaciente y preocupado, como atormentado por alguna idea que le estaba atormentando. Volvió a fijarse en Valentine, allí de pie, bajo el paraguas, esperando... y sus ojos denotaron cierta desesperación. Dio un paso, a punto de cruzar la calle y acercarse... pero no lo hizo. Guardó las manos crispadas en los bolsillos de su chaqueta negra y retrocedió, ocultándose en la marquesina.

Valentine apenas tuvo que esperar unos minutos. Enseguida Gerome regresó a su lado y la tomó del brazo. La joven se agarró a él y dejó que la guiara. No fue difícil superar las escaleras de entrada, no como había pensado.



Gerome era un pilar fuerte al que podía aferrarse sin sentir vergüenza, hacía que pareciera sencillo subirlas. En un momento accedieron al sombrío interior del portal y alcanzaron el ascensor, junto al cual esperaban sus dos maletas.

—¿Quiere que suba con usted? —se ofreció.

—No, gracias, hasta aquí es suficiente.

—¿Seguro?

—Seguro, Gerome, Dios te bendiga.

—A usted también.

Pero Gerome no se movió de donde estaba. Se quedó delante de ella, enorme y oscuro, pensando, con sus grandes ojos negros fijos en ella. Valentine no podía verlos, pero los sentía.

—¿Qué ocurre?

Gerome exhibió una amplia sonrisa y se apoyó en la barandilla de la escalera.

—Creo que le vendrá bien que le de mi número. Es bueno tener un amigo con quien poder contar cuando se va a un lugar nuevo.

Valentine abrió la boca para protestar, pero Gerome se adelantó.

—Deme su móvil, grabaré mi número en su agenda. Si alguna vez me necesita, llámeme.

—Pero no...

—Confíe en mí.

Algo profundo en su tono de voz impulsó a Valentine a entregarle el teléfono. Aguardó en silencio, algo nerviosa, mientras él, con dedos hábiles, guardaba su número en la agenda. Luego se llamó a sí mismo.

—Ya la tengo. Bien, pues buenos días, señorita...

Alargó la mano y le devolvió el aparato. Sus dedos rozaron levemente la muñeca de Valentine.

—...Valentine, soy Valentine. Y si tengo tu número en mi móvil, deberías tutearme, ¿no te parece?

—Claro, buenos días entonces, Valentine.

—Buenos días para ti también, Gerome. Y gracias.

Le ofreció una amigable sonrisa. Luego se volvió y palpó con los dedos hasta encontrar el botón de llamada del ascensor. Oyó que Gerome salía. La puerta del portal se cerró y al poco el taxi se alejaba calle arriba. Le había dado su móvil a un completo desconocido... ¿Por qué lo había hecho?

Un chasquido seguido de un zumbido resonó en el hueco de la escalera. El ascensor tardó unos minutos en acudir, pues era lento y antiguo. Valentine comprobó con un gemido que había que deslizar hacia un lado una inestable reja de hierro forjado para acceder a la cabina de madera, cuya puerta también era plegable. Esperaba que no se le cerrara mientras estaba metiendo las maletas dentro. Apoyó su bastón contra la reja e introdujo en la cabina el equipaje lo más rápido que pudo, primero una maleta, luego la otra. Seguidamente recuperó el bastón y cerró la verja de hierro de un tirón. Buscó el último piso en el panel de botones, contando de abajo arriba: planta baja,

primera, segunda...

Su corazón empezó a latir más deprisa cuando el ascensor se puso en marcha. A medida que subía, se daba cuenta de que estaba dejando atrás muchas cosas, toda una vida tras los muros de un psiquiátrico, años de encierro. Se llevó la mano al pecho y trató de calmarse.

«Todo va a ir bien... Respira, respira...»

Pero no era tan fácil.

«Ve con cuidado, Valentine...»

Las palabras del extraño desconocido con el que había tropezado en el avión acudieron inoportunamente a su cabeza. Al mismo tiempo hubo un chasquido y dio un respingo. El ascensor se detuvo con un brusco bamboleo. Había llegado. De nuevo tuvo que emplearse a fondo para sacar las dos maletas de la cabina antes de que la vieja puerta se cerrara.

Cuando acabó, se quedó un momento en el rellano de la escalera, escuchando, tomándole el pulso a aquel lugar. Era la primera vez que ponía los pies en él. Nunca había sido libre... hasta ahora. ¿Y si la doctora se había equivocado? ¿Y si el vacío y el horror regresaban? ¿Y si volvía a...?

Se quitó las gafas de sol y las colocó sobre su pelo. Todo estaba oscuro y en silencio. Hacía frío. Sólo había una puerta en aquella planta. Se acercó y sacó una llave pequeña del bolso. No pesaba nada en la palma de su mano. La introdujo en la cerradura y la hizo girar, «chack»... La puerta se abrió pesadamente con un profundo lamento y un intenso olor a incienso se liberó desde el interior. Olía como una iglesia. Valentine se quedó donde estaba, enfrentándose a aquel lugar desconocido. Escudriñó la densa oscuridad que tenía delante. Nada. Las persianas estarían echadas en todo el piso y ella no veía.

Se adelantó y palpó la pared junto a la puerta, a su derecha. Encontró el interruptor de la luz y la encendió. Al instante pasó de ver sólo sombras a distinguir vagamente un recibidor apenas amueblado, hueco y rectangular.

Lo primero era lo primero. Valentine metió sus cosas en el piso y cerró la puerta. Todos sus movimientos despertaban ecos apagados a su alrededor, señal de que aquel era un lugar sin uso, vacío de recuerdos, vivencias o adornos que hablaran de una vida. No le importó, después de todo, ella no podía ver los detalles. Lo recorrió por completo. Tump, tump, tump... su bastón golpeaba la tarima de madera que cubría el suelo. Constató que el apartamento contaba con un solo dormitorio, en cuyo centro había una cama sencilla pero amplia, un baño grande —dotado de asideros para ayudarla con su ceguera—, una cocina muy bien equipada, y un amplio salón. Fue subiendo las persianas y dejó que la luz de las farolas de la calle desterrara la luz artificial de las lámparas que había ido encendiendo a medida que avanzaba. Retrocedió sobre sus pasos y las fue apagando. Mejor. Ahora era todo más natural. No le molestaba la penumbra, en cambio la luz de las lámparas era un castigo. De todos modos sus ojos apenas le mostraban el mundo alrededor... Abrió las ventanas. El aire de la calle ayudaría a ventilar la casa y desterrar el fuerte olor a incienso que se había adueñado de ella.

Se asomó por la ventana del salón para que la brisa refrescara su rostro e inspiró con fuerza, profundamente. Había una escalera de incendios a su derecha. La lluvia golpeteaba el hierro de sus peldaños. En el tramo que ascendía hasta la azotea, había una figura. La forma de su cuerpo quedaba desdibujada en las sombras nocturnas. El voladizo del tejado le servía de resguardo y la lluvia formaba una cortina delante de él que lo mantenía oculto. Seguía los movimientos de Valentine como si no existiera nada más que pudiera interesarle aparte de ella. Valentine no lo vio.

Entonces su móvil vibró y ella retrocedió. Al instante un sencillo tono de llamada reverberó entre las paredes de la desolada estancia.

—Oh, Valentine, no estaba segura de que hubieras llegado al apartamento... —La voz de la doctora sonó lejana, parcialmente sofocada por un molesto zumbido de fondo—. ¿Ha ido todo bien? Jiggs me ha llamado y dice que no le has dejado acompañarte...

—No era necesario.

—Lo sé. —Hubo un silencio—. Estás preparada, Valentine... —La doctora bajó el tono de voz—. Por aquí todo va bien, al menos por ahora. Recuerda, no debes permitir que la ansiedad domine tus decisiones. Si tienes dudas Jiggs está para ayudarte en todo lo que necesites. Si no puedes... llámame. Pero espero que no lo hagas. A partir de ahora debemos ser cautas, recuerda que es probable que quieran revocar mi decisión.

Valentine cerró los ojos. Se acercó a la ventana y la cerró. La lluvia y el para ella invisible desconocido quedaron fuera. Se giró para abarcar con la vista el espacio que la rodeaba, y sus retinas le devolvieron paredes y muebles borrosos, tan desnudos de sentido como su corazón de coraje. ¿Que podía decir?

—Amanda, aún no puedo...

—Sé que crees que no puedes, la cuestión es... ¿lo intentarás?

—Lo intentaré.

—Todo lo que has vivido en el centro ya ha quedado atrás. Ahora eres una persona nueva, Valentine, tienes una oportunidad. Aprovéchala. Y recuerda que no estás sola.

«Oh, pero sí lo estoy...», pensó ella.

—Lo sé, supongo que... necesito un tiempo para adaptarme. —Miró

alrededor con aprensión—. Prometo que no haré nada precipitado.

—Estoy segura Valentine, de que encontrarás el camino. Empieza de nuevo, vive. Recuerda que debes seguir con los ejercicios para tu rod...

Hubo un pitido, y la llamada se cortó de golpe. Había muy mala cobertura en el centro. Valentine recordó sus gruesos muros de piedra. Tardó en reaccionar. Estaba cansada, muy cansada, muy lejos de Seattle. Llevaba tanto tiempo apartada, lejos de la vida...

Se dirigió al dormitorio y con cuidado se agachó para poder sentarse sobre la cama. La funda con que estaba cubierta era mullida y agradable. El colchón se hundió al presionar sobre él con las manos. Era confortable, como a ella le gustaba, no demasiado firme. Se apoyó en él, tanteando con las dos manos, y estiró la pierna dañada mientras se giraba hasta dejarse caer de culo. Un dolor agudo se extendió desde su rodilla hasta la cadera; aún estaba inflamada y se resentía mucho con cualquier esfuerzo. Amanda tenía razón, no debía descuidar sus ejercicios. Soltó el bastón y estuvo masajeándola unos minutos por encima del fuerte vendaje elástico que la mantenía en su lugar. Luego se tumbó boca arriba. El colchón era realmente cómodo...

Cerró los ojos y dejó que el rumor de la gran ciudad la envolviera como un manto. Llegaba hasta ella como un eco apagado a través de las ventanas, y resultaba agradable, sobre todo después de haber pasado tantos años confinada en su encierro. No se había percatado de lo mucho que anhelaba el ruido, la gente... la libertad. Desde luego había echado de menos muchas cosas, pero también era cierto que había llegado a acostumbrarse a esa vida, a la rutina, la medicación, las sesiones de terapia con Amanda.

«Dios, ayúdame...»

Hizo la señal de la cruz y rezó una oración. Esta vez sí, recordó las palabras.

Tres golpes rompieron el silencio.

Habían llamado a la puerta. Valentine se puso rígida. De inmediato se sentó, alerta a cualquier otro sonido. Cuando al cabo de pocos segundos otros tres golpes secos retumbaron en el piso, ya no le cupo duda. Alguien aporreaba su puerta.

Valentine se asustó. Sin saber por qué, tuvo miedo mientras trataba de levantarse. Luego pensó en Jiggs. Tal vez se había arrepentido por dejarla sola y quería asegurarse de que estaba bien. Agarró el bastón y cojeó fuera del dormitorio, siguiendo el pasillo con lentitud. Tropezó con un aparador instalado a medio camino. Estaba muy nerviosa. Al llegar junto a la puerta de entrada, tomó aire y contó hasta tres. Hubiera echado un vistazo a través de la mirilla, pero era absurdo, con su ceguera...

«Vamos, Valentine... Tal vez no sea nada malo, es imposible que nadie más sepa aún que te has ido...»

Ojalá no tuviera que estar allí, defendiéndose sola. No le gustaba tener que tomar las riendas de su vida, le daba vértigo. ¿Era eso lo que quería, que otro tomara las decisiones? «Las decisiones difíciles sí...», se dijo, «al menos de momento. No estoy preparada para esto».

Enseguida apartó estos pensamientos, muy negativos, y se reprendió por darles cancha en su mente. Sólo era inseguridad, y era normal sentirla.

Cogió la manilla y tiró de ella para abrir la puerta. En el rellano de la escalera no había nadie. Valentine miró a un lado y otro, salió un poco y encendió la luz... Nadie. Sorprendida, regresó a la seguridad del apartamento, y entonces pisó algo. Algo blando bajo la suela de su zapato.

Se agachó y palpó con las manos... y sus dedos tocaron algo untuoso

pegado al suelo. Notó que ese algo estaba envuelto en un papel grueso... ¿Qué era? Lo recogió y se lo acercó a la nariz. Olía a nata, a bizcocho y a nueces, detectó un suave aroma a limón... Un pastel. Alguien le había dejado un pastel en su puerta. Al instante volvió a escudriñar el rellano. Estaba desierto. Ni siquiera había escuchado pasos.

Valentine se llevó de nuevo el pastel a la nariz y sonrió, a medias encantada, a medias sorprendida, a medias asustada. ¿Quién le había dejado aquello en la puerta?

Tal vez un vecino tímido. Alguien que quería darle la bienvenida... ¿Quién? Se llenó de impotencia. ¿Qué podía significar aquello? Entró en el apartamento y cerró la puerta.



## Capítulo 3



Amanda Flemming miraba por la ventana del pabellón psiquiátrico «New Hope Psychiatric Center» en Seattle, furiosa todavía a causa de la llamada telefónica que acababa de recibir. Sus ojos azules llameaban, fijos en el lluvioso paisaje ajardinado que rodeaba el edificio. Alta y enjuta, se abrazaba a sí misma mientras rumiaba su enfado. Trataba de calmarse y digerir las duras palabras que el padre Paolo acababa de dedicarle no hacía ni cinco minutos. Claro que era cuestión de tiempo que la llamara, pero aun así... Un mechón rubio se le escapó del sencillo recogido que sujetaba su melena en un apretado moño sobre la coronilla, y se lo remitió detrás de la oreja. Su reflejo en la ventana le devolvía una imagen difusa. Observó su rostro alargado, la forma en que su nariz estrecha y curva le confería un aspecto avispado y un tanto agresivo, la tensión en sus labios finos, delicadamente pintados de color cereza, las finas cejas fruncidas, las orejas pequeñas, sin pendientes, la forma en que la papada empezaba a descolgarse para recordarle con crueldad que se estaba acercando a los sesenta años...

Hubiera esperado un poco más de comprensión por parte de Paolo, que confiara en su criterio, más aún teniendo en cuenta que había sido él quien la había recomendado al consejo administrador del centro. Por eso le había

afectado tanto escucharle. No había gritado, sus palabras no habían sido malsonantes... Sacudió la cabeza, se ajustó la elegante camisa color burdeos que entallaba su delgadez, se alisó la falda de corte recto con las manos, estirándola para hacerla bajar hasta las finas rodillas, y se irguió, se recompuso, se obligó a sonreír incluso.

«No vas a estropearlo todo, Paolo, no vas a estropear todo lo que he logrado con Valentine Borderer devolviéndola a este centro. Aún soy su psiquiatra y tengo mucho que decir. Sin duda el consejo me escuchará antes que a ti. Avalarán mi decisión cuando les explique las razones que me han llevado a firmar el alta de Valentine»

Nada más pensarlo, supo que estaba equivocada. Ella sólo era una trabajadora, contratada para atender a los pacientes. El obispo Paolo no se limitaría a acudir al consejo, no lo necesitaba, junto con el arzobispo Felps, era quien en realidad dirigía el centro. Sin duda haría valer su influencia para garantizar el regreso inmediato de Valentine a su vida de encierro.

Amanda no pensaba permitirlo, no lo haría. Valentine merecía una oportunidad. Recordó con creciente amargura la última parte de su conversación con el obispo.

—Valentine Borderer no es una chica cualquiera, doctora Flemming — le había dicho Paolo—. Lleva la impronta del mal en su alma, y no sabemos de qué puede ser capaz. El Diablo sabe esperar, y nuestra misión es tenerla bajo control...

—No hay ningún Diablo en este caso. Valentine se ha rehabilitado — había respondido ella—. No ha vuelto a tener pesadillas gracias a la medicación, y he demostrado a lo largo de estos años que su mente puede aceptar que es una joven normal, equilibrada e inofensiva para la sociedad y para sí misma, con tantas ganas de vivir y ser feliz como cualquier chica de su edad. No hay motivo para mantenerla encerrada de por vida como usted pretende, y de todas formas está siendo supervisada. Manteniendo su rutina de

medicación y con un seguimiento adecuado...

—¡Valentine debe permanecer encerrada! —el obispo Paolo la había atajado con sequedad—. ¡Nunca ha debido liberarla, doctora! ¡Sabía bien que no debía, y se ha saltado el protocolo establecido para ella! Si ocurre alguna desgracia, usted será la única responsable...

A Amanda se le habían atragantado aquellas palabras.

—¿Por qué? Dígame por qué habla del mal cuando se refiere a Valentine. Yo no veo el mal en ella.

—Debería haber hablado conmigo antes de tomar una decisión así. Esperaba de usted que lo hiciera.

—No tengo motivos para pensar que Valentine es distinta, sigo creyendo que...

—Valentine es un caso aparte.

—¡Se equivoca! Valentine es mi paciente, ¡es mi criterio médico el que decide sobre la conveniencia o no de darle el alta!

Hubo un silencio prolongado. Amanda había sonado desafiante.

—Doctora Flemming... Valentine está bajo mi autoridad, siempre ha sido así, NUNCA... ha sido «su» caso. El destino de esa joven no es ser libre. Nunca debería haber abandonado el centro.

A continuación, el padre Paolo había colgado.

El estupor con que Amanda había escuchado estas palabras aún

perduraba en su interior. ¿Valentine jamás podría abandonar el centro? Así que hablaba en serio. Estaba desconcertada.

Había estado tentada de llamar a Valentine, sólo para asegurarse de que estaba bien. No había llegado a hacerlo, no cuando la idea era darle algo de margen a la joven para que empezara a componer su nueva vida en Nueva York. Si la llamaba, le transmitiría su preocupación, y ella era especialmente perceptiva, sabría que algo grave ocurría. No, no debía dejarse influir por el obispo Paolo, ni actuar de forma impulsiva, espoleada por su discurso alarmista y tajante, por mucho que trabajara para él. Había actuado según sus principios, como psiquiatra y como persona. Sabía a qué se exponía al dar el alta a la joven, saltándose los preceptos del obispo. Aunque había esperado que tantos años de tratamiento y el buen resultado de los mismos hiciera que se replanteara su postura.

Se sentó en su mesa, grande y oscura. Pasó la palma de la mano por la suave superficie de madera de roble, y enseguida buscó el expediente de Valentine. Aún lo tenía a mano, en el cajón.

El día en que Paolo llevó a Valentine al centro, pequeña, asustada y triste, había captado su interés de inmediato. Sus ojos marchitos, su cojera — le habían operado la rodilla derecha—, las muñecas vendadas... tan atrozmente triste... Destilaba odio... hacia sí misma, un odio tan profundo que la cólera emanaba desde su interior, se percibía a través de su rostro.

No había dudado en ofrecerse para llevar personalmente su caso, y enseguida había descubierto lo atormentada y asustada que estaba. Desde que ingresó en el centro, Valentine había tratado de quitarse la vida hasta en cuatro ocasiones. En el fondo, detrás de ese anhelo por suicidarse, estaba la culpa, pero, sobre todo, estaban las espantosas pesadillas que la atormentaban cada noche. Valentine dormía mal, se despertaba siempre de madrugada, rezando, chillando, pataleando, sudorosa, aterrorizada... Sus aullidos desgarradores atravesaban el centro soliviantando a los otros pacientes, y eran necesarias varias personas para sujetarla y administrarle un calmante. Valentine siempre

relataba la misma historia durante sus sesiones: que el mal la perseguía, que quería poseer su alma, y que ella se resistía cuanto podía, pero no era suficiente. Algo, según ella una fuerza invisible, la visitaba por la noche y se cernía sobre ella, y mientras rezaba y empleaba toda su energía en rechazarla, aquello pugnaba por atravesar su carne para alcanzar su alma.

Ni la regresión, ni la hipnosis, habían logrado liberarla de esos sueños. La medicación en cambio sí, gracias a la inestimable colaboración del doctor Jacob Gates, compañero del centro. A Gates le había costado cuatro largos años de ensayos dar con los compuestos adecuados, formular la combinación exacta y lograr la dosis definitiva para acabar con el tormento de la niña. Llegó justo a tiempo con la solución, porque Valentine estaba al límite de su resistencia. Desde el momento en que los sueños empezaron a desaparecer, la niña había experimentado una notable mejoría. Nunca había vuelto a mostrar un sólo gesto violento, ni hacia los demás, ni hacia sí misma. Sólo la culpa perduraba en lo más profundo de su ser. Amanda seguía viendo el castigo y el arrepentimiento en sus ojos, como un velo profundo imposible de extirpar: que sus padres hubiesen muerto en el incendio y ella no, sería por siempre una losa anclada en su corazón. El miedo a que las pesadillas regresaran algún día también permanecía. Valentine solía confesar que no creía que aquella fuerza se hubiese ido, sino que sólo estaba aletargada, esperando su ocasión.

Ahora, a sus veintitrés años, sobrellevaba bien el día a día y el miedo ya no interfería en su comportamiento. Valentine se había convertido en una chica distinta, ávida de experimentar la libertad. Ese momento había llegado, dejarla marchar era el siguiente paso, una parte más de la terapia, imprescindible... o no podría avanzar. Y aunque era evidente que estaba asustada, Amanda tenía fe en que saldría adelante.

La doctora se descalzó y puso los pies sobre la mullida moqueta gris perla que cubría el suelo de su despacho; le gustaba hundir los pies en su esponjosa textura y relajarlos así de la presión de los zapatos de tacón que solía llevar. Apoyó la frente en las manos y pensó... con la vista puesta en la fotografía que encabezaba el expediente de Valentine.

Valentine... ¿Por qué ese empeño del obispo por mantenerla en el centro? Que ella recordara no se había procedido así con ningún otro paciente. ¿O tal vez existían precedentes? Otros pacientes...

Tabaleó con los dedos sobre el expediente, pensativa... Se había asegurado de no facilitarle la dirección del piso donde la había instalado, en el barrio de Greenwich Village, pero sabía que Paolo no iba a conformarse. A Amanda le parecía que ocultaba algo. Alargó la mano hacia el antiguo teléfono fijo que descansaba sobre la mesa, levantó el auricular y marcó el número que desde hacía unos minutos brillaba en su mente como luces de neón. Cruzó los dedos. Sonaron varios tonos antes de que una voz sorprendida descolgara.

—Amanda, cuánto tiempo... Te daba por desaparecida, cuánto hace... ¿siete años? —dijo la voz al otro lado de la línea—. Me han dicho que te trasladaste aquí, a Seattle...

—Hola Marcus... Sí, ahora trabajo en Seattle.

Se le quebró la voz.

—Amanda, ¿va todo bien?

Amanda dudó.

—Lo cierto es que no... Siento llamarte así después de tanto tiempo, pero necesito tu ayuda.

Hubo un silencio, y Amanda temió que la distancia y el tiempo hubieran quebrado su amistad con la persona que callaba al otro lado del teléfono. No podría juzgar a Marcus si estaba resentido, había sido egoísta desplazándolo de su vida como lo había hecho. Se le ocurrieron mil excusas, pero ninguna servía para justificar tantos años sin hacerle una llamada, sin visitarlo, sin

responder sus mensajes...

—¿Marcus? Marcus...

—Dime, ¿qué ocurre?

Al fin. Amanda soltó el aire que había estado conteniendo. Le costó verbalizar lo que necesitaba, sonaba demasiado extraño incluso en su cabeza. Sin embargo, no conocía a nadie mejor que Marcus para la situación que se le venía encima.

—Marcus, escúchame con atención...

## Capítulo 4



La Luz del sol entraba a raudales por la ventana cuando el despertador del móvil sonó a las ocho de la mañana. Valentine abrió los ojos de golpe. Palpó en torno a su cuerpo, y recordó dónde estaba. El relleno nórdico estaba caliente bajo su peso, se había dormido sobre él. Estaba empapada de sudor, la frente perlada y el pelo rubio pegado a las sienes; una gota se deslizó por su escote. Se incorporó y volvió el rostro hacia la luz del sol. Dejó que acariciara su piel e imaginó que se inundaba de energía. Estuvo así, inmóvil, durante apenas unos segundos, sobre los codos, esperando a que su corazón se calmara, pues latía desbocado en su pecho. Había estado soñando, pero no lo recordaba. Hacía muchos años que no soñaba...

Inspiró, espiró, concentrada en calmarse... cuando una vocecilla en su cabeza le recordó que se había dormido profundamente y había olvidado tomar su medicación. Arqueó las cejas sorprendida. Ahí estaba, por eso había estado soñando.

«No puede ser...», pensó desesperada.



Pero lo era. La bolsa de mano, donde había metido su pastillero, continuaba en la entrada, junto con sus dos maletas. Soltó una imprecación. Se había saltado la toma de la noche. Amanda siempre había sido muy severa al respecto, no debía romper su rutina, era esencial que fuese cuidadosa. Su primer día fuera del centro y ya estaba cometiendo errores. Trató de consolarse pensando que un sólo despiste no podía suponer gran cosa. Meneó la cabeza, recordaba bien que una vez había preguntado a Amanda al respecto, y que ésta le había asegurado, con tono severo y tajante, que no debía comprobarlo. Valentine se encogió. Con sólo una falta ya había estado soñando...

«—¿Nunca podré dejar de tomar pastillas? —le había preguntado a Amanda.

—No lo sé, Valentine. Por ahora, haz el favor de seguir la pauta a rajatabla. Respeta los días y las horas, recuerda cuánto tiempo nos ha costado alcanzar la combinación exacta para eliminar tus pesadillas. A medida que pase el tiempo iré bajando la dosis, y si respondes bien... —Se encogió de hombros y sonrió con confianza para animarla—. Es todo lo que te puedo decir por ahora, esto no es una ciencia exacta y algunas de las medicaciones que te estamos dando son experimentales...»

Valentine sabía bien que Amanda había trabajado duro con el doctor Jacob Gates para encontrar una combinación de compuestos que fueran capaces de ayudarla a dormir sin sueños. Se estremeció... ¿Y si volvía a sufrir sus pesadillas? ¿Por un solo olvido?

«Está bien, sólo ha sido una vez, no pasa nada», se dijo.

Aunque sí pasaba. Las consecuencias se harían notar tarde o temprano. Tal vez debiera llamar a Amanda...

«¿Y que piense que no puedes valerte por ti misma?». Valentine negó con la cabeza, «seré más cuidadosa, anoche estaba cansada, demasiadas

emociones, es normal que haya tenido un despiste».

Sin embargo, no lo había tenido en los últimos cinco años, sino ahora, en su primer día en Nueva York, su primer día fuera del centro.

El frigorífico estaría vacío, así que iba a tener que buscar una cafetería donde desayunar. Su primera toma del día era con el desayuno. El pastillero de Valentine era una cajita de plástico azul con cuatro compartimentos en los que repartía las cuatro medicinas que tomaba, cada una con una forma distinta, sólo así lograba distinguirlas. Una era cuadrada, otra circular, otra era una estrella y la que más le gustaba, la de la noche, era una bolita... La que había olvidado. Amanda le había contado que estaban diseñadas a su medida, y que las fabricaban exclusivamente para ella en una prestigiosa farmacéutica de California.

Ladeó la cabeza.

«Date prisa...», se reprendió.

Enseguida se arrancó del colchón y buscó su bastón. A tientas recorrió el pasillo, para ella un entorno nebuloso de luces y sombras, a por su bolsa de mano y su equipaje. Le había puesto un cordel a una de las dos maletas para saber cuál era cual. Llevó al dormitorio la que no tenía cordel, la tumbó sobre la cama y la abrió. Había dejado previsoramente una camiseta azul de manga larga y un vaquero pulcramente doblados encima de todo lo demás, junto con una muda de ropa interior, una toalla y su neceser, en cuyo interior guardaba su champú y un pequeño bote de gel, un cepillo de dientes nuevo, el dentífrico... todo dispuesto en un riguroso orden que había memorizado y le era familiar. Cogió sus cosas y se las llevó al cuarto de baño. Se quitó la ropa arrugada que había llevado puesta desde que abandonara el centro y la dejó con cuidado sobre el bidé. Luego se quitó la venda elástica que sujetaba su rodilla y la dejó sobre el montón de ropa sucia. Enseguida sintió una punzada de dolor. Siempre que retiraba la venda acusaba la falta de sujeción.

«Tengo que seguir con los ejercicios, ya... cuanto antes...»

Se metió en la ducha apoyándose en la pierna izquierda. Agradeció que Amanda hubiese mandado instalar los asideros en las paredes de la ducha. Abrió el grifo y contuvo el aliento.... y... muy sorprendida, soltó un gemido de placer cuando el agua, al principio fría, empezó a calentarse. Se había resignado a ducharse sin agua caliente, convencida de que la caldera no funcionaría —aún no había llamado a la compañía de suministro de gas y suponía que tampoco tendría calefacción—, pero al parecer Amanda había tenido el detalle de gestionar también esas cosas antes de que se instalara.

«Gracias Amanda...»

La iba a echar de menos.

Se jabonó el cuerpo, los ojos cerrados, disfrutando de su recién adquirida libertad. Sonrió. Ya no escucharía más los característicos sonidos del centro, las voces de los pacientes, los gemidos, las ruedas de los carritos cargados con la medicación diaria de los internos circulando por el pasillo... Estaba en Nueva York, ¡y era libre! Sonrió aún más. Eso era bueno, ¿verdad? Además, estaba convencida de que el apartamento, aunque no pudiera verlo, era bonito. Amanda era una persona detallista y se habría esmerado en decorarlo a pesar de su ceguera. Además, existía un fondo de ayuda para personas dependientes que le serviría para cubrir sus gastos. No tenía que preocuparse por su supervivencia, gracias de nuevo a Amanda.

«Sin miedo», se dijo, «sin miedo».

Se llevó instintivamente los dedos de la mano derecha a la muñeca izquierda y rozó la cicatriz que recorría su antebrazo, como una cuerda endurecida. Solía recordar de lo que había sido capaz antes de Amanda, antes de que sus horrores nocturnos desaparecieran, incluso a pesar de que al hacerlo, a veces, la culpa la asaltaba; pensaba en sus padres, muertos en el incendio que estalló la noche en que ella se quiso matar, y la pena arrasaba su

entendimiento hasta hacerla desfallecer. Esta vez no. Levantó una muralla y arrinconó esos pensamientos dolorosos para más tarde, como Amanda le había enseñado.

«Son demasiado dañinos, son perros grandes a los que no puedes enfrentarte cuando te asaltan sin previo aviso. Sin prepararte, perderás siempre. Arrincónalos y afróntalos cuando estés lista»

Cuando acabó, salió y se secó el cuerpo esbelto con la toalla, envuelta en el vapor húmedo que había generado el agua caliente. Valentine tenía una piel nívea y perfecta sobre unos músculos suaves muy bien definidos. Desenredó su larga melena rubia, se colocó de nuevo el elástico y se vistió. De inmediato su rodilla dejó de quejarse.

Era agradable desenvolverse sola, aunque le costara un tiempo habituarse a las dimensiones del piso y recorrerlo sin tropezar. Tenía un botellín de agua en uno de los bolsillos de la bolsa de mano donde guardaba las pastillas. Regresó al dormitorio, recogió su gabardina de la butaca sobre cuyo respaldo la había dejado, y pasó la correa del bolso alrededor de su cuello, para llevarlo en bandolera. Estaba preparada. ¿Lo estaba?

No. Realmente no.

Un golpe llegó hasta ella desde el salón.

Valentine se quedó quieta, sorprendida. Lo había oído claramente, había sonado en el piso, allí mismo... un golpe. Se volvió a medias, escuchando.

Nada.

Recorrió el pasillo, pasó junto a la cocina, muy despacio, procurando no apoyar el bastón con fuerza, y llegó al salón. Se asomó a la puerta doble

que daba paso a la amplia estancia... y entonces vio una figura masculina, una forma grande que tapaba la luz del sol procedente del ventanal. Valentine se quedó helada. No se atrevió a moverse, paralizada por el estupor. Un temblor incontrolable recorrió sus piernas. El intruso tampoco se movió de donde estaba. Parecía observarla con cautela, en silencio.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar.

Al principio no obtuvo respuesta. El hombre parecía indeciso.

—Tenía que verte —dijo al fin, y Valentine reconoció al instante aquella voz. Archeó las cejas, sorprendida. Era la misma del tipo del avión, el que la había llamado por su nombre. El que había abrasado su piel con sus dedos... Valentine tragó saliva—. He venido por ti, Valentine.

—¿Cómo... cómo sabes mi nombre?

—Te conozco bien.

—Yo a ti no, no sé quién eres, ni qué haces aquí, en mi casa...

—Esta no es tu casa, no por mucho tiempo al menos.

Valentine procuró concentrar sus ojos en él, pero sólo distinguía sus formas. Por su voz, parecía joven.

—Estabas en el avión... Eres tú... ¿Verdad? ¿Me has seguido...? ¿Por qué?

Por toda respuesta el desconocido se movió, dio dos pasos cautos hacia ella. Valentine retrocedió un poco, insegura y asustada. Deslizó una mano hasta el móvil en el bolsillo de su gabardina, dispuesta a llamar a emergencias.

Él extendió una mano, a modo de ruego.

—No lo hagas. Por favor.

—¿Por favor? Dime cómo has entrado...

—Por la escalera de incendios.

—Pero... la ventana estaba cerrada...

Él dio dos pasos más, siempre con cautela. Al parecer no era su intención asustarla. Era muy alto, ancho de espaldas... Valentine se echó atrás, intimidada, y se topó con la pared del pasillo.

—No me tengas miedo, Valentine. No soy tu enemigo. Si quisiera hacerte daño ya lo habría hecho. He tenido muchas ocasiones, créeme.

Desde luego, no le resultaría nada difícil hacérselo. Valentine tragó saliva. ¿Había tenido muchas ocasiones? Que ella recordara sólo se habían encontrado una vez, en el avión...

—A qué has venido...

Él guardó silencio, tanto tiempo que Valentine creyó morir de ansiedad.

—Te están buscando.

—¿Quiénes?

—Quieren devolvarte al centro. Si te encuentran será tu final.

Valentine bufó. Se le escapó una risa nerviosa. Amanda no lo permitiría. Como si fuera capaz de leerle el pensamiento, el desconocido se apresuró a hablar.

—Ella no podrá hacer nada para protegerte.

—¿Cómo sabes... —Valentine frunció el ceño, sin comprender—. Por favor, márchate.

—No dejarán que salgas al mundo, Valentine. Eres demasiado peligrosa, y Amanda Flemming no podrá ayudarte.

—No sé de qué hablas...

El hombre alargó una mano hacia ella y posó los dedos sobre su frente, al tiempo que murmuraba, con voz suplicante «no soy tu enemigo», una y otra vez. Al instante una ráfaga ardiente se disparó en el organismo de Valentine al contacto con aquellos dedos que sin embargo no parecían querer hacerle daño. Aquella corriente vital recorrió su rostro y sus músculos como un reguero de fuego electrizante. Valentine se estremeció, se tambaleó, los ojos muy abiertos, mientras una luz cegadora inundaba su mente. Anheló más, quería más, sentir más, más profundo, más intenso... Abrió la boca y emitió un gemido.

—¿Lo sientes? Puedes verme, Valentine. Si lo quieres, puedes verme, podrás verlo todo, despierta... Despierta...

El fuego era abrasador, la luz una oleada furiosa, imposible de soportar, pese a que Valentine la deseara tanto. Le temblaron las piernas, y el miedo se apoderó de ella. Todo era blanco alrededor, un fogonazo luminoso como mil soles ardiendo al mismo tiempo en su cabeza. Sin pensarlo, dio un tirón y se apartó. Cuando el contacto se rompió, el mismo vacío que la había dejado estéril y triste en el avión se apoderó de ella, y su mente se oscureció.

Su corazón se detuvo por un instante. Luego, tras unos segundos, arrancó a latir furiosamente en su pecho. A Valentine se le escapó un jadeo. Se encogió sobre su estómago y se envolvió el cuerpo con los brazos, tratando de mitigar el frío que él había dejado en su interior. Estaba tiritando. No veía nada, ni siquiera las formas difusas a las que estaba acostumbrada.

—¿Qué... qué me has hecho? No veo... Oh, Dios, no veo...

A pesar de su ceguera absoluta, notaba con claridad los ojos ardientes del desconocido fijos en ella. Le oyó soltar algún improperio que no llegó a entender. A continuación escuchó cómo se marchaba, sin decir nada más. Su figura se perdió en el halo de luz que el sol derramaba en el salón. Desapareció por la ventana, a través de la escalera de incendios.

Una insoportable soledad asaltó a Valentine. Alzó el rostro. Ahora la oscuridad se iba retirando y empezaba a recuperar su escasa visión. Todo había quedado sumido en un opresivo silencio. Las lágrimas mojaron sus mejillas, parpadeó, y se llevó las manos al corazón, sujetándolo como quien acuna a un niño herido. El vacío que sentía era tan grande... Sabía que había contemplado el cielo durante un instante, algo demasiado grande y eterno como para que ella pudiera abarcarlo con sus ojos humanos, demasiado hermoso y potente... Intuyó que había estado a punto de comprenderlo todo, si tan sólo hubiera resistido un instante más su contacto. ¿Qué había sido aquello? ¿Quién o qué... era ese hombre?

Permaneció donde estaba, aún incapaz de moverse. Sus piernas parecían de gelatina, y aquel horrible vacío... ¿Qué había sido aquello? ¿Había sido real? Había creído quedarse ciega definitivamente... Un vago temor se posó en sus entrañas y echó raíces, y las raíces crecieron y se expandieron a través de sus músculos, formando una telaraña.

Se enderezó como pudo, muy pálida. Ni siquiera lograba recordar qué iba a hacer antes de su extraño segundo encuentro. Entonces recordó que no había tomado su medicación de la noche y un nuevo temor se instaló en su



mente: que tal vez estaba desvariando, imaginándolo todo... Se llevó la mano a la frente y la notó sudorosa. Miró alrededor. El silencio del piso le resultó tétrico.

«No puedo... No puedo...»

Sin pensarlo, cogió su móvil del bolsillo. Iba a telefonar a Amanda, a contarle lo ocurrido, a pedirle que la llevara de vuelta al centro, pero de su boca no salió su nombre.

—Llamar a Gerome... —ordenó.

Se sorprendió. ¿Por qué había dicho eso? Al instante apareció el contacto del taxista en su pantalla y empezaron a sonar los tonos de llamada.

«¿Qué haces? Deberías colgar y contarle todo esto a Amanda»

Pero no lo hizo.

—Valentine...

La familiaridad en la voz de Gerome la tomó por sorpresa. Parecía contento de oírla. Escucharle fue como descubrir el run run de una máquina que llevaba toda la vida sonando cerca de su habitación; si alguna vez se apagara, lo echaría terriblemente de menos. Pero Gerome era un desconocido. ¿Qué sentido tenía eso, qué iba a decirle? Era absurdo.

—¿Te ha gustado el pastel?

Valentine se enderezó. El vacío en su estómago aún tiraba de ella, retorciendo sus entrañas, y un curioso zumbido se había instalado en el fondo de su cabeza.

—¿El pastel...? —De pronto lo recordó, el pastel en la puerta del piso —. ¿Fuiste tú?

—Cuando te dejé ayer iba a marcharme, pero me pareció que merecías una sorpresa de bienvenida. Fui a comprarlo y lo puse en tu puerta. Espero no haberte asustado.

Valentine sonrió involuntariamente. La normalidad regresó a ella como un bálsamo, y de nuevo pudo ser dueña de sí misma. Tomó aire y sonrió un poco.

—Lo... pisé...

Una carcajada al otro lado de la línea sacudió sus temores y los alejó definitivamente.

—No me había dado cuenta, realmente no ves nada, ¿eh?

—Apenas distingo formas, luces y sombras... —balbuceó Valentine. Estaba mareada y entumecida.

Por suerte, no estaba ciega, no del todo. Gerome no dijo nada. Valentine imaginó que asentía. ¿Estaría en su taxi? ¿O iba andando?

—Oye... Me alegro de que me hayas llamado. Precisamente estaba pensando en ti, en que tal vez te gustaría conocer un poco tu nuevo barrio. ¿Qué tal si te lo enseño? Hoy es mi día libre.

—Pero yo no...

Gerome se rió de nuevo.

—Estoy muy cerca. En cinco minutos toco tu puerta. ¿Estás visible?

—¿Qué? ¡No!

—Dame cinco minutos.

Gerome colgó, y Valentine se quedó sin saber qué hacer. Tan sólo unos minutos atrás había recibido la inesperada visita del hombre del avión en su salón. Su recuerdo permanecía anclado en su pecho, el contacto abrasador de sus dedos, la luz cegadora arrasando su mente... Estaba un poco mareada... Y aún no había tomado la primera pastilla del día. Abrió su bolsa de mano y rebuscó en ella hasta tocar con los dedos la caja de las pastillas. La cuadrada, en el primer compartimento, era la de la mañana. La cogió y se la metió en la boca. Le temblaba el pulso. Enseguida le dio un trago al botellín de agua natural.

Se quedó pensando. Que el hombre del avión —no tenía otro modo de llamarle—, hubiera aparecido de la nada en el apartamento, podía ser una alucinación provocada por no haber tomado su medicación de la noche... ¿Había su mente originado una proyección de su primer encuentro en el avión? ¿Era su malestar físico producto de su irresponsable desliz? Valentine sacudió la cabeza. Avanzó cojeando hasta la ventana y la cerró. Luego comprobó que no se podía abrir y retrocedió. No recordaba haberla dejado abierta. No, de hecho, estaba segura de haberla cerrado cuando la llamó Amanda.

El timbre sonó y dio un respingo. Gerome no había mentido. Cinco minutos. Renqueó hasta la entrada.

—¿Sí?

Se apoyó en la puerta y apoyó la mejilla en ella, con los ojos cerrados. Estaba fría, eso alivió el ardor que sentía en la piel, como una pátina fina en

combustión. Se sintió ridícula preguntando, pero necesitaba asegurarse antes de abrir.

—Soy Gerome.

Valentine le abrió y esbozó una torpe sonrisa de disculpa.

—No puedo fisgar por la mirilla como la gente normal, así que...

Y entonces un vahído estuvo a punto de hacerla caer. Boqueó sorprendida... Sus ojos ardieron, enviándole ráfagas de luz a su cerebro. Distinguió por un breve instante el rostro oscuro de Gerome, las rastas que lo enmarcaban, anudadas en la nuca para caer como una coleta sobre su ancha espalda. Vestía una camiseta amplia de color azul celeste y una vieja chaqueta de lana negra sobre ella, unos vaqueros gastados y deportivos. Gerome dio un paso hacia ella, preocupado porque había perdido el color y estaba realmente pálida.

—¿Estás bien?

—Qué... —De pronto Valentine volvió a quedarse a ciegas y dio un traspies. Había podido ver... de una forma extraña, pero había podido ver... aunque fuera durante dos segundos. ¿Había sido a causa del contacto con el desconocido del avión? ¿Le había hecho él aquello? Algo, una corriente cálida fluyó desde sus entrañas—. No lo entiendo...

Soltó un leve gemido. Seguía estando mareada.

—¿Valentine?

—No...

—¿Qué ocurre?

Gerome le ofreció la mano, pero como ella no hizo nada, se inclinó hacia delante para capturar la suya. Valentine se estremeció al contacto con su piel. Por un instante temió volver a sentir alguna clase de descarga, pero Gerome sólo transmitía calidez. ¿Había esperado que la piel de Gerome quemara? Valentine retiró su mano y se apartó. Luego, sin atender al desconcierto del joven, salió de la casa.

—¡Espera! Valentine...

Pero ella no podía ocuparse de él ahora, necesitaba salir de allí. Aún llevaba en su cuerpo aquella energía, y no sabía qué hacer con ella, era demasiado, demasiado fuerte... Gerome cerró la puerta y la siguió hasta el ascensor, visiblemente preocupado.

—¿Qué pasa? Valentine, háblame...

—No puedo explicar... Mi medicación... No he debido...

Gerome cogió su mano, con delicadeza.

—Está bien, vamos a la calle, necesitas respirar aire fresco...

Pulsó el botón de llamada y deslizó la reja del ascensor para que entrara en la vieja cabina. Valentine esta vez no se soltó. Pasó delante de él. No dejaba de intentar enfocar la vista, anhelando volver a ver. Deseaba poder fijarse en los detalles, esos que hacía años que no lograba distinguir. La cabina de madera, la imaginaba estrecha, ¿Sería así? El panel de botones, serían nacarados, la luz artificial en el techo... azulada...

«Oh, por favor...»

—¿No vas a decir nada? —insistió Gerome.

Entró tras ella, cerró la reja y esperó a que las puertas del ascensor se cerraran. Pulsó el botón de la planta baja y se volvió para mirarla, analizando su expresión.

—Una vez encontré un perro callejero —dijo—. Estaba tan asustado como tú. Los mismos ojos inquietos, el mismo leve temblor en todo el cuerpo. Había hambre en su mirada... En la tuya también. Lo recogí y cuidé de él. Estuvo conmigo siete años. Luego murió —dijo—. Por supuesto no estoy diciendo que vaya a adoptarte, ni que vayas a morir, ni ahora,

ni dentro de pocos años... Lo que quiero decir es que sé que algo te ha pasado, ¿qué ha sido?

Ahora había captado la atención de la joven.

—¿Soy un perro callejero?

Gerome se rió.

—No, pero me parece que te vendría bien hablar con alguien. Cuando llegué a Nueva York la primera vez hubiera agradecido que alguien me ayudara, y tú pareces necesitar ayuda.

—¿De dónde eres?

—Soy de Nigeria.

Valentine escudriñó frustrada su rostro, sin verlo. De pronto sufrió otra descarga, y una ráfaga de fuego más intensa que la anterior barrió su mente. La sintió en la frente, en el punto donde el desconocido del avión la había tocado, y enseguida sus ojos quemaron... Un segundo después le ofrecieron la imagen de Gerome. Era hermoso, y amable, todo en su fisonomía era armonioso, y

potente. O tal vez era la emoción de poder verle. Gerome sonrió, cuando lo hizo, todo él se iluminó. Los dedos del desconocido en su frente... El calor de su contacto, el extraño fogonazo de luz estallando en su mente... Tenía que haber sido eso lo que había obrado el milagro en su vista, ¿qué si no? No dijo nada, demasiado alucinada, durante lo que duró el fenómeno, apenas unos segundos más... Luego la oscuridad regresó, más intensa que antes, y ya sólo distinguió luces y sombras. Cuando llegaron abajo Valentine volvía a ser ciega. Salió a la calle apoyada en Gerome, que no la soltaba.

Hacía fresco, y el sol matutino inundaba ya la acera mojada, arrancando rabiosos destellos de la pátina húmeda que cubría las paredes de los edificios de ladrillo rojo, todos iguales, que llenaban la calle a uno y otro lado; se colaba a través de las ramas de los árboles desnudos, arrebatando chispas de luz a las gotas de agua suspendidas en la corteza. Valentine no podía verlo, pero sí sentirlo. Buscó el sol en el cielo azul alzando el rostro. Siempre lo hacía.

—Valentine...

—Es mejor que te vayas, Gerome...

No lo había notado, pero algunas lágrimas corrían ya por su cara. El joven la observó con intensidad, pensativo, entre curioso y preocupado.

—Me gustaría quedarme, y que me cuentes qué te pasa.

—Hoy no, Gerome, por favor... Necesito... estar sola... ¿Tal vez mañana? Ven mañana...

Valentine le sonrió, se puso de puntillas y le besó en la mejilla, a tientas. Acarició su rostro con la yema de los dedos, siguiendo la forma de sus pómulos, la frente, la nariz, la mandíbula y el mentón. Luego se apartó. No pretendía ser cruel, ni parecer una desequilibrada, pero necesitaba

recomponerse, y no podía hacerlo delante de él.

Ninguno de los dos vio la figura de un hombre oculta tras la esquina. El hombre esperó a que Valentine se hubiese alejado lo bastante y se asomó, siguiendo sus movimientos calle abajo. Un enorme hombre negro estaba con ella. La observaba en silencio, parecía resistirse a dejarla marchar. Valentine lo había besado en la mejilla, como si hubiese formado parte de su existencia toda la vida. Tal vez ya hubiesen establecido un vínculo. Valentine se alejó del hombre negro, caminando despacio, insegura y frágil. El desconocido quiso ir hacia ella, seguirla, pero el teléfono móvil vibró en el bolsillo de su pantalón cuando daba un paso en su dirección. Masculló una maldición y se detuvo. Valentine se marchaba, mientras Gerome permanecía plantado en medio de la calle. Valentine iba cojeando, siguiendo la pared de los edificios con las manos. Seguía estando ciega. Demasiado tiempo medicada. Tal vez nunca se recuperara del todo.

La vibración en su bolsillo empezó a resultar molesta. Al fin tuvo que contestar. Se llevó el aparato al oído con desgana. No dijo nada, se limitó a escuchar.

—Konstantin. ¿La has encontrado?

—Aún no —dijo. Los ojos de Konstantin volvieron a la figura cada vez más lejana de Valentine, ávidos de ella. No le importó mentir.

—Es necesario encontrarla, llámame en cuanto la hayas localizado.

La voz al otro lado se extinguió y él devolvió el móvil a su bolsillo, el ceño fruncido, el corazón latiendo con fuerza en el pecho.



El arzobispo de Nueva York, Arthur Felps, aguardaba de espaldas alguna información. Percibía la preocupación del obispo Paolo, incluso sin verle la cara. Eran muchos años trabajando juntos, y había llegado a conocerle bien. Esperó a que dijera algo, pero había colgado el teléfono y seguía callado, rumiando sus pensamientos como si estuviese solo. Felps se impacientó. Dejó vagar la vista por el paisaje urbano que le ofrecía la inmensa torre levantada en pleno sur de Manhattan en la que se encontraba su despacho. El puente de Brooklyn, con sus característicos arcos apuntados en los extremos, era visible desde su ventana, nexo de unión entre Manhattan y Brooklyn. El East River discurría ancho y caudaloso bajo él, directo al puerto de Nueva York y después al océano Atlántico, donde desembocaría, como una ancha cinta gris en la que se miraba la inmensa ciudad y sus muchos rascacielos, cuyas cimas se disputaban la conquista del cielo. Al fin tuvo que tomar la iniciativa.

—¿Dónde está Konstantin?

—Aún no la ha encontrado.

—Pero lo hará —repuso Felps. Su voz queda flotó un instante en el ambiente del amplio despacho, moderno y luminoso—. Siempre hace lo que le pides.

—No... Esta vez no. No deberíamos haber enviado a Konstantin. Está demostrando flaqueza. Su vínculo con Valentine es demasiado fuerte.

—No fallará.

Paolo se volvió para encararse a Felps. Su semblante, ancho y algo rubicundo, no demostraba enfado. Apenas rozaba los sesenta años, y sus ojos grises abarcaban lo que veían, y mucho más. Traspasaron a Felps hasta alcanzar su corazón.

—Ya debería haberla encontrado, y lo sabes.

Felps se acercó a su silla giratoria y se dejó caer en ella con pesadez. Le apretaba el cuello de la sotana negra, pero no hizo nada para aliviar la sensación de ahogo soltando los botones morados que la ceñían a su cuerpo hasta los pies. Sólo agachó la cabeza, dejando a la vista su solideo morado.

—¿Has hablado con la doctora Flemming? —preguntó a Paolo.

—Prefiero que lo hagas tú... Haz que te dé la dirección de la muchacha.

Paolo negó con la cabeza.

—Debemos ir con cuidado, Amanda sospechará si somos demasiado contundentes. Deja que Konstantin se ocupe de encontrar a Valentine. Yo hablaré con el consejo para presionar a Amanda.

Paolo se acercó y tomó asiento en una silla con patas de aluminio en forma de «c» y asiento forrado en cuero negro, al otro lado del soberbio escritorio de cristal. Todo era frío y ordenado en aquel despacho. Como Felps, el obispo llevaba un solideo morado sobre la coronilla, y los botones de la sotana, así como sus ribetes y la faja alrededor de la cintura, eran del mismo color. Una cruz de oro colgaba de una cadena sobre su pecho. Paolo entrelazó los dedos de las manos, unos dedos largos y algo huesudos, se acodó en la mesa y apoyó la frente en ellas. Habló en aquella postura, como si estuviera orando, el pelo plateado muy rasurado.

—La doctora Flemming no es consciente de lo que ocurre. Su decisión arbitraria ha de tener consecuencias, Felps. Debemos dejarle claro cuál es su lugar. No volverá a ocuparse de Valentine. En cuanto la chica regrese al centro, será Osmoord quien se encargue de su vigilancia.

—Pero ella ha cuidado de Valentine desde que ingresó, la conoce mejor que Osmoord...

Paolo alzó una mano para hacerlo callar. Sus penetrantes ojos no admitían réplica.

—Es peligroso que siga estando tan cerca de Valentine. Haremos que Osmoord ocupe su lugar y buscaremos el modo de que resulte lógico a ojos del consejo. No quiero a Amanda Flemmings en el centro. Haré lo que deba hacer.

Felps asintió. Él era el arzobispo, y Paolo estaba por debajo de él de cara al mundo, pero en realidad era quien tomaba sus decisiones en la guerra que estaban librando. A veces le parecía que Paolo llevaba el mal en su corazón, mucho antes que otros a los que estaban juzgando... Pero tenía razón en muchas cosas, y era un fuerte aliado en la guerra que estaban librando.

—Ojalá Konstantin se hubiera mantenido al margen aquella noche —sentenció Felps con amargura.

—¿Y dejar que Valentine se quitara la vida? —se asombró Paolo—. Eso hubiera sido un error...

—¿No hubiera sido un remedio mejor para todos?

—El mundo no sería un lugar mejor sin Valentine...

—Lo sería. Es una amenaza, como lo han sido siempre todos los que son como ella, y está en alguna parte, en Nueva York, fuera de nuestro control.

## Capítulo 5



*«Ver la vida una vez más como si no la hubieras comprendido antes. Volver a mirar, con nuevos ojos, y dejar atrás la ceguera del alma, mientras en tu corazón persevera la certeza de que, más allá de tu percepción humana, hay otros significados más profundos y constantes que la propia eternidad»*

Valentine recorrió las calles de Greenwich Village sumida en un estado febril, ansiando volver a experimentar lo que sus ojos le habían ofrecido por primera vez desde que tenía ocho años. Sin embargo, los colores se habían amalgamado en sus retinas, como fognazos intensos. Aquel breve impás de percepción la había alterado mucho. Estuvo un rato deambulando sin rumbo, atrapada en el efímero regalo que le había hecho el desconocido del avión, maldiciéndole por su crueldad. Una niña pasó corriendo a su lado y la rozó con el hombro. Valentine dio un leve traspies y se volvió, pero claro, no vio más que una sombra informe moviéndose en la nebulosa que era para ella su entorno. Su mundo volvía a estar conformado por formas vagas muy indefinidas. No pudo evitar que el corazón se encogiera en su pecho. Se giró, buscando... no sabía qué. Su cuerpo temblaba, sacudido aún por aquella

fuerza cargada de electricidad. Buscó apoyo en el edificio junto al que caminaba, buscando desprenderse de ella a través del muro de ladrillo. Pero se topó con el escaparate de una tienda de ropa. Dio un respingo al tocar el cristal y se quedó mirándose sin ver. Se reflejó en la gran superficie acristalada, una figura delgada y alta, apoyada en su bastón, con la pierna derecha un tanto forzada y el pelo muy largo y rubio. Llamaba la atención la palidez de su piel, sus grandes ojos en un rostro delicado. Valentine abrió la boca sin llegar a decir nada, y se dio la espalda a sí misma, segura de que los demás la percibían como una loca desquiciada. Pero la verdad era que nadie le prestaba atención. Las personas pasaban a su lado sin reparar en su presencia, gente variopinta caminando en distintas direcciones, de todas las razas, heterogéneos en su forma de vestir y de moverse, cada cual a lo suyo. Valentine no les importaba, tan sólo era una mota en aquel caldo variado que poblaba Nueva York.

Valentine no dejaba de pensar en el extraño en su salón, colocándole sus dedos en la frente, en el calor que había inoculado en su cuerpo, el flogonazo de luz en su mente, en la necesidad que había experimentado de seguir en contacto... Luego el rostro de Gerome regresó a ella con fuerza. ¡Lo había visto! Durante dos segundos... Tenía que haber sido cosa suya, del desconocido del avión. Ese hombre, primero en el avión, luego en su propia casa. ¿Qué significaba eso? ¿Debía sentir miedo?

Sí.

Lo supo con certeza. Se centró en el extraño encuentro, en lo que había dicho, buscando respuestas. Sus palabras de advertencia regresaron con claridad: alguien quería devolverla al centro, había dicho, y encerrarla para siempre. También había afirmado que Amanda no podría impedirlo. Valentine se dio cuenta, con más fuerza que nunca, de que no quería volver al «New Hope Psychiatric Center».

Nunca.

También comprendió que Amanda tenía razón, debía ser libre, y poder decidir sobre sí misma. Greenwich Village era el lugar para empezar una nueva vida, tan perfecto como otro cualquiera, un sitio donde volver a ser ella misma, o mejor dicho, donde descubrir quién era, más allá de la medicación y las sesiones de terapia.

Los ruidos de la calle llegaron entonces hasta sus oídos preñados de promesas. Eran los ruidos que hace la vida, los tacones de una mujer al caminar con garbo sobre la acera, el motor de los coches, el canto de los pájaros, las risas de dos chiquillos jugando muy cerca, la música que provenía del interior de la tienda junto a la que se encontraba... El corazón palpitó en su pecho a gran velocidad. Aún estaba el misterio que el hombre del avión representaba para ella y lo que sus advertencias suponían.

Alargó la mano y buscó su teléfono. Dijo en voz alta el nombre de la persona a la que deseaba llamar: Amanda. Antes de que sonara el tercer tono, la doctora contestó.

—Valentine, ¿estás bien?

Parecía cautelosa. Su voz sonaba tensa como la cuerda de una guitarra demasiado tirante.

—No lo sé...

—¿Dónde estás?

—Paseando, en la calle.

Hubo un suspiro al otro lado.

—¿Sola?

—Sí.

—Valentine, ¿ha ocurrido algo?

—¿Y qué tendría que haber pasado?

—Nada... es sólo que te noto rara. Te tiembla la voz.

Ahora volvía a ser la doctora eficiente.

—¿Estás cumpliendo con tu medicación?

—Sí. —Mintió. No era cierto, se había saltado una toma y seguramente estaba teniendo alucinaciones—. He pensado que podrías venir a verme, me haría bien un poco de compañía.

Silencio. Amanda carraspeó, y Valentine adivinó que estaba buscando qué decir.

—No debo dejar Seattle ahora, ya lo sabes... Pero puedes llamar al padre Jiggs, estará encantado de acompañarte y para eso está. Es un buen hombre, Valentine, puedes confiar en él.

Valentine pensó en Gerome. Lo había dejado plantado y había sido amable con ella. Tal vez no volviera a verlo, y eso la entristeció.

—Prefiero que vengas tú a casa.

—No puede ser, Valentine.

—¿Por qué no? —se le quebró la voz.



—Porque me están vigilando y no quiero que te encuentren. Además, quiero que te las arregles sola, ya sabes, es parte del tratamiento. No iré a verte hasta dentro de al menos dos semanas... si todo va bien.

Valentine esperó unos segundos antes de volver a hablar, con la angustia bailando al borde de su garganta.

—Creo que me gusta...

—¿El qué?

—Greenwich Village —susurró—. Me gusta Greenwich Village.

—Eso está muy bien, me alegro de haber acertado... Valentine, ¿ha pasado algo? Pareces triste...

—Amanda, ahora puedo tomar mis propias decisiones, ¿no es cierto?

Amanda lo meditó.

—Desde luego.

Valentine caminó hasta toparse con un banco. Se sentó en él y agachó la cabeza con un suspiro.

—Me gustaría creer que puedo decidir si me quedo aquí o no.

—¿A qué te refieres?

—A que no quiero volver al centro. Nunca.

Amanda tardó en responder, y una sorda sensación de vértigo creció

dentro de Valentine.

—No tendrás que volver, a no ser que actuemos con imprudencia, Valentine. Y para eso necesito que sigas las pautas una por una, mientras trabajo para asegurarme de que no pueden impedir que seas libre, sólo así demostraremos que puedes ser una persona capaz y autosuficiente que no necesita permanecer ingresada. Conseguiré que un juez dictamine a tu favor, y con el tiempo tendrán que admitir que darte el alta ha sido la mejor opción.

—¿Y si cometo un error? ¿Qué pasará entonces?

—Valentine, si ha ocurrido algo fuera de lo que hemos establecido en los últimos meses debes decírmelo inmediatamente.

—No ha pasado nada, sólo sentía curiosidad.

La voz de Amanda se suavizó al oírla decir aquello.

—Eso está bien.

—Pero no me has contestado.

—Van a hacer lo imposible por traerte de nuevo. No podemos permitirnos errores.

—¿De forma permanente...?

Amanda calló.

—Has dicho ellos, en plural. Has dicho que me ingresarían de nuevo...  
—Igual que el desconocido del avión. Él también había hablado en plural—.  
¿Quiénes son ellos?

—Tú procura seguir la rutina paso por paso y todo irá bien, Valentine. Ahora tengo que dejarte. Te llamaré dentro de unos días. Adiós.

—Espera, Amanda...

Pero la doctora colgó antes de que pudiera preguntar nada más y Valentine se alegró de no haberle contado que había olvidado su pastilla de la noche. Amanda necesitaba demostrar que podía valerse por sí misma, e insertarse en la sociedad sin ser un peligro para nadie, ni para sí misma. Por eso no debía incumplir sus pautas, por eso era tan importante que fuera cuidadosa. Se prometió no volver a olvidar su medicación, y seguir punto por punto los consejos de Amanda. Sólo así lograrían vencer las reticencias del centro, por no hablar del parecer del juez que tuviera que fallar a su favor y dictaminar que el centro estaba actuando sin fundamento, pisoteando sus derechos y libertades. Al final, tendrían que reconocer que estaba capacitada para llevar una vida normal. En libertad. Valentine tenía muchas preguntas hirviendo en su interior, y deseó que el desconocido del avión estuviera a su lado para responderlas.

¿Y el padre Paolo? Hacía mucho que no pensaba en él... Para Valentine continuaba siendo el padre Paolo, un amigo. Había tratado de ayudarla desde que sus padres le hablaran por primera vez de sus horrores nocturnos; había ido a verla y había procurado acabar con su tormento, dos veces por semana durante seis meses... Pero fracasó, las pesadillas se recrudecieron y el miedo la empujó a cortarse las venas. Esa noche, mientras ella perdía el conocimiento al caer por las escaleras y se partía la rodilla, se desató el espantoso incendio que mató a sus padres y arrasó su casa. Ella no recordaba nada después de caer rodando. Fue Paolo quien la cuidó y veló todo el tiempo que había permanecido ingresada en el hospital; fue él quien la cuidó después, durante su larga rehabilitación tras las tres difíciles operaciones por las que tuvo que pasar a causa de su rodilla. Fue él quien, sabiendo que carecía de otros parientes que pudieran hacerse cargo de su bienestar, consciente de que el horror que sus pesadillas le provocaban hacía peligrar su salud mental, de

que incluso podía renacer en su alma el deseo de quitarse la vida, como así sucedió después... tomó la decisión de internarla. Hacía mucho que no iba a visitarla, desde que le ordenaran obispo; sus muchas obligaciones le mantenían apartado del centro, aunque era uno de sus pilares fundadores. ¿No querría hablar con ella y darle una oportunidad? Paolo no podía ser tan rígido y cruel, sin duda la apoyaría, si escuchaba de sus labios por qué creía que podía emprender una nueva vida, la creería, y dejarían de hostigarla.

Valentine deslizó la manga de su camiseta sobre el antebrazo izquierdo hasta dejar a la vista la larga cicatriz blanca que marcaba su piel, como una cuerda irregular que iba desde la muñeca hasta casi la altura del codo.

—Valentine...

Se bajó la manga de golpe, sobresaltada, y se volvió. Gerome estaba de pie, a su lado. Se sentó, y su enorme cuerpo pareció inundarlo todo. Valentine se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que se le habían escapado al recordar.

—¿Estás bien?

Ella meneó la cabeza.

—Me has seguido... —murmuró.

Gerome eludió sus palabras. En cambio se inclinó hacia ella para hablar.

—Oye, vivo cerca de aquí, y preparo un café increíble. ¿Quieres probarlo?

Valentine arqueó las cejas y abrió la boca para protestar, pero Gerome se adelantó. Sus ojos eran serios cuando habló.

—Soy buena gente, no un psicópata... Sólo será un café y charla entre amigos, lo prometo.

—¿Cómo es que aún quieres hablar conmigo? Ni siquiera me conoces, Gerome. Sólo cogí tu taxi en el aeropuerto, y hace un rato te he dejado tirado...

—Pero aquí estamos... —Se encogió de hombros—. Algo me dice que no debería dejarte ir por ahí sola. Pareces llevar un neón sobre tu cabeza señalándote con letras gigantes, «AYUDA»...

Se rió, y Valentine apretó los labios en un gesto preocupado.

—Creo que prefiero volver a casa.

—Seguro, pero te sentirás mejor si vienes conmigo.

Gerome sonrió de nuevo.

—Valentine, llevo un rato siguiéndote y pareces muy perdida. Estás muy pálida... Vamos, te vendrá bien charlar un rato. No irás a dejarme plantado por segunda vez, eso no se hace.

A Valentine se le escapó una risa floja. ¿Por qué aquel empeño de Gerome por protegerla? Pero ahí estaba, como un ángel bajado del cielo, dispuesto a escucharla, o, al menos, a brindarle algo de calor humano. Lo pensó bien. Tal vez no era tan mala idea dejar que Gerome la cuidara un rato, no conocía a nadie en Greenwich Village todavía, Amanda no iba a ir a visitarla hasta dentro de dos semanas, como poco, y el padre Jiggs desde luego no era una opción. ¿Qué tenía que perder?

Gerome aguardó paciente, con una mirada cálida en sus ojos negros. Al

fin Valentine tomó su mano y la estrechó con delicadeza. Había algo en él más grande que su desconfianza hacia los extraños, algo cálido que la atraía como la llama de una vela a las polillas. Cuando su mano quedó atrapada por la suya, comprobó que se sentía a salvo.

—¿Dónde vives? —Valentine agachó la cara mientras preguntaba. Prefería disimular las sensaciones que su contacto le provocaba.

—Muy cerca, manzana abajo.

Gerome se levantó, tiró de ella y empezó a caminar entre la gente. Mientras tanto, le contó que había estado a punto de marcharse en cuanto ella lo había dejado en el portal. Incluso se había alejado unos metros... pero algo lo había impulsado a volver. La había visto tan alterada... Había decidido seguirla, sólo por si acaso.

—Te vi sentarte después de hablar por teléfono y me pareciste tan triste... —dijo entonces—. Te sientes sola, ¿verdad? —Valentine asintió—. Pero no lo estás, no lo estarás, si no quieres. Me tienes a mí.

Valentine se detuvo. No podía contarle la verdad sobre lo que le había sucedido.

—Es cierto... —admitió—, o lo era hasta esta mañana, cuando has venido a buscarme.

—¿Qué es lo que te ha pasado?

—No lo sé... De repente... —Quiso ofrecerle algo más que vagas explicaciones, pero no podía sin revelarle toda la verdad—. He estado interna en un centro desde hace catorce años... —confesó al fin, y que fuera lo que tuviera que ser.

Sus ojos castaños vagaron por el rostro de Gerome sin poder centrarse en nada. Se encogió de hombros para disimular la vergüenza que sentía.

Gerome caviló, visiblemente inquieto.

—¿Qué clase de centro? —preguntó al cabo de un momento. Había cautela en su voz.

—Un centro psiquiátrico, en Seattle.

Gerome frunció el ceño, pero su tono no expresó lo que de verdad sentía.

—Así que estás mal de la azotea...

Valentine sonrió a su pesar, luego compuso una mueca.

—Tuve una infancia difícil.

—Catorce años es mucho tiempo, debió de ser por algo grave.

—Eso parece... —musitó Valentine.

Gerome se detuvo entonces y señaló hacia un portal con un descuidado jardín delantero, atrapado tras una verja de hierro negro.

—Es aquí.

Tan cerca... Un enorme gato de pelaje anaranjado estaba agazapado entre las matas, tan inmóvil como una estatua de piedra. Salió y frotó su lomo contra las piernas de Gerome, ronroneando.

—¿Es un gato? —preguntó Valentine. Lo oía ronronear alto y claro.

—Es Mr. Doggy, un viejo amigo.

Estaban ante la alta fachada de un viejo edificio de siete plantas, más alto que el resto de la misma calle. No tenía balcones, sino que había sido construido como una colmena. Las ventanas de planta en planta se sucedían todas iguales, altas y estrechas, con sus cristales oscuros reflejando el cielo y los otros edificios alrededor.

—No es gran cosa —se excusó Gerome, aunque era consciente de que Valentine no podía distinguir nada—, pero me gusta pensar que tengo un lugar seguro donde descansar cuando fuera no parece que me quede nada más. Es un lugar al que volver, como lo es el faro para un marinero...

Valentine pensó en su apartamento. ¿Podría hacer de él su faro particular? Seguramente no le dieran la menor oportunidad.

Gerome se agachó y cogió del suelo al enorme gato anaranjado para sostenerlo en brazos. Cruzó los escasos metros que lo separaban del portal y entró con su llave. Sostuvo la puerta para que Valentine pudiera pasar... y allí, sentada en la penumbra de las escaleras, con la cara ensangrentada y abrazándose las rodillas, Gerome encontró a una chiquilla llorosa de unos doce años y oscuros rizados enmarañados. La reconoció enseguida, pese a que procuraba esconderse entre sus delgados brazos. Era Pigeon Didot, y estaba tan asustada que temblaba como un pajarillo desvalido. A Gerome no le costó adivinar lo que había pasado, sin necesidad de preguntar: Oliver, el padre de Pigeon, otra vez.



## Capítulo 6



Se había sentado donde Gerome le había indicado, en una silla de mimbre ancha y baja, sobre un gran cojín blando que hacía que se sintiera entre algodones, junto a la ventana de la sala de estar. Percibía la luz que entraba en abundancia a través de los cristales, y el calor del sol calentando su piel. Del resto de la estancia no apreciaba más que bultos, aunque percibía que era muy pequeña. Daba la sensación de que Gerome acumulaba gran cantidad de objetos y adornos en paredes y suelo. Olía un poco a cuero y a madera. En su regazo Mr. Doggy ronroneaba mientras ella lo acariciaba bajo la mandíbula inferior con dos dedos. Valentine nunca había tocado un gato, de hecho, jamás había estado en contacto con un animal, y le resultaba agradable acariciar su suave pelaje, sentir su peso en los muslos, el calor que desprendía y aquel peculiar ronroneo. Gerome le había asegurado que el que Mr. Doggy se hubiera enroscado sobre sus piernas era signo de que estaba a gusto con ella. Sin embargo, lo que más atraía la atención de Valentine era la conversación que estaba teniendo lugar entre Gerome y la niña que habían encontrado llorando en el portal, Pigeon Didot, según había dicho él. Distinguía sus dos figuras, muy cerca la una de la otra, en el sofá que ocupaba la pared a su izquierda.

Gerome, arrodillado frente a la niña, había cogido su botiquín y estaba

limpiando las heridas de su rostro, una fea brecha de dos centímetros sobre su ceja derecha y algunos cortes en la mejilla y el cuello. Pigeon ya no lloraba, parecía haberse calmado bajo los solícitos cuidados de su amigo. Se dejaba hacer con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Valentine percibía a Pigeon como una figura espigada de piel blanca y cabello oscuro, en realidad su pelo era como una gran bola alrededor de su cabeza.

—¿Dónde está Oliver ahora? —preguntaba Gerome.

Daba pequeños toquecitos sobre la brecha de la frente de Pigeon con un algodón untado en agua oxigenada. Restañó con cuidado la sangre que manchaba su ojo y el pómulo, en el que comenzaba a aparecer un feo moretón oscuro. La niña borró su sonrisa y puso una mueca de dolor; se apartó un poco, pero enseguida volvió a quedarse quieta. Sus grandes ojos del color de un claro día azul sobre el hielo estaban fijos en los de Gerome, grandes y oscuros, del color del chocolate fundido y el dorado del sol junto a las pupilas. No parpadeaba, serena ahora que se sentía a salvo.

—Pigeon... —insistió Gerome.

—Se ha ido —musitó ella al poco.

—Estate quieta... ¿Y tu tía?

—Durmiendo... —Pigeon se encogió de hombros. Para ella era evidente que el hecho de que su tía Dirdre compartiera piso con ella y su padre no implicaba que se preocupara por su bienestar—. Siempre está durmiendo.

—Bueno, no vas a necesitar puntos —suspiró Gerome. Valentine notó su contrariedad. Tal vez no lo viera bien, pero podía sentir sus emociones, y sabía que estaba conteniendo sus ganas de subir a casa de Pigeon a encararse con su padre y su tía—. Sólo un poco más y habremos acabado.

Gerome extrajo otro trozo de algodón limpio de la bolsita que tenía a su lado, en la caja que hacía las veces de botiquín —donde guardaba también unas tijeras pequeñas, gasas, alcohol, cicatrizante, tiritas y un termómetro, entre otras cosas—, y lo empapó con agua oxigenada para limpiar los cortes de su mejilla y el cuello.

—¿Por qué ha sido esta vez? —su tono era suave y afectuoso.

Pigeon se tomó su tiempo antes de contestar. Tenía las manos entrelazadas en el regazo. La pechera de su camiseta blanca estaba manchada de sangre, y la pernera del peto vaquero bajo el que ocultaba un cuerpo menudo y frágil, también.

—Nunca tiene una razón. Está borracho otra vez. La culpa es mía, no lo he oído llegar.

—Tú no tienes la culpa, Pigeon —la reprendió Gerome—. Bien, ya estás. Dime, ¿has desayunado?

Pigeon negó con la cabeza, y Gerome soltó un suspiro exasperado. Se levantó, recogió el botiquín, los algodones manchados, y se fue a la cocina. Cuando se quedaron solas, Valentine no supo qué decir. Continuó acariciando a Mr. Doggy, hasta que éste pareció aburrirse y saltó al suelo para ir a reunirse con Gerome.

Al punto empezó a sonar una música suave. Venía desde la cocina donde Gerome trasteaba. Valentine reconoció a Jonas & Garfunkel, porque Amanda solía ponérselo a veces. Le gustaba mucho.

*«A winter's day in a deep and dark december,*

*I am alone, gazing from my window to the streets below*

*On a freshly fallen silent shroud of snow*

*I am a roc*

*I am an island*

*I've built walls a fortress deep and mighty that none may penetrate...»<sup>1</sup>*

La letra penetró en su corazón y la hizo estremecer.

—¿Quién eres? —inquirió Pigeon de pronto. Se volvió hacia ella, y era como si hubiese olvidado por completo su propia desgracia—. ¿Eres la nueva amiga de Gerome?

—¿Amiga...? Nos conocimos ayer, me trajo en su taxi desde el aeropuerto.

—Oh, claro... ¿Cómo te llamas?

—Soy Valentine.

—¿Sólo Valentine? Yo soy Pigeon Didot, Didot por mi madre, que era francesa, Pigeon porque ella amaba los pájaros. Mi padre se llama Oliver Murphy, y mi tía es Dirdre Murphy.

—Yo soy Valentine Borderer.

Pigeon esperó a que mencionara a alguien más, como había hecho ella, como si Valentine no fuera sólo Valentine, sino quienes formaban parte de su vida. Como no obtuvo lo que esperaba, se levantó y se colocó justo delante de ella. Se arrodilló, tal y como había hecho Gerome para curarla, y se quedó mirándola, pensativa, con el ceño fruncido. Gerome preparaba algo en la cocina, y enseguida un agradable olor a tortitas se esparció por toda la casa, junto con la música.

—¿No puedes ver? —Pigeon movió una mano de largos dedos delicados delante de los ojos de Valentine.

—Puedo ver cómo mueves la mano, puedo ver el espacio que ocupas, tu contorno, veo formas, luces y sombras...

—¿Y el bastón?

—Mi rodilla... Me la rompí.

—Pero no lo necesitas como los ciegos, ¿verdad?

—No, me desenvuelvo bastante bien sin necesidad de ayuda. —El tono de Pigeon era curioso y ávido.

Valentine alargó la mano hacia el rostro de Pigeon.

—¿Puedo?

Sostuvo la mano en el aire, como pidiendo permiso.

—Claro. Pero ten cuidado, aún me duele la herida.

Valentine sonrió. Algo en Pigeon conmovía su corazón. Alargó los

dedos y empezó a explorar su rostro, con toda la delicadeza de la que era capaz, que era mucha, puesto que su ceguera había hecho que desarrollara una gran sensibilidad. Acarició con las yemas de los dedos su frente redonda, su nariz pequeña y delicada, sus labios suaves y generosos, sus mejillas aún redondas y tiernas, su mentón... Pigeon se estremeció, y Valentine supo que estaba conteniendo el aliento. Tenía un rostro menudo de piel de melocotón y sus pestañas eran largas y rizadas. Palpó su cabello, y descubrió que era sedoso y abundante, una maraña de rizos que formaba una nube alrededor de su cabeza.

—Gracias —dijo simplemente cuando acabó.

Pero Pigeon estaba sorprendida y la miraba con mucho interés. Las manos de Valentine habían descargado en ella una corriente de energía suave y dulce... Miró de soslayo hacia la cocina, y luego se volvió a fijar en Valentine, conjeturando en su interior algunas ideas. Sentía una gran curiosidad. Se inclinó un poco hacia delante y susurró muy bajito en el oído de Valentine una pregunta. Su aliento cálido le hizo cosquillas en la oreja.

—¿Qué eres?

Valentine se puso rígida. No comprendía, y por supuesto no supo qué contestar. Entonces Pigeon se retiró y se quedó esperando. Luego decidió no decir nada más al respecto, pero en su fuero interno encasilló a Valentine entre las personas más interesantes que había conocido después de Gerome. Lo que más le llamaba la atención, era que no parecía ser consciente del efecto que había causado en ella al tocarla, ni de nada más. Pensó en Gerome. ¿Acaso él no se había dado cuenta? Seguro que sí.

—Eres muy guapa —dijo con sincera admiración, sin mencionar para nada lo que acababa de descubrir—. Seguro que a Gerome le gustas.

Esto lo dijo con intención, y provocó una reacción en Valentine. La joven enrojeció, luego sonrió.

—¿Te pareces a tu padre? —inquirió Pigeon, anotando cuidadosamente en su mente cada gesto de Valentine.

—Me parezco a mi madre...

Así que sí que había alguien más en su vida. Pigeon decidió que Valentine no se parecía a nadie que hubiera conocido antes. Se moría de ganas por descubrir qué secreto escondía. A su juicio, no era casualidad que se hubieran encontrado.

—Yo también me parezco a mi madre.

—¿Dónde está ella?

—Murió.

Valentine contuvo el aliento por un segundo y se maldijo por no haber estado más atenta. No se atrevió a preguntar cómo había muerto. Pigeon había destilado tristeza y rabia al contestar.

—Lo siento... Pigeon, ¿vives en este mismo edificio?

—Soy vecina de Gerome —la niña volvía a estar alegre. Sus emociones saltaban adelante y atrás como si tuviera un interruptor que pulsaba a voluntad—, vivo dos pisos más arriba, con mi padre y mi tía, pero me paso la vida aquí, con Gerome. Es mi mejor amigo y cuida de mí siempre que puede. Cuando el trabajo lo obliga a estar fuera todo el día, también deja que me quede si lo necesito. Tengo una copia de su llave y cuando no está espero a que vuelva viendo la tele. A veces me cuelo por su ventana, es más fácil venir sin que me vean por la escalera de incendios.

A Valentine esto último le recordó al desconocido del avión.

—Me ha hablado de un perro callejero que tuvo...

Pigeon se rió divertida.

—Talbot, ya murió el pobre, de viejo. Lo trajo consigo cuando se vino aquí. Yo sólo lo conocí durante su último año. A Gerome le gusta acoger animales abandonados...

Valentine sonrió, porque Pigeon parecía incluirse en esa categoría.

—¿Dónde vivía antes?

—Él me ha contado que vivió en Harlem unos años. Hizo bien en trasladarse aquí, creo yo. Bien para mí también —Pigeon sonrió ampliamente.

Entonces Gerome regresó. Llevaba una bandeja con un delicioso desayuno para los tres. A Valentine le rugió el estómago cuando el aroma del café recién hecho alcanzó su nariz. Percibió también el olor del chocolate. Al parecer había preparado un tazón para Pigeon; también había hecho tortitas. Lo depositó todo sobre la mesita que tenía delante del sofá.

—Ayúdame, Pigeon.

La chiquilla se levantó al punto y empezó a repartir tazas y cubiertos, mientras Gerome colocaba el resto de cosas en el centro.

—Acércate, Valentine. Espero que te guste el café.

—Sí, está bien, me gusta con un poco de leche y azúcar, por favor.

—Claro, ¿dos terrones?



—Sí, por favor...

Pigeon se rió burlona.

—Mi padre y mi tía nunca dicen por favor, ellos cogen lo que quieren sin preguntar.

—¿Hace mucho que os conocéis? —quiso saber Valentine. Señaló a Gerome con la cabeza.

—Hace tres años, cuando Gerome vino a instalarse aquí. —Pigeon se llevó a la boca una tortita, bien untada con mermelada de moras, y le dio un gran bocado—. ¿De dónde eres, Valentine?

—Vengo de Seattle.

Se cuidó de decir dónde había nacido. Lynnwood quedaba muy lejos en su memoria. Procuraba enterrar su recuerdo junto al del incendio que mató a sus padres. Ya no quedaba nada en esa ciudad para ella.

—¿Y tu familia?

Valentine dejó su taza sobre la mesa y frunció el ceño.

—Mis padres murieron cuando yo tenía ocho años.

Pigeon arqueó las cejas. Por eso no los había mencionado al principio. Ahora la miró con mayor interés.

—¿Y no tienes hermanos?

Valentine negó con la cabeza y alzó la vista hacia Gerome, sintiéndose un tanto perdida.

—Pigeon tampoco tiene hermanos —dijo él para ayudarla—. Yo sí, pero los dejé atrás hace mucho tiempo, cuando vine a Estados Unidos.

—¿En Nigeria?

Gerome asintió.

—Bueno, en realidad ahora mi hermano menor, Mbabe, está en alguna parte de Europa, salió de Nigeria hace dos años, pero mis dos hermanas, Abebi y Nnenna siguen con mi madre.

—Ahora yo soy su familia —afirmó Pigeon, y parecía orgullosa—, bueno, creo que a partir de ahora seremos tres. —Sonrió satisfecha, con la boca llena—. Valentine puede venir siempre que quiera, ¿verdad, Gerome?

Él miró a Valentine.

—Claro, ésta es su casa.

—¿No vas al colegio?

Pigeon negó con la cabeza y se limpió la boca con la manga de la camiseta.

—Mi padre no quiere que vaya, dice que es una pérdida de tiempo y dinero que alguien tan corto de entendederas como yo intente estudiar.

Gerome soltó un gruñido.

—Oliver Murphy es un cretino —se lamentó—. Los servicios sociales ya han venido varias veces, cualquier día se llevarán a Pigeon...

—¡Pero tú no dejarás que eso pase!

—No, claro que no.

Valentine los escuchaba anonadada. Hacían una curiosa pareja los dos, él enorme y oscuro, Pigeon menuda y pálida. Mantenían una amistad que a ella se le antojó precaria y frágil, pendiente de un hilo que en cualquier momento podía romperse, por ejemplo, si, tal y como acababa de apuntar Gerome, hacían acto de presencia los servicios sociales. Se preguntó cómo pensaba el joven impedir que se llevaran a Pigeon. Luego comprendió que en realidad debía de ser muy consciente de lo mucho o poco que podía hacer por la chiquilla si algo así llegara a suceder.

—¿Dónde vives, Valentine? —Pigeon se sentó en el suelo, a su lado, y apoyó la cabeza en sus rodillas.

—A dos manzanas de aquí, en el número cincuenta y siete. Como tú, en el último piso.

—Tal vez podría ir a visitarte alguna vez, ¿te gustaría?

—Claro, serás bienvenida —sonrió Valentine.

A Gerome lo llamaron por teléfono en ese momento, y el joven las dejó solas para poder hablar con tranquilidad. Cerró la puerta al salir y la música se quedó fuera. Oyeron sus pasos por el pasillo. Al poco su voz grave sonó amortiguada en parte por los tabiques que lo separaban de la sala donde ellas estaban.

—Dime Pigeon, ¿te pega tu padre muy a menudo?

La chiquilla, que había fruncido el ceño y parecía pendiente de la conversación de Gerome, soltó un bufido, pero no pareció molesta por el hecho de que Valentine le hubiera formulado una pregunta tan directa.

—Un día sí, otro también. A veces es sólo una bofetada, pero otras, como hoy... —La rabia se manifestó en su semblante por un instante, hasta que de pronto se esfumó, y volvió a ser una niña alegre—. ¿Quieres más café?

Valentine no supo cómo tomarse esa reacción, y decidió comportarse con la misma naturalidad.

—No, gracias.

—Oliver Murphy es mi padre, y también es un borracho degenerado y mi tía Dirdre no es mucho mejor... Es holgazana, egoísta y miente más aún que mi padre... Me odia, igual que odiaba a mi madre. Si pudiera me iría bien lejos de ellos.

—Me has dicho que tu madre murió.

Pigeon agachó la cabeza. Aunque Valentine no podía ver su expresión, sí podía sentir sus cambios de humor.

—No debe de ser fácil. ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Vaya...

—Sí, vaya... —Se encogió de hombros—. La verdad es que me las arreglo bien, paso más tiempo aquí con Gerome que con ellos, eso me evita

los golpes, la mayor parte de las veces. Cuando me confío, como hoy...

—Tu padre no sabe que te refugias aquí, con Gerome...

—Estoy segura de que no, o ya habría venido a llamar a su puerta.

—Bueno, eso os da cierta ventaja, supongo.

—Por eso es mejor que nadie lo sepa. ¿Comprendes?

Valentine asintió. Por supuesto, ella no pensaba hablar de ello con nadie. De todos modos, ¿a quién iba a contárselo? Se echó atrás y se recostó en el mullido cojín.

—¿Te espera alguien importante en Seattle?

Valentine vaciló. Podía hablarle de Amanda. Pigeon era una chiquilla peculiar, pero le parecía que podía confiar en ella.

—Está mi doctora, Amanda.

—¿Una doctora es tu persona importante?

—Ella ha sido la persona que me ha estado ayudando, le debo mucho.

Pigeon se puso otra tortita, la untó bien y la cargó con una generosa ración de mermelada.

—¿Te refieres a tu pierna? Oh, bueno, o a tu vista...

A Valentine le hizo gracia.

—Para eso tenía un terapeuta. Verás, he estado mucho tiempo ingresada en un centro, y Amanda es mi médica.

Pigeon dejó de masticar y arqueó las cejas, perpleja y aún más curiosa que antes.

—¿Un centro? ¿Qué clase de centro?

—Un centro psiquiátrico... —musitó Valentine.

—¿Y por qué estabas allí?

Tardó un rato en contestar. Valentine se preguntó dónde estaba Gerome... y entonces Pigeon puso su mano infantil manchada de mermelada sobre la suya.

—No se lo diré a nadie, puedes creerme. Cuando alguien me cuenta un secreto, soy una tumba. Ni muerta lo contaré.

—No digas eso...

—Es la verdad —repuso muy seria.

—Sufría pesadillas, muy intensas, tan reales que no podía soportarlas, y no sabían cómo ayudarme a superarlas, así que tuvieron que ingresarme con ocho años.

—Yo nunca recuerdo lo que sueño. Supongo que es una suerte.

—Lo es.

—¿Y qué soñabas?

—No lo recuerdo...

—¿Y ahora? ¿Ya no las tienes?

Valentine negó con la cabeza.

—Por eso Amanda es tan importante. Fue ella la que logró que dejara de tenerlas.

—¿Por eso estás aquí? ¿Porque ya estás curada?

—Eso creo. Aunque, digamos que estoy a prueba.

—¿Quieres decir que si no te portas bien volverás al centro?

—No pienso volver.

Se le escaparon las palabras antes de pensarlas, y se sorprendió de haberlas pronunciado con tanta rabia.

Pigeon la miró de soslayo. Valentine le parecía una chica fascinante y rara, todo en ella la atraía, y sentía que debía cuidarla. Desde que la había visto en el portal no había parado de hacerse preguntas. Se mordió el labio inferior...

Valentine continuó hablando.

—No estoy del todo sola en Nueva York, tengo un supervisor aquí, por si algo va mal. El padre Jiggs, es alguien a quien recurrir si necesito algo.

—¿Es un cura? —entonces Pigeon abrió los ojos, asombrada—. ¿Eres una monja?

—¡No! No lo es, y no soy monja tampoco, pero es verdad que el centro donde he estado es religioso...

Pigeon se quedó mirándola con fijeza, pensativa.

—Eres todo un misterio, Valentine... Me resultas fascinante, como Gerome —declaró.

Gerome hablaba apoyado en la pared, junto a la puerta de la sala de estar donde Valentine y Pigeon conversaban. Esperó a que su interlocutora dijera algo más, pero al parecer la conversación había acabado. Se había deslizado de regreso al pasillo, y ahora miraba a su pequeña amiga, Pigeon, con un sentimiento de impotencia. Como le había dicho a Valentine, era cuestión de tiempo que los servicios sociales se presentaran, y aquella llamada era la prueba. Stacy Codenpage acababa de sentar las bases para una futura intervención en el destino de Pigeon. Lo había llamado a él porque sabía que no podría hablar con Oliver Murphy ni con su hermana Dirdre, y que en realidad era él quien más tiempo pasaba con la pequeña. Stacy quería saber cómo estaban las cosas, y él no había querido mentir. Y ahora se sentía culpable.

Había algo en Pigeon que despertaba en él una profunda ternura, nostalgia, tristeza y un inmenso deseo de protegerla, aunque no sabía cómo hacerlo sin saltarse algunas normas. Para Stacy Codenpage él no era una



opción viable, «no entras en el perfil que podría ocuparse de Pigeon, Gerome, lo siento». Apoyó la cabeza en la pared y se dejó caer resbalando la espalda, hasta quedarse sentado en el suelo. Si se llevaban a Pigeon y se la entregaban a una familia de acogida, acabarían con ella. Ladeó la cabeza. Mr. Doggy llegó a su lado, con su caminar felino elegante y pausado, y se frotó contra sus piernas.

Gerome meditó lo que iba a hacer. ¿Debía tomar medidas para evitar el desastre? Pigeon necesitaba ayuda, estaba sola, asustada —aunque lo disimulaba—, sin perspectivas de futuro. Tal vez había esperado demasiado. Al escuchar a Codenpage por teléfono, tan tajante y decidida a tomar cartas en el asunto, había comprendido que debía dar un paso en alguna dirección. Pigeon no era consciente de lo delicada que era su situación. Gerome no había tenido miedo nunca, tampoco cuando dejó su tierra en África, había afrontado su destino con confianza. Respecto a la niña...

Gerome se prometió trazar un plan.

## Capítulo 7



*«Confiar en otros, y creer que en sus manos estará a salvo tu alma; confiar y entregar tu inocencia a la virtud desconocida, confiar y a merced de una voluntad ajena creer que las sombras quedan desterradas al otro lado... Confiar y temer la traición al mismo tiempo que el daño y la injusticia se ciernen sobre tu conciencia arrebatada»*

Cada vez que levantaba la pierna y flexionaba la rodilla, un agudo latigazo recorría sus huesos, tendones y ligamentos. Valentine apretaba los dientes y se esforzaba un poco más, ignorando el dolor, porque tenía que hacerlo; de hecho, llevaba años haciéndolo, sin que en ningún momento hubiera remitido el castigo físico que suponía cumplir con su tanda de ejercicios.

Inspiró profundamente, elevó la pierna, flexionó la rodilla... tensando la goma que utilizaba para ofrecer resistencia, y expiró. Estaba sudando, tenía la frente húmeda, las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes. Las gotas de sudor corrían por sus sienes mientras su semblante se contraía en una mueca concentrada que reflejaba su sufrimiento. Aquella era la tercera ronda, cinco elevaciones más y habría terminado. Había desenrollado su esterilla de espuma sobre la tarima del salón, la única estancia de la casa donde había

espacio suficiente para sus ejercicios, y había abierto la ventana para que el aire fresco de la tarde despejara el ambiente.

«Tres...»

Gruñó al volver a elevar la pierna y se obligó a flexionarla. Ignoró el dolor...

«Cuatro...»

Sólo una más. De nuevo repitió el ejercicio, subir, doblar, mantener... La goma se tensaba al máximo...

Cuando ejecutó la última elevación, todo su cuerpo se relajó. Bajó la pierna con cuidado y se quedó inmóvil sobre la esterilla, completamente empapada en sudor. Su rodilla palpitaba, pum, pum, pum, martillazos de dolor que irradiaba hacia el tobillo y hacia la cadera. Valentine se incorporó y se apoyó en los codos, el pelo rubio recogido en una coleta alta. Tenía sed... mucha sed. Hora de beber.

Se giró para poder apoyarse en la silla que había arrastrado hasta allí y ponerse en pie. Tanteó sobre ella en busca del botellín de agua natural que había dejado para cuando acabara. Cuando lo encontró, lo cogió, desenroscó el tapón y bebió con ansia.

En su universo de oscuridad había pocas cosas que la distrajeran. Más allá de lo que sus otros sentidos le trasladaban —el tacto, el olfato, el oído... —, no había nada más, no después del duro ejercicio. Su mente estaba abstraída del entorno, de los sonidos que llegaban hasta su salón por la ventana, el tráfico, el bullicio... Estaba ausente. Con el botellín aún en la mano, cojeó hacia la ventana y la cerró, no quería más visitas por sorpresa. Luego se fue al aseo para darse una ducha. Estaba deseando volver a colocarse la venda elástica, la única cosa que apaciguaría los lamentos de su

rodilla.

Mientras se desvestía, Pigeon Didot acudió a su pensamiento. Se había largado sin avisar en algún momento después de que Gerome regresara de atender su llamada, y él se había mostrado tenso y preocupado.

—¿Crees que estará bien? —le había preguntado más tarde, mientras caminaban juntos por la calle, de vuelta al apartamento de Valentine.

—No te preocupes —había sido su respuesta—. Suele hacer estas cosas muy a menudo.

—¡Pero si no se ha despedido! ¡Se ha marchado sin más!

—Pigeon es así, va y viene, y no es posible controlarla. Tampoco creo que sea bueno para ella.

—Puede que se haya molestado porque cuando has vuelto ya no ha podido seguir hablando conmigo...

—No, te lo aseguro. Simplemente se habrá aburrido y se ha ido. Mañana o pasado, o cuando quiera, aparecerá de repente en mi puerta o entrará por la ventana y todo será como si no se hubiese ido a ninguna parte.

A Valentine le parecía que Pigeon era una niña poco corriente. De hecho, era bastante peculiar. Y le gustaba. Sonrió mientras el agua de la ducha se derramaba sobre su cuerpo y empezaba a jabonarse. Pigeon Didot, curioso nombre. Aún estaba sorprendida por la facilidad con que la chiquilla le había sonsacado algunos de sus secretos. Esperaba que fuera verdad que sabía guardarlos, y se alegró de que Gerome no hubiera estado presente para escucharlo todo. Por el camino habían comido un sabroso perrito caliente en un puesto ambulante. Ahora tenía mucha hambre.

Cuando terminó, recogió metódicamente la ropa sucia y la echó en el cesto que había junto a la puerta del baño. Luego se vistió y decidió que ya era hora de vaciar su equipaje y colocar sus cosas en armarios y cajones. Después se prepararía algo de comer con fundamento.

La alarma en su móvil sonó. Era la hora de su segunda toma, la pastilla con forma de estrella. Se la tomó, con un buen trago de agua, y se sentó un momento sobre la cama. Algo le pasaba a Gerome. Había vuelto de atender su llamada algo alterado, emocionado. Cuando le había preguntado al respecto, le había explicado que había estado hablando con su hermano, y que estaba preocupado. Creía que pronto podría hacer que llegara a Nueva York y que entonces podría cuidar de él. Le contó que malvivía en un piso con otros diez nigerianos, sin perspectivas de encontrar un modo de ganarse la vida. Habían estado hablando de eso casi todo el tiempo, de su hermano Mbabe, de lo mucho que lo echaba de menos, a él y a sus hermanas, a su madre... Bien, era lógico que estuviera ilusionado pensando en reunirse con él después de tanto tiempo.

Después Gerome y ella se habían despedido y no habían hablado de volver a verse, antes o después.

—Desde que te vi en el aeropuerto me ha llamado la atención ese gesto tuyo —le había dicho Gerome al llegar al portal de su edificio—, esa expresión en tu cara, precavida, triste, y al mismo tiempo esperanzada. No puedes esconderte... porque simplemente no eres consciente de lo que dice tu semblante. Creo saber qué hay en tu corazón.

Había alargado la mano y Valentine se había sobresaltado al sentir que la apoyaba con cuidado en su pecho. Se había estremecido. De pronto Gerome había llenado todo su espacio, había percibido su cuerpo con claridad, abarcando su limitado campo de visión, su olor, su calor. Él se había adelantado un paso, luego dos, y a Valentine le seguía pareciendo tan cálido...

—Eres todo un misterio, Valentine Borderer, y pienso desentrañarlo.

Gerome se había inclinado y la había besado en la mejilla. Sus labios habían sido suaves. Después se había marchado, dejando ante ella un hueco espacio vacío muy desolador, casi como el que le provocaba el hombre del avión.

Mientras recreaba en su cabeza el momento, su móvil sonó y Valentine se sobresaltó.

—¿Sí? ¿Gerome?

Pero no era él.

—Hola, no, Valentine, soy Laura Higgins.

No conocía a ninguna Laura Higgins. Valentine se tensó.

—Lo siento, ¿debería saber quien eres?

—¡No! No, perdona, te llamo de parte de Amanda.

—¿Ocurre algo?

Laura Higgins carraspeó.

—Pues en realidad sí... Verás, Amanda no tenía pensado ir a verte todavía, pero está preocupada y me ha pedido que vaya en su lugar. Necesito estar contigo mañana. ¿Habría algún inconveniente en que me pase a charlar contigo de algunas cosas? Será pura rutina.

—¿Qué...? ¿Y mi supervisor?

—Oh, él no puede, ha sufrido un percance...

—Oh, pero ¿está bien?

—Sí, sí, no te preocupes. El caso es que Amanda sólo puede contar conmigo. Valentine, ¿hay algún inconveniente?

—No, claro, supongo que no...

—Bien, ¿a eso de las doce?

—Claro...

—Estupendo, ¡Ah! Confírmame tu dirección por favor... Soy tan despistada...

—Claro... —Valentine le dijo su calle y su piso.

—Bien, pues nada más. Hasta mañana entonces.

Y colgó. Valentine dejó caer la mano con la que sostenía el móvil sobre la cama, disgustada. No quería ver a nadie. Sabía que era una obligación, al menos hasta que Amanda decidiera que podía dejar que se desarrollara sin supervisión, pero odiaba tener que hablar con esa tal Laura Higgins, a la que no conocía de nada. Había estado cómoda pensando que no tendría que hacerlo de no ser que ella lo quisiera. ¿Por qué enviar a una desconocida? Decidió llamar a Amanda y averiguar el por qué. Ella le había enseñado a ser directa, a enfrentar los problemas sin rodeos. Pulsó el botón inteligente del teléfono y dijo en voz alta la orden «llamar a Amanda». Al instante sonó el tono de llamada. Valentine esperó impaciente, imaginando en su cabeza cómo se desarrollaría la conversación, e incluso las explicaciones que Amanda le daría para tranquilizarla. Cuando la llamada se cortó, se quedó quieta, sorprendida. Amanda jamás dejaba de contestar sus llamadas. Insistió. Volvió

a ordenar «llamar a Amanda»... y esta vez la llamada se cortó al instante. Probó tres veces más. Nada. Desconcertada, probó a enviarle un mensaje de voz y se tumbó, envuelta en su propia penumbra, en la que flotaban sus muchas dudas. Amanda no respondió a su mensaje, ni la llamó, ni entonces, ni después, en el transcurso de la tarde. Valentine no deshizo el equipaje, no hizo nada para comer, se quedó allí tumbada, desconcertada y nerviosa.

No había pretendido dormirse, pero lo hizo sobre las ocho de la tarde, sin cenar ni tomarse ninguna de las dos pastillas que correspondían a la toma de media tarde y la de la noche. Las primeras horas de sueño fueron tranquilas, pero en torno a las dos de la madrugada todo cambió. El viejo sueño de siempre emergió de las profundidades y la asaltó con fuerza. Hacía años que no la atormentaba, pero aquella noche se reprodujo en su mente con la brutal virulencia que provoca una continuada contención a base de pastillas, sometiendo su juicio y su voluntad al vértigo que provoca el regreso al horror desconocido. Valentine se agitó sobre su cama, vestida como estaba, aullando y gimiendo, luchando contra aquella fuerza que pretendía dominarla y poseer su alma. La sentía sobre ella, dentro de ella, abriéndose paso con fiereza, paralizando sus músculos, imparable como un tsunami. Alrededor todo era negro, un vacío abismal en el que se hundía mientras se retorció tratando de salvarse a sí misma, convencida de que si cedía lo más mínimo aquello la poseería. Sintió que su cuerpo se elevaba con la espalda pegada a la pared, trepando a merced de aquella fuerza imparable, como una muñeca de trapo, hasta alcanzar el techo y quedar suspendida, viendo su cama desde arriba, deshecha y lejana, inalcanzable. Le faltó el aire, quiso moverse, zafarse de algún modo, pero estaba presa, y algo pugnaba por penetrar su carne y adentrarse en su interior, algo inmenso.



—Fuera, fuera, fuera, fuera... —ordenó una y otra vez, frenética por liberarse—, ¡fuera! ¡fuera! ¡FUERA!

Rezó una y otra vez, con la angustia parapetada en la garganta, empleando toda su fuerza para repeler aquello... hasta que al fin un alarido brotó de su garganta y cayó, estrellándose su cuerpo sobre el colchón.

Valentine despertó de golpe, empapada en sudor, el pelo revuelto pegado a la cara, la piel mojada y ardiente, los ojos llorosos y el cuerpo dolorido. Jadeaba, febril, temblorosa, aún dominada por aquel temor que tanto la había atormentado siendo niña. De pronto volvía a tener ocho años, volvía a ser aquella chiquilla asustada, y recordó la noche en que quiso quitarse la vida.

Cuando abrió los ojos, tardó en emerger del estupor. Se hallaba sentada sobre su cama, vestida, la camiseta arrugada enroscada a su cuerpo a la altura de las axilas... descalza... y por un instante, pudo ver. Sentado a los pies de la cama estaba Mr. Doggy, impertérrito, mirándola con curiosidad, con aquellos ojos color ámbar fijos en ella. Valentine parpadeó, se frotó los ojos... y la niebla regresó. Volvía a estar a ciegas, era de noche y la habitación sólo le devolvía oscuridad. Con la angustia bailando en el pecho, se echó a llorar con desconsuelo.

Oh, pero sólo ella tenía la culpa. No había tomado su medicación, y sabía que había vuelto a soñar por eso. Se maldijo a sí misma, por su negligencia, ahí estaban las consecuencias. Se palpó el pecho, se bajó la camiseta y se cubrió el torso con los brazos, presionándolo sólo para sentirse a sí misma. Su alma estaba intacta, aún era suya...

Entonces sintió que algo la rozaba y comprendió que era Mr. Doggy. ¿Realmente aquel gato extraño estaba allí? Alargó una mano trémula y trató de alcanzarlo. Sus dedos rozaron su pelaje suave y cálido. El gato ronroneó y se frotó contra su espalda, rodeándola con una vuelta completa.

—Mr. Doggy... ¿Eres tú?

Un suave maullido respondió a su pregunta. No podía estar soñando, estaba despierta y era dueña de su mente y su cuerpo. Lo acarició, sintiendo un inmenso consuelo teniéndolo a su lado. No comprendía cómo había entrado, pero lo cogió y lo abrazó, agradecida, llorando sobre él.

—Maldita sea mi estampa, Mr. Doggy... Lo he estropeado todo... Amanda me devolverá al centro, volverán a encerrarme, volverán a encerrarme... Yo lo haría...

Aún se inquietó más al pensar que ahora, una vez que se había vuelto a manifestar su terror nocturno, tardaría mucho tiempo en volver a contenerlo. Entraba dentro de lo posible que hubiera que modificar su medicación, con lo que había costado lograr la combinación exacta, y dudaba que Amanda pudiera pedir la colaboración del doctor Jacob Gates ahora que había conspirado para sacarla del centro sin el consentimiento del consejo. Seguramente se había castigado a sí misma al ser tan imprudente. Decidió tomar al menos la pastilla redonda.

—Espérame Mr. Doggy...

Valentine se levantó y fue a por su caja de pastillas, que aún estaba en su bolso, en el salón. Caminó despacio, cojeando más que nunca, pegada a la pared, con las manos extendidas tanteando el espacio alrededor y delante de ella. Cuando alcanzó el salón, buscó el sofá, y sobre él el bolso. Metió la mano dentro y palpó su contenido. La caja no estaba.

«Pero si no la he cambiado de sitio...»

No lo había hecho, estaba segura. Rebuscó una vez más, poniendo empeño en ser concienzuda y cuidadosa. No estaba. Asustada, empezó a vagar por la estancia, palpando por todas partes, sobre los muebles, en el suelo,

donde había estado haciendo ejercicio... Y entonces notó que una corriente de aire frío circulaba alrededor. No podía ser... Fue renqueando hacia su origen, hasta alcanzar la ventana. Estaba abierta de par en par. Sin duda Mr. Doggy había entrado por allí.

«Pero la he cerrado... ¡La he cerrado!»

Era la segunda vez que pasaba aquello. La cerró, y se aseguró de que estaba bien cerrada. De inmediato la corriente quedó cortada y el ruido nocturno de la ciudad quedó desterrado de su intimidad. Valentine retrocedió dos pasos. Luego salió del salón, sin percibir la presencia de la figura que se ocultaba en el rincón. Se fue hasta la cocina. Empezó a buscar allí su caja de pastillas. No la encontró. Probó en el baño, en su dormitorio... Nada.

Y si no conseguía hablar con Amanda por la mañana, ¿qué supondría eso?

—Joder...

Abrió el grifo de la cocina y se sirvió un gran vaso de agua. Bebió, luego llenó otro y también se lo bebió. Luego regresó a su dormitorio y se sentó en la cama. Doggy seguía allí. Enseguida se acercó y se colocó en su regazo. Valentine lo abrazó, se tumbó, y se acurrucó con él en brazos, rezando para poder dormir sin sueños. En cuanto despertara, llamaría a Amanda. Ella solucionaría la situación, tenía que hacerlo, ¿verdad?

En la quietud nocturna, a solas con sus pensamientos, dejó que el suave ronroneo de Mr. Doggy calmara sus nervios. No quería volver a soñar, no quería volver a pasar por eso. ¿Qué era? ¿Por qué se repetía ese sueño? Empezó a pensar que no era lo que Amanda siempre le había dicho, tratando de buscar un significado, no soñaba que algo quería apoderarse de su alma, tal vez lo que soñaba era que algo, algo en su interior... pugnaba por emerger, algo que estaba en ella. Algo malo. ¿Por qué si no iba a tener tanto miedo? Después de todo no querían dejarla salir del centro. Había algo tenebroso

contra lo que ella se rebelaba. Si eso era cierto, estaba a punto de perder la batalla. ¿Qué ocurriría entonces?

«Lo resolveré...», se prometió.

Al cabo de un rato sus ojos se cerraron y se durmió. Sin sueños.

## Capítulo 9

### b

A Pigeon no le gustaba que tocaran sus cosas. Cuando aquella noche al volver a su casa encontró a Dirdre sentada en su cama revolviendo su caja de recuerdos, se enfureció. Se quedó en la puerta de su habitación odiando el modo en que las gruesas manos de su tía hurgaban entre las fotos de su madre, odiando sus ojos negros adormilados, el modo en que su labio inferior colgaba lacio y sin vida, odió su olor, que inundaba el ambiente, a jabón barato y sudor mal lavado, a tabaco. La furia fue ascendiendo desde algún punto en sus entrañas hasta el pecho, y de ahí se expandió hacia su garganta... hasta que explotó en un chillido que sacó a su tía de su embobada curiosidad.

Dirdre alzó la cabeza, sorprendida al ver a su sobrina correr hacia ella y saltar con los puños por delante para golpearla. Era lenta y sus músculos estaban adormecidos a causa de la vida sedentaria que llevaba, así que no pudo evitar los golpes cuando Pigeon cayó sobre ella gritando, roja de ira, que era una maldita fisgona y que sacara sus sucias manos de sus cosas.

La preciada cajita con las cosas de su madre rodó al suelo y su contenido se desparramó, mientras tía y sobrina se enzarzaban en una feroz pelea. Era sorprendente cómo una niña de doce años, delgaducha y de aspecto

frágil, podía acorralar y vapulear de aquel modo a una robusta mujer de cuarenta y cinco, con setenta y ocho kilos de peso. Dirdre estaba debajo de ella, protegiéndose la cara con los brazos. Gimoteaba mientras Pigeon la abofeteaba fuera de sí. Si hubiera tenido las garras de una fiera habría rasgado su piel hasta alcanzar el hueso. Las fotos de su madre habían quedado a la vista, desordenadas, unas boca abajo, otras boca arriba, y Pigeon no soportaba verlas tiradas por el suelo. No soportaba que Dirdre las hubiera manoseado.

Cuando su padre apareció de improvviso y la agarró con rudeza por la camiseta, Pigeon se resistió, pero él le propinó un bofetón que hizo que su cabeza girara a un lado con violencia. Se mareó. Oliver no había hecho más que empezar. La sacudió y la arrojó contra la pared, mientras Dirdre se reía y se incorporaba muy excitada, con la cara llena de arañazos.

—Dale su merecido, hermano, ¡es una gata rabiosa!

Oliver empezó a quitarse el cinturón, deslizándolo por las hebillas con sus manos nudosas. Pigeon refuló por la pared. Un hilo de sangre bajaba por su barbilla desde la nariz. Había pensado que su padre estaría fuera, en el bar, como todas las noches, pero allí estaba, ebrio, aunque no lo bastante como para mermar la fuerza del castigo que se proponía infligirle. Lamentó haber vuelto a equivocarse. Vio que alzaba su mano, con el cinturón ya completamente fuera del pantalón. Alto como era, se encorbaba hacia delante, el pelo ralo desordenado como un nido de pájaros a medio hacer sobre un desagradable rostro alargado y enjuto. Sus ojos fríos se fijaron en ella, su gesto conocido apareció en la boca torcida. Le colgaba un poco de baba de la comisura de los labios. Pigeon supo que tenía que marcharse. Con la agilidad de una chiquilla asustada, se fue hasta la ventana, la abrió, y saltó a la escalera de incendios sin mirar atrás.

—¡Vuelve aquí, pequeña zorra!

—¡Se te escapa Oliver! ¿Vas a dejar que te tome el pelo? ¡Es una descarada! ¡Mira lo que me ha hecho!

Pigeon bajó por las escaleras tan rápido como pudo, hasta alcanzar la ventana de Gerome. Estaba cerrada, y había olvidado la llave en su habitación. Tenía un problema. ¿A dónde ir? Lo pensó un momento. No quería que Oliver supiera que solía refugiarse con él, y tal vez le diera por perseguirla... Bajó hasta el primer piso, saltó el último tramo de escaleras y alcanzó la calle. Sabía dónde ir, la casa de Valentine no quedaba lejos.

Tras asegurarse de que Oliver no podía ver lo que hacía, se deslizó en la oscuridad. Al poco los improperios de su padre se escucharon en toda la calle. Su desagradable bullicio despertó ecos en el aire nocturno. Pigeon levantó el rostro hacia la ventana de su casa. Lo odió, odió a su tía, deseó que se los tragara el infierno y no tener que volver a verlos jamás.

La ventana del salón de Valentine estaba abierta. Pigeon se felicitó por su buena suerte. Cuando se adentró tímidamente en su casa, como una ladrona, encontró las luces apagadas. Valentine seguramente dormía en su habitación, o tal vez había salido. Pigeon decidió que prefería que estuviera allí, necesitaba a alguien que la abrazara. Se fue hasta el sofá con toda naturalidad y se sentó en él. La casa estaba silenciosa. Era bonita, decorada con gusto delicado. Recostó la espalda en el mullido respaldo del sofá, tapizado en un suave color crema, y trató de recuperar el aliento. Se le estaba hinchando la cara y el labio y aún sangraba por la nariz. Se llevó los dedos a la sien y reprimió un lamento al sentir una punzada de dolor. Ahora su cara parecería un mapamundi, cuando aún conservaba las marcas de la bofetada de aquella mañana. Pigeon vio una manta cuidadosamente doblada en el brazo del sofá, y la agarró de mal genio; se dejó caer de lado y se aovilló. Se tapó con ella, con la cabeza apoyada en un gran cojín. Olía a lavanda. Lloró en silencio, de rabia, no de pena, de rabia. Luego, poco a poco, a medida que se sentía de nuevo a salvo en la penumbra, los sollozos remitieron y se fue calmando. Sorbió por la nariz y se enjugó las lágrimas con la mano. Pensó en Oliver. Seguramente se habría cansado de gritarle a la oscuridad y se habría apartado de la ventana para ir a encerrarse en su habitación y poder seguir bebiendo. Su tía Dirdre habría disfrutado viendo como su hermano la castigaba; tal vez hubiera decidido seguir husmeando donde no debía, hurgando en sus cosas, sólo para herirla... Pigeon

se tragó la amargura que domeñaba su ánimo. Apretó los puños, los dientes, y cerró los párpados, rabiosa, muy rabiosa. Quería ir y recuperar las fotos de su madre, ponerlas a salvo... pero sobre todo ansiaba desfogarse con su tía, terminar lo que había empezado antes de que hubiera aparecido su padre. Odiaba ser sólo una niña.

Luego pensó en Gerome. Por esta vez no podía contar con él. ¿Y Valentine? Se acababa de colar en su casa... Tenía muchas ganas de hablar con ella, de que la abrazara. Imaginó que estaría durmiendo en su cama. Apartó la manta y puso los pies en el suelo. Pasó por encima de una esterilla de las que se usan para hacer ejercicios de suelo y cruzó la sala de puntillas. No conocía el camino hasta el dormitorio de la joven, así que fue probando hasta encontrarlo. El pasillo estaba oscuro y silencioso, lo cruzó en dos segundos, dejó atrás la cocina y el baño, y al fin se asomó a través de la puerta del fondo.

Mr. Doggy estaba allí, acurrucado en la cama, en el regazo de Valentine. Alzó la cabeza, en silencio, y se quedó mirándola. No parecía sorprendido. Así que ella no era la única a la que le caía bien Valentine. A Pigeon la presencia del gato le pareció muy normal. Una buena señal.

La joven estaba profundamente dormida. Su suave respiración sonaba apenas en la quietud del cuarto. Pigeon recorrió la estancia con curiosidad. Como la sala, era un rincón bonito, y sencillo. Una cierta luz penetraba por la ventana, y le permitía distinguir los muebles y la decoración. Valentine destacaba bajo las sábanas, con su piel muy blanca y el largo cabello rubio desparramado sobre la almohada. Pigeon se acercó, se descalzó, retiró la ropa de cama con cuidado y se coló dentro, junto a ella. Se acurrucó, se tapó y se pegó a su espalda, buscando su protección. Enseguida aquel dulce hormigueo que tanto le gustaba pasó de la piel de Valentine a la suya, impregnándola de paz y seguridad.

Al poco Valentine se despertó. Al instante se giró, sobresaltada, y al descubrirla a su lado chilló. Pigeon recordó que no podía verla, y se apresuró



a calmarla.

—Sssssch, Valentine, soy Pigeon, ¡soy Pigeon! ¡Pigeon Didot!

Valentine, que se había incorporado con la cara desencajada, tardó en reaccionar. Manoteó en el aire, la boca abierta de puro estupor, la respiración entrecortada... Temblaba de temor... Luego empezó a calmarse. La niña tuvo que repetirle varias veces su nombre, hasta que al fin la joven pareció comprender lo que decía, y su expresión pasó del terror al desconcierto. Aún respiraba agitada, su pecho subía y bajaba acelerado y abría los ojos en la oscuridad sin ver.

—Pigeon... —susurró—. ¿Eres tú? ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo... has entrado?

La ventana, otra vez. ¡Pero la había cerrado a conciencia!

—Oliver otra vez... —explicó Pigeon—. No podía ir a casa de Gerome, he olvidado la llave, y tenía miedo de que mi padre me viera. No quiero que sepa que es con él con quien me escondo siempre, y no sabía a dónde ir... Entonces he pensado en ti...

Se encogió de hombros. Ahora estaban las dos sentadas en medio del revoltijo de sábanas que Valentine había organizado. La joven se compadeció de Pigeon enseguida y alargó la mano hacia ella.

—Oh, Pigeon, ¿te ha pegado?

Cuando sus dedos rozaron la magullada cara de la chiquilla, ésta se retiró un poco, siseando entre dientes.

—Por favor —suplicó—, ¿puedo quedarme?

—Me has dado un susto de muerte, Pigeon. No puedes ir por ahí asaltando las casas de la gente...

—Pero no tenía dónde ir...

Valentine suspiró. No estaba molesta, en realidad estaba conmovida, pero al despertar y ver a alguien a su lado, después de la pesadilla que había tenido... su corazón se había vuelto loco y había creído morir de angustia. Ahora que todo volvía a estar en su lugar, era la compasión la que gobernaba su estado de ánimo. No podía dejar a Pigeon en la estacada. La observó largo rato, sin verla, con el ceño fruncido. Pigeon intuyó que odiaba no poder ver si sus nuevas contusiones eran muy graves, y que se estaba enfadando.

—Cómo puede hacerte esto... —susurró Valentine con la voz ronca. Sus hermosos ojos castaños relampaguearon en la oscuridad.

Pigeon vio algo más. Un fulgor azulado envolvía a Valentine como un aura. No dijo nada, se limitó a contemplar aquel fenómeno con fascinación. Estaban muy cerca, la una de la otra, cara a cara.

—No quería asustarte —se disculpó Pigeon.

—No pasa nada. —Valentine sacó la mano y acarició su pómulo lastimado, con una expresión salvaje en el rostro. Luego suspiró—. ¿Qué ha pasado?

—Mi tía... La he encontrado toqueteando las fotos de mi madre, y he saltado sobre ella...

Valentine arqueó las cejas.

—Sólo quería darle su merecido.

—Ya... Está bien, puedes quedarte, Pigeon Didot. Aquí nadie va a hacerte daño.

La abrazó y maldijo entre dientes a Oliver Murphy y a su hermana muy bajito, aunque la niña pudo oírla. Las lágrimas de Pigeon fueron silenciosas. Se estrechó contra el pecho de Valentine con anhelo, y aspiró el aroma de su piel, como a fresas, probablemente el olor de su champú. La suave corriente eléctrica que la joven desprendía sin saberlo penetró en ella y recorrió su cuerpo dejando a su paso una cálida sensación. A Pigeon le gustó comprobar que no se había equivocado. Fue muy consciente del efecto calmante que provocaba aquella energía en ella. Sonrió en la oscuridad.

—Será mejor que te duermas, Pigeon.

Valentine la soltó, y la obligó a recostarse de espaldas a ella. Estiró las sábanas lo mejor que pudo y la tapó con ellas. Luego se acurrucó a su lado, envolviéndola por detrás con los brazos. Pigeon se quedó muy quieta, mirando a nada en particular. Cerró los ojos y enseguida se durmió.

Mr. Doggy, que se había espantado ante los aspavientos de Valentine, se había escurrido a los pies de la cama. Ahora que todo estaba en calma, saltó por encima de sus piernas y fue a dormirse en el regazo de la niña. Él siempre sabía a quién debía consolar.

El ruido de la lluvia la despertó. Valentine abrió los ojos, emergiendo de un placentero sueño. Había dormido como hacía tiempo que no lo hacía, profundamente, relajada, feliz. Se giró en la cama y buscó a Pigeon. Dormía profundamente. Luego se volvió hacia la aún mortecina luz de la ventana. La lluvia golpeaba los cristales, lo que significaba que el día iba a ser gris y

oscuro. No le importó. Se encontraba tan bien que el sonido del agua le parecía una buena manera de amanecer.

Mr. Doggy no estaba. Palpó alrededor, pero el gato se había marchado. Debía de haberse ido a otra habitación. Seguramente estaría enroscado perezosamente sobre algún cojín en el sofá, o tal vez se había marchado, al fin y al cabo era un gato independiente y libre de ir y venir a su antojo. Aún estaba sorprendida de que hubiese sido capaz de encontrarla, por no hablar del hecho de que hubiese encontrado la ventana abierta, como Pigeon. Aquella condenada ventana... iba a tener que llamar a alguien para que la arreglara.

Se incorporó. No quería, pero tenía que pensar que Laura Higgins iba a presentarse allí a las doce. Dejaría que Pigeon siguiera durmiendo.

No le gustaba que esa mujer fuera a verla allí. No la conocía. Buscó su móvil. Lo había dejado sobre la mesilla de noche. Pulsó el botón inteligente y preguntó la hora lo más bajo que pudo para no despertar a la niña.

«Son las once y veintisiete minutos de la mañana, la temperatura en Nueva York es de doce grados, la máxima será de catorce grados. Habrá precipitaciones moderadas durante toda la jornada...», bla, bla, bla...

Tanto había dormido... La casa estaba fría. Valentine se levantó con sigilo, fue hasta sus maletas y buscó una chaquetilla de punto. Se la puso con un bufido y se arrebujó en ella. Amanda...

En ese preciso momento sonó su tono de llamada. Le sonó a música celestial, pero tuvo que salir precipitadamente de la habitación y cerrar la puerta. Por suerte Pigeon no se movió. Debía de estar agotada después de haber sufrido otra vez a manos de su violento padre.

—Contestar —ordenó.

Ya sabía que Amanda no la dejaría en la estacada. Valentine estaba ansiosa por hablar con ella.

—¡Amanda!

—Valentine, siento no haber cogido tus llamadas. He escuchado tus mensajes, ¿qué ocurre?

—¿Dónde estabas?

Silencio.

—Valentine, he tenido que reunirme con el consejo, ayer me tuvieron entretenida toda la tarde, lo siento. Y ahora dime, ¿qué ocurre?

—Laura Higgins...

—¿Quién?

Valentine se quedó quieta, sin saber qué decir. No esperaba que Amanda desconociera quién era Laura Higgins, ni, en consecuencia, que iba a ir a verla. Se sentó sobre la cama y echó el culo hacia atrás, sorprendida.

—¿No estás al tanto?

—¿Al tanto de qué?

—Una tal Laura Higgins va a venir a verme, a casa, a las doce. Me llamó ayer y dijo que tú le has pedido que venga en lugar del padre Jiggs porque estabas preocupada.

Amanda no dijo nada, pero Valentine pudo sentir la tensión al otro lado

de la línea.

—¿A las doce?

—Sí.

—Yo no he hablado con nadie sobre ti, Valentine.

—Creía que habías sido tú...

—Sabes bien que no. Nombé a Jiggs tu supervisor con la condición de que respetara tu intimidad. Nadie está al tanto de todo esto, y desde luego nadie debería ir a verte sin mi permiso. Te ha mentido.

—¿Entonces quién...

—Valentine. Escucha con atención. No puedes quedarte en ese piso. Debes marcharte, cuanto antes.

—¿Qué...

—No he convencido al consejo y van a encerrarte, incluso sin tener una orden, ¡es inaudito! ¡Se están saltando todas las leyes, es inmoral! Debes irte, enseguida. Haz tu equipaje y vete. Te ayudaré. Por ahora ve a alguna cafetería y refúgiate en ella, cuando estés a salvo me llamas.

—¿A salvo?

—Valentine, tienes que confiar en mí. Si te llama esa mujer no le contestes, no vuelvas a hablar con ella. No hables con nadie, sólo conmigo, ¿lo has entendido?

—Pero... Amanda... —Entonces recordó que no había tomado sus pastillas—. No encuentro mi medicación, la he buscado, pero no lo entiendo, no está, mi caja de pastillas...

—¿Qué? Mierda, ¡Valentine! —Hubo un ruido de fondo y enseguida Amanda regresó—. Perdona... perdona... ¿Cuántas veces te has saltado tu medicación?

—Tres tomas...

—¿Y?

—He vuelto a soñar... Como siempre, exactamente igual... Amanda, ¿qué puede pasar?

—No lo sé, Valentine...

—¿Qué significa que no lo sabes?

—Significa que no sé qué efecto puede tener a corto plazo que te hayas saltado algunas tomas. Si has tardado tan poco tiempo en sufrir de nuevo sueños... Probablemente haya que ajustar la medicación, y ahora...

—Amanda... —Valentine sintió un vértigo helado en sus entrañas—. ¿Por qué no vienes ahora? Podrías coger un avión y estar aquí...

—En cuatro horas, Valentine, ya lo sabes, incluso cogiendo un vuelo hoy mismo, tardaré. Además, me están vigilando, tengo que ser cuidadosa, no llevarles hasta ti.

Una sensación de vacío se estaba apoderando de ella.

—¿Cuándo podrás venir?

—Lo antes posible. Mientras tanto, tendrás que alojarte en un hotel. Busca uno discreto, ¿podrás hacerlo?

Valentine pensó de inmediato en Gerome.

—Sí, seguro.

—Bien, eso está bien. Hazlo, sal ya.

—Amanda, he estado pensando, ¿has hablado con el padre Paolo? Seguro que él puede cambiar la decisión del consejo...

La doctora guardó silencio de nuevo. Cuando al fin habló, su voz sonó fría, con un leve temblor de fondo que asustó a la joven.

—Ha sido él, Valentine. Paolo ha ordenado internarte en el centro. Me ha echado. Ya no soy tu doctora, al menos no de manera oficial...

—Qué, pero...

—Scchhhhh, Valentine, necesito que te centres, estamos perdiendo un tiempo precioso. Más tarde hablaremos, por ahora, haz lo que te digo y vete de ahí. Ahora.

Colgó. Era su manera de ser tajante, de obligarla a reaccionar. Valentine se guardó el móvil en el bolsillo y empezó a vestirse. Se alegró de no haber deshecho el equipaje. Se puso la misma camiseta del día anterior, vaqueros y unas deportivas. Cojeó por toda la casa recogiendo sus pertenencias, mientras trataba de mantener la calma... Tendría que despertar a Pigeon y hacer que fuera a casa de Gerome. No podía quedarse allí...



De pronto, cuando entraba en el salón a por su bolso, una mano ardiente tapó su boca y otra tiró de ella por la cintura hacia atrás. Se encontró en brazos de alguien que la sujetaba por la espalda. Quiso revolversse, pero su captor era muy fuerte. Sus manos desprendían aquel calor tan familiar. Era él... ¡el desconocido del avión! Valentine abrió mucho los ojos, incapaz de ver. Odió su ceguera, odió ser tan vulnerable.

—Sssschhhh... —murmuró él en su oído. Su aliento cálido rozó su mejilla izquierda—. Ya vienen, ¿los oyes? No hay tiempo para equipajes.

Entonces oyó con toda claridad pasos en las escaleras, al otro lado de la puerta de entrada al piso. Estaban subiendo, varias personas. El desconocido tiró de ella hacia la ventana, que estaba de nuevo abierta, de par en par.

—Valentine, escoge... ¿Qué quieres? ¿Volver al centro?

Ella negó fervientemente. Estaba aterrorizada, pero bajo ningún concepto quería ser ingresada de nuevo. Pensó en Pigeon... pero el fuego que emanaba de él recorría ya su cuerpo, lo sentía arder en su interior, electrizante y vital, y no pudo decir nada. Entonces el desconocido retiró la mano de su boca, pero no la soltó.

—Buena elección. Ya vienen, vienen a por ti. Si te cogen, no volverás a ser libre.

Los pasos se acercaban más y más. Se detuvieron en el umbral, se oyeron voces masculinas, y entonces el timbre sonó, estridente y prolongado. El hombre tiró de Valentine y la obligó a retroceder.

—Espera, Pig...

Pero él no la dejó decir nada más, de nuevo tapó su boca con aquella mano de fuego.

—No hay tiempo. Vamos.

Sentía su cara pegada a la suya, su calor penetrando su piel. La espalda de Valentine estaba incrustada en el torso de él, amplio y poderoso, su brazo la sujetaba por la cintura, quemaba...

—Perdóname...

De repente puso la mano sobre su frente, y Valentine desfalleció. Estalló la luz en su mente, un fogonazo vital que arrasó su conciencia, cegándola... Se le doblaron las rodillas y se desmayó, justo cuando quienes habían ido a buscarla echaban la puerta abajo. Mr. Doggy apareció desde el rincón tras el sofá donde se había escondido y salió con ellos por la ventana, hacia la escalera de incendios.

La puerta cedió ante los golpes de los hombres que pugnaban por entrar y se abrió de golpe, con un gran estruendo. Cuatro tipos grandes como armarios penetraron en el piso y lo recorrieron de arriba abajo, buscando a Valentine. Cotton se quedó fuera, nervioso y poco conforme con aquel procedimiento. Cuando uno de aquellos gorilas regresó, se tensó, muy pálido y sudoroso, el pelo pegado a las sienes.

—Llámala —ordenó el gorila.

Cotton obedeció. Valentine no contestó.

—No coge...

—Alguien la ha avisado, el piso está vacío —concluyó el tipo. Era muy alto, rubio, de pelo muy corto, y rostro anguloso. Los otros tres hombres

se reunieron con él en el vestíbulo.

—Ha dejado sus cosas aquí, tiene el equipaje a medio hacer —dijo uno.

—Deberías llamar a Paolo, Logan —dijo otro, algo más bajo y muy moreno.

Los cuatro iban de negro, camiseta de manga larga y cuello alto, jersey grueso, pantalones de lona y gorro... Logan, el rubio de aspecto nórdico y rostro anguloso, sabía que su compañero tenía razón. Al obispo no iba a gustarle que Valentine hubiera escapado.

—Bueno, yo debería irme, no pinto nada aquí...

—Márchate, Cotton. Ya te llamaremos.

Cotton se alejó por las escaleras como un conejo asustado. Lamentaba mucho todo aquello. Nadie le había explicado nada, era todo muy inusual, pero lo habían amenazado, y Paolo no se tomaría a bien que no colaborara. Como secretario del arzobispo —cuya estrecha relación con Paolo era tan fuerte—, sólo le había quedado obedecer. Oyó que Logan hablaba precisamente con Paolo. Por su tono supo que el obispo estaba muy enfadado.

La guarida de Konstantin estaba en el mismo Greenwich Village, en un viejo almacén levantado cerca del río, abandonado, sucio y oscuro. Sus paredes de ladrillo estaban cubiertas de grafitis, las grandes compuertas de carga y descarga llevaban muchos años cerradas y los enormes ventanales lucían los cristales rotos a pedradas. No obstante era un lugar seguro, y Konstantin lo

había escogido con cuidado. Nadie lo buscaría allí. Había adecentado un pequeño espacio en una oficina en la parte alta. Dejó a Valentine sobre su propia cama, con cuidado, y la cubrió con una manta recién comprada. Se agachó a su lado y la observó dormir. Mr. Doggy lo había seguido, como si se negara a dejar a Valentine a su suerte. Saltó sobre la cama y se enroscó a su lado.

—No voy a hacerle daño —aseguró él. Pero Mr. Doggy se limitó a mirarle fijamente.

Valentine parecía relajada. Konstantin reparó en una suave marca en su garganta, muy sutil y algo más rosada que el resto de su piel, la que hace el roce de una cuerda. ¿Cuántas veces había tratado de quitarse la vida? Conocía bien sus marcas en las muñecas, había estado allí el día que se cortó las venas e incendió su casa. Retiró con cuidado un mechón de pelo rubio de su frente y se quedó mirándola, pensativo, los ojos ardiendo y el corazón desbocado. La tenía allí mismo, a su lado, después de tanto tiempo. Al fin tenía una oportunidad, los dos la tenían, si todo iba bien.

—Valentine...

Su voz rota rompió el silencio del almacén. Ella no se movió. Konstantin siguió con el dedo índice el contorno de su rostro. Estaba desvalida, no lo sabía, pero su vida pendía de un hilo, y sólo estaba él para protegerla, o quizás... todo lo que hiciera para ayudarla acabara siendo su condena. Y no sólo la suya. Había otro que pagaría si él fracasaba.

Entonces el móvil de la joven sonó. Lo llevaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Konstantin lo cogió, apartando un poco la manta, lo silenció y lo dejó en el suelo, junto a la cama. Luego se echó atrás y fue a sentarse en una vieja silla, a esperar a que despertara.

Mejor así... Con algo de distancia, podía dominar aquel fuego que le abrasaba cada vez que estaban cerca. No había previsto que fuera a sentirla

así, que su vínculo con ella fuera a ser tan fuerte... Había pasado mucho tiempo desde que la tuvo tan cerca, catorce años, si descartaba la ocasión del avión. La miró torturado, porque empezaba a recordar que estar junto a Valentine Borderer podía ser duro.

Pensó en los hombres que habían irrumpido en su piso. Paolo desconfiaba de él, por eso los había enviado, valiéndose de otros medios para localizarla. Konstantin no se extrañó. No había vuelto a contestar sus llamadas, ya no obedecía sus órdenes y el obispo había prescindido de él. Pronto querría eliminarlo. Konstantin era muy consciente del riesgo que estaba corriendo por ayudar a Valentine, pero estaba decidido a seguir adelante. No permitiría que a ella le hicieran daño. Sacó del bolsillo interior de su chaqueta la caja de pastillas de la joven. La miró... Luego la abrió, dejó que cayeran al suelo y las pisó con su enorme bota hasta hacerlas polvo. Lo desperdigó todo por el suelo, mezclándolo con la mugre que lo cubría. Era hora de que Valentine se enfrentara a la verdad. El primer paso era hacerla despertar, y no podría hacerlo con aquella medicación presente en su organismo.

¿Había llegado tarde? Pronto lo sabría.

Sobre la cama, Mr. Doggy continuaba observándole. Sus ojos color ámbar brillaban en la penumbra. La lluvia repiqueteaba sobre el tejado. Algunas goteras saltaban desde el techo hasta el suelo, formando charcos aquí y allá. La Luz del día horadaba la penumbra atravesando las lamas de las persianas de los ventanales, y el polvo bailaba en los haces de luz como una nube apenas perceptible. Konstantin le devolvió la mirada a Mr. Doggy y luego cerró los ojos, a la espera.

Cuando Valentine despertara, querría saber, haría muchas preguntas, tal vez se rebelara. Entraba dentro de lo probable que tuviera que emplear la fuerza para retenerla y así poder hacer que comprendiera... No le gustaba, pero estaba dispuesto a hacerlo. Y sin embargo... Abrió los ojos de nuevo. Incluso así, sin tocarla, aquella fuerza le arrastraba hacia ella irremediabilmente. Valentine... No tenía mucho tiempo. Se levantó de nuevo,

estuvo dando vueltas, dominado por aquella extraña fuerza que ella despertaba en su interior. No la soportaba... Y entonces, furioso, la descargó contra la pared, abriendo un boquete en ella. Se miró la mano, ni un rasguño.

Regresó junto a Valentine, estuvo mirándola, y entonces la estrechó entre sus brazos, permitiendo que sus espíritus se tocaran. Incluso dormida, Valentine respondió a su contacto y se estremeció. Su calor corporal aumentó, como el de Konstantin, que ya no se dominaba a sí mismo y se dejaba llevar...

Cuando al fin logró sobreponerse, la dejó de nuevo sobre la cama y se apartó. Iba a necesitar algunas cosas si quería que se quedara.

## Capítulo 8



Amanda no estaba en su despacho del «New Hope Psychiatric Center», sino en su casa, un chalet en Seattle muy próximo al Lake Union. Se encontraba reuniendo algunas de sus cosas en una sencilla maleta, lo justo para viajar a Nueva York. Que alguien le hubiera dado la dirección de Valentine a Paolo daba fe de hasta qué punto ese hombre la tenía controlada. ¿Habría sido Jiggs? No, no dudaba de él, era de fiar. Quizás esa mujer, la tal Laura Higgins, se la había sonsacado a Valentine. Probablemente había sido así. No sabía hasta qué punto eran turbias las actuaciones en el centro, pero las cosas empezaban a ponerse feas. La decisión del consejo sobre su despido, tal y como le había dicho a Valentine, provenía de Paolo. Estaba furiosa, y más decidida que nunca a llegar hasta el fondo de aquel asunto. Se alegraba de que la hubieran despedido, no hubiera querido trabajar ni un minuto más en el New Hope.

Sacudió la cabeza, muy contrariada, los ojos brillantes de indignación y los labios apretados. Esperaba que Marcus Tate Mills contactara con ella en cualquier momento, mientras tanto, debía ser cauta.

Cerró la maleta y se enderezó. Su espigada figura, enfundada en un traje chaqueta elegante y funcional de color gris perla, destacaba en medio de

un elegante dormitorio. Se atusó el cabello y recogió algunos mechones para remeterlos en el moño perfecto que siempre llevaba. Le gustaba llevar el pelo recogido. Recorrió con la mirada cada rincón de la estancia. No había olvidado nada. Consultó su delicado reloj de pulsera. Había reservado el primer vuelo a Nueva York, que salía en seis horas. Cogería un taxi hasta el aeropuerto y llamaría a Valentine desde allí. Esperaba que la joven hubiera hecho lo que le había pedido y que hubiera logrado marcharse a tiempo.

Sobre su cama había apilado los documentos que había fotocopiado en el centro antes de irse —colándose como una vulgar ladrona en la sala de archivos—, entre ellos un anexo al expediente de Valentine que no había visto nunca. Su ingreso en el centro había sido una decisión unilateral del propio Paolo —tal y como pensaba—, cuya firma aparecía en todos los papeles. Ningún juez, ni ningún médico, había recomendado su internamiento, tal y como se le había asegurado siempre. Aunque dados los antecedentes de Valentine internarla había redundado en su mejoría, ahora, a sus veintitrés años, era mayor de edad y estaba en su derecho de escoger ser libre, y le constaba que quería serlo. Ella, como psiquiatra, había recomendado dejarla salir, siguiendo eso sí, el estricto tratamiento que llevaba tomando desde hacía unos años, sin duda adecuado y supervisado. Amanda no entendía el motivo que impulsaba a Paolo a mantener a la joven privada de libertad, cuando en otros casos se mostraba mucho más razonable. Había algo turbio en el modo en que se estaba conduciendo, y no podía obviarlo.

Valentine se estaba convirtiendo en una obsesión para Amanda. Estaba decidida a traspasar todos los límites para ayudarla, incluso iba a acudir a la justicia. En cualquier caso, ya había decidido que Valentine no pasaría un sólo día más encerrada mientras se resolvía su caso. No lo permitiría, y legalmente ni Paolo ni el consejo podían denunciarla por haberle dado el alta, no sin ponerse en evidencia.

Aún podía hacer algo más antes de volar a Nueva York, decidió. Cogió una de las carpetas que había fotocopiado y examinó la ficha de Jonathan-Duncan Moors. Sus circunstancias habían sido muy parecidas a las de Valentine, por eso se había llevado una copia. Como ella, Moors había sufrido



un largo tormento a merced de sus terrores nocturnos. Había pasado toda su vida interno en el centro bajo estricta supervisión, hasta su muerte, a la edad de setenta y dos años. Jamás había salido del psiquiátrico, nunca se le había dado la oportunidad de llevar una vida normal. ¿Por qué?

Jonathan tenía una hermana en Madison Park, junto al lago Washington. Mary Jane Moors tenía setenta y cuatro años y era viuda. En cuanto pudo, con dieciséis años, escribió en múltiples ocasiones al centro pidiendo que la dejaran visitarle, sin éxito. Sus cartas estaban ahora en sus manos. Habían sido archivadas, junto con las frías y escuetas negativas del centro. Moors había estado los últimos años bajo la atención directa de uno de los veteranos del centro, el psiquiatra Americus Osmoord, un hueso duro de roer. Cuando Mary Jane escribió por enésima vez, suplicando que le dieran el alta a su hermano, no había obtenido respuesta. Por lo que había podido averiguar, Mary Jane, desesperada, había acudido a las autoridades, con nulo resultado, siempre habían desestimado sus acusaciones contra el New Hope. Incluso había demandado al centro, había ido a juicio... Nada. Por eso Amanda sabía que su actuación era la única que cabía para Valentine. Aunque temía que, como le había ocurrido a Mary Jane, su causa fuera desestimada por la justicia.

No le llevaría más de veinte minutos visitar a Moors y si la mujer tenía ganas de hablar... tal vez le brindara información adicional a la que llenaba el informe de su hermano. Después de su visita iría directa al aeropuerto internacional de Seattle-Tacoma, lo que le llevaría, calculó, otros treinta minutos. Eso le dejaba tiempo de sobra para embarcar. Podía hacerlo.

Cogió los documentos y los metió en la maleta, mientras murmuraba una plegaria para que Marcus se pusiera en contacto con ella antes de que las cosas se complicaran más. Cogió su equipaje y se dispuso a marcharse. Antes de salir le dedicó un instante a Valentine. Esperaba que hubiera podido abandonar a tiempo el piso. Pero... ¿y si no había sido así? Cerró la puerta con un bufido. Había dicho a Valentine que la llamara cuando estuviera a salvo... Había tenido tiempo más que suficiente. Algo iba mal... Soltó su maleta y la llamó.

Valentine no contestó, y Amanda empezó a preocuparse. Insistió, una y otra vez, sin éxito. ¿Acaso Valentine estaba ya en manos de Paolo? Se resistió a creerlo, mientras una honda preocupación se instalaba en su pecho. Telefonó a Jiggs, pero él tampoco contestó. No podía hacer nada, al menos por el momento. Tendría que resignarse a averiguar qué había ocurrido cuando aterrizara en Nueva York y fuera a comprobarlo por sí misma. Mientras tanto, lo que sí estaba en su mano era hablar con Mary Jane Moors. Amanda Flemming se preciaba de ser una mujer práctica. Abandonó su casa y cogió un taxi a Madison Park, allí mismo, en Seattle. Se alegró de haber digitalizado las copias de los expedientes que había robado del New Hope, y de haberlas ocultado, creía que hábilmente.

La casa de Mary Jane Moors era modesta, de dos plantas con tejado a dos aguas, la fachada de madera pintada de un rosa palo desgastado y un pequeño porche al que ascendía un pequeño tramo de escaleras con barandilla. El jardín delantero estaba algo descuidado, y un corto camino de cemento llevaba a la entrada. Era el número 2010 de la calle 41. Amanda se asomó por la ventanilla y comprobó que la ancha avenida, poblada de edificios similares al de Moors —ajardinados y unifamiliares a uno y otro lado de la carretera—, estaba tranquila. A continuación metió la mano en su bolso, sacó la cartera y pagó al taxista con su tarjeta de crédito.

—¿No tiene efectivo? —protestó el taxista.

—Lo siento, no. ¿Hay algún problema?

El taxista meneó la cabeza con disgusto, pero aceptó su tarjeta. Amanda abandonó el vehículo, cogió su equipaje del maletero, y esperó a que el coche se alejara. Por suerte era uno de esos raros días en que la lluvia le daba una tregua a Seattle, el sol lucía con fuerza. Amanda agradeció sentirlo en la piel. Suspiró y se giró para encarar la casa. Las dos ventanas de madera blanca de

la planta baja, una a cada lado del porche, aparecían mudas y quietas. Las cortinas tras los cristales no se movían. En la segunda planta, justo bajo el tejado, una sola ventana ofrecía el mismo aspecto silencioso.

Amanda siguió el sendero de cemento, alcanzó las escaleras de piedra y subió al porche. Observó que llevaba tiempo clamando por una nueva mano de pintura. La que cubría los esbeltos postes circulares que lo sostenían se había agrietado y amarilleado. La puerta principal, del mismo rosa palo que las paredes, no tenía timbre. Amanda tuvo que llamar con los nudillos.

Esperó un tiempo prudencial, pero nadie acudió a abrir. Un amago de duda asomó a su rostro delgado. No había contemplado la posibilidad de que la señora Moors estuviera ausente. Alargó la mano de nuevo y volvió a llamar, esta vez con más fuerza. Nada.

Extrañada, retrocedió, bajó las escaleras y trató de mirar por los cristales de las ventanas, adentrándose entre las matas de hortensias que rodeaban el edificio. Las cortinas no dejaban ver nada. Amanda regresó al porche y aporreó la puerta con la palma de la mano.

—¡Señora Moors! ¡Mary Jane!

Entonces vio por el rabillo del ojo que una de las cortinas de la ventana de su derecha se agitaba. Había una sombra detrás. Al poco oyó pasos y la puerta se abrió. Ante ella apareció una mujer de estatura mediana, algo gruesa, vestida con ropa informal, vaqueros, camisa a cuadros de un bonito color coral, chaqueta de lana por encima y botas militares —algo curioso en una mujer de su avanzada edad. Mary Jane Moors la miró con desconfianza, con su corta melena de pelo rubio entreverado de canas enmarcando un rostro rubicundo, ancho pero agradable. Sus ojos azules la miraron de arriba abajo. No dijo una sola palabra.

Amanda no se arredró. Dejó su maleta en el suelo y estiró la mano para estrechar la de Mary Jane. Como ella no correspondió su gesto, la retiró y se

cuadró. Bien, la visita no iba a ser fácil.

—Disculpe que la moleste, ¿es usted Mary Jane Moors?

—¿Quién lo pregunta? —Al fin.

—Soy Amanda Flemming, la doctora Flemming, psiquiatra del centro New Hope, aquí en Seattle.

Un brillo de reconocimiento cruzó los ojos de Mary Jane y sus labios se tensaron.

—Bueno, en realidad, debería decir que «era» psiquiatra en ese centro, me han despedido.

A Mary Jane se le alzaron las cejas un poco. Ahora había curiosidad en su mirada.

—Verá, necesito hablar con usted sobre su hermano, Jonathan. Sé que peleó usted para que lo soltaran y que murió sin salir del centro ni una sola vez en toda su vida. —Amanda dio un paso hacia Mary Jane y concentró en su expresión toda la intención que pudo. Sus ojos centellearon, persuasivos—. Mary Jane, tengo una paciente en la misma situación, tenía, a decir verdad... Quiero ayudarla, y he creído que usted podría contarme algunas cosas de utilidad.

—¿Cómo ha sabido lo de mi hermano?

Amanda guardó silencio un instante.

—He tenido que investigar, y he encontrado su expediente. Mary Jane, el caso es que la situación de su hermano es demasiado parecida a la de mi paciente como para tratarse de una casualidad. Su hermano no logró ser libre,

pero ella... Ayúdeme, se lo ruego, sólo será un momento, después no volveré a molestarla.

Mary Jane vaciló. Sus pies bailaron en la puerta. Estaba incómoda, y... temerosa. Se mordió el labio inferior, se pasó la mano por el pelo y lo apartó de su frente... Y de pronto se echó a un lado y la invitó a pasar con un gesto de su cabeza. Amanda suspiró de alivio y entró. Mary Jane cerró tras ella y la condujo a la salita que había inmediatamente después del recibidor, tan modesta como el resto de la casa. A Amanda le gustó ver que el suelo estaba enmoquetado.

—Siéntese, por favor.

Mary Jane ocupó una butaca y Amanda otra, junto a la ventana de la parte trasera, que daba a un patio algo más cuidado que el jardín delantero. Se notaba que su dueña prefería pasar inadvertida y disfrutaba mucho más en aquella parte de su propiedad, donde gozaba de mayor intimidad. Había plantado caléndulas —Mary Jane había estado removiendo la tierra, y la había abonado—, cuyos brotes ya empezaban a crecer, el césped estaba recién cortado y un arce se elevaba aún desnudo en un rincón. La valla blanca que delimitaba la parcela estaba recién pintada.

—Oh, vaya, tal vez quiera un café, o una infusión, no le he ofrecido nada —dijo Mary Jane de pronto. Estaba a punto de levantarse, pero Amanda la frenó con un gesto de su mano. No quería alargar la visita, tenía que coger un avión—. En ese caso, le agradecería que fuera al grano. ¿Qué necesita de mí?

—Sé que peleó usted mucho por Jonathan, que incluso acudió a los tribunales. Nunca le dieron la razón.

—Nadie más se acordaba de él. Nuestros padres lo consideraban un monstruo, preferían que se ocupara el centro... Pasaron la vida fingiendo que tenían sólo una hija. Dejé de hablarme con ellos en cuanto me fui a la

universidad —añadió con amargura—. El New Hope cuenta con respaldos poderosos.

—Se refiere al obispo Felps.

—Felps es sólo un peón, es Paolo quien mueve los hilos, pero no me refería a ninguno de los dos.

—¿A quién entonces?

Mary Jane calló, y Amanda dedujo que no iba a decírselo. Tal vez no lo sabía, tal vez tenía miedo.

—Su hermano sufría terrores nocturnos, ¿puede contarme cómo eran?

Mary Jane se enjugó una lágrima traicionera que pugnaba por deslizarse por su mejilla. Sin duda su visita estaba removiendo en su interior antiguos desvelos y amarguras.

—Jonathan despertaba en mitad de la noche aullando, convencido de que algo lo acechaba en la oscuridad, algo violento, inmenso... Decía que era algo poderoso que quería devorarlo. No podíamos hacer nada para ayudarlo. Empezó con sólo seis años y ya no paró. Mis padres acabaron por llevarlo a un psiquiatra, y éste lo derivó al New Hope. Sólo tenía nueve años. Lo internaron en principio para tratarlo, pero cuando años después el doctor Osmoord apareció en escena para ocuparse de él, las cosas empeoraron. Ese malnacido lo tuvo en una celda de aislamiento, sin contacto alguno, tanto tiempo que mi hermano creyó volverse loco. Al poco tiempo nos prohibió ir a visitarle. Según él no le convenía recibir visitas. De pronto Jonathan dejó de estar en nuestras manos para quedar recluido en el centro, bajo la estricta supervisión de Osmoord. Mis padres estaban convencidos de que era lo mejor, pero yo nunca lo creí. En cuanto pude empecé a moverme para tratar de sacarlo de allí, pero me topé con un muro de hormigón impenetrable. Me

presentaba casi a diario en el centro, armando bulla para ver a mi hermano, puse mil reclamaciones, hablé con Paolo, con Felps... Exigí reunirme con la dirección, puse una denuncia... Nada resultó, y tuve que ver cómo mi hermano moría poco a poco, atrapado, con Osmoord jugando a ser Dios dentro de su cabeza.

—¿Cesaron sus pesadillas?

—No lo sé, no se me permitió volver a hablar con él nunca más.

Amanda estaba perpleja, horrorizada.

—Verá, Mary Jane, mi paciente sufría el mismo tipo de pesadillas, aunque con medicación he logrado controlarlas y ahora puedo decir que se ha librado de ellas, pero pese a ello, quieren mantenerla encerrada. Estoy tratando de averiguar por qué.

Mary Jane se inclinó hacia delante.

—Doctora Flemming, mi hermano no es el único, ni su paciente, que ha sufrido a causa de esas pesadillas.

—No tengo constancia de que en el New Hope...

—Tal vez debería ampliar sus miras. Hay más casos, no sólo en Seattle. No le costará descubrirlo, si escarba un poco.

Amanda abrió la boca, de pronto muy inquieta.

—¿Tiene constancia de lo que dice?

—Tengo constancia de que la pauta es la misma en todos, y de que

detrás de esa pauta están las mismas personas.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué tienen en común estos casos, su hermano, mi paciente... para que pongan tanto empeño en mantenerlos aislados?

Mary Jane volvió atrás y recostó la espalda en el respaldo de la butaca. Otra lágrima escapó de sus ojos. Esta vez la dejó correr.

—Mary Jane, ¿cómo sabe que hay más casos?

—Busqué ayuda.

—¿La policía?

—Un investigador privado.

—¿Puede decirme quién es? Tal vez él pueda...

—Está muerto. —Amanda se quedó helada. Comprendió que había muerto por ayudar a Mary Jane, y eso desató en su interior una tormenta de angustia. Se le cerró el estómago y por un momento fue incapaz de dominar sus nervios. Mary Jane la observaba. Bajó la voz cuando habló de nuevo—. Si yo fuera usted, ya que es doctora y trabaja en el New Hope, sacaría a su paciente de allí enseguida.

—Ya lo he hecho... Por eso me han despedido.

Los ojos de Mary Jane relucieron un instante. Después un velo de inquietud los nubló.

—Tenga cuidado, doctora Flemming. —Mary Jane daba por concluida la visita—. No puedo decirle nada más, doctora. Le ruego que se vaya.



—Por favor, Mary Jane...

—He dicho que se vaya. Por favor...

—Creo que sabe más de lo que pretende hacer ver... Mary Jane... — Amanda abandonó su butaca y se arrodilló sobre la moqueta para coger las manos de Mary Jane Moors y mirarla a los ojos. Resultaba extraño verla, tan elegante y seria, con la rodilla hincada en el suelo, suplicando—. Por favor, sé que sabes más cosas, ¿quién está por encima de Felps?

—No puedo ayudarla.

—Tienes miedo...

Mary Jane asintió.

Amanda la soltó y regresó a su butaca. Poco después se levantó, se estiró la falda de su traje-chaqueta y recompuso el gesto.

—Te agradezco que me hayas recibido. Lamento lo que le ocurrió a tu hermano.

—Yo también.

A Mary Jane le tembló la voz al decir aquello. Se levantó también y la acompañó a la puerta. Cuando Amanda cogió su maleta y abandonó su casa, Mary Jane cerró la puerta y se echó a llorar. Amanda la oyó. Se quedó impotente, indecisa bajo el porche, oyéndola sollozar desconsoladamente.

«No puedes hacer nada...»

Se recompuso, cogió el móvil y llamó a un taxi para ir al aeropuerto. Apenas se había demorado veinte minutos en la visita. Bajó algunos peldaños y se sentó en las escaleras. Sacó un cigarrillo de una pitillera dorada que siempre llevaba en el bolso y lo encendió. Lo necesitaba. No era una gran fumadora, apenas un cigarrillo de vez en cuando, pero el llanto de Mary Jane al otro lado de la puerta le resultaba desgarrador, y su conversación había imbuido en ella una intensa desazón. Había contratado a un investigador, y éste estaba muerto.

Había descubierto que había más casos, no sólo en Seattle. ¿Cuántos? ¿Quién estaba tratando de ocultarlos, y por qué? Felps... El obispo de Nueva York estaba por encima de Felps... ¿Quién estaba por encima de Paolo? Amanda dio dos o tres caladas más y después apagó el cigarro con la punta de su elegante zapato. Luego dejó el porche y caminó por el sendero hasta la acera, a esperar el taxi.

Así pues era cierto que Valentine estaba en peligro. De inmediato pensó en Marcus Tate, y también temió por él.

## Capítulo 10

### b

*«Diez veces diez son los secretos que encierra el alma, única es la llave que los abre. Mirar sus secretos de frente y comprenderlos es como elevarse por encima del universo y acogerlo. Mientras de las profundidades se eleva la respuesta, la mente se expande y se amolda a ella, y durante un tiempo la paz gobierna el alma, hasta que la ceguera regresa y oculta la verdad bajo su manto. Entonces vuelve el miedo»*

Marcus Tate Mills, gobernador del estado de Maine, se quedó mirando el teléfono fijo sobre la mesa de su despacho, aún sorprendido por la inesperada conversación que acababa de mantener con su ex-esposa, Amanda Flemming. Oír su voz después de tantos años había hecho aflorar desde lo más profundo de su corazón ciertas emociones que creía haber desterrado para siempre. No se había olvidado de ella, y eso en parte le molestaba mucho... —se había esforzado denodadamente por enterrar sus sentimientos—, y en parte le emocionaba —estaba claro que no había logrado olvidarla. Estiró la mano izquierda ante su rostro, una mano morena, de dedos cortos y fuertes, y observó el delicado anillo de oro que aún conservaba en el dedo corazón. En su cara interior llevaba un grabado con la fecha del día en que se casaron. Amanda... El día que se marchó lo hizo sin previo aviso. Aún le dolía recordarlo. Aprovechó que se había marchado de viaje a Memphis para abandonarle, hizo su equipaje y desapareció, así, sin más. A su regreso

encontró sobre la mesa de la cocina una pulcra nota con unas breves líneas escritas con letra elegante y firme a modo de despedida:

«Marcus, lo siento, no puedo seguir así. Merecemos algo mejor que esto, ¿no crees? Sé que sí. Perdóname y olvídate, Amanda.»

Aún conservaba esa nota, doblada en el interior de una cajita en su mesilla de noche. A veces la releía, tratando de descifrar qué había querido decir, porque cuando ella se fue él seguía enamorado, no lo había visto venir, de hecho creía que eran un matrimonio feliz, que Amanda era feliz... Al parecer se había equivocado, y mientras seguía adelante con su carrera —en aquel entonces luchaba por llegar a ser senador en Maine—, Amanda se había ido distanciando. Durante mucho tiempo se culpó por ello. ¿Tal vez había estado demasiado inmerso en su carrera política y había descuidado a su esposa? ¿Tal vez era egoísta? ¿Qué había fallado? La rabia, la impotencia, gobernaron aquellos días crueles y sus noches aún más duras, acostado en una gran cama vacía mientras el corazón se rompía en su pecho y sangraba sin remedio. Acabó por abandonar su proyecto político y retiró su candidatura. Hasta mucho después no volvió a plantearse volver a intentarlo.

Amanda siempre había sido una mujer práctica, tomaba decisiones drásticas cuando detectaba que estaba errando el rumbo. Y podía ser cruel, no de forma premeditada, ni pretendiendo hacer daño, sino por el pragmatismo con que hacía las cosas. Podía parecer fría y calculadora, pero sólo actuaba según su criterio, y era extremadamente fiel a sí misma, nada la hacía vacilar. Ni siquiera su amor por su marido, o las consecuencias de sus actos, daños colaterales. Tal vez por eso era una psiquiatra tan excepcional, porque era capaz de compartimentar sus emociones y priorizar sus decisiones en función de lo que dictaba la razón. Estaba claro que en algún momento sintió que se había equivocado al escogerle a él, y simplemente optó por descartarle de la

ecuación, asunto arreglado. Así de sencillo.

Marcus la hubiera escuchado, incluso la habría dejado ir si hubiese comprendido que así sería más feliz, pero así, sin tener una mínima oportunidad de enmendar lo que estaba mal, sin saber qué había provocado la desilusión de su esposa... Hubiera esperado que hablara con él, no para intentar solucionar las cosas —cuando Amanda llegaba a una conclusión ya no había vuelta atrás—, sino para explicarle cómo había llegado a un punto sin retorno como aquel y por qué no había dicho nada antes de alcanzarlo.

Tras su marcha, Marcus había tratado de localizarla infructuosamente, una y otra vez, durante meses. Todos sus intentos por contactar con ella habían fracasado, Amanda había levantado un muro entre los dos. Ni mensajes, ni llamadas. Un año después le llegó una demanda de divorcio, y él la firmó. No podía hacer otra cosa. Al hacerlo, claudicó. Aquella noche marcó un hito dramático en su vida, y se emborrachó de lo lindo. Cuando al día siguiente despertó solo, navegando en una mortecina mañana de resaca, comprendió que debía empezar desde cero, y se obligó a relegar el recuerdo de su mujer a un cajón de sastre tan profundamente enterrado que no pudiera llegar a él. A partir de ese día el contador de su vida se había reactivado, hasta ahora.

Habían pasado siete años. Y Amanda regresaba para atormentarle. ¿Por qué la había dejado hablar? ¿Por qué? Deseaba haber colgado el teléfono nada más escuchar su voz...

Sin embargo no había sido capaz, y allí estaba, repasando el tono de la extraña conversación que había tenido lugar entre los dos. Su contenido le había dejado un amargo sabor de boca, porque la conocía bien como para saber que si le había telefoneado era porque tenía un serio problema, o no hubiera acudido a él... jamás.

Marcus suspiró. Además, algo en la historia que Amanda le había contado le llamaba la atención. No pudo evitar recapacitar sobre lo que acababa de escuchar de sus labios mientras se balanceaba en su silla giratoria.

Toda esa historia sobre Valentine Borderer y las prácticas poco éticas del New Hope, al parecer no sólo con ella, sino con otros pacientes, tal vez muchos, tal vez por todo el país, a juzgar por el testimonio de una tal Mary Jane Moors... No dudaba de Amanda, estaba seguro de que su historia era cierta. La cuestión era más bien hasta dónde llegaba el asunto, y si estaba dispuesto a mojarse en algo así, la cuestión era si estaba dispuesto a hacerlo por ayudar a una mujer que siete años atrás le cerró la puerta en las narices sin una sola explicación. Ahora que había alcanzado un punto álgido en su carrera, no en vano ocupaba el sillón de gobernador en Maine, no estaba dispuesto a arriesgarse. Amanda sabía que era un hombre influyente, que tenía contactos, que podía llegar a rincones ciegos para un ciudadano de a pie. Por ejemplo, conocía al arzobispo Felps, personalmente, y Felps contaba con serios y poderosos apoyos no sólo en Nueva York, no sólo en la iglesia. Si era cierto lo que insinuaba Amanda y tocaba la cuerda que no debía, la araña saltaría y se revolvería con fiereza. Podía perder todo por lo que había luchado tanto.

—Ummmm...

Amanda Flemming... Se descubrió emocionado. El corazón latía a buen ritmo en su pecho, despierto y alegre por primera vez en mucho tiempo. Diablos, esa mujer le había robado la razón, no podía ignorarla, pese a todo.

Se echó adelante, el pecho aún poderoso subiendo y bajando bajo el traje impoluto, hecho a medida. Se aflojó la corbata y desabrochó los primeros botones de su camisa. Necesitaba respirar. Apoyó los codos en la soberbia mesa de ébano de su despacho. Tal vez no fuera necesario agitar el avispero, tal vez bastaría con revolotear alrededor. Después tomaría una decisión.

Entonces se dio cuenta de que ya había decidido ayudar a Amanda.

Bien, pues que fuera lo que tuviera que ser. Conocía a alguien dentro de las oficinas del departamento de policía en Seattle, alguien a quien jamás hubiera recurrido en otras circunstancias, pero que tenía el perfil perfecto para

hacer algunas indagaciones, algo sinuoso, discreto, sólo para tomar la temperatura y saber en qué andaba metido el arzobispo Felps.

Marcus se alisó el pelo aún castaño, apenas veteado de canas en las sienes, denso y bien cortado, y frunció el ceño. ¿estaba dispuesto a dar ese paso? Sus ojos verdes dudaron, una sombra los cruzó antes de coger su agenda y buscar el teléfono de esa persona del departamento de policía. En su frente despejada aparecieron algunas finas líneas de expresión. Su cerebro le advertía de lo peligroso que era lo que estaba a punto de hacer, pero al mismo tiempo en sus labios rectos apareció una línea severa de determinación. No era sólo que quisiera ayudar a su antigua esposa, la única mujer a la que había amado, era que aspiraba a volver a verla, tal vez acercarse de nuevo a su frío corazón.

Estuvo rebuscando un rato, pasando las páginas de su agenda adelante y atrás, buceando a través de las listas de contactos que había recopilado a lo largo de toda su carrera desde sus tiempos de candidato a senador. Y allí estaba, el hombre que tal vez pudiera indagar en las cloacas del New Hope Psychiatric Center, el detective Luther Ewan Gallagher, una vieja gloria del departamento de policía.

Marcus tabaleó con los dedos sobre el papel de la agenda, dudando todavía.

—Amanda, Amanda... Por qué ahora, por qué no te habrás quedado donde estabas, quietecita y sin dar guerra... Maldita sea mi estampa...

Alargó la mano y descolgó el auricular de su teléfono de sobremesa. Marcó el número de Luther y esperó.

—Gallagher al habla —contestó una ruda voz.

—Luther, soy Marcus, Marcus Tate Mills...

—Sé quién coño eres, Marcus, la cuestión es por qué me llamas.

Luther era brusco y hosco, poco dado a andarse con rodeos. Lo mejor era ser directo con él. Marcus estaba acostumbrado a su mal talante. Odió tener que pedirle un favor. Era mala cosa deberle algo a Gallagher.

—Necesito hablarte de cierto asunto, es delicado.

Al otro lado Gallagher se revolvió en su asiento. No era buen momento para que Marcus Tate apareciera a tocarle los cojones. De hecho, lo que menos necesitaba era a Marcus Tate vertiendo en su oído una invitación a escarbar en el destino de algún pobre diablo. Sin embargo Marcus y él habían sido buenos aliados en el pasado, aún lo eran, muy buenos aliados. Era bueno que el gobernador de Maine estuviera en deuda con él. Recordó cuánto le faltaba para jubilarse y el amargo sabor de la frustración ascendió por su esófago hasta instalarse en su garganta reseca. De pronto le apeteció un trago de bourbon, así, a palo seco. Sacudió la cabeza para deshacerse de ese deseo infernal. Luego decidió apretar un poco a Tate. Buscó un hueco en su apretada agenda, y las páginas volaron hasta un año después. Sonrió para sí con perverso regocijo.

—Espero que no tengas prisa, no podré hacer nada por ti antes del primer jueves de julio del año que viene.

—Joder, Luther... No me jodas... Es urgente...

—bueeeehh... No, lo siento Marcus, no. Ni siquiera por el nuevo gobernador de Maine, supongo que debo felicitarte... —el detective Gallagher sonrió socarrón.

Marcus soltó un improperio para sí mismo.



—Luther, llevo casi un año siendo gobernador de Maine, ahórrame tus sarcasmos... Escúchame, necesito esto cuanto antes, no te lo pediría si no fuese importante. Por favor, revisa otra vez tu agenda.

—No es cosa de mi agenda.

—¿Entonces de qué?

—No tengo tiempo para tus chanchullos.

—No es por un chanchullo, es por un posible delito.

Gallagher se revolvió de nuevo en su silla, molesto por el cariz que estaba tomando la conversación. Supo en ese mismo instante que no quería hacerlo, fuera lo que fuera. Marcus jamás le había pedido que investigara un delito, siempre que le llamaba era para que husmeara el pasado de algún contrincante político y sacar sus trapos sucios. Casi hubiera preferido escuchar algo así.

—Tiene que ser ya, Luther.

El tono repentinamente serio de Marcus azuzó la animosidad de Gallagher con una punzada hiriente de adrenalina.

—¿Qué quieres?

—Bien, eso está mejor... Es sencillo. Quiero que investigues a una joven, Valentine Borderer, nacida en Lynnwood. Sus padres, son Samantha y Jake Borderer, muertos en un incendio. La chica ha estado en un psiquiátrico desde los ocho años, el New Hope Psychiatric Center, de Seattle.

Gallagher apuntó de mala gana lo que Marcus le decía, mientras su olfato despertaba y le decía que esta vez se iba a arrepentir de plegarse a las

necesidades de Marcus Tate Mills. Empezó a pensar qué podría pedirle a cambio...

—¿Lo has anotado?

—Te llamaré, Marcus, no me toques los cojones

—Muy bien. Pero no tardes, es urgente.

—Ve pensando qué vas a ofrecerme a cambio, gobernador.

Marcus colgó, y Gallagher suspiró exasperado.

Se recostó en el respaldo de su silla. Sabía que lo primero era recabar toda la información que pudiera sobre el New Hope Psychiatric Center y ver quién estaba al frente. Luther se frotó el grueso entrecejo con los dedos. Estaba agotado, no dormía bien, le dolía la cabeza, y sólo soñaba con adelantar su jubilación. Maldijo a Tate por pensar en él para hurgar en la vida de Valentine Borderer. Tratándose de Marcus no sería algo baladí.

—¡Gallagher! —Lyne Bokana asomó la cabeza por la puerta de su cubículo con una sonrisa arrebatadora en la cara. Era una joven atractiva, alta, esbelta, de larga melena castaña recogida en una coleta. Luther la miró con interés. Su expediente era impecable, y se la habían impuesto hablando maravillas de ella: competente, concienzuda, y sobre todo, lo más importante de todo, era extremadamente celosa de la cautela, sabía investigar sin levantar polvareda y sabía mantener la boca cerrada. Aún no había comprobado tantas virtudes—. Pareces agobiado, ¿cuánto hace que no te tomas un respiro?

—El mismo que tú, Bokana, trabajamos juntos...

Gallagher escudriñó su rostro mientras una perversa idea asomaba a su conciencia. No se molestó en desecharla, sino que la dejó medrar. La detective

entró en el despacho que compartían desde hacía dos años y se derrumbó sobre la silla que quedaba libre a su lado. Era muy joven, era guapa... no, más bien era un grano en el culo, pero trabajaba bien y no daba mucha guerra, por eso la toleraba a su lado. Sorprendentemente, llevaba más tiempo que nadie siendo su compañera. Jordan Down había sido la última agente que habían tratado de endilgarle y apenas se había mantenido en el puesto seis meses. ¿Por qué no le enviaban a un compañero para empezar?

—Oye, no puedo con mi vida —suspiró Lyne—, ¿qué tal si nos tomamos un café? Serán diez minutos, quince... Luego volvemos al tajo...

—¿Has sacado algo en claro sobre ese tal Pullman? —la atajó Gallagher sin piedad.

Lyne suspiró. Estaba claro que su compañero ni siquiera había oído su propuesta. Sacó una libreta gastada del bolsillo de su pantalón y la consultó, levantándose las gafas un poco sobre el puente de la nariz. Arqueó levemente las cejas de su rostro moreno al tiempo que empezaba a leer sus anotaciones.

—Pullman es un capullo integral... eeeh, estuvo un tiempo en prisión por trapicheo, pasó dos años en prisión por robo con intimidación y por falsificación. Además conoce a nuestra víctima —se rascó la sien, sin dar crédito a esto último—, la compañía de teléfonos nos ha pasado ya el listado de llamadas que pedimos y hay al menos dos recientes a su número, las dos del mismo día en que murió Jeremiah Ortega. Me gustaría hacerle una visita, trabaja en el Ross Dress for Less, en el 301 Pike St, aquí en Seattle. Si vamos ahora seguro que lo encontramos.

—¿Y por qué iba yo a acompañarte? Es tu caso, no el mío, yo no veo nada extraño en la muerte de Ortega.

—Joder Gallagher, qué te habrás tragado esta mañana... estás amargado. Y te recuerdo que es nuestro caso, trabajamos en equipo.

Gallagher se sonrió, cogió su chaqueta del perchero y salió de su despacho con su peculiar forma de andar, bamboleándose a izquierda y derecha como un navío descompensado a causa de una carga pesada que anda suelta. Lyne lo siguió sin prisa, rumiando su mala suerte. Había sido sincera cuando había dicho que necesitaba ayuda con Pullman.

—Date prisa, Bokana, o se te escapará tu presa.

Lyne se detuvo en seco.

—¿Vas a venir?

—Puede que cambie de idea...

—Joder, ¡espera! ¡Quiero pillar un café para el camino! —suplicó—. ¿O tampoco me vas a esperar esta vez?

—Haz lo que te parezca, Bokana, pero que sea antes de que llegue al coche.

Lyne salió disparada hacia la sala de descanso, donde estaba la máquina de café. Si no se daba prisa, Gallagher se iría sin ella... otra vez. Agradeció que su compañero fuera como una ballena, lento y parsimonioso. Le daba la impresión de que había sido atractivo alguna vez, pero eso había sido hacía mucho tiempo, porque ahora el detective Gallagher lucía un aspecto descuidado, le faltaba pelo desde la frente hasta la coronilla, y su cuerpo soportaba un exceso de más de veinte kilos. Sus ojos sin embargo eran de un bonito color azul. Lyne se preguntó cuánto le quedaba para jubilarse, ¿tres, cuatro años? Tal vez más, y tenía que tocarle a ella lidiar con su creciente mal humor, sus sarcasmos, su prepotencia y sus bromas pesadas. A veces no sabía si se oponía a secundarla en las investigaciones que sugería porque las proponía ella, o para azuzarla y ver qué hacía. Quería creer que era esto

último, pero con Gallagher era imposible saberlo.

Antes de que alcanzara su coche, Lyne llegó con el café en la mano. Incluso tuvo que esperar dos minutos antes de que el veterano detective llegara. Gallagher abrió la puerta del conductor sin decir nada. Disimulaba una sonrisa, porque de forma premeditada había aminorado el paso para que a Lyne le diera tiempo a alcanzarle. Le gustaba que ella creyera que había sido más rápida. Le gustaba porque la hacía sonreír, y tenía una sonrisa maravillosa. Nunca había sido capaz de resistirse a una bonita sonrisa.

—Bokana, tengo un trabajito para ti —le soltó a bocajarro.

Lyne se volvió hacia él con cara de pocos amigos.

—Paso de que me endilgues alguna tarea-basura, Gallagher, ya pasó el tiempo de las novatadas, ¿no te parece?

—No es una novatada, te gustará.

Gallagher clavó en ella una mirada penetrante y ejerció toda la presión que pudo sobre su compañera, hasta que logró que bajara la guardia.

—Joder... dime qué es...

Gallagher le trasladó entonces el encargo de Marcus Tate sin el menor remordimiento. Sabía que Bokana haría el trabajo sin rechistar, después de todo era cosa fácil, incluso para ella. Que se ocupara de los caprichos de Marcus Tate.

—¿Y por qué quieres saber quién es esa chica?

—Tú escarba a ver qué sale y luego, si es algo interesante, me lo cuentas. Y Bokana, es confidencial. No hagas un informe, esto es entre tú y yo.

—¿Un antiguo caso?

—Algo así.

—Joder, Gallagher, tú y tus misterios...

Pero iba a hacerlo. Gallagher arrancó el motor y salió haciendo chirriar las ruedas del aparcamiento.

Simon Pullman estaba trabajando efectivamente en Ross Dress for Less, uno de los almacenes de venta al por menor de ropa y calzado, juguetes, electrónica, artículos de viaje, decoración... Era una de las cadenas más importantes de Estados Unidos. El jefe de personal les indicó amablemente dónde encontrarle, en la sección de ropa deportiva. Lo reconocieron enseguida. Bokana por un lado, Gallagher por el otro, lo acorralaron en uno de los pasillos. Sólo entonces le mostraron sus placas. La cara de Pullman al escuchar de labios de Bokana que era sospechoso en el caso de asesinato de Jeremiah Ortega fue todo un poema. De pronto arrojó las cajas que había estado colocando en las estanterías sobre Gallagher, lo empujó y echó a correr como una liebre.

—¡Alto! ¡Policía!

Lyne soltó un exabrupto y corrió tras él, mientras a su espalda Gallagher vociferaba, rojo como la grana. Se quitó las cajas de encima y recuperó como pudo el equilibrio. Enseguida salió tras su compañera,

rabioso por haberse dejado sorprender así.

Pullman conocía aquellos almacenes, ellos no. Zigzagueó por los pasillos hacia la salida. Era rápido y ágil, y estaba en mejor forma que Gallagher, pero Lyne era joven y hacía deporte, y se estaba acercando peligrosamente. Empujó a algunos clientes en su frenética huida, mientras escuchaba los gritos de los agentes que lo perseguían. Vio por el rabillo del ojo que la joven ganaba terreno por su derecha. Corría en paralelo a él, con una expresión feroz en el rostro.

—¡Alto! ¡Pullman!

Pero él no estaba dispuesto a entregarse. Las puertas del almacén estaban ya muy cerca. Apretó el paso y de pronto sacó de la cintura de su pantalón una Glock 22.

—¡Arma! ¡Cuidado, Gallagher, tiene un arma! —aulló Bokana, para que su compañero y la gente que encontraba a su paso se agacharan—. ¡Gallagher, tiene un arma!

Pullman disparó al aire y se deslizó como una rata a través de las puertas del almacén.

—¡Fuera todo el mundo!

Bokana fue la primera en llegar. Se parapetó en la entrada del almacén. Los trabajadores empezaron a salir agachados, chillando algunos, muy asustados. Gallagher se reunió con su compañera, el rostro congestionado, jadeando por el esfuerzo. Hizo un gesto con la cabeza, y se dispusieron a entrar. Como siempre, él cubría a Bokana y ella se movía por delante hasta el siguiente punto de seguridad, controlando cada rincón donde Pullman pudiera esconderse. Le vieron al otro extremo, tratando de abrir el portón de salida. Al parecer alguien lo había cerrado. Estaba despotricando, sudoroso, lleno de

rabia e impotencia porque no lograba deslizarlo sobre el carril. Lyne se dirigió con sigilo hacia donde estaba. Cuando le tuvo a escasos tres metros, le apuntó directamente a la cabeza.

—¡Simon Pullman! ¡Levanta las manos!

El tipo se volvió y levantó su arma hacia ella. Su dedo apretó el gatillo. El disparo alcanzó a Lyne en el pecho y la detective sintió el impacto ardiendo a través de la carne. Salió despedida hacia atrás sin poder remediarlo. Antes de que Pullman volviera a disparar, una bala le alcanzó en el vientre y otra en el hombro. Se desplomó.

Lyne estaba en el suelo, sangrando profusamente. Por el rabillo del ojo vio que Gallagher se acercaba con su arma reglamentaria en la mano. Sería viejo, pesado y lento, pero su puntería seguía siendo buena. De no ser por él, tal vez Pullman la hubiera alcanzado la segunda vez en un punto vital. Lyne no pudo evitar sentir un estremecimiento. Se llevó la mano a la herida, justo por encima de su chaleco antibalas, y la apretó con un gemido.

—¿Está muerto? —preguntó a Gallagher en cuanto estuvo a su lado.

—No podría contestar nuestras preguntas si lo estuviera, ¿verdad?

—Cierto... Gracias Luther...

—Bokana, por poco no lo cuentas... —Gallagher cogió su radio y pidió refuerzos, y una ambulancia para su compañera.

—No eres tan duro como yo pensaba, Gallagher... Si al final vas a tener tu corazoncito y todo...



## Capítulo 11



El ruido del bastón de Valentine despertó a Pigeon. Había estado soñando con su madre, y aún conservaba su imagen en la mente. Quiso retenerla un poco más, y se aferró a las efímeras imágenes de ella abrazándola antes de que se perdieran en su subconsciente como la llama de una vela que se extingue en la oscuridad. Sus ojos azules, sombreados por unas largas pestañas rizadas, permanecieron fijos durante unos segundos en la nada, hasta que ese sueño hermoso que aún alentaba su corazón se evaporó. Entonces prestó atención a lo que hacía Valentine. La oyó andar arriba y abajo por toda la casa. ¿Qué estaba haciendo? Se enderezó un poco y miró alrededor. Vio las maletas de la joven en el suelo, sin deshacer o a medio hacer... No sabía decir qué significaba.

De pronto hubo algo más... indefinido. No supo distinguir si se había tratado de un gemido, o si más bien había escuchado un maullido. Tal vez Mr. Doggy aún anduviera por allí. Sin embargo a continuación escuchó un murmullo, una voz... masculina, y cierto revuelo, como un forcejeo. Eso la hizo incorporarse del todo y salir de la cama. Se deslizó de puntillas fuera del dormitorio y siguió el pasillo, atenta a cualquier otro sonido. De nuevo escuchó una voz. Provenía del salón. Pigeon era aún más sigilosa que Mr. Doggy, acostumbrada a eludir a su padre y su tía cuando se movía por su casa.

Pegó la espalda a la pared y se asomó un poco por el vano de la puerta.

Allí, en medio del salón, con el ventanal que daba a la escalera de incendios abierto de par en par, había un hombre grande y... Pigeon abrió los ojos de par en par. ¿Otro más? ¡Era igual que Valentine! Con ese aura alrededor, más brillante que ninguna otra cosa que hubiera visto antes. La sostenía entre sus brazos —más bien la tenía presa—, y susurraba algo en su oído mientras ella se revolvía, con la mirada perdida y asustada. Pigeon sintió miedo y curiosidad al mismo tiempo. El desconocido era hermoso, vestía una chaqueta negra y tenía una forma de apretar a Valentine contra su pecho casi trágica, como si la necesitara. Sus ojos eran azules y despedían un fulgor radiante, como todo su ser, el pelo negro le caía sobre la frente, su piel blanca perfecta, el rostro fuerte y lleno de carácter... con una nariz recta y una expresión desesperada en su gesto. Parecía ejercer una profunda influencia sobre Valentine, que casi no se sostenía en pie y ladeaba la cabeza hasta apoyarla contra la mejilla de él. Sus ojos castaños refulgían como los de él, velados por un resplandor deslumbrante que Pigeon no podía contemplar sin quedarse ciega.

El corazón comenzó a latir deprisa en su pecho infantil. Quería ayudar a Valentine, y al mismo tiempo ansiaba saber quién era el desconocido y qué pensaba hacer con ella. Estaba decidiendo qué opción escoger cuando escuchó un tumulto en las escaleras. El desconocido murmuró algo con rabia y le hizo algo a Valentine en la frente que la sumió en la inconsciencia. Luego la arrastró consigo fuera del salón, a través de la ventana. Pigeon se quedó indecisa. Al otro lado de la puerta de la casa se oía cada vez con más claridad ruido de voces y pasos. Enseguida alguien aporreó la puerta. Luego la puerta tembló cuando la golpearon. Trataban de echarla abajo. Pigeon no esperó más. Atravesó el salón y siguió a Mr. Doggy, el cual, como hacía siempre, apareció de la nada. El gato la ignoró y siguió al desconocido por la escalera de incendios. Pigeon fue tras él. Dejó la ventana entornada al pasar, para que nadie descubriera que habían salido por allí, y corrió tratando de seguir el ritmo de aquel hombre gigantesco que más parecía volar sobre las escaleras que subirlas, como si Valentine no pesara nada en sus poderosos brazos. Mr. Doggy iba tras él, no parecía asustado, así que Pigeon decidió que ella

tampoco tendría miedo. Empezó a llover y los peldaños metálicos se volvieron resbaladizos. Cuando la niña alcanzó la azotea del edificio, patinó y trastabilló, y eso le hizo desviar un instante la vista de su objetivo... Sólo fueron dos segundos, pero estuvo a punto de perder de vista su presa. Se movía con rapidez. Por suerte lo vio saltar a la siguiente azotea con gracia. El aura que le rodeaba brillaba hasta deslumbrarla, y se prolongaba desde su espalda como si tuviera unas alas de fuego azulado... Una visión fantástica. Pigeon se sintió mareada, como si al mirarlo demasiado tiempo se debilitara.

Tuvo que esforzarse al máximo para seguir los pasos del desconocido. Se alegró cuando lo vio descender bajo la lluvia por otra escalera de incendio hasta alcanzar un callejón, donde tenía una camioneta vieja y herrumbrosa. Lo vio colocar a Valentine en el asiento del copiloto —la trataba con sumo cuidado—, y encaramarse en el del conductor. Arrancó el motor y el vehículo, que a Pigeon se le antojó un montón de chatarra, dio un tirón. Mr. Doggy, que dudaba desde el borde de la escalera, saltó a la parte trasera, que estaba descubierta, y se metió debajo de unas cajas apiladas al fondo para guarecerse de la lluvia. A Pigeon no le pareció mala idea, y se descolgó también de la escalera, balanceándose para dejarse caer a su lado. Había una tela gruesa doblada que supuso servía para cubrir la carga cuando era necesario. Se la echó por encima y se tumbó en el mismo instante en que la camioneta arrancaba y abandonaba el callejón.

Sólo entonces se dio cuenta de lo temerario de su decisión. Estaba sola, y dudaba que Mr. Doggy pudiera protegerla si las cosas se complicaban... Pigeon se frotó los ojos. Estaba algo deslumbrada y empezaba a dolerle la cabeza. Pensó en Gerome, y deseó tenerle a su lado. Seguro que él sabía qué hacer. Siempre había creído que él era único, diferente a todos, especial... Y ahora, en un mismo día, encontraba a dos personas que rompían el molde; no encajaban en la lógica del universo que ella conocía... ¿Qué eran? El ronroneo del motor ejerció un poderoso efecto sobre ella. No pudo evitarlo, por más que lo intentó. Se sentía extrañamente adormilada, debilitada... Cuando el gato se coló bajo la tela y buscó su calor, apenas lo sintió. La lluvia repiqueteaba contra la lona, pero estaban a salvo. Se durmió

sin pretenderlo, aunque sabía que debía permanecer despierta.

Para cuando Pigeon recobró el sentido había dejado de llover. O tal vez fuera que ya no estaba en el exterior. La camioneta se había detenido y todo estaba tranquilo. De fondo se escuchaba ruido de máquinas. Estaban en algún lugar industrial, o sonaba como si así fuera. Apartó la lona con cuidado y se asomó. Mr. Doggy salió y arqueó el lomo, como si acabara de levantarse de la siesta en el apartamento de Gerome. Luego miró alrededor y saltó de la camioneta al suelo. Echó a correr y se perdió por la puerta de un viejo almacén abandonado. Pigeon apenas tuvo tiempo de reaccionar. Su mejor opción era seguir al gato. Bajó de la parte trasera de la camioneta y fue tras él. Estaban dentro de un pabellón arruinado, pero el tejado estaba intacto, por eso la lluvia quedaba fuera. Tras el portón del almacén, las máquinas se amontonaban; eran como viejos dinosaurios dormidos, llenas de óxido, algunas desmanteladas. Olía a aceite de engrasar y a hierro, y el suelo era de cemento, aunque lo cubría una capa de polvo y tierra gris. Pigeon vio que Mr. Doggy se encaramaba a un tramo de escaleras que subían a lo que parecían oficinas. Una tenue luz penetraba por los altos tragaluces del pabellón, haces fantasmales en los que flotaban miríadas de polvo muerto.

Ahora debía ir con cuidado.

Pigeon alcanzó las escaleras y subió por ellas sin tocar nada. Le daba asco la barandilla de metal. La pintura había desaparecido del pasamanos, como si lo hubieran pelado, y la humedad lo impregnaba todo dejando una pátina gomosa y fría sobre las cosas. Hacía mucho frío allí dentro, y el aliento de Pigeon se hacía visible en forma de vaporosas volutas de humo. La niña vio que Mr. Doggy atravesaba una ventana a través del hueco abierto en una esquina, donde el cristal estaba roto. Ella no pretendía ir tan lejos. Intuía que al otro lado encontraría al desconocido, y no quería que descubriera que lo

había seguido hasta su guarida. Subió los últimos peldaños y se asomó. Tras los cristales sucios vio una persiana de láminas desvencijada, y una especie de despacho, o lo que había sido oficina, más o menos adecuada. Valentine descansaba sobre una cama instalada en un rincón, y el desconocido se limitaba a vigilar su sueño a su lado. Lo vio acariciar su mejilla y lo escuchó murmurar su nombre. Mr. Doggy se había escondido bajo un escritorio que alguien, tal vez el desconocido, había arrinconado contra la pared. Sobre él se acumulaban muchas cajas de cartón. Pigeon no se sentía a salvo donde estaba, sin duda se encontraba demasiado expuesta si al desconocido le daba por salir. Miró a ambos lados y vio que podía caminar bordeando el perímetro de la oficina por fuera, ya que había sido diseñada como un punto elevado sobre el pabellón para poder observar lo que ocurría abajo desde todos los ángulos. Se dio cuenta de que podría espiar lo que hacía ese hombre con mayor seguridad si se dirigía hacia el otro ventanal, el que estaba en el extremo opuesto. Se agachó y fue avanzando en silencio hacia allí. Una vez en su nuevo emplazamiento, se asomó y miró a través del cristal.

El desconocido no se había movido, continuaba en la misma posición, concentrado en Valentine. Parecía angustiado. De pronto se oyó algún móvil y la niña dio un respingo. Luego comprendió que debía de tratarse del teléfono de Valentine, porque vio que el desconocido apartaba la manta con que había cubierto a Valentine y rebuscaba en los bolsillos de su ropa. Al fin lo sacó de sus pantalones, lo apagó y lo dejó en el suelo. Luego se sentó en una vieja silla. Parecía estar decidiendo algo. Ahora que su contacto con Valentine se había roto, el brillo de su aura había menguado y Pigeon podía mirarle sin sentirse mareada.

En un momento dado, el desconocido se levantó, muy agitado. Parecía desesperado por librarse de algo que lo estaba consumiendo. Cuando se detuvo de cara a la única pared que no tenía ventana y descargó su puño contra ella, Pigeon se estremeció. Entonces observó asombrada que había abierto un boquete en el tabique de ladrillo, y que su mano salía indemne, sin un solo rasguño. Dejó caer los brazos y estuvo un momento así, sin hacer nada, el hermoso rostro aliviado. Entonces se acercó a la cama y se sentó al borde. Valentine dormía profundamente. Escudriñó sus facciones con ansiedad. Se

atrevió a acariciar la piel de su rostro. Cogió un mechón de su largo pelo rubio y lo acarició con aire pensativo. Luego tomó su muñeca y la volvió para ver la larga cicatriz que marcaba su piel blanca. Se inclinó, la cogió en brazos, el cuerpo laxo, la piel cálida, la respiración pausada, tan frágil... y la abrazó contra su pecho, mientras aquel aura maravillosa que le rodeaba crecía, extendiéndose por toda la habitación y vertiéndose fuera de ella como un alud resplandeciente y mágico...

Pigeon, que contemplaba la escena embelesada, tuvo que apartarse y esconder la cara entre los brazos para no desmayarse. Demasiado tarde. En su interior una fuerza magnética vibraba poderosa y un zumbido sacudía sus oídos, aturdía su mente y debilitaba sus músculos... Al poco no pudo soportar más el empuje de aquella fuerza y perdió el conocimiento.

## Capítulo 12



Había pocas cosas que Gerome odiara más al llegar a casa después de un duro día de trabajo que encontrarla vacía. Estaba acostumbrado a la presencia invariable de Mr. Doggy, o de Pigeon, y hacía dos días que ni el uno ni la otra daban señales de vida. Respecto al gato, era un animal libre acostumbrado a deambular por el barrio a su antojo, y entraba dentro de lo probable que hubiera encontrado algún entretenimiento más atractivo que ir a visitarle a él, pero Pigeon... La niña era otra cuestión. Día sí, día también, aparecía en su casa, por la puerta o por la ventana. Para ella pasar más de veinticuatro horas en su propia casa era una tortura e incluso resultaba peligroso.

Por eso, cuando al segundo día Gerome regresó a su apartamento, hacia las ocho de la tarde, y comprobó que estaba vacío, la alarma se disparó en su corazón. Cerró la puerta y saludó, esperando recibir el «¡hola!» acostumbrado de su amiga. La casa estaba silenciosa y oscura. Una sensación desoladora se adueñó de Gerome. Soltó su bolsa y dio unos pasos mirando alrededor. Visitó la cocina, la sala —la pantalla negra de su televisor de plasma era una superficie negra y muda—, e incluso se asomó al cuarto de baño y miró en su dormitorio, por descabellado que fuera que Pigeon hubiera decidido echarse una cabezada en su cama.

La niña no estaba.

Gerome se quedó en medio de la sala sin saber qué hacer. Sólo se le ocurrían dos posibilidades, ambas malas, muy malas: que Oliver Murphy hubiera descubierto que solía refugiarse allí y que la tuviera retenida, abusando de ella y castigándola... o que los servicios sociales hubieran decidido al fin intervenir. No sabía decir cuál era peor. En cualquiera caso, sólo había un modo de averiguarlo. Echó mano de su móvil y llamó a la agente de los servicios sociales, Stacy Codenpage. La última vez que habló con ella se había mostrado preocupada e inflexible, más que dispuesta a iniciar el proceso para poner a Pigeon en manos del estado.

—Gerome, qué sorpresa, ¿ha pasado algo?

Así era Stacy, directa. Su pregunta hizo que Gerome se relajara un tanto, significaba que no había hecho nada, al menos de momento. Gerome dudó. Si le contaba a la señorita Codenpage que no sabía nada de Pigeon y que había desaparecido desde hacía dos días, sería como darle el empujón que necesitaba para poner en marcha el proceso.

—Ah, Stacy, eres tú, perdona, he debido marcar tu número por error — se excusó.

—Bueno, siempre es un placer escucharte, Gerome... ¡Ah! Mira, ya que estás... Iba a llamarte yo en unos días... Verás, el caso de Pigeon está a punto de ser resuelto, ya imaginas lo que eso significa.

—Stacy, no...

—Espera, Gerome... Oye, sé que la quieres, y que no te gusta la idea de que su custodia pase a manos del estado de Nueva York, pero estará bien, te lo prometo. Desde luego mucho mejor que con el animal de su padre y su



tía. No te preocupes, te avisaré con tiempo.

—Gracias. —Gerome no pudo evitar la sequedad de su tono—. Gracias Stacy, te lo agradezco.

—De nada Gerome, gracias a ti por cuidar de ella.

Nada iba bien. Gerome colgó soportando a duras penas la enorme piedra de hielo que tiraba de sus tripas hacia el suelo. Se guardó el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón y se volvió hacia la puerta. ¿Qué hacer? ¿Ir a preguntar directamente a Oliver Murphy si tenía a su hija retenida? Mala idea.

Se fue al salón y abrió la ventana para acceder a la escalera de incendios. Desde allí podía subir directamente a la habitación de Pigeon. Si la niña tenía la ventana abierta, podría comprobar si estaba en casa y en qué condiciones. Estaba dispuesto a enfrentarse a Oliver de una vez por todas. Saltó a la escalera con agilidad y subió los peldaños velozmente, mientras la angustia trepaba por su garganta. Su potente corazón latía con fuerza, descargando adrenalina por todo su cuerpo.

La ventana de Pigeon estaba entreabierta. Era una buena señal. Tal vez la niña sólo estuviera enferma... Gerome asomó la cabeza al interior de la habitación. La cama estaba revuelta y la habitación a oscuras. Vio la caja de sus secretos tirada en el suelo, y un montón de fotos desperdigadas alrededor. Las fotos de su madre. Gerome saltó con sigilo dentro del cuarto. Se quedó escuchando. El sonido de un televisor a todo volumen llegaba hasta allí. No podía saber si Oliver había vuelto a casa, pero sí que Dirdre estaba sin duda tirada en el sofá, atiborrándose de comida basura y viendo sus realities favoritos.

Se agachó y recogió las fotos una por una con cariñosa delicadeza — conocía el amor que Pigeon sentía por aquellos recuerdos de su madre, lo único que conservaba de ella—, y las fue devolviendo a su lugar en la caja de metal. La última le llamó la atención. En ella aparecía un primer plano de

Maddy antes de que cayera enferma. Había sido una mujer hermosa y sonriente, se parecía muchísimo a su hija; los mismos ojos azules, el pelo encrespado y rebelde, el rostro alargado y delicado... Esa sonrisa... una versión de la Pigeon del futuro. Gerome se dio cuenta de que pocas veces veía en su pequeña amiga una sonrisa así. La guardó con las demás, cerró la caja y se la puso debajo del brazo para devolvérsela más tarde, cuando diera con ella.

Cruzó la habitación y escudriñó el pasillo a través de la puerta, que estaba abierta de par en par. Nadie. Se atrevió a salir, lo recorrió y llegó a la cocina —vacía—, y luego a la sala. Dirdre, como era de prever, estaba despanzurrada en el sofá, con un cojín sobre sus gruesas piernas, un bol de palomitas con mantequilla entre las manos y una mirada obtusa en su grueso rostro. Unas bailarinas ridículas estaban haciendo sus piruetas en algún concurso, y ella de vez en cuando soltaba una risotada que más parecía un ronquido. Más allá estaba Oliver, repantingado en su butaca con una botella de cerveza en la mano, la cabeza inclinada hacia atrás, la boca abierta y los ojos entornados: borracho. Pigeon no estaba. Ninguno de los dos se preocupaba por la niña.

Gerome maldijo por lo bajo. ¿Dónde se había metido? Retrocedió, pasó por el aseo, pequeño y mugriento, empujó un poco la puerta, y comprobó que su amiga tampoco estaba allí. También miró en el dormitorio de Dirdre, desordenado y sucio, y en el de Oliver, aún peor...

Nada. Pigeon no estaba.

Gerome regresó a su apartamento preocupado. Guardó la caja con los recuerdos de la niña en su dormitorio y se sentó a meditar. ¿A dónde podía haber ido? Pigeon no solía variar sus costumbres, siempre iba a buscar compañía a su casa, nada más... Tenía que haber ocurrido algo inesperado para sacarla de su rutina. Gerome se estrujó la cabeza tratando de averiguar qué podía haber sido. Además, empezaba a sospechar que el hecho de que Mr. Doggy tampoco apareciera estaba relacionado con su ausencia.

Entonces pensó en Valentine. No la había vuelto a llamar. Pigeon se sentía atraída por ella y conocía su dirección. Recordaba que había declarado su intención de ir a verla. ¿Y si estaba en su casa? Un suspiro se escapó de sus labios. Le preocupaba que Pigeon se encariñara demasiado con alguien que podía desaparecer en cualquier momento de su vida. Sin duda se había dado cuenta de que Valentine era distinta, él también lo notaba, y Pigeon era una chiquilla muy perceptiva... Demasiado. Pigeon se creía fuerte y audaz, pero sólo era una niña de doce años, especialmente vulnerable. Tenía que ir a buscarla.

Ya había anochecido y hacía frío. Aun así, la calle estaba muy animada, muchas tiendas aún estaban abiertas —algunas nunca cerraban—, y la gente deambulaba en medio de un agradable ajeteo. En otro momento a Gerome le hubiera gustado perderse en medio de aquella multitud variopinta y anónima. Ahora no.

Cuando el ascensor le dejó en la última planta del edificio de apartamentos donde vivía Valentine, encontró el rellano de la escalera a oscuras. El joven salió del ascensor con precaución, cerró las puertas de la vieja cabina y deslizó la reja exterior hasta encajarla en su lugar. Todo estaba tranquilo. Avanzó hasta la puerta del piso de Valentine y esperó, aguzando el oído. Nada. No se oían voces, ni había movimiento. Eso le escamó. Alzó la mano y tocó el timbre. Luego pulsó el interruptor de la escalera y encendió la luz... La puerta del apartamento no estaba cerrada, sino entornada.

Frunció el entrecejo y sus ojos oscuros se llenaron de aprensión. Empujó la puerta y entró en el piso. Encendió la luz... Su sorpresa fue mayúscula. Estaba todo revuelto. Era evidente que alguien había entrado a robar.

—¿Valentine? ¡Pigeon!

Silencio absoluto. Gerome se apresuró. Recorrió la casa de una punta a

la otra, y de un rápido vistazo comprobó que allí no había nadie. El equipaje de Valentine permanecía en su dormitorio, todas sus cosas estaban desparramadas alrededor. La cama estaba también deshecha.

Gerome intentó de nuevo llamarla al móvil, pero como en las ocasiones anteriores, saltaba el buzón de voz. Ahora no sólo había desaparecido Pigeon. Aquello ya era demasiado, y a Gerome no se le escapaba que era demasiada coincidencia. Algo había pasado. Algo grave, a tenor de cómo había encontrado el piso.

—Valentine... qué está pasando...

Gerome elevó el rostro y cerró los ojos, más angustiado por la impotencia de lo que se había sentido jamás. Se concentró en lo que estaba en su mano hacer o no.

## Capítulo 13



Eran pasadas las dos de la madrugada cuando la detective Bokana acabó por levantarse de la cama, completamente desvelada. Su novio dormía a pierna suelta, no como ella. Mark era así, por eso funcionaba su relación, no le molestaban sus continuos desvelos, ni sus horarios intempestivos, ni sus eternas jornadas fuera de casa. Era un tipo tranquilo que aprovechaba al máximo los momentos que tenía para estar con ella. Eso sí, cuando surgía una oportunidad, no perdonaba, exigía el máximo de lo que ella podía dar. Lyne se lo daba encantada. Sonrió viéndole dormir boca abajo, despatarrado, con un brazo colgando por el borde de la cama y su rubia cabellera destacando sobre la almohada. Antes de salir de la habitación le lanzó un beso silencioso.

Se dirigió a la cocina y se sirvió un vaso de leche, la leche calmaba sus nervios y quería, «necesitaba» dormir. Miró su reloj y se desesperó. Tal vez fuese la medicación, pero si no la tomaba el dolor en el pecho se hacía insoportable. Por suerte la bala de Pullman no había tocado ningún órgano vital y había tardado poco en salir del hospital. Lo malo era que ahora estaba de baja y no podía continuar trabajando en el caso de Jeremiah Ortega.

—No hay justicia para los polis... —se quejó.

Se fue con su vaso de leche al salón y se sentó con un gemido en el sofá, delante de su ordenador portátil. Le tiraba la herida. Dejó el vaso sobre la mesa y apoyó con cuidado los codos sobre las rodillas. Pensó en navegar por la red e investigar un poco más a Simon Pullman... Estaba de baja, pero aún podía husmear un poco. Desechó la idea en cuanto se le ocurrió. Luego recordó el encargo de Gallagher. Valentine Borderer y el New Hope Psychiatric Center. Estaba intrigada. ¿Para qué quería el viejo gruñón información sobre un psiquiátrico? Lo cierto era que no había movido un dedo todavía para investigar ese asunto, pero ahora no tenía nada mejor que hacer... Alargó la mano con una sonrisa y encendió el portátil, la curiosidad hormigueando en el fondo de su cerebro.

Mientras se iniciaba el sistema operativo bebió un poco de leche, la dejó en la boca para saborearla y se relajó.

—Mierda, estoy más despierta que nunca.

Eso significaba otra noche en vela. Lyne se soltó la coleta que sujetaba su larga melena castaña y dejó que cayera sobre sus hombros. Se ahuecó el pelo y suspiró.

—Mejor.

Mucho mejor. Siempre se hacía una coleta para acostarse y aún no entendía por qué si le molestaba tanto. El ordenador emitió su sonido característico y ante ella apareció el buscador de google. Aquel era su equipo personal...

«Mierda...»

Si quería indagar sin dejar rastro, como le había pedido Gallagher, tendría que irse a su estudio, y no le apetecía, estaba a gusto allí. Pero debía

ser discreta.

—Joder, Gallagher, qué «tocacojones» eres...

Cerró la tapa del portátil, cogió su vaso de leche y se levantó pesadamente del sofá. Su estudio estaba al final del pasillo, un reducto diminuto en el que apenas cabía una mesa de trabajo y una estantería de tres huecos. «La leonera», según Mark, su guarida, donde se fraguaban oscuros secretos que podían destruir el país. Él jamás entraba allí. No lo hacía por respeto, no porque ella se lo hubiera prohibido, y eso estaba bien.

Lyne ocupó su silla de ruedas frente al escritorio y encendió su CPU, una unidad de trabajo protegida por un fuerte sistema de seguridad. Allí podría husmear sin dejar rastro ni ser visible ante ojos indiscretos, y había muchos en la red, inteligencias invisibles, espías, algunos pasivos, otros malintencionados, todos muy reales.

En cuanto el sistema arrancó, empezó a buscar información sobre el centro. En primer lugar encontró la web oficial. Entró y se fue directa al apartado donde aparecían sus fundadores, los miembros del consejo, benefactores y su plantilla de profesionales, así como un poco de historia. Había sido fundado en 1947 como orfanato, y hasta el cincuenta y cuatro no había pasado a ser un psiquiátrico. Lyne estuvo leyendo por encima el texto. Lo primero que llamó su atención fue que era un centro auspiciado por la iglesia, de hecho sus fundadores eran destacados miembros eclesiásticos, entre ellos el arzobispo Felps de Nueva York, un hombre notorio muy influyente.

—Con la iglesia hemos topado... ¿Qué pasa con los curas últimamente? Ya tengo un caso de un cura muerto...

Aunque nadie más que ella creía que Jeremiah Ortega no había sido víctima de un suicidio, sino que había sido asesinado... Estuvo trasteando un poco más, pero aquello era un sitio oficial, no iba a encontrar lo que buscaba

en una página pública. Bufó. Abandonó la web y empezó a buscar noticias relacionadas, algo que le resultara llamativo o curioso. Al cabo de dos horas no había dado con nada relevante, y en cambio había empezado a entrarle sueño. Bostezó. Si se acostaba, dormiría unas horas antes de que Mark se levantara. Pero lo cierto era que ahora quería seguir trabajando un poco más... Sentía curiosidad. Lyne se desesperó. Se levantó e hizo otra incursión a la cocina. Se sirvió un café bien cargado, iba a necesitarlo. Ya dormiría... ¿en otra ocasión?

Volvió al estudio y decidió buscar por el nombre de Valentine Borderer. Enseguida encontró una noticia acerca de ella. Así se enteró de que hubo un grave incendio que arrasó su casa familiar en Lynnwood cuando tenía ocho años de edad. Al parecer sus padres, Samantha y Jake Borderer, habían muerto asfixiados. No se mencionaba nada más. Espoleada por este descubrimiento, siguió buscando, y encontró otros ecos de esa noticia, pero ninguno aportaba más datos. Estuvo insistiendo, pinchando un enlace tras otro, hasta que apareció un vínculo de una noticia de un pequeño periódico local en el que se mencionaba que Valentine Borderer había sido ingresada con la rodilla rota y la vista gravemente afectada a causa del incendio que había quemado su casa. Lyne siguió leyendo y arqueó las cejas. Allí se decía que la niña había sido tratada por un psicólogo, porque al parecer presentaba profundos cortes en ambas muñecas, signo de que había pretendido quitarse la vida. Aparecía una breve referencia al cura que estaba asistiéndola y se había hecho cargo de ella, un tal Paolo Santorini... ¿Dónde había leído algo sobre él? Volvió a la web del Centro psiquiátrico y descubrió que formaba parte del equipo de fundadores. Y no sólo eso. Había dirigido otro orfanato en Lynnwood, donde había vivido Valentine, St. Joseph. Aquello sí le llamó la atención. Utilizó aquella nueva información para ver si aparecía algo más, pero fue inútil.

—Tiene que haber algo...

Probó a ver si se había investigado el caso del incendio y para ello entró con su código secreto en el sistema del Departamento de Policía. Probó con el nombre de Valentine. Al no aparecer nada, lo intentó con Los nombres



de sus padres, Samantha y Jake. Entonces dio con un informe policial, en el que constaba lo ocurrido aquella fatídica noche de catorce años atrás. James-Newton Ackerman, el agente que había llevado el caso, constataba que efectivamente se había producido un incendio en la casa, durante el cual habían fallecido tanto Samantha como Jake, asfixiados por el humo —así constaba en el informe forense—. Mencionaba así mismo en su informe que la hija de ambos, menor de edad, había sido hallada en la puerta de urgencias del Northwest Hospital & Medical Center, con profundos cortes en las muñecas que evidenciaban que había tratado de suicidarse. No se sabía quién la había llevado hasta allí, pero el agente indicaba que según el informe pericial el incendio había sido provocado. La pequeña, gravemente afectada al haber caído por las escaleras, se había destrozado la rodilla y había perdido un alto porcentaje de capacidad visual. Había dudas acerca de la autoría del incendio, ya que había implicado otra persona en los hechos, la que llevó a la niña a urgencias, cuyo papel en el caso había sido imposible esclarecer. No decía qué había sido de la chiquilla.

Lyne apuntó la dirección de la casa de los Borderer en Lynnwood, aunque estuvieran muertos, y la del centro psiquiátrico. ¿Por qué le interesaba a Gallagher desempolvar esa vieja historia? Eran las cinco y media, hora de darse una ducha. Mientras entraba en el cuarto de baño y se quitaba con cuidado el pijama, la idea de ir a visitar Lynnwood se iba asentando en su espíritu. Estaba de baja, podía aprovechar esa circunstancia para hacer algunas averiguaciones. De pronto se sintió mejor. Odiaba estar de brazos cruzados. La verdad era que sentía curiosidad, y cuando Lyne Bokana sentía curiosidad no había nada más que hacer, salvo satisfacerla.

Simon Pullman había sido ingresado para ser atendido de sus heridas en el Northwest Hospital & Medical Center, al igual que Lyne Bokana, pero ella había sido dada de alta antes, mientras que él, estrechamente vigilado por la

policía, permanecía aún en cuidados intensivos. Una de las dos heridas de bala que Gallagher le había ocasionado le había afectado el bazo, y habían tenido que practicarle una esplenectomía para extirpárselo.

Yacía boca arriba en su cama, con los ojos cerrados, conectado a las máquinas que controlaban su estado. Pasaba mucho tiempo adormilado a causa de la medicación. En el pasillo un agente de policía montaba guardia, aunque su presencia era meramente testimonial, ya que nadie creía que el paciente estuviera en condiciones de fugarse. De hecho, cuando un médico del hospital entró en la habitación para comprobar su evolución, el policía se había ausentado para tomarse un café.

El doctor se acercó a Pullman, embutido en una bata azul. Llevaba un gorro del mismo color que cubría su cabeza y una mascarilla que protegía su nariz y su boca. Cogió la placa donde aparecía su ficha con todas las anotaciones de los médicos que le atendían y de las enfermeras que pasaban a atenderle diariamente, y la estuvo revisando un momento. Luego la dejó donde estaba, colgada a los pies de la cama, y se aproximó un poco más a él. Sus ojos azules se desviaron para vigilar el regreso del agente de policía. Aún no estaba en su puesto. Entonces sacó del bolsillo de su bata una jeringuilla con un líquido transparente y lo inyectó en la bolsa que suministraba la medicación por goteo al paciente. Abrió el flujo del goteo.

Cuando acabó desconectó la alarma que avisaba a las enfermeras en caso de que el paciente sufriera cualquier alteración. Pullman tardó apenas unos segundos en ponerse rígido. Abrió los ojos, sin color en el rostro, mientras la saliva salía de su boca y corría por su barbilla. Cuando expiró, el doctor ya se había marchado. Al poco el agente de policía regresó y se sentó delante de la habitación con un café en la mano.

## Capítulo 14



El Wolker Hotel, en pleno centro de Manhattan, era uno de los favoritos de Amanda cuando visitaba Nueva York. Su estilo «Art Decó» siempre le había fascinado, pero lo importante era que estaba en Greenwich Village. Envuelta en una gran toalla blanca, acababa de salir de la ducha y se estaba desenredando el cabello frente al tocador de su maravillosa habitación «Hudson Queen». Mientras manejaba el peine con energía, mantenía el ceño fruncido, concentrada en una sola cosa: Valentine no había llamado. No sabía nada de ella y no se atrevía a visitar el apartamento donde la había alojado.

Había llamado a Jiggs, pero éste aún no había llegado a Seattle y tardaría en tener alguna información sobre el internamiento de Valentine en caso de que se hubiese producido.

Frustrada, soltó el peine sobre el lustroso tocador con un golpe seco y cerró los ojos. Trataba de contener la impotencia y la rabia que amenazaban con crecer en su interior. Inspiró y expiró profundamente varias veces mientras se repetía que no adelantaba nada dejándose llevar por los nervios. Luego clavó aquella característica mirada suya sobre la que le devolvía la mujer del espejo —en aquellos momentos una extraña—, una mirada azul por primera

vez en toda una vida triste y vulnerable. No le gustó lo que veía, y se esforzó por cambiar de expresión. No se levantó de la silla hasta que recuperó la compostura y hubo borrado aquel velo de inseguridad que despedían sus ojos.

Aún tenía la piel húmeda. Era agradable sentir la cálida toalla, grande y esponjosa, envolviendo su cuerpo. Se sentó ante el escritorio que había en el hueco junto a la ventana, desde el que se veían los edificios más emblemáticos de Manhattan, y llamó a Marcus. No quería presionarle, pero necesitaba saber si había decidido ayudarla o no.

—Amanda, es tarde...

—Hola Marcus, perdona, sé que es tarde, pero necesito saber qué vas a hacer.

—¿Hacer? ¿Respecto a qué?

—¿Vas a ayudarme?

—Directa como siempre, ¿eh? No te andas con rodeos. Al menos podías fingir un poco de cortesía.

—Entonces no sería yo, Marcus.

—Lo sé... —Marcus había pensado mucho en Amanda en los últimos dos días. Se alegraba de oírla—. Oye Amanda, ¿dónde estás?

—En Nueva York —reconoció ella.

—¿Nueva York? Vaya... Yo también, mañana tengo una convención... Amanda, sé que hace años que no nos vemos, pero ya que me estás pidiendo favores después de... ¿Qué tal si cenamos juntos? Me gustaría verte.

Amanda guardó silencio, la mirada perdida en los rascacielos que llenaban aquel inmenso fondo nocturno, cuyas luces destacaban en la noche como estrellas fantásticas. Al oír la propuesta de Marcus, por un breve instante, se le había acelerado el corazón. Reprimió esa reacción.

—Amanda, me lo debes.

—Si digo que no tu interés por ayudarme se esfumará, ¿no es cierto?

—Nunca haría eso.

—Bien, porque la respuesta es no.

Estaba siendo dura. Creía necesario cortarle las alas a Marcus Tate Mills, o irrumpiría en su vida como un toro en celo. Amanda sabía que no debía darle la más mínima esperanza.

Alzó la cabeza al oír un suave chasquido en alguna parte del dormitorio.

—Por favor, Valentine ha desaparecido, si de verdad me aprecias, ayúdame. Ahora tengo que dejarte Marcus.

—Amanda, esp...

Amanda colgó. Se quedó muy quieta, escuchando. Ahora todo parecía estar en calma, pero algo le decía que no estaba sola. Abandonó el escritorio y dio unos pasos sobre la mullida moqueta de la elegante habitación. Era una estancia grande, con una gran cama cuadrada. Sobre ella estaba su bolso, grande y funcional, en el que guardaba la documentación que había fotocopiado antes de dejar para siempre el New Hope. En el suelo descansaba su maleta, aún sin abrir. Junto a la cama estaba la entrada al cuarto de baño —

cuya puerta había dejado abierta al salir de la ducha—, y de frente había un acceso a una especie de recibidor decorado con lujo y gusto exquisito.

—¿Hola?

Nadie contestó. Amanda se sujetó la toalla para impedir que resbalara hasta caer al suelo, y avanzó un poco más. Su pelo mojado aún goteaba agua, la sentía correr sobre sus hombros y entre los omoplatos. Sus pies se hundían en la moqueta, y ésta le transmitía un agradable cosquilleo que subía por sus delgadas piernas hasta las rodillas.

Se asomó al cuarto de baño, nada... Una densa nube de vapor lo inundaba todavía y el cristal estaba empañado. Amanda soltó el aire que había estado conteniendo. Tal vez estaba nerviosa, más de lo que quería admitir. Desde que bajara del avión había tenido la sensación de estar siendo observada, y durante el trayecto en taxi hasta el hotel... Bueno, quizás había imaginado que un todoterreno negro se pegaba demasiado al coche del taxista...

Regresó a la habitación, decidida a poner fin a su desquiciado estado de ánimo bajando al bar a tomar una copa, o dos... Miró su reloj, las once y media... Sí, dos le sentarían mejor.

Se giró para volver a la habitación, cuando un hombre enorme vestido de negro apareció en medio de la estancia, como si siempre hubiera estado ahí. Amanda gritó asustada. Empuñaba un arma, y su negra boca la apuntaba a ella. Perdió el aire y boqueó. Fue a decir algo, pero no pudo. Levantó las manos y retrocedió un paso. La toalla resbaló traicionera y cayó al suelo, dejándola desnuda y vulnerable ante el desconocido. Éste no se inmutó por verla así. Estiró el brazo con el arma hacia ella. Su rostro era una máscara inexpresiva.

—Por favor... —musitó Amanda al fin. Sentía que se le doblaban las piernas, porque en los azules ojos de aquel desconocido, no había nada, salvo

un profundo abismo vacío—. Por favor...

Entonces algo, una especie de transmisor, sonó en el cinto del intruso.

—Logan... Logan...

Logan sonrió, buscó con calma el transmisor y lo apagó. Luego volvió a centrarse en su objetivo, Amanda, Ésta permanecía en el mismo lugar, anclada al suelo como si se hubiese vuelto de piedra, las manos levantadas, el aún esbelto cuerpo tembloroso y frágil. Entonces Logan señaló la ventana.

—Ábrela —ordenó.

Amanda obedeció. Una corriente helada penetró en la habitación y la hizo estremecer.

—Por favor...

Pero Logan ignoró su súplica. Avanzó hacia ella, la mirada siniestra, la agarró, y la arrojó por la ventana. Amanda se precipitó al vacío en una caída mortal. Su cuerpo se estrelló quince pisos más abajo, dejando un charco de sangre alrededor. Quedó inerte y destrozada por el terrible impacto, los huesos de todo su cuerpo quebrados, la carne reventada... los ojos abiertos y las pupilas dilatadas. Su vejiga se relajó y la acera se mojó con su orina.

Logan observó satisfecho que había completado su trabajo con éxito. Aún le quedaba una cosa por hacer. Fue hasta la maleta de la doctora y rebuscó entre sus cosas. Tenía las manos enguantadas. No halló nada de importancia, allí sólo había ropa. Luego vio el gran bolso sobre la cama y fue a por él. Lo abrió, y dentro encontró lo que buscaba, un fajo de papeles guardados en una carpeta, con información confidencial del New Hope. Comprobó que allí estaba el expediente de Valentine; también el de Jonathan-Duncan Moors. Frunció el ceño. Aquello no le iba a gustar a Paolo. Retiró el

móvil del escritorio, lo puso todo en una bolsa y encendió el transmisor.

—Está hecho.

—Ya era hora... ¿Has encontrado los papeles?

—Sí.

—¿Está todo?

—Diría que sí.

—Márchate enseguida.

No había cámaras de seguridad en el pasillo, y Logan sabía bien cómo eludir las que había en el vestíbulo. Se marchó del Wolker Hotel como si jamás hubiera estado allí, seguro de que pronto encontrarían el cadáver de Amanda Flemming. Al pensar en ello calculó que pensarían en un suicidio. El despido de su trabajo justificaría esa teoría.



## Capítulo 15



El viejo almacén donde Konstantin se escondía del mundo se elevaba silencioso y oscuro junto al río Hudson; una mole de ladrillo y cemento cuadrangular de dos plantas, gris y agrietada, rodeada de construcciones ruinosas, la mayoría cerradas o en desuso. El discreto edificio, que al principio de su actividad destacaba señoreando el muelle —cuando los negocios en aquella zona estaban en su mayor auge, años atrás—, con el tiempo había ido pasando a un segundo plano, acorralado por la construcción de los enormes pabellones que lo rodeaban, de tal manera que ya no se distinguía, si no era desde el río. El almacén, pese a su poco ventajosa ubicación, seguía manteniendo su estructura intacta, y sobre todo servía a los intereses de Konstantin, procurándole un escondrijo perfecto. Nadie lo buscaría allí. Ni siquiera Paolo conocía su guarida. Se la había ocultado intencionadamente desde que la encontró y la adecentó para utilizarla algún día. Ese día había llegado.

Cuando aparcó su camioneta al amparo de uno de aquellos grandes pabellones, ya había hecho algunas compras, lo necesario para pasar unos días escondido, con Valentine. Ahora sólo era cuestión de esperar. Era consciente de que Paolo lo estaba buscando, furioso por su traición. A aquellas alturas el obispo ya debía de saber que no podía contar con él y que no lo ayudaría a

capturar a Valentine. Mejor así. Por primera vez en muchos años Konstantin se sentía libre... para hacer su voluntad, para ser lo que era, sin ocultar su naturaleza, sin renegar de sus orígenes, fueran cuales fueran, sin sentir decepción, sin vergüenza, sin castigo... Libre. No sería más un perro. Había renunciado a demasiadas cosas durante demasiados años, a Valentine para empezar. Eso se había terminado. Le había costado, pero ahora comprendía que siempre lo habían estado utilizando. No volverían a engañarle. Y desde luego no iba a permitir que manipularan a Valentine como lo habían hecho con él, no lo permitiría. O que la encerraran de por vida para enterrar su maravillosa esencia bajo el efecto de las pastillas. No, ella debía ser libre para poder escoger. La doctora Flemming también lo había entendido, por eso la había dejado marchar.

Y sin embargo esa libertad tenía un precio. Konstantin era muy consciente de eso. Hacía mucho que no sabía nada de su amigo, y temía que pagara por lo que él hiciera. Tal vez seguía vivo, en alguna parte... pero no podía llegar a él, no podía salvarlo. En cambio a Valentine sí. Él querría que lo hiciera, incluso a costa de su propia vida.

Miró a los lados de la calle, para asegurarse de que nadie lo estaba observando, aunque aquel rincón de Manhattan quedaba lo bastante fuera del alcance de la vista como para sentirse seguro, por eso lo había escogido. Ya nadie pasaba por allí, salvo tal vez algún mendigo, los gatos callejeros, algún perro abandonado, las ratas... Konstantin alzó la mirada. De pronto la ansiedad por comprobar si Valentine continuaba donde la había dejado consumió su corazón, sacó las bolsas con sus compras de la parte de atrás y se precipitó hacia el portón del almacén para abrirlo. Se fue directo hacia la escalera que llevaba a la segunda planta. Todo estaba en calma. No le costó subir con sus grandes zancadas los empinados peldaños de metal y alcanzar la vieja oficina. Abrió la puerta y echó un vistazo al interior. Valentine dormía profundamente en la cama del rincón, tal y como la había dejado.

Konstantin soltó un suspiro al verla. Aún estaba allí... Claro que hubiese sido imposible otra cosa, no mientras Valentine permaneciera bajo el poderoso efecto que su contacto provocaba en ella. «No deberías haberla

dejado sola...», se recriminó. Entró en la oficina, dejó las bolsas con lo que había comprado en el suelo y cerró la puerta con cuidado. Luego se sentó junto a la joven sin reprimir la necesidad que sentía de estar de nuevo a su lado. La estuvo observando, debatiéndose entre la curiosidad y el miedo. Aún dormía profundamente, con el rostro relajado gracias a que había inducido en ella un estado de inconsciencia muy fuerte.

Valentine debía rondar los veintitrés años. ¿Qué pensaría de él si despertara y lo viera allí, a su lado? ¿Cómo afrontar ese momento? Le debía una explicación, le debía muchas cosas, respuestas... Sopesó sus posibilidades.

«La verdad os hará libres», pensó.

Un fulgor llenó sus intensos ojos azules e iluminó su rostro. Era un ingenuo, la verdad no evitaría el desastre que se avecinaba. Ser libre no era algo fácil, ni gratuito, ni estaba convencido de que fuera a convertirse en una realidad a corto plazo.

Valentine se agitó, y entonces él colocó una mano sobre su frente. Al instante una corriente de fuego circuló desde sus dedos hacia ella, y la joven se relajó con un suspiro que conmovió su corazón. Tenerla allí había sido fruto de un milagro. No había contado con que Amanda Flemming fuera a dejarla marchar. Muchas veces durante sus años de encierro en aquel espantoso psiquiátrico, mientras aún estaba sometido a la férrea voluntad de Paolo, había querido acercarse a ella, sacarla de allí... Suplicó mil veces al sacerdote por su liberación, pero él jamás dio su brazo a torcer, y bajo sus amenazas, Konstantin había tardado en rebelarse. Un velo de rabia cruzó su hermoso rostro. Si la despertaba ya no habría marcha atrás, ninguno de los dos tendría elección. El vínculo que los unía crecería sin medida y Valentine ya no querría separarse de él, jamás. En cuanto a él... No sería capaz de ver más allá de la inmensa necesidad que tendría de ella. ¿Podría entonces hacer lo que quedaba por hacer?

Pasara lo que pasara... estaba haciendo lo correcto. Aunque... En cuanto pensó en el precio que pagaría, una ráfaga dolorosa le atravesó el pecho. Konstantin se apartó con un gemido. Merecería la pena... ¿Verdad?

Pigeon despertó, acurrucada bajo la ventana que daba a la oficina. Pestañeó antes de recordar dónde estaba y por qué se había desmayado.

«Valentine...»

Se levantó sobre sus rodillas y se asomó al interior de la oficina. El desconocido había regresado. Contuvo el aliento cuando lo vio junto a Valentine. La había tomado de nuevo en sus brazos y la estrechaba contra su pecho, con tanta ternura... Parecía un dios hermoso y joven, absolutamente prendado de Valentine. Hundía su rostro en el cabello rubio de la joven y cerraba los ojos. Parecía desesperado. La niña lo contempló sin saber por qué se sentía tan triste. Deberían estar juntos, ¿si no por qué sus auras brillaban más y eran más hermosas cuando estaban cerca el uno de la otra?

«Ojalá alguien me amara a mí así...»

Konstantin mantuvo aquel prolongado abrazo durante unos instantes más, luego depositó a Valentine de nuevo en la cama y se levantó. Era mucho más alto y fuerte que cualquiera que Pigeon conociera. Ni siquiera Gerome era tan formidable. Los ojos de Konstantin emitieron un leve fulgor, como si cambiantes lenguas de fuego azul emergieran de sus profundos ojos. Pigeon vio que había algunas bolsas en el suelo. ¿Acaso había ido de compras? Entonces entendió que aquel hombre pensaba retener a Valentine allí mucho

tiempo.

Konstantin recibió entonces una llamada.

—Konstantin.

Pigeon se tragó una sonrisa de satisfacción al escuchar su nombre. Konstantin... Lo observó escuchar algo y colgar sin decir nada más. Su rostro se había torcido. Dudó un instante. Entonces salió de la oficina. Pigeon se ocultó justo a tiempo, un segundo antes de que saliera hacia la escalera. Lo vio bajar veloz, maravillada por la fuerza y la potencia de su aura, radiante y espléndida. La curiosidad espoleó su mente infantil. Pensó en llamar a Gerome y pedirle que fuera a buscar a Valentine antes de que regresara Konstantin. Dudó un instante, y al fin decidió avisarle. Le mandó un mensaje y le dio la dirección. En cuanto llegara, despertarían a Valentine y la ayudarían a marcharse de allí. Cierta remordimiento la asaltó al recordar el modo en que Konstantin abrazaba a Valentine, pero lo apartó. No iba a dejarla allí, a merced de un desconocido que después de todo la había secuestrado.

Regresó al punto desde el cual había estado espiando y se asomó para ver si su amiga continuaba dormida. La vio tendida sobre la cama, el aura en torno a ella menos brillante que antes, cuando Konstantin la había abrazado. De pronto Valentine se agitó. ¿Iba a despertar? Sí.

Al cabo de unos segundos, Valentine abrió los ojos castaños y parpadeó confusa. Alzó la cabeza de la almohada sobre la que se apoyaba y sondeó las formas confusas que la rodeaban. Aquel lugar desconocido le trajo olores distintos, a humedad, a óxido, tierra, moho... a encierro. Entonces se incorporó asustada. No estaba en su casa, no comprendía dónde estaba. Nada le resultaba familiar, excepto... Sacudió la cabeza... No recordaba nada. Sólo estar en el apartamento, el ruido en las escaleras... ¡El desconocido del avión! Entonces se giró buscándole. ¿Dónde estaba?

Pigeon abrió la puerta y corrió a su lado, brillantes los ojos.

—¡Valentine! ¡Soy yo, Pigeon!

Valentine abrió la boca, sorprendida y aliviada al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde estamos?

—Es un viejo almacén. Él te sacó de tu casa cuando llegaron esos hombres.

—Qué... ¿Quién? ¿Dónde está? —se volvió de nuevo en todas direcciones para buscar al desconocido del avión.

—Konstantin no está —le explicó Pigeon.

—Konstantin...

—Se llama así. Le he oído decir su nombre. Él te ha traído aquí.

El desconocido del avión, tenía que estar refiriéndose a él. Konstantin. Su nombre despertó en ella una ráfaga cálida inexplicable, tan fuerte que le faltó el aire.

—¿Dónde... está ahora?

—Se ha marchado. No sé si volverá pronto.

—¿Cómo me has encontrado? Creí que te habrían atrapado, estabas dormida...

—Me desperté, y lo vi todo. Cuando echaron la puerta abajo decidí seguir a Konstantin y él me trajo hasta aquí. Levántate...

Pigeon tiró de su mano, pero Valentine se resistió.

—¡Espera! Espera... Pigeon, necesito un momento, por favor...

Una profunda decepción se había instalado en el mismo centro de su alma al saber que él... que Konstantin no estaba. ¿Por qué? Era aquella misma tristeza que la embargaba cuando él dejaba de tocarla.

—¿Dónde está... Necesito hablarle, Pigeon, ¿a dónde ha ido?

—No lo sé —se lamentó Pigeon, desolada al ver la desesperación de la joven—. Puede que vuelva...

Valentine adivinó que no. De pronto fue consciente del enorme hueco abierto en su pecho, un hueco que sólo podía llenar él. Estaba mareada y débil, como si hubiera corrido una maratón.

—No puedes quedarte y esperar a que regrese... —suplicó Pigeon. Ya era tarde, había avisado a Gerome—. Si me preguntas mi opinión, creo que es mejor que esperemos a Gerome.

—¿Gerome?

Valentine no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Konstantin, el desconocido del avión, la había sacado de su casa justo antes de que la atraparan para devolverla al centro. Así que la había ayudado. Deseaba darle las gracias. ¿Dónde estaba? Quería verle, hablar con él, oír de sus labios una explicación. Sí, anhelaba volver a tenerle cerca. Pero Pigeon hablaba de esperar a Gerome. Entonces comprendió, la niña le había mandado aviso para que fuera a rescatarlas. No podía culparla por hacerlo.

—¿Dónde está este lugar?

Un fuerte olor a humedad y a grasa de motor llenaba sus fosas nasales. Sus ojos no le aclaraban nada, a su alrededor todo eran sombras y formas vagas. Sólo podía colegir que se hallaban en una estancia cuadrada, más bien pequeña.

—No has salido de Manhattan. Estamos en un viejo almacén junto al Hudson. A salvo, creo.

—¿A salvo de qué? —ya sabía de qué.

—Bueno, de los que entraron en tu casa a la fuerza.

Para llevarla de vuelta al New Hope. Valentine tragó saliva. Tenía la garganta reseca. Amanda... La doctora le había dado instrucciones para que buscara algún hotel donde quedarse y la llamara desde allí. Estaría preocupadísima.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas horas, bueno, casi todo el día, es de noche...

Amanda estaría preguntándose por qué no llamaba.

—Mi móvil...

—Konstantin se lo ha llevado.

—Qué... ¿por qué?

¿Cómo iba a avisar ahora a Amanda de lo que estaba pasando?



Pigeon frunció el ceño. Iba a decir algo cuando una mano grande aferró su camiseta y la obligó a retroceder. Pigeon pataleó asustada. Entonces un brazo poderoso la sujetó a medio metro del suelo mientras ella daba patadas a la nada.

—¡Quieta! ¡Pigeon! ¡soy yo!

Gerome la soltó y ella se volvió asombrada.

—¡Gerome!

Enseguida se abrazó a él, contenta de tenerle ya a su lado. Ya no estaba segura de poder convencer a Valentine de salir de allí. Ésta les observaba en silencio, demasiado aturdida para reaccionar. Gerome estrechó a Pigeon contra su cuerpo, contento de haberla recuperado. Luego miró a Valentine, que se doblaba sobre sí misma como si le faltara el aire.

—¿Estás bien? —preguntó.

Valentine no lo sabía. Quiso levantarse, pero no pudo, un vahído la obligó a dejarse caer sobre el duro colchón en el que Konstantin la había depositado.

—¿Cómo nos has encontrado?

—Pigeon me ha avisado.

—Konstantin podría volver. —Pigeon lo soltó al fin—. ¿No es mejor que nos vayamos?

Gerome la miró con preocupación.

—¿Has dicho Konstantin?

—Es el hombre que la ha salvado —le explicó Pigeon, con los ojos muy abiertos.

Gerome echó un vistazo a aquel lugar deprimente, con la inquietud dibujada en su rostro de ébano.

—Será mejor que salgamos de aquí, antes de que ese tal Konstantin regrese.

Le tendió una mano a Valentine para ayudarla a levantarse, pero ella la rechazó.

—No, espera... Por favor, necesito saber...

—Ahora no.

—¡Ahora sí! ¡Él me ha salvado! ¡Quiero saber quién es Konstantin! Quiero esperar a que vuelva, ¡quiero hablar con él!

Pero Gerome no pensaba permitirlo. No sabían qué intenciones tenía ese desconocido. Se acercó y la obligó a ponerse en pie. Luego, viendo que se le doblaban las rodillas, la tomó por la cintura y la elevó un poco sin el menor esfuerzo. Valentine se tranquilizó al contacto con su brazo, y su mente empezó a despejarse. Siempre que estaba junto a Gerome se tranquilizaba. Era como un bálsamo.

—Estoy bien...

—Veámoslo.

Gerome la empujó hacia la puerta, mientras Pigeon se adelantaba para abrirla. Se alegraba tanto de tenerle allí... Su corazón saltaba alegremente en su pecho. Corrió llena de optimismo a vigilar el exterior desde las ventanas que daban a la calle.

—Su camioneta no está, ¿se ha ido! No creo que vuelva pronto...

—Quién sabe, Pigeon. —Gerome la miró con el ceño fruncido—. Después vas a tener que explicarme unas cuantas cosas... —habló con severidad. Ni siquiera cuando la niña se volvió hacia él con un mohín triste en la cara cambió su expresión ceñuda—. ¿Qué creías?

Valentine no quería que discutieran. Apretó el brazo de Gerome.

—¿Vamos a tu casa? —le interrumpió Valentine.

—Es lo mejor.

Pigeon bajó a la calle ahora más triste. Encontró el taxi de Gerome aparcado cerca de allí. No había un alma en aquel polígono abandonado. El olor del río flotaba en el ambiente nocturno y hacía frío. La chiquilla, que sólo llevaba una camiseta, se encogió y tiritó. Su delgado cuerpo apenas generaba calor por sí mismo. Cuando Gerome y Valentine llegaron junto al coche, ya temblaba como un pajarillo. Gerome dejó que Valentine se apoyara en el capó, se quitó su chaqueta y se la puso sobre los hombros. Pigeon le sonrió. Gerome besó su frente y abrió el coche para que pudiera entrar en la parte de atrás. Luego ayudó a Valentine a sentarse en el asiento del copiloto.

—No puedo volver a mi casa —dijo Valentine en un susurro. Sondeó el espacio que mediaba entre ella y la figura oscura que era Gerome, ansiando poder ver sus ojos—. Me están buscando.

Gerome frunció el ceño.

—¿Quiénes? —preguntó.

—No sé quienes exactamente, los responsables del centro, quieren devolverme a Seattle.

—Al centro psiquiátrico...

Valentine asintió.

—Konstantin la sacó de su casa justo cuando entraban a por ella —le informó Pigeon—. En realidad la ha ayudado, deberíamos darle las gracias, no creo que...

—Espero que dejes de escaparte así, Pigeon —la atajó Gerome—. Sólo eres una niña, ¿qué habría pasado si ese Konstantin te hubiese visto?

Pigeon cerró la boca, sorprendida. Gerome jamás le exigía nada, ni le decía lo que tenía que hacer, la dejaba ir y venir por su cuenta.

—¿Por qué me dices eso? —musitó consternada.

—Porque es peligroso. —En realidad, Gerome pensaba en Stacy Codenpage y en que no lo consideraba apto para cuidar de Pigeon. Tal vez estaba en lo cierto.

—¿Konstantin es peligroso?

Gerome lo pensó.

—Seguramente. No te acerques a él.

Pigeon miró de reojo a su amigo, evaluando la expresión de su rostro. Era severa. Decidió que no merecía la pena insistir cuando estaba tan preocupado. De todas formas, incluso aunque Konstantin no fuera del agrado de Gerome, le caía bien y despertaba en ella una curiosidad ingobernable. Quería preguntarle acerca de ese halo de energía que desprendía, quería saber qué eran, Konstantin y Valentine. ¿Qué eran? Suspiró. Si enfadaba a Gerome ahora, no la dejaría moverse de casa. Su amigo se limitó a arrancar el coche. De pronto se sintió muy cansada. Tenía ganas de dormir, quería sentarse con Gerome en el sofá, acurrucarse a su lado y comer palomitas. Quería tener a Mr. Doggy en el regazo y fingir que no pasaba nada. Desde luego no quería volver a ver a Oliver, ni a su odiosa tía Dirdre... La perspectiva de regresar a casa se le hizo insoportable. Recordó que su caja de recuerdos se había quedado en su habitación, al alcance de su curiosidad, y contuvo un gemido. Ahora recuperar las fotos de su madre era una prioridad. Salvar a Valentine de un destino que parecía siniestro sería su siguiente paso. Se sintió muy pequeña. No podía afrontar todo aquello ella sola.

«Konstantin...»

Tal vez estuviera dispuesto a contestar sus preguntas.

## Capítulo 16



Lynnwood era una agradable población al norte de Seattle. Lyne Bokana había aparcado su coche en una ancha carretera arbolada, recta y tranquila. A ambos lados se veían chalets unifamiliares ajardinados, unos más elegantes y lujosos que otros, algunos jardines más grandes y mejor cuidados que otros, todos con el mismo aspecto apacible de cuento. Era como en los anuncios de esas familias americanas que lo tienen todo. Lyne no encajaba en ese cuadro, en primer lugar porque Mark y ella no pensaban en tener familia y en segundo lugar porque preferían el bullicio de la ciudad y el estrés de su rutina, contradictoriamente impredecible. Aquellos chalets se le antojaban falsos, de cartón piedra. Las personas que vivían allí debían de esforzarse mucho para mantener la farsa, ¿no?

Lyne se agachó para ver mejor la que había sido la casa de los Borderer. Contuvo un gemido, porque aún le dolía su herida según qué gestos hacía.

—Hay que joderse, está intacta...

Por alguna razón, había esperado encontrarla arruinada, tal vez incluso

humeante, catorce años después de que se incendiara. Nada de eso. La habían reparado y ofrecía un aspecto impecable, con su fachada laminada en madera pintada de blanco, su porche immaculado, su precioso tejado a dos aguas, sus grandes ventanales, y aquel jardín de césped recién cortado y perfecto. Lyne suspiró decepcionada.

Subió la ventanilla, salió del coche y cerró la puerta. Ni siquiera llevaba su placa a la vista. Gallagher le había dicho que fuera discreta, y eso hacía. Cruzó la carretera sin correr y atravesó el cuidado jardín por un sendero de piedras artísticamente colocadas de forma sinuosa. Los pensamientos florecían en un parterre a los pies de la fachada principal. Lyne subió los escalones del porche y llegó a la puerta de entrada, blanca, con una bonita campanilla colgando a un lado. Dudó si tirar de ella, pero como no veía timbre ninguno, al final alargó la mano y tiró del cordel. Sonó un suave tintineo que le hizo gracia.

«Menuda pijotada...»

Enseguida se oyeron pasos y al poco se abrió la puerta. Ante ella apareció una mujer de mediana edad. Tal vez rondara los cincuenta, pelirroja, de hermosos ojos azules.

—¿Sí?

—Hola... Oh, vaya, creo que me he equivocado...

Lyne retrocedió teatralmente e hizo como si comprobara el número de la casa. Sonrió fingiendo sentirse arrepentida...

—Creí que esta era la casa de Samantha y Jake... —Al ver la cara de incompreensión de la mujer, se apresuró a explicarse mejor—. La casa de los Borderer, Samantha y Jake Borderer... Pero me he equivocado, lo siento, de veras...

—No, no te has equivocado. Yo soy Evelyne Sommerset, vivo aquí ahora. Los Borderer se marcharon hace años. Demasiados recuerdos... Ya sabrás que esta casa se incendió, su hija murió... —La mujer meneó la cabeza con tristeza—. Nosotros compramos esta casa y al poco oímos la historia, ya sabes, es inevitable que corran rumores por el barrio... Al principio nos dio mucho reparo quedarnos, pero en fin... Debió de ser horrible, la verdad, entiendo que la pusieran en venta... A veces me dan escalofríos, pensar que una niña tan pequeña murió aquí mismo...

Evelyne se frotó los brazos. Lyne no daba crédito a lo que acababa de decir. Se tragó su cara de asombro y continuó fingiendo. Según lo que había leído, eran los padres de Valentine los que habían muerto, no ella.

—Habla de la pequeña Valentine, ¿verdad?

—Sí, eso es...

—Oh... —Carraspeó, tratando de ganar tiempo para recomponerse—. ¿Y dónde puedo encontrarlos ahora? A los Borderer... Se habrán marchado de Lynnwood...

—Vaya, no, ¡siguen aquí! —La mujer sonrió, contenta de poder ayudarla—. En realidad no fueron muy lejos. Viven más abajo. Compraron uno de los chalets al final de la carretera. Es aquel, el del porche azul, con un gran sauce en el jardín.

Tan cerca...

—Lo veo, gracias, muchas gracias... Y disculpe las molestias...

—No te preocupes cariño.



Lyne bajó las escaleras del porche rumiando lo que acababa de descubrir entre dientes, mientras la señora Sommerset cerraba la puerta. Era consciente de que ante un giro de los acontecimientos tan drástico, debería llamar a Gallagher para contárselo, pero no iba a hacerlo. Si quería ser el primero en desenterrar secretos, que hubiera hecho el trabajo de campo. Al fin y al cabo, el encargo era para él. Lyne regresó a su coche y se sentó al volante a meditar. ¿Qué era mejor, entrevistarse con los Borderer a ver cuál era su versión de los hechos?

«El mundo al revés...»

Lyne arrancó el motor y salió de su aparcamiento para acercarse al chalet del porche azul, no demasiado, sólo lo suficiente para tenerlo controlado y comprobar que lo que Evelyne Sommerset acababa de decirle era cierto. Buscó un lugar discreto en la misma calle, tras unos setos, y apagó el motor. Algo le decía que el encargo de Gallagher encerraba más de lo que el propio detective había supuesto al delegarlo en su compañera. Lyne no era ninguna ingenua, ya sabía que había mentido al endilgarle el caso, y que su verdadera intención no era otra que quitarse de encima lo que había considerado trabajo-basura. Recordó que era James-Newton Ackerman quien había llevado el caso del incendio, sería interesante saber qué opinaba de que los padres de Valentine Borderer estuvieran con vida. Alguien se las había arreglado para ocultar que Valentine había sobrevivido y hacer que ella creyera que sus padres estaban muertos. El drama de esa chica escondía un verdadero pozo negro de irregularidades, y a saber qué más.

Lyne empezaba a tomárselo muy en serio. Quería saberlo todo sobre ella y desde luego no pensaba limitarse a visitar Lynnwood. Independientemente de lo que surgiera de allí, su siguiente visita sería al Northwest Hospital & Medical Center donde Valentine fue tratada de su rodilla tras el incendio, y después buscaría a Ackerman.

—Mierda, estoy de baja y se me acumula el trabajo...

La nueva casa de los Borderer era tal y como se la había descrito la señora Somerset. Allí estaba el porche pintado de azul, y el jardín con el sauce llorón. Había plantas por todas partes de graciosos colores, y grandes rosales de flores perfumadas cuyo aroma inundaba el ambiente. Era con diferencia el chalet más grande de la zona, dos plantas, garaje, grandes ventanales, muros de piedra y un amplio terreno alrededor bordeado por una valla blanca. Los Borderer habían rehecho su vida tras la «muerte» de su hija, de hecho, a juzgar por el Mercedes Clase S de color negro y cristales tintados que estaba aparcado delante del garaje, les iba más que bien. Lyne se acomodó para esperar, espiando la casa.

Un hombre de unos cincuenta años salió al poco rato. Era muy atractivo, alto, de constitución atlética, ensortijado pelo entrecano y profundos ojos azules, del color del océano en un día oscuro. Tenía que ser el «difunto» Jake Borderer. Para estar muerto se conservaba muy bien. Lyne lo observó. Había salido a fumar. Se encendió un cigarrillo y se sentó en las escaleras, disfrutando del buen día que hacía. Vestía traje azul de ejecutivo, hecho a medida. Le sentaba como un guante.

«Pareces preocupado, señor Borderer... ¿Piensas en tu hijita muerta?»

Entonces salió una mujer. Tenía que ser Samantha. Alta, rubia, ojos grandes y castaños... ¿A cuál de los dos se parecería Valentine? ¿O no se parecía a ninguno? Lyne no había encontrado ni una sola fotografía de la niña, que ahora debía de tener veintidós o veintitrés años. Jake sonrió a su esposa y la tomó de la mano para que se sentara a su lado. Estuvieron charlando en voz baja; ella se inclinaba hacia él, como si un imán la atrajera, y él ladeaba la cabeza con una medio sonrisa. Parecían un matrimonio feliz. Lyne se moría de ganas de bajar del coche e ir a hablar con ellos, pero sabía que no debía. No era el momento. Antes tenía que averiguar unas cuantas cosas más. ¿Habría una tumba en el cementerio de Lynnwood con el nombre de Valentine grabado en la lápida?

«Comprobémoslo...»

Lyne arrancó el coche y abandonó el aparcamiento. Los Borderer se quedaron atrás en su espejo retrovisor. Muy pronto desaparecieron.

No le costó encontrar el cementerio de Floral Hills. Estaba al este, un lugar apacible de césped cuidado, pequeños estanques y setos recortados con formas sinuosas. La detective lo recorrió a pie buscando a algún encargado al que preguntar. No tenía ganas de perder el tiempo localizando la tumba de Valentine en una extensión tan grande. Sin embargo no tuvo suerte y no vio a nadie. Tuvo que deambular escudriñando cada lápida, una por una...

Cuando ya estaba a punto de desistir, llegó a un promontorio algo más elevado, junto a un estanque. Allí estaban enterrados los Borderer. Encontró la pequeña lápida de Valentine junto a las tumbas de sus abuelos.

—Así que estás aquí... ¿Qué habrán metido en el ataúd?

La pequeña lápida de piedra había sido grabada con delicados detalles florales, estaba limpia de malas hierbas y había sido adornada recientemente con flores frescas. Alguien ponía mucho empeño en mantener viva la memoria de Valentine.

El zumbido de su móvil la hizo salir de su abstracción. Era Gallagher. Lyne bufó antes de contestar.

—Bokana.

—Pullman ha muerto.

El detective se lo soltó así a bocajarro, y a Lyne le sentó fatal. Simon Pullman era su testigo, el único que podía aclarar algo sobre la muerte de Jeremiah Ortega, y ahora estaba muerto, justo cuando ella estaba de baja.

—¿Y cómo ha sido? Se suponía que tenía puesta vigilancia, ¡joder!

—Se han colado en el hospital y lo han asesinado, qué quieres que te diga.

—Que no te importaba una mierda y por eso se lo han cargado en tus narices, Gallagher.

—Estás de baja, Bokana, por eso pasaré por alto tu actitud de mierda...

—Ya, pues niégame que pasabas de él. Porque pasas del caso desde el principio...

—Es cierto, no creo en este caso, pero eso no es razón para que deje de hacer mi trabajo. Y ahora céntrate, maldita bruja, y escucha. Si se lo han cargado es porque hay caso. Alguien no quería que hablara, así que a lo mejor ese puñetero cura tuyo sí que fue asesinado.

—Vaya... ¿gracias? —refunfuñó Lyne—. Pero ahora que te interesa el asunto, te diré que hay otra posibilidad. A lo mejor alguien le ha ajustado las cuentas, ¡recuerda que Pullman no era ningún santo! No tenemos nada, Gallagher, y lo sabes. Nuestra única fuente se ha ido al garete.

Lyne estaba furiosa, y caminaba a buen paso de vuelta a su coche.

—Bokana, ¿dónde estás?

—No te importa, de baja es donde estoy.

—Ya... Pues no te molestes en venir a tocarme las narices, que es lo que estás pensando hacer. Así que quédate donde demonios estés y deja que haga mi trabajo. Ya te informaré.

Gallagher colgó, y dejó a Lyne con las ganas de pegarle cuatro gritos más, impotente, rabiosa, decepcionada. Arrojó el teléfono a la hierba y soltó un alarido de frustración, los ojos oscuros clavados en el cielo. Luego, cuando la adrenalina empezó a bajar en su torrente sanguíneo, recogió el móvil y apretó el paso, decidida a visitar el New Hope y averiguar qué coño pasaba con Valentine Borderer.

Gallagher esperó a que el equipo de la científica terminara su inspección de la escena del crimen de Simon Pullman. Tenía cara de pocos amigos. Odiaba reconocer que Bokana siempre había tenido razón.

—Hemos acabado aquí —le dijo el agente al mando. Iba enfundado en uno de aquellos buzos blancos que utilizaban para recoger evidencias sin contaminar la escena, guantes, gafas, capucha...—. Te mandaré un informe.

—El forense nos dirá qué lo ha matado...

—Ya, pues te va a tocar esperar, Gallagher, están hasta arriba...

Gallagher puso una mueca.

—Llamaré a Barrymore a ver si puedo presionarle un poco.

El técnico sonrió de medio lado mientras se quitaba los guantes y las gafas.

—Ya... Pues que tengas suerte... Barrymore está insoportable...

—Barrymore me tiene harto, siempre tiene alguna excusa para ser cada vez más lento...

—Sí, sí sí...

El agente se alejó sacudiendo la mano para darle largas. No tenía ganas de escucharle. Gallagher vio cómo se llevaban el cuerpo de Pullman en una camilla. Lo habían metido en una bolsa negra, pero Gallagher recordaba bien cómo lo habían encontrado, con una rigidez patente en sus músculos, los ojos abiertos fijos en lo alto... Mostraban tensión y dolor, lo que daba a entender que estaba consciente cuando lo asesinaron. Lo habían desconectado de los aparatos que medían sus constantes vitales. Gallagher rumió su mala suerte. Con Bokana de baja iba a tener que ocuparse él de entrevistar a las enfermeras y al personal del hospital, al inútil que había estado de guardia —o que debería haber estado montando guardia—, de hacer el informe... Soltó un exabrupto y sacó su libreta para tomar algunas notas antes de empezar a hacer el trabajo que debería estar haciendo su compañera. Le dedicó a Bokana una larga ristra de pensamientos poco delicados. Después de todo a él le importaba una mierda Jeremiah Ortega. El secretario judicial se le acercó e intercambió algunas impresiones de rutina con él.

Después su móvil vibró. Contestó de mal humor.

—¡Gallagher!

—A lo mejor deberías volver a visitar la casa de Ortega —le soltó Bokana.

—Ya hemos estado allí, ¿qué crees que voy a encontrar?

—¡No lo sé! ¡Pero se nos escapa algo! Iría yo, pero tengo algo que hacer... Joder Gallagher...

—Tómate tu baja en serio y vuelve cuanto antes para que pueda dejar de hacer tu trabajo, Bokana.

Gallagher colgó aún de peor humor que antes. Luego recapituló y empezó a valorar lo que su compañera acababa de sugerir. La idea de volver a la casa del sacerdote ya se le había pasado por la cabeza, era verdad que la muerte de Pullman le daba un nuevo giro al caso... pero primero tenía que hacer preguntas en el hospital, pedir las grabaciones de las cámaras de seguridad...

—A la mierda... ¡Artcher!

El agente que le había acompañado en lugar de Bokana se apresuró a acercarse. Era muy joven, y saltaba a la vista que le tenía miedo.

—Encárgate tú de hacer preguntas. Tengo que irme.

—¿Yo?

—¿No sabes hacerlo, Artcher?

El tono de Gallagher no dejaba espacio para titubeos, y el joven policía se tragó sus protestas. Mientras Gallagher se largaba, dio media vuelta y se fue a interrogar a los sanitarios que habían estado de guardia cuando Pullman fue asesinado.

Jeremiah Ortega vivía en un piso sencillo al norte del centro de Seattle, cerca

de la parroquia donde daba sus homilias antes de morir. La cinta policial amarilla que precintaba la puerta de entrada continuaba en su lugar, y Gallagher la cortó sin miramientos para poder entrar.

Olía a rancio, a cerrado y a incienso, una mezcla indeseable. Habían cortado la luz, por lo que tuvo que sacar su linterna para poder moverse sin tropezar. Las persianas estaban echadas en toda la vivienda, de ahí aquel hedor a tumba. Gallagher entró en la cocina y empezó a subirlas y a abrir las ventanas con el fin de ventilar un poco. En cuanto hubo luz natural suficiente, apagó su linterna y se relajó. Al menos ahora podía respirar con normalidad. Se fue al dormitorio, y estuvo salseando entre las cosas de Ortega. Por lo que se le ofrecía a la vista, había sido un hombre sencillo; no tenía muchos recuerdos, aquella estancia más parecía la celda de un monje que la de un sacerdote moderno, y joven además. No encontró nada de interés. La soga de la que Jeremiah se había ahorcado presuntamente aún pendía del techo. Pasó bajo ella con desgana, sin mirarla, y se fue al salón. ¿El suicidio no condenaba a quien lo cometía a pasar la eternidad en el infierno? O en el purgatorio... Gallagher sacudió la cabeza. A él esos temas se le escapaban por completo, no era un hombre religioso.

La decoración de aquella casa era minimalista y sobria. En el salón sólo había un sofá barato y un televisor antiguo sobre una mesa baja. Ni cuadros, ni figuras, ni recuerdos o fotografías, nada de alfombras o lámparas... En la pared una solitaria estantería se combaba bajo el peso de los libros que abarrotaban sus baldas. Gallagher se acercó. Había muchos, una enorme colección. Ortega también los había acumulado en el suelo y sobre la mesita de centro delante del sofá. Uno estaba abierto. Ya lo había visto la vez anterior, pero no se había detenido a leerlo. Lo cogió y le echó un vistazo.

«La Gran Rebelión»... de un tal Samael Aun Weor... Gallagher arqueó las cejas. ¿Qué clase de nombre era ese? Pasó las páginas y vio que muchas contenían fragmentos señalados con lápiz. Era evidente que a Ortega le interesaba mucho el contenido de aquella obra. El detective leyó un poco:



«Esta cuestión del mí mismo, lo que yo soy, eso que piensa, siente y actúa, es algo que debemos auto-explorar para conocer profundamente.

Existen por doquier muchas teorías que atraen y fascinan; empero de nada serviría todo eso si no nos conociésemos a nosotros mismos...»

Gallagher torció el gesto con desdeñoso escepticismo y devolvió el libro a su lugar. En las estanterías había muchos otros volúmenes cuya temática distaba mucho de ser la que interesara a un sacerdote católico. Además, no había una Biblia. Ni allí, ni en el dormitorio, ni crucifijos, nada... Daba la impresión de que Ortega iba por libre y que albergaba sentimientos e ideas dispares respecto a la Fe que la iglesia promulgaba.

Gallagher repasó lo poco que sabían sobre el sacerdote, datos que había recopilado Bokana, no él, con mucho esfuerzo. La razón por la cual a su compañera le había resultado tan difícil averiguar algo sobre Ortega era que se trataba de un hombre solitario, sin familia conocida en Estados Unidos, ni amistades, un sacerdote centrado en sus homilías y poco más. Gallagher se preguntó qué clase de vida era aquella. ¿Era Ortega un verdadero asceta? Estuvo husmeando un rato más entre aquellos volúmenes, pero él no sabía nada de todo aquello ni le interesaba. Tanta palabrería le producía sopor e impaciencia, sin embargo, tomó nota de lo que importaba: que Ortega era, con poco margen de error, un estudioso. Qué podía significar eso para el caso que le ocupaba era otra cuestión.

Recorrió de nuevo la casa, y al fin tomó la resolución de marcharse. Sin embargo, al pasar junto a la cocina, de camino al recibidor, tropezó con una vieja escoba y la tiró al suelo. Se agachó para recogerla y devolverla a su lugar, y entonces la vio: una vieja fotografía descansaba bajo el frigorífico, entre el polvo acumulado, tan escondida que nadie la hubiera encontrado

jamás.

Se puso a cuatro patas y metió la mano por debajo, tratando de alcanzarla. Como no llegaba, por más que estiraba la mano y los dedos, sacó el brazo y probó a atraerla hacia sí con el mango de la escoba. Cuando la rescató del olvido, descubrió que en ella aparecía un sonriente Ortega en un precioso día soleado, junto a otro sacerdote también joven, moreno y agraciado. Parecían muy amigos, uno pasaba el brazo sobre los hombros del otro y se percibía cierta camaradería entre los dos. Gallagher limpió el polvo que cubría la imagen y volvió a mirarla. No había nada llamativo ni revelador en ella, salvo aquel joven cura a su lado. Ortega no tenía amigos, ¿quién era ese hombre? Lo observó con detenimiento. Juraría que cuando la fotografía fue tomada Ortega contaba unos cuantos años menos. Tal vez fuera del día de su ordenación como sacerdote... Volteó la instantánea por si había alguna fecha o indicación en el reverso, y encontró un papel doblado pegado detrás.

«Querido Jeremiah, he recibido tu carta, qué alegría saber de ti. Tal vez lo que insinúas sea cierto, si es así, será mejor que te andes con cuidado. Creo que no deberías insistir sobre el tema, olvídalo, sigue con tu vida, dedícate en cuerpo y alma a Jesucristo. Has sido llamado a ello, igual que yo. Si ha de haber una respuesta a ese misterio que tanto te inquieta, llegará por sí sola. Al fin y al cabo sólo somos hombres, y no tenemos todas las certezas, ni todas las respuestas, y sabes bien que algo así, de ser real, incomodaría profundamente a la Iglesia. Tu amigo, B.N.»

¿Quién era B.N.? Gallagher recapacitó sobre aquella carta. De no ser por Bokana, jamás hubiera vuelto al piso de Ortega, y esa fotografía con su extraña carta continuaría escondida bajo el frigorífico hasta el fin de los tiempos, o hasta que alguien comprara el piso e hiciera una reforma. Con los labios apretados, repasó las líneas escritas por el tal B.N. ¿Qué misterio

preocupaba a Ortega? Estaba claro que mantenía una amistad con el hombre de la fotografía lo suficientemente estrecha como para confesarle sus dudas. Algo le preocupaba, algo que podía incomodar a la Iglesia. Si había una relación entre ese asunto y la muerte de Ortega, tal vez tuvieran un nuevo hilo del que tirar. Tenía que averiguar quién era B.N.

Gallagher sonrió. Al bueno de Archer se le estaba empezando a acumular el trabajo.

## Capítulo 17



*«Dime qué parte de ti no entiendes; dime qué buscas, en qué entretienes tu tiempo cuando yo no estoy, dónde pones tu pensamiento cuando los huecos espacios que quedan entre tú y yo se estrechan, a través de lo que nunca nos dijimos. Dime en qué momento decidiste traicionarme, y te prometo que dejaré de hurgar en tu herida, para bañarme en ella y ser la pústula que envenene al fin... tu alma.»*

Y así era, Konstantin se había alzado contra ellos, Konstantin, a quien había creído dominar, Konstantin... acababa de dar un paso atrás, negándose a obedecer. Y su traición sin duda iba a tener consecuencias. No perdonaría su gesto. Cuando Felps supiera que continuaba desaparecido, que había dejado de contestar a sus llamadas, cuando le pusieran al tanto de su desertión, perdería confianza en su capacidad, tal vez empezara a mirarlo con otros ojos. No podía hacer otra cosa. Había demasiado en juego.

Paolo, sentado en su dormitorio, pensaba en cómo estaban las cosas con preocupación. Se quitó el solideo morado que coronaba su cabeza y lo depositó con cuidado sobre una mesita a su lado, luego se desabrochó uno por uno los botones de su sotana y se liberó de ella, quedándose en paños menores. Finalmente se levantó y le dio la espalda a todo ello, con la inquietud prendida en el alma.

Aquella era una lucha que aún no estaba decidida. Felps creía en su propia lucha, y le servía bien, pero llegaría un momento en que sus caminos se separarían. Se volverían enemigos. Para el arzobispo sólo contaba preservar lo que significaba la fe católica para la humanidad, y tanto Konstantin como Valentine amenazaban la estabilidad, a eso se reducía todo... Pero había más, mucho más... Konstantin era una amenaza. No tenía que hacer nada, bastaba con que existiera.

Paolo se dejó caer sobre su cama, las manos nudosas entrelazadas en el regazo, y agachó la cabeza. Konstantin había acabado cediendo a la fuerza que su conexión con Valentine ejercía sobre él, y cuanto más tiempo permaneciera cerca de ella, más difícil sería que se resistiera. Probablemente ya era tarde para impedir que hiciera lo que llevaba tanto tiempo tratando de evitar. La cuestión era qué ocurriría con Valentine si despertaba gracias a él. Y la cuestión también era si Konstantin estaba dispuesto a pagar el precio. Porque iba a pagar.

Cuando catorce años atrás Valentine trató de quitarse la vida, y la ingresó en el New Hope, Felps se alegró, esperanzado por tenerla bajo control. Felps creía en la «cura». Ni siquiera sabía lo que era. Él nunca había pretendido encerrarla para siempre, eso era cosa suya, empeñado en domeñar su alma bajo el pretexto de hallar una cura para su mal. Era cierto que el doctor Jacob Gates había trabajado para obtener resultados sin éxito durante mucho tiempo, pero al menos había logrado adormecer su resistencia, frenar su fuerza, impidiendo que se rebelara. Valentine había respondido bien al tratamiento... Sin embargo Gates no había sido capaz de erradicar esa resistencia de forma definitiva, y por eso no estaba dispuesto a dejarla ir. Esa parte de ella permanecía anclada a su alma, y ahora que Valentine estaba fuera de su alcance, probablemente sin medicación alguna, estaba más cerca que nunca de echar por tierra sus planes. De la mano de Konstantin, despertaría. ¿Qué ocurriría entonces?

Paolo temía las consecuencias de lo que Amanda Flemming había

iniciado sin saberlo. Debía convencer a Konstantin para que recapacitara. Por eso lo había llamado.

Lamentaba no haber visto venir a la doctora. Ahora parecía tarde para cambiar las cosas. Pensó en todos los que como Valentine habían ido pasando por el centro. Todos muertos. Ninguno había respondido al tratamiento. Valentine sí.

«Es un juego peligroso», pensó Paolo. Felps decía que las criaturas como Valentine no debían existir, ella y los que eran como ella, eran a su juicio algo contra lo que debían luchar, algo a erradicar, algo que enterrarían en lo más profundo para que jamás saliera a la luz... Paolo se reía de su teoría, él tenía las suyas propias.

El obispo se tumbó en la cama y apagó la luz. Se quedó a oscuras, mirando al techo en la quietud de la noche. La verdad estaba de su lado.

Un ruido lo sobresaltó. Al instante se incorporó sobre los codos y escudriñó las sombras. Fue a encender de nuevo la luz de su mesilla, cuando una voz se alzó en alguna parte. Le resultó imposible definir de dónde procedía.

—No te molestes Paolo, no la enciendas, estaremos mejor así.

Konstantin... Estaba allí. Había sido rápido.

—Estás aquí...

—No por mucho tiempo.

—Te arriesgas mucho viniendo a verme.

—Sé que no harás nada —repuso Konstantin—. Sé para qué me has

llamado, pero no he venido para dejar que me manipules. Me has utilizado. Se acabó el tiempo de las amenazas. He venido a pedirte que lo dejes marchar.

—Hablas de tu amigo... No depende de mí...

—Dime dónde está, yo lo liberaré.

Paolo no podía decirle lo que no sabía. Felps jamás le había revelado su paradero. Y así estaba bien. Por el momento.

—¿Dónde está Valentine? —preguntó a su vez—. Dímelo.

—Está a salvo.

—Devuélvenosla.

—No. Vuestra doctora la ha liberado, yo sólo la estoy ayudando a conseguir su propósito.

Konstantin arrastró las palabras. Sus ojos azules brillaron en la oscuridad, y entonces Paolo pudo verlo. El obispo suspiró. Se sentó y se recostó contra la pared. Cerró los ojos. Prefería no mirarle, para así no ver su impresionante halo de energía.

—¿Qué hará él si lo dejo marchar?

Konstantin tardó en responder, tanto, que Paolo temió que se hubiera marchado.

—Ser libre.

—No puede ser libre. Valentine tampoco debe ser libre.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, Konstantin.

—No ganarás esta guerra.

—Claro que sí. Te comprendo mejor de lo que crees, pero sabes que acabarás con ella si dejas que despierte a tu lado...

—Mientes... —se mofó Konstantin—. ¿Y tú no acabarás con ella cuando le des tu «cura»? Déjame que te diga algo, no voy a dejar que retuerzas su alma hasta convertirla en algo que no es...

—Aún podemos enmendar la situación, ¡aún hay tiempo! ¡Trae a Valentine!

—Para que Jacob Gates la utilice como a un conejillo de indias... No, gracias.

Konstantin sentía esa fuerza de la que hablaba Paolo en su interior, a través de sus músculos, de sus arterias, en su corazón, en su mente... Formaba parte de él, era él, ¿por qué resistirse a ella? ¿Por qué negarse a ser, junto a Valentine? Se complementaban el uno al otro, eso no podía hacerle a ella ningún daño. ¿Qué «eran»... si no «eran»? Nada, una cáscara vacía. Ya era tiempo de permitirse respirar. No debía temerse a sí mismo, a estar completo, no quería tener miedo a hacer daño a Valentine, eso era un absurdo. Él la había salvado de la muerte. Ahora la salvaría de Paolo.

—Konstantin, recapacita.

—Felps no sabe nada, ¿verdad?



—Felps cree en esta lucha, y yo hago lo que debo. Aunque nuestros objetivos no sean del todo iguales, se complementan... por ahora.

—Lo utilizas igual que me has utilizado a mí... Tú eres el monstruo. Felps se equivoca porque tiene miedo, Paolo, pero tú... Valentine no volverá a estar en tus manos, no conseguirás cambiarla. He venido para una sola cosa: no me sigas, no más amenazas... Deja que se vaya en paz... o me revolveré y morderé tu mano.

—Oh, Konstantin...

—Has encerrado a Valentine y la has estado envenenando. Has manipulado a Felps para que se lleve a mi amigo y lo meta en un agujero, lo has utilizado todo este tiempo para tenerme a mí bajo control. Has dejado que acabe con las vidas de tantos otros. Sí... Me has obligado a hacer cosas que aborrezco... Eres el artífice de todo eso. Se acabó.

—Valentine es un error...

—Tú no sabes nada de su alma, ni de la de ninguno de nosotros. No te acerques a ella, ni a mí, o volveré, y mi furia se desatará, y quien sabe lo que podrá pasar. No me pongas a prueba, Paolo.

—Jamás debiste devolver a Valentine a la vida —se lamentó Paolo.

El corazón de Konstantin se revolucionó al escuchar aquello. Salvarla de la muerte era lo mejor que había hecho en toda su vida, dejarla en el hospital para que la curasen de sus heridas, lo más difícil. Desde entonces Paolo no le había permitido acercarse a ella y su amigo estaba preso en alguna parte, a merced de la crueldad del obispo.

—Me voy.

—Konstantin, recapacita.

—No... Ya no te escucharé más.

—Konstantin...

—¿Qué harás si me quedo? ¿Me darás también esa «cura»? Adiós Paolo.

Paolo sintió que se había marchado. Abrió los ojos y buscó a Konstantin, pero la oscuridad sólo albergaba sombras. La habitación estaba sumida en un profundo silencio. Ya estaba todo dicho. Konstantin estaba fuera de control, lejos de su alcance. Furioso, Paolo levantó el auricular de su teléfono fijo en la mesilla, y marcó el número de Felps. Se pasó una mano fría por la coronilla desnuda mientras su pecho subía y bajaba, agitado por una profunda ira. Esperó que Felps contestara.

—Esperaba tu llamada, Paolo.

—Siento llamarte a estas horas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Konstantin. Ha estado aquí.

—¿Ha regresado? No lo esperaba...

—No. No he podido convencerle. No va a volver.

Felps se quedó mudo. Aunque ya esperaba que Konstantin se rebelara, pues estaba en su naturaleza, aún había albergado esperanza.

—Pero aún lo necesitamos...

—No.

—Pero...

—Sabes lo que eso significa.

Paolo esperó.

—Por favor, no...

—Se ha llevado a Valentine, Felps. Está decidido a despertarla.

—Lo sé, pero...

—No podemos permitirlo. Gates está muy cerca de obtener resultados.

—Por favor, te ruego que no hagas nada irreparable. La «cura» funcionará con él también, no hace falta...

—No nos deja otra alternativa. Reclutar a Konstantin fue un error desde el principio, él siempre ha sido peligroso, demasiado fuerte. Hubiera sido mucho más práctico prescindir de él.

—Dios siempre guarda esperanza, para todos nosotros, incluso para aquellos en cuya alma arraiga el Mal.

—Guardas sentimientos profundos hacia ese chico. Has querido protegerlo desde que llegó al orfanato... pero sabes bien que no se puede proteger a un demonio. Doy gracias a Dios por que lo llevaras al St. Joseph en

vez de a otro orfanato. Debemos continuar adelante, a pesar de Konstantin, y suponer que se enfrentará a nosotros. Debes estar preparado para eso.

Felps soltó un suspiro. Era cierto, el horror de ver caer a Konstantin bajo la fría determinación de Paolo sacudía su moral.

—Sabemos lo que hay que hacer, y lo haremos. Por ahora descansa, por la mañana hablaremos de nuevo. Iré a verte. Es imperativo que nos demos prisa, hay que ser contundentes o todo estará perdido. Lo que ocurra a partir de ahora será nuestra responsabilidad. Que Dios guarde tu alma.

—Que Dios guarde tu alma.

Felps sabía lo que haría Paolo. Tenía un buen perro de presa que acosaría a Konstantin hasta lograr que devolviera a Valentine... o hasta eliminarle. No podía permitirlo... Tal vez aún no era tarde, tal vez podía demostrar a Konstantin que no era su enemigo. Aún podían ofrecerle la salvación de su alma. Cogió el teléfono y marcó un número, consciente de que se estaba saltando el parecer del obispo, pero, ¿qué otro remedio le quedaba?

—Felps. ¿Cómo es que me llamas a estas horas?

—Perdóname, pero ha ocurrido algo grave, y creo que Paolo está apunto de cometer un error.

—¿Te refieres a la doctora Flemming? Lamento su muerte.

Felps se quedó de piedra. No sabía que Amanda Flemming hubiera muerto.

—¿No lo sabías?

—Paolo no me lo ha dicho. ¿Cuándo?

—Ha sido hace unos días, un lamentable suicidio.

Felps contuvo la desazón en su pecho.

—Pero no me llamas por eso, ¿verdad?

—Es por Konstantin.

—¿Ha regresado?

—No, no creo que lo haga. Necesito tiempo, y me temo que Paolo está decidido a eliminarle.

—Quieres que hable con él.

—Por favor...

—¿Y Valentine?

—Konstantin se la ha llevado.

Al otro lado hubo un silencio tenso.

—Valentine... No era esto lo que debía pasar. Dime Felps, ¿cómo ha podido ocurrir? ¿Qué ha fallado? Después de tantos esfuerzos...

—Lo lamento.

—No tenemos mucho tiempo. Encuéntrala.

—¿Y él?

—¿Qué pasa con «él»?

Felps se sobrecogió.

—Paolo querrá servirse de él, no podemos permitirlo, por favor, es...

—Paolo no sabe dónde está.

Era cierto. Felps se tranquilizó.

—Una cosa más —dijo su interlocutor—. Amanda ha estado haciendo indagaciones. Conocía el caso de Moors, tenía en su poder su expediente. Sabes lo que eso supone si la policía descarta el suicidio como causa de su muerte. No sabemos qué ha estado haciendo desde que salió del centro, tal vez haya hablado con alguien.

—Se nos está yendo de las manos... —murmuró el arzobispo.

—Aún no. Aún vamos un paso por delante. Si contienes a Konstantin y logramos recuperar a Valentine, todo volverá a la normalidad.

—A veces creo que estamos dando palos de ciego, Konstantin tiene razón, Paolo ni siquiera comprende el alcance de sus actos.

—¿Tienes dudas sobre él?

—Me preocupa que esté llevando nuestro proyecto hacia el desastre.

—No todo es cuestión de fe, Felps.

—Te equivocas, creo que en este caso es más que nunca una cuestión de fe.

## Capítulo 18



El piso de Gerome estaba en orden. Cuando regresaron a él, lo encontraron tal y como lo habían dejado. Pigeon se refugió en su butaca preferida y Valentine pidió a Gerome que le dejara usar su ducha. El mareo aún debilitaba sus músculos, le dolía la rodilla, y tenía la mente nublada. Necesitaba relajarse bajo el chorro de agua caliente. Gerome la acompañó y le mostró dónde estaban todas las cosas para que pudiera localizarlas cuando las necesitara. Valentine memorizó dónde estaba el champú y el gel de baño, dónde estaban las toallas, y en cuanto se quedó sola, comprobó las dimensiones de aquel nuevo espacio. Siempre que debía manejarse en un lugar que no conocía hacía lo mismo, familiarizarse con sus contornos, muebles, esquinas y obstáculos. Con la luz encendida, percibía la forma del lavabo, el inodoro, y lo que suponía era la cortina de la ducha. No había mampara.

«Mejor»

Se quitó la ropa, la dejó sobre la tapa del inodoro, cogió una toalla, la dejó sobre ella, y después se metió en la ducha. Abrió el grifo y el agua empezó a correr. Se calentó enseguida y Valentine percibió el vapor húmedo y cálido que empezaba a llenarlo todo. Un escalofrío se extendió por su espalda



y se le puso la piel de gallina. Estaba muy sensible. Cada vez que Konstantin la tocaba, se volvía más y más perceptiva. Metió la cabeza bajo el agua y dejó que empapara su pelo y su rostro. Con los ojos cerrados, se dejó llevar por las sensaciones.

Apenas recordaba nada desde que Konstantin la sacara de su apartamento, nada... salvo las sensaciones que desencadenaba en ella cada vez que la tocaba. Un gemido involuntario brotó de su garganta al recordarse en sus brazos.

«Oh, por Dios bendito, cálmate...»

Se frotó la piel con energía, reprendiéndose por reaccionar así. Según Pigeon, había estado inconsciente todo el tiempo, porque él le había hecho algo. Ella sabía bien qué era: el tacto. Con sólo rozarla, se había desmayado. Se llevó los dedos a la frente, al punto donde él había puesto su mano, y rememoró otra vez las sensaciones que la habían hecho desfallecer, aquel fogonazo de luz, el calor, el vértigo... y la necesidad de acercarse más... a Konstantin. Konstantin... Ahora que sabía su nombre, no dejaba de repetirlo. Valentine tragó saliva.

Esa energía que él le trasladaba aún cosquilleaba por sus venas, electrizante y vital. Alguna clase de vínculo la unía a él, algo poderoso. Se preguntó por qué la estaba ayudando... para luego desaparecer. Era como el juego del ratón y el gato, Konstantin se acercaba y se alejaba caprichosamente, primero en el avión, luego en su apartamento, el almacén... Eso la estaba afectando de forma profunda. Anhelaba verle, hablar con él, y odiaba el frío que llenaba su alma cuando él no estaba.

Se le encendieron las mejillas por el enojo que despertaba en ella el no poder controlar lo que ocurría con Konstantin. Alargó la mano y tomó el champú de Gerome para lavarse la larga melena rubia. Se jabonó el pelo, masajeando con cuidado su cabeza mientras reflexionaba. No podía sustraerse al efecto que ejercía sobre ella, ni quería hacerlo. No, exigía respuestas, no

estaba bien formar parte de algo siendo ignorante del papel que le había tocado en suerte. La próxima vez que lo tuviera cerca, no le permitiría escabullirse. Ya estaba bien de misterios. Y Konstantin era el mayor misterio con el que se había topado jamás.

Gerome llamó a la puerta.

—Valentine, te he preparado el sofá-cama en el salón. Pigeon dormirá contigo esta noche, espero que no te importe.

Valentine frunció el ceño, pensativa.

—Está bien, Gerome —tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del ruido de la ducha.

—Vale. Voy a acostarme, te he dejado algo de comer en la cocina. Si me necesitas, llámame.

—¿Tú no vas a comer nada?

—No tengo hambre y necesito descansar. Mañana hablaremos.

—Hasta mañana Gerome. Y gracias.

—No hay de qué, Valentine. Me alegro de haberte encontrado.

Qué conversación tan normal... Recordó la extraña charla que había tenido con Pigeon en el taxi, de camino al apartamento. Gerome no conocía a Konstantin, pero había asegurado a Pigeon que era peligroso. No estaba de acuerdo con él. Valentine se enjuagó el pelo, el rostro tenso, su mente bullendo, concentrada en la amalgama de acontecimientos que estaban entretejiendo una red alrededor de la que tal vez no pudiera escapar. Desde luego Gerome no se parecía a Konstantin, al menos respecto a lo que le hacía

sentir a ella. Konstantin era fuego, pasión, fuerza... mientras que Gerome le daba calma y seguridad.

Tras la ducha, mientras se secaba con la toalla y volvía a vestirse, le dedicó un pensamiento a Amanda. Debía llamarla cuanto antes para que supiera que estaba bien. No debía retrasarlo más. Seguro que ya había llegado a Nueva York y estaría esperando saber de ella, cada vez más preocupada. Pensaría que la habían devuelto al centro. Valentine contaba las horas para volver a encontrarse con ella. En cuanto se vieran, las cosas empezarían a ir mejor. Amanda sabría qué hacer, estaba segura... En cuanto a su medicación... Ya se había saltado muchas tomas, y tenía miedo de dormir. Si Amanda no podía conseguir más pastillas, una vez que la habían despedido del New Hope, la repercusión que provocaría en ella no tomarlas con regularidad se agravaría, sin lugar a dudas. Valentine se alisó el pelo y se lavó los dientes. El miedo a volver a ser víctima de esos sueños era muy real...

«Pero Pigeon estará conmigo...», se recordó.

Sonrió al darse cuenta de que no iba a estar sola. La presencia de la niña actuaría como un bálsamo y las pesadillas se mantendrían a raya un poco más.

No quiso comer nada. Pasó de largo la cocina y se fue al salón cojeando ostensiblemente. Su rodilla palpitaba, resentida por no usar el bastón. Lo echaba de menos. Seguramente se había quedado en el piso.

«Necesito uno nuevo o acabaré arrastrándome...»

El sofá-cama de Gerome estaba abierto, era grande y algo incómodo, pero suficiente para las dos. Pigeon ya estaba acurrucada bajo las sábanas.

—¿Crees que Mr. Doggy estará bien?

—No lo sé, Pigeon.

Valentine se metió con ella bajo las sábanas y se acomodó echa un ovillo, mirándola de frente. Pigeon se acercó y la obligó a estirarse para poder abrazarla. Estrechó su cálido cuerpo infantil contra el suyo, buscando protección. Valentine apoyó la mejilla en su ensortijado pelo.

—Estaba contigo en el almacén. Debió de seguir a Konstantin cuando se te llevó.

Valentine arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Quién?

—Mr. Doggy.

—¿Por qué haría eso?

—Creo que le gustas. Creo que Konstantin también le gusta.

—¿Y a ti?

—¿A mí?

—Sí, ¿te gusta Konstantin?

—Mmmm... No lo sé, es difícil decirlo. Es... raro.

—Todos somos un poco raros.

Hablaban en susurros. Pigeon alargó el brazo y apagó la luz. Luego apoyó la mejilla en el pecho de Valentine y se dedicó a escuchar los latidos de

su corazón.

—A lo mejor podrías decirme qué sois y así dejaría de hacer suposiciones —sugirió de pronto.

—¿Qué...? No te comprendo...

—Oh, vamos... Konstantin no es... muy normal.

—No... es cierto...

—Pero es que Konstantin y tú sois iguales. No me atrevería a preguntarle a él, pero tú... esperaba que supieras aclararme por qué brilláis como luces de neón.

Valentine se puso rígida, sorprendida por una afirmación tan descabalada. Trató de enfocar el rostro de Pigeon, pero estaba oscuro y sus ojos no podían ofrecerle nada más que vagas sombras.

—De qué estás hablando...

—Sssschhh... baja la voz o Gerome nos oirá...

—Pigeon, ¿de qué hablas?

—Bueno, creía que tú podías verlo, ¿acaso no te has dado cuenta? Los dos tenéis una especie de aura alrededor, a veces brilla más, a veces menos, pero yo puedo verla.

—No es verdad, yo no tengo ningún aura...

Pigeon sonrió, aunque sabía que Valentine no podía verla. Rozó su

rostro con los dedos, absorta en el modo en que aquel suave fulgor que siempre la rodeaba brillaba en la oscuridad.

—Es curioso que tú no puedas verlo y yo sí...

—A lo mejor lo estás imaginando... —A Valentine le tembló la voz, porque algo en su interior le decía que no eran imaginaciones, sino algo muy real—. Al fin y al cabo, nadie más ve lo que tú ves...

—Sé que Konstantin también. Cuando él está cerca de ti, vuestras auras se mezclan, y se vuelven mucho más brillantes.

—Venga, Pigeon...

La niña la miró con aire reflexivo.

—Así que es verdad que no lo ves. Puede que tu ceguera también te afecte en eso, ¿no?

—No sé, Pigeon...

El corazón de Valentine latía a toda prisa.

—Konstantin no es peligroso —aseguró Pigeon, como si hubiese adivinado sus pensamientos—. Estoy segura.

—Gerome tiene razón, deja de darle vueltas a las cosas y duérmete.

—Pero Valentine...

—Duérmete, Pigeon.

—¿Sabes que Valentine significa «fuerte»? Deberías hacer honor a tu nombre y dejar de ir por la vida como una pobre chica desvalida.

Valentine se enfureció, y Pigeon percibió la tensión que dominaba su cuerpo.

—No te enfades, lo digo con buena intención. No sé por qué te comportas como si tu vida dependiera de los demás, siempre parece que tienes que pedir permiso. ¿Acaso no puedes decidir por ti misma? Yo creo que sí, yo lo hago, nunca dejaré que otros me digan cómo va a ser mi vida.

Su voz se endureció, y Valentine se compadeció al comprender que estaba pensando en su padre y en su tía. Al instante se relajó.

—A lo mejor no he tenido ocasión —reflexionó—, recuerda que he pasado toda la vida en un centro.

Y era cierto, siempre encerrada, bajo supervisión, guiada estrechamente por la doctora Flemming, vigilada por las enfermeras... Y ahora querían encerrarla para siempre. Nunca le habían dejado espacio para ser ella misma, para escoger qué hacer con su vida. Esa certeza la incomodó. ¿No era de eso de lo que le había hablado tantas veces Amanda? Se trataba de ser libre, y ahora lo era, pero se comportaba como si continuara encerrada. «Demasiado tiempo atrapada, ya no sé comportarme de otro modo...»

—Ahora eres libre para tomar tus decisiones. Y bien, ¿vas a decirme qué sois?

—No puedo, Pigeon, no entiendo de qué me hablas...

—Tendré que preguntarle a Konstantin... —siseó la niña.

Le dio la espalda a Valentine y cerró los ojos, sólo para abrirlos otra

vez, incapaz de conciliar el sueño. Quiso hacer otra pregunta, abrió la boca... y la cerró. Valentine la rodeó con los brazos y se acurrucó a su lado. Se quedaron las dos en silencio, despiertas, fingiendo cada cual que estaba dormida.

«Todo estaba oscuro, negro sobre negro, sin principio ni fin, como en un lienzo eterno en el que el color no tiene cabida, como en un agujero negro que engulle la luz y el sonido, y el tiempo. La soledad traspasaba a Valentine, y ella se esforzaba por ver a través de esa densa oscuridad, por avanzar... Sin embargo sus ojos estaban ciegos, y su rodilla inflamada se quejaba, irradiando dolor hacia la pantorrilla y hacia arriba, hasta la ingle... Valentine sollozó, y su voz no se escuchó, se la tragó aquella inmensidad negra. No había dónde sentarse, no había norte o sur, ni horizontes, ni referencias, en ese espacio inconmensurable de vacío.

Estaba soñando, pero aquel sueño no era como los otros, era nuevo, diferente. No tenía miedo, no había por qué. Valentine sólo estaba triste. No soportaba la soledad. Flotar en aquella nada se parecía mucho a como estaba viviendo su vida, sin referencias, sin familia, sin futuro.

Valentine alzó el rostro y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Era agradable sentir las. También notaba su pulso, la sangre corriendo por sus venas... continuaba siendo sensible en aquella gran nada. El peso de su soledad la abatió, y Valentine empezó a hundirse...

Y entonces, cuando creía que iba a desaparecer engullida por aquel pozo negro, un agujero se abrió sobre ella, una brecha en la densa tela de araña en la que flotaba, y a través de esa brecha penetró la luz. Valentine levantó la cara y buscó su contacto, quiso flotar hacia ella. La brecha creció, y el sol se derramó en la nada y se abrió paso hasta envolverla en sus cálidos



dedos, acunándola, aislándola de la soledad y el vacío. Valentine se sintió maravillosamente bien, reconfortada, feliz, y deseó poder quedarse eternamente flotando en aquella luz dorada. Sus ojos le mostraron las nubes lamiendo la brecha abierta en la nada, y un cielo azul al otro lado. Un aire fresco y vivificante se colaba por la abertura, y ella alargó las manos para sentirlo.

Su corazón se ensanchó, y de pronto pudo respirar mejor, y su mente se despejó.

—Valentine, no temas nada, «no estás sola»... Despierta, despierta, debes despertar...

Esa voz descendió sobre ella y la bañó de calidez y ternura. Algo se liberó en su interior, y el significado de esas palabras se abrió paso en su mente. De pronto comprendió que la vida era mucho más que aquello que le mostraban sus ojos ciegos, luces y sombras, formas vagas, confusión... La vida era mucho más que el mundo conocido, y la muerte sólo era una transición. No había nada que temer, porque ella formaba parte de todas las cosas, y era amada, y aunque ahora no lo comprendiera con su mente finita, intuía que algo maravilloso se ocultaba tras la oscuridad. Sólo debía confiar.

—No estás sola... No debes tener miedo a nada, no estás sola...  
¡Despierta!

Valentine sonrió, henchida de felicidad... agradecida.»

Cuando despertó, tenía el rostro bañado en lágrimas, y una sensación de bienestar domeñaba su alma. ¿Qué había sido aquello? Un sueño, no... había sido muy real, un mensaje, sí... Valentine sonrió, acunándose en la dulce sensación que la promesa de aquella voz le había provocado. Se llevó las

manos al pecho para sentir los latidos de su corazón, embargada por una emoción inexplicable. Estaba eufórica, llena de confianza, feliz... Buscó a Pigeon en la oscuridad. La niña dormía a su lado, su calor llegaba hasta ella. Valentine acarició a tientas su espalda y al poco se durmió, segura de que aquella noche no tendría pesadillas.

Cuando la luz del día arrastró el sueño y la atrajo de vuelta a la realidad, Gerome estaba conversando con Pigeon junto a la ventana. Valentine tenía la cabeza hundida en la mullida almohada y disfrutaba de las agradables sensaciones que la habían acompañado toda la noche. Aún conservaba el estado de felicidad en que la había sumido el fantástico sueño que había tenido, y deseaba no perderlo jamás. «No tengas miedo, no estás sola...», su pecho subía y bajaba rápidamente al recordar. Era felicidad lo que sentía, una emoción desconocida... Se dio cuenta de pronto de que no había vuelto a tener pesadillas, incluso sin tomar la medicación... Eso no era lo que se suponía que pasaría. ¿Acaso estaba curada?

Las figuras de sus dos amigos se recortaban contra la luz matutina. Gerome, enorme y negro, Pigeon, menuda y frágil, con su graciosa corona de pelo rizado flotando en torno a un rostro menudo que para ella no era sino una máscara sin facciones.

«No es tan frágil, sólo lo parece porque tiene doce años...»

Valentine se tomó su tiempo, aún adormecida. Todo parecía normal, como si no acabaran de rescatarla de un viejo almacén abandonado, como si nadie la buscara para enterrarla en un psiquiátrico. Decidida a disfrutar un rato más del placer de sentirse a salvo, se arrebujó bajo las sábanas y cerró los ojos, dispuesta a escuchar lo que Gerome le decía a la niña.

—...la encontré en el suelo de tu habitación, creí que querías tenerla.

Gerome le entregó a Pigeon la caja de sus tesoros. Valentine no sabía qué era, pero la pequeña... al verla emitió un gemido de admiración, y se

lanzó a los brazos de Gerome, besándole mil veces en la cara. Su delicada piel blanca destacaba contra la sedosa piel oscura de aquel gigante africano.

—Gracias Gerome...

Pigeon abrió la caja y comprobó que estaba todo allí.

—Creo que no me he dejado nada. Si es así te prometo que iré a buscarlo.

—No, está todo lo que me importa... Temía que mi tía Dirdre se hubiese quedado con algo —gruñó Pigeon con rabia. Aún le hervía la sangre al imaginarla manoseando sus pertenencias. Cogió aquella foto de su madre en la que aparecía tan sonriente y la acarició—. Era muy guapa, ¿verdad?

—Sí que lo era. Tú tienes su sonrisa, deberías sonreír más a menudo, sería como atraer a Maddi a la vida real por un instante.

Pigeon agachó la cabeza con tristeza. Su pecho menudo subía y bajaba por la emoción bajo la camiseta.

—Me mintió cuando estaba enferma. Me dijo que no pasaba nada y que pronto volvería a casa.

Gerome guardó silencio. Sabía que debía dejarla hablar.

—Murió al cabo de sólo un mes. Todo el mundo miente.

—¿Lo crees así?

—Es la verdad, tú, Valentine, yo... Todos mentimos sobre algo.

—¿Por qué crees eso? Tu madre sólo quería protegerte.

—¿Protegerme? ¿De qué?

—Del dolor, del miedo, de la tristeza.

—Pero es mi decisión si quiero estar triste cuando mi madre se va a morir. Nadie debería robarle a uno sus emociones. Mentir no sirve para nada.

—Ella te quería, Pigeon, es lo que importa.

Pigeon clavó sus bonitos ojos azules en los grandes y negros de Gerome con intención.

—¿Tú me quieres? Eres mi amigo, si no, ¿por qué me dejas venir aquí?

Gerome adoptó una expresión cauta. Su enorme cuerpo se envaró, los poderosos músculos de su torso se tensaron.

—Claro que te quiero...

—¿Y por qué me mientes?

—No sé en qué te he mentado.

—No quieres decirme qué pasa, eso es mentir.

—Qué pasa con qué...

—Con la señorita Codenpage, por ejemplo. Sé que te ha estado llamando.

Gerome la miró con sorpresa. No tenía ni idea de que Pigeon supiera eso.

—No te he mentado, Pigeon, simplemente no era importante —mintió—. Sólo quiere asegurarse de que estás bien. Y lo estás, ¿verdad? Yo cuido de ti.

Pigeon meneó la cabeza.

—He visto la cara que pones cuando hablas con ella. ¿No vas a decirme por qué?

Gerome la miró con tristeza. Valentine escuchaba ahora con preocupación.

—No te oculto nada, Pigeon.

—No te creo, y no me gusta que me escondas cosas.

Gerome frunció el ceño.

—Pigeon, la señorita Codenpage es mi problema por ahora, ¿de acuerdo? No quiero que te preocupes de ella también.

—¿No vas a decirme de qué habláis?

Gerome soltó un suspiro.

—Basta, Pigeon. Tendrás que confiar en mí. Oye... Te ruego que lo dejes estar. Te prometo que si debo decirte algo, lo haré. Por favor.

A Pigeon se le escapó una lágrima.

—Está bien, supongo... —Pareció pensar en algo, y de pronto su rostro pasó del enfado a la curiosidad—. Bueno, Gerome... ¿y qué crees que es Valentine?

Pigeon siempre hacía lo mismo, cambiaba de tema tan repentinamente que siempre cogía a Gerome desprevenido. A veces le desconcertaba. Valentine aguzó el oído, ardiendo de curiosidad por saber lo que pensaba Gerome de ella.

—¿Qué es? —estaba extrañado—. No te comprendo.

—¿Es que no lo ves? La has visto brillar, igual que yo... ¿verdad?

Gerome clavó sus ojos en los de Pigeon. Al fin se encogió de hombros.

—Brillar...

—Valentine brilla, tiene como un... —Pigeon vio que Gerome arqueaba las cejas, cada vez más sorprendido—. Oh, así que no puedes verla...

—Me he perdido... —confesó él—. Pero supongo que tampoco me importa.

—¿Y por qué no te importa?

—Porque... —reflexionó Gerome—, supongo que es más seguro para ella que no me importe. Todo lo que rodea a Valentine es un misterio, eso sí que lo he visto, pero algo me dice que es mejor dejarlo estar.

—No lo entiendo, ¿no sientes curiosidad? Deberías verla, a mí me parece un ángel...

Los ojos de Gerome brillaron con una advertencia.

—Yo también creo que es un ángel... Aunque sospecho que no del modo que tú insinúas...

Dijo aquello con ternura, y Valentine se estremeció.

—Está bien. Le preguntaré a Konstantin.

—No creo que él sea la persona adecuada para responder a tu insaciable curiosidad.

—¿Por qué no?

—No sé quién es Konstantin, pero no me parece que debas acercarte a él, Pigeon.

—No estoy de acuerdo...

Gerome endureció su gesto.

—¿Por qué no te gusta Konstantin? —le presionó la niña.

—No tienes que saberlo todo, Pigeon.

—Oh, ya me lo dijiste... Es porque te parece peligroso.

Pigeon se quedó mirándolo, desafiante.

—No hagas tonterías... —El tono de Gerome se volvió imperativo, casi urgente. Había una súplica en el fondo de su voz. Valentine escuchaba ahora sobrecogida—. Por favor...

—¿Por qué no debería?

Gerome apretó los labios, resistiéndose a hablar de ello.

—¿Y qué pasa con Valentine? No me pareció que Konstantin quisiera hacerle daño, más bien...

—Pigeon, ¡basta!

Pigeon bufó exasperada.

—No es justo, ¡no tienes en cuenta nada de lo que digo!

Gerome la besó en la frente con infinita paciencia. Pigeon notó que la discusión había terminado y ella había perdido su oportunidad.

—Me agotas.

Valentine se encogió bajo las sábanas. ¿Ella era diferente? ¿Como Konstantin? Eso era imposible, ¿en qué se le parecía? No imaginaba qué significaba ser distinta, o por qué Pigeon podía verlo y ella no. La asustaba lo que Konstantin significaba, ese misterio... resultaba muy... inquietante. No estaba segura de querer formar parte de él. Por primera vez deseó poder ver, poder comprobar por sí misma a qué se refería Pigeon cuando decía que Konstantin y ella brillaban como luces de neón. Lo único que sí había podido experimentar había sido la energía que desprendía él cuando la tocaba. ¿Qué significaba eso? ¿Era esa energía lo que veía la niña? ¿Acaso ella también la tenía? Valentine rechinó los dientes, frustrada consigo misma.



Catorce años encerrada y medicada. Quería saber por qué. Ahora comprendía que no era sólo porque tratara de quitarse la vida con ocho años, o porque provocara un incendio en el que murieron sus padres, o porque sufría espantosas pesadillas. No encontraba justificación para que pretendieran encerrarla de por vida, y además, Amanda aseguraba que no había nada, ninguna orden judicial, nada, que le impidiera ser libre. Si Amanda, su psiquiatra, una profesional cualificada y respetada en su gremio, consideraba que estaba curada y le daba el alta, nadie podía legalmente impedir que se marchara del New Hope. Entonces, ¿por qué aun así la perseguían? Empezaría por preguntarle a ella. Y si ella no tenía respuestas, acudiría a las autoridades... O tal vez debería empezar a valorar buscar al que de verdad tenía respuestas, por arriesgado que pudiera ser: Konstantin.

Valentine asomó los ojos por debajo de la sábana y contempló a Gerome. Su figura oscura destacaba como una gran sombra negra. Había sido capaz de ver su rostro una vez, gracias a Konstantin. Pero Gerome lo consideraba un peligro. ¿Y ella? ¿Acudiría a Konstantin sin temer lo que él pudiera decir? Al pensar en ello se le encogió el estómago y su corazón se aceleró. Ni siquiera sabía dónde encontrarle...

## Capítulo 19



La noticia sobre la muerte de Amanda Flemming apareció en primera plana en los principales periódicos del país. Marcus Tate Mills se enteró del desgraciado suceso mientras desayunaba, de regreso en su casa, la Casa de Blaine, donada al estado de Maine como residencia del gobernador desde 1919.

Acababa de sentarse en su despacho, había dado instrucciones a su asistente personal para que le fuera servido el desayuno allí mismo, y mientras lo esperaba, se había dedicado a leer el diario *The Times Record*. Y allí estaba, el titular con su nombre, un primer plano de Amanda, y el relato de lo ocurrido. Había muerto en Manhattan, en el Wolker Hotel donde se había alojado a su llegada a Nueva York, el mismo desde el que lo había llamado a él para asegurarse de que iba a ayudarla... Una arcada subió por su garganta y Marcus tuvo que salir disparado al aseo con que contaba su despacho. Vomitó lo poco que tenía en el estómago, y cuando ya no le quedó nada arrojó bilis y se le llenó la boca con su sabor amargo. Cuando al fin superó la crisis, se levantó, se enjuagó la boca, se lavó los dientes, las manos, se refrescó la cara... y se quedó un momento mirándose al espejo, completamente deshecho. Amanda, muerta. ¿Suicidio? Sonaba ridículo. Amanda no era de las que se suicidaban. Marcus inspiró por la nariz, soltó el aire lentamente por la boca,

mientras trataba de asimilar la horrenda noticia. No acababa de creérselo.

Regresó a su mesa y volvió a leer el artículo, fijándose en todos los detalles. Le temblaba el pulso.

—¡Joder!

Soltó un golpetazo sobre la pulida superficie de madera de roble de la mesa y tiró algunos papeles al suelo. Al instante se asomó su asistente, con cara de preocupación.

—Disculpe, gobernador, ¿va todo bien?

—Sí... Lo siento, Angus, no te preocupes.

—¿Quiere que le traiga algo? Oh, vaya, deje que recoja...

—¡No! Angus, déjame... por favor.

El asistente pareció desconcertado, pero cerró la puerta y le dejó a solas. Al cabo de un segundo Marcus pulsó un botón de su centralita para hablar con él.

—Angus, por favor, cancela mi agenda por hoy. No me encuentro bien...

—¿Todo?

—Sí, por favor, reuniones, llamadas, todo...

—Está bien gobernador, me ocuparé de arreglarlo. ¿Quiere que avise al doctor?

—No, gracias.

Marcus cortó la comunicación y se recostó en el mullido respaldo de cuero de su silla. Cerró los ojos. Amanda se había arrojado desde su habitación y se había matado al estrellarse contra el suelo en una caída brutal. Quince pisos... Cómo era posible. Había hablado con ella, después la convención de Nueva York se había cancelado, y él había regresado a Maine. No podía haber sucedido algo así en tan corto intervalo de tiempo... Si le hubiese dicho que estaba en el Wolker Hotel, y hubiese aceptado cenar con él, tal vez ahora estuviese viva.

Pero no había aceptado.

Y no había podido volver a verla, después de siete años. Había tenido la ocasión de acercarse de nuevo a ella... y ya no estaba. Amanda se acabó. Marcus sintió el corazón endureciéndose dentro de su pecho, rígido, apelmazado. No derramó una sola lágrima, no era hombre de llantos, pero el dolor estaba ahí, instalándose poco a poco en lo más profundo de su alma. Amanda era la única mujer a la que había amado de verdad. Su ruptura había sido una tragedia, un hito triste en su vida que le había costado superar, y ahora estaba muerta, fuera de su alcance, para siempre. Sencillamente no daba crédito. Absurdamente cogió su teléfono y marcó su número. Saltó el buzón.

«Hola, soy Amanda Flemming, ahora mismo no puedo atenderte, deja tu número y te llamaré cuanto antes»

Al escuchar su voz, tan natural, tan cercana y viva, Marcus creyó que enseguida podría hablar con ella. Esperó, pero lo único que escuchó fue el pitido que le invitaba a dejar su mensaje. Marcus colgó. Recostó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Amanda, Amanda... No era posible...

Pero sí lo era, estaba en el periódico. No había error.

No podía obviar que el asunto de Valentine Borderer olía mal. Ella le había llamado para asegurarse de que iba a ayudarla. La había notado tensa, preocupada, porque la chica había desaparecido. Una horrible sospecha empezó a palpar en su mente. Podía ser una casualidad, pero el caso es que Amanda había muerto cuando estaba tratando de ayudar a Valentine. La posible razón de su suicidio, según el *The Times Record*, era su reciente despido del New Hope Psychiatric Center después de más de catorce años de dedicación. Marcus sabía que Amanda estaba dolida, furiosa por ese hecho, pero no desesperada. Además, había estado husmeando en los expedientes del centro. Nadie piensa en suicidarse si está arriesgándose para averiguar algo. Cabía dentro de lo posible que hubiera cabreado a alguien.

Marcus esperó a que esa idea se asentara en su cabeza. Luego la desechó. Demasiado dramático. Pero estaba muerta, ¿acaso iba a creer que se había arrojado por la ventana para quitarse la vida? No cuando estaba removiendo cielo y tierra para ayudar a Valentine Borderer, no cuando estaba esperando su ayuda. No, Amanda Flemming no se había suicidado... Luego había sido asesinada. Asesinato.

Marcus volvió a descolgar su teléfono y llamó a Gallagher. Comunicaba.

—Maldita sea... Joder, Amanda, joder...

Trató de calmarse, se secó el sudor que comenzaba a formarse sobre su labio superior, se secó la frente, húmeda, y respiró hondo, aún con el teléfono en la mano. Clavó sus ojos verdes en la foto de Amanda. Sus ojos parecían mirarle directamente, su sonrisa, era como la recordaba. Marcó de nuevo el número del detective de Seattle.

—Joder Marcus, aún no tengo nada —rezongó Gallagher.

—Luther, Amanda Flemmigs está muerta. —La voz de Marcus sonó rota. Carraspeó, lívido y alargó la mano para rozar las facciones de su ex-mujer sobre el papel—. ¿Me has oído?

—¿Muerta?

—¿No lees los periódicos?

Hubo ruido al otro lado. Gallagher estaba trasteando sobre su mesa. Al poco regresó.

—No tengo ningún periódico a mano, espera, lo comprobaré en la red...

Marcus esperó unos segundos mientras se llenaba de impaciencia y su mal humor crecía, arrastrando la pena que mantenía su corazón en un puño.

—Suicidio...

—Y una mierda —rugió.

—¿Y una mierda? ¿Qué significa y una mierda?

—¡Que muevas el culo, porque a Amanda Flemming la han asesinado!

—Marcus, te estás volviendo paranoico, primero deja que...

—Escúchame bien, Luther. A Amanda Flemming se la han cargado, anoche hablé con ella por teléfono, estaba en Nueva York, seguramente por su paciente, Valentine Borderer... que además ha desaparecido... ¿y horas después se arroja por la ventana?

—No tiene mucho sentido... —reconoció Gallagher.

—No, por eso quiero que empieces a mover el culo y me cuentes qué ha pasado, ¡joder! ¡Quiero la cabeza del que la ha matado en una bandeja en mi despacho!

—Marcus, deberías calmarte, maldito lunático...

—Y ya va siendo hora de que le tengas un poco de respeto al gobernador de Maine, detective, no vaya a ser que se me olvide hablar bien de ti la próxima vez...

Marcus colgó, furibundo. No sabía qué hacer con la rabia que circulaba por su cuerpo y su mente. Hervía de impotencia, era como una cafetera a máxima presión, y estaba a punto de estallar.

—¡Joder!

De un manotazo arrojó todo lo que había sobre su mesa al suelo, desparramándolo todo alrededor. El periódico se deshizo y las hojas se separaron y cayeron desperdigadas. La imagen de Amanda fue a parar a un rincón. Cuando Marcus la vio, se levantó de golpe, la recogió, la estrujó entre sus manos crispadas y cayó de rodillas sobre el suelo enmoquetado, sollozando como un niño.

Luther Ewan Gallagher aún sostenía el teléfono en la mano, pensativo. No le había molestado el tono del gobernador, comprendía que la noticia de la muerte de su ex-mujer debía de haberle afectado profundamente, pero sus palabras sobre el hecho de que la doctora hubiera volado a Nueva York por

Valentine, y de que ésta hubiese desaparecido, resonaban en su cerebro en rojo fuego. Marcus tenía razón, era demasiado sospechoso.

—Dónde cojones está Bokana...

Entonces recordó que aún seguía de baja, y soltó un improperio.

—¡Artcher!

El joven agente se asomó por encima de la pantalla de su ordenador.

—Estoy aquí... —arqueaba las cejas sin comprender por qué su compañero le miraba como si fuera a triturarlo—. Qué...

—Busca a Bokana, localízala, dile que la espero en el Perry Monday dentro de una hora, ¡me da igual dónde esté!

—¿Bokana no estaba de baja?

—¡Hazlo!

Gallagher cogió su chaqueta y se marchó sin esperar su reacción. No sabía por qué, todo el tiempo tenía ganas de estrangular a Artcher. O seguramente era que le jodía mucho que el caso que había endilgado a Bokana creyendo que era un asunto menor, fuera a convertirse en algo feo de verdad. Como con Ortega.

El Perry Monday era un bar de copas al que solían acudir los agentes de la policía de Seattle y del que Gallagher era asiduo, y que Bokana también frecuentaba. Se sentó a esperarla en un rincón, rumiando su mal humor. Lo cierto era que no le había dedicado ni un minuto al asunto de Valentine Borderer, y ahora se arrepentía. No sabía si Bokana había estado haciendo los deberes o no, pero esperaba que sí. Conociéndola, incluso estando de baja



habría ido adelantando trabajo. Sacó su bloc de notas, arrancó unas cuantas hojas, y escribió en ellas lo que Marcus le había contado, ordenándolas delante de él para tenerlas a la vista. En una había escrito el nombre de Amanda Flemming, en otra el de Valentine Borderer, y en otra el nombre del New Hope Psychiatric Center. Añadió el nombre del arzobispo Felps en otra nota, porque sabía que era uno de los fundadores del centro, y otra con el Wolker Hotel en Manhattan. No tenía nada, porque no se había ocupado de ello.

—¿Jugando a los cromos?

Bokana apareció de la nada delante de él. Llevaba un abrigo de piel fina negro hasta los tobillos, el pelo castaño recogido en la nuca y una camiseta blanca con unos vaqueros negros que le sentaban de miedo. Pero era su sonrisa la que encandilaba a Gallagher. Lamentó que no sonriera.

—¿Cómo estás?

—Sé que no te importa. —Lyne apartó una silla y se sentó frente a él, puso las manos sobre la mesa, cruzó los dedos y frunció el ceño, estudiándole. Luego observó las notas—. Bates me ha dicho que estás de muy mal café, ¿qué pasa?

Gallagher se inclinó hacia delante y extendió las notas, dándoles la vuelta para que ella pudiera verlas.

—Dime que has estado ocupándote de esto.

—¿Ahora te interesa?

—Me interesa.

—¿Y por qué, si se puede saber?

—Bokana, o me dices qué has estado haciendo o vas a conocer mi lado menos amable...

—No sabía que tuvieras uno amable... —murmuró ella. En el fondo de sus ojos castaños había una mirada burlona, pero Gallagher no la vio porque la ocultó bajo sus largas pestañas. Estaba mirando las notas—. Te falta información.

—Así que has estado trabajando.

—Ya sabías que lo haría.

—¿Y bien?

Lyne suspiró. Había esperado poder retener unos días lo que sabía sólo para joder a aquel prepotente engreído, pero al parecer no iba a poder ser.

—¿Estuviste en la casa de Ortega?

—No me vaciles, Lyne...

—No te vacilo. Si me cuentas qué encontraste, te contaré lo que yo he averiguado. Es un buen trato.

Gallagher rumió un insulto, lo masticó y se lo tragó.

—Estuve en su casa.

—¿Y? —Gallagher cambió el gesto—. ¡Lo sabía! Dime qué encontraste...

—Una fotografía. Estaba caída debajo del frigorífico, y en ella se ve a tu sacerdote con otro cura. Detrás había una nota, una carta de un tal B.N dirigida a él. Supongo que B.N. son las iniciales del nombre del cura de la foto, Artcher está en ello.

«Cómo no», pensó Lyne.

—¿Y qué decía la carta?

—Ortega estaba angustiado por algo y su amigo le decía que lo olvidara y que se centrara en ser cura. Más o menos.

Lyne se quedó pensando. Le hubiera gustado echarle un vistazo a esa carta. Se guardó sus impresiones para más tarde y asintió, conforme.

—Ahora escupe lo que tengas, porque me urge ponerme al día. Dime que has encontrado algo...

—Algo sí, y muy curioso.

Lyne le contó entonces que los padres de Valentine Borderer estaban vivos, que continuaban viviendo en Lynnwood, y que creían que Valentine estaba muerta.

—Cuando me llamaste estaba en el cementerio, delante de su tumba.

—Joder... Alguien se ha tomado muchas molestias para enterrar a esa familia...

—He estado husmeando en el Northwest Hospital, y adivina... He podido localizar al médico que la trató, y he ido a verlo. Se acordaba perfectamente del caso, según él muy triste. A Valentine la dejó alguien sin identificar en la puerta de urgencias, con la rodilla hecha trizas, pero lo de su

ceguera... Dice que no es cierto que el fuego la dejara ciega, que es cierto que perdió prácticamente su capacidad de ver, pero no por el fuego, las causas eran desconocidas... Le he preguntado que fue de ella después, y tras sufrir una larga serie de intervenciones en su rodilla, fue internada en el New Hope Psychiatric Center de la mano de Paolo Santorini, que resulta que entonces era sacerdote y ahora obispo. El doctor asegura que los padres de la niña habían fallecido en el incendio y dada la gravedad de lo ocurrido, y puesto que Valentine trató de quitarse la vida, decidieron internarla, y a todo el mundo le pareció bien... Así que Valentine está viva y cree que sus padres están muertos, y sus padres están vivos pero creen que ella está muerta, y oficialmente, es Valentine la que falleció —Gallagher escuchaba absorto, tratando de digerir todo lo que Bokana le contaba—. No hay orden ni concierto entre la realidad y lo que los periódicos de entonces publicaron o los testimonios de los testigos. ¿Sabes que la psiquiatra que trataba a tu chica, está muerta?

—Ya lo sé, acabo de enterarme.

—Por eso me has llamado. Amanda Flemming, según las noticias se ha suicidado, y la policía de Nueva York también baraja la hipótesis de un suicidio. La echaron del centro hace unos días.

—Esto es feo...

—Con un poco más de tiempo...

—Estás de baja, Bokana. Entro en el caso.

—¿Qué? Querías que me ocupara, ¿y ahora me apartas?

—Dedícate a reponerte y vuelve cuanto antes. El caso de Ortega tampoco pinta bien y Artcher no sabe hacer la «o» con un canuto...

—No pienso dejarlo, Gallagher.

El detective enrojeció, se medio levantó, apretando los dientes, y soltó un exabrupto, escupiendo saliva. Lyne se echó atrás para evitarle, pero no apartó los ojos de él, desafiante.

—No te pongas así conmigo, Luther, no te serviré. Si quieres entrar en el caso, adelante, no seré yo quien te lo impida, pero trabajaremos juntos.

—El caso es mío, y al parecer va a requerir de mi atención, Bokana, tú no tienes suficiente experiencia.

—Yo diría que sí. Lo que pasa aquí es que quieres llevarte toda la gloria. En cuanto te has dado cuenta de que no era una mierda de encargo sin importancia, has corrido a vapulearme para sacarme lo que sé y arrebatarme el mérito, pero entérate, no vas a poder. Dime qué vas a hacer...

Gallagher respiraba con agitación, poco acostumbrado a que lo retaran. Lyne nunca había hecho algo así, parecía otra, desafiante, altiva, dispuesta a mearse en él. ¿Acaso la bala que Simon Pullman le había alojado en el pecho había tocado algún punto vital que había despertado su mala leche? Gallagher reconocía a un depredador cuando lo veía, y Lyne Bokana lo era.

—Debería estar de baja una semana más, pero te aseguro que puedo trabajar. Ya he pedido el alta, vuelvo mañana. ¿Qué tal si empezamos de nuevo?

—Bokana, voy a decirte algo, y espero que no salga de aquí. —Lyne apretó los labios y asintió, llena de curiosidad—. Ha sido el gobernador de Maine quien me ha encargado investigar este asunto.

—¿Marcus Tate? Amanda Flemming es su ex...

—Bingo. Habló con ella la noche de su muerte, al parecer voló de Seattle a Nueva York por alguna razón y se la han cargado en el Wolker Hotel de Manhattan. Él no cree que se haya suicidado.

—Hace poco que la han expulsado del centro, y lo primero que hace es irse a Nueva York. Valentine podría estar allí. Seguro que fue a verla. Deberíamos comprobarlo.

—No sabemos dónde está Valentine. Amanda le dijo a Tate que ha desaparecido.

—Lo averiguaré.

—Tú no puedes.

—Claro que sí. Mañana cogeré el primer vuelo e iré a investigarlo... Mientras tanto, tú puedes ir moviendo piezas aquí.

—¿Ahora das tú las órdenes?

Lyne sonrió. Extendió una mano hacia la nota en la que Gallagher había anotado el nombre del arzobispo Felps.

—¿Lo conoces?

—Sí. Es uno de los fundadores del New Hope.

—Pues a lo mejor podrías ir a hacerle una visita de cortesía...

—No me digas lo que tengo que hacer, Bokana, ya soy mayorcito.

Lyne sonrió más, y Gallagher de pronto, como si hubiera pasado la

tormenta, se tranquilizó.

## Capítulo 20



*«Dices que un invierno tan largo sólo trae promesas de primavera, pero en esta oscuridad no veo signos de esperanza, sino la razón para temer lo peor, cuando el invierno no termina y el frío lo mata todo»*

Las bulliciosas calles de Greenwich Village eran como un hormiguero repleto de actividad. Desde la ventana del apartamento de Gerome se veía un río de gente caminando en todas direcciones, el tráfico era intenso, más aún porque llovía, y los carteles luminosos de los negocios le daban color a la ancha avenida. Valentine apenas veía nada de todo aquello, pero percibía el ruido de los coches, la lluvia en la escalera de incendios... Pigeon a su lado se fijó en un hombre vestido de negro que caminaba levantando un enorme cartel e interpelando a los que pasaban a su lado, seguramente un predicador, o un loco.

—Él sí debería estar en el psiquiátrico, y no tú.

—No digas eso.

—¿Por qué no?



—No deberías desearle algo así a nadie, Pigeon. Ese hombre, sea lo que sea, esté haciendo lo que esté haciendo, no ha hecho nada malo para que lo encierren.

—No lo sabes, y mírale, ahora mismo está gritándole a esa pobre mujer vete a saber qué. Tiene cara de loco.

—¿Y todo eso lo ves desde aquí?

—No, no le veo la cara, pero me la imagino...

Valentine giró el rostro hacia ella y sonrió.

—Debe de ser un fastidio no poder ver nada.

—Sí lo es.

—¿Y dices que no tiene arreglo?

—No. El fuego me dañó los ojos.

—Vaya mierda. Coja y ciega.

Valentine se rió con ganas, y Pigeon la miró con sorpresa, no lo había dicho en broma, pensaba de verdad que era una mierda. ¿Por qué a Valentine le hacía gracia? Si a ella le hubiera pasado eso estaría furiosa.

De pronto Mr. Doggy apareció en las escaleras.

—¡Mira, ha vuelto!

—¿Quién?

Pero la niña no contestó, se limitó a abrirle la ventana a su amigo para que pudiera entrar. El animal pasó a su lado ronroneando, y Valentine sonrió al reconocerlo. Su pelo mojado la rozó. Le gustó su frescura húmeda.

—Espera, no cierres...

Valentine se asomó a la calle y levantó el rostro para recibir la lluvia. Estaba fría. Era refrescante, tal y como la había imaginado.

—¿Ahora te gusta la lluvia?

—Siempre me ha gustado.

Valentine se quedó un rato así, mirando al cielo encapotado, y luego regresó al interior. Pigeon cerró la ventana y después se arrebujó en la chaqueta que Gerome le había prestado. Era demasiado grande, pero abrigaba mucho, y ella la usaba como si fuera un gran abrigo de lana. Se dejó caer en la butaca en la que solía sentarse y llamó al gato. Mr. Doggy saltó a su regazo y se enroscó agradecido.

—¿Dónde habrá estado? —murmuró—. Es asombroso que haya sabido volver desde ese viejo almacén, ¿no crees?

Valentine le dio la espalda a la ventana y se quedó pensativa mientras se secaba la lluvia de la cara con la manga de la chaqueta.

—¿Y tú, sabrías volver?

—Claro.

—Entonces sabes dónde está el almacén...

Pigeon frunció las cejas.

—¿Es que quieres volver?

—Quisiera hablar con Konstantin.

—¡Yo también! —Pigeon se había emocionado—. ¡Podríamos ir juntas!

—No.

—¿Por qué no?

—Porque podría ser peligroso.

—Pero tú no ves nada de nada y estás coja, ¡me necesitas! ¿Cómo si no llegarás hasta él? Aunque te dijera la dirección, no sabrías por dónde entrar...

Valentine reconoció que no le faltaba razón.

—Iremos las dos, y si quieres esperaré fuera...

—No lo harás —sonrió Valentine.

Pigeon enrojeció.

—Bueno, seré discreta... Yo también quiero saber cosas.

—¿Y qué pasa con Gerome?

—Es mi mejor amigo. Él cuida de mí, pero hay cosas que no entiende, y no me gusta que decida por mí, como con esa señorita Codenpage... Cuchichean por teléfono y no me cuenta de qué hablan...

Le había temblado la voz, y Valentine percibió que estaba a punto de llorar. Se acercó y la abrazó.

—Tú no sabes lo que significa para mí que Gerome me mienta, no tengo nada más, no tengo a dónde ir... —sollozó Pigeon.

—Eh, eh... ¡Gerome te adora! Además, me tienes a mí... Pigeon, estoy aquí, puedes contar conmigo...

Pigeon se estrechó contra ella, enterrando la cara en su cuello. Le gustaba el tacto sedoso del pelo de Valentine. Olía bien, y su piel emitía aquel cosquilleo agradable que calentaba su cuerpo. El aura de Valentine se volvió azulada y creció.

—Sé que no mientes porque brillas más —susurró Pigeon.

—¿Qué?

—Tu aura... Creo que cuando dices la verdad, lo que de verdad sientes, brilla más y es más azul. Konstantin brillaba mucho cuando te abrazaba...

—No puedo verlo...

Valentine se miró las manos y vio dos manchas borrosas, nada más.

—Pues es bonito. —Los ojos azules de Pigeon estaban llorosos. Se

secó las lágrimas y sonrió—. Te rodea entera, es como un halo suave. Normalmente apenas se distingue, pero cuando te emocionas crece. Cuando estás contenta es muy bonita, tu aura se expande y es como si tuvieras dos enormes alas a tu espalda...

Valentine abrió mucho los ojos, alucinada.

—¿Alas? —Pigeon estaba fantaseando, sin duda.

—Por eso creo que sois ángeles. ¿Qué otra cosa podríais ser si no?

—Gerome no piensa igual que tú. Cree que Konstantin es peligroso.

—¡Bah! Yo no lo creo, y además, él no puede veros como yo. Gerome no tiene imaginación, se equivoca.

—Aún eres una niña, hay cosas que no has experimentado, no lo sabes todo, Pigeon.

—Mi padre sí es peligroso, mi tía es horrible, y no podría quererlos menos. Los odio, y ojalá se mueran un buen día para que no tenga que seguir aguantándolos. Entonces me quedaré con Gerome para siempre.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien. Son tu familia.

—Una familia no me trataría así. Gerome es mi familia, a pesar de que me mienta respecto a algunas cosas. Y Mr. Doggy. Bueno, y ahora tú.

Valentine la besó en la frente y se sentó en el suelo, a su lado. Empezó a frotarse la rodilla. Le dolía mucho más cuando llovía.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos?

—¿A dónde?

—¿A dónde va a ser? A ver a Konstantin.

—Esto no va a ser una visita a un amigo, Pigeon... No sabemos qué nos vamos a encontrar. Podría querer hacerme daño, o...

—Te sacó de tu casa para que seas libre, lo sé.

—Pero a lo mejor sus intenciones no son buenas.

—Yo creo que sí. Y bien, ¿cuándo vamos?

—A Gerome no le gustará que vayamos.

—Ya lo sé. Por eso no vamos a decirle a dónde vamos. Conozco bien su horario de trabajo y sé que hoy no vendrá hasta la noche. Tenemos mucho tiempo, ni se dará cuenta.

—Eres una pequeña conspiradora...

—Y me gusta —sonrió Pigeon.

Se rieron las dos.

—Primero he de hacer una llamada.

—Ten, puedes usar mi teléfono. Bien, voy a vestirme, no te vayas sin mí.

Valentine esperó a que se fuera y cogió su móvil. Entonces lo dejó con un mohín. No podía controlarlo con la voz.

—Pigeon, espera... ¿Puedes marcar por mí?

—Ay, claro...

La niña acudió enseguida a su lado. Era como un pajarillo, vital y refrescante, y Valentine sintió ternura por ella en su corazón. Le dictó el número de Amanda, y cuando Pigeon le entregó el aparato, se lo llevó al oído con la ansiedad palpitando en el pecho.

—¿No coge? —murmuró Pigeon al ver su cara de decepción.

—No...

—Espera, volveré a marcar.

Valentine le repitió el número, pero el segundo intento hizo que saltara el buzón de voz.

—Qué raro...

—¿A quién llamas?

—A Amanda...

—¿Tu psiquiatra?

—Sí. Me está esperando, me dijo que buscara refugio poco antes de que entraran en mi piso. Iba a venir a Nueva York para encontrarse conmigo.

—Puedes volver a llamarla más tarde, o dejarle un mensaje...

Valentine asintió. Llamaron de nuevo, y cuando saltó el buzón, grabó lo que quería decir.

—Amanda, estoy bien, llámame a este número en cuanto oigas el mensaje, por favor... —tapó el móvil con la mano y susurró—... Dime tu número...

Pigeon le dictó el número de su móvil y ella lo repitió para que Amanda supiera dónde localizarla. Luego colgó. Tenía el estómago encogido, con un mal presentimiento. Entonces pensó en llamar a Jiggs, pero no se sabía el número de su supervisor.

—Ve a cambiarte, es mejor que salgamos ahora.

Pigeon saltó y Mr. Doggy protestó. Se sentó en el suelo lamiéndose una pata mientras ella corría a buscar su ropa. Valentine percibía su forma anaranjada. Lo acarició con suavidad, pensando en Amanda. El gato ronroneó, se acercó a ella y se enroscó entre sus piernas.

Un taxi las dejó en el polígono junto al Hudson, al pie del almacén donde Konstantin tenía su escondrijo. Aún llovía, y el asfalto agrietado estaba encharcado. Pigeon tomó de la mano a Valentine y la guió hacia la puerta del enorme pabellón.



—No está cerrada, creo que a él no le preocupa que puedan encontrarle.

Valentine no contestó. Estaba nerviosa, no sabía muy bien qué haría o diría si encontraban a Konstantin. En cierto modo le tenía miedo, y al mismo tiempo su corazón palpitaba descontrolado, aleteando por volver a sentirle. Se dejó guiar por la niña, que abrió el pesado portón y la ayudó a colarse en el sombrío interior del edificio.

—Con cuidado, está todo lleno de agujeros.

Caminaron despacio. Valentine percibía un espacio grande y vacío alrededor. Reconoció el olor a grasa de motor, y la humedad en el ambiente. La mano pequeña y cálida de Pigeon en la suya era muy tranquilizadora. Llegaron al pie de unas escaleras, y la niña tiró de ella para que subiera.

—Espera.

Valentine se soltó de su mano y se apoyó en su hombro.

—Ahora, sube despacio, te seguiré.

Pigeon obedeció. El despacho donde Konstantin la había tenido inconsciente estaba al final de aquellas escaleras metálicas. Sus pies emitían un sonido hueco al pisar los peldaños.

—Es aquí...

Las dos respiraban deprisa, llenas de expectación. Pigeon empujó la puerta y se asomó.

—No está... Aquí no hay nadie...

Había decepción en su voz. La cama donde Valentine había estado tendida permanecía igual que cuando se fueron, aunque las bolsas con todo lo que Konstantin había comprado habían desaparecido.

—¡Tu teléfono! Lo buscaré.

—Y mi bastón, aunque creo que estará en mi casa...

—Puedo ir a por él —dijo Pigeon mientras rebuscaba por el suelo, bajo la cama, entre los muebles... —Puedo colarme por la ventana y mirar si está allí, no será difícil.

—No, podrían estar esperándome.

—Seré sigilosa.

—No, Pigeon, no hace falta que vayas. Por favor...

—Vale, aquí no está. Konstantin se lo habrá llevado. —Se había puesto en pie con los brazos en jarra—. ¿Para qué querrá tu móvil?

Valentine se encogió de hombros. De pronto su cuerpo se tensó, y una corriente recorrió sus músculos como un reguero. Lo reconoció, Konstantin estaba allí.

—¿Qué te pasa?

—Está aquí...

—¿Dónde? —Ahora Pigeon estaba un poco asustada—. ¿Dónde está?

No lo veo...

—No lo sé, pero está aquí...

Encaramado en lo alto de una viga del techo, Konstantin se sentía morir. Las observaba, podía verlas a través de las ventanas de su guarida. Acababa de regresar. Estaba en cuclillas, los profundos ojos azules brillantes y el corazón ardiendo con un dolor inconmensurable... ¿Qué era? Su rostro era una máscara rígida. No había esperado que Valentine regresara, y no había esperado que lo hiciera acompañado por... ¿Qué era esa criatura? Su presencia le estaba torturando, era como estar siendo devorado por un fuego infernal, apenas podía sostenerse en pie, dolía... Se inclinó un poco hacia delante y esperó, sudando, febril... El flequillo, largo y oscuro, goteaba sobre su pecho, la lluvia lo había empapado. La niña giraba sobre sí misma, buscando algo. A él. Valentine estaba visiblemente alterada. Lo habría sentido, igual que él podía sentirla a ella. Su aura brillaba azul y hermosa en torno a su cuerpo. ¿Qué hacer? No podía ni acercarse con esa niña allí... debilitándole... Konstantin la miró con recelo. ¿Qué era? Contuvo un gemido. Todo su ser, su alma, su mente, clamaban por reunirse con Valentine, pero era imposible, moriría si se acercaba más. Miró a Valentine con desesperación. Al regresar de ver a Paolo y descubrir que se había marchado, había creído enloquecer. Y ahora estaba de vuelta, y no podía reunirse con ella... La presión que la niña ejercía sobre él era tan grande que apenas podía respirar... Entonces se obligó a apartar la vista y al fin logró arrancarse de allí y abandonar el almacén, de vuelta a la ciudad y la lluvia. Tendría que esperar para poder explicarse ante ella. A medida que se alejaba, su fuerza regresó, poco a poco...

Valentine lo notó. Supo que se había ido, y su cuerpo se desmoronó. Toda la tensión se esfumó y dejó caer los hombros como si alguien la hubiera soltado de golpe.

—¿Qué?

—Ya no está...

—¿Qué? ¿Por qué?

—Se ha ido... Creo que no quiere hablar conmigo... estando tú...

—¿Por qué no?

—Pigeon... no lo sé.

—Espera, ¿y si le dejamos una nota? Hay papel y boli en esa mesa...  
—propuso la chiquilla, reacia a darse por vencida.

—No sé si es buena idea.

—Yo sí, vamos, ¿qué podemos decirle?

Valentine dudó. El ímpetu de Pigeon la atosigaba un poco. Sentía vértigo. Ella ya se había acercado a la mesa que estaba arrinconada contra la pared, decidida a hacer lo que acababa de pensar, había arrancado una hoja de un cuaderno mugriento, y se había hecho con un lápiz abandonado en un rincón.

—Vamos, Valentine, ¿qué quieres decirle?

Ella vaciló, las mejillas encendidas. Quería decirle muchas cosas...

—Dile... Dile que quiero comprender. Dile que necesito verle, quiero saber qué está pasando. Suplícale...

—Está hecho, déjame a mí.

Pigeon se esmeró en escribir un mensaje para Konstantin. Cuando

acabó lo leyó en voz alta.

—«Konstantin, necesito verte. Por favor, necesito saber, creo que tú tienes respuestas, por favor, ven a verme», ¿te parece bien?

Valentine asintió, y Pigeon dobló el papel y lo colocó sobre la almohada en la cama. No le dijo a Valentine que había firmado con su nombre y el de ella, Valentine y Pigeon, al pie del mensaje. Sonrió con aire pícaro, muy ufana.

—Deberíamos volver a casa —sugirió Valentine.

Ahora estaba incómoda. Se sabía una intrusa en la intimidad de Konstantin. ¿Se habría molestado al verlas allí? Pigeon llamó a un taxi y la acompañó fuera, donde esperaron a que apareciera. Tardó unos diez minutos en llegar. Las dos se sentaron detrás. La lluvia repiqueteaba sobre el techo y los cristales. Le dieron al taxista la dirección del apartamento de Gerome y se recostaron contra el respaldo del asiento de cuero negro. Pigeon se apoyó en Valentine y ésta inclinó la cabeza sobre la de ella. Sus rizos mojados le hicieron cosquillas en la nariz.

—¿Crees que querrá verte? —susurró Pigeon.

—No lo sé, puede que no.

—¿Porque nos ha visto en su escondrijo y se ha largado?

Valentine cerró los ojos y suspiró. Pigeon cogió su mano, que estaba fría, y la apretó.

—Tranquila, seguro que vendrá a buscarte. Yo sé que quiere volver a verte, estoy segura. No le diremos nada a Gerome. Para cuando vuelva de trabajar estaremos duchadas, secas y habremos preparado la cena. Hagamos

algo que le guste para distraerle.

—¿Como qué?

—Le encanta el chocolate, haremos tortitas.

Valentine sonrió. Pigeon era inocente y muy ocurrente. No imaginó que estuviera planeando colarse en su casa para recuperar su bastón, y sin embargo así era. Pigeon se había dado cuenta de lo mucho que le dolía caminar sin él, y estaba decidida a recuperarlo, no sólo para aliviar su sufrimiento, sino porque necesitaba que pudiera caminar para lo que tenía pensado hacer. Ya había ideado hacer una pequeña incursión en el apartamento aquella noche, cuando Gerome y ella estuvieran dormidos. No le preocupaba en absoluto que los hombres que buscaban a Valentine estuvieran cerca, porque era una experta en ser sigilosa, una sombra. Ni se darían cuenta de que entraba allí. Pigeon se relajó, feliz con su nuevo plan.

Andar por los tejados de Manhattan se había convertido para Konstantin en una fuente de satisfacción. Le relajaba moverse a través de las azoteas, saltar de un edificio a otro, correr bajo la lluvia, sobre todo cuando estaba frustrado. Y lo estaba, porque cada vez que se alejaba de Valentine sentía que su alma se partía y la rabia crecía en él como un volcán en erupción. Si no liberaba esa enorme energía, enfermaría... si pudiera enfermar. En realidad jamás se había puesto enfermo, dudaba que eso fuera posible.

Se encaramó en lo alto de un edificio. Llevaba dos horas merodeando bajo la lluvia. Estaba tan lejos de su almacén que estaba a punto de salir de Manhattan. Desde donde estaba podía ver el Rockefeller Center. Se sentó al borde de la cornisa del edificio de quince plantas en el que estaba y se quedó

mirándolo mientras su espíritu se apaciguaba. Tenía que haber un modo, tenía que haber alguna forma de poder estar cerca de Valentine sin... La lluvia caía con fuerza, pero a él no le importó. Le gustaba sentirla hormiguar por el pelo, sobre su piel, mojando su ropa y a través de ella sus músculos. Le hacía sentirse vivo. Se sentó y dejó colgar las largas piernas hacia el vacío. Se sentía vacío y triste.

—Konstantin...

Reconoció aquella voz a su lado en cuanto la escuchó. Se volvió despacio. No lo había oído llegar. Benjamin estaba a su lado. Sus ojos lo observaban con interés. Konstantin ya sabía por qué.

—No has tardado en venir a buscarme —murmuró.

—Ahora es el momento, no antes.

Konstantin volvió a fijar su vista en la ciudad. El día era oscuro y gris. Los coches circulaban formando sinuosas serpientes de luces y colores allá abajo. Benjamin se acercó y se sentó a su lado. No le importó.

—Has dado un gran paso abandonando a Paolo, Konstantin. ¿Qué vas a hacer ahora que eres libre?

—Despertar a Valentine.

—Sabes bien lo que podría pasar si te empeñas en hacerlo solo. ¿No te importa?

—Valentine será libre, ¿eso te parece mal?

—No hablo de eso.

Konstantin sabía bien de qué hablaba.

—Estoy dispuesto a pagar el precio...

Su voz sonó rota. Quería traspasar la lluvia con la mirada y llegar más allá, hasta el lugar donde sabía que estaba Valentine. La niña se había interpuesto entre los dos, de no ser por su inoportuna presencia, ahora estaría con ella, donde debía estar, protegiéndola.

—Sabía que dirías eso... He venido por ti. —Konstantin negó con la cabeza. Al ver su reacción Benjamin se inclinó sobre él—. Tengo una pregunta... —susurró con intención—, ¿crees de verdad que podrás ayudar a Valentine sin ayuda?

—Lo haré.

Benjamin puso una mano en el hombro de Konstantin.

—En cualquier caso, has hecho bien en dejar a Paolo. Lo celebro. —Konstantin lo miró de reojo, los ojos azules brillantes—. Debes preparar a Valentine si estás dispuesto a protegerla. Deberás contarle la verdad.

—Lo sé.

—Y también sabes que aunque quieras despertarla, puede que sea tarde.

—No lo sé. No tengo todas las respuestas.

—Yo sí. Al menos la mayor parte.



Benjamin sonrió y Konstantin se tensó.

—Paolo es con diferencia el peligro más grande para ella —aseguró entre dientes—, no yo.

—Aunque no quieras, decidiste vuestro destino cuando le diste parte de ti, tu propia vida... Estáis unidos por un vínculo muy peligroso.

Konstantin escudriñó al sacerdote con cuidado, evaluando si decirle...

—¿Qué ocurre?

Konstantin sonrió con tristeza.

—Han encontrado el modo de cambiarnos... del todo. Su doctor, Jacob Gates, ha dado un paso más allá, Paolo nunca se conformó con adormecernos, como ha hecho con Valentine hasta ahora. Tiene una fórmula capaz de transformar nuestra alma. Pronto la usarán en ella si consiguen capturarla.

Benjamin se tensó al escucharle, y un velo frío cambió su rostro.

—La ambición de Paolo no tiene límites —dijo Konstantin.

—No... Es otro quien lo maneja todo... Hará lo imposible por cambiar a Valentine. Con ella a su lado, y con... podría exterminarnos a todos.

—No podemos permitirlo.

—¿Podemos? —Benjamin lo miró esperanzado—. Por favor, decídetes, únete a mí, Konstantin. Juntos podremos hacer mucho más.

Le tendió la mano. Pero Konstantin no la tomó. Le parecía que aceptar

la mano que Benjamin le ofrecía también era perder su libertad. Benjamin la retiró, los ojos tristes. Estaba preocupado.

—¿Cuánto tardarán en tener esa... «cura» en marcha?

—Ya lo está.

El rostro de Benjamin mostraba una rigidez palpable. Konstantin podía oír su corazón latir con fuerza en su pecho.

—Dime dónde está Valentine... —suplicó—. La pondré a salvo, os pondré a salvo a los dos...

Konstantin se estremeció. No quería revelárselo. No estaba seguro de la intención de Northon.

—No puedo decírtelo...

—Dímelo... —murmuró Benjamin de nuevo—. No querrás enfrentarte a nuestro enemigo solo. Konstantin, le diste parte de ti a Valentine. Eso te hace vulnerable, incluso siendo como eres... formidable. Nunca he visto a uno de nosotros con tanta vida fluyendo a través de él... Pero ahora estás incompleto, eres vulnerable, más que nunca... mientras que ella... es mucho más fuerte que antes, porque por sus venas fluye la vida que le diste, y la suya propia., y su fuerza ya era inmensa antes de ti. ¿Por qué crees que ha podido resistirse tanto tiempo al veneno de Gates? Konstantin, sé que has sufrido mucho en manos de Paolo, pero sabes lo que yo persigo, no soy tu enemigo. Y si intentas liberar a Valentine por tu cuenta, te expones a perderlo todo...

Konstantin sentía su corazón desbocado. Benjamin tenía razón.

—Dime Konstantin, ¿qué vas a hacer? —insistió Benjamin cuando vio que callaba.

—En verdad no quiero que eso pase.

—Pues no lo hagas. Si algo saliera mal, no sé si podré ayudarte. Lo que te ocurra a ti, afectará a Valentine, y lo que le ocurra a ella... te afectará a ti, mucho más. Compartís la vida, Konstantin...

—¿Qué ocurriría si al final... —Konstantin apretó los dientes—, si al final logran administrarle esa «cura»...

—Puede que Valentine sobreviva, pero no volverá a ser la misma. La parte de ti que hay en ella se transformará, estando incompleto no lo soportarás...

Benjamin se levantó y lo miró desde su altura con aprecio en el fondo de sus ojos.

—Dejaré que te lo pienses... Espero volver a verte. Hasta pronto, Konstantin.

Konstantin tomó aire lentamente por la nariz. Benjamin desapareció igual que había llegado; él en cambio permaneció donde estaba una hora más, dejando que la lluvia se llevara toda la ansiedad y la tristeza que le dominaban. Un duro debate se había desatado en su interior. ¿Podía confiar en Benjamin Northon? Él no era Paolo, era su enemigo, pero Konstantin no deseaba entregarse a nadie más. Ya había dado demasiado de sí mismo, y tal vez los motivos de Northon fueran más allá de lo que le hacía ver, y acabara por utilizarlo también... Su alma se entristeció.

## Capítulo 21



*«No soy insignificante porque mi mente finita no pueda comprender el vasto universo en el que nació, o porque trate de poner límites a cualquiera de sus horizontes, sino porque en ese vano esfuerzo por abarcar lo imposible, también condeno a mi espíritu a «ser» en el triste espacio cerrado de tres letras»*

Hay un límite en todas las cosas, y Valentine sentía que estaba llegando al suyo. Konstantin había marcado una frontera en su espíritu, más ancha e intransitable que cualquier desierto en el que no hubiera oxígeno para respirar. Cuanto más pensaba en él, más se daba cuenta de que le era máspreciado que su propia libertad. Prefería acabar enterrada en un psiquiátrico, o bajo tierra, a renunciar a volver a verle. Nada podía disuadirla, ni los consejos de Gerome, ni su propio temor a lo que pudiera significar esa necesidad, que ya crecía en su interior devorándola sin control.

Estaba decidida a buscarle.

Gerome había regresado temprano, empapado y con una expresión distante y preocupada en su rostro. Había celebrado que Pigeon quisiera agasajarle con sus tortitas y el chocolate, pero las dos habían visto que algo lo estaba distraendo. Se miraron preguntándose qué había pasado, pero no se

atrevieron a comentárselo a él.

Ahora, horas después, Valentine no podía dormir. Se volvió boca arriba y escuchó la respiración de Pigeon. La niña dormía. Envidió su capacidad para sumirse en un sueño profundo, así se hundiera el mundo.

Mr. Doggy saltó sobre sus piernas y caminó sigiloso hasta colocarse entre ella y Pigeon. Se sentó, con sus ojos color ámbar fijos en ella. Estuvo largo rato mirándola. Luego, como si quisiera decirle algo, abandonó la cama y saltó al suelo. Se alejó hacia la ventana.

Valentine sabía que el animal estaba pendiente de ella, había sentido sus ojos felinos mirándola, y cuando saltó al suelo, lo sintió trotar hasta la ventana. Se incorporó, y al fin salió de las sábanas. Se movió con cautela, a tientas, para no despertar a Pigeon. Se arrastró como pudo, con la rodilla enviándole agudos latigazos de dolor por toda la pierna. La tenía muy resentida. Pálida a causa del intenso dolor, consiguió llegar junto a Mr. Doggy. El gato se había sentado y aguardaba, atento a lo que ocurría fuera. Valentine miró al exterior. Ya no llovía, y había luna llena. Le pareció ver algo, una sombra que se deslizaba en la oscuridad... Su corazón se disparó, y pensó en Konstantin. Enseguida alargó la mano y abrió la ventana. Una ráfaga de aire fresco llegó hasta ella y se coló en el salón. Valentine miró hacia el sofá-cama. Pigeon continuaba dormida. Mr. Doggy saltó fuera y desapareció escaleras arriba.

—Konstantin...

Ella quería que estuviera allí. Se arrastró fuera, conteniendo a duras penas un lamento y gateó hasta ponerse de pie. Las escaleras metálicas estaban húmedas por la intensa lluvia, y ella estaba descalza. Se estremeció. Alrededor la ciudad dormía, los edificios semejaban torres silenciosas, con sus múltiples ojos apagados. Apenas pasaban coches por la calle, cinco pisos más abajo. Valentine percibía los muros de esos edificios, el agua que mojaba sus fachadas, los tejados, el asfalto... Percibía esa paz nocturna que incluso en

una ciudad grande como Manhattan lo envuelve todo.

¿Por qué Konstantin no se mostraba?

Ella sabía que había estado allí, podía sentirlo... Se preguntó por qué la visitaba para luego marcharse como un ladrón. Tenía que haber una razón... Se quedó muy quieta, vestida sólo con una camiseta que Gerome le había prestado y que le llegaba hasta las rodillas, enorme y blanca. Se le puso la piel de gallina, y se frotó los brazos. Hacía frío para permanecer a la intemperie mucho rato.

Valentine temió que Konstantin no apareciera. Estaba sola. El vacío que sentía en su interior cuando él no estaba creció. No valía la pena quedarse allí fuera... Quiso volver a la seguridad del salón, y al apoyarse en la repisa de la ventana para entrar, su mano derecha tocó algo duro y frío. Asombrada, comprendió qué era. Un teléfono móvil.

Se le aceleró la respiración, y lo cogió sin comprender. Supo que era su móvil. Nerviosa, entornó la ventana para que Pigeon no la oyera y se sentó en la escalera. Konstantin se lo había devuelto, pero, ¿sin más?

Se acercó el aparato a la boca y murmuró una orden junto al micrófono.

—Mensajes... —Demasiado bajo. Valentine apenas volvió el rostro hacia el silencioso salón, por si percibía movimiento dentro de la casa. Nada —. Mensajes —repitió, esta vez con más fuerza.

«Mensaje de... hoy, a las... veinticuatro y doce»

Valentine contuvo la respiración.

«Tengo tu nota»

Era la voz de Konstantin, una voz profunda y rota que conmovió cada célula de su cuerpo, lanzando ráfagas de un ardiente sol de la cabeza a los pies. Valentine se revolucionó al oírle, su respiración se aceleró.

«Espérame, iré a buscarte, pero antes he de hacer algo importante para los dos. Mientras tanto, ten cuidado.»

El mensaje se cortó. Valentine apretó el móvil contra su corazón agitado, y miró alrededor, pero su entorno sólo le devolvió sombras.

«¿Por qué, por qué no hablas conmigo ahora?»

Entonces comprendió que Konstantin le había devuelto la posibilidad de encontrar a Amanda. Eso también era urgente.

—Llamadas perdidas —ordenó.

«Tiene seis llamadas perdidas. Contacto: Jiggs»

El padre Jiggs... Valentine decidió llamarle al día siguiente, tal vez supiera algo de la doctora. Sonrió aliviada y agradeció a Konstantin que le hubiera devuelto su móvil. Un gesto delicado, un regalo... Entonces una idea tomó forma en su mente.

—Llamar a Konstantin —ordenó, la voz trémula.

El tono de llamada sonó, y Valentine se echó a temblar. Konstantin había dejado su número grabado en la agenda...

—Valentine...

Konstantin había contestado. Se quedó muda. Su voz parecía traspasar

la línea, era como tenerle allí, a su lado, causaba el mismo efecto en su mente y su alma que cuando la rozaba con sus manos.

—¿Por qué no vienes ahora? Por favor...

—No puede ser. Ahora no.

—Entonces, ¿cuándo? Necesito respuestas...

—Te buscaré, ten paciencia.

—Pero por qué...

—Valentine, escucha. Quédate donde estás. Iré a verte en cuanto pueda. No vayas a tu apartamento, lo tienen vigilado...

—Quiero verte, por favor, Konstantin.

Un silencio sepulcral se estableció entre los dos.

—Quería hacerlo, pero ahora no puedo... —Konstantin no mencionó que con Pigeon a su lado no podía pensar en acercarse siquiera. Ya no podía hacer aquello solo. Necesitaba a Benjamin—. Primero he de hacer algo o los dos estaremos perdidos.

Konstantin colgó, y Valentine sintió que el suelo bajo sus pies se abría y se la tragaba. Apretó los dientes, rabiosa, porque el mundo parecía empeñado en decidir en su lugar qué era lo que más le convenía, tal y como Pigeon había comprendido mucho antes que ella. Se quedó allí, apaciguando su alma, durante mucho tiempo, hasta que se sintió con fuerzas para volver a la cama. Estaba agotada.



Pigeon parecía dormir profundamente, ni siquiera se movió cuando volvió a ocupar el hueco a su lado. No se movió cuando la buscó para abrazarla, pero estaba despierta. La había visto salir y hablar por teléfono, aunque no había podido escuchar lo que decía. ¿Cuándo lo había recuperado? Notó que temblaba en silencio, atormentada por algo durante mucho rato... y cómo después se iba quietando poco a poco. Esperó pacientemente hasta que se quedó dormida. Fue entonces cuando se zafó con habilidad de sus brazos y se deslizó fuera de la cama. Ella también tenía algo que hacer. Había creído que Valentine no entraría nunca y que acabaría por frustrar su plan por aquella noche. Se vistió, se puso el gran jersey de Gerome, y envuelta en él salió por la ventana. Estaba decidida a recuperar el bastón de Valentine. Lo necesitaba, porque, ¿cómo iban a hacer nada si le dolía tanto la rodilla? La había visto arrastrarse pesadamente como un animal herido porque apenas podía apoyarse en ella. No soportaba verla así.

Comprobó que ya no llovía. Bajó por la escalera de incendios y alcanzó la calle, que a aquella hora tardía estaba muy poco concurrida. Eran las tres de la madrugada. Corrió deslizándose como un pequeño fantasma, pegada a los edificios, hacia el piso de Valentine. No quedaba lejos, a unas manzanas del apartamento de Gerome.

Pigeon no solía tener miedo, estaba acostumbrada a vagar sola por las calles a cualquier hora del día o de la noche, pero en aquella ocasión sentía el peligro en el ambiente. Temía encontrarse con Konstantin, al que ahora veía de forma distinta, y temía toparse con los hombres que querían enterrar a Valentine en el psiquiátrico para siempre. Los odiaba, los odiaba con todas sus fuerzas. Aceleró el paso y obligó a sus flacas piernas a ir más deprisa. Cuando al fin vio el portal y la escalinata que subía para entrar en él, se deslizó doblando la esquina para esquivarlo e ir por detrás, donde estaba la escalera de incendios. Pretendía eludir la vigilancia de los hombres del New Hope, si es que estaban por allí.

Todo estaba oscuro y húmedo por la reciente lluvia. Pigeon saltó los charcos y se encaramó a la escalera de hierro de un salto. No se veía a nadie alrededor. Subió tan rápidamente como pudo, hasta alcanzar la ventana del

piso de Valentine. Se agazapó un momento, pues necesitaba recuperar el aliento. Le latía el corazón muy deprisa en el pecho, no sólo por la carrera y por subir las escaleras, sino por la excitación. Cuando se sintió mejor, husmeó por la ventana. La casa estaba oscura y silenciosa. La ventana estaba entornada. La empujó con cuidado y esperó.

Nada.

Allí no había nadie...

Pigeon se animó a entrar. Pasó las piernas por encima y se coló en el salón. Nada. Entonces sacó su móvil y encendió la linterna. Empezó a buscar. La casa estaba revuelta, todo tirado por el suelo. Pigeon vio la esterilla que Valentine utilizaba para hacer sus ejercicios. Entonces tuvo una idea. Se acuclilló, enrolló la esterilla, y la puso junto a la ventana. Luego se dedicó a recoger todo lo que creía que Valentine podría echar en falta. Las gomas para ejercitar su rodilla, sus dos maletas —tuvo que volver a meter la ropa en su interior, pues la habían desparramado por toda la habitación—, su neceser... Encontró el bastón tirado en el salón, junto al sofá. Lo rescató con una sonrisa, y lo puso junto a la esterilla.

Cuando acabó, suspiró satisfecha. Había hecho lo que se había propuesto sin tener un mal encuentro. Feliz al imaginar que Valentine se sentiría mejor cuando le llevara sus cosas, Pigeon se puso la esterilla, las gomas y el bastón bajo un brazo, y la maleta bajo el otro. Salió por la ventana y regresó por donde había llegado, de vuelta al apartamento de Gerome.

—No, quieto... —Logan retuvo el gesto de su compañero, que ya se disponía a abandonar el todoterreno negro en el que se ocultaban para capturarla. La siguieron con la mirada. Pigeon renqueaba a duras penas, encorvada bajo el peso de su carga. De vez en cuando se detenía, cogía mejor sus bártulos, y reanudaba el camino. Dejaron que pasara delante de ellos. No los vio, tan concentrada estaba en que no se le cayera nada—. Deja que se vaya.

—Pero deberíamos cogerla y hacer que...

—Ssschh... —Logan se llevó un dedo a los labios de forma significativa—. No hace falta cogerla, nos llevará hasta ella.

Salió del todoterreno como una sombra vestida de negro y su compañero lo siguió. Fueron tras ella. Pigeon en efecto los llevó sin pretenderlo directamente al edificio de apartamentos de Gerome. La vieron subir por la escalera de incendios y desaparecer por la ventana del último piso. Logan esbozó lo que pretendía ser una sonrisa.

—Está ahí, la tenemos.

## Capítulo 22



Valentine se vistió despacio, sentada en el sofá-cama de Gerome. El sol entraba a raudales por la ventana y calentaba su espalda, despertando un agradable hormigueo en su piel sensible, que se expandía en suaves oleadas. Valentine se apartó el pelo de la nuca para dejar que su calor le diera de lleno en ella y cerró los ojos. Luego, como hacía siempre desde que recordaba, giró la cara y la expuso a su luz, absorbiendo su energía. Sus poros se abrieron como las flores al amanecer y se llenaron y cosquillearon y sus mejillas se encendieron y sus párpados se bañaron en aquel delicioso calor matutino.

—Te gusta el sol, ¿eh?

Valentine se sobresaltó. No la había oído llegar. Pigeon le puso algo en la mano, y Valentine soltó una exclamación. ¡Era su bastón!

—¡Has ido a mi casa! —Valentine recordaba bien las advertencias de Konstantin. Los hombres del centro tenían su casa vigilada. Había enfado en su voz. Valentine localizó la figura borrosa de Pigeon delante de ella, y la miró con reprobación—. Te has arriesgado mucho, ¿por qué lo has hecho?

—Porque no soporto verte renquear, estás sufriendo con tu rodilla, ¿o no es cierto?

—Puedo soportarlo. Prefiero renquear a que tú te expongas así.

—Bueno, no ha pasado nada, así que disfrútalo. Ah, también te he traído tus cosas. Querrás cambiarte de ropa. Las tienes aquí mismo, tu neceser también, tu esterilla y tus gomas.

Valentine se tranquilizó. Si de verdad hubiera alguien vigilando su apartamento, ya estarían allí. Tal vez Pigeon era tan sigilosa y hábil como decía.

—¿Has cargado con todo tú sola desde mi casa?

Valentine estaba impresionada. Pigeon no contestó, soltó una risita por lo bajo y se fue a la cocina a preparar el desayuno. Valentine se volvió a medias para decirle algo, pero se contuvo; dejó que se fuera, mientras una sonrisa de agradecimiento despertaba en su boca. Una cálida oleada de amor llenó su corazón. Si no tenía cuidado, acabaría adorando a esa niña. Se agachó un poco, alargó el brazo y buscó sus maletas. Una de ellas estaba efectivamente allí, abierta, y sus cosas estaban pulcramente ordenadas para que ella pudiera encontrarlas con facilidad. ¿Cuándo lo había hecho? ¿Cómo sabía cómo colocarlas? Pigeon era sin duda una caja de sorpresas, y muy observadora. Cogió su neceser, una muda de ropa interior, y escogió un suéter gris y un pantalón azul de pana fina.

—¿Crees que Konstantin habrá leído nuestra nota?

Pigeon se asomó de nuevo. Disimulaba su intención hurgando con los dedos en el marco de la puerta. Se moría de impaciencia por saber si su artimaña iba a dar resultado.

Valentine ocultó su turbación. Su móvil descansaba bajo la almohada, la prueba de que Konstantin no sólo había leído su nota, sino que había ido a devolvérselo.

—Creo que no —mintió.

Pigeon sabía que mentía. No dijo nada, pero una punzada dolorosa hirió su corazón.

—Pues yo espero que sí. Me muero de curiosidad.

Pigeon le lanzó una mirada desafiante que ella no pudo distinguir, no porque no pudiera ver, sino porque estaba demasiado distraída recordando lo que Konstantin le había dicho por teléfono. Al volver a pensar en ello, su pulso se aceleró y sus mejillas ardieron. Pigeon notó el cambio en su expresión, sonrió de medio lado, apretó los labios y regresó a la cocina.

—¿Quieres café?

—Sí, por favor...

Enseguida la oyó poner la cafetera en el fuego, y el aroma flotó hasta ella. Valentine apartó con esfuerzo a Konstantin de su pensamiento. Tenía que llamar a Jiggs. Se levantó y se puso su ropa limpia. Cogió su móvil y se sentó en la butaca preferida de Pigeon. Ordenó llamarle.

—Valentine, ¡al fin!

Había contestado enseguida.

—Buenos días Jiggs, no he podido devolverte las llamadas antes... lo siento...

—No importa, Valentine... ¿Aún no lo sabes verdad?

—¿Saber? ¿El qué?

—Amanda... la doctora Flemming... Está muerta.

Valentine enmudeció. De pronto le pareció que un inmenso abismo se abría bajo sus pies. Amanda muerta...

—Fue a verte a Nueva York, y... Se ha arrojado por la ventana de su hotel. Está muerta.

—¿Estás diciendo que se ha quitado la vida?

—Así es.

—No... ¡No!

—¿Qué pasa? —Pigeon apareció, visiblemente preocupada. Al verla, pálida y fría con su móvil en la mano, corrió a su lado—. Valentine, ¿qué pasa?

—Jiggs, es absurdo —murmuró Valentine, ajena a Pigeon, ajena a todo lo que no fuera la voz del hombre al otro lado, el padre Jiggs—. No tiene sentido, ella no se tiraría por la ventana, y lo sabes...

—Yo tampoco puedo creerlo, pero es lo que dice la policía. Lo siento, Valentine.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Ya no tiene sentido que siga siendo tu supervisor... pero estaré si me necesitas. Por tu sustento sabes que estás cubierta, no tienes que preocuparte...

—No puedes dejarme a mi suerte, ¡Jiggs!

—Lo siento, Valentine.

El cura tenía miedo. Valentine lo percibió con claridad, aferrado a su voz. La muerte de Amanda lo había asustado y no iba a seguir ayudándola. Colgó, y ella se quedó muda mirando al vacío que se abría a sus pies.

—Valentine... me estás asustando —gimió Pigeon.

—Perdona...

Valentine se volvió hacia ella. Un velo funesto ensombrecía sus ojos castaños y su aura se había vuelto gris. Pigeon tuvo miedo.

—Estás brillando en gris...

—¿Qué?

—Brillas en color gris...

—Amanda está muerta. Se ha tirado por la ventana de su hotel.

Pigeon no supo qué decir.

—Has recuperado tu móvil...

—Konstantin me lo ha devuelto.



—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Has hablado con él? —Pigeon se alegraba de que le dijera la verdad.

—No... Sí... Quiere verme, pero no ahora...

—Oh...

Las lágrimas corrían por el rostro de Valentine.

—No me encuentro bien...

—Voy a llamar a Gerome.

Pigeon la besó en la mejilla y salió a la escalera para tener mejor cobertura y telefonar a su amigo. Sin duda Gerome lo dejaría todo para cuidar de Valentine ahora que lo necesitaba. Tenía su móvil en la mano y estaba a punto de abrir su contacto, cuando alguien la agarró del brazo y la arrastró escaleras arriba.

—Así que es ahí donde te escondes, en casa de ese negro de mierda...

Oliver Murphy le tapó la boca para que no pudiera gritar y tiró de ella con facilidad, arrastrándola hacia su casa. Le quitó el móvil y se lo guardó. Dirdre esperaba en su habitación, sentada en la cama, con una sonrisa triunfal en su gorda cara. Cuando vio a su hermano llegar con la niña en volandas, se rió con ganas.

—La has atrapado, bicho del demonio...

Oliver cerró la ventana y echó el nuevo cerrojo que había comprado para atrancarla y que su hija no pudiera escapar. Luego la tiró al suelo, el rostro encendido, los ojos hueros brillantes.

—¡Es la última vez que te escondes con ese negro!

—No puedo creerlo, ¿es ahí donde se metía? ¿Con el negro del quinto?

Pigeon gimió. Arrastró el culo hasta la pared.

—¡Valentine! —llamó.

—Nadie va a poder oírte, pequeña zorra... Y olvídate de tus salidas, se acabó...

Oliver empezó a quitarse el cinturón, y Pigeon se puso blanca. Dirdre se levantó con pesadez y la agarró por sorpresa de los brazos.

—Mírala, está escuálida, ¡pero se revuelve como una culebra!

—Voy a darte tu merecido. Aprenderás la lección, Pigeon Murphy, de una vez por todas.

—Me llamo Pigeon Didot...

Cuando el primer golpe llegó, Pigeon no pudo protegerse. Oliver la azotó en los brazos, en las piernas, una y otra vez, con toda la fuerza que tenía, que era mucha pese a su alcoholismo. Pigeon lloró y suplicó, pero su tía la tenía firmemente sujeta mientras murmuraba en su oído toda clase de insultos y amenazas.

Mientras los zumbidos del cinto de cuero cruzaban el aire y los chasquidos contra la piel de Pigeon estallaban en medio de las risas de su tía, llamaron al timbre. Oliver detuvo su mano y Dirdre cortó sus palabrotas e insultos, de golpe.

—¿Será ese entrometido?

—No lo sé, ve a ver...

Dirdre levantó a Pigeon y se la entregó a su padre, que tapó su boca para obligarla a mantenerse callada. No le costó, porque la niña estaba deshecha y apenas podía sostenerse en pie.

Dirdre salió de la habitación y fue a abrir. Tiró de la puerta, y allí, en el rellano de la escalera, estaba Stacy Codenpage, acompañada de una secretaria judicial y dos policías.

—Dirdre, buenos días.

—¿Qué se le ofrece, señorita Codenpage?

—¿Está Oliver en casa? ¿Y Pigeon?

—Ahora están ocupados...

Dirdre tenía la respiración agitada y sudaba copiosamente. Stacy escudriñó su ropa, su aspecto desaliñado, su obesidad... Tenía algunas gotas de sangre en la pechera de su camiseta. Al instante comprendió que algo estaba pasando. Miró a la secretaria judicial y ésta hizo una señal a los policías que estaban a su espalda.

—Adelante...

—¡Eh! ¡Qué os habéis creído, no podéis entrar!

—Tenemos una orden —le informó con frialdad la secretaria, mostrándole el documento en alto—. El estado ha resuelto hacerse cargo de la custodia de Pigeon Murphy.

—¡No puedes hacer eso! ¡Eres una zorra Codenpage!

—Lo que tú digas...

Stacy pasó a su lado, secundada por los dos policías. Cuando Dirdre trató de agarrarla por el pelo, uno de ellos la detuvo y la obligó a ponerse de cara a la pared. La esposó. Dirdre vociferaba, avisando a su hermano a gritos.

—Rápido...

Stacy corrió hacia la habitación de la pequeña Pigeon. La secretaria la siguió con el corazón en vilo.

—¡Pigeon!

El otro policía abrió la puerta y el cuadro que apareció ante ellos llenó sus pupilas de horror. Oliver Murphy sostenía a su hija ensangrentada del pelo. Pigeon estaba de rodillas, a sus pies, llorosa y llena de golpes. Su padre aún sostenía su cinturón en la mano.

—Oliver Murphy, quedas detenido por malos tratos reiterados a tu hija, cuya custodia queda a partir de ahora en manos del estado de Nueva York —ordenó el policía.

—Atrás... —rugió Oliver.

Pero el policía, alto y fuerte, no tuvo miramientos. Le arrebató el cinto con habilidad y le obligó a soltar a Pigeon. La secretaria la recogió y la abrazó, murmurando palabras de consuelo en su oído.

—Por Dios... —murmuró la secretaria judicial, horrorizada.

—Se acabó Pigeon, no volverá a ponerte una mano encima —dijo Stacy.

—Quiero llamar a Gerome, por favor, avisa a Gerome...

—Lo haremos cariño, pero por ahora tienes que acompañarnos. Vamos, ¿puedes ponerte en pie? —dijo la secretaria.

Pigeon asintió. Aunque le temblaban las rodillas, aún le quedaban fuerzas. Tenía múltiples contusiones por todo el cuerpo, producto de la paliza que su padre acababa de propinarle. Stacy se la llevó.

—Voy con ella al hospital.

—Está bien, yo me ocupo —dijo la secretaria judicial.

Stacy sacó a Pigeon de allí. Tenía su coche aparcado en la calle. La sostenía en sus brazos, conmocionada por lo que acababan de presenciar. Ya sabía que Pigeon sufría malos tratos, pero verlo en persona era algo muy distinto. Mientras metía a la niña en el asiento de atrás de su coche y ponía rumbo al hospital, se alegró de que Oliver Murphy y su hermana no volvieran a tocarla jamás. Había llamado a Gerome la tarde anterior para avisarle de que el proceso estaba en marcha. No le había gustado, pero no tenía más remedio que conformarse, Pigeon no era su hija. Tendría que llamarlo para decirle lo ocurrido.

Pigeon lloraba, acurrucada en el asiento trasero. Era incapaz de pensar. Le dolían las heridas abiertas en brazos y piernas, le escocían, tiraban de su piel como llagas ardientes. En su mente infantil repetía el nombre de Gerome una y otra vez, una y otra vez, segura de que iría a buscarla en cuanto supiera lo que había pasado...

Logan aguardaba dentro del coche a que su hombre le confirmara que podían actuar. Llamaron a la ventanilla con los nudillos, y él respondió haciendo bajar la ventanilla. Un zumbido eléctrico se elevó en el aire.

—La chica está sola...

—¿Estás seguro?

—Seguro. Hace ya dos horas que no se ve movimiento. Tenemos entretenido al taxista, y la niña ya no será un problema. Está en casa de su padre.

—Id a por ella. Sin revuelos.

Cuatro hombres vestidos de sanitarios salieron de una ambulancia —en cuyo costado aparecía el logo del New Hope Psychiatric Center—, aparcada al pie de la calle donde vivía Gerome. Sus luces brillaban, aunque nadie había conectado la sirena. La gente al pasar la miraba con curiosidad, y algunas personas se pararon para ver qué ocurría. Logan lo observaba todo desde su todoterreno negro, a pocos metros de la ambulancia. Definitivamente, así era mucho mejor. La primera vez, entrando por la fuerza, todo había ido mal. Ahora, utilizando el nombre del centro, y habiendo obtenido una orden judicial

por la que podían internar a Valentine Borderer sin que pudiera oponerse, todo aparentaba formalidad. Nadie se interpondría. El único que hubiera podido hacerlo no estaba cerca. Pronto se encargarían de él.

Los sanitarios entraron en el portal y subieron en el ascensor hasta el apartamento de Gerome. Todo estaba preparado. Llamaron a la puerta de forma civilizada y aguardaron. Al poco escucharon el bastón de Valentine resonando sobre la tarima, y los pasos de su otra pierna golpeando con fuerza. Luego la puerta se abrió y Valentine apareció en el umbral. Tenía los ojos hinchados por haber estado llorando, y sus mejillas aparecían enrojecidas. Se enjugó las lágrimas con la manga de su camiseta.

—Pigeon, ¿dónde...

Valentine no vio a Pigeon, sino varias formas masculinas ocupando el rellano de la escalera. Sus figuras blancas invadieron su campo visual, oscureciéndolo, como si se hubieran tragado toda la luz.

—¿Quiénes sois?

Parpadeó, tratando de ver algo más que sombras, pero sus ojos ya no podían ayudarla. Algo iba mal. Valentine retrocedió un paso.

—¿Valentine Borderer?

—¿Quién lo pregunta?

—Venimos del New Hope Psychiatric Center. Es hora de que vuelvas, Valentine.

—No... La doctora Flemming me ha dado el alta, ¡soy libre!

—La doctora Flemming por desgracia ha muerto. Soy el doctor

Americus Osmoord, y a partir de ahora seré yo quien te trate, Valentine. Espero que comprendas que nos preocupamos por ti. Adelante.

Valentine escuchó ese nombre con estupor. Americus Osmoord, corrían rumores por todo el centro acerca de él...

—¡No!

—Adelante.

Valentine quiso cerrar la puerta y volver hacia el salón para salir por la ventana, pero ella estaba impedida por su ceguera y una ostensible cojera, y ellos fueron más rápidos. Trabaron la puerta y se colaron rápidamente en el piso. Valentine se revolvió, gritó pidiendo ayuda, llamó a Pigeon, a Gerome... Pero uno de aquellos hombres vestidos de sanitario le inyectó algo en el brazo para que dejara de chillar, y otro la cogió por detrás obligándola a agacharse. Enseguida un vahído nubló su mente. A Valentine le pusieron una camisa de fuerza con la que sujetaron sus brazos. Las correas que llevaba incorporadas a tal efecto hacían su función con dureza, tirantes, fuertemente atadas.

—No tenéis derecho... —murmuró desesperada, revolviéndose mientras aún le quedaban fuerzas. Algunas lágrimas corrieron por sus mejillas, el pelo rubio revuelto. Dos hombres la sujetaban—. ¡Soy una persona libre! ¡Sois unos asesinos!

—Lleváosla —ordenó Osmoord.

Los hombres la empujaron por el rellano hasta el ascensor mientras Valentine iba perdiendo energía, adormecida por el sedante que acababan de suministrarle. ¿Dónde estaba Pigeon? Llevaba mucho tiempo esperando su regreso; al ver que no volvía, había salido a buscarla a la escalera de incendios, extrañada y preocupada. No la había encontrado. Había llamado a Gerome ella misma, pero él no contestaba al teléfono, así que había esperado



llorando la muerte de Amanda en la butaca de la pequeña. Una muerte que había sido en vano, porque ahora iban a volver a encerrarla, para siempre.

—Konstantin... —murmuró.

—No volverás a verle. —Osmoord se había situado a su lado en el ascensor. No era muy alto, pero sí robusto. Olía a naftalina. Puso una mano sobre el hombro de Valentine mientras las puertas se cerraban. Ella hubiera querido sacudírsela, pero no podía moverse, la camisa la estaba asfixiando, tan apretada se la habían puesto—. Tranquila, todo irá bien. Pronto todo habrá pasado.

—Logan dice que salgamos hacia el JFK, el avión nos espera —dijo otro.

En la casa de Gerome, Mr. Doggy lo había visto todo con sus ojos ámbar atentos. Se había sentado en el vano de la puerta de entrada, moviendo el rabo con nerviosismo. Luego, cuando comprobó que el ascensor bajaba, dio media vuelta y regresó al salón. Subió por la escalera de incendios tan sigiloso como siempre. Se fue directo a buscar a Pigeon, pero encontró su ventana cerrada. Estuvo indeciso un rato, hasta que al fin subió al tejado y desapareció.

## Capítulo 23



Cotton tardó un buen rato en hacer pasar al detective Gallagher al despacho de su eminencia. Felps había estado reunido, y al saber que un policía quería verle, se había hecho de rogar, obligando a Cotton a darle largas. Cuando el secretario al fin le indicó a un malhumorado Gallagher que podía pasar, había transcurrido una hora. Lyne, que finalmente había volado con él a Nueva York, se quedó con Cotton.

—¿No quiere usted pasar?

Lyne sonrió y le dio la espalda, dedicándose a curiosear los cuadros que colgaban de la pared. El secretario no se atrevió a decirle nada más a la joven detective. Estaban los dos en una pequeña antesala dividida en dos, una habilitada para las visitas, donde habían colocado cómodos sillones de espera, y otra separada por un arco doble, donde trabajaba el secretario. Si Lyne se sentaba en la sala de espera, dejaría de verle, y viceversa.

—Puede usted sentarse si lo prefiere... —la invitó Cotton. Elevó la voz por encima de un montón de papeles apilados delante de él para hacerse oír. Era un hombre menudo, de poco porte, y muy nervioso. Sus ojos bailaban

constantemente tras las gafas—. Oh, bueno, también puede quedarse... no importa...

Se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz y se enfrascó en su trabajo, aunque no por mucho tiempo. Lyne odiaba esperar, y le llamaba la atención el comportamiento de aquel hombrecillo gris. De un vistazo comprobó que la única cámara de seguridad que había controlaba a Cotton. Era un modelo de videovigilancia que ella conocía bien, y que estaba grabando todo lo que el secretario hacía y decía. Las inquietas y furtivas miradas que Cotton lanzaba cada poco hacia el despacho donde Felps se estaba entrevistando con Gallagher eran desconcertantes, y Lyne empezó a interesarse por él. Tal vez no iba a ser en vano que Gallagher le hubiera denegado estar presente durante su entrevista con el arzobispo.

—Estaré por aquí —dijo Lyne intencionadamente. Abandonó la salita de espera, entró en la que ocupaba Cotton, pasó a su lado y salió al pasillo por un amplio arco abierto.

Fingió estar aburrida y desinteresarse por lo que Cotton hacía. Paseó por el pasillo arriba y abajo. Luego, en cuanto comprobó que el secretario se había olvidado de ella, regresó para espiarle. Esperaba que Gallagher tuviera entretenido al arzobispo el tiempo suficiente como para que ella pudiera hacer su parte. Si no se equivocaba, aquel ratoncillo se levantaría de su silla y se pondría en evidencia. Cotton no se movió. Lyne merodeó unos minutos más arriba y abajo, paciente, sigilosa como un gato. Un guardia estaba apostado al final del ancho corredor, y otro al principio. Sus ojos la seguían. Las ventanas que iluminaban el corredor dejaban ver una fabulosa panorámica de Manhattan. Lyne simuló perderse en su contemplación. Luego reanudó sus paseos un rato más, pero cada vez que pasaba junto a la puerta que daba a la antesala donde estaba Cotton, comprobaba si se había movido de su sitio, cosa que esperaba que hiciera, si no lo había juzgado mal nada más llegar.

«Vamos Cotton...»

Al cuarto paseillo, Cotton no estaba en su mesa. Lyne sonrió. Así que era curioso, muy curioso... Y algo le tenía nervioso. Lyne sabía reconocer cuándo un hombre tiene miedo, y el secretario parecía a punto de reventar. Nada más recibirles y enterarse de que eran detectives, y que venían de Seattle, había empezado a transpirar. ¿Por qué?

El móvil vibró en su bolsillo. Se alegró de tenerlo en silencio, o hubiera alertado a Cotton de su presencia. Comprobó quién llamaba: número desconocido... Frunció el ceño y contestó, alejándose un poco para no ser oída.

—¿Sí?

—¿Agente Lyne Bokana?

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Soy James-Newton Ackerman. Creo que me ha estado buscando.

—¿Ackerman! Sí, es correcto —Lyne se emocionó y de pronto se le aceleró el pulso. No había logrado localizarle. Era un ex-detective ya jubilado y no constaba su actual dirección—. Es usted difícil de localizar...

—Pretendo eludir a personas como usted —se rió Ackerman—. Bueno, comprenderá que quiera vivir tranquilo, lejos de mi vida anterior. Hace años que me fui de Seattle, ahora vivo en Nebraska.

—Vaya...

—¿Para qué me buscaba? Si ha sido tan insistente como para que me avisen y me den su número, debe de ser algo importante.

—Lo es. ¿Recuerda usted el caso de Valentine Borderer? Ocho años,

un incendio en Lynnwood... Hace ya c...

—La recuerdo muy bien, agente Bokana —el tono de Ackerman había cambiado por completo. Ahora era cauto y grave—. Fue una tragedia.

—Verá, en su informe consta que sus padres murieron. ¿Es correcto?

—Cierto.

—Pero yo los he visto, en Lynnwood, no hace ni una semana, y estaban perfectamente. Es más, ellos creen que su hija está muerta, y de hecho, su tumba está en el cementerio... ¿Cómo explica eso?

Hubo un prolongado silencio al otro lado.

—Ese caso fue un verdadero quebradero de cabeza.

—Ya, imagine cómo me quedé yo cuando vi a los Borderer en Lynnwood. Además, oficialmente consta que siguen con vida, oficialmente, es Valentine Borderer la que falleció.

—Habrá encontrado usted informaciones contradictorias... Ni siquiera se han molestado en borrarlas... Sin embargo, lo que puse en mi informe es lo que sé...

Ackerman estaba hablando en clave.

—No le entiendo Ackerman...

Otro silencio.

—Debe usted saber que me apartaron del caso, lo archivaron. Por eso

vivo en Nebraska. Pocos años después pedí la jubilación anticipada y me retiré... No soportaba tener siempre la sensación de estar siendo vigilado. Había una amenaza real sobre mi vida. Pero... siempre me quedó la impotencia de no poder descubrir la verdad. —Ackerman pareció meditar—. Me encantaría escuchar su historia en primera persona, ¿cree que podríamos reunirnos?

—¡Por favor! Esperaba poder hablar con usted —se entusiasmó Lyne. Pertenezco al departamento de policía de Seattle...

—Seattle... Bien, pues... La llamaré. Hace tiempo que quería visitar mi antigua ciudad.

—¿Cuándo?

—Déjeme que arregle algunos asuntos que tengo pendientes por aquí y la avisaré.

—Muchas gracias, señor Ackerman.

—A usted. Tal vez sea hora de enmendar las cosas...

—Se trata de algo muy turbio, y cuanto más sé, más turbio se vuelve. Y dice usted que archivaron el caso y le prohibieron seguir investigando...

—Cierto... Bien, hasta pronto entonces agente Bokana.

Lyne colgó, las mejillas encendidas de excitación. Había dado por imposible localizar a Ackerman y ahora... El ex-agente obligado a apartarse del caso, prácticamente forzado a retirarse...

«Joder, ¡Cotton!»

Se había olvidado de él. Seguía sin estar en su mesa. Lyne cruzó el arco a toda prisa y vio que se había desplazado a la sala de espera, situándose muy cerca de la puerta del despacho de Felps. Se inclinaba hacia ella, escuchando, tan encogido por el temor a ser descubierto que parecía que se le iban a doblar las rodillas. A Lyne incluso le dio pena. Estaba tan abstraído, que no se dio cuenta de que ella daba dos largos pasos hacia él.

—Parece usted ocupado, señor Cotton —le dijo de pronto. Cotton saltó, literalmente. Lyne se colocó junto a la mesa, de espaldas a la cámara, y le sonrió divertida. Cotton estaba ahora visiblemente alterado y pálido al saberse descubierto espionando. Había enrojecido hasta la raíz del pelo. No se cuestionó por qué Bokana estaba junto a su mesa, ni cuánto tiempo llevaba allí, tan culpable se sentía—. ¿Tal vez quiera contarme algo?

Cotton tragó saliva y regresó a su mesa, donde se sentó. A Lyne no se le escapó que le temblaba el pulso. Se volvió hacia él, a sabiendas de que estaba tapando la visibilidad de la cámara de seguridad con su propio cuerpo. En ese momento el sistema no podía grabar lo que hacía Cotton, ella lo impedía interponiéndose en su campo de visión.

—No... no sé a qué se refiere, me ha parecido que el arzobispo me reclamaba, es obvio que me he equivocado...

—Vamos señor Cotton... Estás temblando —susurró Lyne—. ¿Qué pasa? Puedes contármelo...

El secretario abrió mucho sus ojos azules, arqueó las cejas, la frente húmeda y los labios trémulos. Negó con la cabeza, e hizo un gesto significativo hacia la cámara de seguridad.

—Tranquilo, ahora no pueden verte, y si somos cuidadosos, —bajó aún más la voz—, tampoco podrán oírte...

Cotton tragó saliva y agachó la cabeza. Estaba asustado, y era palpable que le tenía más miedo a Felps que a ella.

—¿Sabes algo sobre una mujer llamada Valentine Borderer?

Cotton aún palideció más, y Lyne asintió con un velo triunfal en sus ojos castaños.

—Ten mi tarjeta... Samuel. —Lyne leyó su nombre completo en la solapa de su chaqueta, donde llevaba una chapa identificativa—. Llámame a cualquier hora, te escucharé.

Samuel soltó un suspiro de alivio, y la recogió con disimulo, para guardarla en el bolsillo de su americana negra.

—Siéntese, por favor. No es apropiado que esté aquí tanto tiempo...

Samuel volvió a mirar hacia la cámara, y Lyne se apartó y regresó a la sala de espera. Se hundió en uno de los sillones de cuero que la adornaban y se quedó pensando en Samuel Cotton y en lo que le asustaba tanto.

Cuando Gallagher al fin salió del despacho de Felps, llevaba un rictus de decepción en su rubicundo semblante. Miró a Lyne, que ya se levantaba, y se despidió del arzobispo con frialdad.

—Le agradezco su tiempo, arzobispo.

—Si necesita algo más, no dude en llamar a mi secretario. Cotton le dará cita gustosamente.

Gallagher inclinó la cabeza, el ceño fruncido, los labios apretados, y



Lyne supo que se estaba tragando la bilis. Le habría costado un triunfo morderse la lengua y ser cortés. Cuando salieron, le dedicó a Cotton una larga mirada con toda la intención puesta en ella, y el secretario se hundió en su asiento, huidizo y febril.

Ni Gallagher ni ella cruzaron una sola palabra hasta que estuvieron fuera del edificio, ya junto a su coche. El detective abrió la puerta del conductor y se sentó pesadamente ante el volante. Lyne ocupó el asiento del copiloto.

—¿Y bien?

—Y bien nada. Felps se ha hecho el loco. Dice que no está al tanto del personal del New Hope, y que su participación en él se limita a labores de representación y a intermediar cuando hay algún asunto importante que tratar, pero no toma las decisiones, de eso se ocupa el consejo.

—¿No conocía a Amanda Flemming?

—Sí... más de lo que quiere admitir. Ya que estamos aquí, vamos al Wolker Hotel.

—¿Para qué? No encontraremos nada allí.

—¿Se te ha olvidado cómo se hace tu trabajo? Interrogaremos al personal del hotel, puede que la policía de Nueva York haya pasado algo por alto...

—Hazlo tú, yo creo que tengo otro hilo del que tirar mucho más efectivo.

Gallagher alzó las cejas y esperó a que se explicara.

—Samuel Cotton —le aclaró Lyne.

—¿El secretario? —el tono del detective era burlón.

—El secretario, está cagado de miedo. En cuanto nos ha visto su temperatura corporal ha descendido hasta dejarle frío como un pez en el ártico. Sabe algo.

—¿Y por qué crees que te lo va a contar?

—Porque está deseando hacerlo.

—Bien, pues mientras lo hace o no, vamos a interrogar al personal de ese hotel, ¡y si no estás conforme, puedes volver a Seattle!

—¿Y dejar que te encargues tú solo? —dijo Lyne con sarcasmo.

Gallagher arrancó el coche, y Lyne miró por la ventanilla escondiendo una sonrisa socarrona. Le encantaba poner a prueba la paciencia de Gallagher. En el fondo se divertía con él. Y además le estaba ocultando información relevante... Sí, iba a echarle de menos cuando se jubilara.

El móvil de Gallagher sonó y saltó el manos libres.

—¿Gallagher? Soy Bates...

—Joder, ya sé quién eres... ¿Qué pasa?

—Me dijiste que investigara las llamadas de Amanda Flemming el día de su muerte... He conseguido que su compañía me de el listado...

—¿Y?

—Hizo una llamada poco antes de la hora de su muerte... y el número corresponde a la Casa de Blaine, en Maine. He creído que es interesante y...

Gallagher enrojció, y Lyne soltó una risotada.

—Artcher... gracias.

—Pero Gall...

Lyne estalló en carcajadas, incapaz de contenerse.

—Ese maldito inútil...

—Así que Amanda Flemming llamó al gobernador de Maine —Lyne se enjugó los ojos, feliz—. Qué gran descubrimiento, pobre Bates... Oye, él no tiene la culpa si no le cuentas lo que pasa, no tiene por qué saber que fue Marcus Tate quien te pidió que investigues el caso...

—Juro que mataré a Artcher en cuanto regresemos a Seattle.

—Deja de llamarle Artcher... Le ninguneas cuando lo haces, Gallagher.

Pero Artcher Bates tenía algo más que decir. Cuando Gallagher colgó, dudó si volver a llamarle. Luego decidió que lo postergaría, o que no se lo diría. Visto como se había tomado lo que le había dicho, dudaba que fuera a reaccionar mejor con lo que se había quedado en el tintero. Bates no quería impresionar a Gallagher, sino a Bokana, en quien veía un futuro más prometedor, y, sobre todo, a más largo plazo, dado que Gallagher pronto se jubilaría. Por eso había hecho algo más que comprobar las llamadas del número de la doctora Flemming el día de su muerte. Había hecho un estudio exhaustivo de su actividad del último mes, y había encontrado que había un

número que se repetía de forma continuada en su listado de llamadas, sobre todo tras salir Valentine Borderer del centro psiquiátrico donde estaba interna. Ese número era de prepago, y no aparecía ningún titular asociado a él. Bates había ido un paso más allá, y sin consultarlo a Bokana, y mucho menos a Gallagher, había hecho un rastreo del mismo para ver a qué repetidores se conectaba para llamar a la línea de la doctora; por eso sabía que sus llamadas procedían de Manhattan, concretamente de Greenwich Village. Se le había ocurrido que podía ser una línea que la doctora habría facilitado a Valentine Borderer para que pudiera llamarla de forma discreta, y había investigado las llamadas entrantes y salientes de ese número de prepago. Se había sorprendido al ver que sólo dos móviles contactaban con él, uno era el de la doctora, y el otro pertenecía a Thomas Jiggs, un sacerdote que por lo que había averiguado, también trabajaba en el centro psiquiátrico. De hecho, formaba parte del consejo. Bates aún había tirado del hilo un poco más. Thomas Jiggs voló a Nueva York el veintisiete de marzo. Regresó a Seattle poco antes de la muerte de Amanda Flemming.

Bates dudó. A él todo eso le parecía relevante, pero decidió olvidarse del asunto. Después de todo, ni Bokana ni Gallagher habían mencionado la necesidad de localizar a Borderer. Sin embargo, fue Bokana la que lo llamó. Archer descolgó con cautela.

—Bates, Bokana al habla. Gallagher está aquí conmigo, pero no va a entrometerse en nuestra conversación.

—¿Qué? —Bates palideció, y tragó saliva.

—Oye Bates, ¿qué más has averiguado?

—Qué cojones... —Gallagher no podía contenerse, y empezó a interpelar a su compañera mientras Bates titubeaba desconcertado.

—Gallagher maldita sea, ¡calla de una puta vez o te juro que vas a lamentarlo!

Bates abrió los ojos asombrado. Nunca había oído a Bokana hablarle así al veterano Gallagher.

—¡Putita loca!

Una retahíla de improperios salió de la boca del detective. Se oyó un frenazo y los dos agentes empezaron a discutir. Bates colgó, la respiración agitada, nervioso, harto de estar en medio de aquellos dos. Se levantó y se fue a ver a su superior para pedirle que le relevara de su puesto junto a Gallagher. Después de todo, Bokana ya no estaba de baja.

Lyne estaba furiosa. El tráfico era infernal a aquella hora en Manhattan, y aún no habían llegado al Wolker Hotel.

—¿Por qué no dejas que Bates haga su trabajo? —aulló—. Estoy harta de tu arrogancia, ¡joder!

—No me hables así, Bokana, o te juro que...

—¿Qué? ¿Por qué no te jubilas ya para que todos podamos descansar y hacer nuestro puto trabajo?

Gallagher, el carnoso rostro enrojecido, rechinó los dientes. Conducía al tiempo que discutía, frenando constantemente a causa del intenso flujo de coches que llenaban la calzada. Al fin se volvió hacia Bokana. Su enorme barriga subía y bajaba, oprimida por el cinturón de seguridad, y su papada temblaba como una montaña de gelatina.

—¡No quiero jubilarme! —rugió.

Lyne lo observó, atenta a sus reacciones. Le había parecido detectar un tono de confesión en esa última frase y no quiso interrumpirlo.

—¿Qué haré después? Joder, Lyne, no sé hacer otra cosa, soy detective, llevo toda la vida dejándome la piel en la calle, ¡investigando!

—Aún te quedan dos o tres años, Luther —Lyne suavizó su tono. Fuera empezó a llover y Gallagher puso en marcha el limpiaparabrisas.

—Te veo a ti, y a ese memo de Artcher...

—Bates...

—Sí ya... Y me llevan los demonios, porque sé que os queda todo por delante, y me dejaréis atrás. Soy un valor obsoleto, algo a desechar, y me niego a permitir que me ninguneéis...

—Nadie te ningunea, Luther. Y Bates es un buen poli, mejor de lo que le permites demostrar.

Gallagher bufó, pero no la contradijo.

—Es ley de vida, lo sé, pero joder si me conformo...

—Somos compañeros, Luther, y no puedes evitar que te llegue el momento de apearte de este barco... pero puedes hacer que tus últimos años sean mejores, o peores. ¿Qué tal si dedicas tus esfuerzos a trabajar y demostrar que sigues siendo el mejor?

—Soy el mejor... no te quepa duda...

—Llama a Bates y pídele que te cuente lo que ha averiguado. No hace falta que te disculpes, bastará con que no le grites y le escuches hasta el final. Tu miedo a envejecer te está cegando, Gallagher, y aunque de verdad que no te

soporto, preferiría trabajar con la mejor parte de ti en vez de lidiar con tu maldito orgullo.

Gallagher se secó el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo de su camisa. Luego llamó a Bates, y Lyne se recostó en su asiento, viendo llover. Estaba agotada.

—Sí...

—Artcher, aquí Gallagher. Necesito que termines de contarnos lo que has averiguado...

Lyne suspiró. Gallagher no tenía remedio.

—Ya no trabajo contigo, Gallagher. He pedido que me pongan con Soul.

—Espera, ¡Bates! —Lyne se adelantó para hacerse oír—. Oye, no tienes que hacerlo si es p...

—Ya está hecho, agente Bokana. Si queréis saber qué es lo que sé, os he dejado un informe sobre la mesa. Buena suerte.

Cuando Bates cortó la llamada, el silencio se estableció entre los dos detectives. El limpiaparabrisas trabajaba bajo la fuerte lluvia, que repiqueteaba contra los cristales y la carrocería. La fila de coches arrancó de nuevo y se pusieron en marcha. En diez minutos llegarían al Wolker Hotel. Lyne se llevó la mano a la frente y suspiró. Gallagher aceleró para tomar la salida hacia el hotel, reflexivo y lamentando lo que acababa de pasar.

Fue Lyne la que llevó el peso del interrogatorio tras hablar con el director del Wolker Hotel. Se les habilitó una sala de las que se usaban para dar conferencias —para que pudieran hablar con el personal presente la noche

de la muerte de Amanda Flemming—, y se les sirvió un pequeño refrigerio. Gallagher estaba sediento. Uno por uno, fueron pasando el conserje, las encargadas de la limpieza, botones, mozos e incluso los miembros de la cafetería y el restaurante. Todos coincidían en lo mismo. Amanda Flemming no se vio con nadie, llegó al hotel, subió a su habitación, y no volvió a bajar. No parecía deprimida, tal vez cansada, se comportaba con normalidad, y dejó una buena propina para el mozo que la acompañó hasta su habitación. No bajó a cenar, y no acudió al bar. Acababa de ducharse cuando se arrojó por la ventana, ya que hallaron su cuerpo desnudo, y su toalla caída en el suelo de su habitación.

—Yo no me suicidaría desnuda —conjeturó Lyne—. Ni hablar. Y estoy segura de que ella tampoco.

Una doncella aguardaba a que terminaran de hacerle preguntas. Se removía inquieta en su asiento, recolocando su pulcro uniforme como si le obsesionara su aspecto. Lyne la miró. Era menuda y pelirroja, y rehuía su mirada.

—¿Qué ocurre, Susan? ¿Hay algo que nos quieras contar?

—No...

—Vamos, cualquier detalle servirá...

Susan jugueteó con un anillo de su dedo corazón, visiblemente nerviosa.

—Verán... no quisiera perder mi empleo...

—¿Y por qué ibas a perderlo?

—Porque vi lo que vi por estar donde no debía, con quien no debía.



—Lo que nos digas no saldrá de aquí, te lo prometo.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra, tu puesto de trabajo no se verá comprometido, y en cambio harás un gran bien con tu declaración. ¿Acaso no quieres descubrir por qué murió la doctora Flemming?

—Claro que sí...

—¿Y bien?

Susan dudó. Miró con temor a Gallagher, cuya enorme corpachón y sus ojos azules, directos y escrutadores, la intimidaban, y luego a Lyne. Decidió que a ella sí podía confesarle sus indiscreciones, parecía inteligente y comprensiva, y era muy guapa, y a ella le gustaban mucho las morenas.

—Verá, agente Bokana... esa noche yo... bueno yo estaba en la planta de la señora Flemming, muy cerca de su habitación, en el cuarto de la limpieza...

—Continúa...

—¿Y qué estabas haciendo?

—Gallagher...

—Bueno, yo... suelo verme con Patsy, nos gustamos, y a veces quedamos para... bueno... ya sabe... —Susan enrojeció hasta la raíz del cabello—. El caso es que cuando salíamos del cuarto de limpieza... Patsy se fue en una dirección y yo en otra. Fue entonces cuando lo vi.

—¿Qué viste?

—A ese hombre. Lo vi salir de la habitación de la doctora Flemming.

Lyne y Gallagher se miraron.

—¿Estás segura?

Susan asintió.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las doce...

—Flemming murió sobre esa hora —aseguró Lyne—. ¿Serías capaz de describirlo?

—Tengo buena memoria.

—¿Te vio?

—No lo creo. Cuando oí que se habría la puerta de la habitación me escondí. Me avergonzaba que pudieran descubrirme flirteando con Patsy, yo...

—Está bien Susan.

—Dinos cómo era, todo lo que recuerdes.

## Capítulo 24



Lyne y Gallagher decidieron pasar aquella noche en Manhattan. Buscaron un hotel en el centro y se alojaron en habitaciones separadas pero contiguas. Estaban agotados y antes de decidir cuál sería su siguiente paso, querían cenar y darse una ducha. No discutieron al elegir el hotel. De común acuerdo y en un ambiente mucho más relajado que el que habían venido soportando los últimos meses, se fueron cada cual a su habitación a desprenderse del día y de las discusiones.

Al salir de la ducha, mientras se secaba la larguísima melena castaña, Lyne recibió una llamada de Mark. Quería saber cuándo pensaba regresar a Seattle, pero a parte de eso, y de intercambiar algunas frases cariñosas, la conversación no se extendió mucho más. Los dos odiaban hablar por teléfono, preferían el cara a cara, verse mientras se decían según qué. Sin embargo últimamente ni se veían, ni hablaban, si se llamaban. Lyne se dio cuenta de que apenas pensaba en él.

«Puto trabajo...»

Se sentó con un suspiro delante del tocador y empezó a desenredar su

pelo. Seguramente Amanda Flemming habría estado así cuando el tipo descrito por Susan Avery entró en su habitación y la empujó por la ventana. ¿Se le cayó la toalla? ¿Pelearon antes de que él lograra su objetivo? Porque Lyne estaba convencida de que ese hombre la había asesinado. Gallagher aún dudaba. Decía que podía haber sido casualidad, tal vez hablara con ella, y después... Pero ni él se lo creía. ¿Después qué? ¿Había intervenido otra persona? ¿Flemming había decidido acabar con su vida y tirarse quince pisos abajo desnuda?

Lyne soltó el peine y cogió su secador de viaje, pequeño y compacto, para terminar de secarse el pelo. Por fortuna, aunque abundante, tenía el cabello fino y sedoso, y era fácil quitarle la humedad. Tenía las mejillas encendidas por el calor de la ducha y su piel morena aún estaba mojada bajo la toalla.

«Pobre Amanda...»

Su móvil emitió un «beep» discreto. Lo tenía programado para que a partir de una hora dejara de sonar y enviara suaves pitidos de aviso cuando entrara una llamada o recibiera un mensaje. Lyne lo cogió y comprobó que estaba entrando un mensaje. De Bates.

Soltó el secador y lo abrió.

«Descargando...»

Así que Bates había decidido enviarle finalmente el resultado de lo que había estado haciendo en su ausencia.

«El bueno de Bates...»

Cuando terminó la descarga, Lyne abrió el documento. A medida que leía su contenido, algo vibró en su interior.

«Joder Bates... Gallagher te debe una buena disculpa y yo me ocuparé de que la recibas...»

De inmediato reenvió el mensaje a Gallagher con un escueto «lee esto», y se apresuró a vestirse. Su compañero no tardó ni diez minutos en llamar a su puerta. En cuanto le abrió, supo que Gallagher estaba tan despierto como ella.

—Esto es importante —dijo Gallagher.

—Pasa.

El detective también se había duchado. Olía bien. Se había puesto una camisa limpia azul lavanda y unos pantalones de pinzas que sujetaba bajo su enorme barriga con un cinturón. Se sentó en la cama y miró a Lyne con aire significativo.

—Thomas Jiggs —propuso él.

—Greenwich Village —objetó Lyne.

Gallagher lo sopesó.

—Está bien, iremos a la dirección que indica Archer. Después averiguaremos el paradero de nuestro nuevo amigo Thomas Jiggs.

Lyne sonrió, contenta de poder hacer algo positivo al fin. Miró el plano que Bates le había enviado, con las triangulaciones de las llamadas hechas desde el móvil de prepago entre tres repetidores. Había señalado el punto desde el cual había calculado que se habían recibido y enviado las llamadas del número que Flemming le había entregado presuntamente a Valentine Borderer. Estaba deseando ponerle cara a la misteriosa muchacha.

—¿Cenamos? Estoy hambriento.

—Estaba pensando lo mismo —sonrió Lyne.

Greenwich Village era un barrio agradable donde vivir, y la calle que buscaban se alargaba llena de actividad, con edificios de ladrillo rojo, de cuatro y cinco plantas, a ambos lados de la calzada. Gallagher detuvo el coche delante del número ciento quince de la calle. Había un bonito portal en lo alto de una escalinata.

—Difícil para una invidente que además sufre una pronunciada cojera, ¿no crees? —observó Lyne. Miraba aquellas escaleras con aprensión.

—Bueno, comprobemos que Borderer está aquí antes de compadecernos...

Lyne estaba asombrada del cambio de actitud de Gallagher. Casi echaba de menos sus malos modos. Bajó del coche y corrió bajo la lluvia, envuelta en un largo abrigo negro, su color favorito. Subió las escaleras de dos en dos y se plantó en el portal. Gallagher tardó más. Sí, parecía una ballena.

—Subamos, está abierto —sugirió.

—Joder, Bokana, borra esa sonrisa de tu cara...

—Estoy contenta —Lyne se encogió de hombros y empujó la puerta para dejarle pasar.

—Tendremos que buscar piso por piso.

Gallagher suspiró.

—Coge el ascensor y ve bajando —le concedió Lyne—, yo iré subiendo por la escalera, nos encontraremos por el camino.

Lyne empezó a subir enseguida, y Gallagher llamó al viejo ascensor, aliviado por no tener que subir andando. Corrió la pesada verja de hierro en cuanto llegó a la planta baja y abrió la puerta de la cabina.

«Antigualla...», murmuró para sí.

Buscó el quinto piso y esperó. El ascensor se puso en marcha con un lamento y se bamboleó un poco, pero le llevó con rapidez hasta la última planta. Cuando Gallagher salió al rellano de la escalera, vio que no había luz. El interruptor quedaba a su derecha, lo pulsó, y ante sus ojos apareció la puerta de la única vivienda de la planta. Estaba abierta. Gallagher desfundó su automática y avanzó con precaución. Empujó la puerta para abrirla del todo y atisbó hacia la suave penumbra en que se hallaba el piso. No se escuchaba nada. Dio unos pasos, traspasó el umbral... Todo estaba revuelto.

«Bokana, sube. Quinta planta...»

Su transmisor crepitó, pero Bokana contestó.

«Voy».

La oyó subir corriendo por las escaleras. La esperó, y cuando se reunió con él le dio un momento para recuperar el resuello. Estaba algo pálida. Gallagher miró de forma significativa el lugar en su pecho donde aún estaba cicatrizando la herida.

—Estoy bien... —murmuró Lyne. Se llevó la mano al pecho e hizo una mueca. Dolía. Era cierto, le tiraba la herida, pero se encontraba bien—. ¿Vamos?

Por una vez Gallagher fue por delante y Lyne lo cubrió. Fueron recorriendo el piso, despacio, habitación por habitación. Enseguida comprobaron que no había nadie. Lyne encendió las luces y enfundó su arma. Gallagher miró alrededor.

—Menudo revuelo...

—Con calma, echemos un vistazo.

No encontraron nada, ni en los armarios, ni en los cajones, ni en el suelo... Allí no había ropa ni nada personal. En la nevera en cambio había comida. La habían llenado no hacía mucho, a juzgar por su buen estado. Miraron en el baño. Hallaron un bote de champú, gel... nada más.

—Parece que quienquiera que estuviese aquí ha hecho las maletas...

—¿Quién habrá entrado? ¿Qué buscaban?

—No lo sé... Gallagher, quédate aquí y sigue mirando, voy a ver si algún vecino recuerda haber visto al dueño de este piso. Lyne abandonó el apartamento y bajó al cuarto piso. Llamó a la puerta. Nada. Bajó al tercero... nada. Mascullando entre dientes, bajó al segundo y al primero. En el primero la atendió un hombre de avanzada edad. No sabía quién vivía en el quinto.



—En el cuarto no vive nadie y los del tercero están fuera... La señora del segundo está enferma, no podrá abrirte la puerta, me temo.

—¿Está seguro? ¿Nunca ha visto a nadie en el quinto?

—Que yo sepa hace mucho que nadie lo ocupa...

Lyne se desilusionó. Iba a regresar junto a Gallagher, cuando el buen hombre la detuvo.

—Hubo un poco de jaleo hace unas dos semanas o más, no me acuerdo, el tiempo para mí pasa muy rápido y ya no sé en qué día vivo... No sé si fue en el quinto, pero me lo pareció... y ya le digo que en las otras casas...

—¿Jaleo?

—Oí ruido, y voces. Cuando me asomé vi a un hombre bajar corriendo como alma que lleva el diablo... Disculpe, lo había olvidado...

—Tranquilo... ¿Sabría decirme cómo era?

—Vaya... vestía bien, traje de chaqueta negro... y era muy poca cosa. Era uno de esos ratones asustadizos, llevaba gafas de aumento...

A Lyne su descripción le resultó sospechosamente familiar.

—¿Más bajo que yo?

—Al menos dos cabezas menos, era muy pequeño, y delgado, como le digo, poca cosa...

—Espere...

Lyne sacó su móvil y empezó a buscar en la red imágenes en las que apareciera el arzobispo Felps. Pasó una tras otra, descartando las que el buscador le sugería, hasta que dio con una en la que, detrás de él, se veía a su secretario. La aumentó y se la mostró al anciano. Éste se puso sus gafas y escudriñó la foto, entrecerrando los ojos.

—¿Diría que es él? —preguntó Lyne con ansiedad.

—Mmmm... Está algo borrosa, pero si no lo es... desde luego se le parece mucho...

—Vaya... ¿Iba solo?

—Había más gente arriba, los oía bien... Cuando él se marchó me asomé un poco y vi a otro tipo, uno rubio, aunque sólo fue un momento, de refilón...

Lyne sintió un golpe de calor en el pecho. Sacó sus notas, en las que había apuntado lo que Susan Avery, del Wolker Hotel les había contado, y le dio a aquel anciano los detalles.

—Podría ser, pero vaya... ¿Cuántos tipos así diría que puede haber en el mundo?...

—Es cierto —sonrió Lyne—. Gracias señor... ¿Recuerda algo más?

Él meneó la cabeza, y Lyne le entregó su tarjeta.

—Llámeme si recuerda algo.

—Claro...

Lyne subió de nuevo a la carrera, buscando a Gallagher. Lo encontró agachado en el salón.

—No hay nada... Deberíamos consultar el registro, por si aparece algún nombre... —propuso el detective incorporándose, rojo como la grana porque se le había acumulado la sangre en la cabeza.

—Creo que tenemos algo, Gallagher.

Lyne le enseñó la foto de Felps y su secretario y le contó lo que acababa de revelarles el vecino del primero, presa de una gran excitación.

—Juraría que el pequeñajo es Cotton, Samuel Cotton...

—¿Cotton? ¿El secretario de Felps?

—Ha dicho que es el mismo que el de la foto...

—Y si mañana le enseñas la foto de otro tipo dirá lo mismo, Bokana...

—Pero es mucha casualidad, que alguien parecido a Samuel Cotton estuviese aquí, con un tipo rubio... que no sólo podría ser el último que vio a Fleming con vida, antes de que la empujaran por la ventana, sino que aparece en este piso, que apostaría a que ha sido donde se instaló Valentine Borderer desde que vino a Nueva York...

Gallagher negó con la cabeza.

—Son conjeturas, no tenemos pruebas, Bokana. Hemos encontrado este apartamento abierto, un vecino vio jaleo... Pero no tenemos nada en firme. Consultemos el registro, a ver qué sale.

—Una llamada y lo sabremos.

Lyne cogió su teléfono y llamó a su oficina en Seattle. Pidió a un compañero que hiciera la consulta y la llamara enseguida...

—¿Qué hacemos?

Gallagher miró alrededor.

—Poco más podemos hacer aquí por ahora. Volvamos a Seattle.

—¿Tan pronto? —se quejó Lyne.

—No hay ninguna razón para seguir aquí, Bokana. Y te recuerdo que es Manhattan, no tenemos jurisdicción aquí. No podemos pedir que vengan los técnicos a recoger huellas...

Era cierto.

—Esperemos a que nos confirmen de quién es el piso al menos. Hay un vuelo esta noche. Vamos Gallagher...

—Sigues siendo un grano en el culo, Bokana...

—Sí... —sonrió ella—. Claro que sí.

## Capítulo 25



Pigeon miró a Stacy Codenpage con rabia. Llevaba horas tratando de hacerse entender, sólo quería explicarle a esa mujer que Gerome podía cuidar de ella, que de hecho, era lo que había estado haciendo desde hacía tiempo. La vio volver el rostro y suspirar. No era muy guapa, pero tenía unas facciones agradables, los ojos algo rasgados de un curioso color verde musgo, y una boca menuda y amable. Su pelo corto era un nido de tirabuzones negros que saltaba sobre un rostro sereno. A Pigeon le hubiese gustado si no fuera porque pretendía trastocar su vida de forma dramática. No pensaba resignarse, estaba dispuesta a hacer lo que fuera por escapar de sus garras. Pensó con amargura que era ése el secreto de Gerome. Ella había tenido razón, y Gerome había mentido, ocultándole que Codenpage pensaba llevársela a un centro de menores. Estaba furiosa con él por haberle ocultado algo así.

—¿Comprendes lo que acabo de decirte, Pigeon?

Ella comprendía muy bien, era Codenpage la que no la comprendía a ella. ¿Por qué no quería escucharla? Estaba harta de su verborrea, y del modo compasivo con que la miraba. Se replegó en la cama del hospital y fulminó a Codenpage con sus hirientes ojos azules. La asistente social acusó esa mirada

y de nuevo suspiró.

—Quiero volver con Gerome —insistió Pigeon.

—No puedes quedarte con él.

—¿Por qué no?

Stacy suspiró por tercera vez. Ya no le quedaba paciencia.

—Él no puede ser tu tutor legal.

—Por qué no, él es quien cuida de mí, ¿por qué no puede seguir haciéndolo?

—Oye, Pigeon... A mí me encantaría que pudiese ser él, de verdad...

—¡Pues deja que lo sea!

—¡No soy yo quien decide! —chilló Codenpage. Al instante se arrepintió de su tono de voz. Sus ojos verdes brillaban al borde de las lágrimas. Odiaba aquella parte, en la que frustraba los anhelos de los niños. Además, había llegado a un cuerdo y no podía romperlo—. Lo siento, Pigeon... He llamado a Gerome, pero no contesta. En cuanto pueda haré que venga...

—¿Y qué va a pasar con Oliver?

—No volverás con él. Tampoco tu tía Dirdre puede encargarse de ti, dado que... En fin, ahora es el estado quien va a protegerte y a cuidar de ti. Nadie volverá a ponerte una mano encima...

Pigeon derramó algunas lágrimas de impotencia, y se apresuró a enjugarlas porque no quería que aquella asistenta viera que estaba llorando. Se miró los brazos, cubiertos de heridas que un médico se había esmerado en curar. Le dolía todo el cuerpo, sentía los lengüetazos del cinto de cuero con que su padre la había azotado como ardientes brasas que se fundían con su piel.

—Gerome cuida de mí... —gimió desesperada.

Miró alrededor con miedo. Codenpage se había quedado con ella mientras esperaban a que el médico decidiera si necesitaba ser ingresada o no. Estaba sentada a su lado, junto a su cama, en una silla de una bonita habitación decorada para niños. Demasiado infantil, Pigeon se consideraba mayor para aquello. Volvió el rostro, a punto de llorar. Le aterraba entrar en un centro y no poder ver más a Gerome. También pensaba en Valentine, sola con su tristeza. Estaría preocupada, buscándola...

A Pigeon se le aceleró la respiración, dominada por mil emociones distintas, todas revueltas dentro de su pecho, para formar una bola que amenazaba con hacerla reventar. Se estiró un poco. Por el pasillo avanzaba una mujer con un carro de limpieza. Se movía despacio, con hastío. Se metió en la habitación contigua y la perdió de vista. Le brillaron los ojos y miró de reojo a Codenpage, y luego al agente que vigilaba el pasillo. Era un tipo alto y fornido, y estaba charlando con una enfermera.

—Pigeon, debes confiar en mí —dijo Codenpage, y alargó una mano delicada para acariciar su enmarañado pelo rizado, pero ella se apartó—. Por favor...

—Deja que me vaya.

—No puede ser.

Pigeon apretó los labios y cruzó los brazos con cuidado, porque las heridas le dolían mucho, sobre todo las que laceraban sus antebrazos. Mantuvo los ojos fijos en la habitación contigua, haciendo cálculos. Codenpage la miraba con compasión, pero ella no quería su compasión, quería que la dejara marchar, quería ir a buscar a Gerome, y lo haría. Era una experta fugándose, lo había hecho toda la vida, y si había sido capaz de evadirse de la tiranía de su padre y su tía, podría hacerlo con aquella pusilánime funcionaria que sólo sabía atenerse a sus estúpidas reglas. Las reglas estaban para romperlas, cuando había que romperlas. Pigeon lo había aprendido bien, o no hubiera cumplido doce años. Gerome lo sabía bien o jamás hubiera llegado a Nueva York para empezar una nueva vida. Valentine lo sabía bien, o aún seguiría en el psiquiátrico.

El médico regresó, envuelto en su bata blanca, y recomendó a la señorita Codenpage que Pigeon permaneciera ingresada unos días, al menos hasta que sus heridas hubieran empezado a curarse. Codenpage torció el gesto.

—Son laceraciones profundas y abrasivas, necesita vigilancia y cuidados.

Pigeon no abrió la boca y no contestó cuando el doctor preguntó si le parecía bien. ¿En eso sí podía opinar? Cuando el teléfono móvil de Codenpage sonó, Pigeon la miró de soslayo, con cuidado. Esperaba que fuera Gerome. La asistenta se levantó y se alejó unos pasos. Hablaba en susurros, pero ella podía oír lo que decía, y a Gerome al otro lado, furioso.

—...¡No Gerome, no puedes llevártela, ya te dije lo que iba a pasar!  
—Codenpage había enrojecido y sus ojos brillaban—. ¿Sabes cómo la hemos encontrado? ¡Va a estar ingresada varios días porque su padre estaba matándola a golpes mientras su tía la sujetaba! ¡El doctor acaba de decírmelo!  
—Hubo un momento en que calló mientras Gerome la interpelaba para que le permitiera recoger a Pigeon y ocuparse de ella. A Pigeon se le escapó una sonrisa al imaginarlo yendo a rescatarla. Nadie podría detenerlo, Gerome era un gigante—... Gerome, no, ¡no puedes! ¡No, en cuanto el médico le de el alta



irá al centro! No, Gerome, sé que no es justo, pero... ¡No puedes venir a buscarla! ¡Pues claro que he cursado tu solicitud!

Gerome colgó y Codenpage dejó caer la mano con la que sostenía el móvil a lo largo de su cuerpo, con un sonoro suspiro, más profundo que todos los anteriores. Miró al techo, buscando la paciencia que necesitaba para lidiar con la difícil situación. Se volvió despacio, dispuesta a decirle a Pigeon que acababa de hablar con Gerome y que no iba a poder volver a verlo...

—¿Pigeon?

La niña no estaba. Atónita, Stacy se quedó unos segundos mirando la cama vacía, el hueco que sólo un instante antes había ocupado. Salió apresuradamente al pasillo y miró alrededor, los ojos verdes muy abiertos, la boca formando una «o», las manos temblorosas.

—¿Dónde está? —gritó con ansiedad. Pigeon estaba bajo su responsabilidad, no podía permitirse perderla... El policía encargado de acompañarla a ella y a la niña al centro de menores estaba conversando con una enfermera. Se volvió hacia ella al escucharla, sin comprender—. ¿Dónde está? —insistió Codenpage—. ¿La ha visto? Maldita sea, ¡Pigeon Murphy se ha escapado!

De inmediato el agente se puso en marcha. Pigeon lo vio pasar muy cerca soltando toda clase de improperios. Estaba escondida en la habitación contigua a la que había ocupado, dentro del carro de la ropa sucia que la mujer de la limpieza había arrastrado hasta allí. Respiraba deprisa, asustada, rezando para que no la descubrieran. No pensaba dejarse coger sin oponer resistencia, pero tenía miedo.

Se armó un buen revuelo en el pasillo. La mujer del servicio de limpieza, ajena al jaleo, regresó junto al carro, arrojó dentro un montón de sábanas sucias, y lo empujó para salir de la habitación. Ya había terminado allí. Pigeon se enterró cuanto pudo, tratando de llegar al fondo y hacerse

invisible.

«Por favor, por favor...»

—Oiga, ¿ha visto a una cría de doce años? —la interrogó el policía.

—Yo no he visto nada, vengo de esa habitación y ahí no ha entrado nadie... —Pigeon sonrió. Empezaba a tener mucho calor, pero se aguantó.

El policía echó una mirada significativa al carro.

—¿Quiere oler los meados, a ver si está la niña? —la mujer metió la mano gruesa entre las sábanas sucias y las revolvió. Por suerte Pigeon estaba muy al fondo y el agente no pudo verla.

—Está bien, adelante...

El carro se movió y recorrió el pasillo. La mujer, de piernas cortas y robustas, la llevó hasta el ascensor, pulsó el botón y esperó.

—Ay que ver cuánto revuelo por una mocosa...

A Pigeon le latía el corazón como una locomotora. Le ardían las mejillas y sentía el ardor de sus heridas castigándola, pero merecía la pena sufrir así si era para ser libre. El ascensor llegó y la señora se metió dentro y tiró del carro. Pulsó el botón del sótano y se apoyó con todo su peso en el tirador. Pigeon notó cómo se hundía la estructura en la que se escondía, y temió que fuera a romperse. Al cabo de unos segundos, hubo un chasquido, la cabina dio un salto, y las puertas se abrieron con un zumbido.

—Lavandería... —dijo la señora.

Sacó el carro y lo llevó a través de un ancho corredor subterráneo. Pigeon no veía nada. Esperaba poder escabullirse antes de que aquella mujer vaciara el carro y la descubriera allí.

—Ya puedes salir, niña.

Las sábanas que la ocultaban desaparecieron y Pigeon vio el rostro rubicundo de la mujer inclinado sobre ella.

—Si quieres marcharte hazlo por aquella puerta —señaló un gran portón metálico—. Nadie esperará verte salir por ahí. Pero date prisa.

—Gracias, muchas gracias...

—Me caen fatal los de los servicios sociales... Anda, ¡corre!

Pigeon no se hizo de rogar. Se levantó, dejó que la buena mujer la ayudara a salir del carro, y corrió como una liebre hacia la salida, sin mirar atrás. Su corazón saltaba en su pecho, y en su mente sólo estaba llegar hasta Gerome. Abrió la puerta de la lavandería y salió al exterior. Llovía con fuerza, pero a ella no le importó. Sabía cómo llegar a Greenwich Village. Se deslizó como una sombra entre los coches del aparcamiento detrás del hospital. Entonces se dio cuenta de que el primer lugar al que irían a buscarla sería a la casa de Gerome. Un gemido se escapó de su boca. ¿Qué podía hacer? Y entonces un nombre acudió a su cabeza. Sólo se le ocurría una persona que pudiera ayudarla: Konstantin. Nadie la buscaría en el almacén de Konstantin. Aun así se estremeció, y recordó que podía ser peligroso.

Gerome se puso su chaqueta y salió del piso para ir a buscar su taxi, decidido

a sacar a Pigeon del hospital como fuera. No iba a dejar que la encerraran en un centro de menores, y estaba dispuesto a saltarse las normas. Cambiaría de dirección, dejaría el taxi, saldría de Nueva York, del país... si le obligaban. Y Pigeon iría con él. Bajó como una exhalación por las escaleras, y entonces una figura apareció en mitad de su camino. Gerome soltó una maldición y la esquivó como pudo. Era su vecina del primero, la señora Woodward.

—¡Ay Dios mío! ¡Gerome! —La señora Woodward se apoyó en la pared, a punto de caerse. Se retorció las pequeñas manos llena de ansiedad. Era mucho más baja que Gerome, y su piel blanca destacaba en contraste con la suya. Una expresión preocupada torció su semblante normalmente risueño—  
... Menos mal que has vuelto...

—Señora Woodward, déjeme pasar, tengo prisa...

—¿Has visto que se han llevado detenido al señor Murphy y a su hermana?

Gerome se armó de paciencia. No tenía tiempo para sus cotilleos.

—Lo sé... Por favor... —Su rostro negro se encendió.

—Oh, y la pobre Pigeon, se ha ido con esa mujer, y dos policías, ¿qué van a hacer con esa chiquilla? Dios bendito, ese fulano y su hermana le han dado una paliza... Oh, pero tienes que saber algo más querido, ¿se han llevado a tu amiga!

Gerome, que la estaba escuchando cada vez más impaciente y nervioso, clavó sus ojos negros en ella. Se irguió en toda su estatura, en medio de la escalera, y la buena mujer tuvo que levantar la cabeza para poder hablarle.

—¿Qué ha pasado?

La Luz se apagó, y la señora Woodward la encendió. Bajó la voz para seguir con su relato.

—Tu amiga, esa pobre chica ciega... Se la han llevado con una camisa de fuerza, unos animales...

Gerome abrió los ojos, mientras una horrible sospecha comenzaba a abrirse paso en su mente. Había creído todo el tiempo que Valentine había salido a buscarle...

—Cómo dice...

La señora Woodwarth meneó la cabeza y se santiguó.

—No hay derecho. No sabía qué pensar, quise salir a protestar por el modo en que la estaban tratando, pero ¿qué podía hacer yo contra cuatro matones? Además, la ambulancia esperaba abajo...

—¿Ambulancia?

—Una de esas grandes, con las luces encendidas. Creo que era de un psiquiátrico...

Gerome palideció. Ahí estaba. Al fin se la habían llevado. Se dejó caer en las escaleras, anonadado. Valentine... Había estado tan angustiado por la situación de Pigeon que no había creído que...

—Subieron cuatro hombres y le pusieron una camisa de fuerza. La oí patalear y protestar, pobrecilla, cómo pueden tratarla así... Uno de ellos le dijo que tenían una orden y se la llevaron a rastras. Ví cómo la metían en la ambulancia por la ventana...

—¿Dijeron a dónde la llevaban?

—Dijeron Seattle, estoy segura...

Gerome agradeció a la señora Woodward su ayuda. Se levantó pesadamente, los puños crispados, los ojos entrecerrados mientras planeaba qué hacer, qué era más urgente... De pronto su móvil sonó. Codenpage... Gerome contestó, furioso, apenas capaz de contener la rabia que sentía.

—Qué quieres ahora, Codenpage...

—Por Dios Gerome...

—Qué pasa... Si no me llamas para decirme que recoja a Pigeon no me llames...

—Pigeon se ha escapado. Sé que estás furioso, pero si la ves, si va a buscarte, como supongo que hará... Debes avisarme.

Gerome sonrió, mientras un inmenso alivio se apoderaba de él. Conocía a Pigeon, no volvería por allí, buscaría un lugar más seguro donde esconderse y después se las arreglaría para llamarle...

—¿Gerome? Por favor, Gerome, podría estar...

—Hasta luego Codenpage.

Gerome cortó la llamada. Dio media vuelta y regresó a su apartamento. La señora Woodward se quedó donde estaba, con la boca abierta y un interrogante en sus ojos grises. Gerome abrió la puerta de entrada y se fue hasta el salón con la esperanza bailando en su corazón. Tenía que estar, tenía que estar allí... Abrió la ventana y se asomó a la escalera de incendios. Mr. Doggy estaba sentado unos peldaños más arriba. En cuanto vio a Gerome, corrió hacia él, las orejas erguidas, los ojos ámbar atentos.

—Aquí estás amigo... Necesito que ma hagas un favor...

Gerome volvió al salón, buscó lápiz y papel, y escribió en un papel. Imaginaba a dónde podía haber ido Pigeon, y aunque era arriesgado, la prefería allí que en el centro para menores.

«Pigeon, sé que has escapado. Escóndete, no te dejes ver hasta que vaya a buscarte, yo he de ir a ayudar a Valentine. Se la han llevado a Seattle. Díselo a Konstantin. Te quiero, Gerome»

Satisfecho, cogió a Mr. Doggy, le quitó el collar, y ocultó el mensaje en un pequeño bolsillo cosido en el envés. Hacía mucho que habían acordado que se comunicarían así si alguna vez las cosas iban realmente mal. No era la primera vez que se veía obligado a utilizar ese truco. Esperaba que Pigeon lo recordara.

—Mr. Doggy, ve a buscar a Pigeon.

Gerome acarició la cabeza del enorme gato anaranjado con ternura, apoyó la frente en la suya, y clavó sus ojos negros en los ambarinos del animal, con intención. Pensó en Talbot, el viejo perro al que adoptó. Ahora era aquel gato extraño su compañero, y la relación que lo unía a él era profunda y verdadera. Mr. Doggy maulló suavemente, y Gerome lo soltó. El gato le dedicó una última mirada. Enseguida se fue trotando por la ventana, el largo rabo en alto, y desapareció por la escalera de incendios. Gerome lo siguió con la mirada. ¿Cuántas veces le habían ayudado aquellas escaleras? A Pigeon un millar, desde luego.

—Cuídate Pigeon...

Pero ella era mucho más lista que la media, no sólo eso, era audaz, astuta, valiente... Si alguien estaba a salvo, era Pigeon. Ni mil Codenpage

podrían encerrarla.

Gerome no dudó. Cerró la ventana, abandonó el apartamento, y bajó hasta su coche. Arrancó el motor y puso rumbo a Seattle.



## Capítulo 26



Valentine despertó presa de un vértigo demoledor que tiraba de ella hacia abajo. Quiso incorporarse de golpe sobre una cama estrecha y dura, pero no pudo, y se aferró con las dos manos a los bordes, como si fuera a precipitarse al vacío. Abrió los ojos tratando de ver, manoteó alrededor, tanteando en todas direcciones, pero sólo había un gran vacío en torno a ella. Boqueó, inspiró, expiró, varias veces, buscando recuperar el aliento, el equilibrio... Y entonces comprendió dónde estaba. El New Hope. Estaba de vuelta en el psiquiátrico. Tiró de sus manos, y tampoco pudo. Estaba maniatada. Unas fuertes correas sujetaban sus muñecas, ni siquiera podía juntar las manos delante de ella. Quiso doblar las piernas, pero sus tobillos habían sido anclados también a los bordes de... una camilla.

Valentine dejó caer la cabeza, con la angustia instalada en lo más profundo de su alma y el miedo atosigando y espoleando su mente. ¿Qué podía hacer? ¿Había algo que pudiera hacer? Movié los pies y las correas se tensaron con fuerza. Oía a cuero, muñequeras y tobilleras forradas por dentro de algo suave apresaban muñecas y tobillos de forma implacable. Estaba a merced de ese hombre. Recordó su nombre, Americus Osmoord. Un frío pavor se abrió paso en su pecho. Sabía qué clase de psiquiatra era. Uno sin escrúpulos, amante de la experimentación. Lo sabía porque Amanda le había hablado de él algunas veces, siempre con el desprecio y la reprobación en el fondo de sus palabras. Había tenido suerte de no caer en sus manos... hasta

entonces.

«Amanda, oh, Amanda...»

Pero Amanda estaba muerta.

Valentine abrió los ojos y los fijó en algún punto indefinido por encima de ella, mirando sin ver. No había nada alrededor, no distinguía forma alguna en el lugar donde estaba, lo que significaba que la habían metido en una habitación grande sin muebles, con paredes y techo pintados de blanco. Valentine se concentró. Olía el cuero de sus correas, un fondo de lejía que provenía de la sábana de su camilla, y algo que no sabía distinguir. Una luz iluminaba la estancia donde la tenían encerrada, aunque no podía decir de dónde venía. No tenía modo de saber cuánto tiempo llevaba dormida, o si era de día o de noche. Estaba aislada, atrapada en una ratonera. Americus Osmoord podría hacer con ella lo que quisiera.

Su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho, y se le aceleró la respiración. No soportaba estar así, esperando... ¿a qué? Pensó en Gerome, en Pigeon... los únicos que podían imaginar lo que podía haberle ocurrido, los únicos tal vez dispuestos a buscarla, a luchar por ella... Konstantin, había prometido ir a buscarla... pero estaba ocupado haciendo algo... No sabía que se la habían llevado.

Osmoord le había mostrado una orden judicial que les permitía internarla definitivamente. Mucha era la influencia del centro como para haber logrado una orden así. Amanda siempre sostuvo que no había nada que justificara su encierro, y ella era una prestigiosa psiquiatra con experiencia y un profundo conocimiento de la ley...

«Por eso se la han cargado, porque ella hubiese podido impedir que acabes aquí, hubiese ganado la batalla y te hubiese hecho libre...»

Konstantin... Su nombre quedó suspendido entre sus labios, lleno de promesas, y un ardiente fuego recorrió su cuerpo en cuanto lo pronunció.

—Konstantin... —llamó.

En su extraña conversación, él había prometido buscarla, responder a sus preguntas, había prometido protegerla. ¿De verdad podía hacerlo? Su destino estaba en manos de un desconocido que en sí mismo era un misterio. Cómo podía confiar en él...

Su alma se retorció, ávida de libertad. Los nombres de sus amigos bailaban en la esperanza de Valentine, Gerome, Pigeon, y por fin, Konstantin... No todo estaba perdido mientras ellos aún pensarán en ella.

Hubo un chasquido y los pensamientos de Valentine se apagaron de golpe. La esperanza retrocedió y la verdad de su situación se materializó en aquel horrible sonido, el de la puerta al abrirse. Alguien entró. Valentine miró, y vio una sombra acercarse, el contorno de un hombre. Su olor... a naftalina, le reveló su identidad. Osmoord.

—Suéltame... —rugió.

Ahora estaba furiosa.

—No puedo hacerlo, Valentine.

La voz de Osmoord era amable, aunque desprovista de emoción. Se acercó hasta situarse a su lado, y le tomó el pulso. Puso dos dedos en su garganta.

—Estás muy alterada. Debes calmarte. No hay nada que puedas hacer, así que es mejor que te tranquilices.

—No pienso tranquilizarme, estás cometiendo un error, ¿no tienes derecho a retenerme aquí!

—Ya has visto la orden, Valentine. Sí que puedo. No eres consciente del peligro que supone para ti ser libre, y para los demás. Por suerte, estamos nosotros para ayudarte. Dime, ¿cuánto hace que no tomas tu medicación?

Valentine esbozó una sonrisa amarga.

—No he vuelto a tomarla desde que salí... Y me alegro...

Osmoord retiró sus dedos y se quedó pensando un instante.

—¿Y tus pesadillas?

Valentine guardó silencio. Se dio cuenta de que no había vuelto a tenerlas desde que dejara las pastillas. Salvo aquella única, cuando aún no las había dejado del todo, no había experimentado más sueños. Al menos no malos sueños.

«No estás sola...», el recuerdo de aquella voz regresó a ella con fuerza, y una oleada de excitación se expandió por su cuerpo, arrastrando la amargura.

—Sabrás que hemos dado con un remedio definitivo que podrá acabar con tu sufrimiento, Valentine. El doctor Jacob Gates ha podido desarrollar una fórmula permanente que te ayudará. Y te prometo que cuando la probemos, si es un éxito, te dejaremos ir.

—¿Éxito? ¡Yo no estoy enferma!

—Es verdad, no estás enferma en el sentido estricto de la palabra, pero hay algo en ti que es como un cáncer, algo que está mal, recuerda lo espantoso

que era, recuerda que te llevó a intentar quitarte la vida. Eso se va a terminar. Debes reconocer que en estos últimos años has mejorado ostensiblemente.

—La doctora Flemming fue la que me ayudó.

—Las pastillas te ayudaron.

—La habéis asesinado...

Osmoord suspiró.

—Lamento mucho la muerte de Amanda. Era una gran profesional, la más preparada que he conocido, pero no lo sabía todo. Se equivocó al dejarte ir.

—Suéltame maldito loco...

Osmoord sonrió.

—Por ahora descansa. Mañana empezaremos tu tratamiento. Alégrate, serás la primera en probarlo, si tiene éxito, podremos curarte definitivamente, y también a otros como tú. Siento tener que tenerte atada, Valentine, pero es por tu propia seguridad. Hasta mañana.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Los pasos de Osmoord se alejaron y al poco la puerta se deslizó pesadamente sobre sus goznes metálicos y se cerró con un click. Valentine se quedó sola. Estaba tan inquieta y nerviosa, que había roto a sudar y una pegajosa pátina de humedad cubría su piel delicada y perfecta. Lágrimas rabiosas barrieron su rostro, y sus ojos castaños se encendieron con un suave resplandor del que no fue consciente.

—¡Oh, mierda! ¡Mierda! Dios, ayúdame, ayúdame Dios mío... —  
suplicó—. Konstantin, Konstantin, ¿dónde estás?

El padre Thomas Jiggs se mesaba el pelo rojo lleno de consternación. Había faltado a su palabra y había abandonado a Valentine a su suerte. Ahora que la doctora Flemming estaba muerta, Jiggs era un barco a la deriva, consciente del rumbo que ha de tomar, pero lleno de temor a los peligros que tendrá que afrontar para llegar a puerto. Se debatía entre lo que sabía que debía hacer, y lo que su miedo le pedía que hiciera. No podía enfrentarse solo a Felps, sin Flemming, le faltaba coraje y lucidez. Además, ahora también debía preocuparse de que descubrieran que había sido su cómplice. Tal vez sospecharan ya que había un traidor en el consejo, tal vez supieran ya que ese traidor era él.

Jiggs lo lamentaba por Valentine, porque de verdad había creído en lo que hacía cuando ayudó a sacarla de Seattle y la acompañó a su nuevo destino en Nueva York.

Sin embargo, ahora que la doctora no estaba para rebatir sus dudas, la fuerza de sus argumentos para ayudar a la joven se iba diluyendo en la sopa de su cobardía. Ya no recordaba esos argumentos, que tan sólidos le parecieron una vez. No lograba reproducirlos en su cabeza, y en cambio ganaba terreno la convicción de que era el eslabón débil de una causa perdida. Las dudas que Flemming atajaba con facilidad, empezaban a crecer y a corroer su alma, dudas que susurraban en su oído que tal vez Valentine de verdad estaba enferma, tal vez el tratamiento era por su bien, y su proyecto para acabar con el mal que ella y otros como ella llevaban dentro estaba construido sobre la base de algo verdadero. Después de todo, Valentine había mejorado con el tratamiento que el centro había puesto a su disposición, fruto de años de

investigación del doctor Gates, una eminencia en su campo. ¿Acaso podía dudar del arzobispo de Nueva York, de Paolo Santorini?

«Pero Amanda está muerta...», murmuró.

Jiggs se levantó y dio unas vueltas por su habitación. Llevaba unos días en Seattle, presa de la más profunda angustia. Se aflojó el cuello de la sotana y abrió la ventana buscando aire fresco. Entonces, mientras respiraba apoyado en el marco de la ventana, vio cómo traían a Valentine con una camisa de fuerza. Estaba desvanecida, o drogada tal vez con algún calmante, y Osmoord abría la marcha mientras sus gorilas la llevaban en volandas. Jiggs parpadeó. Recordó la fragilidad de esa chica en el avión, su ilusión por empezar de nuevo en el fondo de sus ojos castaños. Ahora parecía una muñeca de trapo burdamente maniatada, la cabeza colgando y el largo pelo rubio arrastrando el polvo de la calzada del aparcamiento del New Hope Psychiatric Center.

Vio a la comitiva entrar en el edificio y un frío glacial se instaló en sus tripas. La habían encontrado y la habían capturado.

—Se acabó... Se acabó...

Thomas Jiggs dejó caer la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos, rogando por el alma de Valentine. Alguien llamó a la puerta.

—Padre, le reclaman en la sala. El consejo va a reunirse dentro de media hora.

—¿Estamos todos?

—El obispo Paolo ha venido desde Nueva York.

—¿Y Felps?

—El arzobispo no puede venir.

El hombre iba a retirarse, pero Jiggs le entretuvo.

—Espera, Patrick...

—¿Sí?

—Dime, ¿alguna vez te has sentido dividido?

—No comprendo...

—Entre lo que te dicta el corazón y lo que te dicta la razón...

—Por supuesto, padre Thomas.

—¿Y qué haces para superarte a ti mismo?

Patrick, un sacerdote joven cuya estancia en el centro era reciente, pareció reflexionar. Finalmente le dedicó una sonrisa.

—Cuando la razón y el corazón no se ponen de acuerdo, acudo a la Fe. Debemos guiarnos por ella, porque nuestra razón, y más aún el corazón, suelen engañarse fácilmente en este mundo de luces y sombras. Sólo la Fe puede guiarnos por el buen camino.

—Gracias Patrick.

Patrick asintió y cerró la puerta con suavidad. Sus pasos se perdieron por el pasillo. Fuera lucía el sol y la mañana se desenvolvía de forma agradable. Pronto llegaría la primavera. Jiggs se enderezó, le dedicó una mirada al amable paisaje que rodeaba el centro, y abandonó su habitación. Se



colocó la sotana, se limpió el sudor con un pañuelo, y se liberó del martirio que había estado torturando su moral. Patrick había hablado con sabiduría. La Fe debía ser su referencia. Paolo Santorini había encarnado siempre la rectitud y defendía esa Fe de la que Patrick hablaba. Paolo había llegado, se apoyaría en él para decidir qué hacer. Si él estaba dispuesto a seguir adelante, tal vez debiera reconsiderar sus actos recientes y volver a la senda de la Fe en la Iglesia Católica.

Encontró al consejo reunido en la sala que utilizaban para dirimir los temas importantes que afectaban al centro y a otras cuestiones, como por ejemplo las relativas al proyecto que encabezaba Felps. Paolo estaba allí, de espaldas al resto, mirando por la ventana. Jiggs lo observó con interés. Parecía encorvarse sobre sí mismo, como si una pesada carga le estuviera aplastando.

Saludó a sus colegas del consejo y tomó asiento en su lugar de siempre, en la gran mesa rectangular. El consejo estaba formado por doce personas, incluyéndose a él, al obispo Paolo, y a Felps. Como el arzobispo no estaba, quedaba una silla vacía, la que presidía aquella mesa. Todos los allí presentes eran sacerdotes. Uno a uno se fueron sentando. Estaban serios, seguramente conscientes de la importancia de lo que iban a dirimir allí.

Paolo fue el último en ocupar su lugar. Cuando el ruido de las sillas al arrastrarlas para tomar asiento cesó y los murmullos se acallaron, tardó unos segundos en reaccionar. Al fin se volvió hacia la mesa y los miró, uno por uno, con ojos directos. Jiggs se sorprendió. El obispo parecía nervioso. La falta de sueño se acusaba en su rostro, en las bolsas bajo los ojos y en la mandíbula, que colgaba floja sobre la incipiente papada. Vestía su sotana con fajín morado y llevaba su solideo en la cabeza. Caminó despacio hasta su lugar y se sentó.

—Buenos días —saludó.

Todos contestaron al unísono.

—El arzobispo no puede estar presente, pero me ha transmitido su parecer respecto al tema que vamos a tratar, de manera que soy su voz y su voto. ¿Alguna objeción?

Nadie se opuso. De todos modos sabían que la votación era sólo una mera formalidad, para salvaguardar las apariencias. La decisión estaba tomada.

Paolo frunció el ceño. Sus cejas empezaban a blanquearse, y su pelo ya estaba entreverado de canas.

—Sabéis que al fin hemos podido traer de vuelta a Valentine Borderer. Sabéis la gravedad de lo que la doctora Flemming ha hecho sacándola de aquí, descanse en paz... —se santiguó con respeto, y todos le imitaron. Hubo una suave oleada de murmullos, pero pronto se acallaron—. Y sabéis la importancia de lo que estamos haciendo aquí. El doctor Jacob Gates ha encontrado el remedio definitivo para ayudar a personas como Valentine a salvar su alma, una fórmula capaz de erradicar el mal de su cuerpo, y devolverla a la gracia de nuestro señor Jesucristo. Hemos pasado por muchos fracasos antes de llegar a este punto, recordad a cuántos hemos perdido en nuestra lucha por vencer el mal que amenaza nuestro mundo.

Paolo se levantó. Jiggs observó que le temblaban las manos.

—Soy el portavoz de Felps. Él me ha instado a suplicaros que votéis a favor de probar la eficacia de ese nuevo tratamiento. Votaremos a favor o en contra de probar su efecto en Valentine Borderer. Como sabéis ella ha respondido bien a los tratamientos anteriores. Hemos logrado frenar en ella la manifestación de su mal. Esperamos lograr al fin liberarla de él, para siempre.

El consejo aplaudió, y Jiggs también lo hizo.

—Os daré unos minutos para reflexionar. Después, procederemos a votar. Recordad lo que está en juego, podremos erradicar del mundo esta amenaza, ayudar a quienes sufren dominados por el mal.

Hubo un pequeño revuelo, los miembros del consejo intercambiaron impresiones, aunque Jiggs sabía bien que todo estaba decidido y aquello sólo era un trámite formal cuya finalidad era dar permiso a Gates para experimentar en Valentine la eficacia de su descubrimiento. Jiggs buscó en el semblante de Paolo la respuesta que necesitaba. Estaba dispuesto a ser el único que votara en contra si veía en él la más mínima duda.

El obispo oraba, la frente apoyada en las manos, cuyos dedos entrelazaba con fuerza. A Jiggs le pareció que sufría un tormento. En un momento dado Paolo Santorini levantó la vista y la fijó en él. Sus ojos grises permanecieron fijos en los suyos, sondeando su alma, como si pudiera leer en ella. De pronto su semblante se relajó, y le dedicó una levísima sonrisa, apenas una mueca, cuya alegría se perdía en un ruego. Jiggs parpadeó y se revolvió inquieto en su asiento.

—Bien —dijo Paolo una vez apartó la vista de él—. Votemos.

Jiggs se sintió liberado. Miró alrededor, como si acabara de despertar de un sueño, y estudió los rostros del resto del consejo. Estaba todo decidido.

A una señal de Paolo, Patrick entró en la sala con un recipiente de cristal y un taco de papeles y bolígrafos. Los repartió entre los presentes y dejó el recipiente frente al obispo. Luego se retiró, pero al pasar junto a Jiggs apretó su hombro con la mano y se inclinó para susurrar en su oído.

—Cuando la razón y el corazón fallan, está la Fe...

Jiggs se estremeció. Al volverse, sólo pudo ver la espalda del joven sacerdote antes de que saliera.

—Escribid vuestro voto y depositadlo aquí.

Jiggs cogió su bolígrafo y el trozo de papel que Patrick le había entregado, y agachó la cabeza. Tener Fe... ¿qué significaba eso? Al fin escribió su voto, dobló el papel, se levantó y lo dejó en la urna.

—Gracias, Thomas.

Paolo le sonrió, y el padre Jiggs le devolvió la sonrisa. Volvió a su lugar y se dejó caer en su silla, temeroso de la decisión que acababa de tomar. El resto del consejo, uno por uno, fueron votando. Cuando el último de ellos depositó su voto en el recipiente y se sentó, Paolo depositó el suyo propio y se puso en pie.

—Procedo a hacer recuento de los votos.

Empezó a sacar los papeles uno por uno, los desdoblaba y leía en voz alta lo que estaba escrito en ellos.

—Sí... Sí... Sí...

Jiggs fue contando. Paolo continuó extrayendo papeles. Su voz sonaba seca y sonora en el profundo silencio que dominaba la atención del consejo.

«Sí... sí..»

Llegó a los nueve votos a favor.

—No.

Un revuelo acogió aquel «no». Los miembros del consejo se inclinaron

sobre la mesa, atentos al obispo. No había error, había dicho «no». Jiggs palideció. Paolo dejó aquel «no» aparte, y continuó. Sólo quedaban dos votos.

—Sí... y «no». —Había terminado. Los miembros del consejo se miraron entre sí, tratando de adivinar quiénes habían votado en contra. Jiggs también escudriñaba los rostros del resto, buscando el otro «no» entre los presentes. No era el único que dudaba—. Diez votos a favor, dos en contra. — declaró Paolo. Miró a Jiggs de soslayo, sólo durante un efímero instante, y el sacerdote supo de quién era el otro «no». Un vértigo demoledor se apoderó de él, por lo mucho que significaba ese «no» viniendo del obispo. Él era la mano derecha de Felps—. La prueba de la «cura» se llevará a cabo en Valentine Borderer, y que Dios se apiade de su ama.

## Capítulo 27



La agente Nancy Hilligan había reunido toda la información relacionada con el caso Ortega en una carpeta y se la había dejado a Gallagher sobre su mesa. Bates le había dicho antes de marcharse que Gallagher y Bokana estaban fuera, y cuando le había preguntado cuándo regresaban, había contestado un: «me importa una mierda», y había sacado el dedo corazón a pasear. ¿Desde cuándo el joven Bates se había vuelto tan osado? No era que a ella le importara lo que el novato tuviera contra esos dos, y además no le costaba imaginar que sus desavenencias eran, seguro, con Gallagher, pero no le gustaba que le sacaran el dedo corazón.

Miró la documentación que acababa de dejar sobre la mesa. Cuando Gallagher le había encargado aquello parecía correrle prisa. Se había molestado en escanearla y almacenarla en un archivo comprimido.

«A la mierda, no te lo mereces viejo prepotente, pero así soy yo... Para que luego me saquen el dedo corazón»

Hilligan le envió a Gallagher la información y se marchó a casa. En cuanto salió por la puerta del departamento de policía de Seattle se olvidó del

asunto.

Bokana había ido a una de las máquinas del aeropuerto a sacar un café mientras su compañero consultaba los paneles para ver qué puerta de embarque les correspondía. Su vuelo a Seattle salía a las ocho de la tarde, y ellos llevaban dos horas allí. Ya habían facturado su equipaje. De regreso, con su café en la mano, Lyne pensaba en Samuel Cotton. El secretario de Felps, tan asustadizo, espiando lo que Gallagher y el arzobispo decían tras la puerta. ¿Quién hacía algo así?

«Alguien que quiere saber si lo que se habla tiene que ver con algo que no le gusta y le tiene preocupado. Ese ratón sabe algo, y ese algo es feo»

Pero Cotton no iba a llamarla por iniciativa propia. O tal vez, si estaba muy asustado... Bebió su café y puso una mueca de desagrado, estaba asqueroso. Lo tiró a la primera papelera que vio. Gallagher estaba sentado con el móvil en la mano y cara de pocos amigos. Al verla llegar levantó la cara y se encogió de hombros.

—No vamos a ningún lado.

—¿Por qué? —«Mierda... Mark me estará esperando...»

—Porque Nancy Hilligan acaba de mandarme información sobre B.N.

—¿B.N.?

—Joder Bokana, qué pasa, ¿se te está secando el cerebro? ¡El caso es tuyo! B.N., ¡el cura amigo de Ortega!

Lyne lo había olvidado por completo, obsesionada con el asunto de Borderer. Abrió la boca y la cerró sin comprender.

—¿Qué ha encontrado?

—Un nombre. Tengo la fecha en que se ordenó como sacerdote, y la lista de los que se ordenaron al mismo tiempo. Hay un Benjamin Northon, de Nueva York. Hilligan ha localizado una foto suya y es el mismo tío que aparece con Ortega en la foto que encontré en su casa.

Alargó el brazo y le mostró una imagen. Era cierto, era el mismo tipo, algo más mayor.

—Nueva York...

—Lleva una parroquia en Harlem. No irás a decirme que no quieres ir a hablar con él, ¿eh, Bokana?

—Jódete Gallagher. Voy a cancelar los billetes.

—¡Cámbialos! ¡Podemos volver a Seattle mañana!

Lyne no le contestó. Cierta gusanillo se había despertado en la boca de su estómago. Benjamin Northon, ¿qué podría decirles sobre Ortega? Tal vez no hubieran vuelto a verse desde el día de su graduación. Lyne estaba cansada, pero al contrario de lo que Gallagher sugería, se moría por ir a ver al sacerdote. No conocía Harlem. Sonrió mientras se acercaba al mostrador y se ocupaba de cambiar sus billetes a Seattle por otros para el día siguiente. «O puede que no encontremos tan fácilmente a Northon», recapacitó.

—¿Sabe qué? Mejor dejaré la vuelta abierta. ¿Puede ser?



—Como quiera señorita Bokana.

Harlem había sido levantado al norte de Manhattan, y desde 1920 había atraído a tan alto número de afroamericanos, que ahora suponían más del setenta por ciento del total de una población de doscientas mil personas. La parroquia de Benjamin Northon era en realidad una pequeña iglesia arrinconada entre dos edificios de ladrillo rojo de cinco plantas, como dos matones que trataran de imponerse a ella. Su fachada gótica se elevaba hacia el cielo azul con una torre de aguja en el centro, y su pórtico era fantástico. Gallagher apremió a Lyne para que dejara de admirar la arquitectura del edificio y subiera las escaleras de una vez. Habían vuelto al hotel, habían prolongado la estancia, y habían decidido probar suerte con Northon por la mañana. Lyne apenas había dormido, pero estaba fresca y animada, mientras que su compañero rezongaba y soltaba exabruptos por casi todo.

—Deja de joder, Gallagher, pareces una carraca vieja... —la empujó para que atravesara el pórtico.

—Jódete tú, Bokana, hoy no estoy de humor...

—No sé cuándo lo estás...

Se adentraron discutiendo en el interior de la iglesia, cuya nave central gozaba de la luz que un enorme rosetón le proporcionaba desde la torre. A Lyne le invadió una sensación trascendental al pisar el suelo de piedra y contemplar los bellos colores que la luz trazaba en el aire al atravesar los

cristales del rosetón. La temperatura era fresca, y la quietud que dominaba el ambiente allí dentro contrastaba con el bullicio de las calles de Harlem. Dos hileras de bancos llevaban hasta el altar, y un órgano fantástico ocupaba todo el fondo. Lyne levantó la mirada hacia la cúpula que tenían sobre sus cabezas. Sonrió como hacía tiempo no lo hacía. Le gustaba aquel lugar.

—¿Puedo ayudarles?

Una voz grave les llegó desde alguna parte, pero ninguno de los dos supo decir de dónde venía. Gallagher giró en redondo, buscando su origen, y Lyne dio unos pasos hacia el altar.

—Aquí arriba...

Entonces vieron la figura de un hombre en lo alto de una sencilla escalera de piedra que conducía al presbiterio, elevado sobre la nave, en torno al altar. Se apoyaba en una barandilla de madera oscura y los observaba con interés. «Y es jodidamente atractivo», pensó Lyne.

—¿Es usted Benjamin Northon?

—¿Quién lo pregunta?

—Detectives Gallagher y Bokana, de Seattle —repuso Lyne, mostrando en alto sus credenciales.

—Están lejos de su jurisdicción.

—Hemos venido a verle a usted.

Northon descendió las escaleras y salió de la penumbra para que pudieran verle. Era alto y, según pudo constatar Lyne, arrebatadoramente guapo, de piel morena, pelo castaño y ojos de un suave color miel. Lyne no

hubiera sabido decir su edad.

—Ustedes dirán.

Los ojos de Northon eran expresivos y muy vivaces. Evaluaron a Bokana y a Gallagher con un rápido examen, analítico. Parecía ir con cautela.

—Dígame, ¿conoce a este hombre?

Lyne le mostró la fotografía que Gallagher encontrara en casa de Ortega. Había acordado con él llevar ella el peso del interrogatorio. Temía los malos modales de su compañero.

—Jeremiah Ortega... —Northon pareció saltar atrás en el tiempo. De pronto su semblante despierto se llenó de nostalgia y de tristeza. Frunció el ceño mientras sostenía aquella instantánea entre sus manos. Embutido en una larga sotana negra no dejaba ver sus formas, pero Lyne adivinaba que practicaba algún deporte.

—Encontramos esta fotografía en su casa de Seattle.

Northon miró a Lyne, y ésta apartó la vista, cohibida. Se maldijo por dentro, porque a ella eso jamás le ocurría con nadie. Si podía imponerse a Gallagher, ¿no iba a poder sostenerle la mirada a aquel sacerdote?

—¿Le ha ocurrido algo?

—Ha muerto. —Lyne lo observó, atenta a su expresión. Bingo... Un velo de sorpresa la cruzó. Luego llegó la rabia, pero Northon la ocultó enseguida y de pronto su hermoso rostro se cerró—. Siento darle una noticia así, pero lo cierto es que hallamos una carta que usted le escribió detrás de esa fotografía.

—¿Cómo ha muerto? —la cortó Northon.

—Se ha ahorcado.

El sacerdote no reaccionó esta vez.

—¿Puedo ver la carta? Ha pasado mucho tiempo desde que nos hicimos esa foto...

—Claro.

Lyne se la pidió a Gallagher y éste le mostró la copia que llevaba en el móvil. El original lo tenía Nancy Hilligan en Seattle. Northon cogió el teléfono y la leyó.

«Querido Jeremiah, he recibido tu carta, qué alegría saber de ti. Tal vez lo que insinúas sea cierto, si es así, será mejor que te andes con cuidado. Creo que no deberías insistir sobre el tema, olvídalo, sigue con tu vida, dedícate en cuerpo y alma a Jesucristo. Has sido llamado a ello, igual que yo. Si ha de haber una respuesta a ese misterio que tanto te inquieta, llegará por sí sola. Al fin y al cabo sólo somos hombres, y no tenemos todas las certezas, ni todas las respuestas, y sabes bien que algo así, de ser real, incomodaría profundamente a la Iglesia. Tu amigo, B.N.»

Lyne no le quitaba ojo, pendiente de sus cambios de expresión. Estaba deseosa de extraer cualquier información de aquel rostro que... cuanto más lo miraba, más bello le parecía. Su perfil, interesante, los labios bien delineados, la nariz recta, la frente despejada, el pelo ligeramente ondulado...

Gallagher le dio un codazo y se inclinó para susurrarle al oído.

—Deja de babear y estate a lo que estás, novata, o tendré que intervenir yo...

Lyne se sonrojó, y se enojó consigo misma. Pero bueno, ¿qué le pasaba? Northon estaba tan absorto con la carta que no se dio cuenta o no quiso dar a entender que se había percatado del modo en que ella lo miraba.

—Es cierto que le escribí esa carta —dijo al fin—. Fue dos años después del día en que nos ordenamos sacerdotes.

—¿Eran ustedes muy amigos?

—Mucho, sí. Aunque no volvimos a vernos.

—¿A qué se refería al decirle que no debería insistir en el tema? ¿Qué era lo que insinuaba el padre Ortega?

—Disculpen, no comprendo por qué se interesan por esto, la escribí hace mucho tiempo.

—Buscamos motivos que condujeran al padre Ortega a suicidarse.

—¿Suicidio?

—Yo no lo creo, estoy segura de que fue asesinado...

Ahora sí, una ráfaga de furia atravesó los expresivos ojos del sacerdote.

—Lo que preocupaba a Ortega... —dijo cuando logró retomar el

control sobre sí mismo—, no puedo revelárselo sin faltar a mi palabra para con él. Era algo personal, y les aseguro que nada tiene que ver con lo investigan.

—Pero dice que era algo que incomodaría a la iglesia... ¿Qué podía ser?

—Lo lamento.

—¿Diría usted que Ortega era depresivo? ¿Qué pudo llevarle al suicido?

—Jeremiah Ortega era una persona alegre y vital, y no comprendo qué pudo llevarle a... ahorcarse. No comprendo su pregunta, cuando acaba de decir usted misma que está convencida de que fue asesinado...

—Dice que no han vuelto a verse, pero... ¿ha hablado con él de forma habitual?

—No.

—¿Nada? Cartas, llamadas...

—No.

—Usted tampoco cree que se haya suicidado, ¿verdad? —preguntó Lyne.

Northon la miró profundamente, y de pronto la agente se sintió cohibida; creyó hallarse a solas con él en un espacio indefinido donde nada importaba salvo ellos dos. Creyó flotar, cautiva de aquellos ojos del color de la miel a la luz del sol, y le faltó el aire. Cuando él al fin la liberó, Lyne empezó a respirar más deprisa, el pulso acelerado, las rodillas temblonas.

—Bokana, ¿qué cojones te pasa?

—No lo sé, no me encuentro...

De pronto sintió un vahído y tuvo que agarrarse a Gallagher.

—Mierda...

—Espere, la acompañaré fuera, necesita aire...

Northon la tomó del brazo y la llevó fuera de la iglesia, a la luz del sol. La obligó a sentarse en las escaleras que daban paso al pórtico y agachar la cabeza sobre las rodillas. Se sentó a su lado. Gallagher esperó de pie detrás de ellos, mirando a su compañera con extrañeza.

—Hace poco la hirieron de bala —le explicó al sacerdote—. Puede que aún no se haya recuperado del todo...

—No digas tonterías, Gallagher —saltó Lyne en el acto. Northon puso una mano sobre su brazo, y de pronto se tranquilizó—. Perdona, padre...

—¿Una herida de bala?

—Mientras perseguíamos al que podía contarnos algo más de la muerte de Ortega —murmuró Lyne sin pensar.

—¿Él te disparó?

—Sí... Pero tuve suerte.

—Seguro que sí. ¿Y pudiste atraparlo?

Hablaban en voz baja. Gallagher había retrocedido para evitar el sol, pues le estaba deslumbrando.

—Sí, pero es igual, porque murió.

—Está muerto...

—Simon Pullman murió después de que Gallagher le destrozara el bazo, pero no fue eso lo que lo mató. Alguien fue al hospital y se lo cargó.

Northon retiró entonces la mano de su brazo y paseó la mirada por la calle, con aire pensativo.

—¿Ya estás mejor, Bokana? —preguntó Gallagher con impaciencia.

—Sí —sonrió ella—. Mucho mejor.

Y era cierto. Se puso en pie, y Northon la imitó. Sonrió, y ella deseó que esa sonrisa la acompañara siempre.

—¿Necesitan saber algo más?

Gallagher le miró sin comprender. Al parecer daba por finalizada la entrevista.

—¿Ya está? Aún no nos ha dicho...

—No hay nada que decir respecto a esa carta. Tendrá que conformarse con mi palabra de que no es nada que incumba a su investigación.

—Vámonos Gallagher.



—Bokana, tú no...

—Vámonos.

Lyne se volvió hacia Benjamin Northon y le dedicó una sonrisa espontánea.

—Hasta pronto, padre. Gracias por atendernos.

—Esta sí que es buena, novata...

Gallagher pasó junto a ellos hecho un basilisco y se metió en el coche de alquiler en el que habían llegado, aparcado al pie de la iglesia. Northon tomó la mano de Lyne y la retuvo un instante. Sus dedos eran cálidos, y una corriente hormigueó desde ellos a los de Lyne.

—Cuídese, detective. Si recuerdo algo más la llamaré.

—Claro, muchas gracias, padre.

Lyne soltó aquella mano mágica y se fue hacia el coche, sin reparar en la cara con que Gallagher la miraba. Arrancó el motor y aceleró. El padre Northon quedó atrás rápidamente. Cuando le perdieron de vista, Lyne sintió un vacío en su interior. Se llevó las manos al pecho, al lugar donde tenía su herida de bala, y puso los dedos sobre ella. No dolía... Se abrió la camisa y miró. ¡No había cicatriz! No había rastro de ella... Asustada, la tapó y apretó los labios, desconcertada.

—¿Vas a explicarme qué cojones ha pasado en esa iglesia, Bokana? ¡Acabas de echar por tierra el interrogatorio! ¡No hemos sacado nada! ¡Nada! ¿Ahora te van los curas?

Lyne estaba pálida, no daba crédito. Gallagher tenía razón. No sólo no había sabido hacer las preguntas adecuadas, sino que había sido ella la que le había dado información a Benjamin Northon. De pronto se avergonzó, y se supo utilizada. Aún no comprendía qué había ocurrido, o cómo había desaparecido su cicatriz. No quiso decirle a Gallagher nada de eso.

—Lo siento, Luther —murmuró—. No me encuentro bien, deberías haber llevado tú la entrevista...

—¿Y ahora qué pasa? ¿Vas a disculparte? ¿Te crees que ahí se queda todo? ¡Ese tío nos oculta algo!

—Es cierto.

Gallagher la miró desconcertado. Algo en la expresión de Lyne le hizo cerrar la boca y tragarse la retahíla de exabruptos que estaba deseando soltar. Soltó un bufido y se concentró en conducir.

Northon estuvo un minuto viendo cómo se alejaban. Sus ojos mostraban el dolor que le había provocado la muerte de Jeremiah Ortega. Él sabía que no se había suicidado. Estaba muerto porque lo habían asesinado. Y sí, él sabía muy bien por qué. Cuando el vehículo de los detectives dobló la esquina, subió de nuevo las escaleras y se perdió dentro de la iglesia. Las cosas se estaban poniendo muy feas.

## Capítulo 28



Lyne regresó a Harlem sola aquella misma tarde. Gallagher estaba furioso con ella, pero había cogido un avión a Seattle y se había desentendido de lo que quiera que pretendiera hacer, porque por más que había discutido con ella, no había logrado que lo acompañara. En cuanto él se hubo marchado, bajó a recepción a indicar que se quedaba por tiempo indefinido y después volvió a su habitación a darse una ducha, a descansar y a planear cómo iba a hacer lo que tenía pensado hacer. Se desnudó y se deslizó en el cuarto de baño. Un espejo de cuerpo entero ocupaba la pared frente al lavabo. Lyne ni siquiera había llamado a Mark. No quería hablar con él, como si lo sucedido en la iglesia de Harlem fuera a enturbiar de algún modo esa conversación. No, Mark estaba salvo en Seattle, a salvo de lo que quiera que...

Lyne se miró en el espejo. No lo había imaginado, la piel de su pecho se extendía tersa y suave como si jamás hubiera recibido un balazo. Era imposible. Nadie se curaba tan rápido, y además recordaba bien haber visto la marca que le había dejado el disparo el día anterior, antes de ir a la iglesia de Northon. Se llevó las manos al lugar donde debiera estar la herida y palpó la piel. Suave, sin marca. Aquello la asustó, más de lo que se atrevía a admitir. Se hundió en los ojos de la chica del espejo, su reflejo, buscando respuestas.

«Vamos Lyne, eres detective... ¿Qué está pasando?»

Benjamin Northon era una incógnita que no estaba segura de querer resolver. Sin embargo, estaba dispuesta a volver a esa iglesia y descubrir qué ocultaba. Se metió en la ducha y se empeñó en desterrar el miedo y todas las otras emociones que aún conservaba a flor de piel. Cuando cerraba los ojos, lo veía a él.

Al salir de la ducha pidió que le subieran un sandwich de jamón y queso y cenó a solas en la habitación. Despachar a Gallagher debería haberle proporcionado paz, satisfacción, todo cosas buenas. Siempre prefería trabajar sola y en un principio se había alegrado de que volviera a Seattle.

—Joder, Gallagher, odio echarte de menos...

Lo cierto era que no tenerle cubriendo su espalda le pesaba más de lo que admitiría nunca. Aún estaba sorprendida de que se hubiese dejado convencer. Al despedirse la había mirado con una expresión extraña en la cara.

El viejo Gallagher, qué tipo tan curioso.

Lyne terminó de cenar, se lavó los dientes, se peinó la larga y abundante melena, la recogió en una coleta alta, y se vistió de sport. Vaqueros, camiseta negra de manga larga, un suéter encima, la funda de su arma, que siempre llevaba en el costado, y su abrigo de piel negro. Se calzó unas botas todo trote que siempre usaba cuando hacía trabajo de campo, cogió su automática y se la enfundó. Le gustó sentirla pegada a su cuerpo, su peso, fría, dura, precisa.

«Mucha suerte, Lyne, maldita loca.»

Gallagher no estaba, así que le tocaba conducir ella el coche de alquiler. Bajó al aparcamiento y montó en un discreto utilitario de marca europea. Puso el motor en marcha y se dirigió a Harlem. En todo el trayecto no se permitió pensar en Benjamin Northon y en sus ojos color miel haciéndola levitar. Joder, No sabía qué iba a encontrar, no sabía qué iba a hacer con lo que encontrara.

«Limítate a observar, sólo eso, ya lo has hecho más veces»

La calle donde se alzaba la iglesia no parecía la misma que por la mañana, bajo la luz del sol. El ambiente nocturno la vestía de sombras y contornos más inquietantes, y el pórtico se revelaba imponente y misterioso. Lyne aparcó calle abajo, doblando la primera esquina que encontró. Así escondería el coche por si Northon aparecía, no quería que lo reconociera, y estaba segura de que sería capaz de hacerlo. Apagó el motor y se bajó.

Harlem no era un barrio tan inseguro como lo pintaban; ella, con su placa y su arma, se sentía a salvo en cualquier caso. Miró alrededor. Estaba en una calle residencial, con coches aparcados a ambos lados de la calzada y grandes árboles formando dos hileras al pie de los edificios de cuatro y cinco plantas que la delimitaban. Todos los portales tenían bonitas escaleras de acceso. Lyne pensó en esas películas románticas en que el chico acompaña a la chica, sube las escaleras y al llegar al portal no sabe si besarla o no...

«Joder... ¿Se me está reblandeciendo el cerebro?»

No tenía tiempo para pensar estupideces. Lyne trotó y bordeó la esquina, pegada a la pared. Estaba en forma. Se parapetó detrás de la marquesina del autobús, y observó la iglesia. Nadie se fijó en ella, la gente — la mayoría afroamericanos— que caminaba por allí, iba a lo suyo; en Harlem nadie se preocupaba de lo que hacían los demás, al menos en apariencia. Todo estaba tranquilo.

La iglesia permanecía silenciosa y oscura, con su alta torre picuda

perdiéndose en el cielo nocturno. No se veían estrellas, las luces de la ciudad impedían verlas.

«Contaminación lumínica...»

De pronto Lyne empezó a agobiarse pensando que tal vez Northon no estaría allí, y que había hecho aquella tontería para nada. Gallagher tendría material para martirizarla hasta el día en que se jubilara cuando regresara a Seattle. O tal vez Northon estuviera allí, y eso tal vez fuera peor.

Lyne cruzó la calle y subió la escalinata de piedra hasta situarse bajo el pórtico. Sintió una corriente de aire frío rozando sus piernas. Se apoyó con el hombro en el antiguo portón de entrada y lo empujó despacio, con cuidado de que no hiciera ruido. La nave estaba silenciosa, sumida en una profunda oscuridad. Al fondo, junto al altar, ardían unas grandes velas.

De pronto lo vio. Benjamin Northon, allí estaba, sentado en el primer banco, rezando, con el rostro inclinado sobre el pecho. No parecía consciente de su presencia. Lyne se atrevió a entrar, embargada por una insana curiosidad. Northon la atraía como un imán. Se deslizó hasta las sólidas columnas de piedra que bordeaban la nave a cada lado y se ocultó tras ellas. Luego fue avanzando, despacio, pasando de una a la siguiente, rígida y temerosa de que Northon la oyera acercarse.

Se detuvo a escasos diez metros. El sacerdote continuaba abstraído. Murmuraba algo en la quietud de aquel lugar sagrado. Entonces levantó el rostro y apoyó las manos en el banco, de pronto tenso y alerta. La había sentido. Cuando volvió el rostro para mirar a su espalda, sus ojos emitían un suave fulgor azulado. Lyne contuvo la respiración, acaso estaba alucinando, o la luz de aquellas velas estaba provocando aquel efecto sobrenatural...

Northon soltó un gruñido, se levantó y abandonó el banco para subir las escaleras hacia el presbiterio sobre la nave. Aquella mañana lo habían visto allí arriba. Lyne sacó su arma y salió de la seguridad de su escondrijo, para ir

tras el cura. La escalera de piedra subía en espiral, estrecha y empinada, y Lyne apretó el paso. Vio a Northon deslizarse por el presbiterio hasta una pequeña puerta abierta en el muro de la iglesia. Lyne soltó un taco y corrió suavemente tras Northon. Estaba asustada, vaya si lo estaba. La pequeña puerta daba al exterior, sobre el tejado de la iglesia. El sacerdote corría ahora. Era más alto de lo que recordaba. Entonces desapareció.

—Mierda...

Lyne apretó el paso. Bajo la iglesia la calle aparecía tranquila. Al llegar al límite del tejado del edificio, se asomó. Estaba sobre un callejón, la trasera del edificio vecino. Vio a Northon trepando por una escalera de mano anclada a la pared que hacía una «u» con el edificio de enfrente. Era muy hábil, se movía con fluidez.

«A la mierda...»

Esperó a que llegara a la azotea y corrió para saltar y alcanzar la escalera, como había hecho él. Pero estaba muy alta, mucho más de lo que parecía. Ni siquiera Northon podía haber superado aquella altura con tanta facilidad... Lyne tuvo que echarse atrás y coger impulso. No miró abajo, no quería sentir vértigo. Entonces, mientras daba la última zancada y saltaba para agarrar la escalera con las dos manos y trepar por ella, soltó un gritito y resbaló, a punto de caer. Pataleó, desesperada, volvió a mirar, pero el hombre ya no estaba. Hizo pie y empezó a subir. Lamentaba mucho estar haciendo aquello sola, y maldijo entre dientes su estupidez, y a Gallagher por dejar que fuera tan estúpida y temeraria.

Cuando alcanzó la azotea asomó la cabeza y atisbó lo que se veía en todas direcciones. Allí estaba de nuevo. Ante sus asombrados ojos, Northon saltó lo que parecía una distancia imposible hasta el siguiente edificio y corrió veloz. Lyne trató de seguirlo, se alzó por encima del muro que delimitaba la azotea y fue tras él, pero al llegar al punto donde había saltado, detuvo su carrera en seco. No podía saltar esa distancia. Nadie podía hacerlo. Northon

tampoco... ¿verdad? Un escalofrío recorrió su espina dorsal. ¿Cómo era posible?

Dos edificios más allá, lo vio detenerse. Estuvo un instante así, de pie al borde de la siguiente azotea, como si no se decidiera a saltar, dándole a Lyne la espalda. Entonces volvió la cara, sin llegar a mirarla, y Lyne pudo ver que sus ojos aún emitían aquel suave fulgor azulado. Como en la iglesia. De pronto Northon se precipitó por el borde del edificio, dejando una estela luminosa tras él.

Lyne retrocedió dos pasos, boquiabierta. Estaba segura de lo que había visto. Northon había caído... Ese destello... Contuvo un lamento. ¿Estaba muerto?

«Oh, ¡no!»

¿Por qué le importaba más que Benjamin Northon muriera? Aturdida, retrocedió sobre sus pasos, de azotea en azotea, regresó a la escalera junto a la iglesia, descendió a la calle, y corrió hacia el lugar por donde había caído, temiendo verlo reventado en la acera. Pero al llegar, no encontró nada, ni rastro del sacerdote. Levantó el rostro hacia lo alto del edificio desde el que lo había visto caer. Su lisa fachada de cinco plantas la dejó sin aliento. Calculó lo que supondría para un hombre normal caer desde una altura de más de veinte metros.

Se llevó de forma inconsciente la mano al pecho, al lugar donde debería estar su herida de bala, y acarició con los dedos la piel suave sin marca. Lo había perdido... Y no le importaba, porque sinceramente, no quería seguir con aquello. Lo único que podía hacer era regresar al hotel y fingir que no había estado allí. Tal vez con la luz del día descubriera que todo había sido un sueño. Volvió al coche y abandonó Harlem deprisa, sumida en un estado de trance inusual en ella. No daba crédito. ¿Qué era lo que había pasado con Northon? De hecho, ¿qué cojones era Northon?



Condujo como una autómata hasta el hotel, dejó el coche en el aparcamiento y subió a su habitación con la mente agotada y el corazón disparado. No paraba de hacer cábalas sobre lo que había ocurrido. No iba a poder contárselo a Gallagher aunque quisiera, que no quería. Abrió la puerta de su habitación, la ciento trece, entró, y al cerrarla echó el pestillo. Se quitó el abrigo y lo arrojó sobre la butaca que había junto al tocador, se deshizo de su arma, y luego se desprendió de sus botas y de los pantalones. De pronto se sentía agotada. Se tumbó sobre la cama, con las largas piernas colgando y los brazos por encima de la cabeza. Cerró los ojos, calma, calma... Su corazón fue reduciendo el ritmo, empezaba a controlarse. Sí, estaba agotada...

Se durmió sin ser consciente de ello.

Lyne nunca había tenido una sensación tan clara de estar acompañada. Era consciente de que había alguien más con ella en la habitación, pero no lograba salir del sueño en que se había sumido. Tampoco podía moverse, ni abrir los ojos. Quiso despertar, una y otra vez, quería hablar, decir algo, mover un brazo, incorporarse, pero de su boca no salía sonido alguno, y su cuerpo se negaba a responder... Su corazón se disparó, y una sensación de ahogo oprimió su pecho.

Cuando al fin abrió los ojos, Benjamin Northon estaba sentado a su lado. Lyne parpadeó aterrada. Probó a levantarse, pero en ese momento él alzó una mano y ella se quedó donde estaba, pálida y fría, tumbada sobre la cama.

—No voy a hacerte daño.

—Qué haces aquí...

—Ayudarte.

Lyne no contestó. Notaba cómo una gota de sudor se deslizaba por su nuca hacia la espalda. Estaba paralizada. El hermoso rostro de Benjamin Northon parecía resplandecer en cierto modo en la oscuridad. No había ninguna luz encendida, pero podía verle perfectamente.

—Hoy te has arriesgado mucho, Lyne, y no comprendes cuánto.

—No comprendo...

Northon alargó un dedo y lo puso sobre sus labios. Ardía, y su piel hormigueó de forma placentera. Lyne alzó los ojos hacia aquel rostro perfecto y se perdió en los del sacerdote.

—No me sigas más, Lyne. Hay cosas que no puedes entender y yo no puedo explicártelas sin ponerme en un severo compromiso...

—Dime qué eres... He visto cómo saltabas, has caído más de cinco pisos... —logró decir ella. Tenía la boca pastosa y la garganta reseca.

Benjamin ignoró su pregunta.

—Has venido para preguntarme por Jeremiah Ortega y te he dicho que no puedo hablar de la carta que le escribí. Pero debes saber que hay un juego en marcha del que no sabes nada, y que si continúas adelante, podría devorarte.

—No comprendo, por qué...

—Ssssssch... Sé que tienes muchas preguntas. Ahora... debes tener cuidado. —Se inclinó hacia ella y la besó en los labios, con suavidad, y Lyne creyó hundirse en la cama y fundirse con ella. Entonces Northon susurró con

voz profunda en su oído—. Si a pesar de lo que acabo de decir decides avanzar, deberías hablar con Cotton. —Lyne quiso volverse, pero él no dejó que lo hiciera—. Ahora vuelve con Mark... —Se apartó—. No volverás a verme, Lyne, si lo haces, será que estás muerta. Y no deseo verte muerta.

Alargó la mano y acarició su rostro, casi con ternura. Luego se levantó, y caminó hacia las sombras de la estancia. Desapareció. Lyne parpadeó confusa. Un ligero aturdimiento se adueñó de su mente. Su cuerpo aún se negaba a reaccionar, era como si sus músculos fueran de piedra. Luego, muy despacio, empezó a recuperarse. Al poco pudo incorporarse. Se miró las piernas desnudas, la camiseta... Se había quedado dormida sobre la cama. Acaso la visita de Northon había sido un sueño.

Había dicho «vuelve con Mark». Era imposible que supiera que Mark... Entonces Lyne empezó a hiperventilar, y estalló en una risa histérica que actuó como un torrente liberador. Rió y lloró al mismo tiempo, mientras gruesas lágrimas rodaban por su rostro acongojado. Al final acabó sollozando, el rostro enterrado en la almohada, sin saber por qué.

## Capítulo 29



De vuelta a Seattle. Lyne llegó a casa a las doce del mediodía. Mark No estaba, y se alegró de ello. Soltó su maleta en medio del pasillo, se fue al dormitorio, se desnudó, puso su móvil en silencio y se metió en la cama. No llamó a Gallagher, no hizo nada. Sólo necesitaba dormir. Y lo hizo. Veinticuatro horas.

Unos suaves besos en la espalda la despertaron. Fue como emerger de un profundo embalse de paz, y Lyne protestó. Tenía el rostro enterrado en la almohada, estaba boca abajo, desparramada bajo las sábanas, completamente desnuda, el pelo enmarañado sobre la almohada y sobre el rostro. Había dormido más profundamente que en toda su vida. No recordaba si había soñado o no. Quiso aferrarse a aquella paz que llevaba por dentro un instante más. Pero Mark continuaba besando su espalda. Apartó la sábana con manos

delicadas y fue dejando un reguero cálido y húmedo sobre su piel, hasta llegar a sus caderas.

—Mark... —musitó Lyne. Entreabrió los ojos y se dejó hacer.

Mark la volvió con suavidad boca arriba, para que pudiera mirarlo, y se puso a horcajadas sobre ella. Se quitó la camiseta. Al parecer acababa de llegar. Su torso desnudo era hermoso, no demasiado musculado, sin vello, piel morena... Aquellos ojos que siempre le arrebatában el sentido estaban encendidos de deseo.

—Mark...

Él sonrió, se apartó el pelo rubio de la cara y se inclinó sobre ella para hacerle el amor. Lyne descubrió con tristeza que su cuerpo no respondía, parecía dormido, insensible a las expertas caricias del joven. Se abrazó a él y se movió al compás, tratando de seguirle, queriendo, deseando ponerse a su altura y entregarse entera...

Pero no conseguía la menor excitación. Y Mark acabó por darse cuenta.

De pronto se detuvo en medio de una suave embestida y salió de ella. Se quedó sentado a su lado, mirándola.

—Mark... —era la tercera vez que decía su nombre, y Lyne se sintió fatal. No se atrevió a mirarlo a la cara.

—Es la primera vez que te traes el trabajo a casa —murmuró él.

Se levantó, cogió su ropa y se fue a la ducha. Lyne se quedó como estaba, tendida boca arriba, con una amarga decepción corriendo por su pecho. Quería ir tras él, meterse en la ducha a su lado, quería, pero no lo hizo. En vez de eso permaneció así, tirada en la cama, mirando al techo y

preguntándose qué había sido aquello. Era verdad, era la primera vez que su trabajo se metía entre sus sábanas, peor, entre Mark y ella. No supo qué hacer. Se volvió de costado, hizo una bola con la sábana y se acurrucó con ella en el regazo, la nariz enterrada en la tela, aspirando el olor de los dos. Qué tontería, Mark no estaba allí, sino en la ducha, seguramente esperando a que ella hiciera algo, que se levantara y arreglara lo que acababa de estropear.

Lyne no hizo nada de eso. Se incorporó, alargó la mano y rescató su móvil de la mesilla. Tenía unas diez llamadas perdidas de Gallagher, otra de su superior, y ninguna de Mark. Frunció el ceño y miró la hora. Eran las doce del mediodía. Había dormido veinticuatro horas de un tirón. Lyne desvió la mirada hacia la ducha. Oía el chorro del agua correr y el vaho salía por la puerta. ¿Dónde había estado Mark? Tal vez no había querido despertarla.

Entonces vio su móvil sobre la cama. Fue a cogerlo, en un impulso que jamás había sentido, cuando se encendió y vibró. Estaba en silencio. Lyne sonrió. Mark lo había puesto en silencio para no despertarla, y ella pensando mal... Entonces en la pantalla apareció «número oculto», y ella, sin saber por qué, contestó. Una mirada furtiva hacia el baño le aseguró que él aún estaba bajo el agua.

—¿Sí?

Silencio.

—Quién es...

Colgaron.

Lyne dejó el móvil donde estaba y se quedó mirándolo, pensativa. Luego suspiró, se levantó y se puso ropa limpia. Tenía cosas que hacer.

En el momento en que iba a abandonar el apartamento, su propio móvil

vibró. Lyne lo sacó con desgana y le echó un vistazo a la pantalla. Reconoció el número enseguida: Ackerman.

«Al fin...»

—Bokana al habla.

—Buenos días agente Bokana, ¿es un mal momento?

—No, en absoluto —repuso Lyne. Miró hacia la ducha, luego cruzó el corto pasillo que la separaba de la puerta principal y salió—. Dígame, ¿está usted en Nebraska?

—Estoy en Seattle. Esperaba poder verla en media hora, ¿es posible?

Lyne sonrió. «Bingo...»

—Es posible, ¿dónde?

—Me alojo en el Sheraton, en la sexta avenida...

—Sé dónde está.

—Bien, habitación ciento siete.

—Media hora, allí estaré.

Lyne colgó con el pulso acelerado. Estaba deseando entrevistarse con Ackerman y saber de su propia boca lo que recordaba del caso de los Borderer. Llegar hasta el Sheraton desde su apartamento no le llevaría más de quince minutos. Miró su reloj, a aquella hora el tráfico no sería tan endemoniado, y si era necesario utilizaría las luces para abrirse paso. Sonrió

exultante. ¿Y si llamaba a Gallagher?

«A la mierda... Ackerman es sólo mío.»

Y se sintió bien.

Lyne tardó treinta y cinco minutos en llamar a la habitación ciento siete. La puerta se abrió y un hombre de baja estatura y cabello gris abrió.

James-Newton Ackerman la observó con interés. Sus ojos grises aún conservaban ese deje policial de escrutinio y curiosidad que provoca en las personas tantos años de profesión. Se hizo a un lado y la dejó entrar.

—Se ha retrasado, agente Bokana.

Lyne sonrió y pasó a su lado sin contestar, el pelo largo recogido en una larga coleta castaña, el abrigo de cuero negro enfundando su esbelta figura. Era muy alta y atlética, y se sabía atractiva. La amplia estancia donde se alojaba el ex-detective era elegante y sobria. Lyne se sentó en una butaca junto al escritorio que había bajo el ventanal y esperó.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

—Es usted muy joven.

—Le aseguro que juventud no implica inexperiencia.

—No pensaba en eso, agente.

Ackerman, de porte serio y cuidado, tomó una silla y se sentó frente a



ella. Sus ojos grises, envueltos en profundas arrugas, recorrieron su rostro moreno, analizando lo que le decían sus ojos, su boca, su expresión. Pareció satisfecho al acabar su examen.

—He esperado con ganas su llamada.

—Debo decir que me sorprendió que alguien estuviera investigando sobre ese caso. Hace ya muchos años que lo archivaron, ¿por qué se interesa la policía por eso ahora? ¿Qué ha cambiado?

—Alguien nos ha pedido que investiguemos las actividades del centro psiquiátrico donde Valentine Borderer lleva encerrada desde aquello.

Ackerman enarcó las cejas y esperó. Lyne se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó los dedos de las manos, con la vista fija en él. Le relató lo que había descubierto hasta el momento.

—He oído hablar de la doctora Flemming, es una eminencia...

—Una eminencia que ahora mismo está bajo tierra.

Ackerman ocultó un rictus de tensión bajo su rostro.

—¿Muerta?

—Asesinada... Dígame qué recuerda del caso, por favor.

Ackerman se echó atrás en la silla y reflexionó.

—He pensado mucho en ello desde que usted me llamó, incluso he echado mano de mis notas de entonces —se ladeó para alcanzar una pequeña agenda de cuero, muy manoseada, que reposaba sobre el escritorio—. Aún la

conservo... nostalgia, supongo... —La abrió con una sonrisa y rebuscó entre sus páginas, hasta dar con lo que estaba buscando—. Valentine Borderer... La dejaron en urgencias del Northwest Hospital, pero jamás supimos quién la sacó de Lynnwood y la trasladó hasta allí. Hubo quien aseguró que esa persona podría haber tenido algo que ver en el incendio, pero yo nunca lo creí, no tiene sentido salvar a la niña después de provocar el fuego... y los peritos apuntaban a que fue ella misma la que lo provocó. Valentine se había cortado las venas, dos largos cortes, uno en cada muñeca. Esa chiquilla quería morir, al parecer sufría pesadillas, tan espantosas como para despertar en ella el deseo de quitarse la vida con sólo ocho años. Un psiquiatra que trabajaba para el hospital, Americus Osmoord, le diagnosticó esquizofrenia paranoide, fue él quien recomendó su internamiento en el New Hope Psychiatric Center.

Lyne tomaba notas mientras asentía con la cabeza.

—¿Qué relación tenía el doctor Osmoord con el centro?

—Que yo sepa trabajaba allí al mismo tiempo que en el hospital.

—¿Y qué me dice de Paolo Santorini?

—Ah, el sacerdote... Se presentó en el hospital en cuanto se supo la tragedia. Por lo que sé, los Borderer le pidieron ayuda para su hija. Habían probado todo tipo de tratamientos con ella, pero sus pesadillas persistían, y creyeron que si la medicina no lograba ayudarla, tal vez las medidas espirituales sí. Pero Santorini tampoco logró hacer nada y de hecho Valentine acabó por suicidarse...

—Es un milagro que llegara con vida al hospital. Si se hizo unos cortes tan profundos, ¿no debería haberse desangrado?

—El médico que la trató estaba sorprendido. Me dijo que cuando llegó trataron sus heridas, y que al someterla a un chequeo a fondo, los resultados

constataron que debería haber muerto...

Lyne dejó de escribir al oír aquello.

—No comprendo...

—El doctor tampoco pudo explicarlo, pero repitió las pruebas, y estaba en lo cierto, los resultados reflejaban que en su estado no debería haber podido sobrevivir. De algún modo, lo hizo. La teoría que el doctor barajaba era que la persona que la trajo al hospital la reanimó, aunque tal y como llegó...

Ackerman se encogió de hombros. Lyne estuvo pensando. Cuando ella entrevistó a aquel médico, no había mencionado nada de eso.

—¿Y la niña recordaba algo?

—No. Se cayó por las escaleras y se partió la rodilla. No recordaba nada.

—Según Amanda Flemming, ella cree que mató a sus padres.

—Todos lo hemos creído... Los Borderer murieron en ese incendio...

—¿Llegó usted a ver sus cadáveres?

—No. Cuando me avisaron fui al hospital directamente. La casa de todos modos había quedado reducida a cenizas y sus cuerpos según el forense estaban irreconocibles... Se los llevaron enseguida al depósito y fueron enterrados.

—¿Quién fue el forense?

—Gary Shutterman.

—Supongo que estará retirado...

—Está muerto. Murió poco después en un accidente.

Ackerman arqueó las cejas de modo significativo. Lyne alzó los ojos, relucientes por la sospecha.

—¿Muerto?

—A mí también me pareció una muerte muy apropiada.

—He buscado información sobre la muerte de los Borderer, y resulta que los diarios aseguraron, todos... que ellos murieron, mientras que Valentine no. Sin embargo oficialmente, la versión es otra... Y resulta que los periódicos tenían razón. A Valentine la han tenido enterrada en ese centro todo este tiempo y se han asegurado de que nadie la busque. La doctora Flemming quería ayudarla, le dio el alta, la trasladó a Nueva York, en contra de la opinión del centro, y ahora está muerta. Al parecer sospechaba algo y estaba investigando otros casos similares al de Valentine.

—¿Y por qué querrían mantenerla encerrada?

—Es lo que trato de averiguar. Esperaba que usted me contara algo más... —Ahora había decepción en el tono de Lyne. Empezó a garabatear con su bolígrafo en la libreta de notas que sostenía sobre sus rodillas.

—Bueno, hay algo que puedo decirle.

Lyne levantó la cabeza, alerta y esperanzada. Ackerman sonrió al ver

su entusiasmo.

—En otro tiempo yo también me sentí así... Siento mucha envidia viéndola disfrutar de su trabajo, agente Bokana. —Lyne pensó en Gallagher, y en su animadversión ante la idea de jubilarse.

—Créame que lo entiendo.

—Bien... Es ley de vida, supongo.

—¿Qué quiere contarme?

—Algo que no sepa...

—Por favor.

—El doctor que la trató en el Northwest Hospital, detectó en la sangre de Valentine una fuerte cantidad de una mezcla de compuestos químicos que no había visto nunca. Investigué el asunto, y por lo que pude averiguar, presumiblemente sus padres la habían estado medicando sistemáticamente, con toda probabilidad pretendiendo curar sus terrores nocturnos. Las mismas cantidades de químicos aparecen en sus analíticas rutinarias desde los dos años. Cuando pregunté al sacerdote si sabía algo al respecto, me aseguró que eso no era cierto, al menos que él supiera. Investigué el asunto, y descubrí que un tal doctor Jacob Gates había estado en contacto con ellos varias veces a lo largo de los años, al menos desde que Valentine cumplió dos años de edad. Jacob Gates trabajaba como investigador en el New Hope Psychiatric Center...

—De nuevo el New Hope...

—Pero no es eso lo más interesante... Seguí hurgando en el historial de la familia, y al comprobar la información sobre el nacimiento de Valentine, en

el mismo hospital... encontré algo curioso. Se lo he traído.

Ackerman sacó una arrugada hoja de papel metida en una funda de plástico transparente.

—¿Qué es?

—Juzgue usted misma.

Lyne leyó el documento. Se trataba de la partida de nacimiento de Valentine... y de un hermano mellizo, sin nombre. Había sido borrado deliberadamente.

—Jamás encontré nada sobre ese hermano. Cuando encontré ese papel y supe de su existencia, pregunté en el hospital: se limitaron a decir que no tenían constancia, y salvo por ese papel, que encontré por casualidad al fondo de un cajón en los archivos... no constaba tal cosa. Nadie sabía qué decir, o todos estaban de acuerdo en mentir al respecto... Menos aún quisieron admitir que supieran qué fue de él después de que se lo llevaran del hospital.

—Un mellizo...

—Desapareció sin dejar rastro. Empecé a indagar sobre el tema, pero pronto cerraron el caso y la presión para que dejara de hurgar fue tan grande que...

—Pero eso suena a confabulación...

—Valentine no recordaba tener un hermano, y Santorini aseguraba que los Borderer nunca le mencionaron su existencia. No fui capaz de desenterrar la verdad sobre esa criatura.

—Tal vez lo entregaron en adopción...

—Esa era mi teoría, que por algún motivo se deshicieron de él. Pero como le decía, no pude rastrear su pista como pretendía. Fue entonces cuando se archivó el caso y me apartaron... Tuve que rendirme.

—Este papel ha de ser un desliz. Se han esmerado en borrar cualquier pista sobre lo ocurrido, alguien cometió un error al dejar esto en el Hospital...

—Pero los Borderer están vivos, podrán responder ahora a las preguntas que yo no pude hacerles entonces. Caramba, Samantha y Jake Borderer... Así que viven en Lynnwood, todo este tiempo han estado allí, en nuestras narices...

Lyne guardó silencio. Ackerman estaba desconcertado y triste.

—Cómo no lo vi... Dejé que me callaran...

—Alguien con mucho peso tuvo que ayudar a montar semejante artificio. No imagino cómo lograron evitar que usted supiera que continuaban con vida.

—Lo ignoro... Supongo que di por cierta su muerte, no me molesté en desmentirla —se encogió de hombros.

—Gary Shutterman tenía la respuesta a esa pregunta, pero está claro que lo quitaron de en medio...

—La pregunta ahora es... ¿por qué se deshicieron de su hijo y después encerraron a su otra hija en un psiquiátrico?

—¿Quién haría algo así? —convino Lyne.

—No puedo contarle nada más, agente.

Lyne cerró su libreta y se la guardó en el bolsillo interior de su abrigo.

—Bien, le agradezco su tiempo, señor Ackerman. —Le estrechó la mano con fuerza, agradecida por todo lo que le había permitido avanzar en aquel extraño caso—. Si recordara algo más...

—No lo dude, la llamaré.

Gallagher se asomó al despacho de Nancy Hilligan. La agente estaba enfrascada en su trabajo, la cara iluminada por la pantalla de su ordenador.

—¿Aún no ha vuelto? —le preguntó.

—Joder, Hilligan, ¿tienes un radar en el culo?

—No, pero te oigo respirar —Hilligan sonrió sin volverse a mirarlo.

—No sé nada de ella, tiene el móvil apagado —reconoció Gallagher.

Hilligan, esta vez sí, se volvió para encararle. Era una mujer madura, rubia, de aspecto pulcro y eficiente. Siempre llevaba chaqueta y pantalón de traje y el pelo tirante recogido en un moño. Era la viva imagen de la eficiencia.

—Pero no has venido por eso. ¿Qué quieres?



—Samuel Cotton. Quiero que lo averigües todo sobre él.

—¿Para cuándo?

—¿Ayer?

—Jódete Gallagher, tengo otras cosas que hacer más importantes que ser tu nueva sirvienta. Todo el mundo oyó a Bates llorarle al jefe para que le cambiara de compañero. No queda nadie en todo el departamento que quiera trabajar contigo, tal vez Lyne ha decidido largarse y acabar con su sufrimiento —sonrió con maldad.

—Jódete Hilligan.

—Jódete tú.

—Samuel Cotton. Hazlo, no me toques los cojones. —Gallagher no había dejado de escuchar las apreciaciones de Bokana respecto al secretario el día que se entrevistó con Arthur Felps, y había decidido hacer algunas averiguaciones sobre él por su cuenta. Bokana no necesitaba saberlo y él estaba aprendiendo a fiarse de su infalible olfato. Por una vez iría por delante de ella gracias a él—. Por cierto, gracias por mandarme la información al móvil.

Hilligan arqueó las cejas y su expresión se suavizó.

—No era tan difícil, ¿eh, Gallagher? Sienta bien de vez en cuando ser agradecido.

El detective abandonó la puerta y el enorme espacio que había ocupado se liberó y el aire fresco entró en el despacho de Hilligan.

—Que te den, Gallagher...

Pero haría lo que le había pedido. Tal vez fuera la única de todo el departamento que aún lo hacía. Y no sabía por qué. Samuel Cotton...

Gallagher regresó a su mesa y se plantó delante de su ordenador. Al otro lado de la oficina vio a Archer Bates reunido con Soul. El joven parecía relajado y a gusto con su nuevo compañero, y Gallagher se tragó la rabia. En un momento dado Bates levantó la mirada de lo que estaba haciendo y la posó en él, pero fue sólo un instante, enseguida le ignoró, y eso le removi6 aún más las tripas. Con el rostro rubicundo encendido, se puso a buscar perfiles que coincidieran con la descripción que la empleada del Wolker Hotel les había dado del tipo rubio al que había visto salir de la habitación de Amanda Flemming la noche en que murió.

Estuvo un buen rato rastreando en la base de datos en busca de coincidencias, pero no aparecía nada y él no era hombre paciente. Aquel tipo de tareas eran las que siempre endilgaba a alguien. Archer ya no era una opción y Bokana no estaba.

—¿Trabajando, Gallagher? Quién lo diría, tú molestándote en hacer trabajo de oficina... —Lyne se apoyó en su mesa y clavó sus ojos en él, sin humor—. Bates está fuera de tu alcance, ¿eh?

Gallagher apartó la mirada de la pantalla con sorpresa. Allí estaba, como salida de la nada, su compañera, Lyne Bokana.

—Dónde has estado, Bokana. Te he llamado mil veces...

—Lo siento. Las cosas no salieron como era de esperar... —Desde luego que no, ni mucho menos. Lyne había pasado las últimas horas haciendo cábalas sobre lo que Ackerman le había contado. Tenía un nuevo hilo del que tirar, pero ese hilo parecía enterrarse tan profundamente en la tierra que tal vez se le rompiera antes de lograr llegar a su principio. En cuanto a su experiencia

con Benjamin Northon, aún se negaba a pensar demasiado en ella—. Cogí un vuelo ayer, pero he estado en casa, necesitaba descansar.

—Vaya, vaya... Y bien, ¿no vas a contármelo?

—No. No hay nada que contar.

Gallagher la miró con suspicacia. Supo al instante que ocultaba algo, pero a Lyne no le importó.

—¿Vienes? —sonrió.

—A dónde...

—A casa de Amanda Flemming. Marcus Tate te dijo que estaba investigando. No hallaron nada en el hotel, ¿no estamos tardando demasiado en ir a su casa?

Gallagher arqueó las cejas. Era cierto, tenía que reconocerlo.

—Te apuesto lo que quieras a que llegamos tarde. Alguien ya la habrá registrado. Si tenía algo, ya no estará ahí.

—Joder, Bokana, como odio que tengas razón.

Se levantó, cogió su enorme chaqueta arrugada, y dejó el programa rastreando perfiles que encajaran con el sospechoso del Wolker Hotel. No se lo dijo a su compañera, pero le estaba muy agradecido por sacarlo de allí.

—Conseguiré una orden de registro.

Era un alivio volver a disponer de su SUV de siete plazas. Lyne pasó de largo de la chatarra que siempre conducía Gallagher y se fue directa a su «chevrolet».

—Conduzco yo.

Tras su charla con Ackerman, Lyne empezaba a sentirse de nuevo bien, centrada en su trabajo otra vez. Tenía ganas de ver qué encontraban en casa de la doctora. Esperó a que Gallagher montara y puso en el GPS la dirección que había conseguido previsoramente antes de salir de casa, el 401 de Lynn St. Apenas once minutos de recorrido si el tráfico no era muy denso. Lyne había escogido la ruta que pasaba más cerca del Lake Union.

No se molestó en hablar con Gallagher, y él no hizo el menor esfuerzo por sonsacarle alguna palabra. Cuando llegaron a la zona residencial donde vivía la doctora, ambos estaban cómodos con su silencio. El chalet de Flemming era elegante, de dos plantas, rodeado de una parcela ajardinada cuyo césped empezaba a verse demasiado crecido. Ya no había nadie que lo cuidara.

Lyne aparcó delante del acceso al garaje y bajó. Gallagher se unió a ella enseguida. De común acuerdo se acercaron al trote, arma en mano. Subieron las escaleras de entrada y se colocaron uno a cada lado de la puerta principal.

—Ábrela...

Lyne enfundó su arma y se agachó para utilizar el pequeño estuche con ganchos profesionales para abrir cerraduras que había llevado consigo. Forzó la puerta y la empujó.

—Atenta.

Lyne guardó las ganzúas en su estuche, lo puso en el bolsillo de donde lo había sacado, volvió a empuñar su automática y se coló en el interior. El vestíbulo estaba despejado. Gallagher entró detrás y se adelantó para comprobar la primera planta. Todo estaba revuelto, pero no había nadie, ni allí, ni arriba, donde estaban las habitaciones. Lyne cerró la puerta y empezó a buscar entre los muebles desvencijados, los cuadros rotos, los restos desparramados por el suelo... Gallagher hizo lo propio arriba. Ninguno tenía esperanzas de encontrar algo relevante. Si lo había, ya se lo habrían llevado.

«Flemming era una mujer inteligente...», pensó Lyne. «Si yo hubiese sido ella y tuviera algo de valor que no quisiera que encontrarán en mi poder, lo habría escondido bien, habría hecho copias...»

Oyó trastear a Gallagher en la parte de arriba. Podía confiar en que haría bien su trabajo. Era un tocacojones, pero sabía lo que hacía y habría pensado lo mismo que ella. Lyne se guardó el arma y se irguió. No iba a perder el tiempo revolviendo en lo que ya habían revuelto. ¿Dónde debía buscar? Miró alrededor. Desde el vestíbulo abarcaba de un sólo vistazo un gran salón, la cocina americana, un despacho y un cuarto de baño. Descartó al instante el despacho, sería el primer sitio donde mirarían... Dudaba que arriba hubiera nada, tenía que estar allí abajo. ¿Tal vez algún panel disimulado en la pared, el suelo...? No, demasiado rebuscado. Fleming habría pensado en algo evidente, donde nadie miraría por ser demasiado obvio. Algo que saltara a la vista.

En la cocina había un enorme frigorífico de doble puerta, sofisticado y moderno. Debía de haber costado mucho dinero. Sus puertas eran de acero inoxidable, y había tenido pegadas algunas fotografías que ahora aparecían desparramadas por el suelo. Las habían arrancado. En cambio los imanes que las sostenían aún se mantenían en su lugar. Lyne se acercó y los miró. Eran imanes graciosos, reproducciones de frutas y verduras, y animales de granja,

muy inocentes. Todos habían quedado algo desplazados de su lugar original. Seguramente los habían movido al arrancar las fotos para mirar tras ellas. Sólo un imán permanecía en su sitio, con un trozo de fotografía, una esquinita, aún bajo él. Lyne alargó la mano y quiso cogerlo. No pudo. Extrañada, tiró otra vez, y entonces vio que no era un imán, o al menos si lo había sido, Amanda lo había modificado. Al tirar de nuevo de él, se quedó con la parte que tenía la forma de la gallina en la mano. El imán estaba hueco, la base se había quedado pegada a la puerta, firmemente adherida con cola. Un fino «pendrive» encajado en su interior quedó a la vista.

—Bingo... ¡Gallagher!

Lyne lo cogió. Oyó que su compañero bajaba ruidosamente las escaleras.

—He dado con algo, apostaría a que es lo que buscamos... Vamos al coche, tengo mi portátil en el maletero.

Salieron del chalet y corrieron hasta el SUV. Lyne estaba nerviosa, muy excitada. Abrió el maletero, sacó el ordenador de su funda, lo encendió e insertó la memoria USB en la ranura correspondiente. Enseguida se abrió una ventana en la que aparecía un directorio abierto por la doctora, en el cual había guardado sólo dos archivos. Eran dos carpetas en concreto. Una la había nombrado como «Expediente Valentine», la otra como «Expediente Jonathan Duncan Moors». Se trataba de copias de los informes de Valentine y de otro paciente del New Hope Psychiatric Center, y había allí más información de la que habían esperado encontrar. Lo leyeron todo con calma, mientras empezaban a entender por qué Amanda Flemming había querido investigar. La historia de Valentine y la de Jonathan-Duncan Moors coincidían en muchos puntos. Por ejemplo, dos nombres saltaban a la palestra, el de Paolo Santorini, quien firmaba los dos expedientes, y el de Americus Osmoord, el psiquiatra que había tratado a Moors sus últimos años, el mismo del que le había hablado Ackerman.

—Los dos sufrían terrores nocturnos, ¿qué significa?

—Moors ya no puede hablar, pero su hermana sí —señaló Gallagher—. Luchó por su hermano hasta el final, fijate en sus cartas.

Apuntó su dirección, en Madison Park, junto al lago Washington, relativamente cerca de allí.

—Deberías apuntar también el nombre del juez que instruyó su demanda contra el centro, ¿no crees?

—Orson Harris, desestimó la causa reiteradamente...

—Apostaría a que ya ha recibido la visita de Amanda.

Lyne cerró el portátil, rescató la memoria y la guardó en su chaqueta. Las palabras de Benjamin Northon acudieron a su mente mientras volvía a ponerse al volante, «si quieres avanzar deberías hablar con Cotton». Habían ido a preguntarle por la muerte de Jeremiah Ortega, y él le hablaba de Cotton. Samuel Cotton a su vez estaba relacionado con Valentine Borderer. ¿Qué tenía que ver una cosa y la otra? Entonces una idea emergió de su subconsciente, donde tal vez había estado presente sin que ella lo supiera: aparentemente, Amanda Flemming se había suicidado arrojándose por la ventana, y Jeremiah Ortega se había suicidado ahorcándose. A su juicio, los dos habían sido asesinados, y Benjamin Northon opinaba igual. Mismo «modus operandi», un mismo asesino y una gran afición a hacer que pareciera que sus víctimas se habían quitado la vida. Y Gary Shutterman, no debía olvidarse de él, el forense que certificó la falsa muerte de Samantha y Jake Borderer, y que había fallecido en un accidente.

«Pero de eso hace ya catorce años...»

Lyne empezó a pensar en cómo lograr que Cotton se aviniese a hablar

con ella. Miró de reojo a Gallagher mientras conducía. Le estaba ocultando muchas cosas. Sin embargo, era al pensar en Benjamin Northon cuando una mayor resistencia a hablarle de él se adueñaba de su voluntad. Apretó los labios y se centró en la carretera.



## Capítulo 30



La guarida de Konstantin estaba tal y como Pigeon la recordaba. Se coló en el almacén a través del portón con naturalidad y se deslizó escaleras arriba, temerosa y esperanzada a la vez. Estaba hambrienta, dolorida y triste, en más de un sentido. Abrió la puerta de aquella oficina abandonada y miró dentro. La Luz del exterior entraba por las rendijas de las viejas persianas que colgaban delante de los cristales rotos de las ventanas. La cama en el rincón estaba deshecha, el mismo desorden reinaba en el diáfano espacio cuadrado que era aquel reducto escondido, y una desagradable sensación de soledad lo impregnaba todo. Los escuálidos hombros de Pigeon se hundieron, como su moral.

Konstantin no estaba allí.

Además, su estómago se apelotonaba dolorosamente en su interior, formando un nudo con vida propia que no paraba de gruñir y retorcerse. Llevaba más de veinticuatro horas sin comer ni beber nada. Un botellín asomaba bajo la cama. Pigeon corrió a rescatarlo. Contenía agua hasta la mitad. Lo abrió y se la bebió en dos largos tragos que apenas aplacaron su inmensa sed. Deseó que hubiera más, pero no vio ninguna otra botella ni

comida alrededor. Se sentó con las piernas cruzadas sobre la endeble cama de Konstantin y esperó.

Sin su móvil, estaba muda y muy sola. No podía gritar pidiendo socorro, nadie la oiría. Y si alguien llegaba a hacerlo, seguramente no sería un amigo.

Todo estaba tan quieto en aquel lugar olvidado... Tanto, que Pigeon empezó a sentirse fatal. No imaginaba qué futuro la aguardaba ahora que los servicios sociales pretendían atraparla en sus redes. Codenpage no iba a dejar que Gerome cuidara de ella; Codenpage sólo veía lo que su limitada mente de funcionaria le permitía; Codenpage era un robot del sistema, que creía sinceramente que podía ayudarla, y que creía saber lo que era mejor para ella. Codenpage se equivocaba. Pigeon la odiaba. Su obtusa mirada, su ceguera ante su realidad, su empecinamiento por husmear en su vida, por desbaratarla, por trastocarla y romper lo poco que había logrado preservar y construir, su entorno de seguridad. Era una amenaza, y si le daba la menor ocasión, lo estropearía todo. No, ya lo había estropeado. Aunque al menos había hecho una cosa buena: había logrado que Oliver y Dirdre fueran detenidos. Era bueno imaginarlo a él y a la odiosa de su tía esposados en comisaría, respondiendo por sus actos, por haber golpeado a su hija hasta levantarle la piel... Suponía que los acabarían soltando, pero al menos pasarían algunos días entre rejas.

Pigeon se acurrucó en el centro de la cama y apoyó la mejilla con cuidado en la almohada. Le dolía todo el cuerpo... Pensó en la nota que ella y Valentine habían dejado allí para Konstantin. Ya no estaba, era cierto que él la había encontrado y la había leído. Le había devuelto el móvil a Valentine. ¿Qué era lo que le había dicho exactamente?

Pigeon esperó en silencio, los ojos abiertos en la penumbra del almacén. Las horas fueron pasando, la luz del día menguó, y ella continuó sola, triste y cada vez más angustiada. Nada cambió. Empezó a pensar que Konstantin probablemente no volvería por allí. No se le había ocurrido esa

posibilidad, y eso que demasiada gente conocía ya su guarida, al menos tres, si contaba a Valentine, a Gerome y a ella misma. Demasiada gente. Y estaba claro que Konstantin no deseaba ser encontrado.

Pigeon se giró y se quedó mirando la pared, cada vez más triste y sola. Empezó a pensar en su madre, a echarla terriblemente de menos. Ni siquiera tenía consigo la caja que Gerome había rescatado para ella. La chiquilla sollozó mientras una inmensa inseguridad crecía en su pecho infantil. Las lágrimas corrieron por su rostro, y esta vez se dejó llevar; no le importaba hacerlo, al fin y al cabo, nadie estaba presente para ser testigo de su debilidad. Lloró y lloró, hasta que las fuerzas la abandonaron.

El tiempo transcurrió despacio. Con el paso de las horas, Pigeon empezó a adormilarse, mecida por las lágrimas mansas que ahora escapaban de sus ojos, un ardiente río preñado de soledad. En ese duermevela apacible y triste, vio a su madre sentada a su lado, un rayo de luz en la oscuridad.

—Debes irte, Pigeon, éste no es lugar para ti.

—Todavía no, quédate un poco más.

—Claro cariño. Pero después te irás.

—No sé a dónde ir, no sé qué hacer. Preferiría irme contigo.

—No puedes, aún no.

—Ojalá nunca hubieses querido a Oliver...

—Oh, cariño, pero te pareces tanto a él...

—¡Eso no es verdad! ¡No puedo ser como él! Soy como tú, mamá, soy como tú...

—No, tienes mi sonrisa, mi rostro, pero eres como él, como fue él antes de lo que es ahora.

—Siempre ha sido un borracho.

—Es normal que creas eso, es la parte que has conocido toda tu vida, pero no siempre fue así, Pigeon. En otro tiempo fue distinto, el hombre al que amé. Esa parte de él pervive en ti, puedo verla. Eres un ángel, cariño...

Pigeon estaba horrorizada.

—Y Oliver un demonio... No hay nada de bueno en mi padre... Y si soy como él, ¿acabaré como él?

—Depende de ti. Hacia donde vayas, cómo emplear tu tiempo, es tu elección. Todos tenemos un lado oscuro, antes de ser oscuridad, somos luz, y viceversa, tú también, yo también.

—Mamá, tengo miedo...

—Y es bueno que lo tengas, mi niña, el miedo nos hace avanzar, no lo olvides... Sólo procura que no te ciegue. Y ahora levántate, Pigeon, y no permitas que te atrapen...

Pigeon se durmió profundamente durante cuatro horas. Cuando despertó, estaba más calmada. Al fin se tumbó boca arriba y miró alrededor.

Mr. Doggy estaba allí. Pigeon se incorporó de golpe.

Como siempre, el gato aparecía cuando más lo necesitaba. La estaba mirando con reprobación —si eso era posible en un animal—, sentado en la

mesa del rincón. Pigeon sonrió como si el sol hubiera amanecido en su noche, barriendo sus tormentos. Mr. Doggy saltó entonces de la mesa y trotó hacia ella con elegancia. Subió a la cama, ronroneando. La niña lo estrechó entre sus brazos, aún con la cara húmeda por haber llorado tanto. Inspiró hondo y se liberó de la congoja que aún embargaba su corazón.

—Mr. Doggy, eres el mejor de los gatos —susurró en su oreja, al tiempo que aspiraba su olor felino con un suspiro de felicidad.

El gato frotó la frente contra su cara y estuvo dejándose acariciar un rato. Luego, como si quisiera decirle algo, se zafó de sus brazos y corrió hacia la puerta. No llegó a salir, sino que se detuvo y se volvió hacia ella, con una expresión significativa en su preciosa cara en forma de triángulo. Sus grandes orejas estaban atentas, orientadas hacia Pigeon.

La niña miró alrededor. En aquel almacén abandonado no quedaba nada para ella, y era más que evidente que Konstantin no iba a regresar. Tal vez no lo hiciera nunca. Mr. Doggy aguardó pacientemente en el umbral de la puerta. Pigeon recordó que Gerome siempre decía que los animales son seres maravillosos y puros, con un gran poder de percepción, y que sienten la poderosa fuerza que emana de todo lo que hay en la tierra, una potente energía vital que está en todo y que fluye a través de las rocas, el agua y el viento, a través de los seres vivos, de unos a otros, una energía que se desplaza, cambia, se expande, como una corriente vital que discurre alrededor y a través nuestro sin que seamos capaces de verla. Gerome hablaba de la vida.

«—Si un gato aparece un día en tu puerta y decide quedarse a tu lado —le dijo un día—, piensa que no lo hace por azar. Será porque te ha escogido, seguramente porque lo necesitas. Los gatos son grandes mensajeros, recuérdalo.

—¿Mr. Doggy también?

—Mr. Doggy está con nosotros por algo importante, algo que tiene que ver contigo y conmigo, por eso aunque viene y va... siempre vuelve. — Gerome le mostró entonces el collar que acababa de comprar para él, y lo puso del revés, para que viera la tela que había cosido en el envés. Había dejado una abertura bajo la que se podía esconder algo—. No lo he comprado porque crea que Mr. Doggy es nuestro, él no nos pertenece, debes comprender que es libre, como tú y como yo. Pero he pensado que este collar puede servirnos. Cuando lo necesitemos, podemos dejar un mensaje oculto en él. Mr. Doggy nos lo hará llegar.

Pigeon le miró extrañada, con el escepticismo dibujado en la cara.

—Pero es un gato, no sabrá cuándo entregarnos el mensaje...

—Vaya que sí, ya lo verás, funcionará...»

Pigeon llamó a Mr. Doggy. Él remoloneó, frotando su lomo contra el marco descolorido de la puerta, pero al fin se acercó de nuevo y saltó para acercarse a ella. Aún llevaba el collar de cuero que Gerome le enseñó. Pigeon soltó la hebilla y se lo quitó con cuidado. Lo volteó y observó la tela que su amigo había cosido en el envés aquel día, hacía ya tantos meses. Apretó el cuero con los dedos para hacer que se abriera la ranura que escondía el bolsillito donde, de necesitarlo, esconderían un mensaje. Arqueó las cejas sorprendida. En efecto, allí había un trocito de papel doblado... A Pigeon le bailó el corazón. ¡Así que Gerome le había escrito un mensaje! Y aquel gato caprichoso se lo había llevado. ¿Era eso posible? ¿O era fruto de la casualidad? Los ojos color ámbar de Mr. Doggy la miraron con fijeza. Pigeon tiró del papelito hasta sacarlo por completo. Lo dejó caer sobre la palma de su mano, pero algo más apareció, otro papel cuidadosamente enrollado. Pigeon cogió el fino rollito de papel y lo soltó. ¡Cinco billetes de cien dólares! Abrió la boca, asombrada. Sin duda Gerome había cogido aquel dinero de sus

ahorros para traer a su hermano Mbabe de Europa... Con manos trémulas abrió su mensaje.

«Pigeon, sé que has escapado. Escóndete, no te dejes ver hasta que vaya a buscarte, yo he de ir a ayudar a Valentine. Se la han llevado a Seattle. Díselo a Konstantin. Te quiero, Gerome»

—Mierda...

No podía decírselo a Konstantin si no podía encontrarlo... Quedarse allí esperando no le parecía una buena opción... Pigeon soltó un bufido. Gerome no podía exigirle que siguiera en el almacén sin saber cuándo podría ir a buscarla. Se moría de hambre y sed, ¿cuánto más debía aguantar así? De pronto Mr. Doggy se bajó de la cama y trotó de nuevo hacia la puerta, el rabo en alto. La niña se guardó el collar en el bolsillo de su pantalón y abandonó la cama, decidida a seguirlo. Al hacerlo, pasó por delante de un pequeño aseo en el que no se había fijado antes. Allí, en un mueble desvencijado bajo el lavabo, había un saco de dormir en una funda y una chaqueta de cuero negro doblada encima. Pigeon se agachó para verlo mejor. Luego alargó una mano y se apoderó de la chaqueta.

—Tú no la necesitas, Konstantin —decidió.

Se la puso. Le estaba enorme, como cuando usaba la ropa de Gerome. Se miró las piernas. Le llegaba hasta los tobillos. Se dobló las grandes mangas tantas veces como fue necesario para que sus manos, que habían desaparecido bajo ellas, asomaran de nuevo. Luego cogió el saco de dormir, que estaba muy bien enrollado en su funda y contaba con una tira de nylon para poder transportarlo, y se lo colgó a la espalda. Luego se volvió hacia Mr. Doggy.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

El gato se había sentado. Al oírla se levantó y maulló con suavidad. A continuación salió de allí y se marchó hacia la escalera. Pigeon lo siguió. Aún no comprendía qué la impulsaba a seguir los pasos de aquel gato extraño. No le importó, algo en su interior le decía que en aquel momento él era su única opción. No pensaba quedarse sentada y morir de hambre y sed en el intento.

Mr. Doggy buscó la salida al exterior, alcanzó la calle desierta que pasaba delante del almacén y se alejó. El caudaloso río Hudson quedó detrás. Pigeon lo vio avanzar con seguridad hacia los pabellones solitarios que lindaban con la ciudad. Era de noche, y todo estaba tranquilo y en silencio.

«¿A dónde me llevará?»

El gato no se volvió en ningún momento, como si se hubiera desentendido de ella. Su instinto lo guió de vuelta al corazón de Greenwich Village. Pigeon comprendió a dónde iba y sintió crecer el miedo en su interior. Temía regresar al barrio y caer en las redes de la asistencia social; estaba segura de que Codenpage habría dado la voz de alarma, la estarían buscando, probablemente la policía tenía ya su foto y la habían distribuido por todos los rincones para localizarla. Aquello no estaba bien, no era buena idea... Pero siguió tras el gato. Se esforzó por no perder de vista a su único amigo en aquellos momentos.

Mr. Doggy se deslizó con rapidez entre los altos edificios, cruzaba las calles sin mirar, directo hacia algún lugar. Mientras trotaba tras él, Pigeon miraba en todas direcciones, temerosa de que algún coche patrulla apareciera. Sin embargo las calles de Greenwich estaban desiertas, algo muy inusual, y no se cruzó con nadie. O tal vez era que el gato la llevaba por sitios poco frecuentados deliberadamente.



Al cabo de un rato Pigeon reconoció las calles por las que pasaban. ¡Estaba en casa! Su edificio apareció enseguida, y Pigeon levantó la vista hacia las ventanas de los últimos pisos. En su casa no había luz, ni tampoco en la de Gerome. Pigeon gimió. Necesitaba pasar desapercibida —una niña de doce años deambulando sola por las calles de madrugada, sin duda llamaría la atención—, y en cambio Mr. Doggy pretendía volver a casa...

El gato se movía con familiaridad por el barrio, pero se desvió en el último momento. Tomó una calle secundaria y se dirigió con paso seguro hacia un pequeño negocio cuya luz destacaba en la oscuridad. Estaba abierto. Se coló dentro y desapareció. Pigeon se detuvo en seco. Conocía aquel local, al hombre que siempre estaba dentro. Esperó con el corazón en vilo a que el animal regresara. No lo hizo. Pigeon dudó. No podía dejarlo allí...

Caminó hacia la pequeña tienda. «Michael's Loans», un letrero brillante anunciaba que se trataba del negocio de un prestamista. El local era discreto y viejo, la pesada persiana de hierro estaba levantada y a través de los cristales se veía un mostrador alto con una ventana de seguridad tras unas gruesas rejas. Mr. Doggy estaba allí... ¡en brazos del dueño! La niña contuvo un lamento. Así que el gato no sabía lo que hacía después de todo, y ahora tendría que rescatarlo, exponiéndose a que la encerraran cuando ese hombre greñudo la reconociera. Pigeon imaginó con horror que ese hombre ocultaría bajo el mostrador una fotografía suya que la policía habría distribuido por todas las tiendas del barrio.

El dueño del negocio había salido de su burbuja de seguridad al ver a Mr. Doggy, para poder acercarse a él y cogerlo en brazos. Estaba contento. Resultaba ridículo ver a un hombre tan tosco y grande haciéndole carantoñas a un gato. Cuando Pigeon apareció tímida y silenciosa en la puerta, lo dejó en el suelo. Mr. Doggy se sentó y bostezó. Ni siquiera parecía preocupado por ella, que había entrado para recuperarlo.

—¿Es tuyo el gato? —preguntó el hombre.

Había interés en sus ojos azules. La miraba desde su metro ochenta de altura, ocultas las facciones bajo una densa barba rizada. Llevaba un gorro negro de lana sobre la cabeza, y sus cejas espesas se arqueaban en una curva de curiosidad.

Pigeon asintió muy nerviosa.

—Es un gato muy especial, espero que lo sepas.

—Lo sé —murmuró Pigeon. En realidad estaba enfadada con él por meterla en una situación tan delicada.

—Suele visitarme, ¿sabes? —dijo de pronto el hombre—. Apareció por primera vez el día en que mi mujer falleció, antes de que yo lo supiera siquiera. Se quedó conmigo todo el día, e incluso después... —El hombre meneó la cabeza al recordar—. No lo creerás, pero estoy seguro de que vino por eso. Desde entonces me visita, siempre que me encuentro un poco triste, y se queda conmigo hasta que siente que estoy mejor. —Se agachó, y alargó la mano para acariciar a Mr. Doggy. El animal frotó su frente contra ella—. Es un gato muy especial, sí señor...

Pigeon no dejaba de observar la escena. Buscaba comprender por qué Mr. Doggy la había obligado a entrar precisamente allí. El prestamista debía de rondar los cincuenta años, y aunque su aspecto era algo desaliñado, no parecía tan mala persona como ella había pensado siempre. Incluso con aquellos tatuajes asomando por encima del cuello de su camiseta.

—¿Puede usted darme cambios? —preguntó Pigeon de pronto.

Se le había ocurrido una idea. Se metió la mano en el bolsillo y sacó sus cinco billetes de cien dólares. Si quería poder utilizarlos sin llamar la atención, iba a necesitar cambiarlos. Miró al gato de reojo mientras se los mostraba al prestamista. ¿Era posible que Mr. Doggy la hubiera llevado allí

para que pudiera hacerlo?

El hombre la miró con ojos avispados. De pronto parecía consciente de que ella sólo era una cría y de que estaba sola por las calles, al parecer acompañada únicamente por el gato. Aunque aquel no era cualquier gato, no para él. Acarició distraídamente la cabeza del animal, entre las orejas, mientras pensaba.

—Claro que sí —resolvió al fin—, ¿cómo los quieres?

Se levantó y se metió tras el mostrador a través de una puerta estrecha de seguridad. Volvía a ser el dueño de «Michael's Loans». Mr. Doggy regresó junto a Pigeon y se enroscó entre sus piernas. Ella dio unos pasos y se acercó al mostrador. Depositó sus cinco billetes en la bandeja de metal que había bajo una estrecha abertura en el grueso cristal de seguridad.

—Lo más pequeños que pueda.

El hombre pareció pensarlo.

—Mmmm, te daré billetes de uno, dos, cinco y diez dólares. —La miró con suspicacia y sonrió. Metió su mano a través de la ranura y cogió el dinero—. Eso no llamará la atención.

Pigeon no dijo nada. Cada vez estaba más convencida de que efectivamente, Mr. Doggy había escogido entrar allí para que ella pudiera cambiar su dinero.

El prestamista le entregó sus quinientos dólares en billetes más pequeños, dentro de un sobre.

—Escóndelo bien.

—Gracias.

—Dale las gracias a él. —El hombre señaló a Mr. Doggy con una sonrisa—. Ese maldito gato sabe lo que hace, si está contigo debe de ser por alguna razón que tú aún no conoces. No seré yo el que le impida cumplir su cometido contigo.

Mr. Doggy hizo oídos sordos a sus palabras. De pronto se apartó de Pigeon y salió a la calle sin mirar atrás.

—Creo que debo irme —murmuró Pigeon.

—Buena suerte.

Pigeon no contestó, no tuvo tiempo, porque Mr. Doggy se alejaba rápidamente y corría peligro de perderlo si no iba tras él enseguida. Lo vio doblar la esquina y desaparecer. Tuvo miedo de no poder encontrarlo, así que echó a correr, mientras se guardaba apresuradamente el sobre con los cambios en el amplio bolsillo interior de su chaqueta prestada. Mr. Doggy era rápido y parecía tener prisa. Dejó atrás la seguridad de aquella calle estrecha y se lanzó a la carrera por una avenida principal, hacia el este. Pigeon procuraba seguirle el ritmo, concentrada en sus movimientos. ¿A dónde la llevaba ahora? El gato corría ahora y apenas lograba seguirlo. Estuvo a punto de despistarla cuando tras doblar una esquina se coló en una tienda de alimentación china.

Pigeon vio de refilón su pelo anaranjado antes de que atravesara una cortina de cuentas de colores que colgaba cubriendo la entrada.

«¿En qué lío me meterá ahora?»

Pigeon asomó la cabeza a través de las tiras de plástico y echó un vistazo al interior del establecimiento. Varias hileras de expositores repletos de productos de alimentación y bebidas llenaban el local. Al fondo un joven

reía. Mr. Doggy se había subido al mostrador y se había sentado a su lado. El chico levantó su cara morena y sonrió a Pigeon. Era chino, sin duda, y sus ojos casi se cerraban al sonreír.

—Es mi amigo —dijo sonriente. Tenia acento, pero hablaba perfectamente en inglés—. ¿Es tuyo?

Pigeon asintió. Avanzó a través de uno de los pasillos. Cuando llegó junto al mostrador le lanzó a Mr. Doggy una mirada furiosa. ¿Por qué allí? El gato arqueaba el lomo bajo la mano amable del dependiente.

—Hace unos años que llegué a Estados Unidos. Pasé mucho tiempo en la calle, al principio mendigando, sin posibilidad de encontrar trabajo, sin dinero, nada... Él apareció de la nada y se quedó conmigo. Durante muchas noches él fue mi único compañero... Luego me llevó hasta la que hoy es mi mujer. La conocí gracias a él, —sonrió de nuevo—, y ahora tengo una vida, un techo bajo el que dormir, y una esposa que me quiere... —Miró a Pigeon con los ojos negros brillantes—. Me llamo Wu-Ling. —La miró de arriba abajo—. Tienes hambre, ¿verdad?

Pigeon asintió.

—No tienes que pagarme. Ten. —Wu-Ling se fue a la trastienda y regresó con un bocadillo y una botella de «coca-cola»—. Es mi cena, puedes quedártela, creo que a ti te hace más falta que a mí. Ah... —se fue a la estantería más alejada, hacia su derecha, y rebuscó en las baldas más bajas—. Esto para él. —Le mostró un par de latas de comida para gatos—. Le gustará, es su preferida.

—Puedo pagarte...

—No. —Ahora Wu-Ling se puso serio—. Quédatelo. Se lo debo.

Mr. Doggy levantó la cara y maulló con suavidad. Pigeon guardó el bocadillo, la «coca-cola» y las latas en la bolsa de plástico que Wu-Ling le entregó, y le estrechó la mano.

—Gracias...

—No hay de qué. —Entonces señaló con la cabeza al gato—. Deberías ir con él.

Era cierto, por segunda vez Mr. Doggy se marchaba sin esperarla. Pigeon sonrió a Wu-Ling y corrió fuera del establecimiento. Le hubiera gustado tener a Gerome a su lado para contarle las cosas increíbles que le estaban pasando gracias a aquel gato misterioso. Ahora ya sabía a qué se dedicaba cuando desaparecía, a veces durante días. ¿A cuánta gente más habría visitado además del prestamista y Wu-Ling?

La estación de autobuses apareció ante ella después de mucho rato recorriendo las calles solitarias. Eran las tres de la madrugada. Mr. Doggy corrió al interior y se colocó junto al mostrador. Sólo entonces se volvió a mirar si lo había seguido. Pigeon entró tras él, muy cansada, y esperó a que hiciera algo especial, como acercarse a la mujer que estaba tras la ventanilla. Seguro que la conocía...

Pero nada de eso ocurrió. El gato se sentó y se quedó mirándola. Pigeon desvió la vista hacia el panel que estaba colgado sobre la oficina de venta de billetes. Estuvo leyendo los destinos a los que se podía llegar desde allí. Cuando vio Seattle entre ellos, comprendió la intención de Mr. Doggy. ¿Acaso Valentine no estaba en Seattle? La chiquilla no podía creerlo. Fue a sentarse a un banco y sacó con disimulo su sobre. ¿Tendría dinero suficiente?

Quinientos dólares... Tenía que ser suficiente. Al fin se levantó y se acercó a la ventanilla. La mujer al otro lado levantó la cabeza con poco interés.

—¿A dónde? —se limitó a preguntar. Tenía el aire aburrido del tedio.

Pigeon vio que estaba leyendo un libro, y un cenicero lleno de colillas a su lado. Arrugó la nariz con desagrado.

—A Seattle.

La mujer la miró por encima de sus gafas.

—No hay billete directo a Seattle, así que tendrás que hacer varios transbordos. —Sacó un plano con la ruta que debía recorrer y se lo mostró, marcando con un rotulador rojo el trayecto—. El primero será en Chicago, donde tendrás que coger las líneas en ciudad que se te indican, el segundo en Minneapolis, y luego tendrás que bajarte en Missoula y coger otro autobús. Pero pagarás el viaje completo aquí. No pierdas tu billete y asegúrate de tener a mano los horarios de las distintas líneas. En total son trescientos cincuenta dólares y tardarás dos días. ¿Es lo que quieres?

Pigeon estaba asustada. Miró el plano con desconfianza, el batiburrillo de horarios y líneas... No sabía si sería capaz de seguir las instrucciones. Miró de reojo a Mr. Doggy. La había ayudado hasta entonces...

—No lo sé...

Por encima de todo le había parecido que ir en autobús era lo más sensato, pero si iba a tardar tanto en llegar a Seattle no merecía la pena, incluso sabiendo que con tanto transbordo sería más fácil despistar a los servicios sociales y a la policía. Sacó su sobre y contó los quinientos dólares. Se quedaría con menos de la mitad sólo por pagar el viaje a Seattle. ¿Qué haría cuando se quedara sin nada?

La mujer se impacientó, y Pigeon finalmente se apartó de la ventanilla murmurando una excusa. Se quedó en medio de la estación, sin saber qué hacer. Luego recordó que estaba hambrienta y que tenía un bocadillo en la bolsa que Wu-Ling le había dado. Buscó un lugar donde comérselo con tranquilidad. Encontró un rincón discreto en el otro extremo de la estación y se sentó en un banco. Sacó el bocadillo y se dispuso a devorarlo. También sacó la «coca-cola» y una de las dos latas de comida para gatos y la abrió para Mr. Doggy. El animal acudió a su lado en cuanto olió el delicioso aroma a atún que provenía de ella. Una serie de murmullos satisfechos salieron de su garganta.

—Te lo mereces —le dijo Pigeon, y acarició su lomo con dedos delicados.

Luego le dio un primer bocado a su bocadillo, y se recostó en el respaldo del banco. Debía pensar un modo mejor de llegar hasta Valentine...

Sólo cinco personas más esperaban en la estación. Iban cargadas con maletas y bolsas. Un hombre dormía tumbado a lo largo de uno de los bancos que estaban más cerca de la entrada, con la cabeza apoyada en su bolsa de viaje, dos mujeres conversaban en voz baja cerca del andén, con sus grandes maletas con ruedas al alcance de su mano, y un chico adolescente escuchaba música a través de sus auriculares, embutido en la capucha de su sudadera. De vez en cuando miraba a Mr. Doggy con curiosidad, pero nada más. Nadie se fijaba en ella. Fuera había un enorme camión aparcado, con las luces encendidas y el motor en marcha... Pigeon sonrió con la boca llena. Siempre podía hacer autostop...



## Capítulo 31



*«Nuestras decisiones son el resultado del valor o del miedo, o la suma de ambos, pero mientras el destino se mece en ese mar de dudas que nos define, en el horizonte se alza la esperanza. Mientras esa esperanza permanezca a la vista, como las estrellas para el navegante en un océano desconocido, nuestro destino estará en nuestras manos y nada podrá arrebatarnos la voluntad y el poder de hacernos con él, aunque nos lleve la vida entera alcanzarlo»*

Era la tercera tila que se tomaba. Stacy Codenpage notaba que le ardían las mejillas. Estaba perpleja, descolocada y avergonzada por cómo se estaba desarrollando el caso de Pigeon Murphy, o Pigeon Didot, como a ella le gustaba que la llamaran, por el apellido de su madre. Ya era bastante grave que la niña se hubiera escapado en sus narices, el que tampoco pudiera localizar a la única persona que quizás fuera capaz de encontrarla, y que Oliver y su hermana Dirdre hubieran sido puestos en libertad bajo fianza por la policía, desbordaba sus nervios.

Stacy se sentó en su mesa y espió por encima de la pantalla de su ordenador lo que hacían los demás. Parecían centrados en lo suyo, no había corrillos, ni miradas acusatorias. Nadie hablaba de su estrepitoso error, de su inexperiencia, de cómo seguramente la delegarían a otra sección dentro de los

servicios sociales. Stacy se hundió en su asiento, abrió el primer cajón de su escritorio y sacó un bote con analgésicos. Le iba a estallar la cabeza. Cogió una de aquellas pastillas redondas y se la echó a la boca, bebió un trago de su infusión y apoyó la frente ardiente en la mano. Miró el reloj en su muñeca. Las cuatro de la tarde. Suspiró con desesperación. Aún no se sabía nada de la niña, y, por lo que le había dicho la policía, lo primero que había hecho Oliver Murphy al salir del calabozo había sido interponer una denuncia contra ella... por ineptitud, él, que casi mata a su hija a golpes.

«Mierda, Stacy, mierda, mierda, mierda... Estás jodida...»

El expediente de Pigeon descansaba ante ella. La niña la miraba desde la foto grapada en la esquina superior izquierda, reprochándole lo que estaba haciendo. Stacy dudaba. Empezaba a pensar que tal vez se había equivocado, no por pretender separar a Pigeon de un padre y una tía maltratadores, sino por separarla de Gerome, por no haber hecho nada por defender ante las instituciones la validez de su papel como futuro tutor de la chiquilla. ¿Realmente sabía lo que estaba haciendo? ¿No habían decidido otros por ella que no era apto y lo había descartado echando su solicitud a la papelera? Miró de reojo al suelo, donde en efecto, estaba su papelera, y en ella el impreso que Gerome había rellenado, junto con la documentación que necesitaba aportar legalmente si pretendía convertirse en el padre adoptivo de Pigeon. Ni siquiera la había cursado.

Stacy tragó saliva. Entonces echó mano de esos papeles, los rescató, y se levantó para ir a la trituradora. No quería dejar rastro de sus actos. La encendió y empezó a meter uno por uno los papeles que con tanto esfuerzo había reunido Gerome Azikiwe. Mientras miraba absorta cómo la máquina trituraba su solicitud, pensaba que en realidad lo apropiado era que él se ocupara de la chiquilla. Sin embargo había esgrimido ante él, sin piedad, que era Nigeriano, inmigrante, y aunque con trabajo, con pocos recursos, con una cultura distinta. Además, ahora se había puesto violento al saber que Pigeon estaba en sus manos. Cuando le preguntaran por qué no había cursado su solicitud, podría dar un argumento sólido, ¿verdad? ¿Acaso Pigeon no había escapado inspirándose en lo que había aprendido de él? Stacy apretó los

labios.

Se convenció a sí misma. Pigeon merecía algo mejor, más estable, una familia más... convencional.

Cuando el último papel pasó por la trituradora y las tiras cayeron al cajón, se sintió mejor. Nadie en su departamento la criticaría por no haber cursado una solicitud tan inconveniente. Regresó a su puesto y descolgó el teléfono para llamar a Logan Anderson.

—Stacy, ¿la has encontrado?

—Aún no, estoy esperando que la policía haga su trabajo.

—Vaya... Pues no deberías esperar a que otros hagan tu trabajo, Stacy. Se te paga para que seas efectiva... No podemos perder a otro. Paolo los quiere a todos bajo control.

—Me prometisteis un buen puesto, una carrera, un futuro... ¿Qué hay de todo eso? Sigo aquí, en una mesa como funcionaria con un sueldo de mierda...

—Estás donde debes estar, Stacy. La recompensa llegará, pero primero hazte merecedora de ella y encuentra a Pigeon Didot.

—¿Por qué es tan importante? Ni siquiera es pura.

—Pero tiene la parte que heredó de su padre. Es suficiente para nosotros. Tráemela. Si no eres capaz, a lo mejor nos hemos equivocado de persona. ¿Es así, Stacy?

—No, no...

—Bien. No vuelvas a llamarme si no la encuentras.

El interior de la catedral de St. James estaba silencioso, sumido en un ambiente fresco y apacible. Las tres vidrieras sobre el altar iluminaban el lugar creando el ambiente sosegado y armonioso que Gerome necesitaba. Nada más llegar a Seattle, había conducido su taxi hasta el barrio de First Hill, directo a aquel lugar de recogimiento que conocía bien. Necesitaba un momento de paz, descansar el corazón y la mente, y tomar una decisión difícil.

Sentado en las primeras filas de la nave principal, mantenía los ojos cerrados y el rostro inclinado sobre el pecho, dejando que la energía que circulaba alrededor y a través de él llenara su espíritu atormentado. Su mente estaba agotada, de pensar en cómo ayudar a Valentine, en si debía o no abandonar su hasta entonces seguro modo de vida, para sacarla a ella de la oscuridad. Sí, era una decisión difícil, y entrañaba mucho riesgo.

En aquellos momentos, cerca de las siete de la tarde, no había visitas a la catedral. Un sacerdote salió de la sacristía y fue hacia el soberbio altar de mármol blanco. Entonces reparó en aquel hombre de piel negra y largas rastas anudadas en la nuca; su imponente figura de ébano destacaba sentada en la soledad de la catedral. Parecía tan abatido que conmovió su corazón. Decidió acercarse.

—Buenas tardes —saludó. Se sentó en el mismo banco, manteniendo un respetuoso metro de distancia.

Gerome no se sobresaltó. Lo había oído llegar. Abrió los ojos y lo miró de soslayo. El cura era joven, de rostro afable, ataviado con una larga y

sencilla sotana negra.

—Buenas tardes, padre —repuso con voz grave.

Abandonó su postura meditativa y se reclinó en el respaldo del banco, alzando su rostro oscuro hacia la cúpula que señoreaba la nave sobre sus cabezas.

—No pretendo inmiscuirme en tus asuntos, pero me ha parecido ver una inmensa soledad en el modo en que rezabas. No he podido marcharme sin ofrecerte la posibilidad de charlar, y así tal vez desahogar la carga que pareces soportar.

El sacerdote hablaba con un tono amable y tranquilo, y sonreía como para darle a entender que no pretendía avasallarle y que se iría si así lo prefería.

—Soy Patrick —dijo entonces, y le tendió la mano.

Gerome la estrechó, pero no le dijo su nombre.

—¿Quieres que me quede?

—Puede quedarse.

—¿Puedo preguntarte de dónde vienes?

—De Nueva York.

—Vaya, ¿y conocías este lugar?

Gerome asintió. Luego inspiró y expulsó el aire despacio.

—Dígame padre, ¿cree en el bien y el mal?

—Necesariamente.

Los ojos de Gerome recorrieron las vidrieras que tenían delante, y se detuvieron en la que representaba una escena entre un ángel y un demonio. Patrick vio a dónde miraba, y sonrió.

—Hay en este mundo hombres dispuestos a hacer tanto mal... —se lamentó Gerome con amargura—. El ser humano aún tiene mucho que mejorar.

El sacerdote asintió.

—El miedo es un mal consejero, y tendemos a sentirlo ante lo que no entendemos. Jesucristo sufrió en la cruz porque inspiraba temor a lo que la fuerza de su fe podía traer.

—Creo que no debió exponerse así. ¿No hubiese logrado mucho más desde la discreción?

—¿Ocultar quién era? ¿Para sobrevivir?

—Sí.

Patrick lo pensó.

—Creo que no. Hubiera vivido, sí, pero, ¿a qué precio? ¿Sería nuestra fe lo que es hoy si él no se hubiera sacrificado por todos nosotros?

—La historia se repite, una y otra vez...

Patrick lo observó con curiosidad.

—Si lo que me preguntas es si es mejor esconderse y vivir, o mostrarse y morir... creo que hay otras opciones, como mostrarse y vivir. Si no, el miedo también estará guiando tus elecciones. Es una decisión difícil, pero mostrarse y luchar por aquello en lo que uno cree, ser honesto con uno mismo y defender esa honestidad, la tuya y la de otros, defender el derecho a ser libres, en resumidas cuentas... —señaló mirando con intención la vidriera—, define quién eres, y es el único modo que conozco de mantener el equilibrio.

—No hay equilibrio posible en este mundo.

—Pero estás aquí, preguntándole a un desconocido. Debe de ser porque aún tienes esperanza de que eso no sea así. Debes tener valor, amigo.

—Valor... No, valor no me falta. Temo hacer daño a alguien a quien quiero demasiado. Si doy un paso en la dirección equivocada la expondré a ella.

—¿Y ella? ¿Qué querría ella?

—Luchar —sonrió Gerome—. Querría luchar.

Patrick sonrió también. De pronto se levantó, se alisó la sotana, y se santiguó, cerrando un momento los ojos y murmurando una breve oración.

—Creo que ya no me necesitas, hombre de Nueva York. Ya conoces la respuesta que buscas. Vuelve siempre que quieras charlar. Buena suerte.

Gerome fijó sus ojos oscuros en el joven sacerdote y lo observó mientras se alejaba de vuelta a la sacristía. Le vio encender algunas velas antes de desaparecer. Tenía razón, la respuesta estaba delante de él. No se trataba de sacrificar a una para salvar a la otra. Se trataba de salvar a las dos.

Sintió alivio, como si al fin hubiera apartado una pesada losa que pesaba demasiado en su alma. Se levantó también, alzó el rostro y cerró los ojos, suplicando ayuda a los cielos. Cuando acabó, sus ojos se liberaron del velo que los preñaba de pesar, y sus músculos se relajaron, pues llevaba demasiado tiempo protegiendo a Pigeon, de Oliver y su tía, de Codenpage, de sí misma...

Mientras salía de la fila de bancos al pasillo central de la nave, su convencimiento fue creciendo hasta formar una coraza en torno a su corazón.

Cuando Patrick se asomó para ver si continuaba sentado allí, no lo vio por ninguna parte. Oyó que la puerta de entrada se cerraba pesadamente, y se alegró de haber ayudado a aquel desconocido.

Gerome fue a buscar su taxi, montó y arrancó el motor. El New Hope Psychiatric Center quedaba al norte de Seattle, y aún no sabía exactamente qué iba a hacer. Si Valentine estaba allí, la sacaría, pasara lo que pasara. Después, cuando estuvieran a salvo los dos, buscaría a Pigeon y se ocuparía de que ni Codenpage, ni Oliver Murphy, ni nadie más... volviera a amenazarla... jamás.



## Capítulo 31

### b

El obispo Paolo daba vueltas por su habitación, presa de la impaciencia. Se retorció las manos, sin saber aún quién más aparte de él había votado «no» en la reunión del consejo. Había sido un acto temerario, pero no debía arrepentirse, porque de lo que él hiciera dependía la deriva que tomaran los acontecimientos a partir de entonces. Amanda Flemming estaba muerta, y habían sido muchos más los que habían caído antes que ella, en silencio, anónimos, sin posibilidad alguna de salvación. Sabía que Felps no deseaba llevar las cosas tan lejos. Si no hacía todo lo posible por ganar terreno a sus enemigos, todo por lo que había luchado podría quedarse en humo...

¿Y quién era la otra persona que había votado «no»? Alguien más pensaba y sentía como Felps, alguien más dentro del consejo desaprobaba lo que se iba a hacer con Valentine Borderer... Paolo sospechaba de quién se trataba, pero no deseaba a dar un paso para acercarse a él en primer lugar. Debía ser al revés, para que todo fuera bien. No imaginaba qué pensaba hacer esa persona contra él, contra Osmoord, el doctor Jacob Gates, contra la «cura».

Paolo se retorció las manos mientras caminaba con pasos cortos

adelante y atrás. Miró su reloj de pulsera: las diez y cuarto de la noche. Hacía horas que el consejo había decidido. Pronto Osmoord pondría a prueba la «cura» de Gates. Cabía la posibilidad de que Valentine no respondiera como esperaban. Valentine, que ni siquiera era consciente de lo que era, a la que habían privado de libertad antes de que supiera lo que era, antes de poder escoger... Ella, como Konstantin, iban a pagar un precio muy alto por compartir el alma. Una gran satisfacción se abrió paso en su mente, cuando imaginó un mundo sin ellos, seres de luz, cuando ya no hubiera nada que pudiera enfrentarse al mal y el ser humano estuviera solo. Habían sido hombres como él y como Felps —éste último sin ser consciente de ello—, quienes habían propiciado la llegada del infierno a la tierra. ¡Cómo había esperado ese momento!

Paolo se santiguó por enésima vez y reanudó la marcha, presa de una gran inquietud. ¿Y si todo se torcía? Sabía que sus enemigos trabajaban para impedir que culminara su plan... Ni siquiera podía pedirle a Jonas que lo ayudara, porque no sabía dónde estaba... aún. Ah, Felps se la jugó bien en esa ocasión...

Una serie de toquecitos leves en la puerta hicieron que detuviera de golpe sus frenéticos paseos. El obispo se quedó escuchando. Los golpes se repitieron, tímidos, pero insistentes.

—¿Sí? —preguntó al fin, los ojos grises fijos en la puerta.

—Soy Thomas.

Thomas Jiggs. Paolo se secó el sudor de la frente con la manga de su camisa. Se había quitado su sotana y vestía un sobrio pantalón negro y una camisa blanca. Se había desabrochado los botones del cuello, porque sentía que se ahogaba. Jiggs... No era quien él esperaba.

—Pasa, Thomas.

La puerta se abrió y Thomas Jiggs asomó su pelirroja cabeza con cautela.

—Adelante, por favor.

El sacerdote al fin abrió del todo y entró en la estancia. Miró alrededor para asegurarse de que estaba a solas con el obispo. Luego cerró la puerta y dio unos pasos hacia él. Parecía azorado y sus ojos azules bailaban fijándose en los escasos muebles y adornos de la estancia.

—No temas decirme lo que quiera que hayas venido a decirme, Thomas —le animó Paolo, las cejas levantadas, la curiosidad en el fondo de sus ojos—. ¿Qué ocurre?

—Padre... Sé que ha votado «no» antes, en la reunión... igual que yo.

Paolo se sorprendió. Thomas Jiggs no era la persona que él había conjeturado. Se quedó mirándolo mientras asimilaba que el sacerdote que tenía ante él, ese hombre gris y opaco del que nadie sabía mucho, era el otro «no» a la «cura».

—¿Me he equivocado? —Jiggs palideció, y Paolo se apresuró a tranquilizarle.

—¡No! No... En efecto, yo también he votado «no».

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Hacer? Realmente no estoy seguro de que debamos o podamos hacer algo... —se lamentó.

—¡Pero si no actuamos enseguida Valentine estará perdida! Y Amanda Flemming habrá muerto por nada... ¡Oh, señor! No hice lo suficiente por evitar que la encontraran, ella me pidió que velara por su seguridad, y no hice lo suficiente...

—No comprendo. Thomas...

—¡Yo ayudé a la doctora Flemming a sacar a Valentine de aquí! ¡Fui yo, sí! La acompañé en el avión a Nueva York, y debería haber estado más pendiente de ella... y ahora tal vez no estaría de nuevo encerrada, en manos de Osmoord y Gates —se lamentó.

Paolo lo miró con ojos nuevos. ¿Thomas Jiggs había estado conspirando junto a Amanda Flemming para liberar a Valentine? En otro momento, días atrás, semanas atrás... hubiera enfurecido, pero ahora no, ahora no; ahora Thomas era para él una esperanza. Se adelantó y puso una mano conciliadora sobre su hombro.

—Hiciste lo correcto, Thomas. Sólo lamento no haber estado a tu lado.

Recordó sus últimas conversaciones con Amanda por teléfono, recordó sus maniobras para hacer que la despidieran del consejo.

—No queda mucho tiempo. ¡Mañana a las siete en punto someterán a Valentine a la primera sesión!

Paolo se hundió en una butaca de cuero negra y se frotó la frente, pensativo.

—Está muy vigilada. No podremos acercarnos sin que haya un enfrentamiento, Thomas. Jamás nos permitirán sacarla de aquí.

—Pero hay alguien que podría ayudarnos...

Paolo alzó la cara.

—¿Quién?

Thomas se adelantó un paso y bajó la voz.

—Jonas.

Paolo se dejó caer de nuevo contra el respaldo de su butaca, con aire fatigado.

—Jonas... Ni siquiera estoy seguro de que siga con vida, y no sabemos dónde está.

—Yo sí —aseguró Jiggs.

—Tú sí... —A Paolo le brillaron los ojos—. ¿Y cómo es eso posible?

—Porque Samuel Cotton me lo ha dicho. Acabo de hablar con él...

—¡Cotton!

—Lo sé, hace tiempo que sé que tiene dudas.

—Te has arriesgado mucho llamándole, Thomas...

—Pero ahora sé dónde está Jonas. Tal vez sea más fácil llegar hasta él que hasta Valentine y aún tenemos tiempo.

Paolo sopesó lo que Jiggs le decía. Con Jonas a su lado, aún tendrían

una mayor oportunidad de éxito. Jonas... Era capaz de controlarlo, hacía tiempo que había logrado doblegarlo, hacer que volviera a ser lo que era cuando nació. No se negaría a ayudarlo, incluso después de haberlo tenido encerrado toda su vida. Incluso aunque aún amara a Konstantin... El obispo sintió regocijo. Sus ojos grises, cinco minutos antes velados por una profunda preocupación, brillaban ahora con otro fulgor.

—¿Dónde está?

—¡Muy cerca! Siempre ha estado en Seattle...

Muy poca gente sabía de la existencia de la profunda cripta bajo la Catedral de St. James de Seattle. Sus fieles se congregaban sobre ella durante las misas, desconociendo que estaba ahí, excavada bajo la sólida estructura gótica, con enormes pilares sosteniendo sus paredes revestidas de mármol, y sus portentosas torres. La catedral era como un árbol, mostrando su fastuosa copa por encima de la tierra, ocultando sus raíces bajo ella. Ni siquiera el sacerdote a cuyo cargo estaba officiar las omilías, Patrick Rogers, sabía de su existencia.

Era la sede de la arquidiócesis de Seattle, y como obispo, Paolo la conocía bien. Tampoco él hubiera sospechado nunca que bajo su belleza arquitectónica estuviera enterrado Jonas. Felps también la conocía, y al parecer la había utilizado todos aquellos años. Abajo, en las profundidades, se ocultaba un secreto del que Felps se avergonzaba. El arzobispo sólo había callado, dispuesto a mantener en secreto la existencia de Jonas, porque era en aras de un bien mayor. Paolo se proponía liberarlo, con la inestimable ayuda

de Thomas Jiggs. Él había propiciado su encierro, él iba a propiciar su liberación. Había llegado el momento.

Paolo descendió con una lámpara en la mano. Jiggs lo acompañaba, muy nervioso. No le gustaba aquel lugar, ni lo que suponía adentrarse en él. Unas escaleras excavadas en las oscuras profundidades arañaban la dura roca, a través de una serie de arcos picudos. Paolo y el sacerdote avanzaron en silencio durante veinte minutos, siempre bajando, hasta que llegaron al fondo de la inmensa caverna, una estructura laberíntica de caprichoso diseño, tan gótico o más que lo que la gente conocía en el exterior. Una gruta apareció ante ellos, cerrada por una sólida verja de hierro. A los lados dos esculturas que representaban feroces demonios, la custodiaban. Jiggs entrecerró los ojos mientras Paolo dejaba la lámpara en el suelo y encendía las enormes velas, de un metro de altura y un palmo de grosor, que se repartían alrededor, formando un semicírculo, como una multitud de columnas blancas. Al fondo de la gruta, había algo vivo. Jonas.

—Apártate un poco, Thomas. No sabemos qué encontraremos ahí.

Jiggs no se hizo de rogar. Estaba asustado. Apretó los labios y retrocedió, hasta situarse a unos tres metros de la verja. Paolo hizo lo mismo.

—Muéstrate, ordenó.

Su voz despertó ecos en aquel lugar profundo. Nada se movió, por el momento.

—Jonas, ¡muéstrate!

Entonces, en la penumbra, iluminada con las luces danzantes de las velas, apareció un resplandor, dos ojos que emitían un fulgor antinatural, como dos brasas ardientes, las brasas del mal. Paolo frunció el ceño al verlo y Thomas Jiggs abrió mucho los ojos. No había pensado que hallarían algo así.

Él siempre había pensado que Jonas era un prisionero de Felps por otros motivos, un perro de presa del que sólo se servían en momentos críticos como aquel... Dudó de que Jonas fuera la respuesta que necesitaban para ayudar a Valentine.

—Padre... —siseó Jiggs a su lado.

—Sssschh... Silencio Thomas. Jonas... —ordenó Paolo—. Muéstrate, por favor, he de hablarte.

Algo se retorció. Oyeron un gruñido, y luego una figura avanzó, emergiendo de las sombras que aún reinaban al fondo de la gruta. Jiggs contuvo el aliento, impresionado. Un hombre inmenso y hermoso apareció ante ellos, con una densa cabellera rizada y oscura cayendo sobre sus anchos hombros. Al menos medía dos metros de altura, y su piel brillaba, como sus ojos, con un aura de fuego, resplandeciente en torno a él; aquella energía infernal parecía formar dos inmensas alas a su espalda. Era Jonas, y no lo era. Jiggs se estremeció y se santiguó. Felps y Paolo ocultaban terribles secretos...

—Hace tiempo que te esperaba, sacerdote.

Su voz era profunda y cavernosa. Jiggs tragó saliva atemorizado. Pensó rápidamente qué hacer. Aquel ser parecía peligroso. Aún podían renunciar y regresar al centro para tratar de liberar a Valentine por sus propios medios.

—Jonas, ha llegado el momento. Ya estás preparado... —dijo Paolo.

Jonas se acercó más. Su bello rostro mostraba una expresión torturada. Un delicado entramado de líneas de fuego brillaba bajo su piel.

—Preparado... para qué.

—Hay algo que debes hacer.



—Se te llena la boca con esa palabra, ¿verdad?.

—Llevas largo tiempo esperando, Jonas. Vas a ser libre, te lo aseguro. Tu tiempo de encierro ha acabado.

Jiggs lo miró sin comprender una palabra.

—Siento odio... hacia ti, sacerdote... Por haberme entregado a Felps para que me enterrara aquí abajo de por vida... Por separarme de Valentine... —Jonas siguió hablando, y sus acusaciones se acumulaban sobre Paolo—. Por utilizarme para manipular a mi único amigo... Konstantin... —Paolo guardó en silencio. Ninguna de aquellas acusaciones era falsa—. Largo es el tiempo que he esperado poder matarte con mis propias manos...

—Son muchos pecados... —reconoció Paolo. Jiggs escuchaba en silencio, sobrecogido, porque desconocía la historia de Jonas. Empezaba a sentirse muy incómodo—. Konstantin no debió acercarse a ti, no debí permitirlo, y lo siento... Cuando vi en qué te estabas convirtiendo bajo su influencia... Estabas bajo mi responsabilidad, Jonas... Yo respondía ante él por ti, y por Valentine. Ahora todo está como debe ser. Y voy a liberarte.

Jonas estalló en amargas carcajadas y sus ojos se incendiaron.

—¡Mientes!

—No miento.

—No confío en ti...

Paolo no contestó. Una mueca apareció en su rostro, pero se cuidó de decir nada más. El fulgor de los ojos de Jonas creció, y Jiggs abrió la boca al ver su aura ardiente desterrar las sombras alrededor. Había electricidad en el

ambiente, y el vello de sus antebrazos se erizó, y luego su pelo rojo. Además, la belleza de Jonas hacía que fuera doloroso mirarlo. La fuerza de su alma oscura alcanzó su corazón y lo llenó de calor.

—Te odio... —dijo Jonas al fin.

—Como debe ser. Confía en mí.

—No.

Jonas guardó silencio. Entonces retrocedió unos pasos, de vuelta a la oscuridad.

—Espera... Jonas, espera.

Él se detuvo, en silencio.

—Hay algo que debes saber.

—No escucharé nada que venga de ti.

—Te equivocas.

Jonas bajó sus ojos brillantes, como dos ascuas incandescentes, hacia el obispo. Jiggs no entendía cómo Paolo podía permanecer impasible ante semejante criatura, cuando deberían huir de ella. Jonas no era lo que había esperado encontrar. Era lo opuesto a Valentine. ¿Acaso el obispo estaba tan corrompido que no podía sentir su alma aullando cuando estaba cerca de él? Jiggs estaba temblando. A duras penas se contenía para no escapar.

—Por qué crees eso —rugió Jonas.

—Valentine.

Jonas avanzó un paso. Jiggs observó su desnudez. Sus pies hollaban el suelo de piedra haciéndolo enrojecer bajo el fuego que despedía su halo de energía.

—Valentine... ¿Dónde está?

—Muy cerca, en Seattle. Pero corre peligro.

—Qué habéis hecho...

—Aún nada, al menos no hasta mañana a las siete de la mañana... Osmoord y Gates van a utilizar en ella su nueva «cura».

—Una nueva «cura»...

—Sí... Felps cree que vamos a erradicar de su cuerpo lo que os hace diferentes, vuestra alma... Jonas, has pagado un alto precio permaneciendo aquí para que Valentine sobreviva... Tu sufrimiento, y el suyo... habrá sido en vano si Konstantin se entromete. Debes ayudarnos a detenerle. —Paolo se arrodilló y abrió los brazos, la cabeza inclinada en señal de contrición—. Ahora mismo está cerca, y si no me ayudas, no habrá salvación para Valentine. Konstantin la matará, incluso sin pretenderlo. —Jiggs dio un paso a un lado. ¿De qué hablaba Paolo? No estaba seguro de lo que significaba, y empezaba a dudar—. Espero que el tiempo que has pasado aquí abajo no te haya cambiado tanto como para haber olvidado cuánto amas a Valentine... ¿o es demasiado tarde?

El rostro de Jonas se tensó y un velo de furia y odio dominó sus facciones. Los dos religiosos esperaban con el corazón a punto de estallar, pero Jonas no se movió.

—No puede ser... —susurró Paolo. Su tono era de súplica—. Destierra tu odio hacia mí, hazlo por Valentine....

Jonas aferró las rejas con las manos, el aura en torno a él más brillante que nunca. Emanaba oleadas de calor de su cuerpo. La electricidad reinante aumentó y los dos sacerdotes la sintieron en la piel, hormigueando bajo ella.

—Libérame... —ordenó.

—Voy a liberarte, pero recuerda, Jonas. Si te dejas llevar por el odio, ella lo perderá todo.

Paolo sacó entonces la llave que abría la reja y se puso en pie.

Jiggs empezaba a lamentar haberla encontrado donde Cotton le había dicho que estaría. El secretario se había asegurado también de que no hubiera nadie cuando ellos llegaran, a pesar de estar tan asustado como siempre. Al colgar había murmurado algo sobre la policía. Jiggs no le había preguntado al respecto.

Paolo metió la llave en la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido. Jonas no se movió. El obispo le dio la espalda y se alejó unos pasos. Esperaba que Jonas no hiciera nada contra él. Jiggs esperó detrás, pálido y frío. Miraba por encima de su hombro. Jonas permanecía cabizbajo. Le pareció que lloraba.

—Qué es esto... —le susurró a Paolo—. Qué clase de criatura es ésta... Míralo, ya no es Jonas, ahora es... un demonio, el odio le consume...

—Cierto. Pero Jonas ama, a su manera, ama a Valentine más que a sí mismo, porque ella es sangre de su sangre. Aunque puede que después... cuando nos haya ayudado, quiera vengarse. Puede que en ese momento nada nos libre de su ira. Es un riesgo aceptable.

—¿Qué quieres decir?

Paolo apretó los labios y meneó la cabeza con aire misterioso.

—Todo lo que importa es destruir a Konstantin y lograr que Valentine alcance su destino...

Thomas le escuchó horrorizado. No estaba de acuerdo, se había equivocado con Paolo. ¿Qué significaba todo eso? No le gustaba lo que estaban haciendo, las razones del obispo eran oscuras, él no creía en su causa, fuera la que fuera, por eso había ayudado a Amanda. ¿Y ahora pretendía asegurarse de usar la «cura» en Valentine? Jiggs odiaba ver a aquella magnífica criatura doblegada por él, transformada precisamente en aquello que deberían temer. Deseó que Jonas escapara y que llevado por su odio hacia Paolo liberase a Valentine, desbaratando su plan.

—Mañana a las siete en punto ensayarán la «cura» en Valentine. Konstantin estará allí.

—Dónde está...

—En el centro psiquiátrico de Seattle, el New Hope Psychiatric Center...

—Y Konstantin...

—Logan va tras él, lo atraparé, si no lo ha hecho ya.

Jiggs se volvió hacia Paolo.

—Pero eso no es posible...

—Quiero asegurarse de que Konstantin no pueda ayudar a Valentine... No pienso dejarlo con vida. Y tú, Thomas Jiggs, me has ayudado. Gracias.

—Konstantin... ¿Quién es? ¿Por qué es tan importante?

Paolo no contestó.

—Konstantin... El círculo se cierra —murmuró Jonas. Una mueca espantosa cruzó su rostro.

## Capítulo 32



Los dos detectives subieron al trote el corto tramo de escaleras con barandilla que conducía a la entrada principal de la casa de Mary Jane Moors, hasta situarse bajo el porche, en el 2010 de la calle 41. El día era soleado, y la temperatura rondaba unos agradables quince grados. Los árboles en todas partes mostraban ya sus primeras yemas, de un suave verde aún muy tierno, lo que anunciaba la inminente llegada de una primavera adelantada.

Lyne dejó que fuera Gallagher el que llamara a la puerta. Ella se quedó a un lado, esperando, mientras un mal presentimiento comenzaba a crecer en su fuero interno.

No había timbre. Su rudo compañero aporreó la puerta una y otra vez, sin que nadie acudiera a abrir. El detective se asomó bajo el porche, por encima de la barandilla, atisbando hacia las ventanas del primer piso. Tenía la esperanza de alcanzar a ver si alguien se movía tras las cortinas.

—¡Buenos días!

Lyne y Gallagher se volvieron al mismo tiempo hacia el camino de

entrada. Sus caras eran de contrariedad, no en vano les habían pescado husmeando. Una mujer de cabello blanco les observaba desde la acera; llevaba un diminuto «York Shire» atado a una correa extensible, y les sonreía con amabilidad. El sol arrancaba destellos plateados de su cabello, y sus relucientes ojos azules, aún muy vivaces, mostraban curiosidad.

—¿Buscan a Mary Jane?

—¿Es usted vecina de la señora Moors? —preguntó Lyne. Se adelantó un poco y salió a las escaleras. Se apoyó en la barandilla y bajó un peldaño, con el ceño fruncido.

—Llevo viviendo aquí treinta años, ahí enfrente —señaló una casita blanca de una sola planta al otro lado de la calle—. Conozco a Mary Jane desde hace muchos años, antes de que se llevaran a su hermano al psiquiátrico.

Lyne terminó de bajar las escaleras y trotó hasta situarse junto a la anciana. El pequeño «York Shire» empezó a ladrar.

—¡Silencio, Baxter! Disculpe, señorita, no le gustan los desconocidos —se excusó su dueña. Lo cogió en brazos, y al instante el animal se calló, aunque sus ojos escrutaban a Lyne con ansiedad—. Dígame, ¿son familia de Mary Jane?

Lyne sacó su placa y se la mostró.

—Policía de Seattle. —Se volvió hacia Gallagher, que escuchaba la conversación apoyado en la cuarteada barandilla bajo el porche—. Mi compañero, Luther Gallagher. ¿Cómo se llama, señora?

—Soy Deborah Miller... ¿Ha ocurrido algo?



—Aún no lo sabemos, Señora Miller. ¿Sabe si Mary Jane está en casa?

—Oh... en realidad hace días que no la veo, ¿sabe? Creo que se ha marchado, porque tampoco he visto su coche aparcado fuera, como lo suele dejar.

—¿Ha visto a alguien más venir por aquí?

La señora Miller entrecerró los ojos mientras acariciaba el suave pelaje de Baxter, tratando de recordar.

—Pues... hace ya más de una semana que vino una mujer... —Lyne se volvió a medias hacia Gallagher, pero éste permanecía impertérrito en su lugar, como si hubiera echado raíces en él—. Era como usted, más o menos, así, alta, delgada, aunque... más mayor, claro.

—¿Rubia?

—No lo recuerdo bien, pero llevaba el pelo recogido y era... —miró a Lyne de arriba abajo y frunció los labios—, vestía con elegancia, traje, tacones...

Lyne sacó su móvil y le mostró una fotografía.

—¿Era esta mujer?

Deborah adelantó el mentón y cerró aún más los ojos, pero no veía bien, y al fin tuvo que recurrir a las gafas que llevaba colgando al cuello para poder darle una respuesta.

—Sí, sí, es ella...

—Amanda Flemming...

—¿Quién es Amanda Flemming?

—Señora Miller, ¿vio usted que discutieran? ¿Vio u oyó algo inusual durante la visita de esta persona? O tal vez después, cualquier detalle podría ayudarnos.

—No querida, estuvo poco tiempo con Mary Jane, después se sentó un rato en el porche, se fumó un cigarrillo y avisó a un taxi.

Lyne sonrió de medio lado. Sin duda la amable Deborah Miller era una vigía permanente del barrio.

—¿Está segura? Haga memoria, por favor, si recuerda algo, ruidos, visitas extrañas, gente merodeando por aquí...

Deborah sacudió la cabeza.

—Lo recordaría, no duermo nada, ¿sabe? Y cualquier ruido me desvela, si hubiese ocurrido algo inusual me hubiera dado cuenta, se lo aseguro. ¿Así que son ustedes detectives?

—Detectives de homicidios. Dígame, señora Miller, ¿le suena este hombre?

Lyne le mostró una imagen del retrato robot que habían realizado del hombre que visitó a Amanda Flemming a partir de la descripción de la chica del Wolker Hotel. La anciana se puso de nuevo las gafas y se esforzó por reconocer aquel rostro.

—Vaya... No sabría decirle... no creo haberlo visto...

Lyne suspiró.

—Gracias por su ayuda, señora Miller, si recordara algo, cualquier cosa, llámeme.

Le entregó su tarjeta, sonrió, y dio media vuelta para reunirse con Gallagher en el porche, antes de que la anciana la enredara con su curiosidad.

—Probemos otra vez, aunque creo que Mary Jane no va a salir a recibirnos —murmuró a Gallagher.

—Voto por entrar —susurró él. Saludó con la mano a la señora Miller y le dio la espalda, consciente de que la buena mujer continuaba allí, pendiente de todo lo que hacían—. Vamos Bokana, no tenemos todo el día, saca tus trastos y abre esa condenada puerta...

—Primero llama otra vez.

—Joder...

Gallagher aporreó la puerta.

—¡Mary Jane Moors! ¡Policía!

No hubo respuesta. Gallagher insistió varias veces más. Al fin Lyne sacó su estuche y se arrodilló junto a la cerradura para forzarla con sus ganzúas.

—¿Es eso legal? —gritó la anciana. Baxter empezó a ladrar otra vez.

—¡Tenemos una orden, señora! —Gallagher sacó el papel que los

autorizaba a entrar en la casa y lo levantó en el aire. Luego se lo guardó, y cuando Lyne abrió la puerta, se desentendió de ella y de los ladridos de su «York Shire».

—Tengo una corazonada... —murmuró Lyne.

—Yo también. Nuestro amigo rubio ya ha estado aquí.

—Apuesto a que Mary Jane se ha suicidado —insinuó Lyne con sarcasmo.

Cruzó una mirada con Gallagher y a continuación entró en la casa. Él la siguió sin decir palabra.

El vestíbulo se hallaba en orden. Estaban en una vivienda sencilla y humilde, con el suelo enmoquetado. Mary Jane Moors debía de llevar una vida tranquila, sin grandes lujos ni pretensiones. Recorrieron la primera planta, pasando por la cocina, el salón, y un pequeño aseo. Luego subieron por la escalera a la planta superior, donde encontraron dos dormitorios, uno principal, el que a todas luces pertenecía a Mary Jane, y otro que tal vez había sido de su hermano. Su ropa estaba en el armario, pulcramente doblada en los cajones o colgada en sus perchas. La cama estaba deshecha, las sábanas frías, y había una camisa de cuadros color coral en el suelo, arrugada, junto a unas botas negras de estilo militar muy gastadas y unos calcetines. El otro dormitorio resultó revelador.

—Fíjate, lo conserva tal y como estaba antes de que se llevaran a su hermano, es un cuarto infantil...

Así era, aquella era sin duda la habitación de Jonathan-Duncan Moors, con los juguetes, los pósters, los libros, la decoración y la ropa de un chico de unos ocho años de edad. Había algunas fotografías suyas sobre la cómoda. En ellas se le veía feliz con su hermana y con sus padres.

—Debió de ser muy duro para Mary Jane, sus padres se mataron en un accidente de coche... —dijo Lyne—. Que le quitaran también a su hermano...

Nada más decirlo se dio cuenta de que también en aquella familia habían sufrido una tragedia, ¿de nuevo los padres de Mary Jane y Jonathan estaban muertos? Un accidente...

—Joder... —murmuró.

—Aquí no hay nada.

Lyne se fue hacia la ventana. Daba al jardín trasero, un rincón verde bien cuidado, lejos de las miradas indiscretas de su vecina, Deborah Miller.

—Gallagher, mira...

Lyne estaba pálida. Abajo, colgada de una soga en la rama de un soberbio arce, estaba la que sin duda debía de ser Mary Jane Moors, en pijama.

—Suicidio... —gruñó Gallagher—. Avisa a la central, esto empieza a ser una pautas.

—Joder...

Bajaron al jardín y constataron que Mary-Jane Moors estaba muerta, y que seguramente llevaba allí colgada unos días. Su rostro amoratado se inclinaba sobre el pecho, el cuerpo rígido, el pelo rubio revuelto, los pies descalzos hinchados, la sangre acumulada en ellos, y en sus manos... En el bolsillo de su pantalón de pijama Lyne encontró una nota. Se puso unos guantes de látex y la extrajo con cuidado. Era una nota de despedida, escrita con mano temblorosa, en la que le pedía perdón a su hermano.

«Lo siento, Johnny, hice todo lo que pude, y no fue suficiente. Te quiero»

—No me lo creo. Tuvieron que obligarla a escribirla.

Gallagher también se puso guantes, le quitó la nota, la leyó, y la guardó en una bolsita de plástico de las que siempre llevaban encima, para guardar las evidencias del caso. Anotó en ella la fecha y lo que era para la cadena de custodia de pruebas. Debían entregársela a los técnicos en cuanto llegaran.

—Esperemos a ver qué dice el forense, Bokana...

—Preguntemos en el vecindario si alguien ha visto a nuestro amigo rubio. Estoy convencida de que ha estado aquí. Después quiero ir al New Hope y conocer a Paolo Santorini, quiero que responda a unas cuantas preguntas... Creo que Valentine Borderer está allí, Gallagher.

—¿Crees que han vuelto a encerrarla?

—Era lo que Amanda temía, ¿no? Por eso te llamó Marcus Tate.

—En ese caso, habrá que ver quién ha autorizado su internamiento, si es que lo han hecho legalmente...

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Llama a la central, que averigüen quién ha autorizado su internamiento. Pídeles copia de la autorización. Si el juez Orson Harris es quien lleva su caso, va a tener que responder unas cuantas preguntas...

—Si Valentine Borderer está allí, quiero hablar con ella... —rugió

Lyne—. No podrán impedir que la vea.

Lyne bufó. De pronto sentía una gran urgencia por actuar y obtener respuestas, por ayudar a Valentine Borderer, víctima sin lugar a dudas de una oscura trama cuyo fondo aún no lograba vislumbrar, pero que a medida que avanzaban en el caso se iba tornando más y más siniestro. Pero antes tendrían que esperar a que los técnicos hicieran su trabajo recabando posibles pruebas en la casa y el jardín —tal vez hallaran huellas que identificaran al misterioso hombre rubio—. Luego se llevarían el cuerpo de Mary Jane Moors para que el forense le practicara la autopsia y dictaminara la causa de la muerte, si había muerto antes o después de ser ahorcada... Lyne ya sabía que el cadáver no mostraba señales de haber peleado por su vida... y sospechaba que había fallecido ahorcada, aunque no se había colgado por voluntad propia, eso también lo sabía. Iba a tener que interrogar a la señora Miller y al resto del vecindario —por si alguien había visto u oído algo—, y rastrear los movimientos de Mary Jane en los días previos a su muerte, lo que incluía pedir un registro de sus llamadas telefónicas...

—No tendrías que haber enfadado tanto al bueno de Bates —se lamentó Lyne—. Es muy bueno en su trabajo, podría habernos echado un cable con todo esto...

—Artcher está fuera del caso, arréglatelas sin él, Bokana.

—¿Que me las arregle? —Lyne enrojeció—. ¿Me vas a dejar sola con todo esto? —una mueca amarga apareció en su rostro. Ahora se alegraba más de estar ocultándole información a aquel prepotente caradura—. No creerás que voy a hacerlo todo yo...

—Vamos, Bokana, cuanto antes empieces, antes podremos ir al psiquiátrico...

El móvil de Gallagher empezó a sonar. No le dio tiempo a su compañera para replicar. Dio media vuelta y abandonó la cruel escena en el

jardín, con el móvil ya en la oreja. Lyne no podía creerlo.

—Hilligan, ¿qué hay?

—Buenos días, Gallagher... Tengo lo tuyo.

—Samuel Cotton, cuéntame.

Gallagher miró de soslayo hacia atrás, por si Lyne le estaba escuchando, pero la joven estaba en el jardín, con los brazos en jarras y la mirada perdida, las mejillas encendidas por la indignación. Gallagher sonrió al verla tan enfadada. Aparte de su sonrisa, el enojo le sentaba muy bien.

—Es un tipo muy normal. Lleva muchos años al servicio de Arthur Felps, es licenciado en dirección de empresas, pero más allá de eso, hay poco que decir de él... Te mando lo que tengo en un archivo, incluidas las llamadas realizadas desde su móvil, tal y como me has pedido. Me ha costado obtener la autorización, Gallagher, me debes una.

—Ya... Tú mándame el archivo, Hilligan, ya decidiré yo lo que te debo o no.

—Qué hijo de puta eres...

—Hasta luego, Hilligan.

—Ya, ni las grac...

Gallagher colgó y se fue hacia el coche, para echarle un vistazo a lo que Hilligan había descubierto. No se dio cuenta de que el móvil de su compañera sonaba un segundo después de que él colgara tan desconsideradamente a Hilligan. Lyne estaba tan furiosa con él que tardó en contestar. Cuando lo hizo, su tono fue cortante y duro.



—¡Bokana al habla!

—Oh... agente bokana, la estoy molestando, tal vez...

—¿Quién es? —Lyne cambió de actitud al instante. Reconocía esa voz.

—Soy Samuel Cotton, me dio usted su tarjeta... Pero vaya, creo que tal vez n...

—No, no, perdóname, Samuel, tengo un mal día... Dime, ¿de qué querías hablarme?

Lyne había cambiado por completo su tono. Ahora estaba siendo persuasiva y amable. En el acto notó que Cotton se relajaba al otro lado. Lo oyó carraspear.

—Creo, creo que hay algo que debería contarle...

—¿Sobre Felps?

—No, Felps no... Es mucho más que eso, pero verá... podría, podría correr... es un riesgo que hable con usted, para mi supervivencia...

—Samuel, podemos vernos sin que nadie lo sepa. Dígame cuándo y dónde, confíe en mí...

—Casualmente estoy en Seattle. Felps ha venido por... —hubo un ruido, y Cotton cortó lo que estaba diciendo—. Perdone, perdone, estoy algo nervioso... Está bien, creo que podría venir usted a verme a la catedral de St. James... ¿La conoce?

—Claro...

—La espero en los jardines de la parte de atrás, tiene que ser ahora, en veinte minutos. No tendré mucho tiempo, así que...

—¿Cuánto tiempo?

—Como mucho diez o quince minutos...

—Espérame, voy enseguida.

Lyne colgó, el corazón acelerado, los ojos brillantes... No tenía mucho margen. Si los técnicos no llegaban enseguida, tendría que decirle a Gallagher que se ocupara él, y entonces no podría seguir ocultándole que estaba haciendo sus propias averiguaciones, a sus espaldas. Maldiciendo su mala suerte bajó del porche. Gallagher estaba haciendo algo sentado en el coche. Meneaba la cabeza, tan absorto en lo que hacía que no se fijó en ella. Lyne miró su reloj con nerviosismo, ¿cuánto podía tardar la unidad especializada? Demasiado para el poco margen con que contaba si quería encontrarse con Samuel Cotton antes de que cambiara de opinión... Malhumorada, agarró su móvil y marcó el número de la única persona que podía echarle una mano.

—Bates... —dijo en cuanto el agente contestó—. Soy Bokana, oye te necesito...

—Sabes que ya no estoy con vosotros.

—Joder, lo sé, y tú sabes que no me gusta Gallagher más que a ti, yo no soy él, por favor... No te llamaría si no fuese algo importante...

Archer bates soltó un suspiro.

—Dime...

—Necesito que me cubras. Hemos hallado un cadáver, pero no puedo quedarme hasta que venga la unidad técnica.

—Gallagher te ha dejado el marrón...

—Como siempre. Necesito que vengas y hagas preguntas por mí...

Le resumió tan rápido como pudo lo que necesitaba saber para hacer su trabajo. Bates no la interrumpió, ocupado en coger al vuelo todo lo que le decía atropelladamente.

—Te mando el retrato robot del sospechoso...

—No, no te preocupes, yo me encargo. Tú vete.

—Joder, gracias Bates...

—Me debes más de una, Lyne, espero que lo recuerdes.

—Seguro...

—Por curiosidad, ¿a dónde vas con tanta prisa?

—Es mejor que no lo sepas...

—Espero que no te estés metiendo en un lío tú sola, Bokana.

—No puedo asegurarlo.

—Dime a dónde vas.

—Catedral St. James, en veinte... no, quince minutos. Te dejo, o no llego.

Lyne colgó. Gallagher acababa de salir del coche, y parecía satisfecho. Entonces ella corrió, pasó por su lado y montó en el asiento del conductor, arrancó y salió derrapando del aparcamiento.

«A la mierda Gallagher»

—¡Joder! ¡Maldita loca! ¡Bokana! —Gallagher corrió unos metros detrás, vociferando. Lyne lo miró por el espejo retrovisor con una sonrisa satisfecha. Bates tendría que lidiar con él cuando llegara.

«Lo siento por ti, compañero... Te la debo, vaya que sí, aunque sólo sea por aguantar a ese tocacojones...»

Pero le debía mucho más. Archer Bates haría bien su trabajo. Si el sospechoso rubio que había estado en el Wolker Hotel antes de que Amanda Flemming muriera había estado también allí, él lo descubriría.

Los jardines de la catedral de St. James eran un lugar tranquilo y resguardado, perfecto para mantener una conversación privada con Samuel Cotton. Lyne dejó aparcado su coche más allá, en un lugar discreto, y caminó hasta allí. Estaba sudando a causa de la excitación. Se secó el sudor con un pañuelo de papel que después se guardó en el bolsillo de su abrigo, y caminó despacio entre los árboles. Vio a Cotton sentado en un banco doble, leyendo un periódico, o fingiendo leerlo... Sus ojos escrutaban nerviosos los alrededores tras las gafas que siempre llevaba. Al verla llegar se encogió, visiblemente

apocado.

—Un ratón asustadizo... —murmuró Lyne—. Veamos qué tienes...

No se veía a nadie sospechoso. Salvo una pareja de mujeres paseando a sus niños, algunos viandantes que pasaban con prisa bordeando los jardines, y algún corredor entrenando por la zona, Lyne no creyó que hubiera ningún peligro. Se acercó despacio hasta el banco doble donde aguardaba el secretario, y se sentó dándole la espalda.

—Llega tarde...

—Lo siento, no he podido evitarlo. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Me temo... —especuló Cotton consultando su reloj con enfado—, que no serán más de cinco minutos...

Hablaban disimulando, Cotton se escondía tras su periódico, y Lyne apenas movía los labios o la cabeza.

—Démonos prisa entonces, ¿qué es lo que te tiene tan asustado?

—Es Paolo... Él... se están haciendo cosas por orden suya con las que no me siento cómodo... Felps desconoce la mitad de ellas...

—¿Qué cosas?

—Valentine Borderer, por ejemplo, o la doctora Flemming...

—¿Qué sabes de ellas?

—Todo.

—Joder, Cotton, cuéntamelo de una vez...

—¿Cree usted en Dios, señorita Bokana? —Cotton esperó. Al ver que no contestaba, meneó la cabeza con pesar—. Debería... o al menos debería creer que hay fuerzas en este mundo que no podemos comprender...

—Acláreme eso...

—Hay una guerra oculta, y Paolo forma parte de ella.

—¿Una guerra? ¿Qué clase de guerra?

—Una entre el bien y el mal. Durante mucho tiempo he creído ciegamente que Paolo estaba en el lado de la luz, pero ahora... creo que me he equivocado. Y Felps también, aunque no se da cuenta de lo que Paolo pretende. Aquello contra lo que él lucha no es el mal, sólo es algo cuya naturaleza no comprende.

—Cotton, no entiendo nada... ¿Sabes quién mató a Amanda Flemming?

—Lo ordenó Paolo...

—Ahora sí hablamos el mismo idioma... ¿Quién la mató? ¿Quién es el tipo rubio q...

—Oh, mierda...

—Qué...

Entonces lo vio. El tipo rubio. Estaba allí, junto al muro exterior de la catedral, mirándolos. Era él sin duda. Alto, rubio, rasgos nórdicos, ojos

azules, pelo rapado... muy corpulento. De pronto empezó a caminar hacia ellos, con paso decidido y una expresión hosca en su anguloso semblante.

—Oh, Dios mío... Estoy muerto...

—¡Cotton, espera!

Pero él se levantó de golpe, abandonó su periódico y trató de disimular sonriendo a aquel tipo.

—Logan, ya volvía... —a Lyne le pareció que decía su nombre en voz alta con toda la intención.

De pronto el tal Logan se metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola con silenciador.

—¡Al suelo!

Lyne se levantó como un resorte y saltó sobre Cotton para tumbarlo antes de que Logan disparara, pero ya era tarde. Un disparo sordo y corto sonó y la bala salió a gran velocidad de su arma. Alcanzó a Cotton en la cabeza y lo mató en el acto. Su cuerpo se derrumbó sin vida en la acera y Lyne cayó aparatosamente sobre él, los ojos desorbitados, fijos en el autor del disparo, que volvía el arma hacia ella.

—¡Policía! —aulló.

Sacó su arma y apuntó, pero Logan dio media vuelta e echó a correr. Lyne saltó, se puso en pie y fue tras él, pero Logan era rápido y evitó que lo alcanzara. La miró apenas un instante.

—¡Alto!

Lyne cogió su transmisor y llamó a la central pidiendo refuerzos mientras corría tan rápido como podía tras el asesino.

—¡Central! ¡Aquí Lyne Bokana! ¡Hombre abatido en los jardines de la catedral de St. James! ¡Necesita una ambulancia! ¡Envíen ayuda! ¡El sospechoso ha huido por la avenida Terry en dirección sur! ¡Voy tras él!

Logan, el tipo se llamaba Logan. Lyne apretó el paso, corriendo a grandes zancadas, braceando con fuerza para impulsarse a mayor velocidad, esquivando a los viandantes, sorteando perros, bancos, motos... Pronto perdió de vista al rubio asesino y su chaqueta negra. De pronto, al cruzar la calle y tras hacer frenar a un autobús, dejó de verlo. Lyne corrió un tramo más hacia donde lo había visto escapar escabulléndose entre la gente, pero se había esfumado. Se giró en todas direcciones, preguntó a los que estaban alrededor, cuya expresión de desconcierto y perplejidad eran notables... nadie supo decir qué dirección había tomado el gigante rubio.

Frustrada, regresó al lugar donde Samuel Cotton había caído. Ya sabía que estaba muerto. Logan se había asegurado de que no hablara. Lyne también sabía que se había equivocado al acudir a aquella cita sola. Con Gallagher a su lado aquello tal vez no hubiera acabado tan mal. Al menos Logan no lo hubiera tenido tan fácil. Se tragó la rabia que sentía, la frustración y el malestar. Había mucha gente en los jardines, rodeando el cuerpo inmóvil del pobre Samuel Cotton.

—¡Apártense! ¡Policía!

El corrillo de curiosos se abrió para dejarla pasar, y Lyne se empeñó en hacer que retrocedieran hasta dejar una amplia zona alrededor despejada. La ambulancia llegó enseguida, junto con dos coches patrulla, en uno de los cuales iba un furibundo Gallagher .



—¿Qué cojones te crees que estás haciendo, Bokana? —aulló mientras bajaba del coche sin esperar a que se hubiera detenido del todo—. ¡Eres una jodida temeraria!

—¡He hecho lo que tenía que hacer! —se defendió Lyne.

—¡No mientas, maldita sea! ¡Archer acaba de presentarse en casa de Mary Jane Moors! ¿Le has pedido que te cubra? ¿De qué va esto?

Lyne esperó a que la alcanzara, era como un león marino furioso, su enorme corpulencia avanzando pesadamente pero con asombrosa rapidez hacia ella. Por una vez se sintió intimidada. Lyne retrocedió unos pasos, roja como la grana. No tenía excusa, eso era lo que más la mortificaba. Cuando Gallagher llegó a su altura y miró hacia el cuerpo del hombre que yacía en el suelo boca abajo, su rostro enrojecido cambió de color. La cólera asomó a sus ojos azules y sus labios se apretaron en un gesto pétreo de orgullo herido que Lyne conocía muy bien. Gallagher nunca la perdonaría por traicionarle así.

—¿Samuel Cotton?

—Quería hablar conmigo —Lyne dejó caer los hombros. Se sentía derrotada. Se quedó mirando al pobre Cotton con ojos llorosos, llena de impotencia y rabia—. Ha sido Logan.

—Logan... ¿Vas a decirme quién cojones es Logan, o también me lo vas a ocultar?

—Es el asesino de Amanda Flemming y Mary Jane Moors, el tipo del Wolker Hotel... A Cotton le dio tiempo a decírmelo...

—¿Ah, sí? ¿Y qué más te ha dicho ese pobre desgraciado antes de palmarla por tu enorme negligencia, Bokana? —Gallagher se acercó más a ella, hasta encararla tan de cerca que su aliento golpeó su rostro congestionado

con fuerza.

—No pudo decirme nada.

—¡Mientes! ¡Joder, Bokana! ¡Vas a decirme de una vez que está pasando?

—¡No miento! No le dio tiempo, Logan apareció y lo mató...

Gallagher soltó un insulto por lo bajo y se acercó al cadáver. Los sanitarios estaban ya con él. Lo habían vuelto boca arriba, ante el horror del gentío que contemplaba la escena, para dejar a la vista su rostro ensangrentado. Le faltaban las gafas, que habían saltado a más de dos metros de distancia, rotas. Un enorme charco de sangre llenaba la calzada. La bala había atravesado la cabeza de Cotton por la frente y había salido por su coronilla, atravesándole el cerebro.

—Está muerto —constató uno de los sanitarios—. ¿Quién es?

—Samuel Cotton —repuso su compañero. Había sacado su cartera de la chaqueta empapada de sangre y mostraba su tarjeta de identificación.

Gallagher se volvió hacia Bokana, ahora frío y hosco.

—Vas a venirte conmigo ahora mismo y me vas a contar todo lo que me has estado escondiendo, de «pe» a «pa»... o te juro que haré que te expulsen... No volverás a trabajar en homicidios, que me jodan vivo si vuelves a pisar una comisaría, ni para poner multas...

Lyne tragó saliva, pálida, mientras un extraño vértigo hacía que se tambaleara. Se le doblaban las rodillas.

## Capítulo 33



Hacer autostop no estaba siendo tan buena idea como había imaginado al principio, y Pigeon estaba agotada. Desde el momento en que se había montado en el camión aparcado junto a la estación de autobuses y éste la había dejado a las afueras, había estado probando suerte junto a la carretera con el dedo pulgar en alto; mucha gente paraba para ver si necesitaba algo, una ventaja de ser una niña de doce años, pero ella debía escoger con cuidado a quién le contaba la verdad, que iba a Seattle, y que viajaba sola con su gato, no fuera a ser que alguno de aquellos conductores bienintencionados decidiera avisar a la policía.

Un camionero había accedido a llevarla hasta Chicago sin hacer preguntas —los camioneros eran gente bien dispuesta, pese a que daban miedo—, y después una estudiante de bellas artes la había invitado a ir hasta Dakota del Norte. Al bajar de su coche, en medio de un parque a las afueras de la ciudad, la chica, que se llamaba Maggie, ya le había informado de que aún le quedaba otro día más antes de llegar a Seattle. Eran las siete y media de la mañana y el cielo despejado apenas empezaba a clarear. Mediaban cuarenta y cuatro largas horas desde Manhattan hasta Seattle...

Pigeon se quedó donde estaba, meditando qué hacer. Tenía otra jornada más por delante, si tenía suerte... Seattle se le antojaba tan lejos como el mismísimo fin del mundo. Buscó un banco en aquel agradable paraje y se dejó caer en él, dolorida, hambrienta, desmoralizada... Abrió un poco la bolsa donde llevaba oculto a Mr. Doggy y dejó que sacara la cabeza. El animal bostezó, miró alrededor, y de pronto saltó fuera y escapó trotando. Desapareció entre los árboles.

—¡Mr. Doggy!

Pigeon dudó qué hacer. Al fin decidió dejar que el gato se fuese. Pensó que probablemente el pobre necesitaba hacer sus necesidades. Volvería enseguida, siempre lo hacía. Suspiró. La suerte la había acompañado hasta el momento, no había tenido problemas, ni el segundo camionero, un tal Jack McNeil, ni la chica, Maggie, le habían hecho preguntas. Tampoco había visto un sólo policía... Bostezó, contagiada por el gato, y se desperezó. Necesitaba desentumecerse, necesitaba descansar... Debería dormir un poco, estirar las piernas, caminar y así despejarse. Iba a necesitarlo si quería llegar a Seattle en condiciones de ayudar a Valentine. Maggie, la estudiante de bellas artes, le había comprado un bocadillo y algo de fruta en una gasolinera; había sido simpática, una pena que sólo fuera hasta Dakota. Claro que la había dejado en aquel lugar encantador con toda la intención.

—Ve con cuidado, hay mucha gente peligrosa en la carretera, Pigeon...  
—le había dicho.

Una cierta incomodidad la asaltó al pensar en lo mucho que se exponía haciendo autostop. ¿Y qué otro remedio le quedaba? El parque donde se hallaba era, según le había contado Maggie, el Viking Ship Park, era boscoso, muy bonito, y el caudaloso río Rojo del Norte lo bordeaba describiendo un amplio semicírculo. Pigeon miró alrededor. A su izquierda había una preciosa iglesia completamente construida con madera oscura, y más allá se veía un edificio más grande. Se levantó y caminó hacia él. Mr. Doggy regresó de pronto y trotó a su lado. En una placa junto a la iglesia vio que se trataba de

una reproducción de una construcción noruega del siglo XI. Pigeon admiró su torre, una réplica preciosa... Pero lo que más le interesaba era encontrar un rincón discreto donde descansar un rato sin ser molestada, mientras pensaba qué hacer. Justo detrás del edificio y frente a lo que ahora veía que era un museo, había un sitio perfecto. Se tumbó en la hierba, bajo un árbol y cerró los ojos, dispuesta a dormir un rato. Se colocó su bolsa y el saco de dormir de Konstantin bajo la cabeza y cerró los ojos...

No pretendía dormirse tan profundamente, pero lo hizo. Se acurrucó echa un ovillo al amparo de aquel árbol, cuyas gruesas ramas formaban un paraguas sobre ella, ocultándola de la vista, y acunada por los primeros rayos de sol se dejó llevar, absolutamente derrotada.

Mr. Doggy, sentado a su lado, veló su sueño durante horas. Luego, al atardecer, se levantó y se alejó, perdiéndose detrás del museo. Encontró el aparcamiento de los visitantes y estuvo merodeando entre los pocos coches que aún permanecían allí, olisqueando aquí y allá como el gato callejero que era. Al fin se detuvo junto a una «Chevrolet Colorado», una camioneta color plata semi nueva. Se alzó sobre sus patas traseras, las orejas erguidas, el olfato atento... Sus ojos color ámbar se tornaron brillantes como el fuego del sol, y de pronto, mientras el sol se ocultaba en el horizonte y el cielo se oscurecía, el aire a su alrededor pareció quebrarse, como si una brecha se hubiera abierto en medio de la nada y las estrellas del cielo hubieran emergido de ella, chispeando en torno a él. El suelo tembló ligeramente y las ramas de los árboles se agitaron, un viento fresco se levantó con fuerza y arrastró la hojarasca seca que aún se acumulaba sobre el pavimento. En medio de un torbellino de luces de colores, Mr. Doggy fue cambiando, su figura felina se irguió más, se alargó, creció, y se transformó en otra humana, de cuyo interior emanaba un fulgor blanco refulgente. Si alguien lo hubiese visto, habría creído estar soñando, pero afortunadamente nadie pasaba en aquel momento por allí, y el cambio se operó sin testigos. De aquella brecha abierta en el aire, envuelta en un caleidoscopio de hermosas estrellas, emergió una persona, alta y esbelta, de ojos dorados y larga melena del color del sol. Mientras aquel maravilloso halo de luces se desvanecía en torno a ella y la brecha desaparecía, la mujer dio unos pasos y miró alrededor, curiosa y atenta. Un

fulgor azulado apareció en sus ojos, y su cuerpo despidió durante un instante un aura de energía suave, como un tenue resplandor.

Se aproximó a la «chevrolet» y abrió la puerta del conductor sin esfuerzo pese a no tener la llave. Montó y arrancó el motor. Su abundante melena rizada y leonina envolvía un perfecto rostro gatuno. La belleza de aquella criatura era sobrenatural.

Cuando Pigeon despertó y se descubrió sola bajo el mismo árbol en el que se había tumbado, ya era de noche. Se incorporó, se frotó los ojos y miró al cielo. Las estrellas brillaban en lo alto, ¿qué hora era? ¿Y Mr. Doggy? Lo llamó, una y otra vez, pero el gato no apareció. Por primera vez la chiquilla sintió miedo. Hasta entonces había hecho lo que había hecho porque sentía que él la guiaba, que estaba a su lado. Pero si ya no regresaba... Empezó a pensar que a lo mejor había encontrado a alguien que lo necesitara más que ella. ¿Era eso posible? Se negaba a creerlo.

Hacía frío, la temperatura había bajado notablemente y la humedad hacía que se le metiera en los huesos, a pesar de la gruesa chaqueta de Konstantin. Pigein se arrebujó en ella lo mejor que pudo y escrutó las sombras del parque. La iglesia estaba cerrada y las farolas que iluminaban los senderos proyectaban halos de luz amarillenta. Se levantó, cogió su bolsa, el saco de dormir, y echó a andar. No debería haber dormido tanto, había perdido todo un día, y hacer autostop de noche siempre era mucho más peligroso...

«Camina, Pigeon Didot...»

Se obligó a andar. Bordeó el edificio que albergaba el museo, y llegó hasta la carretera. ¿En qué dirección debía ir? Se volvió por enésima vez y

llamó a Mr. Doggy. Le tembló la voz, porque en un lugar tan lejos de casa, no saber el paradero de su amigo resultaba triste y peligroso. No quería dejarlo allí, ¿y si no volvía a verlo?

Entonces se oyó un motor, y al momento siguiente las luces de un vehículo grande la cegaron. Pigeon se echó atrás y se puso la mano a modo de visera sobre los ojos. Una camioneta plateada se acercaba despacio. Cuando estuvo a su altura frenó.

—¿A dónde vas? —una voz dulce y familiar emergió de su interior mientras la ventanilla se deslizaba hacia abajo con un zumbido electrónico.

Pigeon se acercó dubitativa y trató de distinguir a la conductora, pues aquella voz era femenina.

—¿Has visto un gato anaranjado?

La mujer apagó el motor, y al instante las luces del «Chevrolet» que conducía se encendieron. Pigeon descubrió a una mujer joven y hermosa mirándola con unos ojos como no había visto otros... tal vez. Brillaban en la oscuridad, como los de Valentine... Abrió la boca sorprendida, y la desconocida sonrió.

—No te preocupes por él, estará bien.

—¿Cómo lo sabes?

La joven se encogió de hombros. Si alguien le hubiese pedido a Pigeon que se la describiese, hubiese dicho que en sus ojos brillaban las estrellas del cielo... Y le resultaban tan familiares... Algo en su interior la invitaba a ceder a la fuerte atracción que ejercía sobre ella.

—Voy a Seattle, ¿quieres venir? Vamos...

Se inclinó y la puerta se abrió casi antes de que rozara con su mano la manilla.

—Sube, Pigeon...

—¿Cómo sabes mi nombre?

Ella sonrió de nuevo.

—Lo sé todo sobre ti. Vamos, aún tenemos algo que hacer, ¿no crees?

Pigeon dudó, fascinada por aquel extraño encuentro. Miró alrededor, apesadumbrada por Mr. Doggy. Anhelaba que apareciera en el último momento, pero no lo vio por ningún lado. Una lágrima se deslizó por su mejilla cuando subió a la camioneta plateada y se puso el cinturón. Cerró la puerta y la ventanilla subió. El frío quedó fuera.

—No te preocupes por él. Volverás a verlo.

—¿Quién eres?

—Una amiga, puedes llamarme Arianna.

—Arianna...

—Sí, me gusta Arianna.

Sonaba como si acabara de escoger aquel nombre. Pigeon la observó desconcertada, haciéndose mil preguntas. Su piel blanca como la nieve aún refulgía en el interior del vehículo. Exactamente igual que Valentine y que Konstantin.



—¿Conoces a Valentine?

Arianna asintió, ahora más concentrada en la carretera.

—¿Y a Gerome?

—Conozco muy bien a Gerome.

—¿Y a Konstantin?

Arianna asintió.

—Nadie responde a mis preguntas, puede que tú sí.

—Es pronto para que comprendas ciertas cosas.

—No es pronto, ¡puedo asumir la verdad!

—Y lo harás, pero a su debido tiempo.

Arianna sonrió, y sus ojos del color del sol brillaron. Pigeon reconoció en ellos aquel fondo familiar que había hecho que confiara en una desconocida. Se quedó absorta, mirándolos, hasta que Arianna le guiñó un ojo y volvió a centrarse en la carretera.

—Duérmete Pigeon.

—Ya he dormido todo el día, quiero que me digas más cosas.

—Pero aún necesitas descansar, ha sido un largo viaje desde Nueva

York...

—No quiero dormir, no...

Arianna puso una mano en su pierna, y Pigeon sintió que su mente se adormecía. De pronto sus ojos pesaron, su cuerpo se relajó y sintió un poderoso deseo de dormir.

—Cuando despiertes casi habremos llegado...

La voz de Arianna fue perdiendo fuerza a medida que ella caía sin remedio en un profundo sueño. El ronroneo del motor hizo el resto... ¿O era el ronroneo de un gato?

—Mr. Doggy... ¿dónde estás?

Le pareció oír una risa cantarina, o tal vez el maullido de su amigo, o tal vez era que sentía nostalgia...

## Capítulo 34



*«Y recuerda que en el último momento, cuando la luz del mundo parece menguar y la vida misma pierde sentido, aún deberás sacrificar algo más. Porque para ti, vivir es entregar lo que amas, para liberarte de lo que temes, y es en el dolor de la pérdida donde encuentras tu verdadero destino.»*

La capilla del centro psiquiátrico de Seattle proporcionaba a Paolo al menos un poco de la tranquilidad que necesitaba. Sentado frente al pequeño altar, había encendido algunas velas y estaba meditando. La lluvia repiqueteaba con fuerza sobre el tejado y las cristaleras. Apenas eran las seis de la mañana y el cielo aún estaba oscuro, pero pronto amanecería. Otro día gris en Seattle, otro día de oscuridad. Apretó sus manos, entrelazadas ante su rostro envejecido por el tiempo, y su ceño fruncido denotaba la tensión que sentía en su interior. Había liberado a Jonas, sin estar del todo seguro de cuáles podrían ser las consecuencias. Era cuestión de poco tiempo que Konstantin apareciera para llevarse a Valentine, y entonces todo estaría decidido. Tal vez.

¿Cómo saberlo? Y Felps... Ni siquiera comprendía contra qué estaba luchando. ¿Acaso no estaba siendo miope, malinterpretando lo que tenía la suerte de ver? La mayoría de los mortales no podían ver la realidad, eran incapaces de distinguir el aura de energía que Valentine, o Konstantin, o el propio Jonas, despedían desde el mismo centro de sus cuerpos, desde su alma.

Pero algunos pocos sí. Quedaba muy poca fe en el mundo, sólo aquellos dispuestos a «creer», lograban ver ciertas cosas.

—Padre...

Thomas Jiggs se acercó a él. Sus pasos livianos despertaron suaves ecos en la capilla. Las paredes blancas apenas brillaban en la penumbra que precede al amanecer, y la madera oscura de los bancos se veía negra.

—He estado buscándote.

—Necesitaba estar a solas, Jiggs.

—Oh... Si lo prefiere me marcho...

Thomas Jiggs, que ya se había sentado a su lado, hizo amago de levantarse, pero la mano de Paolo le detuvo. Tiró de él para que volviera a ocupar su lugar, junto a él. Abandonó su meditación y se volvió hacia él con un profundo suspiro.

—Samuel Cotton ha muerto —le anunció Jiggs en un murmullo. Paolo apenas reaccionó. No se movió—. Creo que ya han descubierto que Jonas no está en su jaula.

—¿Puedes asegurarlo?

Jiggs negó con la cabeza.

—Cotton dijo que iba a llamar a la policía. Puede que ya lo haya hecho.

—¿La policía?

—No le hice mucho caso, Cotton estaba tan asustado... Pero me dijo que una detective le había dejado su tarjeta.

Jiggs se mordió los labios. No quería colaborar con el horror que Paolo se proponía llevar a cabo, pero él le había dejado bien claro que si no lo hacía... Se echó a temblar al pensar en Jonas centrando su ira en él...

—La muerte de Amanda Flemming habrá atraído la atención de la policía sobre nosotros —concluyó Paolo—. No se puede cometer un acto tras otro así y pretender esconderlo de forma permanente. Logan es una catástrofe...

—En cualquier caso, no tardarán en saber lo de Jonas. No deberíamos quedarnos aquí.

Paolo lo miró con aire compasivo. Sus ojos grises mostraban cansancio.

—¿Valentine está aún abajo?

—Algo está pasando. Por eso he venido. Creo que Osmoord y Gates lo están preparando todo para trasladarla.

—Lo sé.

—Pero, trasladarla... ¿a dónde?

—No debes saberlo, Jiggs.

—No podemos permitirlo... Por favor, padre... Aún podemos...

—¡Silencio! Cuento con tu lealtad, ¿verdad Jiggs?

Jiggs palideció, y asintió.

— Jonas aún no ha aparecido, y Logan no ha atrapado a Konstantin... —murmuró Paolo—. Si trasladamos a Valentine ahora puede que Konstantin jamás pueda encontrarla.

Paolo fruncía el ceño, preguntándose por qué Jonas no había llegado, porqué aún no tenían a Konstantin... Estaba preocupado. Aún podía torcerse todo. Jiggs se puso más nervioso al escucharle. Apenas había dormido, y unas marcadas ojeras comenzaban a formarse bajo sus ojos azules. Agachó la cabeza, meditando. Aunque quisiera, él solo no podía impedir que se llevaran a Valentine. Osmoord se había asegurado de contar con suficientes personas para garantizar que no hubiera incidentes.

«Solo no...», recapacitó Jiggs. «Si Jonas no aparece, tal vez Konstantin pueda sacarla de aquí...»

Debía tener esperanza.

Paolo lo observó con el ceño fruncido.

—No hagas ninguna tontería Jiggs. No quiero hacerte daño.

Paolo cruzó con él una mirada fría. A continuación miró por encima de su hombro, hacia la puerta de la capilla. Estaban solos. Le dio la espalda a la cruz de madera sobre el altar y sacó su móvil.

—Puede que Konstantin quiera jugar al ratón y el gato, pero he de intentar que de un paso.

Enseguida localizó el contacto de Konstantin y lo llamó. Se llevó el

aparato a la oreja. Unas gotas de sudor corrían por sus sienes, mojando su pelo gris. Jiggs observó que sus arrugas se habían profundizado en los últimos días. Paolo se veía más viejo que nunca, y se encorbaba. Jiggs rezó para que Konstantin no contestara. Pero lo hizo.

—Paolo...

El obispo se enderezó, de pronto los ojos brillantes, esperanzados.

—Konstantin, no esperaba que contestaras...

—Yo tampoco.

—Dónde estás... —ahora murmuraba. Lanzaba furtivas miradas a su espalda. Le hizo una señal a Jiggs y el sacerdote tuvo que levantarse. Fue a vigilar la puerta para que pudiera hablar sin peligro. Se odiaba por obedecer... Qué diría la doctora Flemming si le viera... ¿No lo castigaría Dios por su cobardía?

—Eso no te incumbe.

—Konstantin, vamos a trasladar a Valentine. Es inminente.

Konstantin tardó unos segundos en replicar.

—Por qué me lo cuentas.

—Porque quiero que vengas...

—Por qué...

—Konstantin... He liberado a Jonas.

—Jonas...

—Sí... Ya no es el mismo que conociste. Ahora me pertenece... Gracias a él Valentine cumplirá su destino...

—Bueno, pues alégrate... Ya estoy aquí —rugió con odio Konstantin.

Entonces cortó la llamada, y Paolo se quedó con el móvil en la mano, el triunfo en sus ojos. Las sombras de la capilla le devolvían sombras. Se giró hacia Jiggs e inclinó la cabeza. El sacerdote esbozó una mueca angustiada y regresó a su lado. Se aflojó el alzacuellos que oprimía su garganta. La sotana le pesaba como si llevara una camisa de fuerza.

—Vámonos, Thomas.

Jiggs asintió. No le quedaba más remedio... Paolo se levantó y dejó que Jiggs lo guiara fuera de la capilla.

—¿Quién es Konstantin? —se atrevió a preguntar el sacerdote.

—Konstantin... Es alguien que puede torcerlo todo.

—Cómo...

—No hagas tantas preguntas, Jiggs. No eres alguien en quien confíe. Y tu futuro aún está por decidir, aunque no seré yo quien lo decida...

Jiggs palideció. El corredor fuera de la capilla estaba desierto. Anduvieron con paso rápido hacia la salida.

—Ven, el coche de Hardigan está en el aparcamiento. No lo echará de



menos.

Michel Hardigan era el celador del centro, y apenas utilizaba su camioneta. Solía tener las llaves en el parasol del vehículo. Jiggs asintió.

—¿A dónde vamos...

Paolo no contestó, Y Jiggs sintió que su corazón se empequeñecía en su pecho.

La lluvia caía con fuerza desde un cielo oscuro y amenazador. Paolo y Jiggs corrieron fuera del centro hacia el aparcamiento. Una vieja camioneta, de un color rojo desvaído, apareció ante ellos, solitaria en medio del parking. A aquellas horas la mayoría de los empleados del centro aún no habían llegado, y los que hacían el turno de noche eran internos.

Una figura los vio marchar desde los árboles que crecían en torno al enorme edificio, formando un cinturón alrededor. La lluvia caía sobre Konstantin, empapando su cabello oscuro y su ropa.

—Así que te vas... —murmuró con desprecio—. Ni siquiera tienes el valor de enfrentarte a mí... Paolo, Paolo... No podrás escapar al castigo.

Konstantin siguió la pesada camioneta mientras salía del aparcamiento y se alejaba bajo la densa lluvia. Esperó a que desapareciera y miró al cielo. En un día tan oscuro, tardaría en amanecer. Mejor. La mole que era el centro psiquiátrico aguardaba frente a él, silenciosa y hostil. Valentine estaba allí, por el momento. Si lo que había dicho Paolo era cierto. Y lo era. Podía sentirla. El corazón latía con fuerza en su pecho, cada átomo de su ser pugnaba

por estar cerca de ella, debía hacer un considerable esfuerzo para contener la desesperada necesidad que sentía de correr hasta el lugar donde la tenían... Si se dejaba llevar, los dos perderían. Tenía que controlarse y ser cauto, tal y como le había aconsejado Benjamin Northon. Ahora se alegraba de haberlo buscado, pese a que había tardado en decidirse, y a causa de ello Valentine había caído en manos de Paolo. Esperaba que el plan que habían trazado juntos, aunque desesperado y muy peligroso, sobre todo para él... funcionara. Estaba dispuesto a sacrificarse.

Miró alrededor. No podía estar seguro de lo que podía esperar de Jonas, si andaba por allí. Frunció el ceño. ¿Por qué no lo sentía? Algo en su corazón se había revuelto al escuchar de boca de Paolo que Jonas al fin era libre. Jonas, su amigo, más que eso, había sido su hermano... Jonas, que había sufrido enterrado en algún agujero toda su vida mientras a él lo chantajeaban con matarlo si no obedecía. Konstantin sopesó la posibilidad de que como Benjamin aseguraba, su amigo hubiera cambiado bajo las horribles condiciones a las que Paolo lo había abocado. Si alguna vez hubo bondad en su alma ya no quedaba nada.

Konstantin se preparó. Actuaría sin temer su presencia. Ése era el plan. Podía hacerlo. Corrió entre los árboles como una sombra silenciosa, y rodeó el edificio. Buscaba un acceso discreto por el que colarse en su interior. No sabía dónde estaba Valentine, pero sentía su presencia, sólo debía guiarse por el vínculo que los unía, y la encontraría. Entonces el juego daría comienzo... ¿Pasaría lo que Benjamin había vaticinado? Una descarga de adrenalina se disparó a través de su torrente sanguíneo, y sus ojos refulgieron con un salvaje brillo azul. De pronto su aura creció y se expandió, y su cuerpo dejó una estela fantástica tras él, como si sus alas flotaran a su espalda enormes y poderosas, capaces de elevarle del suelo. Pese a haber entregado parte de su alma, aún había fuerza en él. Resistiría lo que debía hacer.

Había una entrada en la trasera del centro, una persiana que daba acceso a las cocinas y la lavandería, por donde los repartidores cargaban y descargaban diariamente los suministros que el psiquiátrico necesitaba para su normal funcionamiento. Konstantin se deslizó en el edificio como un fantasma.

En su mente y su corazón brillaba el nombre de Valentine. Valentine... su otra mitad, Valentine, su pareja indiscutible, cuya existencia misma sostenía la suya propia. Sin ella, él perecería, sin él, ella perecería... Su destino estaba trágicamente unido.

Americus Osmoord entró en la sala donde tenían a Valentine y encendió las luces. Tras él, Jacob Gates empujaba una especie de cápsula futurista con forma de cohete, acolchada por dentro. Su superficie plateada emitía suaves destellos bajo la luz de los fluorescentes del techo. Dos empleados le ayudaban a moverla, pues era un artilugio pesado, que sólo lograban desplazar gracias a que se apoyaba en un soporte con ruedas capaz de aguantar su formidable peso.

—Allí, junto a la paciente —ordenó Osmoord.

—¿Y Logan? —preguntó Gates, un tanto inquieto.

—Llegó anoche. Todo está dispuesto.

—Samuel ha estado a punto de echarlo todo a perder... —gruñó Gates.

—Bueno, Cotton no volverá a interponerse en nuestros objetivos, Gates. Está muerto.

—Pero esos detectives están muy cerca de descubrirlo todo. Si se presentan aquí antes de que acabemos... ¿Por qué no han hecho ya algo para frenarlos?

—Silencio, Gates. No perdamos tiempo, Paolo ya se está ocupando de

eso.

Jacob Gates, meneó la cabeza, nada convencido. Ayudado por sus empleados colocó la formidable cápsula junto a la camilla donde Valentine permanecía amarrada desde hacía varios días. Gates acababa de cumplir los sesenta y cuatro años, y llevaba toda una vida dedicada a encontrar el modo de cambiar lo que Valentine era al nacer sin matarla en el proceso. Sus estudios, sus logros se debían en buena parte a los esfuerzos de su predecesor, ya fallecido. Ahora le tocaba a él culminar su carrera de investigación y rendirle homenaje cumpliendo con su propósito último. Se sentía orgulloso, y al mismo tiempo temeroso de fracasar. Lo pagaría caro Si algo fallaba. Miró su reloj.

—Ha de ser ahora...

—Vosotros, coged a la paciente y colocadla dentro de la cápsula — ordenó Osmoord—. Querida Valentine, hoy es el día...

Valentine levantó la cabeza cuanto pudo para mirarlo, pues las correas tiraban de sus brazos y sus piernas tensando su cuerpo de tal modo que apenas lograba moverse. Tenía el largo pelo rubio alborotado en torno a su pálido rostro, los ojos irritados e hinchados de tanto llorar y suplicar, los labios reseco por la sed que abrasaba su garganta... La sombra borrosa que era Osmoord ocultaba el artilugio que acababan de traer. Valentine no lograba verlo, sus ojos no le permitían distinguir con claridad de qué se trataba. Pero sabía que era una aberración, la obra de un loco. Ignoraba qué pretendían hacer, qué efecto tendría en ella lo que fuera que hacía el artefacto, pero el pavor que había sentido al oírles entrar arrastrando algo tan pesado, se había tornado ahora en horror. Se revolvió, gimiendo, los dientes apretados. El dolor de su rodilla era insoportable. Le habían quitado su venda elástica, y al estar inmovilizada tantos días, estaba sufriendo una verdadera tortura.

—Te recomiendo que te tranquilices, querida, no quiero tener que sedarte.

—¡Suéltame! —aulló Valentine— ¡Socorro! ‹Socorro!

—Valentine... —Osmoord apoyó una mano caliente sobre la frente fría de la joven y la obligó a apoyar la cabeza sobre el duro colchón—. Valentine... ¿Acaso no quieres que todo esto acabe cuanto antes?

—No... Por favor...

—Vamos... Todo irá bien. Pronto serás libre.

—Dejadme ir, por favor, por favor...

Los empleados se colocaron uno a cada lado de Valentine, aferraron manos y pies, y Osmoord liberó sus correas. Valentine se agitó, arqueó su espalda con violencia, e incluso logró soltar su mano derecha. Fue entonces, mientras aullaba y se debatía por liberarse, cuando sintió que su corazón se inflamaba con un fuego abrasador. Su torrente sanguíneo se disparó, su pulso se desbocó, su alma entera quería volar... porque Konstantin estaba cerca. Lo sentía del mismo modo en que lo había hecho en el almacén, cuando fue a buscarle con Pigeon, lo sentía en el mismo centro de su ser, y no podía resistirse, no soportaba la inmensa fuerza del vínculo que la unía a él. Se retorció con más vigor, y su pierna derecha se soltó, y le propinó una brutal patada a uno de los sanitarios que luchaba por mantenerla sujeta. El hombre se llevó las manos a la nariz, que estaba rota, y trató de contener la hemorragia. Valentine soltó un alarido, los ojos castaños brillantes, la piel ardiente, su aura azul más brillante que nunca...

—¡Está aquí! —aulló Gates—. ¡Sujetadla!

Tuvo que sustituir al hombre de la nariz rota. Agarró la pierna de Valentine. Osmoord se acercó, sacó del bolsillo de su bata una jeringa, le quitó el capuchón que protegía la larga aguja, y la acercó al brazo derecho de Valentine mientras Gates y el otro sanitario se esforzaban por mantenerla

quieta.

—Está aquí... —sonrió Osmoord—. Fíjate, su energía se ha disparado, él está cerca. Vamos, sujetadla.

Valentine se resistió cuanto pudo, pero la fuerza de aquellos hombres era grande y ella estaba agotada por haber estado tanto tiempo anclada a aquella camilla. Vio con horror que Osmoord acercaba la aguja a su brazo, cómo buscaba su vena y finalmente la introducía profundamente en ella, bajo la piel. Un ardor subió por su brazo mientras un potente sedante corría por sus venas, expandiéndose por todo su cuerpo. Un sollozo escapó de sus labios cuando su cuerpo quedó laxo y al fin se derrumbó, incapaz de hacer nada por sí misma.

—Es un sedante, pero no para dormirte, te necesitamos consciente, Valentine. Ojalá no me hubieras obligado a utilizarlo.

Osmoord hizo un gesto con la cabeza, y entre el sanitario y Gates la levantaron, ya sin esfuerzo, y la introdujeron en el interior acolchado de la cápsula. Valentine era ahora como una muñeca de trapo. La sujetaron con nuevas correas y quedó acomodada en el hueco circular, de pie. Valentine lloraba en silencio, sabiéndose derrotada. Oyó que Gates murmuraba al oído de Osmoord.

—Si está aquí y Logan no hace nada...

Osmoord sonrió, algo que Valentine no podía ver.

—Todo está preparado. Konstantin caerá antes de que se de cuenta de lo que pasa.

Konstantin... Una trampa, iban a hacerlo caer en una trampa... ¿Qué iban a hacer con él?

La cápsula en la que Valentine se encontraba era hermética. Una vez cerrada la compuerta que permitía meter en ella al paciente, quedaría perfectamente sellada. Pero Gates no la cerró. Esperaba algo. Valentine era incapaz de ver cómo era el interior del invento de aquel investigador, pero había espacio para dos pacientes. Frente a ella colgaban las correas que sujetarían a otra persona más. Si hubiera podido verlas, sabría en qué consistía la trampa...

El largo pasillo se prolongaba interminable ante él. Numerosas puertas a ambos lados indicaban que se encontraba en el ala de los pacientes. Había mucha actividad en aquella parte del edificio. Konstantin sabía que debía descender sin ser visto. Valentine estaba en alguna parte bajo tierra, en los cimientos del edificio. Esperó una oportunidad, y en cuanto se presentó, se deslizó por aquel pasillo a gran velocidad. Al llegar a las pesadas compuertas que lo sellaban, al otro extremo, se detuvo. Miró a través de las ventanillas redondas de cristal lo que le esperaba al otro lado. Había una escalera ancha que descendía. Valentine estaba allí abajo. Empujó la puerta y salió al rellano de la escalera, un vestíbulo en cuyo extremo, a su izquierda, había un puesto con un mostrador. Una enfermera trabajaba sentada ante un ordenador y otra conversaba con ella. Ninguna de las dos lo vio, porque él no quería que lo vieran... La centralita sonaba y la enfermera contestaba las llamadas, la otra estaba rellenando un formulario. Más allá un celador empujaba un carrito lleno de medicinas. La escalera aguardaba, sumida en la oscuridad. Konstantin clavó sus intensos ojos azules en el hueco sombrío que bajaba al subterráneo donde estaba Valentine. Podía sentir su sufrimiento, su angustia... Con el corazón desgarrado, se dirigió hacia la escalera. Nadie le detuvo, porque no podían verlo. Ésa era su fuerza, controlaba lo que los seres humanos percibían en su entorno.

Sin embargo, en cuanto empezó a bajar los primeros peldaños, algo cambió alrededor. De pronto una fuerza poderosa se abalanzó sobre él, y le hizo caer rodando de forma estrepitosa. Konstantin se revolvió, furioso, quiso levantarse, pero su oponente era más fuerte... Entonces vio quién era. Jonas.

Así pues Paolo no había mentido y Benjamin Northon tenía razón. Todo iba según lo previsto.

Su amigo, el que una vez fue como un hermano para él, luchaba para reducirle. Su fuerza era imponente, mucho más grande que la suya. Vio el fulgor enardecido, rojo como el infierno, que ardía en sus ojos, como dos ascuas candentes. Su aura brillaba como la de un demonio, sus manos eran como tenazas de lava sobre su piel... Konstantin constató que aquel ya no era su amigo. El Jonas que él había conocido ya no estaba. Había cambiado, el odio consumía lo que había existido de bueno en su alma. Trató de liberarse de sus brazos, pero se había convertido en un hombre formidable, mucho más corpulento que él. Y además, debía rendirse. En eso consistía el plan. De otro modo, jamás llegaría junto a Valentine. Benjamin Northon y él no habían hallado otro modo de llegar hasta ella más eficaz. No podían liberarla, así que iban a dejar que le dieran la «cura». Sus esperanzas se basaban en lo que ocurriría cuando se la dieran, y para que las cosas sucedieran como debían, él tenía que estar a su lado cuando se transformara, si lo hacía...

Se esforzó por fingir que se resistía... Su lucha provocó grietas en el suelo y las paredes, el edificio tembló, mil destellos iluminaron la escalera de forma antinatural... Varias personas aparecieron abajo. Konstantin pudo percibir las, su pulso, su olor, sus sentimientos... Pero Jonas se impuso, y lo mantuvo sujeto con sus poderosos brazos. Estaba sentado a horcajadas sobre él, los ojos de fuego brillantes, desconocidos.

—Konstantin.

Aquella voz hizo que se le revolviere el estómago. En la oscuridad varias figuras se movieron. Había cuatro hombres fornidos, entre ellos Logan,



al que conocía bien. Konstantin fingió haber caído en la trampa. Quiso revolverse, pero Jonas no aflojaba su presa.

—Jonas... Qué estás haciendo...

—Sé lo que te estás preguntando... —Konstantin miró de soslayo a su espalda, hacia los hombres que secundaban a Logan, hacia Logan, que se arrodilló a su lado con una sonrisa aviesa—. Paolo ha liberado a tu amigo, sí... Ahora es nuestro. Siempre lo fue, y aunque tú estuviste a punto de cambiar eso, vuelve a ser lo que era. Lo contrario a ti.

Konstantin sintió una punzada de pena perforando su corazón. Su amigo, su hermano de la infancia, estaba desconocido. Sus ojos refulgían como el fuego, su aura ardiente bramaba sobre él, haciendo sudar a Logan y sus hombres. Konstantin no podía imponerse a su fuerza, aunque quisiera. No quería, el juego debía comenzar.

—Jonas, sabes lo que ocurrirá si se lo permites... —murmuró para dar credibilidad a su actuación.

Jonas no reaccionó. Estaba más allá de él.

—Esto es lo que va a pasar... —dijo Logan—. Usaremos la «cura» de Gates en Valentine. Sabemos que vuestras almas son una sola, si la utilizáramos sin estar tú presente, probablemente fracasaríamos y podríamos matarla. No queremos eso... Por eso te necesitábamos, Konstantin. Valentine será libre cuando se libre de ti.

Konstantin lo sabía.

—Tú morirás... —añadió Logan.

—Paolo es un loco...

—Oh, esto no es cosa sólo de Paolo, sino de Jake Borderer. Él no desea que Valentine pase su vida unida a ti, Konstantin, convertida en luz... Quiere a su hija redimida, lejos de tu influencia, a su imagen y semejanza... Eres demasiado peligroso. Adelante. Jonas, llévalo junto a Valentine. Osmoord y Gates estarán impacientes.

Otra verdad que Benjamin Northon le había revelado. Jake Borderer estaba vivo... Konstantin miró a Jonas, pero éste hacía tiempo que se había convertido en otra cosa.

## Capítulo 35



La superintendente del departamento de policía de Seattle no deseaba destituir a Lyne Bokana del cuerpo. Incluso bajo la implacable presión que Luther Wayne Gallagher estaba ejerciendo sobre ella, que era mucha, incluso teniendo causas suficientes que justificaban su inmediata expulsión. A su juicio, Bokana era una joven promesa de la que no quería prescindir en el departamento de homicidios. Y por lo que ella sabía, no era la única que había estado actuando por su cuenta y riesgo a espaldas de su compañero. Gallagher también lo había estado haciendo. El problema residía en la falta de confianza entre los dos detectives, desconfianza que además sabía bien de dónde procedía: Gallagher. No hacía tanto que Archer Bates había llamado a su puerta, furioso, para pedirle que le pusiera a trabajar con otro agente. Bates sólo había estado unos días con Gallagher, y su paciencia se había consumido como la mecha de una vela.

Lucinda White-Pearson llevaba sólo dos años al frente del departamento de policía y le había costado mucho ocupar aquel sillón. Era mujer, y eso significaba luchar el doble que sus compañeros, defender su puesto el doble, demostrar el doble. Si de ella dependía, Lyne Bokana no acabaría su carrera profesional allí.

Clavó sus ojos verdes en los de Gallagher sin revelar emoción alguna. Cuando Bokana entró en su despacho y se unió a la reunión, asintió levemente con la cabeza y cruzó las manos sobre la mesa. Su peculiar fisonomía le había valido el sobrenombre de «la tigresa» en el departamento, era muy consciente de ello, pero no era algo que la incomodara, es más, era muy consciente de que sus rasgos felinos intimidaban, y se servía de ello sin remordimientos cuando lo necesitaba. Sus ojos, de un profundo verde bosque, pasaron de Bokana a Gallagher y vuelta a ella, serios, reflexivos, duros. Su silencio estaba soliviantando sobre todo a Gallagher, que esperaba su furia, su castigo implacable hacia su compañera. Su mole grasienta hervía en aquella silla que apenas lograba abarcar su peso, y sus ojos brillaban con la victoria bullendo de fondo. Estaba convencido de que iba a salir de allí habiendo aplastado definitivamente a Lyne Bokana. La agente en cambio se mostraba serena. Pearson adivinaba que estaba resignada a lo que ella decidiera. Eso no le gustó.

—¿No vas a decir nada? —saltó al fin el detective. Al parecer no podía esperar más.

Pearson lo ignoró. Se echó atrás en su asiento y tabaleó con los dedos sobre la mesa. Tras ella la lluvia mojaba los cristales del enorme ventanal que daba luz al despacho. La ciudad de Seattle se extendía hasta el horizonte sumida en una pesada neblina gris.

—Agente Bokana —dijo al fin—, el agente Gallagher me ha presentado un largo expediente contra ti.

Se lo entregó, y Lyne lo cogió. Le echó un vistazo por encima. Ya sabía su contenido. No pestañeó. Alzó su rostro moreno con tranquilidad y sostuvo la mirada de la superintendente.

—No niego sus acusaciones —dijo.

—Y yo espero que hagas lo que debes... —rugió Gallagher.

—Te rogaría que guardases las formas, Gallagher. No estás en posición de hablar más de la cuenta.

—¡Y una mierda! ¿Así que vas a protegerla? ¿Por qué? ¿Porque las dos sois mujeres y os defendéis la una a la otra?

—¡Gallagher! ¡No te consiento que te dirijas a mí en ese tono! — Pearson se adelantó y lo fulminó con aquellos ojos felinos. Su piel cetrina los hacía destacar más, y sus cejas oscuras le conferían un aire fiero—. La próxima vez que me interrumpas te expulsaré del cuerpo con efecto inmediato por insubordinación. ¿Queda claro?

Gallagher soltó una risotada despreciativa, pero se replegó en su silla, el rostro enrojecido.

—Agente Bokana, me consta que has estado actuando a espaldas de tu compañero. No obstante también me consta que él ha estado haciendo lo mismo, por lo que he resuelto no resolver esta cuestión con una expulsión como él pretende. —Cuando Gallagher fue a protestar, Pearson alzó la mano, y él se tuvo que tratar su rabia—. Ahora mismo quiero que me expliquéis que está pasando. Suponía que estabais trabajando en el caso de Jeremiah Ortega, ¿por qué Hilligan y Bates han estado ocupando su tiempo en investigar otro caso del que no sé nada?

Gallagher emitió un bufido exasperado. Miró de soslayo hacia la puerta. Al otro lado estaba Artcher, sentado frente a su ordenador como si no pasara nada. Así que ese novato incompetente era además un maldito chivato... Y Hilligan, de ella no se lo hubiera esperado.

—He estado hablando con el gobernador Marcus Tate... —Gallagher se tensó. Ahora había sorpresa en su rostro—. Sé que ha sido él quien os ha encargado investigar este caso. Quiero saber por qué no se me ha informado.

Bokana...

—Es un asunto delicado. El gobernador exigía discreción, y en principio no sabíamos a qué nos enfrentábamos. Gallagher me pidió que hiciera algunas indagaciones preliminares...

—...que has hecho estando de baja.

—Lo siento.

—Bien, quiero un informe sobre mi mesa antes de dos horas.

—¿Y ya está? —saltó Gallagher.

—¡Basta! No me obligues a ignorar los muchos años de buen servicio que has prestado a este país, agente Gallagher... Levántate ahora mismo, ve a tu mesa y redacta un informe donde quede reflejado todos los aspectos de este caso. Bokana, tú también. Cuando los haya leído tomaré una decisión. Es todo.

Lyne se levantó al instante. Se alisó su suéter negro y abandonó el despacho sin dedicarle a Gallagher una sola mirada. El detective tardó un poco más en obedecer. Miraba desafiante a la superintendente.

—El gobernador me ha dejado claro que confía en tu buen hacer, agente, pero también está consternado por haberte instado a actuar en la sombra, sin mi autorización. No hagas que se me agote la paciencia.

Gallagher se levantó al fin. A duras penas lograba contener su furia, pero salió del despacho. Al pasar junto a la mesa de Archer le susurró un «trepa malnacido» cargado de odio. Bates levantó la mirada, pero sus ojos no reflejaban miedo ni se sentía intimidado por Gallagher. Volvió a lo suyo con tranquilidad, y su forma de ignorarlo soliviantó aún más al veterano detective, que de un manotazo tiró los papeles ordenados sobre su mesa al suelo. Bates

se levantó y los recogió sin decir nada. La puerta del despacho de Pearson se abrió y la superintendente se asomó. Sus ojos despedían chispas. Gallagher se alejó hacia su mesa caminando pesadamente, la orgullosa cabeza bien alta.

Lyne dudó un momento antes de comenzar a redactar el informe para Pearson. Sabía que no podía omitir nada, pero... la verdad absoluta la avergonzaba tanto... Hablar de Benjamin Northon superaba sus límites. Su jefa concluiría cuando leyera su experiencia con él que su juicio estaba trastornado; tal vez, si había decidido no expulsarla como parecía, eso hiciera que cambiara de idea. Y sin embargo, lo ocurrido con él definía el fondo extraño del caso de Valentine Borderer. No podía obviarlo. ¿O sí?

Vio a Gallagher sentarse en su mesa. Al instante su móvil vibró. Lyne vio que su compañero acababa de enviarle un mensaje.

«No creas que esto va a quedar así. Por tu culpa ha muerto una persona, un testigo primordial del caso que estamos investigando. Pasaré por encima de Pearson si hace falta. Tu carrera está acabada»

A Lyne le tembló el pulso. Estaba harta del comportamiento de Gallagher.

«Siempre has tenido muchas ganas de mandarme a paseo, Gallagher, desde el primer día. Tus ansias por que me expulsen poco o nada tienen que ver con que yo haya dado pasos por mi cuenta. Sin contar con que tú también lo has hecho. Sé que ordenaste a Hilligan investigar a Cotton a mis espaldas, después de despreciar mis sugerencias sobre él. No es la primera vez que me rebajas ignorando mi criterio para después beneficiarte de él. ¿Quieres que hablemos de ello con Pearson? Me da que ya está bastante caliente con tu actitud de mierda»

«Jódete, Bokana. No vales una mierda»

Lyne puso el móvil en silencio y lo desterró a un lado. Empezó a escribir su informe, ignorando la presencia de su compañero, pese a que lo tenía tan cerca que lo oía resoplar. Decidió no omitir ni un solo detalle de lo que había averiguado, ni siquiera lo de Benjamin Northon. Y que fuera lo que tuviera que ser.

Cuando terminó, al cabo de una hora, se levantó y lo llevó al despacho de Pearson. La superintendente hablaba por teléfono. Cuando Lyne entró y lo dejó sobre su mesa, hizo un leve gesto con la cabeza y se volvió para seguir hablando, de cara a la ciudad. Estaba molesta por que le hubieran ocultado que estaban trabajando en otro caso simultáneamente al de Ortega. Pearson odiaba que se hicieran cosas a sus espaldas. Su responsabilidad en el departamento la colocaría en una posición demasiado vulnerable si sucedía algo grave sin que ella lo supiera. La muerte de Samuel Cotton era ese algo grave. Era un civil y una de sus agentes estaba directamente implicada en lo ocurrido. Lyne regresó a su puesto sintiendo cómo sus tripas se tensaban y retorcían. La culpa reconcomía su conciencia, porque sí, sabía que había cometido un error, porque Samuel Cotton estaba muerto, y con él su testimonio. Sus palabras poco antes de morir acudieron a su memoria.

«—¿Cree usted en Dios, señorita Bokana? Debería... o al menos debería creer que hay fuerzas en este mundo que no podemos comprender...

—Acláreme eso...

—Hay una guerra oculta, y Paolo forma parte de ella.

»¿Una guerra? ¿Qué clase de guerra?

—Una entre el bien y el mal. Durante mucho tiempo he creído ciegamente que Paolo estaba en el lado de la luz, pero ahora... creo que me he equivocado. Y Felps también, aunque no se da cuenta de lo que Paolo pretende. Aquello contra lo que él lucha no es el mal, sólo es algo cuya naturaleza no comprende.



—Cotton, no entiendo nada... ¿Sabes quién mató a Amanda Flemming?

—Lo ordenó Paolo...»

El bien y el mal, Dios, luz y oscuridad... El recuerdo de los ojos de Benjamin Northon brillando en la oscuridad la asaltó de pronto. Un golpe de ansiedad subió por su garganta y se agolpó en su rostro, que enrojeció de golpe. ¿Acaso no había sido testigo ella misma de algo incomprensible? Tal vez Cotton no estuviera divagando...

La pantalla de su móvil se iluminó. Gallagher otra vez... Pero no. Hilligan la estaba llamando. Hilligan... ¿Qué quería? ¿Por qué la llamaba en vez de acercarse a su mesa? La buscó alrededor. Estaba en su puesto, mirándola directamente con expresión urgente. Lyne cogió el teléfono y salió de la oficina, al pasillo.

—Hilligan, ¿Qué pasa?

Los ojos de Lyne recorrieron el pasillo. No había nadie a la vista. Aun así se alejó de la puerta y se fue hacia la escalera, buscando intimidad.

—Gallagher es un cerdo. Me parece muy rastrero lo que te está haciendo, Lyne. Quería que lo supieras.

Lyne no contestó. Estaba cansada. Se sentó en la escalera y soltó el aire. Llevaba seis años sin fumar, pero si en aquel momento hubiera tenido un pitillo a mano... Se llevó la mano al bolsillo de su abrigo y rozó con los dedos el zippo que Mark le regaló... Sacudió la cabeza, desterrando algo tan estúpido de su mente.

—Lyne ¿sigues ahí?

—Sí... ¿Qué quieres Hilligan?

—Darle por culo a ese cabrón. He identificado a vuestro sospechoso rubio, Logan.

Lyne se enderezó.

—¿Quién es?

—Logan Anderson Mitchel. Es un tipo interesante. Te mando lo que he encontrado en un archivo. Haz lo que debas con la información. Por mi parte no pienso dársela a Gallagher.

—Gracias Hilligan...

La agente colgó, y Lyne esperó a que le llegara el archivo. Un pitido sonó en su móvil, y enseguida pudo descargarlo. Ante sus ojos apareció el expediente de Logan. Era él. Reconoció su fisonomía, sus facciones angulosas, sus ojos azules, rubio, fuerte... frío. Nacido en Kentucky, cuarenta y dos años, había cumplido siete años de condena por asesinato durante su servicio en las fuerzas armadas, y se le buscaba por al menos otras dos muertes más, por extorsión, suplantación de identidad, falsificación... y un largo etcétera que hacían de él un sujeto muy peligroso. Por algo Gallagher no había encontrado nada sobre él. Aquel expediente llevaba el sello de «confidencial».

Lyne dejó la escalera y regresó a su mesa de trabajo. Hilligan le dedicó una sonrisa, y ella se la devolvió. Se puso frente a su ordenador y empezó a buscar en internet cualquier resultado en la búsqueda con el nombre de Logan Anderson Mitchel. Como era de esperar, no salió nada sobre él. Probó buscando referencias sobre el arzobispo Arthur Felps de Nueva York, y la red le devolvió más de tres millones de resultados. Pulsó en imágenes y empezó a

husmear... Tras más de una hora rastreando entre fotografías de blogs, revistas, periódicos digitales y otras que no venían al caso, encontró dos que llamaron su atención. En la primera se veía al arzobispo Felps en algún evento eclesiástico, y lo que llamó su atención... detrás de él, en la sombra, se adivinaban dos personas: una era Samuel Cotton, estaba segura... y un poco más allá, estaba Logan, junto a Paolo. «No te parece curioso que estos dos aparezcan juntos con nuestro querido Paolo?»

Lyne sonrió. «Curioso» no era la palabra.

Ahora sabía que Logan era el brazo ejecutor de Paolo, que estaba ocupándose de borrar cualquier rastro que señalara al obispo, y así había matado a Amanda Flemming, a Jeremiah Ortega, a Mary Jane Moors, y a Samuel Cotton. Salvo por Ortega —aún no había logrado descubrir el móvil por el que lo habían asesinado—, todos estaban relacionados con las actividades del New Hope Psychiatric Center, del que Felps era fundador y Paolo miembro del consejo. ¿Hasta qué punto estaba Felps al tanto de lo que hacía Paolo?

La otra imagen era aún más reveladora. Se veía al obispo descendiendo del coche oficial del arzobispo, una limusina negra, y dentro del vehículo asomaba un rostro. Lyne entrecerró los ojos, seleccionó la imagen, la descargó, la procesó con el programa que tenía para ello, mejoró el grano y la resolución y la aumentó... No había duda. En el coche de Felps viajaba Jake Borderer. Recordaba bien su atractivo rostro. No podía ser casualidad... Lyne frunció el ceño. Descargó la otra imagen, e imprimió las dos, las recogió, y pasó junto a Gallagher de camino al despacho de Pearson.

—Esto te va a interesar, Gallagher —le dijo al pasar.

No tenía por qué tenerle ninguna consideración, Hilligan tenía razón, pero ella no pretendía igualar la mezquindad de su compañero, y no podía esperar a que Pearson terminara de leer su informe, cuando Gallagher ni siquiera había terminado de redactar el suyo.

Había llegado la hora de ir a hacerles una visita a Jake Borderer y su mujer. Se moría de ganas por escuchar lo que tenían que decir sobre su hija Valentine y su mellizo desaparecido.

Oyó que Gallagher la seguía. No se volvió a mirarlo. Llamó a la puerta de la superintendente y esperó. Pearson se había servido un café y estaba enfrascada en la lectura de su informe. Lyne se sonrojó al verlo.

—¿Vas a hacer el ridículo un poco más, Bokana? —murmuró Gallagher a su espalda.

—Jódete, Gallagher, y jubílate de una vez para que podamos descansar todos en paz...

—Adelante —dijo Pearson.

Lyne tomó aire y entró en el despacho. Le molestaba su suéter, le apretaban los vaqueros, era como si su cuerpo estuviera entrando en un estado de ansiedad ingobernable. Lyne se sentó, se secó las palmas de las manos en la pernera de sus pantalones, y esperó, procurando controlar sus emociones. Gallagher también se sentó. Parecía divertirse, pero un fondo de curiosidad bailaba tras su bravuconería.

Pearson leía velozmente el informe de Lyne. Arqueó las cejas en un par de ocasiones, pero por lo demás no exteriorizó ninguna emoción. Cuando acabó, lo dejó sobre la mesa y estuvo pensando, como si los dos agentes no estuvieran allí.

—Tengo que reconocer que no esperaba algo así, agente Bokana —dijo al fin—. ¿Tiene algo que añadir?

Lyne negó con la cabeza, las mejillas encendidas.

—Supongo que Gallagher conoce ya todo lo que está en ese informe.

—Sí.

—Son conscientes de lo que puede significar inculpar en un asunto tan turbio al obispo de Nueva York... Paolo es uno de los hombres mejor considerados, es una autoridad, un referente, y su peso e influencia es por descontado un problema para nosotros. Si lo acusamos y nos equivocamos...

—No nos equivocamos —aseguró Lyne.

—¿Sabían ustedes que Felps financió en buena parte la campaña del gobernador Marcus Tate Mills?

Gallagher arqueó las cejas con sorpresa, y Lyne se tragó una exclamación.

—Como les he dicho antes, el gobernador me ha llamado. Ha sido él mismo quien me lo ha dicho. No quiere la menor sombra de duda sobre él.

—Suena ridículo que Tate nos haya pedido que investiguemos este asunto si estuviera implicado —dijo Lyne.

—Yo no tengo duda de que no está implicado —añadió Pearson—, pero si Paolo resulta estar detrás de todo esto y Felps lo encubre... sea lo que sea, cuando salga a la luz se verá salpicado. Por eso quiero asegurarme de que están seguros de lo que afirman en este informe.

—Hay algo más que señala en su dirección.

Lyne le mostró las fotografías que acababa de imprimir.

—En esas imágenes aparece Samuel Cotton, y a su lado nuestro sospechoso, Logan Anderson Mitchel —miró de reojo a Gallagher y sintió su malestar—. Hilligan lo ha identificado, es el presunto asesino de Amanda Flemming, Samuel Cotton, Jeremiah Ortega y Mary Jane Moors. Yo mismo fui testigo cuando disparó a Cotton mientras trataba de hablar conmigo...

—¿Y en esta otra imagen?

Pearson le pasó la fotografía de Cotton y Logan a Gallagher, y se centró en la otra.

—Fíjese en el hombre dentro del coche.

—¿Quién es?

—Jake Borderer.

Pearson frunció el ceño.

—¿Está segura?

—Completamente. Lo vi en su casa en Lynnwood, con su mujer Samantha.

Gallagher le pidió la segunda fotografía y la escudriñó con atención. Él no había estado presente el día en que Lyne fue a Lynnwood, por eso no pudo reconocer a Jake Borderer.

—Con el testimonio de Ackerman, la figura de Jake Borderer toma especial relevancia en el caso. El hecho de verle con Paolo en la limusina de Felps, sugiere una estrecha relación de la iglesia, o al menos del arzobispo y

su obispo... con el hombre que presuntamente pretende encerrar a su hija en un psiquiátrico de por vida, una hija a la que presuntamente él cree muerta.

—Esperaba que pudiéramos conseguir una orden de registro para su casa. Querría interrogarlo.

—Hágalo.

—¿Sigue Bokana en el caso? —murmuró Gallagher.

—Así es.

—¿Sigue en el departamento?

—Así es.

A Gallagher se le crisparon las manos, fue a decir algo, pero la expresión severa de Pearson le contuvo.

—Vayan a Lynnwood en cuanto tengamos la orden de registro, yo me encargo de eso.

—También deberíamos obtener una para el New Hope —sugirió Lyne—. Si Valentine Borderer está allí...

Pearson asintió.

—Haré que Hilligan investigue al juez Harris. Bates y Soul se personarán allí y harán el registro.

—¿Artcher Bates? —gimió Gallagher, que veía cómo iba perdiendo el control—. Nosotros podemos ocuparnos...

—Según reza el informe de su compañera, puede que la vida de Valentine Borderer esté en peligro. O van ustedes a Lynnwood, o van al New Hope, una de las dos cosas, porque es evidente que no pueden estar en todas partes a la vez. Bates y Soul entran en el caso, de todos modos, ha estado usted sirviéndose de él y de Hilligan para la investigación, no veo por qué le molesta tanto que colaboren ahora, cuando más apoyo necesitan.

—Iremos al New Hope —decidió Lyne.

—Bien, pues Bates y Soul irán a Lynnwood. Los pondré en antecedentes.

Lyne se levantó y salió del despacho ocultando una sonrisa de alivio. Pearson ni siquiera había mencionado el extraño episodio descrito por ella sobre Benjamin Northon. ¿Acaso a la superintendente no le había parecido algo surrealista? Lyne se sentía liberada, todo aquel tiempo había creído estar inmersa en un sueño irreal, incapaz de distinguir realidad de imaginación, pero Pearson no parecía pensar que estuviera loca... Fue a su mesa, cogió su abrigo negro y las llaves de su «chevrolet».

—Me voy a casa, Gallagher. Nos vemos en cuanto Pearson tenga las órdenes de registro.

Gallagher le dedicó una mirada helada. Lyne se encogió de hombros. Tanto le daba lo que pensara. Bien podía dejar que Gallagher se sintiera aún peor por un rato. Después de todo acababa de librarse de sus torticeras maniobras.



## Capítulo 36



Mientras Pearson obtenía las dos órdenes de registro que precisaban para avanzar en el caso, Lyne aprovechó para volver a casa. Estaba deseando llegar, darse una ducha, y celebrar que todo había salido bien. Había tenido suerte, era consciente de ello. Gallagher había aprovechado su desliz para tratar de quitársela de encima, no... para hundir su reputación y acabar con su carrera. No había esperado algo tan rastrero de él. De hecho, en el fondo siempre había creído que sus malas maneras y sus manías eran fruto de su amargura. Esto era algo más. Por suerte no había logrado manipular a Pearson. Ahora tenía que estar más atenta que nunca y demostrar que el voto de confianza que su jefa le había dado no había sido un error.

Abrió la puerta de casa. Estaba deseando arreglar las cosas con Mark. No habían vuelto a verse desde aquella mañana, cuando ella había sido incapaz de responder a su deseo. O más bien cuando su obsesión por lo ocurrido con Benjamin Northon la había alejado de él. Entró despacio, cerró con suavidad, y se fue quitando la ropa. Su abrigo se deslizó por sus brazos y cayó al suelo sin ruido; se soltó la coleta y su abundante melena cayó pesadamente sobre sus hombros; se la ahuecó, relajando su cuero cabelludo con los dedos, los ojos cerrados...; cogió su suéter con las manos y tiró de él para sacarlo por la cabeza, sacudió el pelo y lo soltó aún más. Le gustaba

sentirlo rozando su espalda. Se quitó las botas, primero una, luego la otra, los calcetines, soltó el primer botón de su ajustado vaquero negro, bajó la cremallera y se lo quitó, lo tiró a un rincón, y caminó en bragas y sujetador hacia el cuarto de baño...

¿Por qué estaba todo tan revuelto?

Se detuvo extrañada. Mark era ordenado, siempre lo mantenía todo perfectamente recogido, entonces, ¿qué hacían los cojines del sofá por el suelo? La manta que solían usar cuando veían juntos alguna película estaba revuelta, había platos y vasos sobre la mesita de centro, con restos de comida, una botella de vino acabada... Lyne curioseó en la cocina. Oh, mierda... El fregadero estaba hasta arriba, la placa vitrocerámica sucia... Miró su móvil, por si Mark la había llamado para decirle que estaba enfermo... Pero no tenía llamadas suyas, ni mensajes. Cero. Eso también era extraño.

Entonces oyó ruidos. Miró su reloj, las cuatro de la tarde. A esa hora Mark debería estar entrenando en su gimnasio. A Lyne se le tensó el rostro. De pronto recordó el número desconocido llamando al móvil de Mark, el silencio al otro lado de la línea, y algo saltó en su corazón. Mark llevaba días sin llamarla. Avanzó despacio por el pasillo. La puerta de su dormitorio estaba al fondo del corto pasillo, entreabierta. Se oían ruidos, ¿risas?

Con el pulso acelerado, Lyne llegó hasta la puerta y apoyó la mano en ella, no muy segura de empujarla. Pero un jadeo al otro lado impulsó su movimiento, y la puerta se abrió, deslizándose lentamente sobre sus goznes mientras antes sus ojos se materializaba la escena que no había querido imaginar. Mark boca arriba en su cama, desnudo, y una mujer de piel morena y largo pelo rubio sentada a horcajadas sobre él, tirádoselo, moviendo sus caderas con sensualidad, gozando mientras él la penetraba. Lyne abrió la boca, pero no dijo nada. Algo se estaba rompiendo en su interior. No se estaba fijando en la chica, una completa desconocida, sino en la expresión de Mark, arrebolada, las mejillas encendidas, la boca entreabierta, las pupilas dilatadas, disfrutando mientras movía las caderas al compás de las de ella, los

músculos en tensión, su pelo rubio sudoroso...

Lyne fue consciente de sí misma como una intrusa en su propio dormitorio. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

«No... joder no llores Lyne...»

Entonces dio media vuelta, sin decir nada, y retrocedió. A su espalda se oían cada vez más altos los jadeos de aquella mujer, los de Mark, los dos bailando sobre su cama... Lyne fue recogiendo su ropa y volvió a ponérsela. Al final recogió su abrigo, se lo puso y abandonó el piso, sin saber a dónde ir. Ya en la escalera, la angustia se transformó en cólera, y una oleada de decepción se llevó la tristeza. Ahora lo veía claro, mientras ella creía que tenía una relación perfecta con un hombre que permitía que tuviera su espacio y disfrutaba del suyo propio, él se distanciaba y acababa por buscar compañía en otra parte. Recordó sus palabras: «Es la primera vez que te traes el trabajo a casa...», su cara decepcionada, la dureza de sus ojos. Mark ya había decidido aquel día terminar su historia. Pero, ¿por qué? ¿Por qué no le había contado que no era feliz? Eso era lo que la enfurecía, que ni siquiera se había molestado en darle una oportunidad a su relación. Al parecer no le importaba lo suficiente.

Bajó las escaleras y salió a la calle, montó en su «chevrolet» y condujo sin fijarse un rumbo, llorando sin querer llorar. Aquel había sido un día de mierda, un pésimo día de mierda... Aún llovía. El limpiaparabrisas funcionaba a toda velocidad, barriendo el agua torrencial que caía desde un cielo hostil.

—¡Joder! ¡Joder!

El bonito rostro de Lyne estaba crispado. No había vuelto a recogerse el pelo, y se había mojado al salir de casa y cruzar la calle para llegar hasta su coche. Se miró en el espejo retrovisor y vio su triste aspecto. No reconoció aquel fondo oscuro que velaba sus ojos. Había debilidad en ellos.

—Y una mierda... Que te jodan Mark...

Estuvo dando vueltas por la ciudad mucho tiempo, pensando, sin pensar, llorando, sin llorar, sintiendo sin sentir, y no queriendo sentir para no caer en ese charco sucio de los celos, la amargura y la soledad, para no ceder a los reproches que se le venían a la cabeza... Al final acabó aparcando. Echó a andar por la calle, bajo la lluvia. Miró su reloj, eran más de las siete... Había estado tres horas conduciendo... Entró en un edificio, subió dos plantas y se fue directa hasta la puerta negra de la derecha. Levantó la mano y llamó. Luego la dejó caer a lo largo del cuerpo.

Al poco oyó pasos. Reconoció el bamboleo, la pesadez de esos pasos, y se preguntó qué hacía allí.

—Bokana...

Gallagher estaba pasmado. La observó con ojos al principio recelosos. Luego vio su pelo mojado y suelto, su ropa empapada, las lágrimas asomando en sus ojos castaños, sus manos temblorosas...

—¿Qué te ha pasado? —Lyne agachó la cabeza sin decir nada. Se sentía vacía—. ¿Lyne?

Gallagher salió, la cogió por la cintura y la arrastró con algo de rudeza dentro de su apartamento. A Lyne le pareció que el depredador la metía en su guarida, pero no opuso resistencia.

—No querrás que los vecinos cotilleen, ¿eh?

Lyne se dejaba llevar, y Gallagher se sorprendió de su ligereza. Hubiera podido levantarla con un solo brazo. La llevó hasta su salón y le hizo sitio en el sofá para que pudiera sentarse. Todo estaba desordenado, sí, una

guarida. ¿Acaso Gallagher no tenía a nadie? Lyne pensó con tristeza que en realidad no sabía nada de él. Suspiró. Aquel desorden le recordó lo que había encontrado en su piso y se le encogió el corazón. Hizo amago de marcharse, pero Gallagher se lo impidió.

—Deja que me vaya, Gallagher, por favor, no sé por qué he venido aquí...

—Ni yo tampoco, joder, pero así no vas a ninguna parte.

Lyne enterró la cara en las manos sin llorar, avergonzada, y estuvo así un buen rato.

—Un trago te irá bien —dijo Gallagher al fin.

Se fue a un armario del rincón y rebuscó dentro sin dejar de farfullar algo entre dientes. Lyne sabía que estaba molesto porque se hubiera presentado allí después de lo que había pasado en el departamento.

—¿Bourbon?

La lluvia continuaba cayendo en el exterior. Lyne no oía nada más. ¿Qué había estado haciendo Gallagher? Ni siquiera tenía el televisor encendido. El detective sacó el Bourbon y sirvió una buena ración en un vaso. Se lo tendió a su compañera.

—De un trago, vamos...

Lyne obedeció. Extendió el brazo y le pidió más.

—¿Más? Bien...

Le sirvió otro trago, esta vez más generoso, y ella se lo bebió con avidez.

—¿Vas a decirme qué cojones te pasa?

Lyne se rió sin ganas. Luego se dejó caer en el sofá. Era blando, demasiado blando.

—Estoy jodida, Gallagher, eso me pasa.

—¿Quieres un consejo? Deja de lloriquear.

—¿Tú nunca lloriqueas?

—Bokana, no quiero tenerte aquí, ¿lo entiendes?

—Ya lo sé...

—Pues si no vas a decirme a qué has venido levanta tu culo y lárgate, ¡joder!

—Me odias, ¿eh?

Gallagher se inclinó para acercarse a ella. Sus ojos relucían.

—Sí, te odio, eres un grano en el culo, lo supe en cuanto te vi.

—Te he ocultado cosas, tú a mí también, estamos en paz.

—¿Has venido por eso?

—No. —Lyne miró alrededor—. Mark me la está pegando ahora mismo, en mi cama, en mi cuarto, en mi casa... Y yo no puedo dejar de pensar en Benjamin Northon...

Gallagher se quedó un momento sin decir nada, la vista fija en ella. Luego se fue hacia la ventana y apartó la pesada cortina que la cubría para ver cómo llovía. Su tono cambió cuando habló.

—He leído lo que cuentas sobre eso en el informe. Suena a fantasía, pero yo también percibí algo extraño en ese tipo.

Lyne alzó los ojos, sorprendida.

—¿Lo viste? ¿Qué viste?

—Sus ojos. Joder, brillaban en la oscuridad allí arriba, cuando entramos... Luego empezó a manipularte, tú no te dabas cuenta, pero estaba haciendo contigo lo que le venía en gana... Nunca he visto nada parecido.

Por eso la había mirado de aquel modo y después se había vuelto a Seattle solo.

—Cotton me habló de una guerra, de cosas que no podemos entender, del bien y del mal...

Gallagher no contestó. En cambio la miró con una expresión extraña. Entonces Lyne se levantó y le mostró su torso bajo el suéter.

—¿Qué cojones haces?

—No seas retorcido y fíjate bien...

Gallagher la miraba con un brillo oscuro en los ojos. Lyne soltó un bufido.

—Joder, Gallagher... Mi herida de bala...

—¿Qué pasa con el...

Entonces comprendió.

—¿Y la cicatriz?

—Northon me hizo algo, me tocó cuando me senté con él en la escalinata de su iglesia... y la herida desapareció...

Lyne se bajó el suéter. Gallagher estaba estupefacto. Se rascó la frente, sin dar crédito a lo que acababa de ver.

—Apuesto a que si voy al hospital donde me atendieron no pueden explicarlo... Hay algo muy... raro en todo esto, algo que va más allá de cualquier explicación lógica, y creo que vamos a tener que abrir la mente si queremos llegar al fondo de este caso.

Gallagher asintió, algo pálido. Luego, de pronto, se enderezó y cambió su expresión.

—¿En serio Mark te la está pegando?

Lyne se quedó un instante perpleja. Luego sonrió.

—Con una rubia...

—Joder, qué hijo de puta...



—Sí.

—¿Quieres otro trago?

—No, ya basta de alcohol. ¿Me invitas a cenar?

—Aquí no, no tengo nada que ofrecerte. Vamos abajo, hay un chino.

Lyne se levantó, se recompuso la ropa, se alisó el pelo y siguió a Gallagher. Lo vio coger una chaqueta gruesa y salir por la puerta, llaves en mano.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por no cerrarme la puerta en las narices.

—No ha sido por falta de ganas, Bokana. Y sigo pensando que deberían expulsarte, hoy ha muerto un hombre gracias a ti.

Lyne se tragó la verdad de esa acusación y pasó delante de su compañero sin replicarle.

—Tu silencio te honra, Bokana.

Lyne se fue a un hotel a dormir. No quería volver a casa y afrontar a Mark como sabía que debía hacer, para echarlo de su vida. Necesitaba recomponerse primero. Gallagher había sido amable con ella mientras cenaban, como si hubiera decidido concederle una tregua, sólo porque estaba hecha polvo y él no era hombre que abatiera sus presas cuando están heridas. Ella había aceptado esa tregua y así habían podido comportarse los dos como personas civilizadas durante al menos dos horas. No habían vuelto a mencionar a Mark, ni a la rubia, ni a Benjamin Northon. No habían hablado del caso. Gallagher se había dedicado a contarle anécdotas de su vida como policía, antes de ser detective, y, la verdad, Lyne se había reído sin parar. Cuando quería, ese cabrón sabía ser gracioso.

Luego se habían despedido, y ella había buscado un hotel donde poder llorar a solas. Gallagher desapareció bajo la lluvia. Al día siguiente la tregua habría terminado.

Después de una buena ducha, Lyne empezó a sentirse mejor. No llevaba más que lo puesto, así que utilizó el albornoz del hotel para envolver su cuerpo desnudo, y se tumbó sobre la cama.

Todo estaba siendo muy extraño.

Menos lo de Mark, eso parecía bastante normal, muy típico, en realidad.

En cambio oír a Gallagher confesando que él también había visto algo extraño en Benjamin Northon, se salía de lo que podía esperar en un día tan jodidamente gris. Cerró los ojos y dejó que su mente divagara. Cotton había hablado del bien y el mal, de cosas que no podemos comprender... ¿como Benjamin Northon? ¿Qué era él? ¿Un ángel, un demonio? ¿Era eso? Porque sólo un ser sobrenatural podía saltar edificios sin romperse la crisma, hacer que sus ojos brillaran en la oscuridad, que ella perdiera la razón... y curar sus heridas con sólo tocarla. Lyne se giró y se aovilló. El albornoz blanco de algodón rizado rozaba de forma agradable su piel. Benjamin Northon...

Entonces su móvil se iluminó. Alguien la llamaba. Lyne se incorporó. Número desconocido. Frunció el ceño. Luego alargó la mano y contestó con voz seria.

—¿Sí?

—Te dije que tuvieras cuidado, Lyne...

Northon... ¡Era él! Lyne se sentó de golpe, muy nerviosa. Casi era como si supiera que había estado pensando en él... trató de contener los latidos de su corazón, pero no podía, no podía. Se mordió el labio inferior, procurando contener su exagerada reacción.

—Cotton ha muerto... —logró decir.

—Lo sé —repuso él—. Y lo lamento.

—Yo también.

—¿Llegó a contarte algo?

—Me habló del bien y el mal, de una guerra, de cosas que no puedo entender...

—Harías bien en creerle.

—Cosas como tú... Benjamin Northon, ¿quién eres?

—Quiero ayudarte —su voz era suave y penetrante, y Lyne sentía de nuevo que su cuerpo levitaba bajo su influjo—. Es cierto que hay una guerra.

—¿Qué papel tienes en todo esto?

—No voy a decírtelo, Lyne.

—Por qué...

—Seguramente no podrías entenderlo.

—He visto cómo brillan tus ojos...

Northon no contestó, y Lyne creyó que la línea se había cortado.

—¿Northon?

—Sigo aquí.

—Dímelo por favor...

—Tienes que estar muy segura, antes de que yo esté dispuesto a decirte la verdad.

—Es... estoy segura...

—No, no lo estás. Ahora tienes mi número. Llámame cuando lo estés.

—¡Espera! Espera... No cuelgues, por favor... ¿Por qué me has llamado?

—Para asegurarme de que duermes bien.

—Qué...

—No te sientas mal por lo de Mark, es algo que tenía que pasar.

—Cómo sabes...

—Lyne. Cuando te vayas a dormir esta noche, piensa cuántas veces has pensado en él estos últimos meses. Entonces lo verás todo más claro.

—Tú no sabes nada de mí...

—Sé mucho más de ti de lo que puedas imaginar. Me bastó ver tu alma, a través de tus ojos, para conocerte...

Lyne se estremeció.

—Mi alma...

—De eso va esto, Lyne, una guerra por las almas. Cuida la tuya, por favor.

Lyne miraba a la nada, tratando de comprender.

—No sé...

—Cuando vayas al New Hope, ten cuidado. Gallagher no siempre estará ahí para librarte de una bala.

Ahora sí, la línea se cortó, y Lyne se quedó con el corazón en vilo, disparado, latiendo en sus sienas. Repasó la extraña conversación que acababa de tener una y otra vez. Era sorprendente, misteriosa, extraña... e inquietante. Dejó el móvil con suavidad y se tumbó en la cama, la cabeza apoyada en la almohada. Echaba de menos la suya. ¿Qué hacía ella allí, en la

cama de un hotel?

«Ser cobarde, supongo...»

Trató de recordar cuántas veces había pensado en Mark últimamente...

«Muy pocas», se reconoció a sí misma. «Demasiado pocas...»

Entonces su pulso se fue calmando, y sus ojos empezaron a cerrarse. Estaba agotada, había sido un día muy largo... terriblemente largo.

«...ten cuidado. Gallagher no siempre estará ahí para librarte de una bala...»

¿Cómo sabía que Gallagher la había salvado? ¿Cómo sabía todo de ella?

«Benjamin Northon, lo averiguaré todo sobre ti... Soy policía, maldito seas...»

El sueño la descubrió antes de que pudiera pensar nada más. No se percató de la figura en las sombras, bajo la lluvia. No vio sus ojos refulgiendo en la oscuridad, ni cómo se guardaba el móvil en el bolsillo de su chaqueta negra antes de desaparecer.

## Capítulo 37



De entre todas las cosas que odiaba, había una que a Artcher Bates le molestaba sobremanera: tener que ayudar a Gallagher, en cualquier sentido. Le habían bastado unos pocos días a su lado para desear que llegara el día de su jubilación. Su empeño por expulsar a Lyne Bokana del cuerpo sumaba puntos en su lista negra de errores a achacar al veterano detective. Y Hilligan, sentada a su lado en el coche patrulla, pensaba igual. Los dos sufrían a diario su temperamento. Había quien se encogía de hombros en el departamento cuando Gallagher estallaba, acostumbrados a su carácter, pero entre ellos no se contaban ni Hilligan, ni él, ya no.

En cambio por Lyne Bokana estaban dispuestos a hacer lo que fuera. Se alegraban de que Pearson también lo viera así.

La orden para registrar la casa de Jake Borderer había llegado. En aquel momento se dirigían a Lynnwood, dispuestos a interrogarle. Pearson no sólo había logrado una orden de registro, sino que había obtenido una autorización para intervenir sus teléfonos. De hecho Soul, el actual compañero de Bates, se estaba ocupando ya de escuchar sus conversaciones.

Hilligan repasaba por el camino los informes que Bokana y Gallagher habían redactado con todo lo que habían podido averiguar de un caso que empezaba a resultar un tanto siniestro. Una buena parte le resultaba familiar, puesto que ella misma, y Bates, habían participado en buena medida, haciendo lo que Gallagher no quería hacer. Jake Borderer era todo un misterio. Apenas habían encontrado información sobre él o su mujer, Samantha. Eran como dos fantasmas. Algo inusual, todo el mundo dejaba un rastro sobre sí mismo, más aún desde que internet había llegado para extenderse e implantarse en la vida de la gente; quien más y quien menos, había utilizado alguna vez las redes sociales, había comprado online, o se había registrado en algún estamento oficial, aplicación o web. En la era de la información, ser un fantasma solía ser sinónimo de intencionalidad, de ocultación, de querer pasar inadvertido, sin llamar la atención. La pregunta era, ¿por qué?

El Barrio donde vivían, en Lynnwood, era una zona residencial de chalets unifamiliares repartidos en una extensión boscosa muy apacible y bien cuidada, de calles largas y arboladas, con apenas tráfico y construcciones de todo tipo, de una planta, de dos o tres, más o menos costosas, todas ellas con jardín, la mayoría muy cuidados. Pasaron por delante de la que había sido su casa en un principio, hasta el incendio provocado por su hija, y siguieron calle abajo, hasta el chalet que tenía el porche azul. Eran las diez de la mañana de un día soleado. Al fin había dejado de llover, aunque las previsiones anunciaban lluvia al atardecer. Un clásico en Seattle, donde llovía la mayor parte del año.

—¿Estás listo, Bates?

—Listo.

—Pues vamos a ver qué nos encontramos.

Aparcaron y salieron del coche. Detrás de su vehículo llegaron otros dos, sus compañeros encargados de hacer el registro de la vivienda. Las luces de los coches policiales llamaron la atención de algunos vecinos, que salieron



al jardín para saber qué estaba pasando.

—¡Vuelvan a sus casas! ¡No pasa nada! —gritó Hilligan.

Pero sí pasaba. Cerró la puerta del coche con fuerza, cruzó una mirada con Bates y enfiló el camino a través del jardín, hacia el porche de entrada. El hermoso sauce que llamaba tanto la atención desde la carretera empezaba a mostrar sus primeros brotes.

—Ve tú primero, Hilligan. Impones más que yo, eso es un hecho —murmuró Bates.

—Eres joven, eso es todo —le sonrió Hilligan—. Eso y que llevas la palabra novato escrita en la frente, por eso tipos como Gallagher te ningunean.

—Eso no volverá a pasar —rugió Bates.

—Bueno, sólo depende de ti, ¿verdad?

Antes de que pudieran tocar el timbre la puerta se abrió, y una sorprendida Samantha Borderer les recibió. Llevaba el largo pelo rubio largo y peinado con gracia, e iba muy arreglada, como si fuera a salir.

—¿Señora Borderer?

—¿Qué ocurre?

—Agente Nancy Hilligan, y mi compañero, Artcher Bates. Necesitamos hacerles unas preguntas, a usted y a su marido.

—¿Preguntas? —Samantha los miraba sin comprender, los ojos castaños desconcertados—. ¿Preguntas sobre qué? Ocurre alg...

—Sobre su hija, Valentine Borderer.

Samantha frunció el ceño. Hilligan notó que bajo la piel perdía un poco el color, y una leve tensión en sus labios.

—Mi hija murió hace ya muchos años... —murmuró—. No entiendo a qué viene hacer preguntas ahora... Por favor, les ruego que se marchen...

—Tenemos una orden de registro, señora —anunció Artcher Bates. La mostró en alto, y Samantha se la quitó de la mano para verificarla—. Tenemos constancia de que su hija está viva, o lo estaba hasta hace poco.

—Qué... Valentine murió a los ocho años...

—Cariño, ¿qué pasa?

Y allí apareció Jake Borderer, atractivo a sus cincuenta y pico, alto, atlético, abundante pelo ensortijado, ya entreverado de canas, piel morena, profundos ojos azules... Posó el brazo sobre los hombros de su mujer y arqueó las cejas.

—¿Iba a salir? Señor Jake Borderer, ¿verdad?

—Sí... Y sí, iba a salir. ¿Qué está pasando?

—Soy la agente Nancy Hilligan, y él es el agente Artcher Bates. Venimos a hacerle algunas preguntas sobre su hija Valentine, y tenemos una orden de registro.

Jake acercó a su mujer hacia sí y frunció el ceño.

—Mi hija está muerta —aseguró—. Muerta y enterrada.

—¿Y qué me dice de su otro hijo?

—Qué otro hijo...

—El mellizo que nació a la vez que Valentine...

—No hubo ningún mellizo... —susurró Samantha, pálida ahora. Se apoyó en Jake, buscando el refugio que necesitaba en él—. Por favor, no entiendo a qué viene todo esto...

—Viene a que tenemos constancia de que Valentine está viva, que ha pasado su vida encerrada en un psiquiátrico en contra de su voluntad, y que su caso está relacionado con otros similares. Por favor, háganse a un lado para que mis hombres puedan hacer su trabajo. Mientras tanto, si son tan amables, tenemos preguntas que hacerles...

—Esto es un atropello, ¡no pueden presentarse así, invadir nuestro hogar y remover la dolorosa tragedia de nuestra hija!

—¿Deberíamos haber avisado, señor Borderer, para que hubieran podido ocultar pruebas si las había? —sonrió Hilligan con frialdad—. Por favor, tenemos una orden, no querrán armar un escándalo aquí fuera, delante de todo el vecindario, y obligarnos a llevarlos esposados a comisaría.

Jake endureció su gesto, pero se apartó a un lado y los dejó entrar. Samantha lloraba en silencio, muy nerviosa. Bates hizo una seña y los compañeros que habían llegado tras ellos, y que aguardaban pacientemente junto a los coches patrulla, se acercaron por el jardín, seis agentes especializados con el equipo necesario para buscar evidencias que pudieran relacionar a los Borderer con el caso que estaban investigando.

—Podemos hablar en el salón —murmuró Jake. Estaba furioso, pero se controlaba bien.

Los guió a través del amplio recibidor, alfombrado, decorado con gusto, a un amplio salón abierto a un hermoso jardín trasero. La casa era muy luminosa, marquetería blanca, paredes de un suave color tierra, elegantes suelos de madera oscura, alfombras mullidas de tonos suaves, muebles modernos, todo sencillo pero sofisticado. Había una rinconera de piel en color crudo que ocupaba la mayor parte de la estancia, en torno a una gran chimenea de piedra natural blanca. Jake los invitó a sentarse en ella. Era muy confortable.

Hilligan se sentó, y Bates lo hizo a su lado, no demasiado cerca. Había espacio para seis personas allí, sin contar con que había otro sofá de tres plazas al otro lado, también de piel. Samantha y Jake tomaron asiento en él.

—¿Quieren tomar algo? —les ofreció él. Había tomado el mando de la situación. Su mujer no podía, estaba demasiado nerviosa, descompuesta, y algunas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No, gracias.

Los agentes que iban a hacer el registro se estaban repartiendo ya por la casa. Jake los ignoró.

—Dicen ustedes que mi hija está viva, pero murió a los ocho años, en un incendio que por poco nos costó la vida a nosotros también. Se...

—Jake, por favor... —murmuró Samantha. Se secó las lágrimas con un pañuelo—. Por favor, ¿pueden decirnos qué está pasando? Si mi hija, si Valentine está viva...

—Lo está —aseguró Hilligan.

—Eso es imposible... La enterramos... Su tumba está en el cementerio —la cortó Jake.

—Pues díganme a quién enterraron en su lugar, porque les aseguro que no era ella. Tal vez si ordenáramos una exhumación podríamos comprobarlo, ¿verdad?

—Por Dios...

—Bien. Ahora hablemos claro. —Bates sacó de su cartera algunos documentos y los fue colocando sobre la mesa de centro que estaba entre ellos y los Borderer—. Aquí tienen una copia de la partida de nacimiento de Valentine, y de su mellizo, sin nombre, porque alguien se ha molestado en borrarlo, y cuyo destino es desconocido...

Samantha palideció al verla. Estaba desconcertada. Miró a su marido, luego a los agentes. Alargó la mano y cogió aquella copia. Hilligan creía que no estaba fingiendo. De los dos, era ella la que se mostraba más natural. En cambio su marido se mostraba frío y sereno... y furioso.

—Aquí, la orden emitida por el juez Orson Harris para internar de nuevo a Valentine en el New Hope Psychiatric Center, aquí en Seattle, donde lleva desde los ocho años. Aunque entonces no medió orden alguna, sino que se la internó siguiendo el criterio del hombre en el que por lo que sabemos ustedes confiaron...

—Oh, Dios mío... —Samantha se tapó la boca con una mano, pálida como la muerte.

—No puede ser Valentine, se trata de un error. —aseguró Jake.

—¿De veras? Cuéntenme lo que recuerden de la noche del incendio...

Samantha lloraba, el rostro oculto entre las manos, y no cesaba de repetir, «mi pequeña, mi pequeña...».

Jake Borderer fijó sus ojos en Hilligan, luego en Bates, y luego se levantó. Se fue a un mueble bar que había en el rincón, junto al ventanal, y sirvió dos copas. Le llevó una a su mujer y sostuvo la otra en la mano mientras volvía a tomar asiento.

—¿Seguro que no quieren algo? Un café...

—Señor... —Una sirvienta entró muy azorada y nerviosa—. Hay policías por toda la casa...

—Tranquila Zoaida, ve a tu habitación y espera a que se marchen.

—Pero... está bien, señor. ¿Necesitan algo?

Jake miró a los agentes, pero ellos negaron con la cabeza, y Zoaida se retiró.

—No podemos aportar mucho de aquella noche...

—Lo que recuerden, por favor.

—Estábamos durmiendo... El humo me despertó. Era de madrugada, y sé que el detector de incendios no había saltado, así que fue una suerte que yo reaccionara. Desperté a Samantha, y fuimos a buscar a Valentine. La casa estaba llena de humo, y el fuego subía ya por las escaleras... La niña no estaba en su habitación... Tuvimos que salir por las ventanas y saltar al jardín, no pudimos hacer otra cosa, el fuego lo devoraba ya todo... Avisamos a emergencias... Valentine murió en el incendio.

—¿Es todo?

Jake calló, las manos entrelazadas, los codos apoyados en las rodillas. Su mujer ya empezaba a calmarse. Se enjugó las lágrimas y levantó el rostro por primera vez.

—Valentine estaba enferma, sufría espantosas pesadillas, no pudimos ayudarla... Los peritos dijeron que el incendio fue provocado... Ella, ella... —Samantha tomó aire, luego bebió un trago de su copa, y trató de calmarse— ... Por lo que sabemos fue ella la que lo provocó. Tal vez soñaba despierta, puede que...

—Cariño... —Jake la abrazó.

—Alguien llevó a su hija a urgencias. La sacó de la casa, con una rodilla destrozada y las venas abiertas, y la llevó hasta el Northwest Hospital, donde la atendieron. Se había cortado las venas con un cuchillo —dijo Hilligan—. Tuvieron que intervenirla varias veces para curar su rodilla, y quedó parcialmente ciega, pero estaba viva. Aquí tienen los documentos de su ingreso en el hospital.

—Pero eso no es posible... —murmuró Samantha.

—Créame lo es. Después, cuando estuvo en condiciones de ser trasladada, la internaron en el New Hope Psychiatric Center, donde ha sido tratada por esquizofrenia paranoide desde entonces. Hace relativamente poco tiempo su psiquiatra, Amanda Flemming, le dio el alta, y en su informe aduce que Valentine estaba curada y podía hacer vida normal, aunque bajo estricta medicación. —Hilligan hizo una pausa—. El mismo hombre que ordenó su internamiento en el psiquiátrico, está detrás de su encierro en la actualidad, Paolo Santorini. ¿Qué pueden decirnos de él?

—¡Paolo! —exclamó Samantha—. Pero Paolo nos ayudó, él trató de curar a Valentine, venía a verla a menudo, antes del incendio...

—Paolo Santorini es un buen hombre y un amigo —dijo Jake—. Él no pudo hacer algo así a nuestras espaldas...

—Bueno, nos consta que forma parte de la junta directiva de ese centro psiquiátrico... Además, Valentine estaba siendo medicada desde los dos años de edad —Hilligan empujó otro informe—. El agente que siguió el caso tras el incendio asegura que el médico que atendió a Valentine encontró en su sangre una alta concentración de químicos.

Samantha abrió la boca, atónita.

—Eso no es posible.

—¿No tienen constancia de que Valentine estuviera siendo medicada?

—No...

—¿Cuándo empezó Paolo a visitarla?

—Con seis años...

—Pero se le suministraba medicación desde los dos, ¿quién lo hacía entonces?

—No lo sé...

Hilligan se echó atrás, los ojos brillantes, decidida a presionar a Jake Borderer hasta hacerle saltar.



—¿Cómo pueden saber que se la medicaba desde tan temprana edad...  
—preguntó Samantha.

—Porque, señora Borderer, ustedes la llevaban regularmente a revisiones médicas, y en sus analíticas se aprecian esas concentraciones en sangre de forma continuada en el tiempo. ¿Cómo es que su médico no les dijo nada al respecto?

Jake no contestó, y Samantha lo miró desconcertada.

—No lo sabemos...

—¿Conocen a Jacob Gates? Es un investigador reputado, trabaja también en el New Hope.

—No sabemos quién es.

—Pero nos consta, porque así apareció en la investigación que James-Newton Ackerman llevó a cabo entonces, que mantuvo contacto con ustedes en repetidas ocasiones. ¿Fue él quien les suministró esas sustancias para su hija? ¿Por qué?

—No es cierto —insistió Borderer.

—El forense que dictaminó la muerte de su hija ante los medios y la policía, y la de ustedes ante el agente que investigaba el caso... Gary Shutterman, murió dos años después en un accidente de coche. ¿Por qué certificaría que ustedes estaban muertos?

—Lo ignoro, es absurdo, nosotros no hemos fingido estar muertos, a la vista está que no nos escondemos...

—Sin embargo Ackerman se llevó una sorpresa cuando descubrió que

siguen ustedes en este mundo...

Jake Borderer no contestó.

—¿Y qué recuerda del nacimiento de Valentine? —inquirió Bates, interviniendo por primera vez—. ¿Fue un parto normal?

Samantha frunció el ceño.

—No... Tuvieron que hacerme una cesárea.

—¿Estaba usted consciente durante la intervención?

—No...

—Y cuando despertó le dijeron que había tenido una niña...

Samantha asintió.

—Pero eso no concuerda con lo que pone aquí, en el registro del hospital donde dio a luz. ¿Quién le comunicó que había tenido una niña?

Samantha miró a Jake, indecisa, y él sostuvo su mirada sin expresar nada.

—No lo recuerdo...

—¿Está segura, señora Borderer? —Hilligan se inclinó hacia ella, sondeando sus ojos castaños.

—Sí... No lo recuerdo...

Hilligan supo que mentía. ¿Había sido su marido quien le había ocultado que había tenido un mellizo? ¿O era una estupenda actriz y estaba fingiendo?

—El médico que la atendió en el parto ha muerto, pero la matrona que la asistió ese día durante la intervención, recuerda claramente que fue usted informado de que su mujer había tenido mellizos, señor Borderer. ¿Por qué mintió a su mujer? ¿Por qué durante la investigación de Ackerman negaron en el hospital tal cosa? ¿Qué hicieron con su hijo?

—Es absurdo.

—Vaya. Pero las pruebas son evidentes, señor. ¿Lo niega todo?

—Absolutamente.

—Dígame, señor Borderer... ¿Conoce personalmente al arzobispo Arthur Felps, de Nueva York?

—No lo conozco.

—Vaya, ¿y cómo es que aparece usted en su vehículo oficial en esta fotografía?

—¿Jake? —Samantha no daba crédito. Tomó la imagen y se quedó mirándola—. Eres tú, ¿cómo...

—Soy asesor financiero... Es cierto, tuve una reunión con su secretario ese día, pero eso no significa que lo conozca.

—Yo diría que sí, viajaron juntos en su coche oficial, de algo

hablarían... ¿Para qué se reunió si no con él, con Paolo Santorini y con su secretario?

—Querían evidentemente asesoramiento, pero no llegamos a un acuerdo.

—¿Sabe usted que Samuel Cotton, el secretario, ha muerto asesinado? —Jake negó con la cabeza—. ¿Y que la doctora que ha estado tratando a Valentine también ha sido asesinada recientemente cuando trataba de ayudarla?

—No puedo conocer a esa mujer si hasta hace un momento pensaba que mi hija estaba muerta...

—La muerte de Amanda Flemming, así como la del señor Cotton, la de Mary Jane Moors, cuyo hermano sufrió el mismo trato que su hija en el mismo centro psiquiátrico y murió en él, tienen que ver con el hecho de que la doctora Amanda Flemming pretendiera liberar a Valentine, a la que ayudó a ocultarse en un apartamento en Greenwich Village, donde ha estado escondida hasta que la han arrastrado de vuelta al psiquiátrico por orden del juez Orson Harris, el mismo juez que ordenó internar a Jonathan-Duncan Moors y que rechazó las demandas de su hermana, Mary Jane Moors, reiteradamente, el cual, nos consta... ha sido sobornado para que dictara su orden de internamiento, y más recientemente la de Valentine. Al investigarle a él, hemos dado con esa orden, por eso creemos que actualmente Valentine vuelve a estar en el New Hope...

Hilligan omitió decirles que estaban rastreando el origen del dinero con que se le había sobornado, ahora y en el caso de Moors, y que todo indicaba que Jake Borderer estaba detrás. Aún no podían demostrarlo —y no querían detenerle todavía, convencidos de que tras el interrogatorio la presión le haría dar un paso en falso que los llevara a la verdad que subyacía en todo aquello—, aunque era más que probable que Harris confesara. Si como pensaban Borderer se creía en peligro, sin duda trataría de encubrir sus rastros, haría alguna llamada, iría a ver a alguien... Eso sacaría a la luz nuevos nombres, nuevos datos, que les ayudaran a esclarecer los hechos.

Jake no dijo nada, sus increíbles ojos azules miraban a Hilligan sin pestañear. Parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Conoce a este hombre?

Bates le mostró la fotografía de Logan Anderson Mitchel. Jake y Samantha negaron con la cabeza.

—Pesan sobre él varios cargos por homicidio, concretamente mató a Samuel Cotton a sangre fría cuando hablaba con una de nuestras agentes, y creemos que mató a Jeremiah Ortega, Amanda Flemming, y Mary Jane Moors...

—Agente Hilligan, Valentine está viva... ¿Es eso? ¿Por eso es todo esto?

—Así es. Ella es la raíz de todo. Hasta hace poco nos consta que vivía, señora, pero a la luz de los acontecimientos, tememos que su vida corra serio peligro. Hace falta saber por qué. —Hilligan miró a Jake, pero éste no se inmutó—. ¿No pueden añadir nada más?

—Si Valentine está viva, ¿no podríamos sacarla del c... —Samantha no pudo terminar la frase, porque su marido la interrumpió.

—No sabemos de dónde ha salido todo esto. Esa chica de la que habla, no puede ser nuestra Valentine, sin duda hay un error...

—No hay error, señor Borderer. Estamos trabajando para sacar a Valentine del centro, lo antes posible. Sin duda tendrá mucho que decir. —Miró a Jake con intención—. Bien, por ahora es todo. Señor y señora Borderer, quedan ustedes a expensas de que los llamemos a declarar, no pueden salir del país. Si recordaran algo, cualquier cosa, por favor, llámenme

a mí o a mi compañero.

Hilligan depositó su tarjeta sobre la mesa y se levantó. Bates hizo lo propio.

—Gracias por su atención. Lamento tener que revolver sus heridas, señora Borderer...

Hilligan estrechó su mano, la de su marido y se fue hacia la salida. Bates la siguió. Los técnicos aún tenían trabajo que hacer.

—Agente Hilligan... —Samantha se acercó a la puerta y la miró suplicante—. Por favor, si mi hija está viva... Quiero verla, ¿cuándo podré hablar con ella?

—La avisaré, señora Borderer. Aún hay mucho trabajo que hacer y no sabemos en qué situación se encuentra...

—Claro...

Pero Samantha lloraba, y sus ojos castaños brillaban esperanzados. En cuanto estuvieron fuera, lejos de oídos indiscretos, Bates no pudo aguantarse más.

—Ese hombre miente...

—En cuanto encontremos a Valentine no podrá seguir negando la verdad —aseguró Hilligan—. Esperemos a ver cómo reacciona. Si Gallagher tiene razón, hará algún movimiento en falso y tendremos un hilo del que tirar...

—Odiaría que ese cabrón tuviera razón...

—Bueno, hasta los cabrones prepotentes hacen bien su trabajo cuando lo hacen, ¿no?

Bates sonrió.

—Soul, adelante... —Hilligan lo llamó por el móvil.

—Aquí Soul.

—Hemos acabado.

—Ya estoy en mi puesto y pendiente.

Hilligan cortó la comunicación, satisfecha.

—Nos toca vigilar a los Borderer, Bates. Busquemos un buen lugar desde donde podamos ver lo que hacen. A ver si el conejo sale de su madriguera...

## Capítulo 38



Lyne temía que la vida de Valentine Borderer corriera serio peligro si en el New Hope llegaban a saber que se disponían a buscarla. La superintendente Pearson estaba siendo muy eficiente en su trabajo, y había logrado establecer una duda suficiente sobre la legitimidad de la orden de internamiento que pesaba sobre ella a raíz de sus últimos descubrimientos, y era cosa prácticamente hecha que esa orden fuera revocada mientras se investigaba al juez Orson Harris. De hecho, esperaban que la orden llegara mientras registraban el psiquiátrico.

Habían logrado dibujar un esquema general de los hechos bastante claro. Faltaba saber el por qué de todo aquello. ¿Qué tenían Valentine Borderer, Jonathan-Duncan Moors, y seguramente otros cuyos nombres aún no habían salido a la luz, para que alguien se creyera con autoridad para encerrarlos en un psiquiátrico de por vida? ¿Qué movía a unos padres a desechar a un hijo e internar a la otra en un psiquiátrico? La cadena de acontecimientos que rodeaba la vida de Valentine era sórdida y cruel, y ocultarla estaba costando vidas. Lyne estaba convencida de que Jeremiah Ortega llegó a descubrir algo, y por eso lo habían matado. Debió descubrirlo recién ordenado sacerdote, luego el caso venía de lejos, pero en vez de hacer caso a su amigo Benjamin Northon, había seguido hurgando... ¿Hasta dónde



había llegado como para que lo asesinaran? Lyne no podía negar que Northon debía de tener las respuestas. Él mismo era todo un misterio... ¿Qué haría si llegaba el caso de tener que detenerle? Lyne comprendía que no deseaba hacerlo, y eso provocaba en ella una profunda crisis.

—¿Aún no has ido a casa? —le había preguntado Gallagher aquella mañana.

Lyne no había ido. Continuaba hospedada en el hotel, incapaz de encarar una discusión con Mark.

—¿Y a qué esperas? ¿No es tu casa?

—No quiero tener que echar a Mark ahora.

—¿Y cuándo piensas hacerlo?

Lyne se había encogido de hombros. Ya lo decidiría más tarde.

El edificio del New Hope Psychiatric Center apareció ante ellos, un bloque en forma de «U», enorme, moderno, rodeado de grandes extensiones de jardines arbolados. Como con Hilligan y Bates, dos coches seguían al «Chevrolet» de Lyne, con el equipo técnico encargado de hacer el registro en el centro. Esperaban poder interrogar a Americus Osmoord, a Jacob Gates, a Thomas Jiggs y a Paolo Santorini en primer lugar, a la junta directiva en segundo lugar, al personal en tercer lugar. Lyne trató de relajarse. La tarea parecía tan grande que se sentía incapaz de abarcarlo todo. Sólo esperaba que Gallagher no pretendiera dejarla con todo, como hacía siempre. Además, habían emitido una orden de busca y captura contra Logan Anderson Mitchel, y esperaban que el interrogatorio que Hilligan y Bates iban a llevar a cabo a los Borderer aquella misma mañana, diera sus frutos.

El móvil de Lyne sonó cuando aparcaban frente a las puertas de entrada

del psiquiátrico. La joven agente miró la pantalla y enarcó las cejas, mirando a Gallagher con aire significativo.

—Es Ackerman... ¿Sí?

—Agente Bokana, me alegro de oírla...

—Buenos días, señor Ackerman. Voy a poner el manos libres, así mi compañero también podrá escuchar la conversación, el agente Gallagher.

—Me parece bien... Verá, me dijo usted que la llamara si se me ocurría algo... Supongo que estarán ustedes buscando al mellizo desaparecido...

—Así es...

—Y recordará que le dije que Paolo Santorini llevaba entonces un orfanato, el St. Joseph...

—Sí.

—Según usted, Valentine Borderer está viva... Si la encuentran, y pueden localizar a los niños que pasaron por ese orfanato... podrían contrastar su ADN, ¿verdad?

—Podría ser... Si nos centramos en los que ingresaron en las fechas próximas al día en que nació Valentine.

—Exacto. Justo lo que yo no pude hacer... Agente Bokana, cuando archivaron el caso, estaba siguiendo una pista... En torno a la fecha en que nació Valentine ingresaron varios bebés en el orfanato. Pero lo que me llamó la atención es que algunos desaparecieron años después, sin que constara que hubiesen sido adoptados... No pude hacer nada más, pero tal vez usted, ahora,

tenga más opciones...

—Niños desaparecidos...

—Ha de haber algo en ese lugar...

—Aún no nos han dado la orden de registro, pero estamos en ello, lo investigaremos. Le agradezco su ayuda señor Ackerman...

—Me alegro de que haya retomado usted este asunto tantos años después. Espero que llegue más lejos que yo, antes de que alguien mueva los hilos para volver a cerrar el caso.

—¿Cree que lo harán otra vez?

—Ya lo hicieron entonces.

—No pienso permitir que lo hagan.

—Bien. Hasta pronto, agente Bokana. Y buena suerte.

La llamada se cortó, y Lyne quitó el manos libres. Se volvió hacia Gallagher. El New Hope se alzaba frente a ellos ahora más siniestro que nunca.

—Tenemos que entrar en ese orfanato, me da igual si obtenemos una orden o no...

—¿Quieres saltarte las normas? Aún nadie nos ha impedido investigar, Bokana, y tú ya estás hablando de conspiraciones...

—Pero ya deberíamos tener la orden, ¿por qué tardan tanto en darle

curso? Si el asunto es tan serio como para que alguien apartara a Ackerman del caso y lograra que se archivara...

—Aún no ha pasado nada parecido, la orden llegará. Por ahora vamos a entrar ahí. —Gallagher señaló el psiquiátrico. Desde donde estaban parecía silencioso y hostil—. Después veremos qué pasa. ¿Vamos?

Lyne suspiró. Temía que si había algo en el St. Joseph pudieran hacerlo desaparecer antes de que tuvieran el permiso para registrarlo, pero su compañero tenía razón. Lo primero era lo primero, y por el momento nadie estaba obstaculizando su trabajo.

La recepcionista del New Hope puso cara de preocupación al verles llegar. Cogió el teléfono y marcó un número en la centralita; pretendía poner sobre aviso a los responsables del centro, pero Bokana se lo impidió.

—Deje eso ahora mismo —su orden fue seca y autoritaria, y la mujer bajó la mano con la que sujetaba el auricular y lo devolvió a su lugar, muy seria—. Agente Lyne Bokana, departamento de homicidios de Seattle. Mi compañero Luther Gallagher. —Lo señaló con la cabeza.

—¿Qué quieren?

—Tenemos una orden de registro. Buscamos a Valentine Borderer. Según nos consta ha estado interna aquí los últimos catorce años. Haga el favor de pedirle al doctor Osmoord que venga. También necesitamos hablar con Jacob Gates y con el consejo del centro, del que según nos consta forma parte Paolo Santorini.

—Ni el señor Osmoord, ni el señor Gates están hoy aquí... Tampoco encontrarán a todos los miembros del consejo, lo siento...

—¿Paolo Santorini no está aquí?

—Me temo que no, lo lamento.

—¿Y el padre Thomas Jiggs?

La mujer negó con la cabeza, visiblemente nerviosa.

—¿Puede localizarlos? ¿Están en Seattle?

—No lo sé.

—Llámelos —ordenó Lyne, cada vez más impaciente.

—Queremos ver a la señorita Valentine Borderer —dijo Gallagher.

La mujer, que ya iba a llamar por teléfono a las personas requeridas por ellos, volvió a dejar el auricular. Miró a Lyne, y ésta asintió. Se irguió en su asiento y consultó en su ordenador.

—Ha habido una Valentine Borderer, aquí, efectivamente —dijo al cabo de unos segundos—, pero la doctora Flemming la dio de alta, ya no es paciente nuestra.

Lyne se adelantó muy nerviosa.

—No es posible, nos consta que la han traído de vuelta. Tenemos la orden que el juez Orson Harris ha dictado para su internamiento...

—Oh... —la mujer parecía rabiosa—. Pero no consta su ingreso en el sistema...

Lyne y Gallagher intercambiaron una mirada.

—¿Tiene una foto reciente de ella?

—Bueno, la que aparece en el sistema... —giró el monitor y se la mostró. Lyne se sorprendió del enorme parecido de Valentine con su madre, era su viva imagen.

—¿Puede imprimirla? —La recepcionista asintió de mala gana—. Haga varias copias. Y llame al doctor Osmoord.

Gallagher se volvió e hizo una señal a los técnicos para que iniciaran el registro.

—No pueden hacer eso, debo avisar antes...

—Tenemos una orden, señora —Gallagher se la mostró, y la mujer tuvo que resignarse, viendo con consternación cómo una brigada de policías se disponía a registrar el edificio. Uno de ellos se acercó a Gallagher cuando éste lo llamó aparte—. Buscad a Valentine Borderer —le susurró. Le entregó las copias de su fotografía que la recepcionista acababa de imprimir—. Tiene que estar aquí... maldita sea, no dejéis nada sin revisar, NADA...

El policía se fue a cumplir su cometido, y Gallagher regresó junto a Bokana mientras la mujer trataba de contactar con Osmoord.

—Lo lamento... No contesta...

—Insista.

La mujer enrojeció, pero obedeció. Al poco meneó la cabeza.

—Llame a Gates, y a Paolo Santorini.

La señora Higgins estaba cada vez más inquieta. Probó una y otra vez, hasta que quedó claro que no iba a conseguir nada.

—No puede ser casualidad, Gallagher —se quejó Lyne hablando en voz baja—. Joder, se han largado, y se han llevado a Valentine...

—Por una vez estoy de acuerdo contigo...

—Señora... —Lyne leyó su nombre en la chapita del mostrador—, Laura Higgins... Si apareciese alguna de las personas que le hemos indicado por esa puerta, o le devolvieran sus llamadas, háganoslo saber.

Lyne la fulminó con la mirada y le entregó su tarjeta. A continuación se fue tras Gallagher.

—¿Qué hay escaleras abajo? —le gritó a la señora Higgins.

—¿Abajo? El almacén, la lavandería, las cocinas... y el parking de los empleados, no encontrarán nada allí...

—Ya, deje que opinemos nosotros sobre eso... —gruñó Lyne. Cogió su transmisor—. Aquí Bokana... Quiero algunos hombres en las salidas del edificio, que vigilen por si Osmoord y compañía en realidad siguen aquí...

Las escaleras descendían adentrándose en las entrañas de la tierra, hacia los subterráneos. Gallagher y Bokana sacaron sus armas y avanzaron con prevención. Allí abajo todo estaba en silencio. Llegaron a un largo pasillo de

suelo encerado, al final del cual había una doble puerta con ventanas redondas acristaladas en su centro, a través de las cuales se podía ver lo que había al otro lado. Recorrieron el pasillo en silencio, tan rápido como podían. Tras las puertas, vieron un corredor al que se abrían varias habitaciones.

—Con cuidado, Bokana...

Lyne asintió. Traspasó las puertas y se adentró por el corredor. Gallagher la cubría de cerca. Fueron comprobando, una por una, todas las habitaciones. Eran celdas, y estaban vacías. Al fondo había más puertas. A Lyne le parecía un lugar de pesadilla, y sentía el pulso disparado. La ansiedad trepaba por sus entrañas de forma despiadada, porque presentía que se les estaba escapando una oportunidad de oro. Se colocó de costado contra las puertas y se asomó por uno de los ventanucos. Al otro lado todo estaba oscuro...

—Tal vez sea el parking...

—No hemos visto la lavandería, ni las cocinas...

Lyne asintió, empujó las puertas y se deslizó con sigilo hacia la oscuridad. Gallagher encendió su linterna y ella lo imitó. Vieron el almacén más adelante. Lyne encontró un interruptor de la luz y lo pulsó. No funcionaba. Aquello no pintaba bien. Avanzaron con cuidado, iluminando cada rincón, miraron en el almacén, más adelante entraron en las cocinas... No había nadie. El personal debería estar trabajando a pleno rendimiento, preparando las comidas del día, ¿dónde estaba todo el mundo?

Entonces oyeron el ruido de un motor, y echaron a correr. Lyne iba por delante, Gallagher trataba de seguir su ritmo. El parking estaba bajando una ancha rampa de cemento señalizada...

—¡Lyne espera!



Pero ella corría como un gamo, arma en mano, furiosa porque alguien trataba de escapar en coche. Vio los focos de una furgoneta que torcía a su derecha y se alejaba, vio que a lo lejos se abría el portón del parking, y vio que a su izquierda alguien corría en la oscuridad.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Joder!

Lyne apretó el ritmo y se abalanzó sobre aquella figura a toda velocidad. Un hombre corría por delante de ella en pos de la furgoneta. Gallagher no podía hacer otra cosa que correr para cubrirla, no tenía tiempo de avisar a los policías que estaban fuera para que detuvieran aquel vehículo, esperaba que lo hicieran, que estuvieran allí, como les habían ordenado...

—¡Bokana!

Pero Lyne no contestó. Vio su ocasión, el hombre que corría delante estaba ya muy cerca, era enorme, fornido, y se movía con agilidad... Saltó sobre él, dispuesta a derribarlo, cuando se oyó un disparo. Gallagher cayó a su espalda con un gemido y Lyne se distrajo al escuchar cómo se desplomaba. Cayó rodando al suelo y su presa se escapó. Hubo más disparos, alguien oculto en la oscuridad quería librarse de ellos... Lyne se incorporó. Había perdido su linterna... Debía de haberse apagado, porque no la veía por ninguna parte. Tampoco la de Gallagher. Empuñó su arma. No se veía a nadie, no se escuchaba nada... Hizo fuego hacia el lugar del que creía que habían llegado los disparos.

—¡Gallagher! ¿Estás bien? —aulló.

No hubo respuesta, y Lyne se temió lo peor. Un mal presentimiento se adueñó de ella. La furgoneta salió al exterior y el desconocido fue tras ella. Un nuevo disparo pasó muy cerca de su cabeza, y Lyne se asustó.

—¡Alto! ¡Policía!

Corrió hacia la columna que tenía más cerca y se escudó en ella. El portón del garaje se cerró y la oscuridad se hizo absoluta. Lyne apoyó la espada en la columna, el pulso disparado, la respiración agitada. Aquello era una encerrona. ¿Era Logan Anderson quien los atacaba? ¿O había más de una persona allí abajo?

Quiso avisar a sus compañeros, repartidos en el edificio, pero su transmisor no funcionaba. Habrían oído los disparos... ¿qué estaba pasando fuera? Dio un paso para bordear la columna, atenta a cualquier movimiento, cualquier sonido... Entonces hubo un fogonazo, muy cerca, y un disparo la alcanzó en el hombro. Lyne soltó un alarido y calló al suelo. La herida abrasaba su carne. Un segundo disparo le dio en el vientre... Quienquiera que fuera la estaba viendo perfectamente... La sangre manó de sus heridas a borbotones. Lyne se llevó las manos al estómago, y notó cómo la sangre salía, cálida y abundante. Un dolor intenso la obligó a encogerse sobre sí misma, apenas podía respirar...

Y entonces, algo se movió cerca de ella. Vio una figura envuelta en un halo azul cruzar la oscuridad como un rayo. Las lágrimas que el dolor le provocaba la cegaban, y no sabía decir qué era lo que veía. Le pareció que había más de una forma moviéndose alrededor... Luego oyó gritos, signos de pelea... Cerró los ojos y cayó boca arriba, mientras el suelo bajo su cuerpo se volvía frío y hostil y ella perdía el sentido... Algo tremendo estaba pasando, el ambiente se estaba enrareciendo, oía gritos, rugidos, golpes... disparos... y un fuego azul que lo llenaba todo...

Lyne cerró los ojos, segura de que iba a morir en aquel subterráneo. Había perdido la partida.

Cuando una mano se posó en su frente, estaba más allá de todo, el pulso débil, el frío recorriendo ya su cuerpo, el dolor en sus entrañas tirando de ella hacia el fondo de un abismo en el que se hundía sin remedio...

—Lyne... Lyne, despierta...

Esa voz... Alguien la incorporó y la colocó en su regazo. Sintió unas manos en su vientre, fuego ardiente sobre él, fuego que penetraba en ella y se expandía hacia el resto de su cuerpo... Luego la mano pasó al hombro herido y ese calor la abrasó, sintió que quemaba su carne y ese ardor llegaba hasta su garganta y subía hacia su mandíbula...

—Lyne, despierta... Estás bien...

Pero no lo estaba. Lyne abrió los ojos. Sus músculos eran mantequilla, su piel hervía, sus ojos hervían, tenía fuego en su interior... Alguien la estaba sujetando.

—Lyne...

Benjamin Northon. Aquella era su voz. Se inclinaba sobre ella, el hermoso rostro pegado al suyo. De su piel emanaba un halo azul, como el de un espectro, energía que desterraba las sombras del subterráneo.

—Gallagher... —murmuró Lyne—. Está...

—No lo sé... Sólo he podido ocuparme de ti. Te dije que si volvía a verte estarías muerta...

—Pero no lo estoy...

—No, por poco.

—Se han escapado...

—No todos.

—Por qué...

Lyne empezaba a recuperar su temperatura normal. Podía moverse, se llevó una mano al vientre. Ya no sangraba, aunque tenía la ropa empapada de sangre aún caliente.

—Benjamin...

—Ssssch... Volveremos a vernos, agente Bokana...

Northon se inclinó y la besó en los labios, y aquel fuego que emanaba de él pasó a ella, inundó su boca, bajó por su garganta y llenó su cuerpo. Lyne se desmayó.

Cuando los policías que habían llegado con ellos para hacer el registro aparecieron por fin en el aparcamiento, la encontraron tendida en medio de un charco de sangre, pero inexplicablemente ilesa. Gallagher estaba en estado crítico, malherido por herida de bala en el pecho, y Logan Anderson yacía sin vida al pie de una columna. Llevaba un arma con visor nocturno, y su cuerpo presentaba quemaduras muy profundas, como si un gran chorro de fuego lo hubiera calcinado. Estaba prácticamente irreconocible.

—Agente Bokana, ¿puedes levantarte?

El policía que estaba a su lado la miraba desconcertado. Lyne asintió. Estaba aturdida. Miró alrededor, pero ya sabía que no iba a ver a Northon. Se miró el vientre. Su ropa presentaba un agujero de bala, sangre... en su hombro también había indicios de que una bala la había alcanzado... pero no estaba herida. En su fuero interno sabía lo que había pasado. Northon la había salvado. De algún modo había hecho desaparecer sus heridas, igual que hizo desaparecer la cicatriz que Simon Pullman le dejó... No podía comprenderlo,

sólo podía sentirse agradecida. Acababa de volver a nacer.

Se levantó con ayuda del policía y se acercó a Gallagher. Aún se encogía un poco sobre sí misma, como si estuviera herida. Y es que su cuerpo no había tenido tiempo de asimilar que estaba curado. Ella misma no se lo creía... Northon, Northon la había besado. Ángel o demonio, ¿qué era ese sacerdote?

—Ya viene la ambulancia —dijo otro policía. Arrodillado junto a Gallagher, presionaba la herida de su pecho con las dos manos—. Está muy mal...

El detective yacía ensangrentado, boca arriba, con la mirada perdida.

—Gallagher, eh... —Lyne se acuclilló a su lado y retiró un mechón de pelo sudoroso de su frente helada. Luego apartó las manos del policía y presionó ella misma su herida, con fuerza, para impedir que siguiera desangrándose—. No se te ocurra morirte, viejo cabrón...

Gallagher, quien al parecer aún estaba consciente, ladeó la cabeza y murmuró algo. Lyne se agachó para escuchar lo que trataba de decir.

—...jódete... Bokaaa... nna.... Me mue... me muero... cuan... do... me de... la ga... ga... na...

«Hijo de puta...», pensó Lyne. Incluso a punto de morir tenía que tener la última palabra.

—¿Qué ha pasado con la furgoneta? —preguntó a los policías. Su mente iba despejándose por momentos.

—La furgoneta ha escapado, pero tenemos su matrícula...

—¿Y el tipo...

—Está detenido.

Lyne arqueó las cejas. Algo bueno, ¡al fin!

—Dice llamarse Gerome Azikiwe. Estamos comprobándolo, insiste en que está buscando a Valentine Borderer.

Lyne abrió la boca y la volvió a cerrar. ¿Quién era ese tal Gerome? Desconcertada, oyó la sirena de la ambulancia. Ya llegaba la ayuda. Miró sus manos. Las tenía llenas de sangre, de Gallagher, suya... Ninguno de los dos había llevado chaleco antibalas... Menudo, menudo... menudo error de principiantes...

## Capítulo 39



El aire acondicionado emitía un molesto zumbido en la sala de interrogatorios donde habían dejado a Gerome. Le habían quitado las esposas, y estaba sentado junto a una sencilla mesa, con un vaso de agua. A su espalda se abría la típica ventana de observación, con apariencia de espejo, y una cámara lo mantenía vigilado, colgando como un dedo acusador desde el techo. Esperaba que alguien fuera a interrogarle pronto.

Cuando al fin la puerta se abrió, una mujer entró. Era alta, muy guapa, esbelta, largas piernas, morena, ojos grandes y castaños y largo pelo atado en una coleta alta. Apartó la silla que quedaba libre junto a la mesa y se sentó frente a él. Dejó una carpeta entre los dos y cruzó las manos con un suspiro. Gerome aguardó a que se presentara. Aparentaba estar tranquilo, aunque por dentro se moría de angustia por haberse dejado coger y no poder ayudar a Valentine, por no hablar de que Pigeon estaría en alguna parte, esperando que fuera a buscarla.

—Soy la detective Lyne Bokana —dijo Lyne. Abrió la carpeta. Dentro había una ficha. Gerome se reconoció a sí mismo—. Es usted Gerome Azikiwe, ¿de Nigeria?

—Sí.

—Tiene sus papeles en regla...

—Llevo muchos años en Estados Unidos.

—¿Siempre en Greenwich Village?

—No, antes estuve en Harlem...

—Ah, sí, lo pone aquí... ¿No tiene familia aquí, señor Azikiwe?

—Mi familia está en Nigeria.

—mmm...

Gerome tragó saliva, impaciente porque aquella mujer le hiciera las preguntas correctas. Sus grandes manos estaban llenas de rozaduras por haberse peleado con un policía para tratar de escapar e ir tras la furgoneta negra que se había llevado a Valentine.

—Se revolvió usted con ganas... ¿Por qué estaba allí?

—Ya se lo he dicho a sus compañeros. Estaba buscando a Valentine Borderer.

—¿Qué relación tiene con ella?

—Es una buena amiga.



—¿Buena amiga... porque la conoce hace tiempo?

Gerome negó con la cabeza.

—Hace poco que la conozco. La recogí en mi taxi y la llevé a su casa cuando llegó a Nueva York.

Lyne se inclinó hacia delante, interesada. El rostro de Gerome no le inspiraba desconfianza, era franco, amable, atractivo. Sus imponentes rastas anudadas tras su fuerte cuello destacaban sobre su fisonomía de rasgos bien marcados, y sus ojos oscuros eran grandes, penetrantes... Su torso subía y bajaba bajo su camiseta con calma, aunque bajo esa calma Lyne percibía miedo, o tal vez impaciencia, o inquietud...

—Valentine según nuestros datos llegó en un vuelo de Seattle el veintisiete de marzo, sí que hace poco tiempo...

—Vive muy cerca de mi casa.

—¿Qué opina de ella?

Lyne asintió. Sacó una copia de la fotografía que habían obtenido de la joven en el New Hope y se la puso delante con intención. Quería ver su reacción. Gerome sonrió sin poder evitarlo.

—Es una chica espectacular, pero no lo sabe.

Lyne asintió.

—¿Siente usted algo por ella?

—Es difícil no sentir algo por ella.

Lyne recogió la foto y la guardó en la carpeta con aire pensativo.

—Sabemos que le están buscando los servicios sociales...

Gerome soltó una risita despreciativa.

—Puede decirle a Stacy Codenpage que no sé dónde está Pigeon.

—Pigeon Murphy.

—No la llame así, no le gustaría. Es Pigeon Didot. Prefiere el apellido de su madre. Es mi vecina. Sufre malos tratos de su padre y su tía, y siempre que puede se refugia en mi casa.

—¿Cuida usted de ella? —preguntó Lyne, ahora con tono más suave.

—Siempre.

—¿Y de Valentine?

—No como hubiera querido. Hoy se la han llevado y no he podido impedirlo.

—¿Está convencido de que iba en esa furgoneta?

—Estoy seguro.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque estaba allí cuando la metieron dentro.

Lyne le observó.

—¿A qué fue al centro psiquiátrico?

—A llevarme a valentine.

—Hay una orden de internamiento permanente para ella...

—Esa orden es un disparate, Valentine no quería volver, y si usted ha hecho bien su trabajo sabrá que su psiquiatra quería ayudarla. Ahora está muerta, ate usted cabos.

—Gerome, yo no soy tu enemiga. Busco lo mismo que tú. La orden de internamiento es falsa, la emitió un juez llamado Orson Harris contra ella por dinero. En estos momentos ya ha sido revocada, lo que significa que Valentine está siendo retenida contra su voluntad. De hecho, siempre ha estado retenida contra su voluntad.

Gerome la miró muy serio, el ceño fruncido.

—Cuéntame todo lo que sepas, por favor, es crucial para encontrarla, porque me temo... que su vida corre serio peligro.

Gerome apretó los labios. Analizó el rostro de Lyne, parecía decir la verdad. No perdía nada por buscar aliados que ayudaran a Valentine... Así que abrió la boca y le contó todo lo que había ocurrido, desde que recogiera aquel primer día a Valentine en el aeropuerto, hasta que desapareció mientras a él le entretenía un tipo haciéndole recorrer la ciudad dando vueltas. Lyne tomaba notas mientras hablaba, de vez en cuando asentía. Cuando entendió que había terminado su relato, repasó sus notas con cuidado.

—¿Quién es Konstantin?

—No lo sé.

—Dices que trataba de advertir a Valentine, que la ayudó cuando quisieron llevársela la primera vez de su nuevo apartamento...

—Así es.

—La llevó a un viejo almacén. ¿Sabrías decirme dónde está?

Gerome dudó. Si se lo decía, Konstantin no tendría dónde esconderse. Negó con la cabeza.

—¿No lo recuerdas o no me lo quieres decir?

—No se lo quiero decir.

—Entiendo... pero si no me lo dices, y no puedo corroborar tu historia, comprenderás que me va a ser muy difícil creerte.

—Lo comprendo.

—Y no vas a decirme dónde está.

—No.

—¿Llegaste a verlo alguna vez?

—No.

—Así que no puedes describírmelo.

—No.

—¿Y Pigeon?

—Supongo que ella sí.

—Y tampoco sabes dónde está.

—No lo sé. Escapó, eso si lo sé, pero es lista, no habrá venido a mi apartamento, no se acercará a ningún lugar que frecuentara antes.

—¿Por qué crees que quieren a Valentine?

Gerome alzó los ojos y sopesó su respuesta. ¿Le hacía algún mal si contaba la verdad? Creía que no. Tal vez le tomaran a él por loco.

—Pigeon dice que ella es especial, está convencida de que es una especie de ángel... —captó al vuelo el cambio sutil en la expresión de Lyne. Como si hubiera reconocido algo en lo que acababa de decir, algo que le era familiar—. Dice que brilla como un neón, pero yo no lo he visto.

Lyne se estremeció sin poder evitarlo. Benjamin Northon acudió a su pensamiento, su pulso se aceleró y sus mejillas se encendieron levemente.

—¿Usted la cree?

—Bueno, decía lo mismo de Konstantin, y Pigeon no es dada a fantasear. La vida que le ha tocado no ha dejado espacio para la imaginación. Tiene doce años, pero es la niña menos fantasiosa que conozco.

—Konstantin también brilla... Cómo, ¿como si emitiera un fulgor

azulado? —Lyne estaba describiendo lo que había visto en Northon.

—¿Usted también lo ha visto?

Lyne sacudió la cabeza.

—Dígame dónde está ese almacén, Gerome. Si encontramos a Konstantin, tal vez podamos dar con el paradero de valentine...

Gerome cerró la boca y bajó la vista. No iba a delatar al único que tal vez podía ayudar a Valentine. Un agente entró en la sala de interrogatorios y le susurró algo a Lyne en el oído. Le entregó un documento. Cuando se fue, Lyne lo abrió y estuvo estudiándolo un buen rato. Al fin lo cerró y volvió a encararse a él.

—Sabemos que tiene usted un hermano en Europa, Mbabe Azikiwe...

Gerome cambió de color y su rostro se tensó. Su hermano, Mbabe... ¿Pensaban utilizarlo para obligarle a hablar?

—¿Qué me dirías si te asegurase que podemos ayudarte a traerlo a Estados Unidos a cambio de que colabores?

Ahora el pecho de Gerome subía y bajaba más deprisa, y Lyne comprendió que podía presionarle con aquello.

—Dinos dónde está Konstantin, dónde tiene su almacén, y te prometo que arreglaremos los papeles de Mbabe para que puedas recuperarlo. Por lo que he leído, está teniendo problemas y ya lo han detenido varias veces... Podrían deportarlo pronto, ¿es lo que quieres?

—No deberían jugar con eso.

—No es un juego, es una oferta.

Gerome apretó los labios y calló.

—¿Y Pigeon? ¿Qué darías por tenerla bajo tu custodia?

Gerome alzó los ojos, arqueó las cejas y abrió la boca sin poder evitarlo.

—Envié una solicitud, pero no me han contestado...

—No consta ninguna solicitud, pero si es lo que quieres, tal vez podríamos mediar en ello. Pareces una buena persona y no veo motivo para que se te deniegue. ¿Qué me dices a eso?

Pigeon... libre del acoso de Codenpage, libre de Oliver Murphy... Gerome podía mantenerse firme si le hablaban de Mbabe. Sabía bien que su hermano estaba a punto de ser deportado y poco podía hacer él por ayudarlo. Además le había entregado sus ahorros a Pigeon... De los dos, Pigeon era la más vulnerable, sin duda alguna. Mbabe podía ser deportado, pero él ahorraría para lograr que pudiera viajar a Estados Unidos. Sin embargo, luchar contra el sistema, contra los servicios sociales, era adentrarse en arenas movedizas. Jamás le darían la custodia de la niña. Aunque aún albergaba esperanzas si su segunda solicitud llegaba a donde debía.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro. Pero no tardes. Valentine no tiene tiempo.

Lyne se levantó.

—¿Tienes hambre?

Gerome asintió, y Lyne le prometió hacerle llegar algo de comida enseguida. Salió de la sala de interrogatorios y le dio instrucciones a un compañero para que le dieran un bocadillo y algo de beber. Recorrió el pasillo y sacó su móvil.

—Soy Bokana... ¿Cómo está?

—Está estable. Ha salido de quirófano, le han sacado la bala del pecho. Por poco no le ha tocado el corazón, tiene suerte el muy cabrón —le dijo Bates—. No te preocupes, Bokana, tu compañero saldrá adelante...

—No sé si alegrarme...

Bates se rió.

—Te avisaré si hay cambios.

—Gracias...

—¡Bokana!

Lyne se volvió y vio a la superintendente al final del pasillo, haciéndole señas para que se acercara. Tenía mala cara, de hecho parecía tensa, furiosa... Entonces vio tras ella a dos hombres de traje oscuro y gafas de espejo. Por su pinta le pareció que eran del FBI. Las palabras de Ackerman durante su última conversación acudieron a su memoria. ¿Iban a archivar el caso? No podía ser, Pearson no lo permitiría... Caminó hacia ella nerviosa. De vez en cuando se llevaba una mano al vientre, como si en cualquier momento fuera a reaparecer el boquete que la bala de Logan le había abierto en el estómago. Le parecía sentir la herida, pero no estaba. Debía de ser algo psicológico. El hombro le dolía, y a veces le parecía que sangraba, pero todo



estaba bien.

—A mi despacho, Bokana —le dijo Pearson, el gesto duro, tensa, rígida... Sus ojos de gata acribillaban a aquellos dos tipos.

Lyne la acompañó, y los dos hombres las siguieron de cerca, en silencio. Cuando llegaron, Pearson se sentó a su mesa e invitó a Lyne y a aquellos desconocidos a tomar asiento donde pudieran.

—Estos son los agentes especiales Jon Donovan y Guy Spencer. Ésta es la agente Bokana, lleva el caso de Valentine Borderer. Su compañero Luther Gallagher está ingresado de gravedad.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Lyne—. Tengo a un testigo en la sala de interrogatorios, no quisiera...

—El caso ya no es nuestro —anunció Pearson con frialdad.

—¿Qué...

—Estos caballeros son del FBI, y asumen la responsabilidad de esclarecerlo, han venido a notificárnoslo. Es cosa hecha.

Lyne la miró estupefacta. Desvió la vista hacia los dos agentes y se topó con sus gafas de espejo, detrás de las cuales unos ojos la miraban sin dejarse ver.

—Hace catorce años ya archivaron el caso —los acusó con rabia—. ¿Acaso pretenden volver a hacerlo?

—Bokana, por favor...

—¡No podemos permitirlo!

—No vamos a archivarlo —dijo al fin Spencer, con verdadera parsimonia que soliviantó aún más a Lyne—, vamos a investigarlo. Es un asunto de importancia y gravedad suficientes como para que el FBI tome cartas en el asunto. Les agradecemos todo el trabajo realizado, y lamentamos la baja de su compañero. Ahora déjenlo en nuestras manos.

—¿Y ya está?

Los dos agentes se levantaron. Estrecharon la mano de Pearson y quisieron estrechar también la de Lyne, pero ella se la negó.

—Agente Bokana, por favor, acompañe a los agentes Donovan y Spencer a la sala de interrogatorios. El señor Azikiwe pasa a estar bajo su tutela desde ahora mismo.

Gerome... Gerome estaba esperando, tal vez dispuesto a revelar el lugar donde se escondía Konstantin. Lyne se quedó helada, mientras su cabeza daba vueltas a mil por hora.

—Lyne, por favor... —Pearson se aproximó hasta estar tan cerca que se rozaban la una a la otra—. Por favor, confía en mí, deja que yo me ocupe.

Lyne sostuvo su mirada unos segundos. Leyó en los ojos de la superintendente que estaba tan poco conforme como ella, su desconfianza, su rabia... Al fin asintió, y pasó por delante de aquellos dos tipos para salir del despacho. Su corazón latía desbocado; toda la ruindad del mundo, toda la maldad, la injusticia... parecían acechar tras su gafas de espejo.

Gerome ya había decidido su respuesta casi antes de que Lyne saliera de la sala de interrogatorios. Si era cierto que podían lograr que Pigeon pasara a estar bajo su tutela, merecía la pena darle a la detective la información que pedía a cambio. Además, dudaba que Konstantin volviera por ese almacén. Miró alrededor... No estaba atado, ¿por qué no estirar las piernas? Se levantó. No pasó nada. Así que dio unos pasos en torno a la mesa y se estiró, en toda su envergadura. Luego se acercó al espejo que tenía detrás y atisbó a través de él. No se veía nada. No podía decir si alguien le estaba observando. Se apartó y decidió echar un vistazo a través de la ventana junto a la puerta. Una persiana de lamas la tapaba. Abrió un hueco entre algunas lamas a la altura de sus ojos y miró entre ellas. Vio a la agente bokana marchar por el pasillo, y a dos tipos de traje cerrar filas tras ella. No le gustó su aspecto. No le gustó nada. Y adivinó, por la forma de andar de la agente, y por la cara de la otra mujer que iba con ella, que algo iba mal.

Cerró las lamas y se echó atrás. ¿Tenían esos hombres algo que ve con él? Con Valentine...

Entonces la puerta se abrió y un policía entró. Era alto y llevaba gafas oscuras. Llegó con una bandeja en la que había un bocadillo y un refresco. La agente Bokana estaba cumpliendo su palabra. Gerome se alegró de poder comer algo... Acompañó al policía hasta la mesa y esperó a que depositara la bandeja sobre la mesa. Alargó la mano para coger el bocadillo, cuando el policía detuvo su gesto.

—Ahora no.

—Por qué...

—No hay tiempo. Van a venir a por ti.

—Qué...

El policía se quitó las gafas y sus ojos color miel profundizaron en los suyos. Gerome sintió una gran conexión con él. De alguna manera supo que decía la verdad.

—Quieren cerrar el caso de Valentine y evitar que sigan investigando. En estos momentos están comunicándose a la agente Bokana. Luego vendrán a por ti. A partir de ese momento, tu seguridad se verá comprometida. ¿Me crees?

Gerome asintió, y el hombre retiró su mano de hierro de su antebrazo. Al instante la conexión con él se rompió. Le pareció que levitaba, le temblaban ligeramente las rodillas y el corazón había arrancado a latir con rapidez en su pecho. Gerome estaba desconcertado.

—Ahora vamos. No te detengas, por nada, ni por nadie...

—¿Quién eres?

No obtuvo respuesta.

Lyne abrió camino por el pasillo a los dos agentes del FBI. Los oía caminar a su espalda, como dos perros de presa, dos rothweillers perfectamente entrenados para matar. Le sacaban una cabeza —Lyne se consideraba alta con su metro setenta y cinco—, eran anchos de espalda, y sus brazos eran como piernas... Dos torres inamovibles, cabello rapado, trajes impolutos... Del FBI... A Lyne le parecía que ni siquiera podían estar seguros de que eran lo que decían ser. Pearson también lo pensaba, seguro que en aquel mismo momento estaba comprobándolo. No iba a dejar que se llevaran a Gerome

Azikiwe así sin más. Pearson no.

Por desgracia la sala de interrogatorios estaba allí mismo. A Lyne se le revolvían las tripas por tener que entregar a Gerome. Lo matarían en cuanto estuviera fuera de su protección; lo matarían, para eso lo querían, para acallarlo, y después lo harían desaparecer... Una sorda desesperación creció en su interior, impotencia, rabia... Esperaba que Pearson apareciera en cualquier momento y detuviera tan grotesca pantomima. Pero no lo hizo, y Lyne tuvo que indicarles la puerta. Los perros de presa olfatearon la victoria, pasaron delante de ella y entraron.

—¿Dónde está? —preguntó Spencer.

—Qué...

Lyne se quedó sin habla. Se había quedado fuera para no tener que ver la cara de decepción de Gerome Azikiwe. Le caía bien aquel nigeriano enorme. Pasó a la sala de interrogatorios: estaba vacía. Se obligó a tragarse una sonrisa de satisfacción. ¿Gerome se había largado?

—Estaba aquí... —se limitó a decir.

—Agente Bokana, ¿es esto alguna maniobra?

—¡No! ¡No! ¿Cómo iba a hacerlo? ¡Yo no sabía que ustedes iban a venir! ¿Cómo podría organizar algo así?

—Alguien lo ha ayudado —dijo Spencer.

Jon Donovan habló por su transmisor.

—Atención, ¡el sospechoso ha escapado! —Se volvió hacia Lyne—. Por su bien espero que no tenga nada que ver con esto, agente Bokana.

Su tono destilaba tanta rabia que Lyne no tuvo más remedio que sentirse bien. Frunció el ceño, cuando quería sonreír, se mordió el labio y los dejó pasar.

—¿A qué espera? —la urgió Spencer.

—¿Yo? Ya no estoy en el caso. Ahora es cosa suya...

Lyne les dio la espalda y se fue hacia su puesto de trabajo. Pretendía exhibir una tranquilidad que estaba lejos de sentir. No paraba de darle vueltas a la misma cosa: cómo había logrado Gerome salir del edificio sin que nadie lo detuviera. Miró alrededor, y se preguntó si la estarían vigilando. Debía suponer que sí. Se acercó a la mesa de una compañera y le pidió su móvil personal.

—Será sólo un segundo...

—Lo que necesites, Bokana.

Lyne marcó el número de Hilligan.

—Hilligan al habla.

—Hilligan, soy Bokana. ¿Estás vigilando a Borderer?

—Nos han dado orden de retirarnos. Soul ya está desmontando el equipo... No puedo creer que...

—Joder, yo tampoco... Voy a tener que llamar a Ackerman para darle la mala noticia... —Hilligan tardó un poco en entender.

—Sí.

—Pearson está furiosa. No soporta que tengamos que dejar el caso.

—Sí, sin duda.

—Voy a avisar a Bates, aún está en el hospital. Puede que no se haya enterado todavía.

—De acuerdo.

—Te llamaré en un rato.

Lyne le devolvió el móvil a su compañera y regresó a su mesa. Esperaba que Hilligan hubiera captado su mensaje y que mantuviera la vigilancia a los Borderer. Desde allí vio que Pearson discutía por teléfono. Debía de estar revolviendo medio mundo para recuperar el caso.

«Gallagher, no sabes lo que te estás perdiendo...»

## Capítulo 40



Ya era de día cuando Pigeon despertó. Descubrió que la camioneta circulaba por una autopista, a gran velocidad. No vio carteles que le indicaran cuánto habían avanzado. Su reloj indicaba que eran las doce del mediodía. A su lado, Arianna conducía tranquila y relajada. No parecía cansada.

—¿Has dormido bien? —preguntó, y una sonrisa se desprendió en su hermoso semblante. Bajo la luz del sol aún se veía más puro y perfecto.

—Me siento bien —reconoció Pigeon—. ¿Dónde estamos?

Arianna sonrió.

—Estamos cerca, pero hay que darse prisa.

Pigeon se enderezó y se estiró para desentumecer sus músculos. El paisaje era muy boscoso a ambos lados de la ancha calzada. Apenas había tráfico. A lo lejos se alzaba una cadena montañosa cuyas cumbres nevadas resplandecían bajo la luz del sol.



—¿Estás segura de que vamos bien?

—Sí.

—¿A Seattle?

—No.

—¿No?

Pigeon se asustó, fue a protestar, tenía que explicarle a Arianna que ella quería ir a Seattle, que Valentine estaba en el New Hope Psychiatric Center, pero antes de que dijera nada, Arianna la miró con aquellos ojos maravillosos.

—No te preocupes, Pigeon. Valentine ya no está en Seattle.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé.

—Pero se la han llevado al psiquiátrico, Gerome me lo dijo en su mensaje...

—Y tenía razón. Pero la han trasladado.

—¿A dónde?

—Al norte.

—¿A dónde?

Arianna sonrió.

—No te preocupes por eso. Nosotras estamos yendo a Shoreline. Llegaremos a nuestro destino al anochecer.

—Shoreline... ¿Qué hay allí?

—Algo importante para ti.

Pigeon se estremeció. Miró hacia delante. El sol acariciaba su rostro. Recordó lo mucho que le gustaba a Valentine que le diera el sol en la cara, cómo solía buscarlo y se quedaba un rato bebiendo su energía...

—¿A ti también te gusta el sol?

—El sol es energía, nos da vida a todos.

—Pero a vosotros más.

—¿A nosotros?

—A ti, a Valentine, a Konstantin...

Arianna sonrió.

—¿Es energía lo que hace que brilles?

De nuevo Arianna asintió, y pigeon se emocionó. Tal vez aquella mañana estuviera más dispuesta a responder sus preguntas.

—¿Brillas cuando tú quieres?

—No.

—Entonces sólo cuando te emocionas.

—Sí.

—¿Por qué?

—Forma parte de mí.

—¿Por qué yo puedo verlo y otros no?

—Porque estás más abierta a creer ciertas cosas. ¿Crees en Dios?

Pigeon se encogió de hombros y arrugó la nariz.

—Puede que haya algo más, pero ahora creo más en la magia —dijo mirándola con sus ojos azules fijos en ella.

—Hay mucha gente que ya no cree en nada.

—Yo creo en la magia —aseguró Pigeon.

—Ya lo sé.

—¿Qué van a hacer con Valentine?

—Quieren destruirla.

—¿Van a matarla?

—Pretenden matar lo que es, cambiarlo. Entonces será un monstruo. Y todos estaríamos un poco más cerca del precipicio.

—¿Quién querría hacer algo así?

—Por suerte Valentine no está sola.

Pigeon reflexionó.

—¿Eres Mr. Doggy?

Arianna se rió a carcajadas, y su risa era maravillosa. Pigeon sonrió, pero quería una respuesta. No encontraba otra explicación a todo lo que había pasado con el extraño gato. Y Arianna se movía como un gato. Y tenía sus ojos.

—Haces muchas preguntas, Pigeon.

—Ya, y nadie las contesta... Aún no sé que pinto yo en todo esto...

—Estás justo en el centro.

Pigeon suspiró.

—El centro nunca ha sido un buen sitio para estar, es donde te caen todas las tortas.

Arianna se rió de nuevo. Entonces tomó un desvío y abandonó la autopista.

—¿Tienes hambre?

—Sí, pero, ¿no deberíamos continuar?

—Podemos parar y comer algo. Yo también necesito descansar.

Arianna buscó un área de descanso y aparcó en ella. Bajaron de la camioneta y se sentaron junto a un árbol, aprovechando el buen tiempo. La primavera se estaba dejando sentir y la temperatura era suave. Compartieron lo que tenían y después dieron un paseo para estirar las piernas. Luego reanudaron el camino.

Tal y como había dicho Arianna, alcanzaron los límites de Shoreline al anochecer. Arianna le explicó a Pigeon que se dirigían a Highlands, una comunidad en el extremo norte de los límites de la ciudad de Seattle.

—Sólo podemos entrar a través de una puerta de seguridad que se encuentra al oeste.

—¿Cómo lo sabes?

—Estamos donde debemos.

—¿Y Valentine está aquí?

—Sí.

Arianna frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Se nos acaba el tiempo.

—¿Cuánto falta?

—No mucho. La puerta de acceso está a cinco kilómetros...

El cielo se iba oscureciendo rápidamente, y las primeras estrellas se apreciaban ya. Arianna encendió los focos del vehículo y apretó el acelerador. Al cabo de diez minutos llegaron a una barrera, como un peaje, pero allí no había nadie. Pigeon estiró el cuello. ¿Cómo iban a pasar? Arianna no parecía preocupada. Detuvo la camioneta y esperó. De pronto la barrera se levantó y ella arrancó el coche.

—¿Cómo la has abierto?

—Tengo permiso.

Pasaron el acceso y enfilaron la carretera a su derecha.

—Mira, ahí...

Arianna señaló una Iglesia de forma circular, solitaria en medio del bosque, con una gran torre que apuntaba al cielo estrellado como una aguja. Se levantaba de la tierra, construida en piedra oscura, con un pórtico gótico siniestro a aquella hora de la noche. No se veía a nadie.

Dejaron la camioneta junto al pórtico y bajaron.

Valentine abrió los ojos. El sedante que Osmoord le había proporcionado la había dejado sin sentido, pero no tenía manera de saber cuánto tiempo. Parpadeó, confusa, y trató de moverse. Estaba de pie, pero atada, sin saber, porque no podía ver, que la habían metido en la espantosa cápsula. De pronto, a medida que su conciencia regresaba, sintió que Konstantin estaba allí mismo, a su lado. El horror trepó por su pecho, se aferró a su garganta y devoró el grito que hubiera deseado proferir. Empezó a sentir su fuego recorriendo su cuerpo, como dulces descargas. ¿Por qué estaba allí? ¿Lo habían atrapado? Entonces estaba definitivamente sola...

—Valentine...

Ella no pudo hablar, las lágrimas corrían por sus mejillas. Abrió los ojos, sin ver, anhelando poder mirarle. Ante ella distinguía una sombra oscura. Sabía que Konstantin estaba en la misma situación que ella, tenía que ser así, o ya la habría liberado.

—Valentine, no tengas miedo.

—Konstantin... —logró decir ella—. Oh, Dios mío...

—Valentine, mírame... Puedes verme... Abre los ojos...

—No puedo, no veo nada...

De pronto sintió sus dedos rozando los suyos, apenas las puntas de sus dedos, pero suficiente para enviar a través de ellos una potente descarga de energía que sacudió su organismo, como aquella vez en el salón de su apartamento... Un fogonazo de luz estalló en su mente, en el mismo centro de su frente, y todo fue claridad, mientras Valentine se arqueaba, con la energía vital de Konstantin recorriendo sus venas, sus músculos... Luego todo se volvió negro.

—Despierta, Valentine... debes despertar... No hay más tiempo. No tengas miedo...

La voz de Konstantin era suave, la atraía, como en un baile, y ella quería ir hacia ella. Se esforzó por acercarse, se empeñó en ello...

«Despierta, despierta...»

Y de pronto lo vio. Como ocurrió en aquella ocasión, cuando pudo ver a Gerome por un momento, sus ojos le permitieron contemplar el hermoso rostro de Konstantin. Estaban los dos en el interior de un cilindro acolchado, iluminado por un panel en el techo en forma de cono. Los habían atado juntos, de pie. Konstantin la miraba con unos profundos ojos azules. Sonrió, y Valentine quiso estrecharse contra su pecho. Por fin podía verlo, estaban tan cerca... y no podía tocarlo... Konstantin la atravesó a través de los largos mechones de pelo oscuro que le caían sobre el rostro.

—Ahora me ves...

—Te veo...

—Entonces ya estás despierta. He llegado justo a tiempo.

—No comprendo...

Konstantin sonrió.

Valentine bebió de su mirada del color del profundo océano, segura de que su corazón le pertenecía. Latía desbocado en su pecho, al compás del de Valentine. Entonces vio que de él emanaba un aura azul de increíble belleza, desplegándose hermosa alrededor, llenando aquel espantoso cilindro de estrellas... uniéndose a la que ella misma emitía. Abrió la boca, asombrada. Podía ver perfectamente que era como había dicho Pigeon, brillaban como



luces de neón.

—No llores, por favor... Esto no es el final, como piensas.

—Konstantin, sácame de aquí...

—No hace falta —susurró él—. Ellos van a liberarte. Espero que Northon tenga razón...

—Qué...

—Silencio —le advirtió Konstantin.

Entonces oyeron pasos. Osmoord se asomó por la única compuerta del cilindro. A su lado apareció Jacob Gates, de estatura mediana, delgado, con aquellos ojos oscuros tras las gafas de aumento y el pelo ralo de un hombre de unos sesenta años. El hombre que estaba trabajando para obtener la «cura», el hombre que había creado las pastillas que habían logrado que no tuviera pesadillas... Aunque, pensó Valentine, llevaba muchos días sin tomarlas, y no había vuelto a soñar. ¿Qué significaba eso? Al fondo vieron a alguien más, al menos otras dos personas. Una era un sacerdote, la otra un hombre formidable, enorme, y hermoso, cuyo cuerpo refulgía incandescente en la oscuridad. Parecía un demonio...

—Paolo... —murmuró Valentine.

Reconoció al cura, muy envejecido, pero era él, el hombre que la llevó de la mano al psiquiátrico, el hombre que había destituido a Amanda, el que pretendía encerrarla para siempre. Llevaba una sotana negra con un fajín morado y un solideo sobre la coronilla del mismo color, lo que le distinguía como obispo. Había ascendido dentro de la iglesia.

—Buenos días, Valentine... O debería decir, buenas noches —saludó

Paolo.

Se acercó, y Osmoord y Gates se apartaron.

—No ha sido fácil reuniros —reconoció mirándolos a los dos.

Konstantin no dijo nada. Mantenía sus ojos fijos en Valentine, y una sonrisa confiada iluminaba su rostro. Valentine no comprendía por qué sonreía. Sus dedos continuaban entrelazados con los de él, y aquella sobrecogedora corriente que circulaba entre los dos se mantenía. Valentine se sentía segura pudiendo tocarle, su pecho estaba lleno de una fuerza cálida que hacía latir su corazón con fuerza.

—Vaya... Es cierto que sois almas gemelas... —Paolo alargó la mano y rozó con los dedos aquel aura mágica que llenaba la cápsula. Hubo un chisporroteo y sus dedos se iluminaron con un fulgor anaranjado. Paolo apartó la mano—. Todo es justo como debe ser...

—Por qué haces esto, Paolo... —suplicó Valentine.

—Porque tu padre siempre quiso algo mejor para ti.

—Mi padre... Está muerto...

Konstantin apretó su mano.

—No, querida... Jake Borderer vive, y tu madre también. Están deseando volver a verte.

—Mis padres murieron en el incendio, usted me lo dijo...

—Bueno, te mentí.

Valentine abrió la boca, sintiendo que se ahogaba. Konstantin apretaba con fuerza sus dedos, los ojos fijos en ella, penetrantes, como si quisiera decirle algo importante. Valentine lo miró, y sintió todo el amor que él sentía hacia ella, y dejó que ese amor recorriera su alma. Pero la herida que las palabras de Paolo le estaban causando era profunda. Se volvió hacia el obispo.

—Todo este tiempo, ellos han sabido de mí...

Paolo asintió.

—Esperaban este momento. No estabas preparada aún para reunirte con ellos.

—Preparada, para qué...

—Para ser como yo.

Entonces el hombre formidable que estaba al fondo se aproximó. Su piel ardiente emitía un fulgor de fuego, sus ojos ardían, hermoso, perfecto... y terrible. Jonas la miró con algo parecido al amor, pero no lo era, era otra cosa, y a Valentine se le encogió el corazón.

—Jonas es tu hermano —le explicó Paolo—. Ha tenido que pasar mucho tiempo solo antes de ser perfecto. Y lo ha hecho por ti, para que tú pudieras llegar a este momento, mientras preparábamos la «cura».

—Quieren que seas como Jonas —susurró Konstantin con tristeza—. Él nació así, pudo cambiar, pero Paolo se ha asegurado de que se convierta en lo que ves. El mal...

—Jonas ha escogido —dijo Paolo, y sus ojos grises refulgieron de

pronto con un fuego abrasador.

Valentine se asustó. Paolo... era como ellos, como Jonas, como un demonio... Le pareció que su figura aumentaba de tamaño, hasta parecer tan grande como Jonas, su rostro pálido encendido en la oscuridad. Junto a ellos, Osmoord y Gates parecían insignificantes.

—Cuando la «cura» haga su efecto en ti, Valentine, te unirás a nosotros, y tu padre te recibirá, redimida al fin. Gracias a Konstantin.

—Qué...

—¿Sabías que fue Konstantin quien te sacó de tu casa en Lynnwood la noche del incendio? No debía estar allí, pero me desobedeció, se las arregló para burlar a tu hermano, y llegó hasta ti. Estabas muerta, desangrada, te habías precipitado escaleras abajo, pero él te devolvió la vida, y al hacerlo te entregó parte de su alma... Lo que sientes por él no es amor, Valentine, es la atracción lógica de dos mitades de una misma cosa. La parte de su alma que te entregó, anhela volver a él... Entonces creímos que todo estaba perdido, nuestro esfuerzo por cambiar lo que la naturaleza había estropeado cuando naciste distinta, habían fracasado, estabas contaminada, reforzada tu naturaleza con su misma energía... Por eso te encerramos, y funcionó. El doctor Gates ha trabajado mucho para vencer tu resistencia a ser una de nosotros, a ser como Jonas, en vez de como Konstantin —ahora había odio en su voz—. No logró cambiarte, pero pudo frenarte, adormecerte.

Konstantin no apartaba la mirada de Valentine. Quería decirle algo, Valentine lo sintió. Sus dedos apretaban los suyos, enviándole una constante corriente de amor.

—Ahora al fin ha encontrado el modo de cambiar lo que eres... en lo que somos. Tu padre estará orgulloso de tener al fin dos hijos como merece la familia Borderer, a su imagen y semejanza. Tú, Valentine, eras una aberración en su linaje, una anomalía. Ahora todo eso quedarás atrás, y podrás ser libre.

—Y Konstantin...

—Sin él, no habría «cura» posible. Su alma está en ti. Debe estar cerca para que la «cura» funcione... Al cambiar tu alma, la mitad que está en ti, su mitad, cambiará también, y él perecerá. El equilibrio quedará restablecido. Gracias Konstantin.

Él sonrió a Valentine con fiereza, confiado, seguro. No respondió. Valentine no comprendía.

—Konstantin te ha despertado, no sabía que eso hará que todo sea más rápido y seguro...

—Mi ceguera...

—Tus ojos no pueden ver, tú sí. Lo lamento, es un efecto de la medicación, no del fuego. Pero estando despierta esa tara física no te impedirá ser fuerte y poder ver el mundo... Bien, esta cápsula es sólo para evitar que podáis escapar. No tengas miedo, pronto serás libre.

Paolo se apartó y Gates ocupó su lugar.

—Hasta pronto, Valentine —susurró Jonas. Era aterrador.

—No, ¡no!

Gates sacó una jeringa con un líquido rojizo en su interior, y la golpeó con los dedos. Apretó el émbolo y se aseguró de que no hubiera aire en el interior.

—Te dolerá...

Entonces la acercó a su brazo. Valentine se revolvió, pero las correas tensaban su cuerpo y no podía hacer nada. Miró con horror cómo Gates acercaba la aguja a su vena y la introducía a través de su piel. El pinchazo escoció, y sintió que un fuego abrasador la quemaba. Entonces buscó a Konstantin, los ojos anegados en lágrimas. Sus dedos apretaban los suyos.

—No tengas miedo, Valentine —murmuró él—. Ya estás despierta. Escoge bien.

Gates se retiró y cerró la compuerta sin tocar a Konstantin.

Entonces un fuego devorador se extendió por el brazo de Valentine y se precipitó en su torrente sanguíneo, lenguas candentes que avanzaban hacia su corazón, lamiendo sus arterias, devorando sus defensas... Le faltó el aire, se retorció, y su aura azul estalló en un fogonazo demoledor que implosionó dentro de la cápsula. Konstantin se contorsionó, las venas del cuello hinchadas, y su luz azul, tan hermosa y brillante, de pronto se ennegreció y empezó a extinguirse. Valentine aulló al comprender que lo que le estaban haciendo a ella, lo estaba matando a él.

Una luz cegadora brilló a través de las ranuras del artilugio. Paolo y Jonas aguardaban expectantes. El móvil de Paolo sonó.

—Sí.

—Cómo va todo.

—Ya está ocurriendo, pronto todo habrá acabado.

—Has traído a Jiggs. ¿Era él el traidor?

—Sí.

—Bien. Me ocuparé de él. Llámame cuando todo acabe. Quiero a mis hijos conmigo cuanto antes. Northon está cerca, lo presiento.

—No puede hacer nada. Es tarde.

Paolo colgó.

—Tu padre os espera, Jonas.

El suelo temblaba, la cápsula bailaba, mientras una energía poderosa se liberaba en su interior.

Arianna y Pigeon esperaban junto a la iglesia. Pigeon estaba impaciente, miraba su reloj, luego alzaba la vista al cielo, un firmamento límpido, inmenso, preñado de estrellas brillantes.

—¿A qué esperamos? —se quejó.

—Ya vienen.

Arianna señaló un vehículo. Sus focos las deslumbraron. Se aproximaba por el mismo camino por el que habían llegado ellas. Pigeon miró a Arianna sin comprender, y entonces descubrió que ya no estaba. A su lado Mr. Doggy alzó su cara felina hacia ella y maulló. Se frotó contra sus piernas, y luego trotó hacia el vehículo, que se detuvo. Pigeon miraba al gato anaranjado con la boca abierta, sabiendo que Mr. Doggy era Arianna, pero incapaz de asumirlo todavía. Las luces del coche se apagaron, y las puertas

delanteras se abrieron. Pigeon, que aún estaba deslumbrada, sólo vio una sombra que bajaba del asiento del conductor. Mr. Doggy trotó hacia él. Del lado del copiloto salió otra figura, grande, oscura. Pigeon dio un paso atrás, de pronto desconfiada. ¿Dónde estaba Valentine? Esa segunda figura caminó hacia ella. Según se aproximaba, Pigeon vio que era un hombre. Tuvo miedo. Sus ojos azules empezaron a recobrase, y poco a poco le permitieron ver en la oscuridad... Y entonces, sin poder creerlo, descubrió que ese hombre que caminaba hacia ella era Gerome.

Abrió la boca. Eran sus rastas, su imponente figura, su piel negra, sus ojos intensos. Sonrió. Era su sonrisa.

—No ha mentido —fue todo lo que dijo.

Abrió los brazos y se agachó un poco.

—Pigeon...

A Pigeon se le llenaron los ojos de lágrimas, el corazón se le disparó, una emoción tan grande llenaba su pecho que apenas podía respirar. Se arrancó del suelo al que se había anclado por el miedo y corrió hacia su amigo, hasta enterrarse entre sus brazos. Gerome la estrechó con fuerza y la levantó en el aire, dando vueltas, mientras ella besaba su cara y reía y lloraba a la vez.

—¡Has venido! ¡Has venido! —chillaba feliz.

Gerome no la soltaba, sintiendo en el fondo de su corazón que estaba donde debía, junto a aquella criatura que lo era todo para él. Aún no podía creerlo, no podía creer que las cosas se estuvieran desenvolviendo así, como una curiosa madeja hecha de un hilo que no había visto jamás. Al fin soltó a Pigeon y la depositó en el suelo, con ternura y delicadeza. Se arrodilló para poder tener los ojos a la altura de los de ella.



—Pigeon...

—Gerome, ¿cómo es que estás aquí?

—Él me ha traído.

Gerome giró la cabeza y señaló hacia el coche. Un hombre estaba junto a la puerta, con Mr. Doggy entre sus piernas. Era alto, muy bello. Se adelantó un paso y sonrió a Pigeon.

—Pero y Valentine...

—No debes preocuparte por Valentine —dijo el desconocido—, ella está bien acompañada. Era primordial ponerte a salvo, Pigeon.

—Konstantin está con ella —sonrió Gerome.

—Ellos creen que al tenerle a él han ganado la partida, pero está claro... dijo Benjamin Northon, que se equivocan. Valentine será más fuerte que la «cura», su alma tal vez cambiará, pero eso no decidirá las cosas, no ahora que por fin está despierta.

Pigeon no comprendía nada. Miró a Gerome, y él sonrió. La besó en la frente y se levantó. La tomó de la mano.

—Gracias —le dijo a Northon.

—Gracias a ti, por cuidar tan bien de ella. Recuerda, protégela. Es importante en esta guerra.

—Seguiré haciéndolo.

—Lo sé. Pigeon Didot, tu madre siempre supo que eras especial.

Northon se aproximó y puso su mano sobre su hombro. Sus ojos refulgieron en la oscuridad, azules y penetrantes, y Pigeon sintió que levitaba, una paz inexplicable.

—No estás sola... Pigeon. Eres una más, ya llegará el día para ti también.

Aquel hombre sonrió, y Pigeon creyó que subía al cielo, extasiada, feliz... Incluso Gerome percibió, a través de su mano, la energía que él estaba transmitiéndole a la niña. Northon le había contado muchas cosas desde Seattle, pero aún no lograba asimilarlas. Sólo esperaba que tuviera razón respecto a Valentine.

—Por favor, qué sois...

—Qué somos, Pigeon. Tú también...

Pigeon miró a Northon, luego buscó a Mr. Doggy.

—Su misión es protegerte —dijo Benjamin—. Y a Gerome, que a partir de ahora cuidará de ti. No te preocupes más por Codenpage, ella no volverá a molestarte —sonrió.

—Pero qué... somos...

—Somos la luz, la vida, una extensión de este maravilloso universo, esa vida está en nosotros, fluye a través de nosotros, puedes verla y sentirla, como yo...

—¿Y Gerome?

—Él también, pero le cuesta creer. La humanidad ha olvidado su papel en este universo, hace milenios que dejó que la oscuridad les privara del conocimiento, las personas tienen miedo, porque la oscuridad oculta la verdad. No están preparados para «ser».

Benjamin sonrió.

—Paolo y los suyos creen que pueden ganar la partida y desequilibrar el mundo tal y como lo conocemos, pero se equivocan. Las piezas están donde deben estar.

—Ahora ve con Gerome, buscad un nuevo lugar donde estableceros.

—¿Y no volveré a veros? ¿A Mr. Doggy? Y Valentine, y Konstantin...

—Volverás a vernos. Mr. Doggy siempre irá donde tú vayas. Protégela, Gerome.

Benjamin se volvió hacia él.

—Cuidaré de ella.

Benjamin se volvió hacia Mr. Doggy.

—He de irme, es la hora.

Mr. Doggy se enredó entre las piernas de Pigeon y ronroneó. Entonces Benjamin se alejó, montó en el coche, arrancó el motor y se alejó. Cuando sus luces se extinguieron en la distancia, Pigeon alzó los ojos hacia su amigo. No soltaba su mano, como si fuera a desaparecer.

—¿Qué va a pasar con mi padre?

—Oliver y tu tía Dirdre han salido, pero no debes preocuparte más por ellos.

—¡Libres! No me parece justo que los hayan dejado ir... —dijo Pigeon con rencor.

—Ésta es mi chica —se rió Gerome—. Pagarán, no te quepa duda. Pagarán por todo el mal que han hecho. Pero de eso se ocupará Benjamin Northon. Me ha dicho que Oliver una vez fue como vosotros, pero que lo ha olvidado, consumido por el odio y la influencia de su perniciosa hermana.

—Eso es imposible, es un borracho... No entiendo cómo mi madre se casó con él.

—Parece que eres más como él de lo que crees —murmuró Gerome—. Es una suerte que tu madre le quisiera, o tú no existirías.

Pigeon frunció el ceño.

—¿Y a dónde iremos?

—Bueno, no lo sé.

—Por suerte no he gastado ni un dólar de tu dinero.

Pigeon sacó los quinientos dólares en el sobre donde los había guardado y se lo entregó.

—Mr. Doggy me ha traído hasta aquí —se encogió de hombros y sonrió

a Gerome.

## Capítulo 40

### b

El orfanato St. James se alzaba ante Lyne oscuro y silencioso. No lo había imaginado así, un edificio bajo de dos plantas, de ladrillo, con oscuras ventanas, los cristales rotos, el tiempo y el abandono corriendo a través de sus muros, la maleza y el tejado. Lyne comprobó su móvil. Tenía muchas llamadas perdidas de Pearson. No podía contestar, si lo hacía, la superintendente le prohibiría entrar allí, y no estaba dispuesta a obedecer. Luego sacó el nuevo teléfono con el que se había hecho para no utilizar el suyo. Tenía un mensaje de Hilligan.

«Te tengo. Llámame en cuanto puedas».

—Ahora no puedo, Hilligan. Después... —murmuró Lyne.

Se enfrentó al viejo orfanato.

«¿Estás dispuesta?», se preguntó. Lo estaba. Quería saber la identidad del misterioso mellizo de Valentine Borderer. Soltó el aire para liberar la tensión y subió la escalinata cubierta de hojas secas y ramas que daba paso al interior. La doble puerta de madera oscura que era la entrada estaba cerrada, y

sobre ella el nombre del viejo orfanato en letras de bronce lucía herrumbroso y triste.

«St. Joseph...»

Una gruesa cadena de hierro enlazaba las dos hojas de la entrada, atadas con un candado de seguridad. Ya lo había previsto. Llevaba una bolsa a la espalda, y dentro había metido una cizalla. La sacó se acercó a la cadena y la utilizó para romperla. Le costó, pero la cizalla estaba diseñada para ello. Cuando la cadena cedió y se partió, tiró de ella y la dejó caer al suelo. Volvió a meter la herramienta en la bolsa. Ahora las puertas estaban abiertas. Sacó sus ganzúas y forzó la cerradura. Luego se levantó, las empujó, y observó la quietud oscura que tenía ante ella. Era de noche, y aunque no había nubes que cubrieran el cielo, nada podía desterrar esa oscuridad antigua, apelmazada.

Lyne dio un paso y se adentró en esa oscuridad. Sacó una linterna de su bolsa de los recursos, la encendió, y apuntó su potente haz de luz hacia esas sombras, cortándolas como si llevara un cuchillo. Estaba en el vestíbulo. ¿Dónde estarían los archivos?

Lyne suspiró. Iba a llevarle un buen rato encontrar lo que buscaba, si es que seguía allí. Tal vez Ackerman se equivocara, tal vez ya se habían ocupado de borrar cualquier respuesta a sus preguntas.

Alumbró alrededor. La recepción estaba a su derecha. A su izquierda se abría la cocina, un comedor, un almacén, una biblioteca... Las escaleras sin duda conducían a las habitaciones del personal y de los niños... ¿Y abajo?

«Joder, lo que busco siempre tiene que estar abajo... No me gusta abajo...»

Lyne se dirigió a las escaleras y empezó a descender hacia lo que seguramente eran los sótanos del edificio. Los peldaños estaban llenos de

papeles rotos, quemados, arrugados, desperdicios, latas de cerveza, hojarasca... Algunas ventanas estaban rotas, así que los vándalos solían colarse allí a beber y otras cosas, supuso. Podía haber entrado por la ventana, tal vez.

«No... No soy una ladrona, soy una persona civilizada», se dijo con sorna. Siguió bajando, penetrando la tierra, hasta que se le acabó la escalera. Una rata se cruzó con ella, y Lyne dio un respingo.

—...put... —refunfuñó furiosa.

Odiaba las ratas. Alzó el haz de su linterna y barrió la oscuridad que la rodeaba. Había un viejo almacén delante de ella. La puerta que originalmente lo cerraba había desaparecido, y sus goznes desnudos brillaron al iluminarlos. Lyne entró y echó un vistazo. Olía muy mal, a orines, a cerrado, a... No había oxígeno. Normal, tampoco había ventilación, nada de ventanas... Había muchas estanterías repartidas en un amplio espacio. Las fue recorriendo, pero sólo mostraban polvo acumulado, telarañas y excrementos de rata... Seguramente había sido donde guardaban los archivos, pero ya no estaban.

Lyne se guardó su frustración. No podía ser tan fácil, ¿verdad? Allí no había nada para ella. Salió y buscó algo más allí abajo. Pero aquel sótano era todo. Subió de vuelta al vestíbulo, y probó en recepción. Era una pequeña estancia con un mostrador abierto a la entrada y un cristal protector. La mesa desde la que atendían las visitas estaba arrinconada, el ordenador había desaparecido, sus cables asomaban desde el suelo y caían sobre la mesa como una ramillete inútil. La silla estaba reventada, y la espuma del asiento se desbordaba negruzca y roída. Más suciedad, más polvo, pintadas obscenas en las paredes. Lyne pasó de la recepción y decidió subir a la segunda planta, donde estaban los dormitorios. No tenía muchas más alternativas, y no le parecía que en la cocina o el comedor fuera a encontrar lo que buscaba.

Llegó a un pasillo ancho y recto. A su derecha estaban los dormitorios de los críos, uno tras otro, con puertas oscuras enrejadas. Daba escalofríos...



A su izquierda estaban los dormitorios del personal. No tenían rejas. Lyne soltó un exabrupto y caminó sin saber por dónde empezar. Al fondo, su linterna iluminó una de las puertas, y vio una placa: Paolo Santorini.

«Bingo...»

Si había algo en aquel lugar, tenía que estar allí. Lyne empujó la puerta. Estaba atascada, hinchada por la humedad.

«Mierda...»

Se echó atrás, cogió impulso, y se lanzó con fuerza contra ella. ¡BOOM! Nada... De nuevo, con más ímpetu... ¡BOOOOM! Nada... A la tercera, chilló, y golpeó con su hombro, empleando su cadera para ganar fuerza adicional. Un dolor intenso estalló en su articulación cuando chocó con la madera maciza de la pesada puerta, pero ésta cedió. Lyne cayó al otro lado y su linterna rodó, con su haz de luz bailando por el suelo. Lamentándose, gateó para recuperarla. Luego se puso en pie, se frotó el hombro dolorido... Iluminó la estancia. Había una cama en un rincón, sin colchón ni mantas, el somier reventado...

Había un escritorio bajo la ventana. Al enfocar su linterna sobre su superficie, descubrió que sobre él había algo. Lyne se acercó. Una carpeta, y en ella una nota.

—Qué...

La iluminó y leyó. Estaba escrita a mano con letra pulcra y perfecta.

«Algunas respuestas para ti. B.N:»

Benjamin Northon... Lyne frunció el ceño, pero su corazón latía deprisa. Abrió la carpeta y sacó algunos papeles escritos también a mano. Parecían haber pasado por una trituradora, pues estaban recompuestos en largas tiras cortadas que alguien había vuelto a pegar con esmero y paciencia, cada una en su lugar. Un trabajo de chinos. Aquella no era la letra de Benjamin, era distinta, más angulosa y picuda. Lyne empezó a leer.

«Querido Jake, ha ocurrido algo. Aún es pronto para decir si bueno o malo, pero esto me ha obligado a tomar algunas decisiones. He cometido un error al dejar que tu hijo se acerque tanto a Konstantin. Jonas ha estado demasiado tiempo bajo su influencia, y ha empezado a cambiar, cada día se parece más a él. Nunca consideré que Konstantin tuviera tanto poder, lo he subestimado, para ser un niño de diez años demuestra una fuerza que sobrepasa todo lo que conozco. Más parece un adulto, semejante a ti o a mí que un niño, y ha influenciado a Jonas, desviándolo de su camino.

En cuanto a Valentine, ya sabes que tu hija sigue resistiéndose, y aunque Jacob es un gran investigador y una promesa para el futuro de nuestro proyecto, aún no ha logrado doblegar su voluntad con su medicación. Sus espantosas pesadillas aún continuarán, son un reflejo de su lucha. Se resiste con fuerza, no quiere cambiar... Esa batalla le está provocando tanto horror que ha tratado de quitarse la vida. No esperaba esto. Puede que nunca logremos que sea como su hermano.

Tal y como has ordenado, la voy a internar en nuestro centro. Es un lugar seguro. Por ahora está en el hospital, pero pronto la llevaré allí, donde Jacob podrá trabajar con ella con más libertad, lejos de la influencia de Konstantin, que se ha vuelto un peligro. Konstantin... Desde que la vio por primera vez se siente atraído por ella. Ha descubierto que es la hermana de Jonas, y como sabes quiso que se conocieran. Para Konstantin Jonas es como

un hermano, lo ama... He logrado impedirlo, pero ahora Jonas lo sabe. He decidido encerrarlo. Convencer a Felps no me ha costado, y aunque no ha querido revelarme el lugar donde lo ha enterrado, no debes preocuparte, cuando llegue el momento sabré encontrarlo. Estando aislado, en su soledad, bajo mi única dirección, volverá a ser lo que debe ser, y la influencia que Konstantin ha ejercido sobre él desaparecerá. Con el tiempo.

Has de saber que Konstantin ha vuelto a escapar, y ha llegado a vuestra casa cuando el incendio ya estaba declarado. Ha sido él quien ha sacado a Valentine de vuestra casa. Ella ya estaba muerta, pero la ha revivido.

Algo que jamás debería haber ocurrido. Le ha entregado parte de su alma, antes de que yo pudiera impedirlo, y ahora el vínculo que los une es demasiado grande... No sé qué puede significar eso, pero he tomado medidas por ti. Konstantin no volverá a acercarse a Valentine, no tratará de liberarla, no la buscará, porque le he hecho saber que Jonas está ahora fuera de su alcance, en mi poder, y que su vida depende de que me obedezca, como la de Valentine. Su amor por ellos es tan grande, que hará lo que le pida, aunque se odie a sí mismo por hacerlo. Konstantin ha dejado de ser una amenaza.

Mientras tanto Jacob podrá avanzar en su investigación y hallará el modo de vencer la resistencia de Valentine, incluso ahora que Konstantin la ha contaminado con su alma. Tardaremos, pero un día estaremos listos, y ella al fin será lo que siempre debió ser, una hija digna de ti, como Jonas. Ese día todo cambiará y estaremos más cerca de alcanzar el éxito. Tuyo siempre, Paolo»

Lyne releyó la carta varias veces. Era evidente que la carta iba dirigida a Jake Borderer... Así que Jonas era el mellizo de Valentine... «Algunas respuestas para ti», había escrito Benjamin en su nota. Al cerrar la carpeta, vio que había otra nota detrás.

«Ahora estás involucrada en esto. Confío en ti. Tú decides qué hacer con ello. Pdata: ya puedes volver a casa. B.N.»

Lyne sintió que sus rodillas temblaban. Abrió la carpeta, releyó su contenido, estuvo pensando... Luego rebuscó en el bolsillo de su abrigo negro y sacó su mechero, un zippo elegante, con un «te quiero» grabado en su base, ése que usaba antes, cuando fumaba, y que nunca había dejado de llevar consigo, tal vez porque había sido un regalo de Mark. Lo encendió y acercó su llama a la carpeta. Ésta prendió enseguida, y la llama creció y empezó a devorarla con fuerza. Su resplandor iluminó las facciones tensas de Lyne. Estuvo mirando cómo se quemaba. Olía a quemado. El papel se ennegreció y se fue deshaciendo en cenizas que caían sobre el escritorio. Cuando las llamas que estaban devorando la carpeta empezaron a acercarse peligrosamente a la mano con que la sostenía en el aire, la soltó. Los restos cayeron sobre la mesa y se consumieron. No quedaba nada.

Volver a casa... «Ya puedes volver a casa».

Ya era hora.

Lyne abandonó el orfanato y subió a su «Chevrolet». Arrancó el motor y se marchó, sintiéndose muy tranquila.

Al llegar a casa, estaba agotada. Se detuvo ante su puerta y escuchó. No se oía nada. Metió la llave en su cerradura, y abrió. Todo estaba en silencio, a oscuras. Tanteó a su derecha, buscando el interruptor, y encendió la luz. Su entorno familiar apareció antes sus ojos. Todo estaba en orden, recogido y limpio. Olía a velas aromáticas. Lyne cerró la puerta, las cejas arqueadas. Dejó caer la pesada bolsa con la linterna y la cizalla. Un golpe

seco en la tarima oscura del suelo rompió por un instante el silencio. A través de las ventanas cerradas se sentía levemente el sonido de algunos coches que aún circulaban por la calle. Eran las once de la noche.

Lyne avanzó por el vestíbulo hacia el salón. No quedaba nada de aquellos restos que encontró cuando descubrió a Mark pegádosela con aquella rubia. Había limpiado y ordenado la casa. Fue a la cocina, y la encontró igualmente recogida. Sobre la mesa había una nota.

«Lo siento»

Mark se había ido. Lo supo en ese mismo instante. Lyne se sentó y se quedó un rato sin saber qué hacer. Mark no le había dado ni la oportunidad de hablar, se había ido, ni una llamada, nada desde hacía días... ¿Le importaba realmente? Decidió que no. Tal vez él había sido lo que necesitaba en los huecos vacíos de su vida cuando el trabajo dejaba espacio para la soledad. Ahora había algo que llenaba esos espacios y mucho más, algo que no podía controlar, ni remediar, Benjamin Northon.

Se estremeció al reconocerlo.

Su móvil vibró en el bolsillo. Era Pearson, por enésima vez. Lyne la ignoró. Su corazón latía con fuerza. Cuando Hilligan la llamó a su nuevo número, contestó.

—Bokana, tranquila, te llamo desde una línea segura. Pearson te está llamando.

—Lo sé.

—Menuda mierda de mensaje me mandaste, ¿sabes que podía no haber entendido una mierda, ¿no?

—Pero lo has hecho.

—Joder, me ha costado saber de qué coño me hablabas... Bueno, tenías razón, han cerrado definitivamente el caso. Joder... Hay alguien con mucho peso por encima de Pearson para volver a archivar el caso así... como hicieron con Ackerman.

Lyne asintió en silencio.

—No te preocupes. Deja que lo cierren, trabajaremos en silencio.

—¿Por detrás?

—Ya lo estás haciendo, en el momento en que has aceptado vigilar a los Borderer...

—¿Y Pearson?

—Hará la vista gorda.

—Hemos interceptado a Samantha Borderer cuando trataba de largarse.

—¿Y su marido?

—Jake ha escapado. Si te digo la verdad, no creo que Samantha tenga nada que ver con nada, está deshecha, tiene los nervios destrozados. He llamado a una ambulancia, y he pedido que venga un psicólogo. No hace más que llorar, y repite el nombre de su hija una y otra vez, «Valentine,

Valentine...». Creo que está a punto de volverse loca...

—¿Está Bates contigo?

—No, él sigue en el hospital, con Gallagher. Soul está conmigo.

—Cuando Gallagher despierte debería sentarse con él y aclarar algunas cosas...

—Eso no va a pasar, Bokana, y lo sabes... Cuando llegue el día de su jubilación, lo acompañaremos con gusto hasta la puerta.

—Créeme, Hilligan, lo echaremos de menos cuando se vaya.

—sschheeee, venga ya, ni tú te crees eso...

Bokana sonrió. Luego colgó. Se quedó en el silencio de su cocina, mirando al techo. Estaba muy cansada. Tenía ganas de ir a ver cómo estaba el bueno de Gallagher, pero lo dejaría para el día siguiente. Pensó en darse una larga ducha...

Stacy terminó de ordenar su mesa y volvió a coger el teléfono para hablar por enésima vez con la policía. Aún no habían dado con el paradero de Pigeon Murphy, y eso era malo para ella. Miró su reloj. Las nueve de la mañana. La llamada se cortó. Stacy miró su teléfono con rabia. ¿Acaso la policía reconocía su número y pasaba de coger sus llamadas?

—Señorita Codenpage...

Stacy dio un respingo y colgó, roja como la grana. Su jefe estaba de pie delante de ella. No parecía contento. Llevaba una carpeta en las manos. La dejó sobre su mesa, y la empujó hacia ella con lentitud. El señor Owen Jefferson, de Utah, cuya sangre africana confería a su piel un tono oscuro, sin llegar a ser negro, clavó sus ojos oscuros en los de ella, directos y velados por un fondo de contenido enfado.

—He autorizado la solicitud de Gerome Azikiwe —Stacy palideció. Luego sintió cómo la sangre subía a su rostro y se agolpaba en sus mejillas. Abrió la carpeta con la solicitud de Gerome sin dar crédito a lo que veía. Había una copia más, aparte de la que ella había destruido... o Gerome había decidido mandar otra solicitud directamente a Jefferson... La ira que sentía se preñó de rencor—. Ya que ha llevado usted el caso, firmela. Ahora.

Stacy dio un respingo. Cogió un bolígrafo y firmó, los labios apretados, los ojos brillantes, temblando de rabia. Pensó en lo que Logan Anderson haría...

—Y ahora, recoja sus cosas. Comprenderá que después de su papel en el caso de Pigeon Murphy, no puedo mantenerla en su puesto. Rece para que aparezca cuando sepa que su tutela pasa a manos del señor Azikiwe, sana y salva. Está despedida.

Stacy no pudo decir nada. Vio cómo su jefe se apartaba de su mesa y se marchaba a su despacho sin mirar atrás. Alrededor se había hecho el silencio. Mary Ashton pasó junto a ella. Debía de ser la única que no se había enterado de que iban a despedirla, porque sonrió y le dejó el periódico sobre la mesa.

—Buenos días, Stacy.

Pasó de largo y fue dejando el periódico al resto de sus compañeros. Stacy miró el diario de soslayo, y entonces descubrió la noticia. El titular en



portada decía claramente que Logan Anderson estaba muerto.

De pronto le faltó el aire... Alargó la mano, cogió el periódico y leyó la noticia. Logan había sido hallado muerto en el aparcamiento subterráneo del centro psiquiátrico de Seattle, el New Hope Psychiatric Center. Al parecer se había visto envuelto en un tiroteo cuando trataba de escapar de la policía. Logan estaba buscado por el asesinato de la doctora Amanda Flemming, empleada de dicho centro, a la que arrojó por la ventana del Wolker Hotel en Manhattan. La dirección del centro daba un paso para desmentir que tuviera algo que ver con lo ocurrido, y se desconocía por qué Logan se había refugiado en el aparcamiento del centro... Un agente había resultado herido de gravedad durante la refriega.

Stacy estaba pálida. Logan estaba muerto. Adiós a sus expectativas. Jefferson la había despedido, adiós a su ascenso. Un sordo rencor hacia Gerome Azikiwe y hacia Pigeon Murphy creció en su interior. Se levantó y fue recogiendo sus cosas, una por una. Las miradas de sus compañeros ardían en su piel... ¿Qué sabían ellos? ¿Qué sabían de Stacy Codenpage? Nada. No sabían nada...

Gerome conducía su taxi canturreando por lo bajo, y Pigeon estrechaba a Mr. Doggy contra su pecho, henchida de felicidad. Lo besó en la frente y acarició el suave espacio que quedaba entre sus orejas.

—¿A dónde iremos? —le preguntó a Gerome con una sonrisa—. Supongo que no podemos volver a casa.

—No iremos a Greenwich Village.

—¿A dónde entonces?

—He pensado que podemos volver al Harlem

—¿Harlem? —se asombró Pigeon—. Pero todos sabrán que vivías allí al principio, nos encontrarán fácilmente...

—Ahora tengo tu tutela, los servicios sociales no volverán a molestarnos.

Gerome había recibido un mensaje en su móvil confirmando la autorización para que pasara a ser el tutor de la niña. Sólo debía personarse en sus oficinas para firmar los papeles. Se alegraba de haber mandado una solicitud saltándose a Codenpage. Había dado resultado. Sonrió.

—No me refería a eso...

Pigeon miró a Mr. Doggy, y éste levantó sus ojos color ámbar hacia ella, ronroneando.

—Lo sé. Pero en Harlem estaremos bien. No imagino lugar más seguro que ése.

Gerome estaba seguro de lo que decía. La iglesia de Benjamin Northon estaba cerca del apartamento en el que pensaba instalarse con Pigeon.

—¿Y Valentine? ¿Qué habrá sido de ella? ¿Qué crees que habrá pasado con Konstantin?

—Estarán bien...

Gerome esperaba que Northon le hubiera dicho la verdad. Una punzada

chispeó en su corazón. Esperaba volver a ver a Valentine, esperaba verla... Sus ojos oscuros brillaron mientras una cálida sensación llenaba su pecho.

Benjamin Northon bajó a las profundidades de las instalaciones a las que Paolo había llevado a Valentine y Konstantin, pasando por encima de un montón de escombros. Estaba preocupado. Ya había amanecido, y temía que el resultado final de su plan no fuera el esperado. Esperaba que Konstantin no se hubiera sacrificado en vano...

Constató la violencia que el experimento de Paolo había provocado. Bajó y bajó, abriéndose camino entre las rocas, hasta que a través de una abertura logró penetrar en el subterráneo donde había tenido lugar la explosión. Encendió una linterna. Todo estaba negro y olía a cenizas. El techo había dejado caer parte de su estructura, que se acumulaba sobre el suelo de la amplia sala. Deslizó el haz de luz por el lugar. La cápsula donde habían metido a Valentine y a Konstantin estaba reventada, un montón de retorcidos hierros abiertos como los pétalos de una flor entre los escombros. No había rastro de Paolo, ni de Jonas, Gates u Osmoord. No estaban... Valentine tampoco estaba. Benjamin suspiró.

Encontró a Konstantin tirado entre un montón de piedras, semi enterrado. Su cuerpo inerte yacía boca arriba. Se acercó a él y apartó los restos hasta liberarlo. Volvió su rostro inanimado hacia él.

—Konstantin... —murmuró con suavidad.

No... Benjamin no estaba seguro de que las cosas hubieran salido como esperaba, o Valentine aún estaría allí. Puso una mano en el pecho de Konstantin e inclinó la cabeza con pesar. Su pecho estaba frío e inmóvil. No

había soportado que la parte de su alma que estaba en Valentine se transformara. Ése había sido su sacrificio...

—No te dejaré aquí, amigo.

Se levantó, se inclinó sobre él y lo levantó del suelo. Konstantin era grande y pesado, pero Benjamin podía con él. Lo cargó sobre su espalda, decidido a sacarlo a la luz. No lo dejaría allí, enterrado entre los escombros...

Emprendió el camino de regreso con el corazón en un puño, aunque en el fondo comprendía que debía ser paciente. Al fin y al cabo, aquello no había hecho más que empezar. Debía darle tiempo a Valentine. Tiempo para volver a ser, tiempo para decidir, tiempo para ser libre... Ojalá Konstantin no hubiera tenido que pagar un precio tan alto por liberarla, pero él siempre había sabido que el día que le entregó su alma había sellado su destino...

## Epílogo



*«No hay luz para ti allá donde vas, caminarás descalza, hollando senderos de sangre con pies sedientos, y en tus ojos el fuego arderá liberado y tú, al fin, serás tú, aquello que nunca quisiste ser.»*

La Luz del sol brillaba ya alta en el cielo cuando Valentine emergió del subterráneo. Vio a pocos metros una furgoneta negra vacía. Parpadeó, deslumbrada por la luz del sol, desorientada, sintiéndose febril, inundada por una energía extraña que no reconocía como propia. Algo estaba dentro de ella, palpitaba en su torrente sanguíneo, fluía por sus venas, se había adherido a sus músculos, y era como llevar un parásito en si interior. ¿Qué era aquello? ¿La «cura»?

Cojeó, arrastró su pierna, tan lastimada como siempre, mientras su corazón se desgarraba por dentro. Había dejado a Konstantin atrás, muerto. Había querido salvar su vida. Al despertar, enterrada entre los escombros, como él, se había acercado, lo había abrazado, había intentado hacer que viviera, como él hizo con ella, entregarle parte de su alma... Pero no había funcionado, o ella no tenía esa capacidad... Tal vez Paolo se la había robado. Eso no entraba en ningún cálculo, él le había pedido que confiara, Valentine había leído en sus ojos que debía creer que otro final era posible, había

apretado su mano hasta el final, creyendo que iban a ser libres para poder amarse, y «ser», lo que quisieran ser. Iban a poder escoger. ¿No era eso? No era eso...

Y estaba muerto.

Valentine tragó como pudo saliva a través de su garganta reseca. Cada paso que la alejaba de Konstantin abría una nueva grieta en su alma, cada paso castigaba su conciencia, y el dolor era tan grande... Valentine, con el largo pelo rubio revuelto alrededor de su rostro ennegrecido y los ojos enrojecidos, empezaba a creer que se volvería loca. Porque... ¿qué clase de crueldad era aquella? Konstantin... Deberían haber tenido una oportunidad.

Valentin sollozó, y descubrió que no tenía lágrimas. No podía llorar, pero sí sentir toda aquella pena tan grande oprimiendo su pecho. No podía quitarse de la cabeza a Konstantin retorciéndose de dolor, muriendo... Su aura se había tornado oscura y se había extinguido rápidamente, a merced del cambio que se iba operando en ella, y Valentine había comprendido cuál iba a ser el precio que iba a pagar por ser libre y seguir con vida: la muerte de Konstantin.

La amargura nubló su mente.

Sólo una cosa llenaba su corazón: el deseo de venganza.

Caminó por el único camino pedregoso que llevaba hasta allí. Había árboles alrededor, inmensos, con sus troncos plateados elevándose como torres hacia aquel cielo perfecto, y sus ramas erectas, sin hojas. El bosque permanecía en silencio, de luto tal vez. Ella lo estaba.

Valentine no sabía a dónde ir. Levantó la cabeza y miró alrededor. Sus ojos habían despertado del cambio tan ciegos como antes, pero ahora podía ver a través de ellos... Una colina se elevaba a su derecha y una vereda

ascendía pendiente arriba entre los árboles. Valentine subió por ella, como podía haber escogido seguir adelante. Le daba igual... Pero quería asomarse al mundo y respirar. Subió despacio, el cuerpo lleno de hollín, la ropa desgarrada, descalza, el pelo rubio sucio y enredado, el rostro descompuesto. El vacío que había dejado la muerte de Konstantin en su interior era como una piedra fría y dura. Subió arrastrando su pierna sin mirar atrás.

Al final, en lo alto de aquella colina, Valentine se detuvo. Estaba por encima de una meseta boscosa, en alguna parte de Seattle, o tal vez fuera de sus fronteras. El mundo se extendía alrededor, inmenso, sin límites...

Dedicó un instante a recapacitar, a poner orden en el caos que llevaba por dentro. Tenía que reaccionar.

Lo pensó bien. Ya no había nada que le impidiera volver a empezar, aunque fuera a expensas de su corazón roto, aunque ser libre fuera una condena y el castigo su inmensa tristeza. Se llevó la mano al pecho y apretó el hueco repleto de gritos y lágrimas que llevaba dentro. De pie en lo alto de aquella colina, levantó el rostro hacia el cielo y buscó el sol... Amaba el sol... Eso no había cambiado. Tal vez muchas otras cosas continuaran igual.

Y entonces sus ojos refulgieron y su piel desplegó un aura radiante... como el fuego. Sintió que un poder inmenso recorría sus entrañas, que llenaba sus músculos de fuerza, hervía en su piel, electrizante y vital...

Se oyó un motor. Sus ojos castaños miraron al camino que discurría abajo, a su espalda. La furgoneta negra se aproximaba. Paolo iba dentro. Sus ojos se encendieron aún más, rojos como ascuas, como los de su hermano Jonas.

Los vio detenerse al comienzo del sendero por el que ella había subido. Paolo bajó del coche, detrás lo hizo su hermano. Así que habían sobrevivido... mientras que Konstantin no... El odio subió a borbotones por su garganta, cegando su mente. Vio a Gates y a Osmoord dentro de la

furgoneta. Sus ojos quisieron aplastarlos... Paolo avanzó por el camino, y levantó el rostro hacia ella, esperando. Se veía pequeño allá abajo, su figura negra, su rostro viejo, sus ojos... Jonas a su lado también esperó, tal vez a que decidiera. Qué bando escoger.

Debía escoger...

Valentine estuvo mirándolos un instante desde allá arriba, su delgada figura contra el cielo, el fuego extendiéndose tras ella en largas llamaradas llenas de estrellas brillantes, formando alas a su espalda, fulgurantes, espléndidas...

«Soy libre...», decidió.

Les dio la espalda a su hermano y a Paolo y descendió por la otra cara de la colina. Las esperanzas de Paolo se perdieron al verla marchar. Se quedó mudo, indeciso, sin saber qué estaba pasando, porque el cambio se había operado, tal y como habían esperado. Un velo de ira cruzó sus ojos. Gates tenía razón. Valentine era libre, y había escogido.

Jonas dio un paso hacia el lugar por el que ella había desaparecido. Estaba confuso. No comprendía por qué su hermana, que ahora era como él, se marchaba. Pero la mano de Paolo le retuvo. Se volvió hacia Gates. Éste se encogió de hombros.

—La «cura» ha funcionado, pero no impide que pueda elegir...

Paolo asintió. Era lo mismo que él había pensado.

—Deja que se vaya —murmuró, conteniendo a duras penas su decepción—. Vendrá cuando esté preparada.

Valentine bajó la colina, y una sonrisa dura amaneció en su rostro. Era



ella, y no lo era, sus piernas se movían, respiraba, su corazón latía desbocado, y no sabía... no sabía lo que iba a hacer, y quería saberlo, necesitaba saberlo. Se miró las manos, envueltas en aquel fuego que había parasitado su organismo... ¿y su alma? Tal vez sí, tal vez no. No tenía miedo de sí misma, aunque aquel aura de fuego la dominara, aunque en su corazón ya no hubiese luz, sino oscuridad. Valentine alzó el rostro y pensó, pensó... que al menos su voluntad estaba intacta.

Echó a correr, y su rodilla rota trabajó igual que su rodilla sana, impulsándola a gran velocidad entre los árboles. Era libre, y nadie volvería a decirle lo que debía ser, jamás. El odio que llenaba su pecho liberó oleadas de fuego por su cuerpo, y bajo el cielo azul su impresionante halo ardiente dejó una estela incandescente a su espalda que tardó mucho en consumirse, tiempo después de que ella hubiese desaparecido de allí. Luego el bosque recuperó la normalidad, y el aire fresco de la mañana se llevó el humo, el olor a cenizas y el polvo del camino...

Y mientras el mundo amanecía y el sol se elevaba en el cielo, algo cambió en el equilibrio de las cosas, que no estaba al alcance de las personas que pueblan este mundo.

Continuará...

## Agradecimientos

Esta novela no hubiera sido posible sin la inestimable ayuda de mis lectores cero, que, con el tiempo en contra y la presión de acabarla cuando pretendía, han demostrado tener un corazón de oro y una confianza inmensa en mi capacidad para conseguirlo, más que la mía propia. Su inestimable ayuda ha sido mi apoyo más grande. Gracias, Gemma Herrero Virto (gran compañera, generosa, aguda, perspicaz y una maravillosa escritora), Niusha FK (mira que me tienes miedo, y aun así te atreves con mis historias. Eres una maravillosa persona. Gracias por tu apoyo), Jon Intxausti (mi Jon Karter de Ormaiztegi y mi escudero), gracias Isabel (mamita mami, siempre a mi lado, siempre empujándome a seguir), Lolo, (eres un gran amigo, leal, constante, gran escritor...) de corazón. Habéis sido los mejores compañeros en esta aventura y espero que hayáis disfrutado tanto como yo por el camino.

En cuanto a ti, querid@ lector@, ojalá te haya merecido la pena adentrarte en esta fantástica historia. En el fondo no habla sino del duro camino del auto conocimiento, cuando no sabemos quiénes somos y nos ciegan nuestras experiencias y las de los demás. Escoger quién queremos ser es parte de nuestro paso por este mundo, no nacemos sabiéndolo todo, y el miedo a reconocernos es un velo cruel que nos obliga a tropezar una y otra vez.

La historia de Valentine comienza aquí, pero aún tengo cosas que contar sobre ella. Si te ha gustado, espera la siguiente entrega, te prometo que llegará, con más respuestas y más preguntas, quién sabe a dónde nos llevará. «El Sueño de Valentine» es un comienzo, prometo que habrá más.

¿Te atreves?

Gracias por estar aquí todavía, por dedicarme tu tiempo de lectura. No olvides dejar tu valoración en Amazon, te lo agradeceré infinito, me ayudarás mucho, y sobre todo ayudarás a otros lectores a decidir si quieren adentrarse en esta historia, o no.

Recuerda, si quieres más y no has leído mis otras obras, puedes entretenerte con ellas mientras llega la continuación de «El sueño de Valentine».

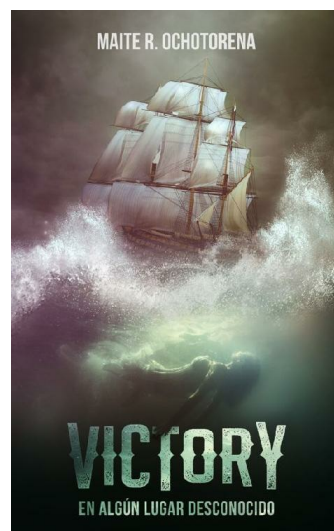
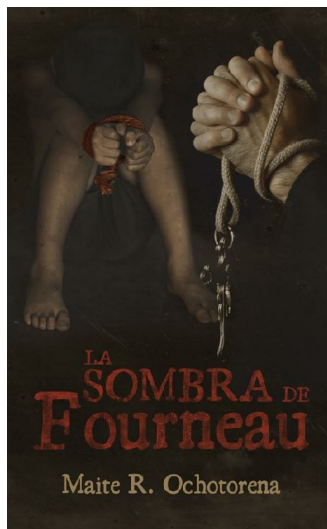
Nos leemos,

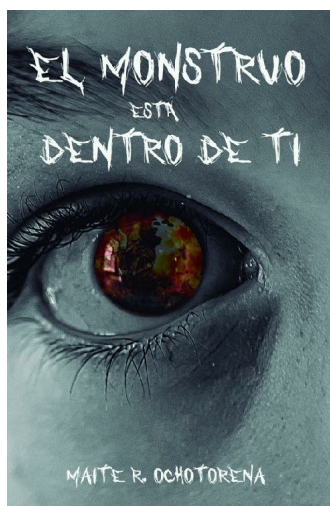
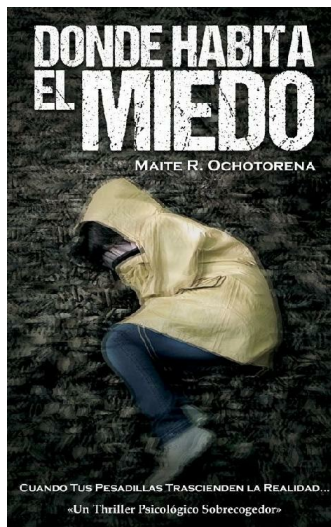
Maite R. Ochotorena

Más información en mi web oficial:

[www.maiterochotorena.com](http://www.maiterochotorena.com)

Obras publicadas:





<sup>1</sup> *«Un día de invierno, en un profundo y oscuro diciembre, estoy sola. Mirando desde mi ventana a las calles de abajo. En un manto de nieve recién caído en silencio. Soy una roca. Soy una isla. He construido paredes, una fortaleza profunda y poderosa que nadie pueda penetrar.»*